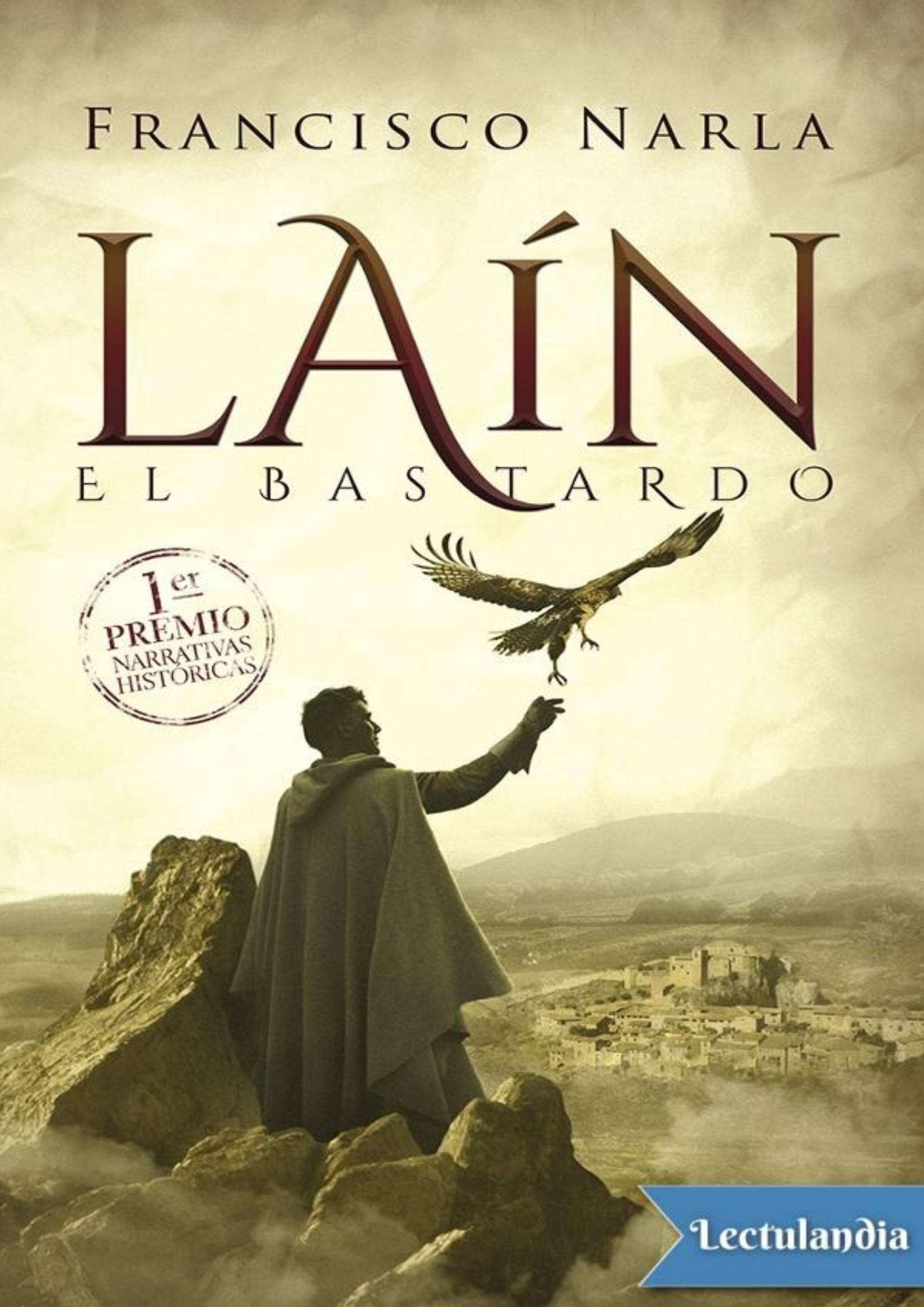
FRANCISCO NARLA

LAÍN

EL BASTARDO



Lectulandia

Era huérfano, y bastardo, pero su ilusión estaba clara: que cuando su padre, don Rodrigo Seijas, señor de San Paio, volviera de las Cruzadas, estuviera orgulloso de él. Por eso había escalado el roquedal hasta conseguir un polluelo de halcón, que criaría para regalárselo. Pero las malas noticias llegaron al fin: don Rodrigo no iba a volver. Y ahí empezó todo. Expulsado a golpes por su hermanastro, será acogido por Guy de Tarba, infanzón fiel al señor de la villa y, con él, Laín se embarcará en un viaje lleno de peligros y aventuras. Desde Galicia, pasarán los Pirineos y, ya en Venecia, embarcarán hacia la Palestina y allende ultramar. Perseguido por los templarios, será traicionado, embaucado, torturado…, pero se convertirá en un hombre, en un héroe. Y lo mantendrá vivo una única esperanza: la venganza.

Como si fuera una cantiga moderna, Martín Códax nos relata la historia de Laín, el bastardo de de San Paio; la gesta del halconero, una historia de aventuras, conspiraciones y honor, sumergida en la época más turbulenta del medioevo europeo, desde la España de Alfonso X el Sabio hasta las lejanas tierras de Mongolia, donde la sombra del gran Gengis Kan sigue enmudeciendo a vivos y a muertos.

Lectulandia

Francisco Narla

Laín

El bastardo

ePub r1.0
Titivillus 16-05-2018

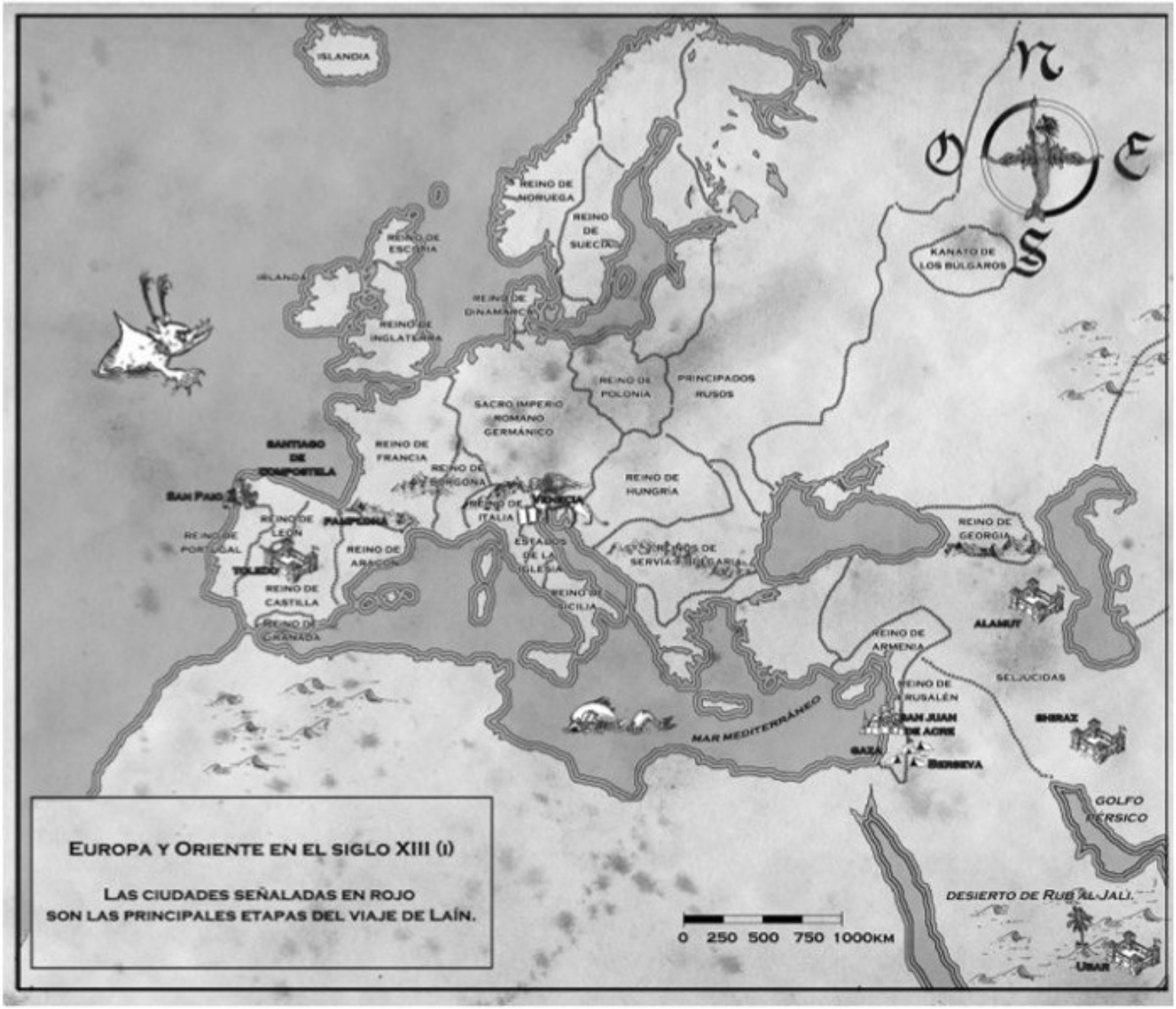
Título original: *Laín*
Francisco Narla, 2018
Mapas: Manolo Casado

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

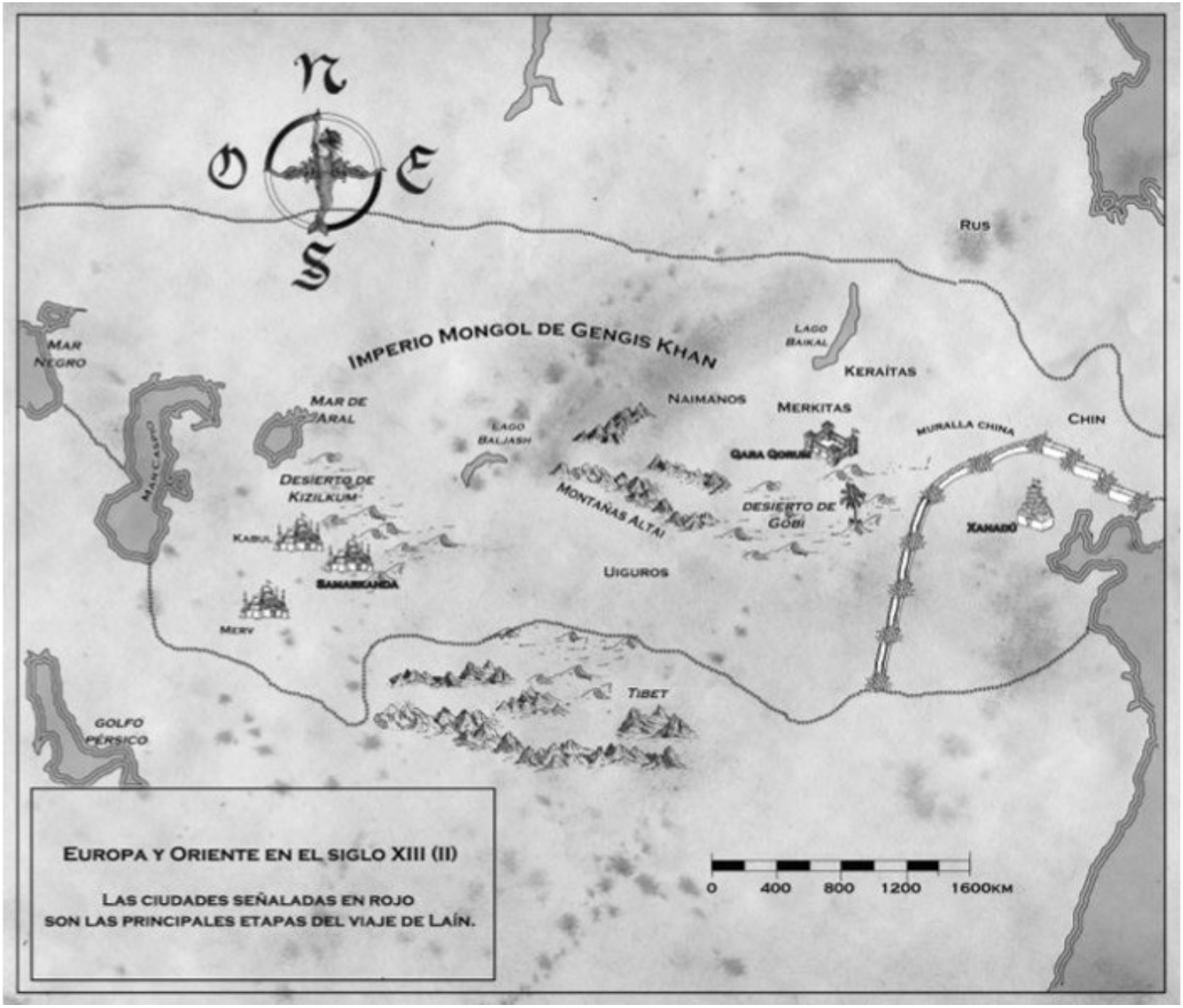
más libros en lectulandia.com

Gracias.
Lo he repetido en todas
mis novelas y, aun así,
es necesario insistir.
Gracias.
A los lectores,
por encima de todo.
Y a los libreros, a los editores,
a los periodistas,
a mis compañeros de profesión,
a todos los que hacen posible
que yo pueda pagar facturas
escribiendo historias.

Para ella, como siempre,
que me ha seguido hasta aquí. Pese a mis locuras.
Para mi tío, el molinero. Las piedras seguirán
obedeciendo al río. Como tú me enseñaste.
Gracias por las historias que me contabas.
Y para ti, gorrión, una lástima
que no conocieras el río bajo tu hogar.



www.lectulandia.com - Página 6



EUROPA Y ORIENTE EN EL SIGLO XIII (II)

LAS CIUDADES SEÑALADAS EN ROJO SON LAS PRINCIPALES ETAPAS DEL VIAJE DE LAÍN.

EL MOCOSO

«… y aunque los otros huyan del campo, sepas que éstos no huirán por ninguna manera, que conocen que han logrado ya bien sus días: y si les acaeciere querrán antes aquí morir que tornar las cabezas para huir…».

Libro II de *La gran conquista de Ultramar*, circa 1290.

Era huérfano. Y bastardo. Sin más apellido que su sombra. Un mocoso espigado y sucio.

Con sólo once años, no tenía espaldas para cargar con más culpas.

De su madre había recibido su única herencia, unos ojos grises como ceniza húmeda. A la desdichada la había matado la buba hacía ya cinco inviernos. Se fue a los cielos sin otra cosa que un mandil sobado y el profundo amor que sentía por su único hijo, al que dejaba solo.

De su padre, ni tan siquiera llevaba el nombre. Aunque, tal y como se oía en los cuchicheos de las gentes de San Paio, la estatura que el crío prometía y las greñas despeinadas, del color de la madera de haya recién cortada, eran muestra más que suficiente para todo el que quisiera saber la verdad.

Y él sabía la verdad. Pero no guardaba rencor alguno. Había aceptado las burlas, y también los abusos. Así era la vida, con sus desgracias. Igual que las heladas, el rayo o las piedras que zancadillean el arado al labrar la tierra.

Aun así, alimentaba sueños, amontonados unos encima de otros. Albergaba esperanzas, tibias y reconfortantes como una buena manta de lana en una fría noche de invierno.

Se llamaba Laín.

No tenía nada. Iba a perderlo todo.

ESTROFA

I Y ESTRIBILLO

LAS DEUDAS DEL TROVADOR

«Después, pasada la tierra de León y los puertos del monte Irago
y del monte Cebreiro, se encuentra la tierra de los gallegos».

Guía de peregrinos, Liber Sancti Iacobi, Codex Calixtinus

Las buenas historias son como las buenas mujeres.

Ésa ha sido la gran verdad de mi vida. Y la mayor de mis desgracias.

Porque con las buenas historias siempre me ha pasado lo mismo que con las buenas mujeres. O ya las había contado otro o se me escapaban antes de que pudiera contarlas yo. Por eso nunca he llevado en la bolsa más que unas pocas cantigas de versos pobres, y por eso no he encontrado más amores que los de barraganas de puerto; cómodos y cálidos, pero falsos como cruces de tres brazos.

Hay quien jurará que yo mismo he labrado mi suerte por mi mala cabeza. Y puede que lleve algo de razón. He de admitirlo: no he sido un santo, pero no todo fue culpa mía. La triste verdad es que las pocas veces que las rondé, a las buenas historias o a las buenas mujeres, me encontré de repente con una daga en los riñones o una cuerda al pescuezo.

Y uno es pobre, de los que han tenido que apañárselas con un mendrugo de pan y mucha hambre en el camino, pero siempre le he tenido cariño al pellejo. Que mejor es verse pidiendo limosna en la plaza de la iglesia, que bajo una lápida sin nombre en algún camposanto perdido de la mano de Dios.

Las buenas mujeres y las buenas historias.

Ambas han sido mi perdición.

Y, pese a ello, nunca dejé de buscarlas; ni a las unas, ni a las otras.

Así fue como acabé por enterarme de una que nadie había contado aún. La de unas perlas que debían de haber terminado en un relicario de la vera cruz en Ponferrada. Perlas que, en vez de acabar en manos de un orfebre, habían llegado hasta San Paio desde los mismos eriales de la Palestina.

Me pudo la tentación, como al ver el escote de la tabernera que se agacha sobre la mesa con las jarras de vino. Quedé anzolado como un pescado cualquiera. Me bastó intuir que había allí una gesta, como la del mismo Sigfrido, con mujeres tan bellas como la incomparable Crimilda, con hazañas que habrían de recordarse.

Tuve que porfiar. Tenía que escuchar esa historia. Para escribirla, para contarla, para que los copistas la repitieran una y otra vez, para guardarla por siempre en pergaminos bien enlucidos a los pies de mi nombre.

Me llamo Martín. Nací en Vigo el año antes de que en las Navas de Tolosa se rindieran los moros. Mi padre mercadeaba con pescados en salazón y yo, desde chico, supe que mi camino habría de ser otro. Soy trovador.

Trovador, y también algo más.

Lo reconozco.

Hechizado por los dados, rufián de medio pelo, vividor de ilusiones, enamorado del vino, soñador de historias, deudor de cualquiera, ladrón a veces, nunca santo, espabilado siempre y, más que nada, ofuscado por las faldas que se deslizan rápido por piernas impacientes.

Más de una vez perdí hasta los dientes de leche. Y más de una vez lapidé una fortuna entre jarros de figón y dedos que desataban esos mismos calzones que estaba

a punto de apostar.

Ahora sólo soy un viejo. Un anciano con bastón que disfruta escuchando las notas que aún puede arrancar a las cuerdas de la cítola. Un vejancón arrugado que sueña a las buenas mozas que conoció cuando la lujuria no era un recuerdo. Pero antes de que me lleve la parca quiero contar la historia que conocí cuando iba camino de Santa María de Sobrado en los tiempos en los que Afonso acababa de ceñirse la corona de Castilla tras conquistar a las bravas Murcia y Sevilla. Antes de que acabase solo, despojado de sus títulos y con el hijo desheredado.

En aquellos años aún nadie le decía eso de *el Sabio* y no hacía tanto que se había criado con sus ayos en los montes gallegos. No, en aquel entonces muchos lo llamaban *el Gibelino* por mor de su madre, la de Suabia.

Hace ya mucho de todo aquello. Eran los días en que llegaban lejanas noticias de que los tártaros mogoles habían hecho hincar las rodillas a los magiares después de pasar a sangre y fuego la Rus de Kiev. Muchos miraban hacia el levante temiendo que a los perros mahometanos les salieran aliados.

Ha pasado el tiempo.

Me basta ver mis manos sujetando la pluma. Están manchadas por la edad, cubiertas de arrugas. Se han ido muchos años desde aquellos días, muchos, y ha llegado el momento.

Prometí guardar silencio. Pero ya se cumplió lo pactado. Ya no estoy atado por el juramento que hice. Ahora puedo contar esa historia.

Me bautizaron Martín y me dicen Códax.

Y ésta es la gesta del halconero.

—Nos han desterrado —protestó Álvar cuando los echaron a patadas de Vivar.

Ésa, esa misma es otra de las buenas historias que se me escapó, la de don Rodrigo con su honor maltrecho. Maldita la gracia. Alguien se me adelantó. En lugar de escribirla me tocó leerla.

Pero asimismo me he visto yo, como el buen Cid. Con todo perdido. Y más de una vez, muchas, desde los perros años que anduve a gatas.

Escapando, la talega vacía, el miedo en el cuerpo. No fuera a ser que me encontrase la espada de un cornudo, la guadaña de un padre deshonrado o la daga de uno que echaba en falta la bolsa. Que son muchos los que no se toman a bien que uno ame a las mujeres. Y a las historias.

No, aquélla no fue la primera vez que me vi sin nada, como el buen Cid del cantar. Pero sí sería la última.

Andaba huido, sin un cobre y, para mi desgracia, Vigo había quedado atrás.

Y en Vigo, junto al mar, en el barrio del puerto quedaba también una casa. Bien enlucida, para que no cupiese duda de que su dueño hacía fortuna vendiendo vino a los ingleses. Tenía su escudo acuartelado en el portalón, en las vigas sus canecillos cepillados, y estaba decorada con tapices de los mejores reposteros aragoneses. Y, dentro, había una habitación. Y, en ella, un lecho caliente donde cada noche recogía besos de ambrosía.

Qué caderas, qué ímpetu. Aún recuerdo aquel lunar justo donde el cuello pierde el nombre y empieza el deseo. Qué pena.

No puedo mentarla, no sea que, después de tantos años, aparezcan por aquí dispuestos a sacarme de este santo lugar. Pero era tan bella como un atardecer acunando las olas. Y escribí para ella algunas de mis mejores estrofas.

Marchó bien hasta que se enteró el marido, demasiado egoísta para compartirla. Además, para colmo de desgracias, tenía yo también cuitas con un prestamista al que le decían *Tres Cantos*. Así que no quedó otro remedio.

Llegué a la conclusión de que mejor era tomar las del lazarillo que le robó el pan al ciego: echar a correr. No fuera que, tras los dos primeros avisos, al rufián se le ocurriera darme el tercero. Que el apodo se lo había ganado porque decían que las deudas se las cobraba siempre a la de tres. Al parecer, o se llevaba los dineros o le bajaba a uno los calzones y le cortaba lo que cuelga para hacerse una bolsa que echarse al cinto. Menudo era.

Así que al marido no le dediqué un adiós. Y a ella, la lloré una noche entera.

En una taberna me bebí mi último maravedí. Compuse para ella una cantiga postrera, solté un suspiro, agarré los bártulos y eché a andar hacia el norte, buscando fortuna y, a ser posible, algo de fama, que ésa ha sido siempre la mujer más escurridiza para ganapanes como yo.

Lo que no supe hasta bastante después fue que el marido y el *Tres Cantos* se conocían de largo y que ambos se acordaron juntos de mis muertos. Contrataron a cuatro matasietes de esos que cobran del mejor postor y tanto se van a Sevilla para

zurrarle al sarraceno bajo pendón cristiano, como se arriman a Valencia a la orden del moro para reventarles los morros a compadres aragoneses.

Cuatro indeseables, eso eran, cuajados de vicios y cicatrices. Los mandaron tras de mí, como perros rabiosos, a cuenta de la virtud de una mujer y unas pocas deudas que tuve la mala idea de jugarme al tallarín doblado.

No me parecía a mí que una honra y cuatro míseras platas merecieran la vida de un cristiano honrado y de viejo, con sus pecadillos y defectos, pero paisano al fin y al cabo.

Por eso puse pies en polvorosa. Y no me detuve hasta las riberas del Sil, donde andan los monjes labrando la tierra para cultivar vides que se agarran a la montaña como lagartijas, ahí colgadas sobre el río, a la solana y al orvallo, con uvas pequeñas y dulces como miel que, por aquel entonces, maduraban para la recogida, pues, lo recuerdo bien, faltaba poco para el día de santa Raquel.

Qué vinos. El buen Dios guarde muchos años a esos santos hombres y a sus recetas, qué beber tienen esas tierras sacras llenas de monasterios y ermitas, que, donde no hay un blanco verdoso, hay un tinto con fuerza, todos buenos y todos capaces de alegrar el espíritu. Benditos los monjes que copian historias en sus escritorios y maceran vino en sus bodegas. El Señor los valga.

Y fue culpa del vino.

No tuve nada que ver; fue el vino, que me enredó. Me pudo.

Está bien, he de confesarlo. Que ya soy tan viejo como para que la verdad, por oscura que sea, deje de importar. También algo de culpa tuvo una mocita con ojos de cervatillo y ancas de potra. La hija de un molinero de batán que entrecerró la mirada a la primera nota que toqué con la cítola. Andaba yo a la fuga, pero aquellos gestos ablandaban las piernas y endurecían el deseo.

—Una más, toca una más —me decía entre suspiros y sonrisas que revoloteaban, mirándome llena de arrobo mientras yo paseaba los dedos por las cuerdas y pensaba en pasear las manos por sus muslos—. Una de amores imposibles. Una en la que ella añore a su amado. Un hombre apuesto que se ha ido lejos, ¡a ultramar!, ¡a luchar con los infieles!

Y todo con su buena jarra de vino a mano. No pude evitarlo: me enredé. Y ahí, ahí mismo me enteré de los cuatro desgraciados que me seguían los pasos, porque faltó un pelo para que me colgasen de una higuera, lo mismo que a Judas.

Tuve, sin embargo, por una vez, un pellizco de suerte y me olí la encerrona cuando vi el brillo del oro en los ojos del posadero, que se había ido de la lengua. Me había vendido y salvé el pellejo por un milagro digno de cualquiera de los Urbanos que llevan la mitra en Roma.

Salí corriendo del molino como Dios me trajo al mundo, con las ropas en un atado, la cítola en la otra y lo del medio, lo que quería cortar el *Tres Cantos*, colgando. Me eché al monte con el culo al aire, dejando atrás los suspiros de la zagala y las maldiciones de los otros cuatro, que ya habían afilado las hojas y pateaban los

postigos de la aceña.

Así acabé, evitando las viejas calzadas romanas y rondando por caminos de mala muerte, temiendo que algún desaprensivo de los que ni respetan la Cuaresma me aventase las tripas de un tajo por encontrarse las telarañas de mi bolsa. Porque en aquellos días reinaba Fernando, al que le decían *el Santo*, y andaba tan ocupado persiguiendo a los moros del Tajo en adelante, que los senderos no se desbrozaban y los bandoleros andaban a la que caía.

Sorteé las tierras del condado de Lemos, no fuera a ser que me tomaran por cazador en busca de venados y me apiolasen sin preguntar el nombre y, dando tumbos, en algún bosque perdí camino. Más que saberlo, adiviné que Lugo y sus murallas me quedaban a desmano y acabé cruzando el Minio gracias a la gabarra de un boyero que volvía del mercado con la talega llena.

Huía como conejo asustado, durmiendo al raso y vigilando con el rabillo del ojo. Que cada sombra me parecía gañán espada en mano.

Entre tantas penurias, llegué a unas casuchas, pocas y maltrechas, apretujadas bajo una loma donde despuntaba la torre de algún señor. Todo rodeado de carvallos y castaños viejos, con gentes que labraban la tierra. Se veía algún revolcadero para los gorrinos, campos de mies y centeno, agostados y esperando la siega. Salpicados por doquier, asomaban los postes de los almiares, listos para almacenar la hierba y, remendando las lomas, había huertas pequeñas, y también vegas donde pacían vacas rubias de grandes cuernos y pelambres recias. Incluso distinguí a dos lavanderas que bajaban al río con cestos sobre las cabezas. Era un señorío pequeño que un buen hombre, estrujándose la boina, me dijo que era de los Seijas, mayorazgo de la fortaleza de San Paio, esa misma que se distinguía en el otero, con sus piedras, sus dovelas y sus rosetones.

Bastaba un paseo para saber que sus gentes eran pobres diablos acogotados por un señor que les apretaba el cinto con impuestos.

Tenía ansias de llegar al monasterio de Sobrado, donde esperaba acogerme a sagrado y visitar la biblioteca para rebuscar historias mejores que las mías entre las copias de los monjes, con fama de buenos iluminadores y de gente hospitalaria. E, iluso de mí, albergaba esperanzas de perder de vista a los que me perseguían.

Me convenía la prisa, pero las tripas me rugían y yo, que en los bosques, además de roer alguna bellota, ni era ni soy hombre de capaces, hasta entonces había ido tirando con la sisa de unas pocas manzanas allá y unas cuantas peras acá. Así que, tentado por el hambre, pensé en esperar a la noche tumbado junto a un roble enorme y buscar la taberna del lugar de los Seijas para agenciarme algo que echar al gaznate después de tocar alguna pieza a los parroquianos, que la cítola siempre arranca propinas a los borrachos si las tonadas son pícaras, con viudas alegres embaucadas por jóvenes infanzones.

Recuerdo que era un buen día al final del estío. Prestaba echarse a descansar hasta pasada novena y que llegara la fresca. Las cigarras cantaban sus estribillos y yo las

acompañé con mi cítola, tocando unos pocos acordes. Pero la hierba crecida me recogió, el rumor de un regato me acunó y me venció el sueño, allí tumbado, al pie del árbol. Cuando cerré los ojos me rondaban por los sesos los cumplidos de la hija del molinero.

Se estaba a gusto allí, pero me despertaron los infiernos.

—¡Corres mejor de lo que tocas, pescadito!

Allí estaban los cuatro. Cubiertos de polvo del camino y remiendos de alfanjes moros. Ansiosos por rebanarme la hombría y cobrar su recompensa.

—Lejos nos has traído con tus andanzas… —dijo el que parecía mandarlos, un tipejo de ojos bizcos con pintas de comadreja y vestido con sayón de cuero—. Y vas a llevarte las que te mereces, puedes jurarlo.

No me cupo duda. Pero algo había que intentar. Que, como ya he dicho, entonces y ahora, uno le tiene cariño al pellejo.

—Mis buenos señores, debe tratarse de una confusión. No sé a quién andáis buscando, pero no puedo ser yo. Voy a Compostela —fue lo primero que se me ocurrió decir—, peregrinando como buen cristiano devoto hasta el santo sepulcro del apóstol Zebedeo, y busco mi camino desde el Cebreiro —algo había que inventar—. En cuanto gane mis indulgencias, tengo intención de regresar a Toledo, de donde partí el año pasado.

Aquello no les convenció. Mi lengua siempre ha sido más valiente que mis restos y, mientras soltaba aquellas farsas de bellaco, mis piernas temblaban.

—Ya, y seguro que piensas hacer un buen donativo a gloria de nuestro patrón Santiago, ¿verdad?

Lo dijo el tercero mirando al último, que nada respondió, quizá porque los sarracenos le habían cortado la lengua por mentiroso.

—No cuela, pescadito, tú has salido por piernas del mar de Vigo, que yo lo sé, ¡pescadito! —se burló uno que era bizco.

Luego miró a sus compinches, ensanchó su sonrisa y tuvo una idea que pareció hacerle el hombre más feliz del mundo.

—Yo creo que nos da tiempo antes de que anochezca —siguió diciendo, con aquellos ojos que lo miraban a uno y a su sombra a la vez.

—Juro por lo más sagrado que voy a la misma Compostela. Para ver antes de morir la catedral que levantó el santo Gelmírez a gloria del mayor de los Santiagos —trataba de dominar la voz con toda mi voluntad, para esconder tanta mentira, pero creo que el terror me traicionaba—. No sé a quién andáis buscando, pero no soy yo. ¡Lo juro!

Y apenas terminé de hablar, el bizco me agarró de la chupa y me puso en pie como quien levanta a un chicuelo que empieza a andar.

—Seguro, pescadito, seguro. —Parecía que les había hecho gracia el mote—. Me apuesto a que, aquí, mi amigo Perico nos cuenta enseguida la misma historia —dijo señalando con la barbilla al que no había abierto la boca, que parecía un poco crecido

para llevar ese nombre, aunque no iba yo a discutírselo en ese momento—. La mismita historia, ya lo verás, punto por punto, y legua por legua. —Todavía me entran escalofríos al recordar a aquel bigardo—. Estoy seguro de ello.

Se me encogieron las brevas. Parecía un verraco enfurecido el tipo aquel. Y a mí se me vinieron las jaculatorias al gaznate para rogar misericordia a los cielos. Pensé que de aquélla no salía.

Ya me veía penando por el purgatorio.

Como ya me había imaginado, no le hizo falta hablar. A lo mejor era mudo de verdad. Pero a fe mía que se explicaba más que bien.

No abrió la boca y no me dejó hacerlo a mí. Se puso manos a la obra y, antes de atreverme a protestar, el resto de sus compinches lo ayudó.

Me desnudaron, con mucho menos cuidado que la hija de aquel molinero del Sil. Me ataron las manos a la espalda apretando bien la soga, una maroma de esparto que rascaba como un demonio. Hicieron otra lazada para colgarme de las muñecas y me izaron, justamente de una rama del carvallo al pie del que había estado yo soñando con los besos cálidos de la molinera.

Allí, columpiándome como una chacina puesta a secar, empezaron las chanzas. Y yo me acordé de san Esteban, al que los infieles habían asaeteado junto a un árbol. Un mártir sin causa ni gloria.

No tenían arcos ni flechas, que eso era más propio de sarracenos. Pero enseguida encontraron remedio a la falta de utilería. El mudo Perico estuvo raudo. Cortó ramas verdes de salguero y, tras repartirlas entre los cuatro, todos me iban arreando zurriagazos según les parecía divertido. Como chicuelos jugando a la billarda.

Zas. Zas.

Uno viene, otro va.

Zas.

Condenados. Aún me duele al recordarlo.

Estaban encantados. Se jugaban las monedas a ver quién acertaba a darme donde yo más chillara. No tenían prisa, incluso celebraban la presa cobrada con chascarrillos y maldiciones. Probablemente, ya pensaban en cómo iban a dilapidar los pepiones que cobrarían al volver a Vigo con mi pellejo curtido.

El buen Dios me perdone la blasfemia, pero eran unos hideputas malparidos.

Yo, entre berrido y berrido, entre varazo y varazo, rogaba por mi alma y susurraba mis pecados en sincera contrición. Ni confesándome el buen Gelmírez, el Señor lo haya puesto a su derecha, hubiera sido más sincero.

Ya sólo esperaba tener la suerte de que, por arte de birlibirloque, apareciese un cura al que sincerarme. Pero entonces, de repente, mientras yo apretaba ojos y dientes temiendo el siguiente zurriagazo, se detuvieron.

Yo me zarandeaba adelante y atrás. Giraba con la cuerda de un lado a otro como plomada de cantero, despellejándome las muñecas. Dolorido, mareado y abatido. Más que ninguna otra cosa, cagado de miedo. Por eso, y porque me costaba mantener los cabales con tanta sacudida, tardé en caer en la cuenta de que, a pocos pasos, había aparecido alguien a quien nadie había invitado.

Ni era fraile ni tenía aires de que aspirara a ello. Que no venía a escuchar mi confesión quedó claro al momento.

Si no era caballero poco le faltaba. Bastaba verle allí plantado. Llevaba su cota de malla, su sayo de buena lana. Manto recio ya gastado y capucha que le embozaba el rostro. Cinto ancho de cuero repujado, con su tiracol, su vaina y su espada a la

cintura. E incluso yo, pese al bamboleo, me di cuenta de que la empuñadura era fina artesanía, con arriaces labrados y pomo grabado. En la mano sujetaba las riendas de un rucio percherón que, a sus espaldas, resoplaba con disgusto mientras agachaba los belfos para mordisquear unas briznas de hierba. Lo recuerdo bien, era una buena montura, de las mejores, con cara de princesa y trasero de puta.

El encapuchado llevaba polvo como si viniera de la misma Roma. Con las alforjas y los odres que colgaban de las grupas se echaban rápido las cuentas de que traía encima un largo viaje. Como se decía entonces, se le caían las leguas de las botas.

—Búscate tus propios asuntos, que de los nuestros ya nos ocupamos nosotros —le espetó el bizco soltando la vara y echando mano al puño de su propio hierro, de aspecto más modesto.

Yo iba y venía, columpiándome a un lado y a otro, pero retorcía el pescuezo como gallina picoteando grano, procurando no desnucarme y no perder detalle, todo a un tiempo.

No contestó el recién llegado. Se limitó a dar unos pasos hacia aquel espectáculo del que yo era la mayor atracción y los miró a todos de hito en hito, parándose un rato en mi paupérrima condición. Yo, pobre de mí, con las vergüenzas al aire, intentaba recuperar el resuello, y pasé a rezarle a san Martín, por aquello de que compartíamos el nombre y a lo mejor se apiadaba de mí.

—¿No me has oído? —insistió el bizco, sacando una pulgada del filo, el de la espada y el de la nariz, porque adelantó su hocico de comadreja como si confiase más en su mala baba que en el hierro que empuñaba.

El aludido sólo torció el gesto y dio unos pasos más. O había prendido candela a más de una tienda de los moros, o había hecho vida de jugarse el pescuezo con las armas, porque no le tembló ni la sombra de la capucha mientras se iba acercando.

—Perico, enséñale modales a este entrometido —le gritó entonces el bizco al mudo.

Y el tal Perico gruñó con satisfacción de gorrino. Le debía hacer gracia repartir sopapos, cuando convenía y cuando no. Aun así, el otro ni siquiera pestañeó; más bien al contrario, siguió aproximándose como si tal cosa.

Las sombras bajo la caperuza me miraron fijamente, olvidándose de los otros cuatro.

—¿Qué has hecho para acabar así? —preguntó en voz baja y ronca, como de adjutor reprendiendo a un novicio trabucado en el paternóster.

Yo eché una bocanada de palabras enredadas. Por supuesto, aderecé el asunto para quedar en buen lugar. No era cuestión de ensuciar mi nombre. Pero intenté contarlo todo, tan aprisa y tan resumido, que no se entendió nada.

El mudo, sin embargo, no se detuvo a escuchar. Se despabiló con un bufido y se lanzó a contestar en mi lugar, soltando espumarajos por la boca. Sacó del cinto la clava que llevaba y la levantó sobre su cabeza, listo para espachurrarle los sesos

dentro de la capucha a aquel entrometido.

No le duró mucho. El otro, calmo como hielo, soltó las riendas, se echó a un lado para esquivar la embestida y aprovechó la carga. En cuanto el mudo Perico pasó de largo, le arreó con el codo en el cogote y lo mandó al suelo, despatarrado. La maza salió rodando hasta los cascos del caballo, que volvió a resoplar con irritación.

Entonces, la comadreja bizca se decidió a intervenir. Desenvainó, me pegó un puntapié en las costillas que me echó a columpiar de nuevo y animó a sus compinches con un ademán.

—Perro fisgón, vas a aprender a ocuparte de tus propios asuntos —oí que le rezongaba al extraño.

A partir de ese momento, todo fueron gruñidos y voces roncas entre tintineos de metal. A mí, con la brutal patada, me faltaba el aire. Además, tenía las tripas en la garganta por culpa de tanto vaivén. Escuché protestas, golpes, algún juramento suelto y los gritos de la refriega. Pero hasta que se detuvo la cuerda no pude aclarar la vista y comprender lo que había pasado.

El encapuchado acababa de salvarme el pellejo.

—¡Mi señor! Gracias, mil gracias, el buen Dios os colme de riquezas, vino y mujeres… De bendiciones, ¡de bendiciones! —insistí, corrigiéndome con algo de castidad, no fuera a ser que el tipo se las diese de mojigato, que no era cuestión de ofender a quien me había sacado las castañas del fuego—. Gracias, muchas gracias. ¡Os debo la vida! Y he de recompensaros, soy un famoso trovador…

Se me trabucaban las palabras y tenía ganas de echar hasta los hígados, pero podía verlo allí, entero. Y también a los otros cuatro, arruinados.

Él estaba en pie, sin un rasguño, tranquilo bajo las sombras de su caperuza, como si nada hubiera pasado. De los otros, un par parecía sin sentido, desmadejados sobre la hierba, y los dos que faltaban se arrastraban, gateando malamente, escupiendo sangre y dientes entre lamentos.

—Nuestro patrón Santiago os acompañe por los muchos años que os deseo de vida. Puedo aseguraros que tengo estrechas relaciones con ricoshombres de Castilla y, os lo juro, os recompensaré por esto. —Yo no había pisado jamás la Corte y más que trovador era un mercachifle que tocaba la cítola con algo de gracia, pero no iba a ponerme yo mismo en mal lugar.

Desnudo, colgado como un chorizo puesto a ahumar, no era capaz de encontrar florituras que poner a mis palabras para hacerme creíble. Aunque nada impresionaba a aquel hombre, que se limitó a desenvainar, cortar la soga de un tajo y chistarle a su caballo para que se acercara.

Me di un buen golpe al caer, pero él no dijo nada más. Apenas había empezado a desatarme cuando ya se había dado la vuelta, dispuesto a marcharse.

En tanto, el bizco empezaba a recomponerse y me miraba sudando odio. No le hizo falta soltar juramento alguno. Yo iba a pagar las mías y las del encapuchado, todas juntas y bien repartidas.

A mí me entraron las prisas por salir de allí en busca de aires nuevos. Comprendí que mejor sería arrimarse a otro árbol para que me cobijase buena sombra. El encapuchado era mi única esperanza.

—¡Esperadme!

Atendía a los nudos y a mis ropas, todo a un tiempo, sin dejar de mirar de reojo a los cuatro matasietes. El mudo empezaba a sacudirse. Iba a recuperar el aliento en cualquier momento. Y yo no quería volver a tentar la suerte.

—¡Esperadme! ¿Quién sois? Debo recompensaros… —No tenía ni donde caerme muerto, pero él no lo sabía, no era más que una mentira piadosa—. ¿Cómo os llamáis? He de saldar esta deuda, tenéis que dejar que os invite a una buena jarra de vino…

O no me escuchaba o no le importaba. Sin embargo, un vistazo más a la comadreja bisoja me bastó para estar seguro de lo que me esperaba.

—Por mi padre —gritó con rabia desde el suelo, fallando al intentar ponerse en pie—, que como me llamo Julián Núñez te voy a encontrar. ¡Vayas donde vayas! Y, cuando lo haga —amenazó mientras volvía a caer al suelo—, te voy a destripar…

No se movió de donde estaba, por si acaso el encapuchado volvía a repartir mandobles y dejaba el trabajo finiquitado con cuatro muertos para las moscas. Pero no me cupo duda de que, así, sin comerlo ni beberlo, me había ganado un peligroso enemigo de por vida. El viajero también, por supuesto. Aunque aquello ya no era asunto mío.

—Esperadme —porfié intentando atarme la camisa y echar a andar, todo a un tiempo—. Ha de haber una taberna por aquí, dejadme que os pague una cena caliente. Y mañana mismo enviaré recado a Toledo y a Burgos para que recibáis en pago el oro que deseéis, podéis contar con ello.

—¡Te encontraré! ¡Puedes apostar tu raído pellejo a que lo haré! Empieza a rezar lo que sepas…

Fue un gorjeo que sonó a mis espaldas. No tuve que girarme para saber que había sido el tal Julián.

Apuré el paso intentando no tropezarme mientras me vestía.

—Esperadme…

El encapuchado siguió sin volverse.

—Te encontraré —escupió furioso el bizco Julián—. Me las pagarás, ¡todas juntas!

En el plato, de barro desportillado, se ahogaban trozos de nabo en un caldo oscuro, espeso y grasiento. También flotaban en aquel mejunje pedazos de unto rancio y hebras de carne que a saber si era gato o liebre. Le habían puesto tanto romero que sólo podía sospecharse que, fuera el bicho que fuese el que había acabado en la olla, no lo hizo hasta que la carne ya verdeaba. En aquel lugar y para aquellas gentes, no parecía que abundasen las buenas viandas. Aun así, era tanta el hambre que arrastraba, que la primera cucharada me supo a gloria.

Mucho había padecido desde que saliera a toda prisa de Vigo. Como solía decirse, a falta de pan buenas son tortas.

No tenía ni la más repajolera idea de cómo iba a pagarlo. Pero haber entrado con aquel encapuchado de pintas nobles frenó al tabernero, que nos fió sin preguntar: un plato de guiso y una jarra de vino aguado. No sin echarme una ojeada que calaba desconfianza. Aunque tampoco el lugar podía presumir de atender a reyes y princesas, pues no se trataba más que de la habitual mezcla de posada, taberna y abastos. Con suelo de tierra pisada, un par de ventanas cubiertas con vejigas tensas y mesas destartaladas en las que las mangas de la chupa se agarraban a la roña que tenían por mantel. Y el que servía, aparentemente el dueño, tampoco tenía mejor aspecto. Un tipo osco de pelo ralo y ojos lechosos que renqueaba, como si un barbero con pocas mañas le hubiera soldado mal una antigua fractura en la pierna derecha.

Mugriento o no, allí estábamos. Los dos.

Yo cataba el guiso, con ciertos trabajos por culpa de la golpiza recibida, y evitaba pensar en aquella carne.

Él, callaba, sin más.

Supongo que tenía idea de ir a la taberna de todos modos y que nada tuvo que ver mi palabrería, porque vació el primer vaso de vino con un trago y, después de volverse a escanciar, pidió orujo.

—O algún espiritoso más fuerte —tascó con una voz que parecía eco de caverna.

Y a fe que debía tener la sana intención de emborracharse hasta las trancas, a conciencia y rápido, porque no había tomado yo más que cuatro cucharadas de aquel estofado mugriento cuando él ya se había echado al coleto tanto bebercio como para que, en su lugar, yo hubiese caído desplomado. Y eso pese a que, a juzgar por el lugar, lo que le servían podía ser tan infecto como meados de burro.

Igualmente, él bebía, taciturno, sin retirarse la capucha.

Bebía, pero no hablaba.

Y yo, dolorido, inquieto, preocupado por las amenazas del tal Julián, temeroso del tabernero cuando supiera que no llevaba encima ni un mísero cobre, me tenté los cueros y los huesos con palmadas tímidas. Al no sentir quebranto, estando comido y bebido, recuperé algo de compostura. Así que me dediqué a llenar los silencios con lo primero que se me ocurrió.

—Me llamo Martín, trovador y contador de gestas…

La única respuesta fue una sacudida del mentón y otro trago del abigarrado licor.

Tan fuerte que, a mí, al otro lado de la mesa, me lagrimeaban los ojos con los vapores que salían de aquel jarro.

Él callaba.

Afuera se terminaba el día y los gatos salían para sus noches de ronda. La calorina se apagaba y se anunciaba la fresca. Entraron unos cuantos lugareños con algarabía, y yo me asusté pensando que aquellos jaques se habían recompuesto y venían a cobrarse la deuda, pero eran sólo unos labriegos. Parroquianos, cubiertos de serrín y ramillas secas, como si se hubieran pasado el día desbrozando algún monte. Les bastó una mirada a nuestra mesa para bajar la voz. El tipo imponía respeto como una capilla llena de relicarios. Tras dudar entre los escaños vacíos, cuchicheando entre ellos, optaron por sentarse tan lejos como pudieron y comandaron algo que echarse al coleto. No cabía duda de que aquellas pobres gentes de San Paio habían visto tiempos mejores. Miraban de un lado a otro como ratoncillos asustados que piensan en cómo cruzar el granero cuando el gato duerme encima de una paca de heno.

—Muchas gracias por lo de antes —volví a insistir, después de desentenderme de los campesinos—; si no os hubierais presentado, no sé…

No había manera, no decía nada.

Aunque para entonces yo ya tenía otras preocupaciones más importantes que su silencio. Empezaba a pensar en el modo de escabullirme sin que el tabernero se percatase. Estaba en deuda con aquel hombre, pero no tenía un triste maravedí y él, a juzgar por su aspecto, seguro que podría hacerse cargo sin mucho menoscabo. Sin embargo, el cantinero nos echaba vistazos desconfiados mientras atendía a los labradores, y a mí no se me ocurría excusa para escurrir el bulto.

Sí, lo sé, aquel encapuchado me había salvado la vida, pero nunca he sido muy escrupuloso a la hora de dejar deudas a la espalda.

—¿Algo más? —nos preguntó el tabernero retirando mi plato y esparciendo la mugre de la mesa con un trapajo que debió hilarse antes que la misma sábana santa.

Mi buen samaritano se limitó a señalar la jarra para pedir otra ronda y, desde encima del trapo, llegó un refunfuño. El figonero dudaba, pero yo supuse que seguiría sirviendo antes de atreverse a pedir pagos a un hombre con las trazas de ser un caballero venido de ultramar.

—Voy camino de Caaveiro —mentí por puro impulso, no fuera a ser que me arrepintiera de dejar detrás a quien podría encontrarme—. ¿Y vos?, ¿sois de estos lares?

Quizá fueron las palabras adecuadas o fue a costa del alcohol trasegado. No lo sé. Pero habló.

—Lo era —respondió con apenas un suspiro.

Yo me retrepé en el asiento, aún pendiente del cantinero. Habían entrado otros tres. Éstos hablaban quedamente de la siega que pronto empezaría y se habían sentado en una mesa poco más allá, entre nosotros y los labriegos, que comentaban

preocupados sobre los maravedíes que habrían de pagar para cumplir con las martiniegas. Lo recuerdo bien, porque aún faltaban meses para que llegase noviembre y me sonó a cuerno quemado que el señor de San Paio quisiera recibir los impuestos de las matanzas de san Martín; sin embargo, para cualquier don nadie sin otra propiedad que los callos de sus palmas, el asunto de los pagos siempre era peliagudo. Allí, en San Paio, en Vigo, y en el quinto infierno, porque en aquellos días, como sigue siendo hoy, cuando no toca apoquinar el diezmo a la muy Santa Madre Iglesia, suena la alcabala para el rey o cualquier otra excusa para llevarse una parte del pan ganado con el sudor de la frente. Y aunque yo no sea de los que se han preocupado en su vida por cumplir con el pago de los impuestos, lo reconozco, al final, como visitador habitual de tugurios varios, uno acaba enterándose de qué va el asunto.

Así que andaban todos muy atareados con sus cuitas, y yo reconocí enseguida la ocasión.

Nosotros estábamos cerca de la puerta. Cuando el tabernero sirviera a los segadores, podía tener una oportunidad. Si me apuraba, quizá contaría con el tiempo justo para salir corriendo como alma que lleva el diablo. Con disimulo, eché mano a la cítola y a mi atado. Pero entonces caló en mi sesera lo que el otro había dicho.

—¿Lo erais?, ¿cómo?, no entiendo —reconocí perplejo—, ¿ya no?

Cayeron otros dos tragos. El cantinero ya cojeaba hacia la mesa de los gavilleros con una bandeja surtida de tazas y vino. Los labriegos de más allá se mandaron callar a toda prisa y miraron a todos lados temiendo descubrir oídos indiscretos.

—Ha pasado mucho tiempo, demasiado —había melancolía en sus palabras, también una pizca de resentimiento—. Es una larga historia…

Iba a ponerme de pie y echar a correr, pero quedé clavado al asiento. Lo mismo que si hubiera aparecido una linda hija de aquel tabernero cojo y me hubiera sonreído con encanto.

Las buenas mujeres y las buenas historias.

Ya lo he dicho antes, las mujeres y las historias han sido mi perdición. La lujuria que ambas han despertado en mis entrañas ha sido el mayor de mis pecados. No escapé. Solté mis cosas junto a las patas del taburete y, renunciando a mi fuga, pregunté:

—¿Con que una larga historia? —entoné como si lanzase zalamerías a la más guapa moza.

Volvió el silencio, pero a mí ya me había mordido la cizaña de la curiosidad. Quizás había venido desde Lombardía. O Florencia. O se había escapado del dogo veneciano. A lo mejor había luchado a favor de los güelfos, o en el bando de los gibelinos. Podía ser que en sus manos hubiera estado el trono del Sacro Imperio. Tal vez había combatido en los emiratos africanos para cumplir con alguna misión secreta de nuestro rey Fernando; no en balde, no mucho antes de aquellos días, la corona de Castilla se había atrevido a perseguir a los almohades hasta sus propias quintas de la Berbería. Hasta cabía el tiento de que hubiera asesinado a algún

mandamás sarraceno en Arcila, pues se rumoreaba que más de uno había muerto a manos de mercenarios del rey cristiano.

Mis sesos se llenaban de ilusiones con tanta rapidez como él bebía. Algo cosquilleaba en mi interior gritando que el secreto de aquel hombre podía ser lo que llevaba toda una vida buscando.

Allí tenía que haber una historia, una buena historia.

El sudor empezó a escurrírseme por los costados. Estaba tan nervioso como un mozalbete ante la primera mujer que le regala su cuerpo desnudo.

Por su sayo sabía que no era hospitalario, y tampoco un pobre caballero de Cristo, ni teutónico, pero llevaba la cruz.

—A mí me encantan las historias —sugerí con los labios fruncidos—. Las buenas historias.

Bajo la capucha, los hombros se encogieron y las manos sirvieron más alcohol.

Entró más gente en la taberna y el bullicio empezó a llenarlo todo. Hablaban de los lobos que se veían en los montes y amenazaban el ganado, de las reservas de simientes que habría que guardar tras la siega, de los costales de grano que se llevaba el molinero por su trabajo, del próximo día de mercado. Yo conocía todas esas historias. En Vigo hubiesen hablado de mareas y redes, de las sardinas y de los bonitos, pero eran las mismas historias, y también las conocía. Ninguna de ellas me interesaba.

Pero la de mi samaritano, sí.

Al poco, cuando el vino calentase sus espíritus, empezarían a hablar de las meigas que se esconden en los bosques, de las ánimas que penan por los caminos, del camposanto que no debe cruzarse tras la puesta de sol, de las harinas que se tornan negras. Esas historias las había escuchado. En Vigo hubieran cuchicheado de la sierpe escondida en las furnias del puerto, del pesquero hundido que se ve navegar en la ría durante la luna nueva, de islas que jamás se encuentran. Y ésas también me las habían contado.

La que no conocía era la del encapuchado.

—¿Qué historia es ésa?

No hubo respuesta.

—¿Cómo empieza?

Ya me había olvidado de la cojera del tabernero, de mis ganas de salir de allí chiflando, del tal Julián y de sus ojos bizcos. Hasta me había olvidado de la casada para la que había compuesto las cantigas en Vigo.

—¿Cuándo?, ¿dónde?

Cuanto más pienso en ello y, sabiendo lo que pasó después, más me convenzo de que fue el orujo y no mi tesón lo que le hizo hablar.

Demasiadas penas, demasiada soledad. Él necesitaba desahogarse. Tuve suerte, estaba en el momento oportuno en el lugar oportuno, y con la ración oportuna de bebida.

Más tarde pagaría un alto precio por ello. Pero en aquella taberna, al pie de la torre de San Paio, aún no lo sabía. Y aun sabiéndolo creo que no me hubiera marchado.

Vació otra copa de orujo. Se limpió con el dorso de la mano y me contó la historia.

—Empieza con un mocoso. Un crío estúpido que se cayó de un nido…

ESTROFA

II

EL HALCÓN EN LA TORRE

«Con vos, Cid, con vos iremos por yermos y poblados,
y no os hemos de faltar mientras tengamos alientos.
En vuestro servicio se nos han de acabar
nuestros caballos y mulas, dinero y vestidos.
Ahora y siempre hemos de ser vuestros leales vasallos».

Cantar de Mío Cid, de autor desconocido

Era huérfano. Y bastardo.

Apenas tenía algo más que lo puesto. Iba descalzo, cubierto con retales remendados y, al hombro, llevaba un zurrón andrajoso. Aun así, sonreía contento. Lleno de quintales de tierna ilusión.

Caminaba por el bosque sintiéndose en el hogar que no tenía. Miraba en derredor. Reconocía el brezo y el tojo, las zarzamoras que empezaban a brotar, las huellas de un zorro en el barro fresco de las últimas lluvias. El olor penetrante de la tierra húmeda. Silbaba a los herrerillos, que se afanaban pintando en el aire sus amores primaverales. Distinguió una mata de verdolaga, y se dijo a sí mismo que tendría que llevarle unas cuantas ramas al aya Casilda, para la carraspera que la sacudía todas las mañanas.

Era huérfano. Y bastardo.

Pero no se sentía pobre o desdichado.

Además, no estaba solo. Unos pasos por delante caminaba su amiga. Una perrilla. Casi igual de escuálida, con algo de lobero y un pellizco de mastín, pero no más alta que un lechón. Ni joven ni vieja, de pelos recios y desordenados. Con flequillo despeinado y trote alegre, en su vientre se veían las ubres, estiradas por camadas de varias temporadas.

—¿Tú qué crees? ¿Estarán listos?

El animal se volvió. El chico la miró como si en verdad esperara respuesta, y su compañera le devolvió la serena lealtad de sus ojos, que eran ambarinos, como la resina en las tajaduras de los pinos.

—Yo creo que sí —se contestó el muchacho a sí mismo—. Es tiempo de que lo estén —sonrió—. Y a él le daremos una sorpresa, ya lo verás, le va a hacer mucha ilusión —aseguró, sacudiendo la mano—. Si el viejo Tomás trabaja duro, podría estar entrenado para cuando regrese. Él sabe hacerlo, ha olvidado más de lo que yo aprenderé jamás. Él fue quien adiestró al viejo halcón de don Rodrigo.

Ella lo miraba con paciencia, como una madre comprensiva.

—Podemos hacerlo —insistió él—, confía en mí —sonaba convencido y feliz, lleno de una esperanza que los años aún no habían oxidado.

La perrilla torció la cara, primero a un lado y luego al otro, como si se esforzase por comprender, y el crío, sin perder su amplia sonrisa, se agachó para rascarle las orejas. Ella, complacida, agitó la pata mientras recibía los mimos y, cuando se pusieron de nuevo en marcha, se echó a trotar tras el niño, moviendo el rabo, contenta.

—Le va a encantar. En cuanto regrese…

Entonces se detuvo de nuevo, sorprendido por una idea.

—A lo mejor Guy puede volver a instruirnos. —Aquel pensamiento iluminó su rostro—. Quizás nos den permiso para volver a dormir en el establo.

Aquello había sido duro.

Al morir su madre, la pequeña habitación aneja a las cocinas de la torre había

pasado a la siguiente muchacha en ocupar el puesto. Y el niño se había quedado sin lugar en que vivir. Pero su padre, el señor de la fortaleza, don Rodrigo de Seijas, había decidido dejar que su bastardo tuviera donde dormir. Le había cedido el último pesebre del enorme establo a cambio de que ayudase en los trabajos de los palafreneros.

Con un par de órdenes, el señor de San Paio lo había favorecido, aunque no fuera más que un gesto modesto.

Además, si el chico obedecía al viejo Tomás, que era quien se encargaba de caballos y bestias de carga, aprendería. Don Rodrigo le habría brindado también la posibilidad de criarse en un oficio.

Y el niño no era el más listo, pero se daba cuenta de que su padre lo había hecho pese a las protestas de la señora. Porque todos en la torre, incluso en Compostela y Lugo, puede que hasta en Toledo, sabían que doña Urraca tenía agrio el carácter y escasa la voluntad.

A don Rodrigo de Seijas el confesor de la capilla sólo podía pedirle penitencias por una razón: la de caer en la tentación de encariñarse con las muchachas del servicio. Si bien era cierto que quizá, sólo quizá, la culpa podía cargarla la misma señora del lugar. Como casi cualquier otro matrimonio entre las casas de ricoshombres de Castilla, los esponsales se habían arreglado por la conveniencia de los tratos, promesas y juros que aprovechaban a los terratenientes, sin preocuparse por el gusto de los novios. Y doña Urraca, que había aportado su buena dote a los tesoros de la torre de San Paio, había resultado una yegua frígida y mandona. Además de arisca, porque solía varear a las ayudas de cámara y miraba con recelo malsano a todo el mundo.

Por el contrario, a don Rodrigo le gustaba encamarse con las hijas de los labriegos de sus quintas, pero en todo lo demás era hombre medido. De aquellos que saben estar donde les toca. Amable con los arrendatarios de sus tierras, respetado por sus compañeros de armas y dispuesto a olvidarse de sus títulos para ofrecer palabra a cualquiera. Era hombre de confianza, no sólo de la corona de Castilla, sino también del trono navarro. Y siempre se había ocupado de que a la madre y al muchacho no les faltara qué comer, a ellos y a todos sus bastardos, que por el alfoz de San Paio había otra media docena de chicuelos que también apuntaban altos y fornidos como el señor de la torre. Pero todo se había ido al traste cuatro años antes.

A don Rodrigo le había llegado carta lacrada del conde de Champaña y de Brie, de su alteza, el rey Teobaldo de Navarra.

Los dos se conocían de viejo. De los días en los que Fernando de Castilla, con la excusa de que convenía a las dos coronas, había concertado el casorio de su hijo, el infante Afonso, con la hija del navarro, ligando ambos reinos con el matrimonio de los herederos. Tuvo mucha relevancia el asunto; fueron negociaciones con muchos dimes y diretes. Había en juego no uno, sino dos reinos que llevaban años luchando contra el moro por hacerse mayores y mantenerse enteros. Había diezmos, impuestos,

votos y tributos que cobrar. Molinos, herrerías que poner a funcionar. Mesnadas que llamar. Tierras que labrar. Silos que llenar. Y, como no podía ser de otro modo, con tanto como había estado en un brete, se cruzaron más de dos chismorreos y un puñado de los ricoshombres de ambos reinos llevaron recados. Hubo secretos y pagos so mano, sobornos, chantajes, amenazas. Porque, en sus políticas, los hombres aspiran a sus ideales pero vierten sus miserias.

Y entre tanto recadero, mensajero, aliado o enemigo, había estado don Rodrigo de Seijas, señor de San Paio y encomendero de Santa María de Sobrado.

Ahí había nacido su amistad con el rey de Navarra, y bien había estado, porque convenía tener bastones tan altos como aquél. Pero el favor de cualquier corona tiene siempre un precio.

Y hubo de pagarse. Un buen día, a Teobaldo de Navarra le habían hervido sus raíces gabachas. Como hombre de la casa de Champaña, bajo la sombra de sus ancestros, impulsado por la gloria y el honor de días pasados, el rey navarro había decidido seguir a sus antepasados más ilustres y convocar las armas para guerrear en ultramar. Para conquistar la Palestina a mayor gloria de Dios y su Iglesia. Porque en aquellos días del año del señor de 1237, lo poco que se había conseguido tras el llamamiento a la santa guerra en el concilio de Claramonte ya se había perdido en manos del pérfido Saladino. Poco había durado la ilusión de los cristianos de Oriente y Occidente. Echando la cuenta rápida, entre abuelos y nietos, las tierras bíblicas habían pasado de moros a cristianos y de nuevo a manos de los infieles. Y la tremebunda derrota de los hombres bajo la cruz en el infausto lugar de los Cuernos de Hattin todavía escocía en muchos palacios, castillos, colegiatas, capillas y catedrales.

Desde aquella nefasta victoria de los hombres del sultán, los peregrinos y los hombres de buena fe que querían peregrinar a los santos lugares se encontraban con la fiereza implacable de los turcos. Infieles malparidos que no dudaban en cortar la cabeza de cualquier cristiano que cruzase sus fronteras. La cruz ya no controlaba los santos lugares de las sagradas escrituras.

Así terminó don Rodrigo dejando su torre de San Paio para acabar rumbo a ultramar, obedeciendo al llamamiento fervoroso de Teobaldo de Navarra de participar en una nueva cruzada.

Y el mismo día en que se posó el polvo que dejaron sus caballos al partir, doña Urraca y su único hijo, el heredero del señorío, Fruela Rodríguez de Seijas, se ocuparon del bastardo que, a sus ojos, no era más que una clamorosa vergüenza.

No se atrevieron a desterrarlo a los bosques y dejarlo indefenso para el invierno, y tampoco a encargar a los hombres de la fortaleza que lo matasen, porque ni doña Urraca ni su hijo Fruela las tenían todas consigo si sopesaban cómo podría reaccionar don Rodrigo a su vuelta. Pero no les faltó el coraje de echarle a patadas del establo y quitarle cuanto tenía. Y Laín hubo de sentirse afortunado, porque podía seguir trabajando en la fortaleza, haciendo las veces de esportillero y mozo para todo. Además, en las cocinas siempre había una sonrisa y algunas sobras que repartir. Así

que, desde el día de la partida de su padre, el muchacho, más que otra cosa, malvivía con el poco consuelo de esperar su regreso.

—Cuando don Rodrigo vuelva…

Laín no quería heredar la torre. No quería llenarse la bolsa de plata. Sólo quería el amor de su padre. Soñaba con que don Rodrigo lo mirase con orgullo y le diese un fuerte abrazo.

Pero aquella mañana de primavera, en el día de san Félix, el niño no sabía que un jinete cabalgaba a uña de caballo para traer noticias a la torre de San Paio, en los montes escondidos del interior de Galicia.

Hasta entonces, los únicos rumores del valle se habían centrado en las tardías heladas que ese año habían caído para amenazar las cosechas de los frutales. Aún se veían en las ramas de los árboles las hojas ennegrecidas por el frío, y todos hablaban del desastre que sería para los perales, los manzanos, los cerezos y los nogales.

Ahora, a mayores, desde Jerusalén llegaban tristes noticias.

Al otro lado del arroyo, la ladera ascendía con prisa. En la pendiente se agarraban abedules, pinos, tojos, silvas, fresillas, madroños, laureles y matas de guardalobo, que se enredaban en equilibrios imposibles que ponían a prueba sus raíces. Y entre las manchas verdes despuntaban roquedales ásperos de granito, piedras viejas manchadas de líquenes dorados y musgos pardos. El bosque resplandecía bajo el sol de la mañana, se sacudía el rocío de la madrugada. En las copas de los árboles, los arrendajos discutían con sus graznidos secos y una garza, que había estado pescando en el riachuelo desde la atalaya de sus largos zancos, alzó el vuelo asustada, batiendo sus enormes alas grises cuando el niño y la perrita aparecieron entre los brezales de la orilla opuesta.

—Es allí, ¿lo ves? —le dijo a su amiga, señalando la arboleda de enfrente.

En lugar de hacia el punto que indicaban las uñas sucias, el animal miró a su amo.

—No estoy seguro de en cuál de las grietas, pero es allí, los he visto salir muchas veces a cazar —le explicó a su compañera con gesto serio, como si esperase que ella se hiciera cargo de la gravedad del asunto.

Lúa, que así se llamaba, ladró una sola vez, como para refrendar aquellas palabras, y trotó junto a su amo ofreciendo la cabeza a fin de recibir cariños.

—Llevas toda la razón —concedió el niño, volviendo a sonreír, incapaz de mantenerse severo por más tiempo—. Ahora nos toca esperar —reconoció, y se agachó para complacer al animal—; tenemos que asegurarnos de que los padres no están.

Y así lo hicieron. El crío buscó asiento en un canto cubierto de musgo y la perrilla, a sus pies después de dar un par de vueltas sobre sí misma y acicalarse a conciencia la panza, se tumbó a sestear con un sonoro bostezo.

Bajo el sol de la mañana, Laín ejercitó su paciencia.

Un rato después, ambos eran ya una parte más del bosque, y las criaturas que allí vivían ganaron confianza. Con el arroyo tan cerca, las lavanderas revoloteaban de un lado a otro persiguiendo cachipollas que echarse al buche. Una ardilla pasó sobre sus cabezas, saltando de rama en rama, en busca de un lugar donde esconder sus tesoros, hechos con las primeras bellotas de la temporada. Y no muy lejos se oyó la llamada de un cuco y resonó el picoteo de un carpintero agujereando algún tronco.

Laín lo observaba todo y disfrutaba con cada sonido y cada gesto. Allí se sentía a gusto. No le importaba no tener más que un chamizo donde dormir, o no poseer otra cosa que lo puesto. Aquellos montes envejecidos eran su verdadero hogar.

De pronto, algo se agitó entre las matas de helecho de la orilla opuesta, y el niño prestó atención. Al poco, distinguió las franjas blanquinegras de un tejón que se recogía tarde de sus correrías nocturnas. Y entonces se acordó del viejo Tomás.

Aquello serviría para darle una sorpresa. El baqueteado palafrenero se mostraría encantado. Al viejuco nada le agradaría más que recibir unos mechones de pelo de tejón con los que atar nuevas moscas para la pesca del salmón. Ahora que los peces ya habían empezado a remontar los ríos, eso lo acercaría al éxtasis divino. Porque el

crío sabía muy bien que sólo la pesca lograba avivar el mohíno y quejumbroso carácter del viejo, que siempre parecía quejarse de que la muerte tardase en venir a buscarlo. Pocos días antes, los dos habían estado observando los pozos tras el molino que faenaba en el río, en el valle bajo la torre de San Paio, y aunque la temporada acababa de empezar, ya habían distinguido el destello plateado de un salmón de al menos una arroba. Una silueta ondulante descansando en un remanso de las aguas claras, meciéndose en la corriente tras un canto que el río había rodado.

Pensando en su amigo, el niño sonrió. Y se prometió que, cuando bajase del nido, se acordaría de buscar entre las zarzas y aulagas las rutas del animal. Laín había aprendido en el bosque que los tejones eran tozudos con sus idas y venidas hasta la madriguera; siempre hacían sus rondas pasando una y otra vez por los mismos lugares. Si rebuscaba un poco, encontraría mechones que llevar al viejo, y así lo convencería para que algún día montaran las varas de avellano e intentaran atrapar a alguna de aquellas magníficas criaturas con aquellos extravagantes anzuelos que el palafrenero decoraba con sedas, torzales, pelos y plumas para que los salmones se engañasen.

Como no le había advertido de sus intenciones y, conociendo por adelantado las protestas del viejo por el trabajo que supondría criar al halcón, Laín se convenció de que aquel pequeño soborno sería el acicate para que Tomás accediese a entrenar a la rapaz.

El sol se movía hacia el mediodía y, como la perrilla, el chico se fue amodorrando en la fragante tibieza. Una lagartija se acercó hasta la piedra donde estaba. Un animal de casi un palmo de largo, con el aspecto viejo y resquebrajado de todos los suyos, de un lomo verde intenso, jaspeado de motas negras. Se detuvo a apenas una vara de la cabeza del crío y se dispuso a imitar a sus dos inesperados vecinos, aprovechando el calor que empezaba a asomar.

Sin gestos bruscos, Laín ladeó la cabeza para observarla, pero el reptil no se asustó, ni siquiera después de girarse para devolverle la mirada. Se limitó a abrir la boca y ventear con su lengua afilada, haciendo que su escamosa papada subiese y bajase.

Así había sido siempre. Desde que podía recordar, incluso desde antes, si daba crédito a lo que mamá le había contado.

Se entendía con cualquier bicho. Siempre había tenido pegado a los talones a un perro o a un gato. Incluso los temerosos corzos parecían mantener la calma cuando el muchacho caminaba por el bosque. Fuera por el motivo que fuese, don divino o simple casualidad, ni siquiera los lebreles más fieros de la torre, aquéllos con los que don Rodrigo iba de montería, le ladraban. Y si nadie más podía acercarse a ellos, el pequeño Laín sí.

Incluso el garañón que don Rodrigo se había llevado a la guerra, un semental zaíno y grande como una galera, bien entrenado para batallar lanza en ristre. Era un bicho con un carácter endemoniado, pero siempre había consentido que el niño le

repasase los cascos o lo almohazase sin un solo relincho de protesta.

Durante el invierno anterior a que el señor de la torre marchase, una podredumbre de los cascos que ni el viejo Tomás lograba curar había hecho del caballo una mala bestia con poca paciencia y, para cuando el herrero se había negado a trabajar por miedo a que una coz le destapara la sesera, el niño se había entrometido.

Sobre cómo el pequeño paseó la mano por la frente del semental, susurrándole dulces palabras, aún se cuchicheaba entre las gentes de la fortaleza de San Paio. Inexplicablemente, en manos del crío, el encabritado animal se volvió dócil como un potrillo, y dejó hacer al nervudo herrador y al viejo palafrenero que, de tanto en tanto, echaban miradas desconfiadas al jaco y luego vistazos incrédulos al muchacho.

Y en San Paio y su alfoz lo sabían, porque daba igual si se trataba de caballo, oveja, cerdo o chucho de mil leches, incluso fieras del bosque como raposos, lobos o jabalíes. El niño se las apañaba bien.

Todos los sirvientes de la torre lo tenían en mucha estima, pues, pese al cruel trato que le dispensaban la señora y el joven Fruela, el crío no se quejaba. Doblaba el espinazo como el que más y siempre estaba dispuesto a echar una mano, cualesquiera que fueran los trabajos. Aun así, pasaba mucho tiempo a solas, sin más compañía que la de todos los bichos a los que cuidaba y recogía.

El pequeño Laín se entendía con los animales y ellos parecían corresponderle.

Hablaba más con ellos que con sus semejantes, y pasaba más tiempo con ellos que con ningún otro en la fortaleza. Eran sus amigos.

—Allí está —dijo de pronto en poco más que un susurro.

Lúa y la lagartija lo miraron, pero Laín observaba la pendiente de la otra orilla. Algo a su derecha, desde un resquicio en el roquedal, había echado a volar.

—Ésa es la madre —le explicó a la perrilla y a su nueva amiga—, es siempre más grande. Y, si ha dejado el nido atrás, es que los pollos ya están crecidos. Comen mucho —añadió, dando énfasis con un gesto de las manos— y los dos padres han de trabajar duro. No es fácil llevar al nido bichería suficiente para llenar las panzas de los pequeños glotones —miró a Lúa con una sonrisa—. Tú lo sabes bien, ¿verdad?

En tanto la perra no contestaba, la rapaz giró sobre las copas y batió las alas. Aprovechó los rebufos del viento para ascender por la pendiente y, poco a poco, fue ganando altura. Sus alas tenían los tonos de la pizarra húmeda y brillaban al sol. Sobre el pecho blanco le corría un barrado de tonos pardos que se extendía por la parte inferior de las pechugas e, incluso en la distancia, se apreciaba la silueta de la cabeza, provista de un pico afilado. Era un halcón, un baharí como le decían los sarracenos.

Al otro lado de la loma había campos de centeno recién sembrado, donde las perdices aprovechaban las lindes para anidar. Y Laín supuso que la diligente madre centraría allí su atención. Seguramente patrullaría los cielos, intentando descubrir alguna presa apeonada a la que sorprender en cuanto levantase el vuelo. También podía buscar a las torcaces que zureaban en las copas de los pinos que había aguas

arriba, en los altos de la sierra donde nacía el arroyo.

—¡Vamos! No tenemos tiempo que perder; volverá pronto, tiene mucho y bueno donde cazar.

La lagartija no se inmutó y la perrilla bostezó.

—¡Oye! No seas perezosa, ¡vamos! —la instó echándose a vadear el arroyo.

Como la pared de una iglesia, con sus arbotantes y sus cúpulas, las piedras formaban una fachada por la que trepaban hiedras y madreselvas, en los huecos crecía el musgo y los helechos colgaban de las lajas más sombrías. Las puntas de algunas ramas de los árboles en derredor acariciaban las piedras y entre las grandes rocas se veían fracturas gastadas por el viento, grietas que corrían paralelas como huellas del gran cataclismo que había dejado allí, chantados en medio de la ladera, aquellos enormes berruecos.

—Tiene que ser ahí arriba —le dijo a la perra.

Allí donde se veían churretones blancuzcos que manchaban la pared de piedra, rastros de las sobras que caían del nido y de las cagadas de los polluelos.

—Muy bien —espetó el crío convencido—. Tú tienes que esperarme aquí. Yo voy a subir.

Como si comprendiera, la perrilla miró hacia aquel risco de granito y gañó con preocupación. Había al menos veinte varas de lisa roca hasta el pequeño repecho donde se intuía la alcoba de las rapaces. Apenas se veían asideros y, aunque el sol había secado ya el rocío de la mañana, las matas verdes que crecían en las rendijas de la piedra daban fe de que aquel berrocal conservaba la humedad. Intentarlo suponía arriesgarse a acabar descalabrado. Con suerte, con sólo unos huesos rotos; con desgracia, con la crisma abierta contra las mismas piedras.

Era una escalada peligrosa, pero él estaba dispuesto. Sólo se tomó el tiempo de ajustar la correa del morral y comprobar brevemente que su carga estaba a salvo.

Algo se movió en el interior y las manos del crío se escondieron un instante en la tela encerada.

—Tú no te habrás comido todo, ¿eh, ladronzuelo? —preguntó al interior del bolso antes de cerrar la tapa y volver a mirar hacia la pared de piedra—. Se va a llevar una alegría enorme cuando regrese, ya lo verás —insistió a la perrilla al tiempo que empezaba a escalar.

Un año después de que don Rodrigo se hubiera marchado para unirse a las huestes del rey Teobaldo, el halcón que había usado para la caza, un torzuelo espejado y bien entrenado que jamás había hecho ademán de perderse, había aparecido muerto al pie de su percha. Había sido una mañana triste para el viejo Tomás, que era quien había enseñado al pájaro a cazar desde que no era más que un volantón.

Así había empezado todo. En los últimos meses se había hablado mucho del próximo regreso de don Rodrigo. Habían pasado ya cuatro años desde su partida a la Palestina, de modo que, pese a que no tenían más noticias que una carta que había

llegado desde Génova casi tres años atrás y que venía con meses de retraso, todos contaban con que ya iba siendo hora de que el señor de San Paio regresase de su lucha contra los infieles mahometanos. Y, unos días antes, mientras compartían un currusco de pan y unas mondas de queso, después de haber limpiado los establos de la torre, el crío se había puesto a hablar con ilusión del pronto regreso de su padre.

Laín, como infinidad de veces antes de esa mañana y con tanta expectación como si jamás hubiera escuchado antes aquellas historias, había empezado a preguntarle al jefe de los caballerizos, a rogarle que le contase, una vez más, anécdotas de su padre.

—… aquel lance de las perdices, el de la quinta de Lema —le había instado, poniéndose en pie y recogiendo migas del regazo para llevárselas a los labios con los dedos.

El viejo Tomás había carraspeado, fingido hastío y protestas, aunque apenas era incapaz de engañar a nadie con aquella actitud.

—Tenemos mucho trabajo por hacer, hay que atender a las yeguas preñadas…

Pero los ojos suplicantes del muchacho lo miraban con tanta intensidad que, como todos en la fortaleza, no pudo decirle que no. Porque Laín se había convertido en el hijo, sobrino o nieto de todos y cada uno de los sirvientes de la torre y, a no ser por doña Urraca y su hijo Fruela, no había quien no tuviera aprecio por el huérfano.

—Está bien, está bien —había concedido—, pero aprovecharemos para ir cosiendo aquellos arreos —dijo intentando sonar severo.

Y el viejo Tomás, a quien se le daba bien contar viejas batallas, se había pellizcado los bigotes canos, rascado el cogote bajo la boina y, cogiendo los útiles de costura, se había puesto manos a la obra. Enhebró la recia aguja con cordón encerado y, sentándose con un crujido de huesos, empezó a hablar.

Mientras oía la historia de cómo el halcón había acuchillado a la esquiva perdiz en un quiebro imposible bajo las ramas de un alto aliso, Laín se había acordado de la nidada que había visto el año anterior en aquel roquedal. Y, pacientemente, había esperado hasta la época correcta.

Había visto a los padres cortejarse, haciendo cabriolas en el aire en las que el torzuelo ofrecía galante una paloma recién cazada a la hembra. Acrobacias impensables en las que, en cualquier momento, parecía que ambos pájaros caerían del cielo como dos piedras, pero de las que siempre se recuperaban alzando el vuelo de manera milagrosa. También los había observado elegir los lugares para las nidadas, porque Laín sabía que los halcones eran quisquillosos con eso. Siempre escogían más de un lugar y así poder mudarse si presentían peligro. Los había localizado, pero había sido necesario esperar a que la primavera estuviera bien entrada, para que los pollos hubieran ya mudado buena parte del plumón, para que estuvieran crecidos y fuertes y para contar con que, de vez en cuando, quedasen solos en el nido.

El momento había llegado al fin.

—Vamos —insistió, y echó las manos a la pared de piedra—. Volveremos a dormir en el establo y Guy nos enseñará a usar la espada y la ballesta, ya lo verás.

Apenas había escalado un par de varas cuando resbaló por primera vez. Y no cayó sólo porque tuvo la agilidad necesaria para aferrarse con los dedos de sus pies descalzos en un resquicio de una pulgada escasa. Pese al susto, no recapacitó. Siguió avanzando, pendiente sólo de la ruta hasta la cornisa donde estaba el nido.

Tenía que conseguir aquel pollo, a cualquier precio.

Don Rodrigo siempre había tenido una palabra amable para él, le había revuelto el pelo con cariño cuando se cruzaban, le había dado permiso para coger algo de miel de las despensas y, una vez, cuando se había organizado una gran feria en el pueblo al auspicio de la fortaleza, le había dado una moneda para que pudiera gastarla con los abaceros, comprando alguna niñería.

No era mucho un maravedí, pero para Laín constituía una fortuna. Aun así, fue el león rampante en la cara de la pieza lo que despertó más sueños en su candidez infantil. Porque el niño imaginó al verlo legendarias cacerías y grandes aventuras en las que valerosos caballeros se apostaban la vida.

Y no se atrevió a gastarlo en uno de los suculentos pastelillos al estilo moro que vendían en la feria. Laín le había dado la moneda a mamá y había observado la mirada cómplice que su padre y ella se habían brindado entre la ajetreada muchedumbre que recorría los puestos bajo el vocerío de los buhoneros y vendedores. Había muchos misterios en la vida de los adultos que el niño no entendía, ni entonces ni ahora, como tampoco comprendía por qué doña Urraca lo había echado de los establos obligándolo a vivir en un chamizo fuera de las dependencias de la fortaleza, condenándolo a subsistir de lo poco que encontraba en el bosque, de las sobras que le daban los que le querían en San Paio y trabajando de tapadillo en la fortaleza, siempre atento a que Fruela no lo encontrase por el patio y le apeteciese pegarle una golpiza. Sí estaba seguro, sin embargo, de que quería volver a ver esa sonrisa en su padre, recibir una vez más esa palmada de orgullo en el hombro. Tenía que hacer las cosas bien.

Siguió escalando, con la cabeza llena de pájaros. Soñando despierto. Recordando.

El día en que don Rodrigo se había marchado…

En la explanada al pie de la torre aguardaban por su señor buena parte de los sirvientes de la plaza, un puñado largo de los labriegos que trabajaban las tierras de San Paio, el herrero con su familia de mujer gruesa y niños escuálidos, el molinero, con las ropas cubiertas de harina, y un fraile, legado del monasterio de Santa María de Sobrado, que oficiaría una misa para rogar por la vuelta, sanos y salvos, de los que partían. Y también doña Urraca. Tras todos ellos, los que marchaban a la Palestina: doce hombres a caballo, sus ayudas, otro monje de Sobrado que actuaría como confesor y el gordo Manuel, que se encargaría de las vituallas.

Menos estos dos últimos, todos los demás vestían guantes, tabardos, cotas de malla, espadas, lanzas y adargas. Todos con aire severo y muy compuestos para lucir dignos ese día tan significado. Además, todos llevaban una cruz encarnada cosida al hombro. Marchaban dispuestos a unirse en Navarra al rey Teobaldo. Ellos, como

muchos otros en toda Galicia, en Asturias, en Castilla, en Aragón y en los condados catalanes. Desde cualquier rincón de la tierra que había sido arrebatada a los sarracenos a sangre y fuego, cientos de infanzones, mesnaderos, caballeros y ricoshombres se preparaban para seguir a aquel rey que deseaba cubrirse de gloria recuperando para la cristiandad la ciudad del Santo Sepulcro. Gotas en el océano del orbe cristiano que pretendían barrer como una galerna las tierras de los turcos infieles, llamados por el deber, la lealtad o, simplemente, por la promesa del perdón divino de sus pecados pasados y futuros. Pues desde que el papa Urbano II llamara en el año del señor de 1095 a la primera guerra de ultramar en el concilio de Claramonte, las indulgencias eran el premio de los que se atrevían a acudir a las cruzadas.

Ese día, después de que terminaran la misa y las bendiciones, el pequeño Laín se presentó en la explanada con Lúa a sus talones. Se había bañado en el río, había lavado la mejor de sus dos camisas y sus únicos calzones, incluso había restregado a la perrilla con uno de los cepillos de las caballerizas. Había hecho su hatillo y, para sorpresa de los presentes, apareció allí con el rostro muy serio.

Bajo las miradas asombradas, obviando los cuchicheos de los palafreneros y el semblante severo del viejo Tomás, había caminado hasta donde el señor de San Paio, junto a su impresionante montura, aguardaba a que el cura terminase con sus latinajos.

—Estoy dispuesto —había escupido de golpe lo que se había pasado horas ensayando, cuadrando los hombros y poniéndose derecho.

Nada tenía y nada dejaba atrás, más que recuerdos. Sólo quería cumplir con lo que creía era su deber.

Entre los rudos caballeros se escapó alguna sonrisa, pero todas fueron indulgentes. Porque reconocieron el valor que chispeaba en aquellos ojos grises y en la quijada lampiña que apretaba los dientes con nervios evidentes.

Don Rodrigo había suspirado y había mirado a la ventana de la fortaleza donde estaba la habitación de su otro hijo. El señor de San Paio, muy serio, había palmeado el cuello de su semental y había despedido al capellán con una sacudida del mentón. Hizo de tripas corazón y se obligó a ocultar la decepción que sentía porque no fuera su primogénito el que se hubiera presentado ante él, listo para jugarse la vida en Jerusalén.

No. Fruela estaría jugando con alguno de sus muchos caprichos, ésos que le concedía su madre a todas horas. Ante él, en cambio, formaba un zarrapastroso batallón. Un muchachito andrajoso y una perrilla mestiza que se mantenía sentada y con las orejas erizadas, ambos listos para pasar revista.

Incluso olió el fuerte dejo rancio del jabón basto en el pelo, todavía húmedo, del niño.

En cuanto su padre se acercó, el pequeño Laín echó fuera una rápida carrera de palabras que en su cabeza habían sonado antes mucho más convincentes.

—Creceré durante el viaje —afirmó, estirándose para parecer más alto—. Ya

puedo encargarme de enjaezar a los caballos, soy un buen mozo de cuadras. Y sé aceitar las espadas, Guillermo me enseñó —aclaró, señalando a uno de los jinetes, un caballero de origen bretón que tiempo atrás se había establecido en León y había terminado al servicio del señor de San Paio—. Sé repasar las cotas de malla y puedo preparar las lanzas. Además, sé apañarme con cazos y cacerolas, puedo ayudar con las comidas. Y a herrar los caballos…

Por un instante, pareció que no iba a decir más, pero en sus ojos se veía la agitación por encontrar argumentos.

—Y cuando llegue la batalla —echó el pecho fuera y abrió los brazos—, haré lo que se me ordene.

En los ojos de su hijo, don Rodrigo vio a la madre y tuvo que desechar por un momento lo que pensaba de su esposa Urraca. La cocinera sólo había tenido un defecto: su sangre villana. Jamás don Rodrigo había conocido a mujer igual y la había amado como jamás antes. De hecho, si examinaba su conciencia, la seguía amando. De no haber sido por las circunstancias…, la política, las familias, las relaciones con la corona. Urraca estaba emparentada con el rey Fernando. Un hombre de su posición era presa de su destino, no siempre podía elegir lo que deseaba, obligado por las apariencias y el deber.

Fijó su atención en el muchacho y Rodrigo se dijo a sí mismo que ahí, delante de él, estaba la prueba de que un hombre podía ser mucho más que su sangre. Era una idea peligrosa pensar que el linaje no determinaba el sino de cada cual. Pero aquel mocoso, sin saberlo, parecía convencido de poder demostrarlo.

El señor de San Paio miró hacia los hombres que le habían jurado lealtad y que estaban dispuestos a seguirlo hasta Tierra Santa para jugarse allí la vida. Entre ellos, la fe era algo cómodo a lo que aferrarse en caso de necesidad, pero, a excepción de un par de auténticos devotos, estaban allí, dispuestos a lo que viniera, más por el botín y la gloria que por sus convicciones religiosas. Quizás incluso alguno de ellos había reflexionado en ese perdón por los pecados que había prometido la Santa Madre Iglesia, pero aquel zagal no había recapacitado sobre ninguna de aquellas cuestiones, simplemente había pensado que era su deber, y lo había hecho.

El bretón Guillermo asentía despacio, con una sonrisa de medio lado en los labios, divertido por el coraje del crío.

—Así que estás dispuesto a luchar contra el turco…

Si cabía, Laín se enderezó aún más, y la perrilla, al reflejo de su amo, estiró las patas delanteras y asentó las manos.

—Lo que haga falta, mi señor —contestó el crío.

Las muchachas de las cocinas bisbisearon frases que nadie más escuchó. Uno de los caballos relinchó. Y el señor de San Paio tomó una decisión.

—Arrodíllate entonces —dijo, componiéndose muy serio mientras su hijo bastardo se postraba de hinojos—. ¿Juras por la gloria eterna y la divina providencia que obedecerás las órdenes que recibas y que guardarás lealtad a tu señor?

—Lo juro —respondió raudo Laín.

Todos los presentes conocían la fórmula. Y los caballeros junto al señor habían pasado por la misma ceremonia unos pocos días antes.

—¿Estás seguro? ¿Entiendes lo que significa lo que acabas de hacer?

Sólo una breve sombra de desconcierto nubló los ojos del muchacho.

—Lo estoy —afirmó vehemente—. Y lo entiendo —mintió con desparpajo, sólo por el convencimiento de que eso era cuanto debía hacer.

—Sea entonces. Ponte en pie como un hombre, tú que te has arrodillado como un niño.

El alivio en el rostro del pequeño arrancó más sonrisas entre los presentes. Sólo doña Urraca parecía haberse tomado a mal aquel acto inocente de ensoñación infantil; echaba chispas por los ojos y la frente fruncida afeaba aún más su expresión afilada.

Era una mujer enjuta y de miembros zancudos, siempre tensa bajo una cara cetrina. De buena familia navarra, de una casa de postín, de las que ocupaban los lujos entre el barrio de la iglesia del Carmen y el palacio real. Su padre era hombre influyente en la Navarrería y tenía relaciones con ricoshombres de Toledo y León. Incluso estaba emparentada de lejos con la corona de Castilla. Pero no era agraciada. Y ella lo sabía. Por eso vestía siempre con las mejores y más caras galas que podían comprarse. Traído por los comerciantes más lujosos de Flandes, doña Urraca llevaba ese día un excelente brial del mejor paño de lana, decorado con encajes ingleses vendidos en la Bretaña y mangas brocadas, aunque el escote quedaba flácido, porque ella no era más que un amasijo de huesos y pellejo. Y bajo el velo caído de su exquisita cofia de gasa, su mirada, furtiva y oscura como un pozo, se mantenía clavada en el crío.

—¡Guy! —llamó el señor de San Paio.

De entre los presentes se adelantó un franco, un gascón de la Bigorra que, como tantos otros en esos días confusos, cuando el recuerdo de la santa lucha del papa Inocencio contra los albigenses estaba aún fresco, había compuesto su vida a un mundo de su hogar, quizás huyendo del castigo que tragaron aquellos herejes de la Provenza francesa, quizás escapando de las luchas por aquellas tierras que mantenían los anglos, aquitanos, occitanos e incluso los navarros.

No era extraño que muchos se movieran buscando fortuna o huyendo. A través del valle de Arán, bajo el latín de curas y ricoshombres educados, los pueblos compartían retazos de sus propias lenguas, todas parecidas. Al mediodía y al levante de la Aquitania inglesa, desde los condados francos y catalanes hasta la misma Compostela, pasando por las tierras occitanas, mal que bien, unos y otros se entendían. En Finisterra y en el puerto de la recién fundada Aguas Muertas, se oían las mismas cantigas y los mismos trovadores pedían monedas, porque todos las entendían.

Quizá Guy de Tarba tenía un oscuro pasado de herejías, pues su ciudad no quedaba lejos de la Provenza de los albigenses, o quizás había traicionado a algún

noble de aquellas guerras lejanas.

Pero a excepción del propio don Rodrigo, nadie en la torre o en su alfoz sabía nada de él, sólo que se había convertido en la mano derecha del señor de San Paio mucho tiempo antes, en una de las campañas contra los agarenos del rey Fernando, al que ya en esos días habían empezado a llamar el Santo.

El gascón era un tipo fornido que parecía hecho con los descartes de un cantero. Duro como un tocón de roble. Alto y corpulento. Pese a que no llevaba más que un tabardo recio, abultaba más que la mayoría de los que vestían cota de malla. Su pelo era un cepillo cano y, como los britanos, traía las barbas afeitadas. Era un hombre callado sobre el que circulaban mil rumores en la fortaleza, porque de su misterioso pasado sólo se conocían las huellas que le había dejado: tenía una cicatriz que le subía desde el cuello a la mejilla y uno de sus ojos, anegado en nieblas, era inútil; además, le faltaban tres dedos de la mano izquierda y, cuando amenazaba tormenta, cojeaba.

Había vuelto de Burgos con don Rodrigo años atrás, en los tiempos en que se había concertado el matrimonio con doña Urraca y, desde entonces, las cocineras juraban que sólo le habían escuchado decir media docena de palabras. Se rumoreaba que podía ser hijo de algún mercenario vikingo de los que habían secuestrado a los reyes navarros años antes, y también se oía que había caído en desgracia al enfrentarse a alguna orden del emperador Federico. Incluso se chismorreaba que andaba amancebado con una meiga que hacía de curandera para las gentes del valle. Fuera como fuese, había demostrado su valía en más de una ocasión y, durante una cacería, había salvado la vida de don Rodrigo al evitar que un verraco furioso lo empitonara con sus colmillos retorcidos. Hazaña a la que se añadía que, pocos años antes, cuando habían peleado en Mérida contra los almohades, había decapitado a un sarraceno a punto de alancear al señor de San Paio. De no ser por su edad, todos sabían que hubiera acompañado a los hombres en esta nueva guerra, pero, como las viejas luchas le habían hecho pagar un alto precio, él había sido el designado para guardar la casa de su señor durante la ausencia obligada y, además, actuaría de ayo del joven Fruela, ocupándose de que se le enseñase a empuñar la espada y manejar la lanza, como se esperaba del heredero de San Paio.

Laín, al verlo acercarse, tuvo la sensación de que se cernía sobre él un gigante, pero entonces su atención se desvió, porque, para su sorpresa, don Rodrigo había puesto una mano en su hombro.

—Este hombre ha demostrado coraje —le dijo el señor de San Paio al gascón.

Por toda respuesta recibió un gruñido afirmativo del mercenario, que observó con su único ojo al hombre que no era más que un niño.

—Y se merece la confianza que se deposita en los valientes. En los bravos de espíritu que están dispuestos a arriesgarlo todo por su señor, su rey y su dios. —Rodrigo no miraba a su hijo, pero era consciente de que el crío lo contemplaba embobado—. Por eso va a quedar a tu cargo y te ocuparás de que reciba la

instrucción debida.

El mentón de Laín cayó como hecho de plomo y, boquiabierto, vio cómo su padre, al que nunca se había atrevido a llamar así, echaba la mano libre a su propio hombro y arrancaba de un tirón la cruz encarnada que doña Urraca había cosido allí.

Ninguno de los presentes se percató de la furia que hervía en la mujer al ver cuánta atención estaba recibiendo aquel pequeño bastardo.

—A partir de hoy mismo —siguió hablando Rodrigo a su hombre de confianza—, te ocuparás de que aprenda lo que debe para hacerse merecedor de llevar esta cruz que ahora le doy.

Y le tendió al crío el pedazo de tela teñida.

Ni en sus sueños más alocados Laín hubiera esperado algo semejante. El valor que le había hecho falta para plantarse en la explanada no fue nada comparado con la fuerza de voluntad que hubo de emplear para evitar que no le saltasen lágrimas de emoción. Incluso la perrilla se dio cuenta, y se movió para acercarse a las pantorrillas de su amo con aire preocupado.

Sabía Rodrigo que su esposa enloquecería de rabia, pero el crío se merecía aquello. Él lo había decidido. Ahora ya no tenía tiempo para discutir. Su palabra era ley en San Paio y ella tendría que aguantarse.

Lo que no imaginaba era que Urraca, quien ya se alejaba del lugar entre aspavientos y bufidos, no tenía la más mínima intención de obedecer. Aquello era algo que ponía a los dos hijos de Rodrigo a la par, y ella no estaba dispuesta a consentir que un bastardo hiciera peligrar la posición de su retoño.

Sin duda, de saber lo que acarrearía su decisión, el señor de San Paio hubiera callado.

—Hoy no partirás conmigo —le dijo con gravedad—, pero debes darme tu palabra de que, a mi regreso, serás digno de mi confianza. ¿Lo juras?

Aturdido, Laín no supo adónde mirar o qué hacer, se había quedado sin palabras. Y no salió de su abstracción hasta que don Rodrigo insistió en el ademán de tenderle la cruz encarnada. Entonces, el crío alzó las manos y tragó saliva.

En el rostro de su padre vio mucho más que las palabras dichas; creyó distinguir amor y orgullo. Por primera vez en su vida, Laín conoció el calor en el pecho que alimenta el sentirse querido.

Al cabo, respondió con voz temblorosa:

—Lo juro —respondió tan serio como pudo—. Así será, mi señor.

Y eso mismo se repitió ahora para ahogar el esfuerzo de la escalada, mientras revivía aquella escena de nuevo en su memoria.

—Así será.

Laín no quería renunciar a nada. Iba a ofrecerle al señor de San Paio un halcón entrenado para sustituir el ave muerta. Y Guy volvería a ocuparse de su instrucción.

Conseguiría el halcón para su padre. Un regalo de príncipes, un gesto que, a buen seguro, conseguiría la aprobación de don Rodrigo.

Doña Urraca lo había echado de la torre. Ahora vivía entre la indigencia y la mera suerte. Fruela aprovechaba cualquier ocasión para meterse con él, y muchos días se iba a dormir con un labio partido o las piernas cubiertas de verdugones hechos con la pesada espada de madera que el heredero usaba en sus prácticas con el infante gascón. Pese a todo, Laín aguantaba sin protestar. Y, con aquel regalo, esperaba no faltar a la palabra que había comprometido. Con aquel halcón le demostraría a su padre que no se había equivocado al darle la cruz encarnada.

Estaba ya a más de diez varas del suelo y, en la lejanía, le parecía escuchar los gañidos preocupados de Lúa, que daba vueltas inquieta al pie del muro de piedra.

Tenía las yemas y los nudillos raspados. Le dolían las articulaciones de los dedos. Una de las uñas se le había astillado y la sangre le corría por la muñeca y el antebrazo. Los hombros le ardían. Y, para colmo, el pecho le subía y bajaba con rapidez, acusando el esfuerzo.

Al mirar hacia arriba vio que aún le faltaba un largo trecho y hubo de reunir toda su fuerza de voluntad para no rendirse, porque a esas alturas ya le faltaba el resuello.

Fue entonces cuando, por un hueco entra la tapa y la bolsa del morral, asomó un hocico bigotudo y afilado. Lisco, que así se llamaba el turón que siempre acompañaba a Laín, decidió salir a curiosear y, al ver por donde lo llevaba su amo, se puso nervioso.

—Tranquilo, pequeño —le susurró quedo.

Al sentir al animalillo agitarse, Laín soltó una mano de su asidero e intentó calmarlo, pero antes de que tuviera tiempo de acariciar al turón o de susurrarle algo más reconfortante, la única mano con la que se sujetaba a las piedras resbaló.

Sucedió en apenas un parpadeo.

De pronto ya no sentía bajo sus dedos el tacto áspero de la piedra. Su puño se cerró, pero ya no encontró dónde aferrarse. Sólo aire.

Sin tiempo para asimilarlo, los pies le fallaron y el vacío de la caída lo envolvió con un soplo de aire.

Cruzó por su cabeza el recuerdo de mamá, de su rostro sonriente. Se acordó de cuando le reñía por haber llevado a casa a algún animalillo del bosque. Siempre que aparecía con algún pájaro caído de un nido, o con el cachorro suelto de una madriguera saqueada por los cazadores, ella protestaba. Repetía las mismas letanías, pero la sonrisa que intentaba disimular en su rostro la traicionaba.

Lúa empezó a ladrar.

No se movía.

A su lado, la perrilla gañía preocupada. Hacía por curarlo a lametones. Le empapó la coronilla pegoteándole los cabellos. Luego se afanó en el pescuezo, lamiendo tan fuerte que la delicada piel enrojeció enseguida. Indecisa, Lúa respiraba junto a las mejillas de su amo. Se movía de un lado a otro. Daba vueltas en torno al cuerpo inerte. Se paraba, lo empujaba con el hocico, le apoyaba las manos. Volvía a lamentarse. Y empezaba de nuevo.

Pero él no se movía.

La primera bocanada de aire fue un trago apresurado de terror.

El pecho parecía a punto de estallarle. Frente a sus ojos, los destellos de luz entre las ramas bailaban como ánimas. Creía ver el lejano azul del cielo, enrejado por las copas de los árboles. En realidad, todo aparecía borroso.

Lúa insistió con sus lametones y el crío ganó fuerzas.

—Ya está, ya está, creo que… que…

Iba a decir que se sentía entero, pero tardó un poco en verse capaz de mover sus extremidades. Primero tentó los dedos de una mano y, pese al dolor que empezó a recorrerle el cuerpo, sintió un alivio inmenso al comprobar que podía cerrar el puño.

—Estoy bien —logró balbucir para contento de la perrilla, que empezó a mover el rabo con auténtica pasión sin dejar de llenarle la cara de lametazos.

Entonces movió la otra mano para devolver las caricias y el miedo se apoderó de repente de todo su cuerpo.

—¡Lisco! —exclamó incorporándose y palpando a toda prisa el morral.

En cuanto desató la presilla de la tapa, asomaron los bigotes y el hocico afilado del turón; detrás vinieron los ojillos asustados y Lúa, tan contenta que prácticamente temblaba, le dio un baño completo al animalillo.

Dolorido, asustado y aliviado, todo a un tiempo, Laín sacó a su amigo del morral y lo acarició. El turón, alargado y fino para cazar en las madrigueras de liebres y conejos, tenía el pelaje de un color pardo desvaído que se oscurecía en las patas y el rabo. En el rostro, aplanado, apenas destacaban las dos pequeñas orejas redondeadas y una banda de pelaje blanco que rodeaba los ojos, enmarcados con un antifaz de pelo oscuro que le daba el aspecto de un ladronzuelo.

—¿Estás bien?

Como toda repuesta, el turón mordisqueó suavemente las yemas de los dedos de Laín con sus dientes finos y afilados como agujas.

Tentativamente, el niño se puso en pie e intentó estirarse, igual que si estuviera desperezándose. Al día siguiente enormes cardenales le cubrirían toda la espalda, pero estaba entero.

—Habrá que volver a empezar —dijo en voz alta, tanto para sus animales como para sí mismo.

Y, para cuando el sol estuvo bien alto sobre el horizonte, cuando ya alcanzaba el cénit, se encontró, sin aliento, encaramado a un repecho en la roca. Cara a cara con

dos pollos de halcón que lo miraban con aire circunspecto.

En la cornisa de piedra, de apenas una vara de largo y un par de palmos de profundidad, el nido se extendía de manera sencilla. Era poco más que una montonera de gravilla con pequeñas plantas pisoteadas, porque, como era habitual en su raza, los padres no habían llevado plumas, pelos o palos con los que acomodar el lecho. Había huesecillos desperdigados, pedazos de cáscara parda de los huevos de la puesta, y se podía oler el tufo agrio de la carne pasada que se pudría en los restos sembrados por los alrededores.

Como cualquier otro pájaro, siendo tan jóvenes tenían un aspecto un tanto lastimero. El plumón despeinado que los cubría aparecía y desaparecía donde las primeras plumas maduras empezaban a crecer. Y sus rostros, más que una imagen fiel de las feroces rapaces en que se convertirían, aparecían desproporcionados, toscos.

Sólo dos. Quizás hubo más huevos, pero no todos habían salido adelante. Y, como Laín ya había imaginado, uno de los polluelos era un poco mayor que el otro, porque la madre habría esperado un par de días entre la puesta de un huevo y el siguiente.

Ambos pajarillos lo miraban fijamente. Seguían sus gestos con atención, tal y como hubieran hecho si uno de sus padres se hubiera posado en el nido con una torcaz recién capturada.

—Hola, pequeños —los saludó con una sonrisa.

En precario equilibrio, pero decidido a hacerlo lo mejor posible, Laín comenzó con sus preparativos.

El crío no quería espoliar la pollada. Algo en su interior le decía que no estaría bien privar a la pareja de halcones de toda su prole, así que había decidido que sólo se llevaría a uno de ellos. Además, él sabía que a don Rodrigo, como a cualquier cetrero, le encantaría tener una hembra, ya que las primas eran siempre más grandes y pesadas que los machos, mejores cazadoras para piezas grandes como las perdices o las becadas. Sin embargo, los pollos eran demasiado pequeños para saber si serían torzuelos o primas, no había modo de diferenciarlos. Por eso Laín había hecho el esfuerzo de traer consigo el morral.

Bajo la atenta mirada de los pajarillos, el crío apoyó el pecho en la cornisa de piedra para repartir el peso sin necesidad de usar los brazos. Con las manos libres, sacó de la bolsa de lona un zorzal desplumado que había capturado con liga el día anterior. Imitó lo mejor que pudo el piar de una madre, sintiéndose a la vez ridículo y emocionado, y los dos pollos abrieron los picos de inmediato, ofreciendo el gaznate con impaciencia. Con delicadeza, el niño fue sacando pedazos de la pechuga que les ofreció, alternando entre uno y otro.

El mayor de los dos enseguida aguijoneó al hermano con su pico. Como era de esperar, los escasos días de ventaja lo habían hecho más fuerte, la mejor opción para asegurarse de que se convertiría en un imponente reflejo de sus padres. Sin embargo, un brillo de los ojos del más pequeño de los pollos le susurró algo al crío. Captó algo en el animalillo que no supo explicar, pero aquel ser despelucado y desvalido lo

miraba de un modo especial.

Entre tanto, muy nerviosa, Lúa lo vigilaba desde el pie del precipicio, y Lisco, temeroso de asomar el hocico y llevarse un susto como el de antes, se había refugiado en el fondo del morral, desde donde mordisqueaba los dedos pegoteados del niño cada vez que él metía la mano para alimentar a los pollos. Laín, convencido de que aún tenía algo de tiempo antes de que la madre volviese al nido, siguió cebando a los pajarillos y observándolos con atención. Sopesaba su decisión.

El mayor volvió a hincar el pico en las carnes tiernas de su hermano. Y Laín sabía que aquello era normal, pero creyó intuir algo de maldad en él. Por el contrario, en el más pequeño, fuese verdad o imaginación del niño, Laín preveyó una fuerza estoica. El pollo no se arredraba ante los empellones de su hermano.

Finalmente, tomó al menor de los pequeños halcones, dejó que le picotease los dedos, sonrió y se lo guardó dentro de la camisa, agradeciendo que las garras de su pasajero no fueran todavía las cuchillas afiladas en las que se convertirían en unos meses.

En cuanto terminó el descenso, Lúa se lanzó encima de él moviendo el rabo con frenesí, tan contenta que gemía inconteniblemente. Ambos celebraron el éxito con mimos, palabras cariñosas y ladridos de excitación. Y, después de serenarse un poco, el crío se puso en marcha con la mayor de las sonrisas iluminando su rostro, mientras su amiga trotaba feliz unos pasos por delante.

Aquel regocijo no duraría mucho.

Justo en ese momento del día, un mensajero renuente a aceptar la hospitalidad de una señora demasiado arisca, partía de San Paio al galope, hacia la antigua calzada romana que salía hacia Castilla.

Cabalgaba rumbo a Astorga, camino de Navarra. Ya había cumplido con su cometido. La carta del rey Teobaldo había sido entregada, y ahora no podía pensar en otra cosa que no fueran los galanteos que había dejado pendientes con una moza, una ramera, pelirroja como brasas ardientes, que frecuentaba la posada en la que se había detenido dos días antes, en la venida.

Aquella lujuria que lo carcomía no era una de las órdenes que le habían dado en palacio. Pero, desobedeciendo lo mandado, había hablado de lo que no debía, de lo que ni siquiera se suponía que debía saber.

En el burgo de san Cernin, donde vivía entre los francos, los rumores habían comenzado en cuanto el rey Teobaldo regresó para sentarse en su trono y, pese al empeño de la Corte por ocultarlo, en cualquier esquina se podía escuchar lo que de verdad había pasado en la Palestina. Y él pudo confirmar aquellos chismorreos porque había hecho migas tiempo atrás con un tal Antonio, uno al que llamaban *el Bicho* y a quien le compraba cantárida de mala calidad, de la que se traían de tapadillo los que hacían tratos con los sarracenos de Granada. No era más que un desharrapado que se había embarcado en la locura del rey buscando fortuna y, tras salvar el pellejo de milagro, había terminado dedicándose al contrabando de aquel

polvo que levantaba el ánimo de los hombres y arreglaba los matrimonios. Aquel borrachín, ansioso por despotricar en contra del rey, le había revelado la verdad de lo ocurrido.

Por eso, cuando el heredero de San Paio le había ofrecido los dineros, él había caído en la tentación y había dejado libre el secreto.

Por contar lo que le habían dicho que callara, llevaba en la bolsa sus buenas meajas de vellón con las que, esa noche, planeaba rendir a la voluptuosa zagala de Astorga.

Sin dejar de sacudir las riendas, escuchando el tintinear de las monedas en su bolsa, la sonrisa del jinete se amplió.

ESTROFA

III

EL SABOR DE LA MISERIA

«… pero los hospitalarios y los templarios estaban poco dispuestos a seguir al emperador…».

Bellezas de la historia de las cruzadas por M. G.,
traducida al español por Francisco Pérez de Anaya

Al cabo, después de haberse quedado pasmado un buen rato, el viejo pudo hablar:

—Es magnífico, simplemente magnífico —murmuró extasiado.

Tumbada entre Tomás y el crío, Lúa mordisqueaba un currusco de pan duro que le había dado el palafrenero de la torre. A su lado, con sólo la cabeza a la vista, el turón Lisco robaba las migajas y las escondía en el zurrón como si fuera una despensa invernal. En tanto, el viejuco y el niño charlaban animosamente. Laín relataba sus peripecias para descubrir el nido y las largas horas de paciente vigilancia.

—Bien hecho, sí señor —alabó Tomás—. Había que esperar, así es como debe hacerse. Ni muy pronto, ni muy tarde. Justo en el momento preciso. No se pueden coger del nido antes de que las timoneras sean pardas —apostilló el viejo mientras apuntaba con los dedos callosos a la cola del pájaro.

Lo de la caída y el susto, Laín se lo ahorró. No tanto por la mentira piadosa, sino por evitarse el rapapolvo.

Tampoco le contó al vejancón que habían sido dos los pollos. El crío no tenía dudas de que su amigo no hubiera comprendido la pena que invadía a Laín al pensar en el regreso de la madre a una nidada vacía. El palafrenero hubiera preferido tener todas las aves posibles, no fuera a ser que acaeciese alguna desgracia y se quedasen sin ninguna. Aun así, Laín estaba convencido de haber hecho lo correcto.

A un lado, olvidados, habían quedado el hatillo de verdolaga para el aya Casilda y los mechones de tejón que Laín se había acordado de recoger como regalo para quien, sin pretenderlo, había ejercido de abuelo.

En cuanto había llegado a los establos de la torre, el niño le había contado al viejo lo de las hierbas, con lo que había arrancado una sonrisa al rostro cubierto de arrugas.

—Fantástico, se llevará una alegría —había dicho Tomás, contento por Casilda y orgulloso de que el niño tuviera tan buen corazón.

Luego, sacándolas del morral como un prestidigitador de feria, Laín le había dado las crines. Y aquello había ampliado la sonrisa hasta que a la vista quedaron los pocos dientes solitarios que aún tenía el viejo Tomás.

—Qué bien, justo a tiempo para el remonte.

Pero cuando le había ofrecido el pollo, el viejuco se había quedado pasmado, en un silencio de misa y homilía mientras digería la noticia.

Tomás, hecho de arrugas y remiendos, era un hombre fornido que en su juventud había contado con la fuerza de un toro. Meditabundo y cachazudo, tenía siempre el aire pesimista de quien teme haber obrado mal pese a tener la mejor intención. Y, a fuerza de costumbre, no era raro verle tironeándose de los pelos de la nariz hasta que sus ojos empezaban a lagrimear. Llevaba en la torre desde niño; había empezado a trabajar al servicio del padre de don Rodrigo en los días en que los cardenales elegían en Roma al sucesor del tercer Celestino para la mitra papal.

Había vivido mucho y había visto su buena ración de prodigios. A veces, cuando abusaba de los licores en los días santos, se le iba la lengua y contaba cómo, siendo un mozuelo, se había encontrado con una bella lavandera rubia que, tras prometerle

un peine de oro, se había sumergido en el río para no volver jamás. Pero nunca en toda su vida, pese al mucho aprecio que le tenía al criajo, hubiera imaginado que aquel mocoso se fuera a presentar con un pollo recién sacado del nido.

Incrédulo, el vejancón sostenía entre sus manos estragadas al pequeño bicho. Y el pájaro miraba a uno y otro lado con desconcierto.

—Es magnífico, magnífico —repitió al fin, tras el largo silencio, extasiado, sin levantar del pollo sus ojos aguados por la edad—. El mismo rey Fernando estaría satisfecho…

Laín ya soñaba con la expresión que pintaría la cara de don Rodrigo, pero, conociendo como conocía al viejuco, también sabía que ahora cambiarían las tornas.

Éste dejó al pájaro en una sola mano y usó los dedos de la otra para arrancarse un manojillo de pelos de las narices. Entonces, Tomás volvió a hablar:

—Es una pena que aún sea tan pequeño —dijo rascándose la coronilla—, no sé si podremos criarlo. Ahora que me fijo, las plumas de la cola apenas tienen color. —Laín sabía que el viejo no podía refrenarse en sus quejas. Lo había recogido del nido en el momento justo, pero el optimismo de Tomás nunca duraba más que un suspiro —. Ay, sería fantástico si se convirtiera en una prima grande y fuerte, pesada, capaz de lanzarse a por las perdices más gordas. Pero eso está en manos del Señor. No sé. Quizá no ha sido buena idea… Hay tantas cosas que podrían salir mal…

Se conocían desde que podía recordar, y ese aire quejumbroso no engañaba a Laín.

—Si sigue vivo para cuando regrese don Rodrigo, no se lo va a creer —continuó Tomás—. Vamos muy justos de tiempo, pero quizá tengamos suficiente para enseñarle a volar como Dios manda antes de que vuelva de la Palestina. Quizá, ay, no sé…

Otro tirón en las narices y unas lagrimillas le resbalaron por el canto de los ojos.

—Va a ser mucho trabajo. Y yo ya no tengo edad para estas cosas —se lamentó —. Hay que ocuparse de ir a buscar arrendajos y urracas con las que alimentarlo, o sisar algo en las cocinas cuando se pueda, y luego habrá que coserle pihuelas y caperuzas, preparar un cimbel o dos con buenas lazadas. Buff… Estoy viejo para estos tejemanejes, demasiado viejo.

A aquel continuo frufrú de quejas Laín estaba acostumbrado; sin embargo, jamás hubiera adivinado lo que su amigo estaba a punto de decirle.

—El problema es que los años no pasan en balde —repuso volviendo a toquetearse la nariz, grande y bulbosa, cuajada de pequeñas venas carmesí—. Y en unas semanas será aún peor. No creo que yo pueda ocuparme de echarlo a volar todos los días. Es una pena, una auténtica pena, pero no creo que pueda atenderlo como es debido. Ya me duelen las junturas cuando me levanto, y con los cambios de tiempo se me agarrotan los dedos —relató, apenado—. Ya no soy un mozo y un halcón es mucha responsabilidad, y mucho trabajo… Es casi una esclavitud. Ay, no sé cómo voy a hacerlo.

El nubarrón de un susto pasó por los ojos de Laín, pues de repente temió que el palafrenero le pidiera que devolviese el pájaro al nido.

—Quizá tú podrías ayudarme —le dijo entonces con una sonrisa pícara, dejando ya de fingir.

—¿Yo?

Tomás asintió y todo su rostro fue un laberinto de arrugas que sonreían sobre piel curtida.

—¿De verdad?, ¿yo?

—¿Quién, si no?, ¿la perra? —inquirió el viejo, deshaciéndose con un papirotazo de más pelillos recién arrancados.

Lúa miró hacia arriba como si hubiese adivinado que hablaban de ella y, al percibir la alegría de su amo, agitó el rabo, con el que barrió el heno seco y los restos que cubrían el rincón de los establos donde Tomás ordenaba las herramientas y organizaba sus asuntos.

Emocionado, Laín se echó encima del viejo, con el tiempo justo para que el otro pudiera alzar la mano y evitar que el pequeño halcón acabase aplastado.

Ése fue uno de los momentos más felices de su vida y, en los años que vinieron, un bálsamo al que recurrir en más de una ocasión. Lo recordaría con cariño hasta la vejez, sin dejar de sorprenderse de la tremenda fragilidad con que el hombre construye su felicidad.

Abrazado a la cintura del palafrenero, tan contento que las lágrimas le asomaban por la comisura de los párpados, Laín no oyó el alboroto. Pero el viejo Tomás sí se dio cuenta.

—¿Qué estará pasando?

El crío se despegó de su amigo y se giró hacia la salida que el establo tenía abierta al pequeño patio de armas de la fortaleza. Más allá del quicio, se veía la luz de la tarde cayendo sobre las piedras grises, las columnas de las galerías y apenas una hilada de los sillares del primer piso, donde estaban las habitaciones. No se distinguía la puerta que salía a las cocinas, tampoco la que bajaba a la bodega excavada en la roca, pero sí la de las escaleras que descendían desde las piezas principales.

Por allí, trastabillando y visiblemente afectada, apareció una de las muchachas del servicio.

—Mientras estabas fuera llegó un jinete, pero se marchó poco después —dijo Tomás sin aclarar nada más.

Lúa fue la primera en salir y, cuando reaccionaron, los otros dos la siguieron al exterior. El palafrenero aún llevaba el pollo en las manos.

—¿Qué sucede, muchacha? —preguntó el viejo ya antes de alcanzarla.

Se llamaba Teresa. Era todo grandes ojos verdes y un rostro redondo al que le sobraban las carnes, con los mofletes eternamente abochornados. Una joven tímida y callada que hacía su trabajo sin protestas. Dulce como los bollos que sacaba del horno de leña en las cocinas, donde estaba empleada. Y ella siempre tenía a mano algunos

recortes de masa que darle al pequeño Laín. O un mendrugo de pan untado con un poco de la nata del ordeño del día anterior.

—Hija, cálmate —le pidió Tomás, ofreciéndole el hombro para apoyarse—. ¿Qué ha pasado?

El vejancón, que había vivido más de lo que le gustaba recordar, se olía algún lío con otro de los sirvientes. Aquellas gorduras abultaban el mandil que vestía la muchacha y, si él hubiera tenido treinta años menos, habría intentado convencerla para compartir un rato a solas en el pajar. No sería la primera vez, ni sería la última, que algo así sucedía en la fortaleza; en ésa o cualquiera. Al fin y al cabo, hasta en los conventos caen los pecados, se dijo Tomás.

—¿No te habrán preñado? —inquirió con el ceño fruncido.

Teresa se escapó del abrazo del viejo y el halcón pió indignado por la brusquedad. A Laín se le subieron los colores de pura vergüenza, aún joven para comprender los secretos entre hombres y mujeres.

—¡No! —protestó escandalizada—. ¿Cómo se te ocurre? ¡Viejo verde! Yo soy una mujer decente, temerosa de Dios. Yo jamás…

Tomás entornó sus ojos con desgana. Excusas semejantes ya las había escuchado antes y sabía que la mayoría quedaban en agua de borrajas. Había visto las miradas que la muchacha vertía en Antón cuando se cruzaban, pero decidió darle un voto de confianza.

—Está bien, te creo. Entonces, ¿qué sucede? Habla, por el amor del cielo —insistió impaciente—, ¡habla!

Perpleja, la muchacha se quedó a medias aguas, sin saber si seguir protestando por la insinuación o contarles lo que pasaba.

—¡Habla!

Los ojos redondos de Teresa, de párpados pesados y vacunos, se abrieron por un momento; luego, el enfado se diluyó y la pena regresó a su rostro como una violenta marea que arrastró el color de sus mejillas.

—Es el señor —el dolor, sincero, se dejaba sentir en sus palabras—, don Rodrigo —empezó a sollozar de nuevo—. Han llegado noticias de Navarra —su pecho subía y bajaba con prisa—, sigue en la Palestina.

El viejuco intercambió una mirada con el niño, pero la pregunta quedó en el aire.

—Está perdido —logró decir Teresa con un lamento ronco—, perdido en el desierto.

Por un instante todo fue conmoción. Más gentes del servicio se acercaron y cada cual tenía una nueva ocurrencia que preguntar. Pero la pobre Teresa, abrumada, estrujaba el mandil entre sus manos regordetas y miraba a unos y a otros sin ofrecer otra cosa que balbuceos que se le atascaban en los labios.

No tenía respuestas para todos.

—No lo sé… No lo sé, yo…

Y así era. Poco más podía hacer aparte de titubear. Ella había subido a la planta noble con un refrigerio que ofrecer a doña Urraca. Era la costumbre de la señora cuando se acercaba la hora nona. Normalmente, un cuartillo de la leche ordeñada por la mañana y algún pastelillo de miel.

—Para calmar el estómago antes de irse a la cama —decía siempre la señora.

En el pasillo tras la escalera le llegó el griterío. Y, mientras se acercaba, Teresa puso el oído para escuchar a hurtadillas el vocerío que atravesaba la puerta del salón. En la pieza, con la señora, estaban también el gascón Guy y el muchacho Fruela. Los tres muy alborotados desde la partida del jinete que había llegado por la mañana. Discutían acaloradamente. Hubo palabras que no entendió, pero el tono rabioso del joven era inconfundible.

Dio unos pasos más. Y lo que oyó la puso tan nerviosa que tropezó. A punto estuvo de derramar la leche, y el tintineo a cascajo del jarro que la contenía le sonó a estruendo.

—¿Teresa? —había llamado doña Urraca, después de mandar callar a los otros dos.

La pobre muchacha, intentando evitar el temblor de las manos, había tenido que hacer acopio de todo su valor.

Cuando dejaba las cosas en el salón de la planta alta, junto a la chimenea, en una mesita donde también descansaban las labores de bordado de doña Urraca, a la pobre moza se le blanquearon los nudillos por mor de la tensión, pero no se atrevió a abrir la boca en el silencio que siguió. Los tres en el salón la observaban con impaciencia. El asunto que flotaba en el aire había que tratarlo con prisa y todos querían que la moza terminase cuanto antes.

Salió a todo correr de la habitación, bajo la severa mirada de doña Urraca. No sin ver la expresión angustiada en el rostro tuerto del mercenario gascón y el semblante jubiloso del joven Fruela.

La pobre Teresa había pagado caro el pecado de escuchar a hurtadillas.

Pero no sabía nada más de lo que ya había contado. Sólo había oído retazos de una discusión interrumpida a través de la hoja de la puerta. No tenía más que ofrecerles.

—¡Calma! Mantengamos la calma —pedía Tomás, que ejercía como padre de todos ellos.

Allí estaba Antón, el alto y lustroso muchacho que ayudaba en las caballerizas. También Isabel, que era quien mandaba en las cocinas, y Tancredo, que se ocupaba

del forraje de los animales y de atender los frutales. Y el pequeño Nicolasito, que hacía recados para todos, siempre con una sonrisa, y que soñaba con hacerse fraile de Santa María de Sobrado. Incluso la vieja Casilda había tenido tiempo de acercarse. Buena parte de los que trabajaban en la fortaleza se hallaban en el patio, y la noticia los apremiaba a todos, tanto que el viejo no daba abasto pidiendo paciencia. Todo el atrio era un barullo de chismorreos preocupados.

Nadie en la fortaleza le deseaba mal alguno a su señor. En los días de feria oían sobre la vida en otros lugares. Eran conscientes de que en San Paio disfrutaban de un trato justo. Don Rodrigo era encomendero para el monasterio de Santa María de Sobrado, ejercía de merino y de recaudador para la corona de Castilla; tenía, así, una posición segura que cubría como un capote a sus vasallos.

Y más allá del río Minio, hacia el sur, allende Castilla, las cosas podían ser peores. La mayoría de las villas eran sombras de lo que habían sido tiempo atrás, conquistadas y reconquistadas una y otra vez en la lucha eterna contra los sarracenos. Con el paso de los años se había ido ganando terreno a los moros y no hacía mucho que el buen rey Fernando había arrebatado Córdoba a los infieles. Pero la guerra contra los agarenos no se detenía. Los infieles contraatacaban.

En suma, allí eran felices, y sabían que se lo debían a don Rodrigo Seijas. De ahí que estuvieran tan preocupados por la noticia.

Por suerte, para sofocar sus angustias, por el mismo camino por el que había llegado Teresa apareció también el eco de un andar pesado. Precedido por el tintineo de la cota de malla, de las escaleras surgió Guy. Y hacia él se volvieron todas las miradas, ansiosas y suplicantes.

El silencio cayó de pronto en el patio, como un jarro de agua fría. Pero el pollo de halcón, alborotado con todo el jaleo, no entendía de aquellas razones y pió con enfado haciendo que, por un instante, Tomás fuese el centro de atención.

El infanzón, sin embargo, se las había apañado en peores campos de batalla. Miró al pájaro con sólo un atisbo de sorpresa y, tras enderezarse, apoyó la mano en el pomo de la espada colgada a su cintura.

En el rostro curtido del hombre, Laín distinguió algo que no supo identificar. No lo conocía mucho, al menos no tanto como quisiera, pero el crío pensó que, además de la pena, tras el único ojo vivo del gascón había también una chispa de ira.

—Como ya sabéis —empezó a hablar Guy, que pese a los años seguía cantando las frases con ese deje que revelaba su origen franco—, han llegado noticias de Navarra. El rey Teobaldo ha regresado de las tierras santas de ultramar. Su esfuerzo ha sido provechoso —declaró con dignidad, rebuscando las palabras para su discurso —. Gracias a su intervención se han canjeado prisioneros que tenían los turcos en sus calabozos, e incluso se ha firmado un acuerdo con el sultán de Egipto. Lamentablemente, Jerusalén sigue en manos infieles. Allí continúan adorando al falso dios en la mezquita de Omar y no se ha recuperado la piedra misteriosa de Jacob. Sin embargo —puntualizó—, el viaje no ha sido en balde, no debe perderse la esperanza.

A los que vivían, trabajaban o dependían de la torre de San Paio poco les iba o venía con los santos lugares. Aun así, el decoro obligaba al infanzón a ensalzar la expedición del rey navarro y sus logros.

—Ahora bien, me temo que también porto malas noticias —continuó Guy, cambiando las tornas—. Me temo que hubo dificultades.

Uno de los puños de Ana, una lavandera entrada en años que había sido ama de cría de don Rodrigo, acabó entre sus dientes amarillos. La mujeruca se mordió los dedos, enrojecidos de tanto enjugar ropas en las frías aguas del río.

—Se perdieron muchos hombres. —En su expresión se palpaba un lamento por los compañeros de armas caídos—. Algunos fueron enterrados cristianamente, según debe ser. Pero de otros, desafortunadamente, no hay noticias —aclaró con su dejo melódico—. Del señor don Rodrigo y de los hombres de San Paio nada se sabe desde la campaña en Gaza. —El pequeño Laín oía los nombres de aquellos lugares lejanos, intuía lo que había sucedido, pero le costaba creer que fuera la verdad—. Según parece, lo buscaron durante días, aguantando escaramuzas con los turcos, pero quedó atrás en algún lugar de aquellos desiertos dejados de la mano de Dios.

La lavandera ahogó un sollozo y algún hombro entre los presentes se ofreció a recogerla. Teresa empezó a llorar ruidosamente.

Guy estaba a punto de empezar a hablar de nuevo cuando se oyeron gritos que llegaban desde los aposentos, escaleras arriba. Ninguno supo qué decían, pero la aguda voz de doña Urraca resultaba inconfundible.

Todos se volvieron en aquella dirección, sin saber qué nueva sorpresa esperar. Las contras de madera estaban abiertas y, más allá del hueco, se veían los pesados cortinones de bayeta basta, teñida de gris con agallas de roble.

De pronto, por el hueco, salió volando el mismo cuartillo de leche que Teresa había estado a punto de romper. Todos, incluso el halcón, vieron el pequeño jarro cruzar los aires y estrellarse en las piedras del patio.

—¡Jamás! ¡Se acabó!

Los aullidos estaban cargados de rabia y a ninguno le cupo duda de que era la voz del joven Fruela. La respuesta llegó como un murmullo ahogado, y todos imaginaron que era doña Urraca quien hablaba.

La perrilla, desde la puerta del establo, miraba a aquellas gentes, preocupada por la algarabía que cercaba a su amo.

—¡Nunca! —se oyó lejos, como un eco.

Era de nuevo Fruela, jurando entre maldiciones.

Entonces les llegó un nuevo barullo que no identificaron. Un forcejeo, unos gruñidos. Luego todo fue calma. Incluso el pequeño halcón permaneció callado.

Se hizo el silencio, tenso y espeso. Se cruzaron miradas nerviosas.

Lo rompió Fruela. Apareció por las escaleras, igual que una tromba de agua.

Era mayor que Laín, ya tenía dieciséis temporadas. De hecho, antes de marchar a la Palestina, don Rodrigo había empezado a gestionar un matrimonio conveniente

para él, posiblemente con alguien de la Corte de Navarra, para mantener en buena salud las relaciones que ya tenía con aquel reino.

Fruela era bien parecido. Los cabellos, ensortijados y rebeldes, le barrían la frente; sus ojos, vivaces, tenían el color de las avellanas. Iba vestido como cualquier infanzón, con cota de malla y capa acolchada, todo de buena factura. Aunque no llevaba tahalí o espada. Cierto era que tenía algo del aire zancudo de su madre; sin embargo, gracias a lo que había heredado de su padre, su aspecto era más galán. Tanto como para que algunas de las mozas del lugar sonrieran cuando lo veían, al menos hasta que aprendían que aquello no era una buena idea, pues corrían el riesgo de que Fruela quisiera aprovecharse de sus atenciones.

Apresurado, caminaba con largos trancos, lleno de aspavientos y enfurecido, directo hacia el hombre de confianza de su padre.

—Mi madre está indispuesta —le chilló a Guy como si le hablase a un viejo sordo, sin mirar a los demás—. Las malas noticias le han afectado mucho…

Calló por un momento, enigmático.

—Pero ambos creemos que no hay tiempo que perder —continuó—. A falta de noticias de mi padre, hay decisiones que tomar. Ya hemos acordado que harán falta más hombres. Mañana mismo enviaremos una partida —espetó al infanzón—; habrá que ir a Pambre, a Maceda, a Doiras… —gesticuló en todas direcciones con apremio —, adonde se nos ocurra, pero necesitamos más hombres en la torre.

—¿Queréis organizar una partida para viajar a ultramar?

Por un momento hubo desconcierto en el rostro acalorado del muchacho.

—Sí, eso es. Necesitamos hombres para viajar a la Palestina, ¡cuanto antes!

Laín pensó que mentía, aunque no dijo nada. Sabía que no tenía derecho a intervenir. Y su hermanastro no le gustaba. Desde que podía recordar, Fruela había aprovechado cualquier oportunidad para retarle, sacudirle o, simplemente, ponerle la zancadilla. Y las cosas habían empeorado después de la gracia que don Rodrigo le había concedido el día de su partida.

—Está bien, lo organizaré mañana —concedió Guy—. ¿Mando a alguien al monasterio para que vengan los monjes a atender a doña Urraca?

Ya era tarde. Fruela, más calmado, había tenido tiempo de asimilar lo que tenía ante sus ojos. En cuanto vio el pequeño halcón en la mano del viejo Tomás, empezó a buscar a Laín entre los que allí estaban.

—Si lo envío ahora mismo —Guy hablaba, pero su nuevo señor no le escuchaba —, podría llegar a tiempo, antes de que anochezca…

El heredero de San Paio no le dejó terminar. Autoritaria, su mano se alzó para ordenarle al gascón que se callase.

—Tú, malnacido bastardo, ¡tú!

De sus ojos salían chispas y la sonrisa que le torció el rostro tenía algo maléfico.

—¿Qué pensabas? Eh, ¿qué pensabas? ¿Que por un halcón ibas a ocupar mi lugar, que podías quitarme lo que me pertenece…?

Laín no respondió. Se mantuvo donde estaba, en silencio, lo más erguido posible. Los demás se fueron apartando mientras el muchacho avanzaba hacia el niño, apuntándole con un dedo.

—¿Acaso crees que el hijo de una puta barata puede aspirar a poseer tierras? Sí, una puta, eso es lo que era —chillaba, y entonces la voz se hacía aguda, a veces temblaba por la rabia, le salían espumarajos entre los dientes. Todos se dieron cuenta de que aquello llevaba mucho tiempo bullendo en el interior de Fruela y que la desaparición de don Rodrigo había dado alas a una ira contenida—. Ella una puta y tú un bastardo. No, ¡no! Un animal, eso es, un animal. Por eso te entiendes tan bien con todos esos bichos —dijo con desprecio, señalando hacia Tomás y el pollo de halcón que aún sostenía.

Los grandes ojos de Teresa estaban abiertos como platos y la grasa de su barbilla temblaba de preocupación. Ella había tenido que aguantar los pellizcos y los abusos de Fruela. Había visto una parte de su crueldad. Temía por Laín, por todos ellos. Empezó a bisbisear un padrenuestro rogando porque don Rodrigo siguiera vivo y regresase cuanto antes.

—No eres más que una bosta de vaca —siguió Fruela, haciendo el gesto de apartarse de la cara las moscas molestas de una tarde de verano—, ¡un bastardo apestoso!

Guy se fijó en el niño, firme y callado, aguantando la ventisca con entereza. Siempre le había caído bien aquel crío, pero le gustó más aún en aquel instante.

No se detuvo, nada podía hacerlo ya. Fruela arremetió contra Laín con las dos manos, empujándolo con toda la fuerza que pudo imprimir al golpe.

Al niño se le escapó el aire. Cayó de espaldas con un golpe seco, repicando las magulladuras que ya cubrían su cuerpo, mientras el otro seguía gritando cuantas obscenidades se le ocurrían.

Parecía dispuesto a abalanzarse sobre él. A acabar con él allí mismo, a base de patadas.

Entonces, apareció Lúa.

El animal corría hacia su amo, ladrando.

El sabor de la sangre en la boca le trajo un recuerdo lejano; una vez en la que había mordido una moneda porque eso había visto hacer a los mayores.

Quiso girarse para mirar hacia su amiga, pero llegó otro puñetazo que le sacudió la quijada haciendo que le retemblasen todos los dientes. Fruela estaba a horcajadas sobre su pecho, enfurecido, gritando, descargando un golpe tras otro. Aprovechándose del palmo que le sacaba de alto y de las dos arrobas que le ganaba de peso. Laín nunca había recibido castigo semejante.

Su hermanastro le había pegado otras veces. Tiempo atrás se había caído de un árbol intentando descubrir un nido de verderones. Siendo aún más niño había sufrido de destemplanzas que lo agotaron y le hicieron pasar tanto frío que le castañeteaban los dientes. Nada anterior se acercaba siquiera. Jamás había sentido que hasta la última onza de sus carnes se deshacía.

Pero eso no le importaba.

Todo parecía haberse vuelto espeso y amargo. Ya no era más que un pelele, incapaz de defenderse. Aunque no sentía el dolor. Incluso, tumbado como estaba, boca arriba, cuando el bracear de Fruela se lo permitía, veía el azul del cielo lejano, que se teñía ya de ocre hacia la noche. Incluso olió el aroma lejano de las malvas que crecían entre las hiladas de piedra que alzaban la fortaleza.

En la lejanía advirtió los rumores, las frases atemorizadas de la gente. Los gritos ahogados de Teresa.

Nada de todo eso le importaba.

Tampoco el tormento que se derramaba por todo su cuerpo como aceite hirviendo.

Lo que en verdad le lastimaba era escuchar a su amiga.

Lúa había protegido a su amo. El niño no se había movido. Conocía a su medio hermano. En su corta vida había aprendido a ejercer su papel de bastardo. Pero la perra no comprendía a los hombres. Sólo había querido cuidar del niño.

Ladrando, gruñendo, con los belfos arrugados y espumarajos colgando de los colmillos. Laín la vio. Incluso advirtió en su morro unas migas del mendrugo que Tomás le había dado una eternidad antes. Le había gritado, con todo su corazón. Pero Lúa no había obedecido y, al escucharlo, Fruela había caído en la cuenta de dónde podía hacer daño de verdad.

La patada fue brutal. Una descarga de furia contenida largo tiempo. Y de la perrilla quedó colgando un gañido lastimero al que siguió el grito de horror de Laín.

—¡Como tu madre!, ¡una perra!, ¡una perra pulgosa!

Y Laín se había echado hacia ella, pero la mano de Fruela lo había detenido con un tirón seco.

Comenzaron los golpes. Uno tras otro. Sin pausa. Con las rodillas, con los codos, con los puños. Con la ira que llevaba encarcelada toda una vida.

El suelo lo recibió con un costalazo. Y su hermanastro no se detuvo. Ya jadeaba por el esfuerzo, pero el odio le daba fuerzas.

Intentó girarse hacia Lúa, quiso desembarazarse del peso de Fruela sobre su

pecho. Apenas se pudo arrastrar poco más de un codo, y barrió con la espalda estiércol fresco de caballo; quizá lo había dejado el mismo mensajero que había traído las noticias de Navarra.

La perrilla estaba un poco más allá, desmadejada. Con el cuerpo estropeado por los huesos rotos, con una de las patas en un ángulo extraño. De su boca colgaba la lengua, empapada en la sangre que le salía de las entrañas. Temblorosa, intentaba gatear hacia su amo. Sus ojos dulces lo miraban sin pestañear, amándolo con devoción.

Lo intentaba, hacía cuanto podía por ponerse en pie e ir hacia él.

—¡Bastardo! ¡Hijo de perra!

No le importaba, nada le importaba. Sólo los reflejos que veía en los ojos de su amiga.

Pensó en mamá. Recordó el día en que había tenido el valor de presentarse en la explanada. La cruz de tela encarnada que le había dado su padre. Estaba más allá del abismo y se sintió igual que unas horas antes, cuando se había caído desde el repecho de piedra.

El sabor de la derrota no era amargo, era intragable.

No le dolían los golpes, lo que le dolía era escuchar los lamentos de Lúa. La perrilla lo llamaba.

—¡Basta! ¡Es suficiente!

Tras los aspavientos de Fruela apareció un borrón difuso.

—¡Basta! —chilló Guy a pleno pulmón.

Aquello pareció detener a su hermanastro, que, jadeante, comenzó a levantarse.

Laín oyó que el infante gritaba algo más, pero no lo entendió. Y no le importó. Se volvió sobre su espalda y empezó a arrastrase hacia su amiga.

Con ese sencillo gesto, todo volvió a empezar.

Esta vez fue el niño el que recibió la patada. Y Laín se encogió por un momento, escuchando desde muy lejos el insulto que el viejo Tomás se había atrevido a espetarle al heredero de San Paio.

—He dicho que es suficiente, ¡basta!

Pero llegó otro puntapié bajo el que algo crujió en el pecho de Laín. Sintió una punzada de martirio atravesándole el bofe, derramándose en sus entrañas, inmediatamente, tomar aire fue un suplicio. Pero siguió arrastrándose.

—¡No lo consentiré! Tu padre no lo hubiera hecho —añadió Guy bajando la voz.

Las últimas palabras del gascón parecieron surtir efecto. La sombra de don Rodrigo seguía pesando demasiado, incluso desde los desiertos de Gaza.

Pero la pesadilla no había terminado.

Fruela miró con odio al infante, escupió al suelo, inspiró hondo para recuperar el aliento y se volvió hacia el bastardo. El medio hermano que amenazaba su posición. Los derechos que él creía indiscutibles.

—Ahora soy yo el que manda en estas tierras —dijo con un murmullo que

burbujeaba ira—, ¡son mías!, ¡mías! Y yo soy el que rige el destino de todos y cada uno de los vasallos de San Paio. —No le hizo falta alzar la voz, entrecortada por la falta de resuello; le bastó mirar a los congregados en el patio, deteniéndose en cada uno—. Yo soy el nuevo señor de la torre. Mi palabra es ley.

A Laín le dio igual, él sólo miraba a su amiga. Ambos se arrastraban como podían, el uno hacia el otro.

La pausa le dio oportunidad a Fruela para ver lo que estaba pasando y sus labios se torcieron en una sonrisa que enseñó sus dientes.

Todos se dieron cuenta de lo que iba a pasar en ese mismo instante. Tomás se atrevió a correr, aunque no llegó a evitar la desgracia porque el mozo Antón, convencido de que el viejo acabaría muerto, lo retuvo, sujetándolo con fuerza por los hombros. Casilda arrastró con sus manos estropeadas la pañoleta negra con la que se sujetaba los cabellos, la estrujó ante su rostro arrugado, tapándose los ojos. Le lechera Teresa ahogó como pudo un sollozo.

Le bastó dar dos pasos. Alzando el talón lentamente, Fruela se preparó. Vertió sobre Laín un vistazo que rezumaba odio.

Lúa no se dio cuenta. Sólo tenía ojos para su amo y seguía obligándose a avanzar, dejando tras ella rastros de sangre que salían por los recovecos de su cuerpo maltrecho.

—¡Noooo!

Fue lo único que tuvo tiempo de decir.

Un lamento que gritó con todas sus fuerzas. Y la palabra se ahogó en el crujir de huesos. Sonó como un estacazo entre ramas secas. Como piedra rompiéndose bajo la helada.

Sólo era un niño. Y jamás se había sentido tan solo.

La tierra se abría bajo sus manos y sus lágrimas caían en el socavón que, poco a poco, iba creciendo.

Los sollozos le hacían difícil respirar. En sus mejillas se mezclaban mocos, saliva, sangre y la misma tierra que arrancaba penosamente del suelo del bosque. Su rostro amoratado era el mapa de los golpes recibidos. En sus heridas empezaban a secarse costras pegajosas que dolían con cada gesto. Apestaba a estiércol de caballo.

Era el más miserable de los miserables.

A un lado, la tumba de mamá. Al otro, el cadáver de su amiga.

Qué más podían arrebatarle si nada más tenía. Únicamente el dolor profundo de su soledad.

Allí, bajo el palio de las hojas de los árboles, junto al crucero que marcaba un viejo camino olvidado, terminaban los desesperados.

Era el lugar de los anxiños, el purgatorio de los angelitos, donde, según decía el viejo Tomás, penaban las almas de los más pequeños. Los bebés que morían antes de que un hombre recitase las palabras sagradas que les abrían las puertas de los cielos por el mero hecho de bautizarse. Y allí terminaban también los desgraciados que no encontraban otro camino que el de quitarse la vida. Y las madres que cometían el pecado mortal de enamorarse y tener un hijo fuera de un matrimonio bendecido por la Santa Madre Iglesia, dueña y señora de la providencia y los designios divinos. Ninguno de aquellos desdichados tenía el derecho de ser enterrado en suelo sagrado porque habían salido de este valle de lágrimas envueltos en el siniestro bordado del pecado mortal. Por suerte, en cientos de encrucijadas escondidas en las montañas había cruceros de piedra que ofrecían consuelo a los desesperados y al duelo de sus familias.

Era un cerro a menos de una legua de la fortaleza. Un lugar de paso olvidado por los años. Y también el improvisado cementerio de quienes no tenían derecho a unos palmos de camposanto en el patio de una iglesia.

Pero Laín lo conocía bien, muy bien. Allí le había ayudado el viejo Tomás a enterrar a mamá inviernos atrás. Y allí había llevado a su amiga. Porque no tenía ningún otro sitio adonde ir.

La escalada por el roquedal de unas horas antes le había despellejado las manos. Ahora las tenía en carne viva. Pero no le dolían.

No le dolían los dedos magullados, ni las uñas resquebrajadas, ni los golpes que había recibido. Sólo le dolía el alma, porque no era más que un niño al que le habían arrebatado todo.

Los dos brazos de la cruz, tallados en granito oscuro, tendían una sombra que se alargaba a medida que el ocaso crecía. Habían visto la miseria de muchos. Allí acudían los desconsolados, los que ya no tenían otra esperanza. Pero nunca antes nada semejante. No hubo jamás amante más celoso ni caballero más galante. Ningún cantar. Ninguna gesta. Nada que un trovador hubiera escrito jamás podría haber

contado lo profundo de aquel amor y lo terrible de aquel dolor.

Después de abrir la fosa, cogió el cuerpo entre sus brazos agostados y caminó, tambaleándose hasta un arroyo cercano, el mismo donde cada otoño, junto a ella, recogían zarzamoras con las que se hacían dulces en las cocinas de la torre. Allí la limpió.

Desenredó los nudos del pelaje con dedos temblorosos, soltó restos de hojas de los mechones y una aguja de pino marchita que había quedado prendida entre las orejas. Se ocupó de que estuviera casi tan linda como cuando, por las mañanas, lo despertaba con lametones alegres, saltando de un lado a otro, dispuesta a seguirle hasta el fin del mundo.

Lloró hasta la última de sus lágrimas mientras peinaba aquellas greñas que tantas veces había acariciado. Y el agua del riachuelo se llevó la sangre de ella y el llanto que él derramaba.

Mientras regresaba hacia el crucero, con su amiga en los brazos, la noche empezó a teñir los árboles al oeste y él tarareó las mismas canciones que mamá le había cantado. No sabía plegarias, ni misas de réquiem. No sabía nada, era sólo un niño. Pero le cantó a su amiga con lo que salía de su corazón, porque ella siempre había estado a su lado. Ella nunca le había mentido, jamás le había traicionado.

Y sonrió al recordarla. Aquella vez que se había clavado una espina y lo había seguido, cojeando sin protestar. Y cuando el río lo había arrastrado mientras intentaba pescar unas truchas para el viejo Tomás, ella se había echado al agua, para salvarle, y los dos habían acabado en un pozo corriente abajo, empapados y doloridos, pero riendo, contentos de seguir vivos y sofocando el susto con juegos compartidos.

Pese al frescor que empujaba el anochecer, cuando regresó a la fosa recién abierta se quitó la camisa. No era más que una modesta prenda de lino, usada y remendada, pero era cuanto tenía y se la cedió sin dudarlo. Sin otra cosa a mano, sin dejar de cantar aquellas mismas nanas que recordaba, el niño envolvió a su amiga en la tela con manos temblorosas.

Tan absorto estaba, tan abatido, que ni siquiera se dio cuenta de que alguien lo observaba desde la vereda del viejo camino.

En la antigua encrucijada, bajo el crucero de granito donde musgo y líquenes eran el único retablo del crucificado, Laín empezó a cubrir con tierra la mortaja. Puñados que caían en la tela sucia y sobada, cada uno de ellos una nueva herida.

En sus costados se veían los moratones, que crecían tras la paliza que había recibido. Los cardenales, las heridas, la sangre y la suciedad lo cubrían. Era una triste y patética figura que se recortaba contra el horizonte donde se ponía el sol.

Las convulsiones de su llanto incontenible.

La fragilidad de su cuerpo sin hacer.

En aquella luz oxidada, el niño enterró a su amiga. Y también enterró su niñez.

Apenas hubo terminado de palmear la tierra de la tumba, sólo le quedaron fuerzas para arrastrar un par de piedras que, años antes, un cantero había labrado para servir

de peana al crucero. Una vez colocada la triste lápida, se derrumbó.

Quedó a merced de la oscuridad que empezaba a tragarlo todo.

Y no le importó, ya nada le importaba.

Entre los árboles, un búho hizo la primera pregunta de la noche y, poco después, unos pasos cargados, tintineantes de metal, se acercaron a las tumbas. Y al chico.

Laín no los escuchó.

ESTROFA

IV

LAS PIEDRAS DEL CASTILLO

«Nada ocultes, ¿cuál es nuestra suerte?,
¿es destierro, es prisión, es hierro o es muerte?».

La tragedia de los templarios, François Raynouard

El sabor amargo del brebaje se le pegó al paladar y apenas pudo tragarlo. Tosió. Y sintió frío.

Todo estaba oscuro, apenas una vela de sebo iluminaba el lugar. Dejaba en el aire el inconfundible olor de la grasa quemada y había allí más de aquel tufo rancio que luz. La triste llama apenas podía hacer otra cosa que temblar entre sombras de recovecos irreconocibles.

Estaba helado.

Cuando las fiebres habían hecho mella en mamá, Laín había preparado tisanas de silva y, con algo de miel que sisaba en las cocinas, la ayudaba a beberlas aupándole la cabeza ardiente y acercando la taza de barro a los labios resecos.

Lo había hecho así, porque así lo recordaba. Así lo había hecho ella cuando él se había sentido enfermo. Mamá siempre había cuidado de él.

Notó la mano que recogía su cogote. Se dio cuenta de que le alzaban la cabeza y también de que volvían a acercarle una jícara con aquel amargor caliente que le mojaba la boca y se le escurría por la barbilla.

Tragó cuando inclinaron el recipiente y la poción se precipitó en su boca.

En todo momento se sintió lejos. Sabía que algo estaba sucediendo, y resultaba familiar. Sin embargo, no lo comprendía. Su mente, embotada, no encontraba las respuestas que buscaba.

Quizá mamá había regresado. En el aire, bajo el aroma socarrado de la vela, flotaba también el dejo rasposo del jabón basto que picaba en los ojos cuando mamá lo obligaba a meterse en la tina y restregarse bien.

Aquellas manos se comportaban igual que en sus recuerdos. Sintió cómo dejaban que se acostase de nuevo. Y los dedos, dulces como los de mamá, retiraron el pellejo de oveja con el que no conseguía espantar el frío. Luego, cuidadosamente, se ocuparon de las magulladuras y las heridas.

Advirtió un nuevo olor, un aroma mucho más dulce. Le recordó a los rosales en la esquina de la explanada, bajo la torre. Y enseguida, en los lugares en carne viva, sintió un inmediato alivio cuando quedaron cubiertos por la cataplasma.

—¿Mamá? —la pregunta fue apenas un murmullo y requirió de todas sus fuerzas.

Aquellas manos le apartaron el flequillo de la frente, pegajosa por el sudor frío y espeso.

—Tranquilo —oyó en un susurro calmo.

Fue una voz dulce y serena. Llena de cariño. Como la de mamá.

Pero Laín no tuvo siquiera un último resquicio de nervio para hablar de nuevo. Luchó con toda su voluntad, pero se hundió en algún lugar oscuro y brumoso, lejano.

Más allá de la consciencia, donde el dolor era un bisbiseo sordo.

Y permaneció allí hasta que un familiar tintineo de metal lo trajo de nuevo a la realidad.

—¿Cómo está?

Era una voz conocida, grave y rasposa, con un dejo que había escuchado antes.

Pero no supo ponerle nombre.

—Tiene mucha fiebre, pero las heridas están curando bien.

No podía ser. Resultaba imposible, pero la respuesta la había dado mamá. Sonaba igual de preocupada. Tan dulce como ella cuando le contaba una historia antes de irse a dormir. Igual de serena. Y Laín hizo cuanto pudo por abrir los ojos. Quería ver a mamá, quería hablar con ella y decirle cuánto la había echado de menos.

Sin embargo, fue incapaz. Se sentía como sumergido en miel hasta el pescuezo. Inútil para cualquier cosa que no fuera escuchar.

—¿Saldrá adelante? —De nuevo ese acento en aquella garganta ronca.

Hasta el jergón donde convalecía se acercaron unos pasos que, en su delirio, también creyó reconocer. Todo a su alrededor resultaba familiar, pero las fiebres que lo consumían le nublaban la razón.

—Eso no puedo saberlo. Las heridas y los golpes son una cosa, pero le ha cogido un mal aire y tiene calenturas. Las he limpiado bien con vino…

El hombre quiso intervenir, pero ella lo atajó con un ademán brusco.

—No, esos remedios de aceite hirviendo que trajiste de ultramar no funcionan, ya te lo dije. He limpiado bien las heridas con vino. Y le aplico emplastos de rosas, pero le ha subido mucho la fiebre. Ahora depende de él, de cuánto luche. —Mamá hubiera dicho exactamente lo mismo; esas palabras sonaban a ella.

—Lo conseguirá, es fuerte. Y muy valiente.

Entonces también le pareció escuchar un ladrido quedo, y Laín pensó que, de algún modo misterioso e incomprensible, Lúa también estaba allí.

Podía ser el purgatorio o los mismísimos cielos, o quizá las ánimas de los fallecidos habían vuelto a buscarlo, como en los cuentos que el viejo Tomás hilaba al mor de la lumbre. De repente, fue presa del miedo. Quizás estaba siendo castigado por sus pecados. A lo mejor estaba a punto de entrar en los infiernos y sufrir el tormento eterno.

Se desvaneció hasta que un nuevo ruido lo rescató.

Sonó a cacharrería. A cuchara de madera en un pote colgado sobre las brasas. Y de nuevo un olor vino hasta él, el aroma de carne estofada con hierbas.

Cuando logró entreabrir los ojos apenas distinguió manchas borrosas. Como si estuviera bajo el agua, buceando en el río para levantar cantos rodados y atrapar aquellas gordas larvas de libélula con las que el viejo Tomás le había enseñado a pescar. Estaba intentando darle sentido a esa mezcla de realidad y recuerdos cuando también advirtió algo cálido junto a su cadera, un bulto que se movía de tanto en tanto, pero fue incapaz de llevar la mano hasta donde sentía aquel rebullir.

Le ofrecieron unas cucharadas del caldo y notó el sabor de las verduras y la chicha.

—Entonces, ¿cuándo volverás?

Era ella. Pero no le hablaba a él, se dirigía a alguien a sus espaldas. Una sombra que parecía sentada en un banco junto al hogar.

—Sobrado está aquí al lado. El entierro tiene sus parafernalias, pero, en cuanto termine, regresaré. Con suerte estaré aquí antes de la noche. —Era aquella otra voz ronca.

—¿Sigues pensando que la mató él?

—No lo sé. Los frailes dicen que no. Que fue un síncope. Y todo el mundo parece creerlo a pies juntillas, nadie duda de que una mala noticia puede llevarse a alguien por delante…

Hubo un silencio breve.

—Sin embargo —volvió a hablar aquella voz con acento—, Urraca tenía una salud de hierro; ya sabes, mala hierba nunca muere… Quizá lo hizo ese cabroncete. ¿Cómo saberlo? Aunque no importa lo que yo piense. Ahora él es el nuevo señor, y su palabra es ley. Esto no son tierras del rey, y el obispo tampoco se inmiscuirá. Él es el señor de San Paio y no hay sayón o alguacil que se vaya a enfrentar a él —dijo convencido—. Además, ya ha enviado cartas a Toledo para que el rey Fernando sancione el testamento de don Rodrigo. Tanto si me gusta como si no, su palabra es ahora ley —repitió.

—¿No hay nada que puedas hacer?

—No, por ahora no. Ya veremos.

—¿Tienes idea de lo que planea?

La conversación era apenas un murmullo lejano. Reconocía las palabras, y creía entenderlas, pero no calaban en sus sesos reblandecidos por la fiebre.

—Supongo que habrá misas durante días. Y él tendrá que mantener las apariencias. Además, debe supervisar el trabajo de los canteros para la lápida. Y ya ha dicho que, si llegan noticias de Toledo, encargará otra para su padre… Hay muchos cabos sueltos. Aunque no importa, yo tengo orden de volver aquí. Él piensa partir hacia Ponferrada en cuanto termine con los asuntos de su madre.

—¿Y qué le lleva a Ponferrada? —cuestionó ella.

Le seguían ofreciendo cucharadas del caldo tibio, y el calor que se esparcía por su cuerpo resultaba reconfortante.

—No me lo ha dicho, pero imagino que irá al castillo.

—¿A ver a los templarios? —Incluso a Laín le fue fácil reconocer la sorpresa que había en la pregunta de la mujer—. No lo entiendo, ¿por qué?

Otra cucharada más del guiso se había quedado a medio camino y Laín se esforzó por abrir los labios para pedir que se la acercaran, pero fue incapaz.

—Supongo que necesita aliados —contestó el hombre.

—¿Para ir a la Palestina en busca de su padre? ¿Crees que piensa cumplir con su deber?

Ella pareció darse cuenta de que el niño intentaba tragar y le acercó la cuchara colmada.

—No lo sé, imagino que sí… Pero mal sitio es ése para buscarlos —respondió el hombre—. Mal sitio. Es como vender tu alma al diablo. Da igual lo que prometa a

cambio —empleaba el tono de quien estaba muy seguro de cuanto decía—, el precio siempre será demasiado alto. Es un camino peligroso… Ya sabes que no me gustan esos fanáticos.

Se alejó del fuego del hogar y se acercó hasta donde estaba ella, junto al jergón del muchacho. Mientras se movía, Laín no pudo verlo bien, pero cuando se detuvo, distinguió un rostro masculino que lo miraba por encima de la cabeza de la mujer. Él de pie y ella sentada. Los dos lo observaban y Laín quiso hablarles, pero las fuerzas le fallaron.

Algo en el hombre despertaba recuerdos que Laín no pudo identificar.

—Tú fuiste uno de ellos —le dijo ella, entonces.

—Sólo fui armígero —reconoció él en tono defensivo.

—Pero uno de ellos.

Él resopló con desgana.

—Por eso mismo no me gustan, porque los conozco demasiado bien —oyó que decía el hombre—. Puede que antes, cuando la Orden se fundó… Pero no ahora: ahora admiten incluso a los excomulgados, sólo les preocupa la guerra y entre sus filas hay gente de la que es mejor mantenerse apartado. Además, gozan de demasiadas libertades —dejó escapar un gruñido resignado—. No responden más que ante sí mismos y el propio Papa. Ni obispos, ni prelados, ni arciprestes, ni cardenales. Créeme. Los templarios no son lo que presumen.

Entonces Laín perdió la consciencia una vez más y la oscuridad lo envolvió.

Se llamaba Egeria. Y no se parecía a mamá.

Habían hecho falta días, pero al fin su cabeza febril se había aclarado lo suficiente como para entender lo sucedido.

Estaba en una casita limpia y bien mantenida. No la conocía, pero resultaba familiar, tanto como para adivinar que debía ser alguna de las viviendas en el alfoz de San Paio. Seguramente, su propio chamizo, el antiguo alpendre en el que se había instalado cuando doña Urraca lo había echado de los establos, no estaría lejos.

El suelo era de tierra pisada, pero estaba bien compactado y lo barrían a menudo. Las paredes, hechas con hiladas de piedra gruesa cortada toscamente, aparecían limpias; se habían fregado todos los veranos y, como el hogar tenía chimenea propia, la cumbrera no necesitaba estar abierta para dejar salir los humos de la lumbre. No había más que mobiliario sencillo, pero de buena factura. La mesa, las sillas, la artesa y el aparador daban testimonio de que no se trataba de la morada de un simple labriego que arrendase las tierras de don Rodrigo, allí había medios y maravedíes para pagar algunos lujos, como los buenos cacharros de hierro que estaban junto al fuego o las chacinas, embutidos y unto enrollado en lino prieto que pendían de la repisa que rodeaba el hogar. Además, pulcramente colgadas en cordeles tendidos entre las esquineras de las vigas, estaban dispuestas a secar hierbas, flores y ramilletes. Podía reconocer el tomillo, el madroño, la dedalera, el escaramujo, el espino, la malva y muchas otras de las que no sabía el nombre. Y fue aquella despensa medicinal lo que le trajo la idea.

—Tú eres…

Las palabras sonaron como un fuelle con la piel descosida. La garganta le raspaba con cada sílaba y el paladar parecía hecho con arena. Apenas fue un murmullo audible. Aunque bastó para que ella se girara hacia el jergón y le sonriese.

—Eres…

Ella empezó a acercarse, pero Laín volvió a caer en el sopor que tan natural se había hecho para él en los últimos días.

Y en esa ocasión despertó porque aquel revoltijo cálido que le había estado haciendo compañía comenzó a moverse y a trepar por su torso, bajo el pellejo de oveja con el que se cubría. Asomando por un pliegue en el vellón apareció un hocico afilado bajo un pequeño antifaz de ratero.

—¡Lisco!

Ella ya estaba junto a él, sentada en un taburete que debía llevar todos aquellos días junto al jergón.

—No se ha separado de ti desde que llegaste —le dijo la mujer con una sonrisa dulce.

Laín consiguió acariciar la cabeza del turón y el animalillo, contento de ver que su amo estaba mejor, le respondió mordisqueándole cuidadosamente los dedos.

—¿Quién eres? —preguntó el niño al fin, dirigiéndose a la mujer.

Entonces ella se levantó, arrimó un caldero al fuego para prepararle una nueva

ración de la tisana que había estado administrándole y comenzaron las explicaciones.

Guy lo había llevado hasta allí desde el crucero. Ya habían pasado cinco días. Tomás había venido a visitarle y le había traído todas sus cosas. Fruela había ordenado que quemasen el chamizo donde Laín había estado viviendo. Ante eso, hubo un gesto de dolor que ella comprendió de inmediato.

—No te apures —le había dicho mientras soplaba la taza con la infusión—, el viejo se ocupó de todo. Espantó a los gatos antes de que el hijo de don Rodrigo llevase las antorchas. Alguno ha pasado por aquí de vez en cuando y se ha llevado de regalo unas cuantas sobras. Tomás también trajo a ese pillastre —añadió señalando al turón que, enroscado, se había echado a dormir en el pecho del muchacho—. Además de tu morral y un par de cosas más que encontró en el alpendre —terminó, señalando un hatillo que estaba a los pies del jergón.

Sombría, una idea asomó a los ojos de Laín.

—¿Y los cachorros? —logró preguntar con un susurro.

En el rostro de ella se adivinó algo ominoso.

—¿Y los cachorros?, ¿están bien? —insistió él, inquieto.

—Tomás también los trajo —contestó ella en tono comprensivo—, y les he estado dando leche todos los días, pero me temo que era muy pronto para separarlos de su madre…

Una avalancha de emociones se derrumbó sobre el muchacho. Volvió a vivir la terrible escena en el patio de la torre, su angustia, su miedo. Más que ninguna otra cosa, su impotencia. Casi pudo escuchar una vez más el crujido de los huesos bajo la bota de Fruela.

Ella lo advirtió y le puso una mano cariñosa en la frente, apartándole una vez más el flequillo.

—Uno de ellos sí ha sobrevivido —aclaró señalando un cesto de tiras de castaño que no estaba lejos del hogar.

Sobre el borde del capazo, como si supiera que hablaban de él, asomaron dos orejas del color de la mies antes de pasar la guadaña. Luego, una frente amplia y unos ojos ambarinos que apenas destacaban entre el pelaje pajizo. Una versión más robusta de su madre, pero con el aire desmañado de cualquier cachorro. Y se dio cuenta enseguida de que le estaban prestando atención, porque una pata gruesa se colgó del remate de la cesta. Quería trepar fuera, escapar de su cálida prisión junto al fuego del hogar. Gañó quedamente, una sola vez, sin insistir. Y al niño le gustó de inmediato que el cachorro lo mirara con impaciencia, pero le gustó más comprobar que no era un quejica.

Intentó levantarse para acercarse, pero todas las heridas y moratones aullaron a un tiempo. Fracasó y, antes de que volviera a intentarlo, ella intervino.

—Bébelo todo y yo te lo traeré —prometió Egeria, tendiéndole la taza humeante.

Entonces se acordó Laín de algo más.

—¿Y el halcón?

—Tranquilo, está bien. Hace apenas un rato que le he dado de comer un poco de liebre, estará durmiendo —le dijo señalando otro cestillo que había encima de la mesa—. Anda, sé bueno, bébelo todo.

Tantas emociones fueron demasiado para el zagal y, apenas terminó de tragar la tisana, volvió a quedarse dormido hasta que, horas más tarde, ella le despertó sin querer cuando le cambiaba los vendajes. Entonces continuó el relato de lo que había sucedido mientras la paliza de Fruela se había cebado en el muchacho.

Así se enteró de que a doña Urraca la estaban enterrando en el monasterio de Santa María de Sobrado. Y también de que Guy estaría a punto de regresar ahora que el día terminaba.

Además, ella también le contó que el ambiente en San Paio se había enrarecido en esas pocas jornadas. Las noticias traídas de la Palestina y el desenlace que habían tenido pesaban gravemente sobre las gentes de la comarca. Todos estaban preocupados por las decisiones que Fruela tomaría en adelante, por cómo gobernaría las tierras de la fortaleza. Hasta entonces habían vivido un período de prosperidad. Apenas se recordaban las incursiones de los sarracenos y sólo los más viejos del lugar podían encontrar en sus memorias a sus propios abuelos hablándoles de las salvajes razias de los fieros normandos, que todo lo pasaban a sangre y fuego. Al sur, las fronteras se iban expandiendo y las villas tenían sus fueros, las Cortes tomaban decisiones y en Toledo las ciencias veían la luz. El reino prosperaba, pero, en San Paio, el equilibrio del que habían disfrutado se había roto en pedazos.

—Parece que se avecinan tiempos difíciles —concluyó ella al tiempo que recogía la taza de entre las manos temblorosas del muchacho.

Al escucharla, Laín cayó en la cuenta de cuál era su situación.

—¿Qué voy a hacer? —logró preguntar.

Ella sonrió, llena de conmiseración. Le acarició el rostro con tanta dulzura que una nueva punzada de dolorosos recuerdos trajo a mamá a su lado.

—De momento, vas a ponerte sano —le contestó, haciendo lo posible por sonar animosa.

Entonces se abrió la puerta y, con una bocanada de aire fresco, entró Guy de Tarba.

El gascón dejó el saludo que había empezado sin terminar. Se había dado cuenta de que el chico había despertado y lo miraba fijamente.

—¿Por qué lo hiciste? —rasgó la voz de Laín.

En la pregunta había mucho más de lo que se hubiera atrevido a confesar. Junto al crucero, el muchacho había deseado sinceramente morir. Y le asustaba reconocerlo. Pero también quería comprender por qué aquel hombre arriesgaba su propia vida al ponerle a salvo.

Con lo poco que Egeria le había contado, a Laín le había quedado claro que a Fruela le encantaría tener una excusa para deshacerse del que había sido hombre de confianza del señor de San Paio.

Y, por joven que fuese, sabía que él era la excusa perfecta.

El gascón se acercó taciturno, apoyó una mano en el hombro de la mujer y, clavando su único ojo en el zagal, contestó:

—Le di mi palabra a don Rodrigo.

El silencio del muchacho demostraba que seguía sin entenderlo.

—Un hombre vale tanto como su palabra, ni más ni menos —aseguró el tuerto.

Años después, Laín seguiría recordando aquella sentencia como si acabase de escucharla.

El pequeño halcón iba mudando su plumón y empezaba a perder el ridículo aspecto de todos los pollos. Ya prometía la rapaz en la que se convertiría.

Aún era pronto para saber si era hembra o macho, pero Laín tenía el pálpito de que sería una prima, grande, fuerte y pesada, capaz de lanzarse a velocidades endemoniadas desde los cielos y derribar incluso a las perdices más gordas.

En cuanto al cachorro, estaba claro que tenía más del padre, fuera quien fuese, que de Lúa. Desproporcionado, con las patas muy gruesas y las orejas demasiado grandes, correteaba desmañado de un lado a otro y, más de una vez, bajo la severa mirada de Egeria, Laín había tenido que ir a la fuente a por un balde de agua para limpiar los desastres que iba dejando por todos lados el pequeño animal, que aún no había aprendido que ciertas cosas no podían hacerse dentro de la casa.

—Voy a llamarlo Lume —le dijo a ella una mañana, un par de semanas después de la partida de Fruela a Ponferrada.

Egeria, que estaba preparando una aromática mezcla de abrótano, ajo y tomillo, se lo quedó mirando un instante.

Tenía una espesa cabellera de rizos pelirrojos que caía en mechones rebeldes. Y sus ojos, vivos, de un color verde y profundo, lo observaban todo con intensidad, como queriendo aprovechar un tiempo que le faltaba. Era alta y voluptuosa, de caderas amplias, más joven que Guy. Y Laín pensaba que cuadraban bien el uno junto al otro, porque ambos eran grandotes.

—Siempre buscas nombres parecidos para todos tus bichos —repuso al chico con una sonrisa enigmática—. Lúa, Lisco, Lume…

Las mejillas del muchacho enseguida se encarnaron.

—Y tú te llamas Laín…

En los últimos días, su vida había dado un vuelco. De pronto volvía a formar parte de una familia. Conocía el calor de un hogar más allá de los recuerdos que compartía con mamá. Aunque sabía que no era más que una ilusión, a medida que su cuerpo se iba recuperando de la paliza, Laín había empezado a ayudar en las tareas de la casa. Mantenía el fuego en el hogar, iba a por agua o a por leña, recogía brazadas de retama verde para barrer, ayudaba a Egeria con sus hierbas y, cuando alguien venía a visitarla en busca de algún remedio, el muchacho prestaba atención y aprendía. Se había acostumbrado rápido a las atenciones de ella y a la severidad de él.

Laín guardaba silencio la mayor parte del tiempo, temeroso de meter la pata por lenguaraz, pero el ambiente doméstico de aquella casita en el alfoz de San Paio se le había colado dentro.

No les había hablado de mamá, y tampoco de las cosas en las que soñaba cuando llegaba la noche.

Había pensado mucho, pero no se había atrevido a expresarse en voz alta. Como tampoco tuvo el valor de explicarse ante la pregunta de Egeria.

Ella abandonó las hierbas en el cuenco y sonrió.

—Seguro que es una buena historia, ¿verdad? Cualquier día, cuando te apetezca,

me la cuentas.

Y como el muchacho seguía mirando al suelo, abochornado, ella añadió:

—Me parece que Lume es un buen nombre. Con esos colores que tiene, le sienta bien —concluyó, ampliando su sonrisa.

El cachorrillo, ajeno a que estaban tomando una decisión tan importante para él, correteaba de un lado a otro jugando con una agalla de roble que Laín le había traído unos días antes, cuando se había atrevido a dar un primer paseo por los alrededores, confiando en que nadie se lo diría a Fruela a su regreso de Ponferrada.

—Ea, pues Lume —se animó el muchacho, que inmediatamente empezó a prestarle atención al perrito, repitiendo el nombre varias veces seguidas para intentar que lo aprendiese.

Empezó a tirarle la agalla de roble a un lado y a otro, y el animal demostró enseguida que era hijo de su madre, porque salía corriendo a por ella con sus andares algo descoordinados y la cogía entre los dientes para acercársela de nuevo. Las primeras veces le costó que aflojara las quijadas y soltara la presa, pero Lume aprendió pronto el truco y estuvo encantado de jugar con el muchacho hasta que le venció el sueño y, bostezando ruidosamente, se fue a su cesto a echar una siesta.

Entumecido tras el rato en cuclillas con su nuevo amigo, Laín se estiró con cuidado.

Ya no tenía fiebre, las brechas cicatrizaban bien y los cardenales habían tomado un desagradable color amarillento. En breve estaría restablecido. Lo único que aún le molestaba era el costillar, que Egeria mantenía prieto con un vendaje tenso.

Al pensar en ello, sus miedos salieron a flote.

Se preguntaba qué pasaría cuando estuviera sano. Si lo echaría el gascón. Si tendría que buscarse la vida en el bosque. Si acabaría uniéndose a algún buhonero para dedicarse a la venta ambulante.

No lo sabía. Como tantas otras cosas.

La única certeza era que no podía quedarse en San Paio. Eso se lo había arrebatado Fruela, para siempre. Y su mente infantil empezó a recordar viejas historias de los bosques que rodeaban la fortaleza. En la sierra al oeste se contaba que había una cueva donde habitaba una enorme sierpe que se alimentaba de mulas y terneros. En el camino de los peregrinos abundaban rateros que no dudarían en destriparlo y robarle lo poco que tenía. Y todos sabían que las ánimas de los condenados vagaban por los senderos oscuros a la caza de incautos.

Además, había peligros mucho más reales a los que enfrentarse. Los lobos, a los que podía oírse muchas noches. Los osos, que estarían cebándose para pasar el invierno durmiendo. El frío que llegaría con el otoño. Y el más temible de todos: el hambre.

No tenía mucho donde elegir.

Lugo estaba demasiado cerca, y desde San Paio se acudía a la ciudad amurallada de tanto en tanto. Allí Fruela podría encontrarlo. Vigo, por el contrario, quedaba muy

lejos; cómo iba a llegar hasta allí, si apenas conocía del lugar otra cosa que el nombre. Quizá podía ir a Compostela; le bastaría con seguir a los romeros. Allí podría intentar emplearse de aprendiz. Había oído que los plateros hebreos no solían aceptar a nadie fuera de su fe, pero quizás algún pichelero lo haría. O a lo mejor podía buscar algún molino de batán en el que trabajar. También cabía la posibilidad de ofrecerse a algún albardonero, un guarnicionero o un herrador. Compostela era una ciudad de viajeros y los menestrales que se ocupaban de las cabalgaduras tenían trabajo más que suficiente para aceptar ayudantes. Y si no le quedaba otra opción, podía colocarse de mozo en unos establos. O una posada.

Todo eran dudas.

Mirando en derredor, volvió a notar ese sabor a hogar que empezaba a resultarle familiar, y le dolió pensar que lo perdería.

Si Fruela no volviese nunca de Ponferrada.

Ése era un bonito sueño.

Si Fruela no volviese, entonces él no tendría que marcharse. Podría quedarse con Egeria e instruirse en el trabajo de sanador. Eso era algo a lo que no le costaría apegarse. Le gustaba pasear por el bosque, recoger hierbas, prepararlas. Además, le complacía la idea de comprender. Mamá se había ido sin que pudiera hacer nada. Lo que estaba aprendiendo rellenaba ese hueco de algún modo.

—¿Los brotes de abedul? —le preguntaba ella machaconamente.

—Son buenos para la gota —respondía él después de rebuscar en su memoria.

—¿Y la bolsa de pastor?

—Para el dolor de muelas y las llagas en las encías —decía de corrido al tiempo que señalaba las ramillas secas.

—¿La uña de gato?

Entonces el muchacho se sonrojaba.

—Para regular la orina —respondía con vergüenza—. Y también la cola de caballo —añadía con una sonrisa satisfecha.

—¿Y cómo debe prepararse?

Él respondía con algún titubeo. Al fin y al cabo, sólo llevaba un par de semanas intentando asimilar aquel torrente de conocimientos. Pero le gustaba el juego de relacionar cada mal con su remedio.

Aunque había algo muy peligroso en la sanación, un espinoso cariz que le arredraba. Porque si uno dedicaba su vida a la curandería, había que dedicar mil ojos a evitar que se enfureciesen los monjes, los de Santa María de Sobrado o cualesquiera otros, porque los hombres de la Iglesia estaban siempre pendientes de quienes pudieran conchabarse con el diablo y, en los oficios de sanador, no era extraño que alguna denuncia terminase en una terrible ordalía para probar la fe única y verdadera.

Resolvió sacar el tema esa noche cuando Guy volviese después de atender los asuntos de la torre. Se armaría de valor y se lo preguntaría.

Si el gascón le daba permiso, se quedaría allí. Podía ser que a Fruela no le

importase con tal que no rondase por la fortaleza. Quizá le había bastado con darle una paliza. A lo mejor, con un poco de fortuna, ahora que iba a gobernar las tierras de San Paio, su hermanastro no volvería a pensar en él.

No era tan tonto como para engañarse, pero resultaba reconfortante avivar sus esperanzas.

Ni por asomo pensó que se estaba equivocando.

Las llamas lamían el fondo del pote. Dentro hervían nabos, cebollas, lascas de tocino y unas cuantas hierbas que llenaban la estancia de suculentos aromas. También el último puñado de castañas secas que quedaba a esas alturas de la primavera. Además, apoyados en las piedras del hogar, había curruscos de pan de centeno que se tostaban al calor de la lumbre, tomando un delicioso color pardo oscuro.

Afuera, la noche comenzaba y, mientras esperaban a que llegase Guy, después de cebar al pequeño halcón con las pechugas de una torcaz abatida con la honda de Laín esa tarde, Egeria repasaba con el zagal los rudimentos del alfabeto, escritos a tizón junto a los trozos de pan. El turón Lisco, que se había encariñado de ella en los últimos días, dormitaba a los pies de la curandera.

Egeria era la nieta de un modesto terrateniente que había conseguido una quinta por behetría durante las repoblaciones de la corona en las tierras conquistadas a los sarracenos. Laín aún no conocía toda la historia, sólo algún detalle suelto se había colado en las conversaciones mantenidas esos días. Pero sabía que, antes de terminar con Guy en la fortaleza de San Paio, Egeria había pasado por muchas vicisitudes; entre ellas, haberse quedado huérfana, como él, por lo que había acabado bajo la custodia de unas monjas en algún monasterio del que hablaba poco. Allí había aprendido rudimentos de latín, algunas mañas en la cocina y también a leer y a escribir, además de labores de costura.

Laín recitaba a medida que ella señalaba y, con una mano, rascaba tras la oreja al perrillo, que sesteaba tumbado junto a ellos.

Era un momento de paz y felicidad, pero el desenlace que había estado acechando al muchacho llegó como una tromba en cuanto la puerta se abrió.

Ceñudo, Guy cruzó el umbral y los miró a ambos.

—Ha vuelto.

No hizo falta que dijera el nombre, los otros dos sabían a quién se refería.

—Y contento… No sé qué diantres ha estado tramando en Ponferrada —dijo cerrando el postigo y deshaciéndose del tabardo que vestía—, pero le ha salido bien, rematadamente bien. Jamás lo había visto así, tan radiante como una novia camino al altar.

Hasta el perro lo miró con aires inquisitivos, pero el gascón se limitó a acercarse al fuego en silencio. Con semblante taciturno, cogió una de las cucharas de boj colgadas en los ganchos junto al hogar. La miró largo rato y luego la usó para remover el contenido del pote.

Se entretuvo dándole vueltas al guiso y luego lo probó usando la punta del cucharón, después de lo cual lo devolvió a su sitio y deslió la trabilla del tiracol que sostenía su espada. No llevaba cota de malla, sólo un gambesón de cuero que también se quitó entre resoplidos, pero no añadió nada más.

Ellos lo miraban. Él siguió en silencio y se limitó a usar agua del balde para refrescarse.

—¿Y bien? —inquirió ella—. ¿Vas a contarnos algo más?

El gascón buscó un trapo con el que secarse y no contestó, aunque vertió sobre Egeria una significativa mirada que sirvió para decirse algo que Laín sólo supo intuir.

—Ha preguntado por él —reconoció finalmente, al tiempo que tomaba asiento en una de las sillas—. Y lo que más me ha preocupado es que lo ha hecho sonriendo como el mismo diablo.

Sus ojos miraban al muchacho mientras hablaba. Pero Laín no se atrevió a intervenir; Egeria, sí:

—¿Qué crees que pretende?

El gascón sólo necesitó un instante para contestar:

—Despellejarlo vivo. Eso es lo que pretende —repuso, sin titubear y sin apartar los ojos del zagal.

Egeria se volvió hacia el muchacho y el cachorro. El turón Lisco se rebulló inquieto, mirando a todos lados con ojillos asustados.

—Tranquilo, nadie le dirá dónde te has escondido, todos te aprecian. Estás a salvo.

—Pero ellos no —aseguró Laín de inmediato—, mientras siga aquí. Soy yo quien los pone a ellos en riesgo. Y no es justo. He de irme y olvidarme de San Paio.

Ella se dio cuenta de que Guy asentía al oír aquella respuesta responsable en labios tan jóvenes. Y también percibió la pena que veló las palabras del muchacho.

—Nos iremos todos —dijo Egeria—. Desde que llegó ese mensajero de Navarra, has hablado de ello. Nada nos aguarda aquí con ese indeseable al frente de estas tierras.

Laín vio que el gascón negaba pesadamente, sacudiendo el mentón.

—Suena muy bonito… Pero sabes que no puedo hacerlo.

—¿Por qué no? Él está muerto, ¿o acaso crees que ha podido sobrevivir al desierto? Hace al menos un año que se tuvieron noticias de don Rodrigo por última vez. —A medida que hablaba iba elevando la voz—. Teobaldo ya está sentado en su trono, componiendo cantigas y negociando con los francos. Lo abandonaron allí. —Se había puesto en pie y miraba fijamente al hombre—. Y les ha dado tiempo de regresar. ¿No lo comprendes? Está muerto.

Acalorada, Egeria mantenía los pies firmes en el suelo, como dispuesta a luchar. Y eso impresionó a Laín, que seguía sin comprender los misterios de las relaciones entre hombres y mujeres. Ella parecía más que enojada.

—No puedo hacerlo, he de cumplir con mi deber —repuso él con calma.

—Sí puedes, claro que puedes. —Lágrimas de rabia empezaron a asomar en las comisuras de sus párpados—. Él está muerto, ¡muerto! Y a ese imberbe desdichado y malcriado le importa un carajo. —Se había acercado mucho a él, con los puños apretados, temblando de ira.

Laín llegó a pensar que Egeria pegaría una bofetada a aquel hombre que, más que ninguna otra cosa, parecía triste.

—En eso te equivocas —dijo él sin ceder un ápice—. Me ha pedido que vaya a

Jerusalén con una partida. —Luego su tono cambió—: Unos tipejos que ha traído consigo de Ponferrada.

La mano de Egeria se levantó, preparándose para tomar impulso y lanzar un sopapo. En sus mejillas, privadas de color, vibraba el reflejo del llanto.

—Me habías jurado que no volverías a hacerlo, ¡me lo habías jurado!

Guy negó una vez más. Pasó la mano por la cicatriz que le marcaba el rostro y terminó por peinar con sus dedos el rebelde cepillo de pelo entrecano.

—Es lo que soy, y es lo que debo hacer. Puede que los motivos no sean los correctos…

Ella lo miraba con desazón. Laín había cogido al perrillo en el regazo y lo acariciaba, lleno de incertidumbre.

—… Creo que ese condenado de Fruela trama algo —admitió con disgusto—. Es cierto. Huele a chamusquina. Pero no importa lo que yo crea. Debo ir.

Abrió los labios para replicar, aunque, después de que temblasen sin encontrar las palabras que buscaba, Egeria calló. Incluso el joven Laín comprendió que entre el hombre y la mujer había sentimientos con raíces profundas en el pasado.

—Tú y el chico debéis marcharos —concluyó Guy con vehemencia.

Nadie le preguntó su opinión, pero Lume dejó escapar un ladrido que los distrajo a todos. Sin darse cuenta, Laín había detenido sus caricias y el perrillo, que entendía tan poco de lo que sucedía como su dueño, reclamaba más atención.

Egeria no apartó los ojos del hombre con el que compartía su vida. El gascón miró al animal y dejó que en su rostro se colgase una sonrisa cansada. Vio también el semblante preocupado del muchacho y, aunque no le habló, le guiñó su único ojo.

—Creo que los dos corréis peligro —reconoció con tono derrotista—. No me fío de Fruela. —Se dirigió entonces a ella—. Una vez me haya ido, no tendrás quién te proteja. Y a él le bastaría con denunciarte a los frailes de Santa María… A la Iglesia le hacen falta pocas excusas para encontrar brujas.

Algo quedó sin decirse en el gesto de Egeria.

—Debéis marcharos. Los dos. Llévatelo —añadió señalando al muchacho con el mentón—. Coge la bolsa tras la piedra de la chimenea y no olvides las cartas de don Rodrigo. Te abrirán las puertas que necesites.

Quedamente, Egeria comenzó a llorar, y Guy dio un paso tentativo hacia ella, aunque se refrenó justo antes de ponerse a su altura. Lisco, desconcertado, miraba a todos lados sin saber qué hacer.

Laín pensó que le gustaría recibir un abrazo tanto como creía que lo ansiaba la mujer, pero el curtido infanzón no se lo dio, ni a uno ni a otro. El crío se percató de que ahí tenía una lección que aprender: aquel mercenario, al que había aprendido a admirar, se cuidaba mucho de mostrar la debilidad de sus sentimientos.

No supo decidir si le gustaba o no. Podía advertir el dolor de Egeria. Y el suyo propio. Pero la lección estaba allí.

Se empezó a preguntar cómo iba a ser su vida a partir de entonces. Egeria era

buena con él. Nunca olvidaría a mamá, se dijo severamente, pero con la mujer del infanzón se sentía arropado. A gusto. Creyó que estaría bien.

—Lo que fue, fue. Lo que será, será. Y lo que es, es —sentenció Guy, recomponiéndose—. Yo le juré lealtad a don Rodrigo, y cumpliré mi juramento. Es mi deber.

Una vez más, Egeria levantó la cabeza y empezó a decir algo que se atascó en los sollozos de su garganta. Laín, incapaz de contenerse por más tiempo, se acercó a ella y, titubeando, la abrazó. Incluso Lume, que no contaba con las dudas de los humanos sobre cómo comportarse, colaboró instintivamente lamiendo las mejillas arreboladas de la mujer. Y el turón Lisco se anudó entre los pies de los dos, apoyándolos a su manera.

El modo en que fruncía el ceño demostraba la intensidad de lo que sucedía en el interior de Guy, pero él no se acercó a ellos.

—Debéis marcharos. Es la única solución. Debéis marcharos y poneros a salvo.

Dio un solo paso hacia la mujer y el muchacho. Había en él mucho más que dar, pero se refrenó.

—Y yo…

Las palabras eran bocanadas de hiel en su boca.

—Yo volveré. No sé cómo ni cuándo. Pero volveré.

La fiereza de la determinación brillaba en su ojo sano.

—Lo juro.

Entonces se dio la vuelta y salió sin cerrar la puerta a sus espaldas.

ESTROFA

V

LAS PALABRAS DE UN MUCHACHO

«… os respondo que nos tenemos la certeza de que vosotros los templarios habéis recibido de nuestros antepasados y de nos mismo muchos bienes y privilegios, y que habéis servido bien tanto a nos como a los nuestros en muchas ocasiones…».

Archivo de la Corona de Aragón
Cartas reales de Jaime II

Eran diez, con un par de mulas para cargar con todos los pertrechos.

Nueve de ellos acababan de entrar al servicio del nuevo señor de San Paio, recién llegados del castillo de Ponferrada.

El décimo hombre era Guy de Tarba. Y el gascón supo que tendría problemas antes incluso de abandonar la fortaleza.

Los tres días que llevaban en camino no habían hecho sino confirmar sus sospechas.

A su juicio, con algo de suerte y la ayuda de Dios, uno podía hacer a lo largo de su vida tres grandes viajes. Con el primero maduraba la sesera, a lo largo del segundo podía comprenderse lo engreído que había sido durante el primero, y en el tercero debía asumirse que la despedida no quedaba lejos, porque pocos lograban comenzarlo y muchos menos lo acababan.

Un niño perdido en una promesa había partido de Cloyes tantos años atrás que prefería no pensar en ello. Después, ya con barbas que afeitarse, tras el tratado de Meaux, harto de las luchas entre ingleses, francos, occitanos y herejes, había acudido al sur para olvidar lo que quedaba a sus espaldas y encontrar en Burgos una ciudad vibrante que empezaba a erigir una orgullosa catedral. En la villa halló también en qué ocuparse, porque más allá del Guadiana seguían los sarracenos defendiéndose y la avaricia de tierras y conquista de Fernando de Castilla era suficiente para dar empleo a miles como él: hombres desahuciados con cierta habilidad para manejar el hierro y el hambre suficiente para dejarse pagar por ello.

Así fue como, en su segundo viaje, Guy de Tarba acabó luchando en Cazorla bajo los pendones reales que ondeaban en las fortalezas de Castilla, precisamente en los días en que murió el rey y su hijo hubo de abandonar la campaña y marchar a la meseta para convertirse en el tercero de los Fernandos en el trono. Para cuando regresó al sur, aquel rey había unido en un mismo blasón a Castilla y a León, y los nuevos pendones bajo los que siguió la lucha contra el sarraceno estaban ya acuartelados, porque junto a los castillos aparecían también fieros leones rampantes pintados de gules.

Y en Trujillo, junto a hombres de la Orden de Santiago, a punto estuvo de perder la vida bajo la afilada sombra de un alfanje agareno. También allí, en el barro de las orillas de la enorme charca que flanquea la ciudad, la misma a la que le dicen de San Lázaro, cubierto de lodos y cienos, le había salvado la vida a un ricohombre gallego al que un tajo en una pierna había dejado a merced de la furia de los infieles, que se resistían con denuedo a ser conquistados en nombre de Dios y para gloria de Castilla.

Aquél resultó ser un hidalgo de pocas tierras y buena palabra que le ofreció la mano con una sonrisa. Al fin, tras tanta sangre y remordimientos, después de abandonar su hogar para ganarse el pan con la muerte, Guy de Tarba había encontrado la paz al servicio de don Rodrigo, señor del pequeño feudo de San Paio, encomendero de Santa María de Sobrado. Y el gascón había pensado que acabaría sus días en los húmedos y verdes montes gallegos. Allí donde no sólo se había topado

con un señor cabal al que honrar, sino donde también había dado con una mujer que le había enseñado que las heridas del alma, como las del cuerpo, podían sanarse.

Y ahora se había ido todo al carajo.

Partían en segunda feria, el día siguiente al domingo de Pentecostés, después de que en el monasterio de Santa María se extendieran en homilías y discursos, todos llenos de referencias a la sagrada misión que los llevaba a los santos lugares y en el buen augurio de la fecha, pues sobre ellos caerían las bendiciones del Espíritu Santo como las lenguas de fuego que habían inspirado a los apóstoles.

Pero Guy lo veía de manera bien distinta. Marchaba al quinto infierno junto a una *troupe* de facinerosos a los que, de haber sido tabernero, no hubiera fiado ni el fondo de una taza de vino.

Él, más que nadie, entendía que Teobaldo de Navarra hubiera querido seguir los pasos de sus ilustres antepasados de la Champaña. De las tierras francas habían partido hombres egregios a luchar por la cruz en ultramar, de aquellas quintas había partido Hugo de Paynes. Y él, más que nadie, comprendía la fuerza del juramento que don Rodrigo Seijas había hecho; al fin y al cabo, el del trono navarro le había arreglado el matrimonio. Aunque entenderlo no le servía de bálsamo a Guy cuando pensaba en que maldita la hora en que su señor había decidido marcharse al fin del mundo para pelearse por unas tierras que, por muy santas que fueran, quedaban, precisamente, tan lejos como para que, a cualquiera con dos dedos de frente, le importase un carajo si estaban en manos de Saladino o del Papa de Roma.

Porque Guy de Tarba no era un descreído y, de tanto en tanto, miraba a los cielos con un paternóster en los labios, pero había visto a los hombres jugar tan sucio en nombre de Dios que, tiempo atrás, había empezado a sospechar que la supuesta palabra del Señor no era otra cosa que la ocurrencia de orondos obispos vestidos de púrpura y ansiosos de gloria.

Escupió de medio lado a través del hueco del colmillo que le faltaba desde que un sarraceno le golpeara con el pomo de una daga en las sierras de Jaén, no lejos de unas cascadas a las que les decían de las Calaveras. El gargajo quedó colgando en una hoja de milenrama, al borde del camino.

Como le había sucedido muchas otras veces en su perra vida, Guy abrigaba el peso de los remordimientos. El deber y su palabra le obligaban, pero se sentía un imbécil por no ser capaz de dar media vuelta a su yegua Fatana y ponerse en camino hacia Compostela, hacia Egeria y, por qué no, también hacia el muchacho.

—¡Maldita sea mi estampa! —se le escapó en un murmullo.

El jinete que iba un par de pasos por delante se volvió y Guy pensó en dedicarse a asuntos más prácticos. Porque sabía que no podía quitarles el ojo de encima a la panda de facinerosos que Fruela había elegido para, supuestamente, traer a su padre de vuelta de los desiertos de Gaza.

Ese que lo miraba con ojos entornados por la duda se llamaba Berenguer. Un alcarreño calvo, rubicundo, de barbas negras como el carbón y una boca con más

huecos que dientes. Con las hechuras de un verraco, tenía brazos y piernas cortas, una prominente barriga y un vello abundante que sobresalía por cada resquicio de sus ropas, como si se estuviera deshilachando. Cosa extraña, aparte de la espada llevaba al cinto un mangual apañado, con la cadena algo más larga de lo habitual, y una bola pesada de pinchos afilados. Tenía pintas de pendenciero y la manía de aprovechar las horas a caballo para silbar una tonada tras otra, como si fuera un músico virtuoso ensayando trovas. Y lo hacía bien, porque nunca se le iba una nota, y conocía un amplio repertorio.

A Guy no le gustaba. De hecho, no le gustaba ninguno de aquellos tipos que Fruela había traído de Ponferrada. Y todo aquel asunto le daba mala espina.

—¿Has dicho algo?

Guy le dedicó una mirada torva antes de responder lo primero que se le ocurrió:

—Sólo tarareaba ese romance que andas silbando. —Después de contestar, giró el rostro para no animar al otro a iniciar una conversación.

Pero el gesto no cambió la situación, porque los ocho restantes eran sólo un poco mejores que el tal Berenguer Baños.

Junto al calvo, había otros cuatro. Todos ellos de los que se hacían llamar pobres caballeros de Cristo y, aunque habían venido de Ponferrada, cada cual era de su padre y de su madre, pues, en manos de la Orden, habían viajado desde muy lejos. Uno de ellos, un tal Rolando, respondía al decirle de Avesnes. Montaba un espléndido garañón bayo que piafaba constantemente y él hablaba con el típico acento normando, como si pasase el día masticando clavos. Aunque tampoco decía mucho de utilidad, pues apenas hacía otra cosa que quejarse, porque era de esa clase de hombres a los que cualquier nimiedad les trae una protesta a los labios. Así, no dejaba de rabiar por andar entre gentes de tal calaña, e insistía en que su padre había sido uno de los caballeros francos que acudiera a la cruzada que el Papa concediera al rey de Castilla. Según decía, era hijo de uno que había abandonado a las tropas antes de llegar a las Navas de Tolosa. Y podía ser cierto, porque de las muchas leyendas de aquella gloriosa campaña, las había que contaban cómo los caballeros francos e italianos que acudieran se habían vuelto a sus hogares al ver que los castellanos, aragoneses y navarros daban merced a los moros vencidos en el camino al sur. Probablemente porque los que respondieron al llamamiento habían pensado más en saqueos que en ideales cristianos.

Otro, de origen catalán, atendía por Fortum Acenarez y abusaba de la mala costumbre de desayunarse a base de ajos. Era todo pellejo y huesos, como si cuanto comiera no sirviera para otra cosa que para permitirle respirar, y eso con cierta flojera, porque bajo sus ojos legañosos había siempre una eterna expresión de pereza, algo que sólo desmentían sus manos. El tal Fortum llevaba siempre un juego de pequeños puñales contrapesados que era capaz de lanzar con velocidad endemoniada y maldita puntería. Le bastaba señalar una rama cualquiera para que, en un parpadeo, apareciese allí cimbreando una de aquellas hojas de filo grueso y empuñadura ligera,

cubierta con cuero trenzado.

Los dos últimos eran hermanos. Tan iguales que costaba distinguirlos. Los dos de pelambreras rubias pajizas, tan claras como arena de playa; ambos pecosos como daneses con demasiado tiempo bajo el sol y tanto el uno como el otro con gorduras suficientes como para pasar todo el invierno sin comer ni una sola hebra de carne. Al uno le decían Rui, al otro Godino, y los del resto en el grupo, cuando los llamaban, lo hacían por el oficio del padre, pues les decían siempre los Trillo. Aunque más habitualmente hablaban de ellos como los *Cagafuego*, porque, pese a la regla de la Orden que mandaba a sus frades ser comedidos en el comer, ellos tragaban como glotones consumados y les gustaba entretener los campamentos soltando portentosos cuescos, compitiendo el uno con el otro por ver quién de los dos armaba mayor escándalo.

Menos el calvo, que no tenía de donde esquilar, el resto llevaba los pelos cortos por delante y detrás, con las barbas rasuradas. Y todos calzaban botas que no eran puntiagudas y sin cordonadura, porque esos desmanes eran cosa de paganos. A mayores, vestían el sayo propio del Temple, con su gran cruz bien cosida en el hombro izquierdo, el del corazón, con cinto ancho de cuero recio y sin mangas. Todos la llevaban de ésas a las que llaman patadas, y bien tintas de rojo encarnado. Todos menos el quinto, el tal Berenguer Baños, que además de distinguirse por tener la calaverna monda, era el que mandaba a los otros cuatro y, en lugar de la cruz patada, llevaba la que decían de las ocho beatitudes, como si fuera un condenado escoto. Los dos hermanos llevaban el sayo negro como la noche, porque no eran más que sargentos, y los otros tres vestían blanco, porque se les suponía caballeros, aunque, viendo lo que había visto, Guy dudaba de que su linaje fuera mejor que un rastro de mierda de paloma.

Él no era más que un infante y los caballeros mandaban, así lo había ordenado Fruela; pero ni los modales ni las maneras lo convencían, y algo en todo aquello le olía a chamusquina.

Más que menos, se comportaban como debían. Salvo el vicio en el comer de los hermanos, parecían respetar con seso la regla de la Orden. No hablaban mal unos de otros ni cedían a cuchicheos. Tampoco abusaban de lujos o piedras en las empuñaduras y guarniciones. Aun así, iban todos bien provistos, con tahalí, espada, cota, adarga y pellejos de carnero para la noche, porque el voto de pobreza les prohibía el lujo de armiños o martas.

Mal que bien, aparentaban lo que debían. Incluso venían respetando el voto de silencio después de completas, y tras la comida de la mañana habían regalado el pan sobrante a un mendigo que se toparon por el camino. Pero el gascón tenía atravesada una espina en la garganta. Algo no le cuadraba. Especialmente con el jefe. Desde cuándo un noble admitido como caballero en la Orden del Temple podía llevar un apellido tan humilde como Baños.

Además, Guy se aventaba que aquél era el más peligroso de todos. No sólo

porque era el alcarreño quien daba las órdenes, sino porque había pasado tiempo suficiente con los de su calaña como para reconocer a quienes confunden la justicia con la sangre derramada.

Con ellos iba también un lego que les hacía de sirviente. Un tullido maltratado que respondía al nombre de Eugenio. Le faltaba el antebrazo derecho, desde hacía tiempo suficiente como para haber aprendido a usar el tosco muñón que tenía en su lugar para sujetar los cabos de los arreos mientras enjaezaba los caballos, o para sostener los cacharros cuando atendía el fuego del campamento. Tenía ojos lechosos que a buen seguro no veían tanto como lo habían hecho años atrás, y raro era que acabase una frase sin tartamudear. Iba vestido con lo que eran casi harapos y se tocaba con un bonete que parecía negro de pura porquería. Era el único de los nueve que no preocupaba a Guy. No era más que un labriego berciano que, buscando fortuna, se había arrimado al castillo de Ponferrada y había terminado sirviendo a los pobres caballeros de Cristo. El paisano miraba cada espuela y cada gesto como si jamás en la vida hubiera sido testigo de prodigio semejante. Encantado y asustado a partes iguales.

También había un capellán con tonsura y latinajos que le colgaban de la comisura de los labios, pero con ganas de hablar de putas y lupanares en el camino a Navarra, que era su destino. Montaba un jamelgo tan escuálido que se le podían contar las costillas de un vistazo, y con un pellejo tan desmejorado que parecía haber dado cobijo a centenares de generaciones de polillas. Al parecer, era legado del obispo de León y había aceptado unirse a la partida porque deseaba predicar por la Palestina. Aunque a Guy le pareció, desde el primer momento, que cuanto el tal frey Domingo Seisdedos hacía, lo hacía en realidad para escapar de sus obligaciones pastorales y buscar fortuna. Porque allí, aparte del pago que entregara Fruela, se les había prometido que podrían quedarse con todo lo que arrebatasen a los turcos.

Y no hacía falta mucha imaginación para saber que, cuando pudieran, ésos se entregarían al pillaje.

Definitivamente no le gustaban, pero, por el momento, no tenía otro remedio que echarse al coleto aquel trago amargo, como las tisanas que le preparaba Egeria en invierno.

Y al pensar en ella, volvió a chistar de disgusto.

Los dos últimos de entre los nueve eran infantes, como el propio Guy. Pero de muy distinta ralea.

De uno no sabía nada, porque no hablaba ni con una daga al cuello. Y del otro sabía demasiado, porque no callaba ni bajo el agua. Al parecer, era nieto de uno de los artesanos que Gelmírez había traído de Pisa para montar atarazanas al modo de los genoveses, los venecianos y los mismos pisanos, grandes industrias en las que se habían construido galeras para que las mesnadas del obispo pudieran al fin defender las rías gallegas de los sanguinarios ataques de normandos y sarracenos, que llevaban codiciando la golosa Compostela desde los tiempos de san Rosendo.

Al olor del oro compostelano habían venido sus buenas docenas de carpinteros de ribera. Muchos de ellos, después de cobrar, habían decidido asentarse en Galicia, donde sabían que no les faltaría trabajo.

—Así es, mi buen Guy, aquí donde nos ves —le había dicho el nieto del armador pisano, un tal Tello, corto de talla y pelirrojo como un picapinos—, ambos fuimos elegidos entre muchos otros, muchos —había recalcado mirando a su compañero, alto, gordo y moreno, al que le decían Acardo—, para servir de escoltas, loado sea el buen Señor, a su excelencia Jiménez de Rada, a quien llaman *el Toledano*. Yo no, por supuesto, lo digo sólo por aclararlo —puntualizó el lenguaraz bajito—, porque yo, con ayuda de Dios, procuro siempre ser hombre de buena compostura y mejores modales… En fin, fuimos escoltas de su ilustrísima excelencia cuando asistió al concilio de Letrán. Somos, mi buen amigo, hombres devotos y temerosos de Dios, dispuestos siempre a servir a quien aspire a mayor gloria de nuestro Señor.

Después de digerir toda aquella parrafada del tal Tello, Guy había mirado fijamente al callado Acardo, sopesando a aquella estrambótica pareja, bien avenida, en la que uno hablaba por los dos y el otro callaba por ambos.

—¿El concilio de Letrán? ¡Qué honor! —había replicado el gascón, suave como grasa de cordero—. Así que visitasteis la basílica, ¿no?

—Claro, claro —se había apresurado Tello en responder—, ¡qué grandeza! No hay otra igual en toda Roma. Veo que sabes bien de lo que hablas, mi querido amigo. Efectivamente, tuvimos ocasión de extasiarnos ante la belleza de tal prodigio. Por supuesto que sí. ¿Cómo íbamos a perdernos una oportunidad así?

—¡Claro!, ¿cómo? Y supongo que subisteis por la escalera de santa Águeda…

El otro se había puesto de todos los colores, lleno de excitación y asombro. Había empezado a sacudir la cabeza aventando las greñas rubias arriba y abajo.

—Por supuesto, desde luego —había respondido Tello alborozado, y el otro, el tal Acardo, había asentido solemne—. Y con cada peldaño que pisábamos rezábamos por nuestro Señor y rogamos por el alma del obispo Jiménez, que en tan grave e importante cometido se veía en el loable concilio.

En ese momento Guy supo que mentían. Y con descaro.

No recordaba el gascón cuánto tiempo había durado aquella reunión de obispos, cardenales, oblatos y frailes, pero, como poco, se habría prolongado un año y, en

tanto tiempo, había que ser muy mentecato para, a base de esperar en la ciudad, no acabar topándose con la conocida como Santa Escalera, la que, según se decía, había que subir de rodillas para demostrar devoción y penitencia, pues aquellos mismos peldaños habían llegado del mismo palacio de Pilatos en Jerusalén, y no eran otros que los que el propio Jesús había ascendido el Viernes Santo para ser juzgado.

Y Guy no recordaba qué diantres había hecho santa Águeda o si alguna vez había subido un solo peldaño. Lo que sí recordaba era el nombre de quien, entre muchas otras reliquias, había llevado hasta Roma la escalera: Elena, la madre del emperador Constantino.

Así que, mientras cabalgaba hacia el castillo de Maceda, Guy volvió a soltar otro escupitajo por el hueco del colmillo. Esa vez le acertó a una manzana verde de piel áspera que empezaba a cuajar al final de una rama que pendía sobre el camino. Cinco eran templarios, y le gustaban menos que un forúnculo en las posaderas. A esos cinco los mandaba un jaque con hábitos de carnicero. Luego contaba con un campesino medio inútil y un fraile que, además, apestaba a orujo. Para rematar, dos embusteros tan bien avenidos y tan arrimados que, para disgusto del propio Guy, enarbolaban sospecha de sodomitas.

Pensándolo con frialdad, más bien parecía un cuento para contarse entre borrachos en una taberna.

Desde luego, no le faltaban motivos para arrepentirse de la decisión que había tomado.

Al menos el día era soleado, sin rastro de nubes que anunciaran una mojadura para la larga marcha que tenían ante ellos. El verano se anunciaba en los árboles verdecidos y el bosque envolvía el camino hacia Monforte de Lemos, primera parada relevante antes de Maceda.

A lo lejos se oía a uno de los últimos cucos de la temporada. Las abejas zumbaban afanosas, preparando miel y, también, lo que tenía más enjundia, fabricando la cera que permitiría a los monjes de algún monasterio cercano fundir velas y cirios.

Fue entonces cuando, a sus espaldas, Guy se dio cuenta de que algo se había movido entre los helechos de la ladera.

Podía haber sido algún animalillo asustado. Una jineta, un corzo o incluso maese raposo volviendo de espoliar algún gallinero.

No le dio importancia.

Sin embargo, para cuando el sol estaba ya al mediodía, mientras Guy pensaba en que ya no se veía en los árboles rastro alguno de las yemas que habían quemado las heladas tardías, volvió a escuchar algo parecido.

El tal Berenguer Baños también se volvió en la albarda de su garañón negro, aunque desestimó el asunto cuando el ruido se acalló sin repetirse.

Guy, por el contrario, se mantuvo atento.

Unas horas más tarde, la brisa que había estado soplando del nordeste decayó, las ramas dejaron de barajar sus hojas y, en ese instante de calma, Guy escuchó un

murmullo metálico que le pareció sospechosamente familiar.

Al llegar la noche, en tanto esperaban a que el tullido Eugenio terminase de cocer el caldo de nabizas y los dos Trillo empezaban con juergas, el gascón ya había llegado a una conclusión.

Para colmo de desgracias, les estaban siguiendo.

Y hacía bien en preocuparse, porque la muerte iba a alcanzarles pronto.

Como venía siendo habitual en los últimos días, Egeria despertó cuando Lisco empezó a rebuscar en el morral algo con lo que desayunar.

El revoltoso turón parecía estar disfrutando con el viaje. En cada tramo del camino encontraba alguna pillería que hacer y, aunque no se separaba demasiado de ellos, acostumbrado al trato con los humanos como estaba, se escabullía para explorar siempre que podía. El mismo día de la partida, y preocupando a Laín, el animalillo se había ausentado un buen rato. Cuando regresó, traía entre los dientes un gazapo del que se llevó su ración de premio antes de que pasara a dar sustancia al puchero.

El inicio del verano hacía fácil la travesía. Ya no quedaba rastro de barro en los caminos, los días contaban con unas horas más de luz para alargar la marcha y el cielo despejado les ahorraba las mojaduras.

La jornada anterior, con los pies doloridos y los hombros cansados de cargar con los hatillos, la habían concluido cerca de un arroyo. Estaban en las estribaciones de los montes que dividían en dos los territorios gallegos, donde abundaban las escorrentías y regatos como aquél. Todo era verde intenso, salpicado por multitudes de pequeñas flores amarillas, blancas y azules.

Tenían por delante un largo día de ascenso entre pedregales y aulagas hasta coronar la sierra. Después, mucho más cómodos, bajarían por la ladera opuesta hasta toparse con el río Tambre y, siguiendo sus orillas como referencia, llegarían hasta las cercanías de Compostela en un par de jornadas. No era la ruta más directa, pero Egeria la conocía y así evitarían las viejas calzadas romanas, donde sería más fácil toparse con gentes que, dado el caso, podrían poner sobre aviso a Fruela.

Las sombras de San Paio y de su joven señor seguían cerniéndose sobre ellos.

Se habían marchado después de que los amigos que dejaban atrás se despidiesen entre lágrimas de tristeza. Hasta la casita de piedra se había acercado el viejo Tomás. También la cándida Teresa, que había sisado una jícara de leche que regalarles para que les sirviera durante el camino. Antón. Casilda. Algunos de los sirvientes y labriegos del alfoz, todos los que apreciaban al muchacho. Y les habían deseado suerte. En muchos ojos, Egeria había intuido el deseo de acompañarlos lejos de los tiempos inciertos que se avecinaban para la fortaleza.

Porque desde su vuelta de Ponferrada, Fruela había dejado claro que iba a poner San Paio patas arriba. El nuevo señor de la torre parecía dispuesto a cambiar el mundo conocido a base de puntapiés.

Estaba gastando sus buenos maravedíes comprando espadas, lanzas, cotas de malla y adargas. Además de otros tantos meticales en monturas fogosas preparadas para los estruendos de la guerra, y también albardas, jaeces y guarniciones para todas ellas. Se rumoreaba que había entregado un marco de plata a un orfebre de Compostela, una señal para que le hiciera un nuevo sello de los Seijas ahora que el original se había perdido para siempre en algún lugar de los desiertos de Gaza. Y ese trabajo no era una menudencia, aún tendría que entregar más dineros para rematar el pago. El escudo de la familia llevaba cinco palomas, una labor fina para el espacio de

un anillo, tanto como para que no hubiera muchos dispuestos a aceptar el encargo, sólo los mejores entre los hebreos. Iba a ser caro.

Pero había mucho más. También había contratado a un nuevo herrero, a tiempo completo. Un menestral de buena fama que había hecho venir desde la ribera del Riotorto, en las montañas del norte, de la comarca de Honor de Miranda, tierras duras de las que se había dicho siempre que criaban hombres buenos con el hierro y mejores con hoces y guadañas. Además, había puesto a disposición del artesano una vega para que se construyese un molino de mazo en el río que pasaba por el valle bajo la torre. Y, en el mismo cauce, Fruela se había hecho con los derechos de dos presas anguileras en las que atrapar ingentes cantidades de escurridizos peces cuando migraban hacia el mar cada primavera, momento en que quedaban atrapados en los garlitos instalados en los desagües de las represas.

También habían empezado a avivarse cuchicheos inquietantes, porque mensajeros habían partido a uña de caballo a Compostela, Mondoñedo, Oviedo y León. Todos ellos acompañados por mulas cargadas con lo que, según se decía por los alrededores de San Paio, eran lujosos regalos para los obispos. Muchos se preguntaban a qué venía aquel acercamiento de Fruela Rodríguez de Seijas a los prelados de la todopoderosa Iglesia.

—Quiere comprar reliquias —había susurrado el viejo Tomás después de echarse al coleto un trago de orujo.

Pero Egeria no había sabido si creer o no al caballerizo. No entendía qué asuntos podía tener el joven señor de la torre con huesos de santo, retales de la cruz y espinas de la corona del crucificado.

Como remate, nuevos hombres acudían a la llamada al servicio de la fortaleza de San Paio casi cada día. Y muchos ya chismorreaban que otros señoríos, como el de Lemos y el de Traba, comenzaban a mostrarse preocupados por las ansias del joven señor. Porque, para colmo de males, Fruela heredaba también el título de merino, lo que implicaba que era él quien administraba justicia y hacía cumplir la ley, asunto que tenía la oscura vertiente de otorgarle mano libre para cualesquiera que fueran los desmanes que se le ocurriesen. Y eso que, para cuando Egeria y Laín habían partido, aún no había llegado palabra de su majestad Fernando de que se ratificaba el testamento de don Rodrigo.

Todo su mundo había cambiado en unos pocos días y la paz, caprichosa y quebradiza, se había escapado una vez más entre sus dedos como arena en una playa. Quizá por eso a Egeria le estaba costando conciliar el sueño.

Había tenido que elegir entre las hierbas de su botica y las pertenencias que había ido acumulando en la modesta prosperidad de los últimos años. Lamentó amargamente que todo lo que había aprendido a querer hubiese quedado atrás. Las prisas y la necesidad los habían obligado a marcharse con poco más que lo puesto. Aunque, pese a lo escaso de su bagaje, al menos llevaban las monedas de Guy, la mayoría meajas de vellón de las que había acuñado el noveno de los Afonsos en las

cecas gallegas durante los últimos treinta años, muchas de ellas con motivos que alababan el sepulcro o la ciudad de Compostela, orgullo de los viejos reinos desde que el segundo de los Afonsos, al que habían llamado *el Casto*, había empezado a difundir la noticia de que se encontraran los restos del patrón Santiago.

Y por mor de aquellas preocupaciones, aparte de desperezarse, en cuanto abrió los ojos Egeria tuvo también que ocuparse de dos asuntos: espantar su desasosiego por lo que andaba haciendo Fruela y despegarse de la tristeza que la carcomía.

Se incorporó con desgana, porque la melancolía le quitaba el anhelo de ponerse en marcha, pero pensó en el muchacho. Se lo debía a él, que había sido lanzado a un mundo que desconocía por el único pecado de ser bastardo.

—¿Laín? —preguntó restregándose los ojos con los jamoncillos de los pulgares.

Sólo le respondió Lisco, que salió del morral como un congrio asomando entre las piedras del puerto y la miró con sus pequeños ojos a través del antifaz de pelo oscuro.

—¿Laín?

Se giró en todas direcciones. Los restos cenicientos de la hoguera y la pila de leña seca que no habían terminado de echar en la fogata. El pequeño pote donde habían guisado la noche anterior, bien tapado para que el turón no les robase su desayuno de sobras. Su hatillo, la vara de fresno ahumado que había tomado para el camino. El cacharro con el fondo requemado donde habían traído el agua del arroyo. Pero el chico no estaba.

Sólo la hierba aplastada donde el muchacho se había preparado el lecho la noche anterior, al otro lado del fuego, para espantar el relente.

Detrás de los hilos de humo que aún salían de las brasas, el pasto aún se veía estropeado.

—¿Laín? ¿Estás ahí? —gritó con más fuerza.

Sólo se acercó el turón, que hociqueó entre sus ropas buscando alguna miga.

Egeria recogió al animal en su regazo y empezó a acariciarlo.

No había ido a por más agua, el cacharro seguía allí; tampoco a por leña, había de sobra. Y si hubiera tenido que atender a los intestinos o a la vejiga, no estaría tan lejos como para no contestar. Quizá se había acercado al arroyo a pescar un par de truchas con alguno de los saltones que brincaba entre la hierba. Pero no veía sus cosas por ningún sitio. Sólo el sobado morral y el turón.

No le costó mucho imaginar lo que había pasado.

Era lo que había temido desde el primer momento. Incluso había hablado de ello con Guy, ambos preocupados por lo que sería del zagal.

Lisco gañó, reclamando atención, y ella intensificó los arrumacos.

—Nos ha abandonado, ¿verdad?

El turón no contestó, pero Egeria imaginaba que el muchacho había dejado atrás a su mascota como un regalo de despedida, una suerte de gesto sincero con el que decir mucho hablando poco. Seguramente había pensado que así ella no se sentiría tan sola. En las últimas semanas, la mujer y el animalillo habían hecho buenas migas. Podía

apostar que había sido duro para Laín dejar atrás a su pequeño amigo. Aquello era una prueba más del buen corazón del chico.

Sin embargo, esa ternura inicial que la embargó se disipó pronto.

—Es un cabeza de chorlito, no tiene remedio —le dijo al turón, bajando el rostro hacia su regazo y negando con sacudidas del mentón.

Lo había hablado con Guy. Ambos habían considerado aquella posibilidad. Por eso supo lo que haría a continuación. Pero no sirvió de consuelo, porque el zagal le había ganado el corazón y ahora le esperaban días de preocupación hasta que el asunto se resolviese.

—Hombres… Pfff… ¡Qué pronto empiezan a comportarse como imbéciles!

El turón no contestó y ella lo acarició, dejándole, como hacía Laín, que le mordisquease los dedos. Luego se llevó la mano al vientre en un gesto cariñoso.

—Empiezan pronto y lo siguen haciendo durante toda su vida.

Lisco olisqueó por los alrededores de su regazo, y Egeria no supo si el animal había descubierto su secreto.

Una lágrima se echó a rodar por su mejilla.

—Es una pena —añadió.

Durante un rato, se quedó donde estaba, repartiendo caricias entre el turón y su propio vientre.

Se rumoreaba que, en ausencia del señor don Fernando Gutiérrez de Castro, muy noble alférez de Castilla, el díscolo abad de San Vicente Pino aprovechaba un pasaje subterráneo que iba desde el monasterio que regía hasta el palacio señorial de los Castro, señores de Lemos y Sarria, pertigueros de Compostela y comenderos de la iglesia de Lugo. Y, si se daba crédito a los rumores de los deslenguados, el monje lo hacía con la sana intención de alegrar las solitarias noches a la señora cuando don Fernando se ausentaba para negociar asuntos con la Corona o para luchar contra el moro en el sur. Aunque también había otra versión más amable: los más devotos defendían el honor de la dama alegando que la única intención del fraile era ofrecer cristiana confesión.

Había oído también que la villa tenía una notable población de hebreos; orfebres, prestamistas y mercaderes en su mayoría. Y el gascón suponía que muchos de ellos habrían emigrado desde más allá del Guadiana, donde, en las últimas décadas, el radicalismo apocalíptico de los sarracenos se había vuelto recalcitrante. Ya no restaban más que unos pocos terruños en los que aún tuvieran fuerza y los mahometanos ya no se aguantaban ni entre ellos, menos aún a los judíos.

Por último, de tanto en tanto, había oído elogios sobre las ferias y mercados del lugar, que eran bien conocidas y casi tan apreciadas como el vino de la región.

Aparte de eso, lo único que Guy sabía de Monforte era que sería su siguiente parada antes de seguir camino hacia el castillo de Maceda. Allí, ya en las lindes del antiguo reino de Galicia, y según les había dicho Fruela, les aguardarían enviados del mismo Fernando III, quienes les darían cartas y permisos para ser recibidos en la Corte de Navarra.

El nuevo señor de San Paio se había mostrado muy explícito al respecto.

—Si he de enviar un mensajero —había dicho Fruela sentado en el salón del primer piso de la torre, exactamente en el mismo escaño de madera de roble en el que tantas veces había escuchado Guy impartir órdenes a don Rodrigo—, es necesario que sepa adónde.

Monforte de Lemos primero, después Maceda. Y, desde allí, hacia Astorga, donde tomarían la vía romana que cruzaba Castilla de poniente a levante, por la que atravesarían el reino a contracorriente de los peregrinos en romería a Compostela. Ese camino habría de guiarles hasta Reliegos. Más tarde vadearían el río Carrión, dejando atrás la fortaleza de Castrojeriz. Después vendrían el monasterio de Rodilla y la villa de Albéniz, a tiro de piedra de Navarra. Porque, una vez tratado el recado que llevaban en la Corte de Teobaldo, partirían rumbo a ultramar con la esperanza de encontrar a don Rodrigo.

En cualquier momento, entre las ramas del bosque aparecerían las murallas de Monforte, cuajadas con los escudos de seis roeles de los Castro.

Los dos hermanos *Cagafuego* bromeaban entre sí, prometiéndose lujosos manjares una vez llegasen a la villa; todavía recordaban, rechupándose los dedos, el guiso de anguilas que habían cenado la noche anterior en una posada de Portomarín

antes de pasar sobre el Minio por el viejo puente romano que, pese a haber sido reconstruido no mucho antes, se caía a pedazos como si en lugar de argamasa hubieran usado cataplasma de tomillo.

Berenguer Baños silbaba otra de sus alegres tonadas de lupanar de medio pelo. Fortum llevaba un buen trecho sin encontrar un blanco para sus puñales. El fraile dormitaba en su montura, dándose golpes en el pecho con la barbilla. Rolando mascullaba alguna queja por lo que tardaban en llegar. Tello hablaba de cualquier fruslería y Acardo escuchaba. El sirviente Eugenio tiraba de los ronzales de las mulas, algo tercas para seguir el paso de las caballerías, más briosas por naturaleza.

Y el propio Guy de Tarba llevaba unas leguas sin percibir nota alguna de que continuaran siguiéndolos, de ahí que hubiera empezado a cavilar sobre la ruta que tenían por delante.

Era el tercer día en camino desde su partida. Descendían con calma por una loma suave hacia el cauce del Cabe, donde pronto se toparían con Monforte, sin más noticias que algún rebuzno airado de las acémilas.

Y eso fue lo que puso sobre aviso al gascón. De no ser por los roznidos de los pollinos, hubiera acabado muerto.

Sin venir a cuento, o quizá porque era un soldado viejo que sabía escucharse las tripas y seguir sus instintos, recordó de pronto cómo los pastores solían usar un borrico entre sus rebaños de ovejas, precisamente porque los pollinos eran los primeros en oler al lobo y sus rebuznos estridentes daban la alarma.

Se giró buscando el motivo de excitación de los animales y, al hacerlo, sintió el siseo del aire junto a su mejilla. Un soplo rápido que le revolvió la patilla.

Un bodoque de ballesta pasó a apenas una pulgada de su rostro, justo donde había estado su carrillo antes de volverse. Con el rabillo del ojo vio el ramalazo blanco del emplumado girando a toda velocidad mientras estabilizaba el dardo.

Se clavó veinte pasos más allá, en el tronco seco de un castaño, desperdigando astillas cuando la punta de hierro vibró en la madera y dejó caer el astil. En un parpadeo, Guy se dio cuenta de que aquél había sido un disparo de guerra.

Durante la lucha con los sarracenos, muchos habían aprendido que las puntas, sujetas con apenas una vuelta de hilo o simplemente por la presión de colocarlas en la vara de madera de fresno con la que solían fabricarse los astiles, tenían la viciosa costumbre de desprenderse tras el impacto. Era un hábito malévolo. Propio de las sucias artes de los hombres cuando ingenian cómo matarse. Dejaba al herido con un pedazo de hierro revolviéndose en las entrañas, condenándolo a una muerte dolorosa y lenta. En la caza se mataba siempre que se podía y, cuanto más rápido, mejor, pero en la guerra el asunto era bien distinto. Los años de prácticas habían enseñado que más valía un lesionado que reclamase ayuda e incordiase a sus compañeros que un muerto que no volviese a suponer problemas.

Eso le dijo al gascón que debía andarse con ojo. No se trataba de salteadores de caminos que hacían vida a base de desvalijar incautos, los estaban atacando

auténticos soldados.

A partir de ese instante, todo sucedió muy rápido.

—¡A las armas! —bramó Guy al tiempo que él mismo desenfundaba su espada.

El fraile Seisdedos dejó tras de sí un par de blasfemias muy poco cristianas y se tiró al suelo como un fardo para, de inmediato, echar a correr. Y los tropiezos con el ruedo del hábito lo hacían trastabillar, pero no lo detenían. Desapareció en la arboleda tan rápido como una centella.

Las mulas, asustadas por la confirmación de sus temores, se encabritaron. Una de ellas empezó a soltar coces; la otra temblaba visiblemente con los ojos tan abiertos que mostraban los blancos. Las monturas, acostumbradas a la guerra, mantuvieron la calma. Pero, aunque los otros habían seguido el ejemplo de Guy y todos tenían ya sus hierros en la mano, aún no sabían de dónde venía el peligro.

De entre los árboles del bosque surgieron entonces las figuras embozadas de cinco hombres. El gascón, sin embargo, supo que uno más se había quedado a resguardo en alguna rama alta desde la que hacía lo posible por sacar partido a la ballesta. Y enseguida volvió a oír el peligroso siseo de más dardos en el aire.

Tello soltó un alarido y cayó del caballo cuando uno de los proyectiles le golpeó el hombro como un ariete, clavándose en la carne pese a la cota de malla. Su compañero, el tal Acardo, se echó al suelo para protegerlo, cubriéndolo con sus espaldas.

Luego, en cuanto otro bodoque se clavó cimbreando entre los pies del mercenario, se dio la vuelta y empezó a jalar de su amigo hacia la espesura. Guy tuvo tiempo de fijarse en el modo en que aquellos dos cruzaron miradas temerosas, y ya no le cupo duda de que ambos eran presas de la lujuria por el más nefando de los pecados.

Mientras los dos se afanaban, el uno tirando y el otro gateando de mala manera, otra flecha fue a dar en la pierna de Tello y, antes de que su nuevo grito de dolor se apagase, el catalán Fortum hizo gala de su habilidad con los cuchillos y abatió al primero de los atacantes con un certero lanzamiento.

Los hermanos *Cagafuego* ya se habían enzarzado en luchas a espada con sendos encapuchados. Los golpes sonaban como campanas a rebato, adornados con gruñidos de esfuerzo, maldiciones que salían entre escupitajos y palabras de ánimo que se daban el uno al otro.

Los de la partida del gascón tenían la ventaja de ser más, pero la sorpresa los había desbaratado. Además de Tello, el normando también había caído, muerto por un acierto del ballestero que salía del cuello del tal Rolando en un ángulo extraño. Bajo él, con el rostro blanco, ya empezaba a formarse un charco de sangre que se extendía entre el musgo y la hierba. La mano se le había quedado a medio camino al pescuezo, porque la muerte se lo había llevado sin darle tiempo a quitarse el aguijonazo.

Las mulas no dejaban de rebuznar y el pobre Eugenio hacía lo que podía por

calmarlas. Tan ocupado estaba, y tan pocas mañas tenía para la guerra que no vio que la parca se le echaba encima. Uno de los atacantes se cernía sobre él con la hoja dispuesta.

Tras desmontar a toda prisa, Guy corrió hacia el sirviente, pero no llegó a tiempo, el pobre tullido recibió el tajo en el hombro y el filo resbaló levantando un filete de carne y un remiendo del sucio jubón que vestía el desdichado. La espada chocó contra la mejilla y la oreja, dejando un grotesco corte por el que se veían muelas picadas. El sirviente gritó y el horror en su rostro era mayor que el de las mulas.

No pudo evitar Guy que el encapuchado rematase la faena con un segundo golpe que cayó en el colodrillo del acemilero, como el hacha de un leñador en el cepo.

Antes de que llegara la tercera arremetida, la espada de Guy atravesó la pechera del embozado y recibió de lleno una exhalación que le reveló que al otro le gustaban las cebollas.

El gascón giró la muñeca y empujó. Retiró el filo, dejando un reguero de sangre burbujeante que escapaba de los pulmones. Se derrumbó ante él y, cuando Guy se volvió, otro se le echaba encima con una maza turca.

Tuvo el tiempo justo de agacharse antes de que el terrible golpe que le hubiera reventado los sesos pasase un palmo por encima de su coronilla.

Giró sobre las punteras de sus botas para barrer con la espada las piernas del nuevo atacante, sin embargo, Berenguer Baños se le adelantó. El calvo, sin desmontar, había echado su montura al trote, se había hecho con una de las lanzas que portaban los borricos con una agilidad encomiable para un tipo tan tosco y, con el arma lista, atravesó al otro con un lanzazo de parte a parte, como si no fuera más que una oliva.

Guy vio salir la punta del arma a través de la carne y la tela. Las entrañas de su atacante se abrieron con un crujido de huesos y un desgarrón ronco de la piel. Incluso percibió el hedor de sus interiores. Un hedor al que jamás se acostumbraría por muchas veces que hubiera de enfrentarse a él. Ningún animal abierto en canal apestaba tanto, ni tan fuerte, como las vísceras de un hombre hecho a la imagen y semejanza de Dios.

El extremo aguzado de la lanza se detuvo a apenas un palmo de los hocicos del gascón. Al otro lado del asta, por encima del hombro del agonizante cuitado, estaba la cínica expresión de Berenguer Baños, que sonreía socarrón.

—Me debes una buena jarra de vino en la próxima posada —le dijo con aire de suficiencia.

Guy sabía que no merecía la pena desmentirlo. Estaba seguro de que hubiera podido apañárselas solo, pero el tal Baños era de esos hombres que llevaban la razón incluso estando equivocados. Además, la reyerta aún no había acabado.

Una de las mulas había escapado a la carrera, dejando un rastro de pertrechos y alforjas que se perdía en el bosque. La otra rebuznaba desconsolada. También se oía la cantinela de Tello.

Rolando había muerto, y su estupendo caballo había desaparecido. El cuitado Eugenio ya no respiraba. Uno de los hermanos tenía un tajo en la mejilla; el otro estaba intacto, lanzando juramentos. Del fraile, como del jaco y de la acémila, nada se sabía. Y el catalán Fortum Acenarez iba recuperando de los cuerpos los cuchillos que había lanzado.

Habían salido con bien, pero aún no habían acabado.

—Falta el ballestero —tascó Guy.

Y todos los demás se volvieron de pronto hacia el bosque con semblantes preocupados. Nadie más había caído en la cuenta de que aún no estaban a salvo.

—¿Y por qué no ha vuelto a disparar? —preguntó Godino *Cagafuego* en tono burlón.

—Ése ha salido por patas cuando ha visto que les dábamos para el pelo a sus amigos —le contestó el otro hermano, burlón.

—¡Callaos los dos! —les gritó Berenguer, malhumorado, sin dejar de mirar, como Guy, hacia el entramado de ramas del bosque—. Tiene razón, no podemos quedarnos aquí sin más. Ese hideputa está por ahí, subido a un árbol como una puñetera ardilla y, si le damos oportunidad, podemos acabar igual que un acerico. ¡Hay que batir el bosque! Y con mil ojos.

Tensos, aguardaron. Por un rato, ninguno de ellos hizo otra cosa que observar detenidamente cada árbol, cada rama, cada hoja.

Sabían que, en cualquier momento, una de aquellas rapidísimas flechas podía acabar con cualquiera.

—Os lo he dicho, ése ha salido por patas —insistió uno de los hermanos.

Nadie le contestó, pero los dedos de más de uno se apretaron en torno a las empuñaduras. Tampoco se movieron. Eran blancos fáciles donde se encontraban, pero cambiar de posición era un riesgo aún mayor.

El sudor caía por la frente de Guy. El catalán empezó a hacer saltar uno de sus cuchillos, volteándolo en la palma de la mano como si fuera un malabarista. Y la mula, cansada de que nadie prestara atención a sus rebuznos, calló por fin, dejando ante ellos un silencio que, tras la escandalera, ni siquiera los pájaros rompían.

De pronto se sacudieron unas matas de sauce al otro lado del camino.

—Ese malnacido los tiene bien puestos —aseguró Acardo con un susurro tenso.

Para Guy no se trataba de un acto de valor, sino de una locura. Que el ballestero hubiera abandonado su puesto para enfrentarse a ellos cara a cara, no tenía sentido. Aun así, afirmó los pies en el suelo. En sus talones se levantaron nubes de polvo y asentó la guardia.

—A lo mejor quiere parlamentar —dijo uno de los hermanos.

—O es el fraile que vuelve con el rabo entre las piernas —le contestó el otro.

Y al gascón le pareció una soberana tontería, porque el capellán se había largado por el otro lado del camino, el que ahora quedaba a sus espaldas.

Todas las elucubraciones quedaron en humo.

El saucedal se sacudió y apareció un gozque desmañado, de color pajizo, un cachorro crecido que ya había perdido la borra de su primer pelaje, aunque la desproporción de las grandes orejas y el hocico afilado chivaban que aún no tenía más que unos meses.

—¡La madre que lo parió! —exclamó Acardo—. ¡Es sólo un perro!

Y antes de que Guy pudiera hacer nada, el animal corrió hacia él, contento, sacudiendo el rabo, con la lengua fuera. Aparentemente estaba encantado de reencontrarse con el gascón.

—¡Qué diantres! —soltó Berenguer Baños.

—¡Cuidado! Viene alguien más —advirtió uno de los *Cagafuego*.

Las estilizadas ramas del sauce volvían a sacudirse. En cuanto se abrieron, quedó a la vista un muchacho alto, sucio y con un guante de cuero en el que había apoyado un halcón.

—Está en un roble, a veinte pasos —dijo el zagal apuntando con el pulgar de la mano libre a sus espaldas—. Colgando de una rama. Sin sentido.

Eso hizo mover al catalán Fortum y a Baños, que echó pie a tierra y se puso a correr, todo a un tiempo. Los hermanos se miraron el uno al otro por un instante y, después de encogerse de hombros, siguieron a su jefe hacia el bosque.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Guy muy serio—. Tendrías que estar camino a Compostela.

Amedrentado por el ceño fruncido, Laín llamó a su perro con un chasquido de los dedos y no se atrevió a hablar.

—¡Contesta! ¿Por qué has desobedecido?

Lume se dio cuenta de que algo sucedía y dejó de trastear para sentarse a los pies de su amo, mirando fijamente al gascón.

Los separaban apenas media docena de pasos y Guy los cubrió con un par de zancadas ansiosas, sin envainar la espada. Se le había ocurrido algo terrible.

—¿Le ha pasado algo a Egeria?

Aquello animó al muchacho a responder, aunque no se atrevió a levantar el rostro.

—No, ella está bien, le dejé a Lisco para que la cuidase.

Con esas palabras, prueba de la candidez del chico, la ira de Guy se desarmó.

—¿Por qué lo has hecho? —inquirió en un tono menos agresivo.

Tardó en responder.

No lo hizo hasta que fue capaz de alzar el rostro y componer un semblante serio.

—Di mi palabra.

Guy iba a protestar cuando sus propias frases se agolparon en sus recuerdos. Eso mismo le había dicho él a la mujer que amaba. Ése era el rasero por el que él mismo se había medido.

Miró en los ojos del muchacho, de aquel azul grisáceo tan perturbador, y vio miedo, incertidumbre y dolor. Pero también firmeza. Y se acordó de la primera vez que había visto algo exactamente igual, el día de la partida de don Rodrigo, en la explanada al pie de la fortaleza de San Paio.

No dijo nada al chico. Y no se permitió que el orgullo que empezaba a sentir aflorase a su rostro. Decidió que, por el momento, había asuntos más acuciantes de los que ocuparse.

—¿Qué ha pasado?

Laín suspiró con alivio.

—Os estaba siguiendo, buscando el valor de acercarme para hablar contigo —reconoció sin dejar de mirar a los ojos del gascón—. Y ellos aparecieron por el camino —añadió, señalando los cuerpos de los encapuchados—. Yo me escondí…

—¿Aparecieron? —interrumpió Guy—. Así, sin más, ¿no nos estaban siguiendo ellos también?

Desconcertado, el muchacho no supo qué responder.

—¿Crees que sabían dónde encontrarnos? —preguntó el gascón muy serio.

Titubeó Laín por unos instantes, asombrado de que le pidieran su opinión sobre un asunto tan delicado, pero sin comprender las ideas que revolvían la cabeza del hombre.

—Supongo que sí —dijo finalmente—, venían al galope. Y yo me escondí, los vi pasar, se detuvieron, desmontaron, dejaron los caballos, hablaron un rato entre ellos y

se separaron. Cinco por un lado y uno, el de la ballesta, por otro. Comprendí que no estaba a tiempo de dar el aviso, y luego pensé que a lo mejor podía ayudar, así que intenté seguir al ballestero, pero lo perdí en el bosque.

En esa ocasión, Guy también disimuló el asombro por la reacción tan madura del muchacho.

—Está bien, de acuerdo, y ¿qué significa eso de que está sin sentido?

—Oí los gritos, me di cuenta de que habían atacado y me puse a buscarlo por todas partes, pero no lo encontraba. No sabía dónde se había metido…

El gascón comprendió al vuelo que el muchacho se sentía culpable por haber tardado en dar con el ballestero. Aun así, sabiendo lo que pasaba por la atribulada cabeza del chico, no dijo nada.

—… Oía los rebuznos de las mulas y los gritos. Pero no lo encontraba. Al final, fue gracias a él —explicó señalando al perro, que los miró con aires divertidos, como esperando que le tirasen un palo al que perseguir—. No sé, de pronto desapareció y, cuando volvió, muy nervioso, empezó a mordisquearme los tobillos. Me di cuenta enseguida de que quería enseñarme algo. —El gascón no interrumpió al chico, aunque le costó creer que no se tratase de una simple casualidad, porque, mirando al cachorro, no parecía que pensase en otra cosa que no fuera jugar—. Me llevó hasta un roble, y allí estaba…

—¡Eh! Será mejor que vengas a ver esto.

Era la voz de uno de los hermanos *Cagafuego*, inconfundible por el tono risueño.

Unos carboneros discutían en un abedul cercano, lanzándose trinos descarados, y se echaron a volar en cuanto el perro, cachazudo y descarado, se acercó al pie del árbol, lo olisqueó y, tras levantar una pata, marcó el tronco con un sonoro chorro.

—¿Qué te parece? ¿Crees que caerá en cuanto madure? —preguntó sonriendo uno de los hermanos.

Guy y el muchacho llegaron tras el perro y miraron hacia donde les señalaban. Unas varas más allá del lugar que Lume había elegido para extender su territorio.

Allí donde les indicaba, a horcajadas, montado en una gruesa rama de roble que apuntaba al lugar del camino donde habían peleado, aparecía el cuerpo de un hombre. Llevaba una larga capa negra que le cubría el sayo y, pese a la buena temperatura, la capucha estaba echada sobre el rostro. Iba vestido igual que el grupo de cinco que los había asaltado.

—No está muerto, se le ve respirar —siguió diciendo el otro hermano, el que Guy pensaba que era Rui *Cagafuego*.

El gascón miró al muchacho sin pronunciar la pregunta, pero entornando los ojos.

—Le acerté con la honda —respondió Laín, desatándose de la cintura las ligas de su modesta arma de campesino.

No sin admiración, todos volvieron a girarse hacia el cuerpo y el otro hermano fue el que habló por ellos:

—¡Menuda puntería! —exclamó Godino *Cagafuego*.

No era un tiro lejano, cualquier rapaz con algo de habilidad podía acertar a una liebre quieta a treinta pasos, pero atinar entre las ramas del bosque a un tipo encaramado a un árbol y que está a sus buenas cinco varas de altura, eso era harina de otro costal. Más aún cuando esa liebre lleva una ballesta y, en cualquier momento, puede volverse para disparar.

—¡Bien hecho, chico! —lo animó Rui.

—Me importa un carajo —anunció Berenguer Baños de pronto—, acabemos con él —propuso acercándose a la ballesta que, madura o no, había caído desde las alturas cuando su dueño recibió la pedrada.

Apenas lo dijo, ya estaba junto al arma que, por lo que pudo ver Guy, era de excelente calidad. Un trabajo fino de algún maestro toledano. Tenía la cureña taraceada y era una de ésas a las que llamaban cervera, de las que llevaban las palas reforzadas con cornamenta de venado. No era parte del arsenal de un bandolero cualquiera, sino el arma de un mesnadero a buen sueldo de un señor con posibles. Y a Guy, como a cualquier otro caballero o infanzón, no le gustaba. Con la espada o el mangual se mataba cara a cara, hacían falta redaños, habilidad y años de entrenamiento, pero la ballesta era arma de cobardes y pusilánimes, capaz de quitarle a uno la vida a cien pasos sin la oportunidad de reconocer a su asesino.

—Ha habido suerte —anunció Baños alzando en una mano la ballesta y en otra el virote que aquel tipo debía estar preparando para lanzar antes de recibir el cantazo del muchacho—. Tenemos munición.

Se metió el astil del virote entre los dientes para tener las manos libres y, mientras pisaba el estribo del arma con el pie dentro del arco de hierro, tiró de la cuerda para tensarla.

Guy aprovechó la tarea para acercarse hasta él.

—Sería mejor que lo dejases vivo —sugirió—. Nos conviene interrogarlo.

El calvo gruñó por el esfuerzo cuando la cuerda alcanzó por fin la muesca de la nuez donde quedaría asegurada y tensa, lista para disparar en cuanto colocase el bodoque en la ranura.

—¿Y de qué servirá eso? ¿Acaso importa saber si querían las armas, las monedas o el virgo de Fortum? —respondió socarrón—. Está claro que son matarifes que buscaban nuestra bolsa, ¿qué más quieres saber?

Ya estaba apuntando hacia el encapuchado.

—Yo no creo…

Guy no terminó la frase, porque entonces cayó en la cuenta de algo peligroso. Se volvió hacia el muchacho, lo miró con intención y, disimulando, se echó el índice a los labios para indicarle que mantuviese la boca cerrada.

En ese instante se oyó un latigazo. El engranaje del gatillo había girado la nuez y la cordonadura, libre, arrastraba el virote a una velocidad endemoniada.

—Cuando el Señor la ponga en tu mano, matarás a filo de esta espada a todos tus enemigos —recitó Berenguer Baños bajando la cureña de su hombro.

El disparo, certero, se clavó en lo que debía ser la mejilla del tipo y, con la fuerza del impacto, el cuerpo se tambaleó por un momento. Luego cayó danto vueltas en el aire. Se golpeó con el tronco, rebotó en el nacimiento seco de una rama que el árbol había perdido tiempo atrás y, tras aquella danza macabra, se estampó contra el suelo con un ruido sordo.

Conocía la cita. Guy la había oído muchas veces antes. Una pobre excusa con la que muchos de los hombres del Temple perdonaban la crueldad de la batalla. Era del libro del Deuteronomio.

—¡Hala! Listo —dijo Baños, volteando al muerto con la puntera de su bota y asegurándose de que ya no respiraba—. A recoger todo y en camino. Quiero llegar a Monforte antes de la noche. Y mañana partiremos al alba —advirtió con severidad.

Se echó a andar de vuelta al lugar del asalto, silbando ya por su montura. Y los dos hermanos y el catalán lo siguieron de inmediato.

—Quizás el muchacho podría ocupar el lugar de Eugenio —sugirió de pronto Guy, sorprendiendo a Laín—; nos vendrá bien un sirviente, y el zagal parece espabilado.

Berenguer Baños se detuvo donde estaba, rumiando la idea.

—¿Es de fiar?

—Sí, lo es, trabajaba en los establos de San Paio —respondió el gascón, sabedor de que no les convenía mentir.

—Está bien —concedió Baños sin volverse—, como te plazca. Se encargará de

los caballos y de las faenas de campamento —miró entonces directamente al crío—. Chico, no metas la pata y te haremos un hombre —le dijo con una sonrisa rapaz.

Y siguió alejándose.

Laín, desconcertado, tan lleno de asombro que no imaginaba qué decir, quiso agradecer el gesto de Guy, pero el gascón lo mandó callar de nuevo y dio unos pasos hacia el muerto.

—¡Vamos! Es para hoy —gritó Baños con impaciencia, haciendo un aspaviento curioso con una mano, como si se quedase a medias en el ademán de espantar una mosca.

El gascón lo advirtió y, con disimulo, miró de reojo a los demás, buscando alguna reacción.

Los observó mientras se alejaban. Y, cuando estuvieron a sus buenos veinte pasos, Guy se arrodilló con prisa junto al cuerpo y le abrió la capa negra hasta que el pecho quedó a la vista. Entonces asintió satisfecho, como si hubiera encontrado justamente lo que estaba buscando.

Con el mentón, animó al muchacho a mirar también.

Laín se acercó y observó lo que le indicaba.

El hombre era corpulento, de rostro abotagado cubierto con cañas recias de una barba morena que despuntaba en las mejillas. Tenía los ojos cerrados, pero el rostro se adivinaba severo, con una nariz aguileña y afilada. Contraído en una mueca de dolor con la que se presentaría en los cielos. El virote había entrado en la juntura de la mandíbula y se había enterrado en algún lugar del interior de la cabeza. Por el momento, desprendía un ligero olor a humo y fogata de campamento. Y en los pliegues de la capa negra había prendidas ramillas, restos de hojas secas y polvo de mil caminos.

Ahora, más cerca, Laín se dio cuenta de que no era negra, sino de un marrón muy oscuro. Una pieza de buena calidad, paño prieto, bien teñido con cáscaras de nueces, en varias veces y con buena mordiente. Laín había visto al viejo Tomás hacerlo en varias ocasiones y había aprendido que no era sencillo y, por tanto, tampoco barato. Aquéllos no eran bandidos cualesquiera aprovechando el descuido de unos viajeros.

Como el chico seguía observando, Guy usó la punta de la espada para, prendiendo un pliegue de la tela con el hierro, abrir más la capa.

—A lo mejor resulta que somos leones —susurró Guy con sorna.

—Oh, es…

El gascón, mirando a las espaldas de los que seguían alejándose, mandó al muchacho callar una vez más.

—Sí, lo es. Y ahora, ¡vamos! Tenemos mucho de qué hablar —le dijo con urgencia—, y en Monforte hay que encontrar a alguien que le haga llegar un mensaje a Egeria. Estará preocupada por ti.

El muchacho echó un último vistazo, asegurándose de que sus ojos no lo engañaban. Porque le costaba creer lo que estaba viendo.

Llevaba una túnica blanca, sucia por el camino, y en el hombro del caído se veía la cruz patada de los pobres caballeros de Cristo. Roja como la sangre que le pintaba el cuello.

Era templario.

Por la ballesta, bien podía ser un genovés, como las famosas escuadras que contrataban los ingleses. Todos sabían que Ricardo Corazón de León había pagado a miles de ellos cuando decidiera embarcarse en las cruzadas de ultramar.

Sin embargo, eso no podían saberlo con seguridad. Lo que sí sabían era reconocer el sayo. Como el de Baños, como el del catalán, como el de los hermanos *Cagafuego*. Era uno de los hombres del Temple.

Al cabo, cuando se volvió para seguir al gascón, las preguntas le bullían en la cabeza.

Para la más sencilla, la respuesta llegó poco después; en un rato en el que pudo hablar a solas con Guy comprendió a qué había venido el chascarrillo.

Según rezaba la regla de la Orden, a los templarios les estaban prohibidos lujos como el de cazar con aves o el uso de ballestas, a no ser que fuera para enfrentarse a un león.

Sin embargo, para entender por qué hombres del Temple luchaban entre ellos aún tendría que esperar. Para esa pregunta, ni siquiera el propio Guy tenía respuesta.

ESTROFA

VI

LAS MENTIRAS BAJO EL CASTILLO

«Los cántaros, cuanto más vacíos, más ruido hacen».

Cita atribuida a Alfonso X de Castilla,
llamado *el Sabio*

Se contaba que el infante Afonso había vivido entre aquellas mismas paredes hasta cumplir once temporadas.

El ayo del príncipe, García de Villamayor, mayordomo del rey Fernando, se había traído al muchacho a aquellas tierras de bosques, montañas y ríos para hacer de él un hombre digno de calarse algún día la corona. Y se decía que ésa era la razón de que el heredero tuviera en estima las costumbres y el idioma del lugar, lengua de trovadores y poetas, pero de poco peso en la Corte y menos aún en la Iglesia.

Bajo el dominio de la poderosa casa de Traba, con la impresionante torre, las barbacanas, el murallón y el enorme patio, el castillo de Maceda era el más grande que jamás hubiera visto Laín. Los escudos que adornaban las esquinas, las inscripciones que encontraba en las piedras y cuanto le habían contado del lugar asombraban al muchacho.

Al pobre Laín le pesaban como una losa todos aquellos nombres ilustres. El ajetreo de la fortaleza, lo variopinto de sus gentes, la cantidad de sirvientes, el lujo de los tapices que veía en las paredes, las enormes caballerizas, el interminable salón en la planta baja. Toda aquella grandeza empequeñecía su hogar en San Paio. No sabía cómo comportarse, qué hacer o dónde meterse. Se sintió amedrentado desde el mismo momento en que cruzó la gigantesca cancela de hierro de la entrada.

La noche anterior, después del ataque de los encapuchados, por sugerencia de Guy, habían acampado fuera de las murallas de Monforte. El tal Baños y el gascón habían discutido largamente sobre ello hasta alcanzar un acuerdo a regañadientes. Montaron campamento y Guy entró en la ciudad. Con él fueron también Tello, recostado en unas angarillas de las que tiraba su caballo, y el tal Acardo, quien, tal y como había previsto el gascón, no había querido dejar solo a su amigo.

—Ahí dentro habrá algún cirujano hebreo, o un sanador de mala muerte que pueda atenderlo… Si se recupera a tiempo, pueden intentar darnos alcance en la Navarrería; es probable que Teobaldo nos haga esperar unos días. Además, hay que intentar que alguien les dé sepultura en sagrado a esos desgraciados —había dicho refiriéndose a los muertos.

Eso era lo que todos habían oído, pero, en la confidencia de un aparte, a Laín le había revelado que, después de dejar al herido, buscaría a algún mensajero que enviar a Compostela para poner a Egeria al tanto de sus paraderos.

Cuando se quedó solo con el resto de los hombres de la partida, Laín se dio cuenta pronto de que no iban a prestarle demasiada atención. De hecho, enseguida se acostumbraron a darle órdenes, como habían hecho con el malogrado Eugenio.

No era nada a lo que el crío no estuviera acostumbrado. Acarrear leña, usar el pedernal, atender las brasas y revolver el magro estofado en la olla.

Atento y servil, el muchacho había cumplido lo mejor que había podido. Hizo cuanto estuvo en su mano para acomodarse a sus nuevas obligaciones; sin embargo, para cuando llegó la noche, tumbado con Lume cerca de la fogata, fue incapaz de dormirse.

No sólo se trataba de cuanto había sucedido en las últimas horas, sino que también temió a los hombres que roncaban o dejaban escapar ruidosos cuescos entre risillas y conversaciones entrecortadas por bostezos. Había escuchado historias de lo que algunos como aquéllos hacían a chicuelos confiados. Sabía que el dulce de miel que ofrecía un buhonero podía significar algo terrible. Y, aunque no se atrevió a confesárselo a Guy hasta la mañana siguiente, Laín no se sintió tranquilo hasta que el gascón regresó al campamento, ya bien entrada la noche.

Al amanecer se habían puesto en camino. Él atendía a las mulas y se ocupaba de los pertrechos, atento a las peticiones que pudieran hacerle los templarios o el peculiar cura, que desde el ataque permanecía más bien callado. Después de otra jornada, habían llegado por fin al imponente castillo de Maceda. Y, mientras los hombres atendían los asuntos de la diplomacia, Laín había sido enviado a los establos con las monturas.

—Mantén la boca cerrada y los ojos abiertos —le había dicho Guy cuando se separaron—. No te metas en líos. Atiende a las bestias y espera a que volvamos a encontrarnos.

Y así lo había hecho.

Asombrado, se enteró de que, para tener agua disponible, el brocal que había en el patio del castillo se abría a una cisterna de más de sesenta varas de largo, excavada en la roca viva a base de pico hasta llegar a las aguas del río Chaimoso, que discurría al pie de la fortaleza. Miró embobado las estrechas aspilleras de los muros, preparadas para que los ballesteros abatieran a cualquier sitiador. Estuvo seguro de que, durante toda su vida, recordaría la sensación de pequeñez que le embargó entre aquellos sillares de piedra que se alzaban hilera tras hilera.

Y las caballerizas, adonde había guiado la recua de animales, no eran menos impresionantes. Cuadriplicaban el tamaño de las de San Paio y había allí bestias de todas las clases, desde elegantes y afinados caballos sarracenos hasta robustos britanos de tiro, además de una docena larga de altos tudescos de los que solían montar los caballeros en la guerra.

Mientras almohazaba a los caballos, se encargaba del heno a repartir en los pesebres, arreglaba los ronzales y reparaba las bridas. Siguió creciendo su asombro cuando, gracias a los demás mozos de cuadras, se enteró de que tenía algo que contarle con urgencia a Guy de Tarba.

En cuanto el jefe de las caballerizas le asignó un lugar para las bestias, Laín se puso manos a la obra y, en tanto desenredaba las crines de Fatana, escuchó con atención las conversaciones que iban y venían en el ajetreo de las cuadras. Así descubrió que su grupo no era el único que había llegado al castillo de Maceda. Al menos otras tres partidas habían arribado en los últimos días. El lugar bullía con gentes venidas desde Aragón y desde el condado de Barcelona, e incluso había cordobeses.

En las caballerizas, muchos otros armígeros y mozos hacían lo mismo que Laín.

Unos pesebres más allá, dos de ellos parecían haber trabado buenas migas y conversaban animosamente.

—… el moro Alhamar quiere hacerse con Murcia…

No eran mucho mayores que él. Sin embargo, el par de años que le llevaban marcaba en sus edades una diferencia notable; ellos se veían ya hombres de importancia y Laín era demasiado tímido para imponerse. Lo habían mirado con aires de suficiencia y lo mantenían apartado de su complicidad. Según le pareció al muchacho, cuchicheaban sobre los rumores que cada cual había captado en sus propios grupos. Elucubraban sobre lo que significaría e ideaban por su cuenta las políticas de los reinos.

Laín no sabía si acertaban en lo que decían. Todo le sonaba inmenso y lejano.

—¿El granadino?

El que preguntó, de tez aceitunada y pelo oscuro, tenía acento sureño. El otro, que parecía llevar la voz cantante, mascaba las palabras como sólo podían hacerlo los aragoneses. Era un muchacho desgarbado con el rostro cubierto de un bozo rubio que no se afeitaba para darse importancia, como si fueran las barbas de abad.

—Sí, sí, ese mismo. Y el conquistador Jaime quiere seguir hacia el sur después de haberse hecho con Valencia y Játiva.

—O sea, los dos gallos quieren la misma gallina.

—Ahí, ahí. Ambos codician Murcia, tanto el moro como el cristiano.

El viejo Tomás llamaba al moro «el hijo del rojo», pero el nombre de Alhamar no le era desconocido a Laín. No sabía demasiado, pero sí que era un sarraceno que llevaba años disputando las conquistas cristianas y que, no hacía mucho, había conseguido arrebatarle al rey Fernando importantes pagos por la zona de Jaén.

Del rey Jaime también había oído el muchacho. Era un personaje cuyas historias siempre habían impresionado a Laín, pues se rumoreaba que el impulsivo aragonés, el mismo que había luchado en las montañas durante tres años para conquistar la isla de Mallorca, el mismo que peleaba a hierro y fuego para hacerse con tierras valencianas, había sido, en realidad, un hijo no deseado. Según la leyenda, su madre había tenido que hacerse pasar por una de las amantes del rey a fin de quedar preñada, ya que éste no quería verla ni de lejos. Aunque tampoco le sirvió de mucho concebir un heredero, porque acabó repudiada y el propio Jaime, siendo un crío, había sido apartado de la Corona. Trance del que había salido airoso, alzándose con los años a la posición a la que tenía derecho por nacimiento.

Claro que Laín lo conocía. Siempre había escuchado con atención las historias del aguerrido Jaime *el Conquistador*.

—Y el rey Fernando, con fiebres en algún lugar de Burgos. Sin barrer su casa ni tentar la del vecino.

—Y su hijo Afonso en Jerez, zurrando a los moros.

—No, no, ¿es que no lo sabes? Pero ¿qué clase de noticias os llegan a Monzón?

—¿El qué? ¿De qué hablas?

Se oyó una protesta llena de hastío.

—¿Cómo que de qué hablo? Pues de Jerez, mentecato. Esa agua no mueve molino.

—¿A qué te refieres?

Se repitió la protesta.

—A que lo de Jerez fue hace años. Mandaba Alvar de Castro y había caballeros de Toledo. Ganaron e hicieron mucho mal a los moros, pero, por desgracia, la ciudad sigue siendo infiel. Aunque no creo que dure mucho, antes o después pagarán el voto a Santiago como cualquier hijo de vecino… Pero, te lo cuente como te lo cuente, eso de Jerez fue hace ya unos años. El príncipe Afonso está aquí, en Maceda, y algo más crecido, que ya tiene barbas que afeitar.

Pese a los altos techos, barrados por enormes vigas entre las que colgaban telarañas, cubiertas del polvillo seco que desprendía el heno, el penetrante olor dulzón del estiércol lo cubría todo. El calor de las bestias cargaba las tareas y el sudor le escurría a Laín entre las paletillas mientras almohazaba los caballos. El ambiente resultaba pesado y aún le quedaban cosas que hacer antes de acercarse a las cocinas a buscar algo de comer, pero, por primera vez en días, Laín se sentía cómodo. Casi como en casa. Porque a trabajos parecidos había dedicado multitud de horas en San Paio, ayudando al viejo Tomás en las modestas cuadras de la torre. Y la rutina resultaba reconfortante.

La diferencia radicaba en lo que estaba escuchando.

Fatana protestó con un relincho porque, con la sorpresa de saberse bajo el mismo techo que el heredero al trono de Castilla, Laín había dejado de cepillarla.

—¿Para qué? —inquirió el aragonés, incrédulo—. ¿A santo de qué iba a venir hasta aquí?

Eso mismo inquietaba a Laín. Según se decía, el rey Fernando estaba pidiendo confesión porque la muerte se cernía sobre él. Lo lógico era que su hijo Afonso estuviese junto a él, no en un perdido rincón en las montañas del reino.

El principio de la respuesta no pudo oírlo. Cantando con chirridos de madera vieja, pasó un carro cargado con el primer pasto de la temporada. Por un momento, el hedor del estiércol quedó atenuado por el olor fresco de la hierba recién segada.

—… no lo sé —escuchó cuando pasó el rechinar de las ruedas—, pero te aseguro que la batalla de Jerez de la Frontera es ya agua pasada. —Y debía saberlo con seguridad, porque, a juzgar por su aspecto y su acento, aquel mozo debía venir de algún lugar cercano—. Quizás está atendiendo viejas amistades, o algún amorío. ¿Cómo quieres que lo sepa?

Callaron durante un rato, mientras el aragonés digería la noticia. Y los bueyes de enormes cuernos que Laín había visto en los últimos pesebres mugieron.

—Mientes —soltó de pronto con un exabrupto—. Sí que lo sabes.

Aunque Laín no los veía más que de reojo, entrecortados por las pilas de heno, los postes, los arreos y los útiles de las caballerizas, supuso que podía ser así. Quizás el sureño guardaba silencio para darse importancia.

—Imagino que, si lo que he oído es cierto —empezó de nuevo después de una maldición por el esfuerzo de cargar con un atado de hierba seca—, los murcianos prefieren rendirse a Castilla.

—Prefieren rendir cuentas al *Santo* antes que al *Conquistador*…

A Laín le costó un instante comprender que el aragonés estaba hablando de los dos reyes, Fernando de Castilla y Jaime de Aragón.

—Ahí, justo en el clavo. Y yo creo que el infante Afonso ha venido a negociar con el señor de Traba las condiciones de la rendición, o para nombrar algún adelantado de entre los Villamayor. O eso o busca a un mensajero que enviar a Murica a parlamentar con Alhamar.

Por un rato volvieron a callar y Laín sólo escuchó gruñidos de esfuerzo mientras los otros usaban la horca para manejar el heno.

—Pero entonces —volvió a hablar el moreno—, ¿qué os ha traído aquí desde Monzón? Yo pensaba que traíais recado del rey Jaime sobre todo este lío de Murcia.

—¿Qué dices? Eres un mentecato. Venimos de Monzón, no de la Corte. No nos envía el rey y tampoco su mayordomo.

—A ver, pero ¿no está allí Jaime?, ¿en Monzón?

De aquello nada sabía Laín.

—Bueno, sí, estuvo a cargo del Temple en el castillo de Monzón hace sus buenos años, pero ya no; estás mezclándolo todo. ¿Cómo iba un rey a estar encerrado en el castillo? Explícame como iba a conquistar Valencia si no le dejan salir. Además, de Monzón salió siendo un niño.

—Pero… —arguyó el moreno rascándose la coronilla—, pero yo tenía entendido que andaba peleado con otros que le querían quitar la corona…

—Sí, eso es cierto, y también que lo tuvieron encerrado de tanto en tanto. Aunque de eso hace unos años. ¿Cómo crees que iba a llamarse el *Conquistador* si no estuviera libre?

—Y yo qué sé. Ni que fuera yo pertiguero mayor. Pero, entonces, ¿a qué habéis venido?

—No, no puedo contártelo, es un secreto —dijo el aragonés dándose importancia.

A Laín le pareció aquella queja un poco estúpida. Los establos eran un continuo ir y venir de gentes de todo tipo que iban de un lado a otro, atareados con sus propios quehaceres.

—Bueno, yo te he contado lo del príncipe Afonso.

—¡Vaya una cosa!

—Venga, ¿a qué habéis venido?

Laín oyó el resoplido del aragonés. Y, finalmente, la respuesta, con el tono de una concesión papal a un penitente que llevara años rogando indulgencias.

—Nos mandaron recado del castillo de Ponferrada.

Ese nombre sí que le era familiar a Laín. Y ahora le tocó esperar al jaco de Berenguer Baños, porque, al oír aquello, al muchacho se le quedó el brazo a medias cuando empezaba a restregar el pelaje del animal con la sidra de manzana aguada con la que untaba los cueros de las bestias. Era un remedio que le había enseñado el viejo Tomás. Servía para que las moscas y los tábanos no molestasen a las monturas y, aunque no le habían pedido que lo hiciese, Laín estaba decidido a hacer su trabajo lo mejor posible.

Cuando terminase de mojar a los animales aún tendría que ordenar los arreos y ahuecar las albardas. Quizá repasar alguna puntada de las bridas. Todavía tenía trabajo para rato.

Pero, por el momento, se había detenido y prestaba atención.

—¿De Ponferrada?, ¿para qué?

—Eso sí que no te lo voy a contar.

No lejos del castillo de Maceda estaba Allariz, a la que ya el séptimo de los Afonsos en el trono de Castilla había concedido fueros y, además de convertirse en villa importante para las mesnadas y las luchas contra los sarracenos, el lugar había crecido hasta convertirse en el más importante de la comarca para el mercado de ganado. Y, precisamente en esos días en que el verano desfilaba, se celebraba allí una feria de gran resonancia.

Con aquel ajetreo cercano, a las poblaciones del alfoz y al propio castillo de Maceda habían llegado caldereros errantes, buhoneros, trovadores, abaceros que vendían pastelillos dulces y otros que ofrecían empanadas, cuentacuentos, mozárabes cantores de jarchas, estafadores de mala muerte, timadores y, como al comercio le siguen los dineros y a los dineros les sigue el vicio, también fulanas, desde las más baratas hasta las que ambicionaban hacerse un hueco en algún lecho de la Corte. Además de la soldadesca, los mesnaderos y los mozos o sirvientes, siempre había alguien yendo de un lado para otro, regateando sobre cualquier bagatela, cerrando tratos lujuriosos sobre la carne ofrecida, haciendo apaños sobre suministros o siendo estafado por algún vivo con apego por los maravedíes ajenos.

Guy sospechaba que no podía fiarse de los hombres de su propia partida, ni siquiera del frade Seisdedos, del que nada sabía. Y tampoco las tenía todas consigo al pensar en cualquiera de las caras extrañas que rondaban por la fortaleza. De ahí que, a fin de buscar algo de intimidad y después de valorar la mirada nerviosa del muchacho, el gascón decidiera que debían hacer dos cosas: la primera, esperar a que se hiciera más tarde; la segunda, buscar un lugar más tranquilo.

Así que no les quedó más remedio que ejercitar la paciencia.

Pero, como no hay modo de detener los días, el barullo se fue apagando poco a poco a medida que la luz decaía. Y, para cuando se hizo de noche, después de la cena, el vino y algunos juegos de dados o de tabas, en los pebeteros repartidos por la gran sala ya sólo ardían lánguidamente unas cuantas brasas anaranjadas sin que nadie alimentase los fuegos. En la paja esparcida sobre el suelo dormían al menos tres docenas de hombres, repartidos por las esquinas, allá donde podían, mientras en los dormitorios de las plantas altas de la torre descansaban sus señores y también el heredero de Castilla. Se oían ronquidos. Murmullos apagados de una conversación bisbiseada. El rumor apurado y encendido de cuerpos restregándose, prueba de que alguien se había gastado los ahorros en algún escote. Y también el roer de un hueso de cordero que había quedado entre las sobras, preso entre los colmillos de uno de los podencos del señor de Traba.

Por un momento, el perro miró con interés al mestizo que caminaba tras el muchacho, preocupado por si el cachorro iba a disputarle su cena, pero ambos se alejaron quedamente por la esquina que llevaba a las escaleras.

Obediente, Laín seguía las instrucciones que Guy le había dado.

En el cielo, sobre sus cabezas, había aparecido la luna en cuarto menguante.

Estaban en el adarve de la muralla que defendía Maceda, sin otra compañía que

los grillos que cantaban desde las grietas entre las piedras, esperando no tener la mala fortuna de que pasasen miembros de la guardia. A lo lejos se oía el murmullo del río y, en algún lugar del bosque, la llamada queda de un autillo.

—¿Estás seguro?, ¿completamente seguro?

Laín no respondió a la ligera y meditó en lo que había oído en los establos.

—Bueno, yo no lo entendí bien. Estaban descargando un carro de hierba y…

Guy lo miró con severidad y el muchacho dejó de buscar excusas.

—Sí, estoy seguro —aseveró—. No pude escucharlo todo, pero no me cabe duda, dijeron algo del lino de la cruz.

El entrecejo del gascón se arrugó, como ya había sucedido al escuchar la primera versión apresurada del chico.

—¿Lino de la cruz?

Laín, dubitativo, se corrigió a sí mismo.

—Bueno, sonó más como «lino cruces», pero eso no tiene sentido.

Al menos no lo tenía para él, que le había dado mucha más importancia a otras de las cosas que había escuchado. Pero las cicatrices del gascón volvieron a retorcerse como lo habían hecho por la tarde, al salir Laín de los establos y correr para encontrarlo.

—*Lignum crucis*, ¿no sería eso lo que oíste?

—¡Sí!, ¡sí!, el acento y el ruido me hicieron dudar, pero sí, eso fue, «lium cruces».

—Es latín… *Lignum crucis*, se dice *lignum crucis* —le corrigió.

En el rostro del gascón ahondó la preocupación y Laín no se atrevió a intervenir.

—Y de Monzón, nada menos que del castillo de Monzón. El castillo templario de Monzón. Ahora lo entiendo —dijo de pronto el infante—. ¡Maldita sea! Condenados malnacidos. —Se percató entonces de la sorpresa pintada en el rostro del muchacho —. No comprendes lo que significa, ¿verdad?

Temeroso de meter la pata, Laín dudó por un momento. Hasta que se convenció de que no podía permanecer callado por más tiempo y reconoció su ignorancia:

—No, no lo sé. ¿Es que se puede hacer una cruz con lino?, ¿para qué serviría?

El rostro severo de Guy se transformó de pronto. Un remedo de sonrisa cariñosa hizo bailar la cicatriz que le estropeaba un lado de la cara y se quedó mirando fijamente al muchacho durante un rato, calibrándolo igual que los ganaderos con las bestias en la feria de Allariz.

—Me parece que vamos a tener que ocuparnos de algo más que de mantenerte con vida —le dijo al zagal—. No había caído en la cuenta, pero habrá que prestar atención a tu instrucción. Tienes mucho que aprender…

Laín iba a decir que Egeria había comenzado a enseñarle el alfabeto, pero Guy lo interrumpió con un gesto sereno.

—Lo sé, lo sé —dijo condescendiente—, pero hay mucho más que aprender a leer y escribir. Hay mucho más que conocer. Un hombre sólo sabe quién es cuando

comprende cuánto le queda por aprender —aseguró enigmático—. Y para eso se necesitan años de esfuerzo y dedicación.

Revolvió el pelo al muchacho, sorprendiéndolo por lo cariñoso del gesto y, cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, alejó la mano de golpe y se volvió hacia la noche. Por un rato, frente al desconcierto de Laín, el mercenario gascón contempló el horizonte, por el que seguía llegando la llamada queda del autillo. Tardó un poco en acomodarse de nuevo a la situación.

—Ya habrá tiempo de ocuparse de eso. Sigamos con lo que nos apura —resolvió, recomponiéndose—. A ver, intenta recordar antes de responder: el muchacho dijo que venía de Monzón y que eran dos partidas, ¿no es así?

—Eso fue lo que oí. De Monzón. Divididos en dos grupos.

—Y mencionó que habían salido en cuanto recibieron recado de Ponferrada, del castillo de Ponferrada —aclaró.

—Eso es.

El disgusto volvió al rostro del gascón.

—Pero el mozo aragonés, el que había partido de Monzón, no quiso decirle al otro el porqué, ¿fue así?

—Exactamente, dijo que era un secreto —corroboró Laín.

—Sin embargo, cuando el otro porfió en sus preguntas, el aragonés acabó cediendo y dijo algo de la *lignum crucis*…

Ahora Laín tardó un poco más en responder.

—Sí, bueno, en ese momento había otros trajinando con un carro de hierba…

El gascón revolvió los dedos en el aire, pidiéndole al muchacho que no se enredase con lo que ya sabían.

—Sí, eso fue lo que me pareció —dijo al cabo Laín, escogiendo con cuidado las palabras.

Y el disgusto del gascón se tornó en rabia contenida. Su ojo malo se contorsionó de manera extraña. Laín lo observaba, sin pronunciar palabra.

Dio unos pasos nerviosos a un lado y al otro, rumiando lo que el muchacho le había contado. Sus botas pesadas resonaban en los adoquines. Y los grillos callaron para dejar que se oyese el tintineo de metal que acompañaba las zancadas.

Cuando el mercenario volvió a sentarse, Laín se atrevió al fin a preguntar:

—¿Qué significa?

El otro no respondió, sino que pareció meditar. El silencio se abrió entre ellos y los grillos ganaron confianza para volver a cantar. El muchacho no quiso insistir.

La primera contestación fue un resoplido de fastidio; luego, el gascón se animó a hablar:

—Significa problemas.

Necesitó Guy de Tarba bufar de nuevo, como un gato enrabietado. Y entre tanto, expectante, el muchacho aguardó.

—Mi latín no es muy ortodoxo y tengo a los clásicos olvidados. —Laín no entendió lo que quería decir, sin embargo no quiso hacer más preguntas—, pero se traduce literalmente como madera de la cruz, *lignum crucis*, tal cual, madera de la cruz.

Una chispa de comprensión sacudió el rostro de Laín.

—¿La vera cruz? —interrumpió sin poder contenerse.

Una nueva sonrisa se pintó comprensiva en la boca maltrecha de Guy.

—Efectivamente —concedió el gascón—, la cruz en la que fue martirizado nuestro señor Jesucristo, la misma en la que sangró. Los travesaños a los que fue clavado —Laín se dio cuenta de que había poca piedad en el modo en el que el gascón hablaba de la crucifixión—, donde pusieron el título que servía de escarnio a ojos de todos los que vieron su ejecución… *Lignum crucis*, según los santos evangelios, los maderos que sostuvieron al Mesías mientras moría.

—Pero, no lo entiendo, ¿qué tiene todo eso que ver con nosotros?, ¿con Ponferrada?, ¿con Monzón?

De nuevo, el infante se tomó un tiempo para madurar una respuesta a las preguntas acuciantes.

—Tenemos mucho trabajo con tu instrucción —le contestó con expresión cansada —. Mucho.

Dicho aquello, Laín enrojeció y bajó la vista hacia sus pies descalzos, manchados por el camino y los trabajos del día.

—Sólo los imbéciles creen no tener nada que aprender —explicó Guy, indulgente —. Ponferrada es un castillo del Temple, Monzón también. Los dos son propiedades de la Orden.

El muchacho alzó el rostro.

—Cualquier descerebrado en cualquier taberna ha oído que los peregrinos a los santos lugares están protegidos en su camino por los pobres caballeros de Cristo, por los hermanos del Temple —dijo el gascón—. Pero eso no es lo único que hace la Orden. También firma cartas de pago, construye fortificaciones, custodia buena parte de esos lugares que se consideran santos, gestiona las herencias y las donaciones de los hombres que abandonan todo cuanto poseen, incluso a la familia, y se unen a sus filas —mientras enumeraba, gesticulaba con las manos, contando con los dedos—. Hace mil cosas más que proteger a los peregrinos. Algunas conocidas y otras, no tanto. Sin embargo —puntualizó alzando un índice al cielo nocturno—, y eso es algo que muchos desconocen, buena parte de los dineros y negocios del Temple tienen que ver con las reliquias.

—¿Los huesos de los santos?

—Sí, los huesos de los santos de nuestra Iglesia de Roma. Pero también hay sangre, pedazos de ropa e incluso plumas del Espíritu Santo cuando apareció como

una paloma —soltó un suspiro—. Hay muchas, incontables. Y, de entre todas ellas, cualesquiera que te puedas imaginar, no hay una sola que pueda compararse a la vera cruz. Es la más venerada y, lo que es aún más importante —aclaró cambiando el tono de voz—, es también la de mayor precio, la más cara. Una sola astilla puede hacer que un rey hinque la rodilla.

Entonces, mientras Laín callaba y aprendía, el mercenario gascón le contó al muchacho la leyenda. Movida por su devoción, la madre de Constantino, el primer emperador romano convertido al cristianismo, había viajado a Jerusalén. Allí, Elena de Bitinia, que luego sería ascendida a los altares como santa Elena, había fundado la iglesia del Santo Sepulcro y la iglesia de la Natividad. Y lo había hecho después de encontrar el Gólgota y las tres cruces.

Además, bien fuera porque sólo una de ellas aparecía con las marcas de los clavos, bien porque sólo una portaba un titulus con la leyenda mencionada en los Evangelios, o bien porque con el influjo de los maderos había resucitado al muerto de un cortejo fúnebre que pasaba por allí, la que fuera mujer y madre de emperadores había descubierto la vera cruz y, desde ese mismo momento en el que había salido a la luz la más importante de las reliquias de la cristiandad, los maderos habían empezado a astillarse alimentando la codicia de los hombres.

—Y ¿qué tiene que ver todo eso con nosotros? —intervino Laín, desconcertado —. Vamos a la Palestina… Jerusalén no anda lejos —dijo con ciertas dudas, adivinando la geografía de ultramar—, pero nada tenemos que ver con la vera cruz. Vamos a buscar a mi padre.

La expresión de Guy traslucía lo cándido que le parecía el muchacho.

—Donde hay humo, hay fuego… Y es por mi culpa —reconoció Guy, de nuevo enigmático—. No puedes saberlo, sólo don Rodrigo lo sabía. Supongo que también podemos contar con que Fruela está al tanto, imagino que se lo revelaría en algún momento.

Ante el desconcierto del zagal, Guy fue al grano:

—Yo fui uno de los niños que acudieron a la llamada de Esteban de Cloyes. Uno de los que naufragó en ultramar.

Laín había oído la historia del pastor en labios del viejo Tomás.

Corría de boca en boca y de taberna en taberna. Treinta años antes, miles de niños habían partido de los reinos francos con la firme intención de acabar con los turcos y tomar Jerusalén.

No sabía otra cosa y no tenía la menor idea de qué relación había entre los seguidores del pastor de Cloyes y las reliquias de la vera cruz.

—Es largo de contar —añadió Guy—, y enrevesado. Demasiado enrevesado. Además, no es el momento de hablar de ello, ni aquí, ni ahora.

Estupefacto, a punto de reventar por culpa de la curiosidad que lo carcomía, callar fue una de las tareas más difíciles en la corta vida de Laín. Sin embargo, aun percatándose de las tribulaciones del muchacho, el gascón no se explicó.

—Tenemos que andarnos con mil ojos —advirtió—. No hay muchos de los que podamos fiarnos. Debemos averiguar algo más, hay que saber en qué nos va el pellejo.

Se había vuelto a poner en pie y gesticulaba, teniendo ideas que rechazaba al momento con un mohín, levantando una mano cuando se le ocurría algo nuevo. Entre tanto, Laín lo seguía con la mirada.

—Sólo se me ocurre una posibilidad que no nos compromete; al fin y al cabo, no podemos acercarnos a Berenguer Baños y plantarle cara sin estar seguros de cuál es su juego. No es baladí; lo mejor que uno puede hacer cuando sabe algo que no se le supone, es callar y aprovechar la ventaja. ¿Lo entiendes?

El muchacho no comprendía, pero intuyó que no era el momento de plantear sus dudas.

—En Navarra tengo un viejo conocido —anunció con expresión amarga—. No le prestaría mi bolsa; de hecho, corremos el riesgo de que nos mienta como un bellaco —siguió diciéndole al zagal con complicidad—. Sin embargo, si alguien sabe lo más mínimo sobre este asunto, ése es él. Sin duda.

Dejó de medir el adarve con sus pasos y se plantó frente al muchacho con los brazos en jarras.

—Cuando lleguemos a la Navarrería tendremos que encontrar el modo de despistar a esos desgarramantas —dijo con vehemencia—. No pueden saber lo que sospechamos. Y en cuanto encontremos el modo de deshacernos de ellos, iremos a ver a Ciriaco.

ESTROFA

VII

BAJO LOS HÁBITOS DE SAN CERNIN

«… el patriarca penaba, y el hijo caminaba sin saber
a dónde ni para qué».

Comentario al *Apocalipsis* de Beato de Liébana

Entre ambos se había instalado una lógica complicidad. Y ambos se miraron con igual confusión.

—No lo entiendo —dijo Laín con resignación.

Se volvió hacia la muralla y, después de rascarse el cogote con aires pensativos, se giró de nuevo hacia su compañero.

—¿Y tú?

No hubo respuesta, sólo un gesto curioso al torcer el rostro hacia un lado, como quien quiere escuchar mejor un rumor lejano.

—Pues no eres de mucha ayuda —le dijo sonriendo.

Pero el otro tampoco se animó a hablar esta vez. Únicamente se pasó la larga lengua por los belfos, recogiéndose las babas y las migas de unas cortezas de queso con las que había cenado.

—Es una ciudad, pero hay tres murallas —dijo Laín, extendiendo tres dedos al frente, orgulloso de empezar a manejarse con los números—. ¿Cómo puede ser? Y no sólo eso, sino que, además, están a tortas los unos con los otros la mitad del tiempo y, la otra mitad, se miran preguntándose cuándo vuelven a liarse a golpes. Están locos estos tipos…

Entonces su compañero se acercó un paso, como si quisiera consolarle por su desconcierto, y Laín se agachó junto a él para rascarle la cabeza.

—No puede decirse que seamos muy listos —comentó mientras le daba mimos, un poco abrumado por el cúmulo de enseñanzas que Guy había estado vertiendo sobre él con generosidad, tantas y tan variadas que le hacían creerse incapaz de aprehenderlo todo—. Vamos a tener que trabajar duro —terminó mirando el murallón, que parecía alzarse hasta tocar el cielo.

Eran dos figuras solitarias en una callejuela empedrada, entre los rincones oscuros de las casas bajas de un barrio modesto de la ciudad, bajo el manto de una noche clara de verano, sin nubes que ocultasen las estrellas pero cargada como si anunciara una tormenta que viniese retumbando desde las montañas que encerraban aquel lugar.

Un chico y su perro. Los dos solos. Ante ellos se levantaba el cierre defensivo de la Navarrería; tras ellos, una de las callejas que se alejaban de la señorial travesía de San Pedro, la misma que desembocaba en el palacio real.

—Eso tampoco lo entiendo —siguió hablando el muchacho—. Se supone que ahí está la Corte —dijo señalando a sus espaldas, donde se encontraba el gran edificio almenado—, pero quien manda es el obispo y, sin embargo, viven todos juntos, como si fueran sementales en la misma caballeriza. A mí no me parece una buena idea. Dos gallos en un solo corral son muchas plumas para tan poco sitio, ¿no te parece?

Por toda respuesta, Lume captó en el aire cargado de la ciudad un aroma interesante y se alejó unos cuantos pasos para olisquear con excitación la esquina de una casucha modesta. Después de un concienzudo análisis, se colocó para dejar allí su marca con un chorro generoso y regresó junto a su amo, a tiempo de verlo de nuevo volviéndose hacia la muralla.

—Y ahí detrás hay un barranco, ¿te acuerdas? Lo vimos al llegar. Al otro lado del río.

Después de abandonar los montes gallegos, habían cruzado los campos de León con rapidez, manteniendo buen ritmo gracias al terreno llano. Por recomendación de Guy, procuraban alejarse de poblaciones castellanas importantes, no fuera a ser que alguien diera razón de ellos o que a sus talones quedasen pistas para cualquier otro grupo que pretendiese atacarles.

Aquél fue un trecho cómodo, cruzando anchos y escasos ríos de gravera en los que era fácil encontrar vados, y atravesando enormes trigales que maduraban tornando del verde al dorado intenso de la mies. Después volvieron a encontrarse con montes, más prietos y de verdes más oscuros que los gallegos, y el camino se complicó, porque en lugar de seguir la cómoda calzada que habían construido los romanos, hubieron de moverse por valles hechos de recovecos y trasegar duras pendientes, hasta que se encontraron con el río Arga y lo siguieron por la margen derecha, a contracorriente.

Al cabo de un día ya empezaron a distinguir los mazacotes de la ciudad de los navarros, toda murallas que servían de advertencia al forastero. Cuando alcanzaron el que llamaban Puente Nuevo, siguieron rodeando la villa por el norte.

—Ese paso lleva al burgo de San Cernin —le había explicado Guy—, y detrás hay otro, el de San Nicolás. Pero nosotros vamos hacia allá —le dijo señalando la tercera de las barriadas, separada por un barranco y otra inevitable muralla—, a la Navarrería, donde está el palacio y la Corte del rey Teobaldo.

Y habían seguido bordeando el río hasta que tomaron un ramal que los metió en la ciudadela, por la que llamaban Rúa de los Peregrinos, porque era la que usaban los que luego habrían de seguir rumbo a Compostela.

El lugar había impresionado mucho a Laín, y también a Lume. Al muchacho porque jamás había visto tal cantidad de gente en un mismo lugar, todos apretados entre aquellos muros. Al perro porque nunca se le habían colado en los hocicos tantos olores distintos a la vez.

Había pequeñas iglesias mirase adonde mirase, una gran catedral en la que trabajaban canteros, tenderetes que ofrecían tazones de alubias oscuras con sabor terroso, abaceros que servían sidra espumosa desde espitas clavadas en toneles cargados en pequeños carromatos aparejados con borricos, y comerciantes que pasaban de un lado al otro manejando con manos acostumbradas las anillas en los hocicos de bueyes que tiraban de gigantescos carros, llenos hasta los topes de los varales con casi cualquier cosa imaginable: sacos de mies, panes de sal que traían desde el fuero de Agnana, manzanas secas, arrabio para los espaderos de Toledo, barriles de creosota, leña cortada, cántaras de vino y de leche, telas, piezas de quién sabía qué máquinas, sillares de piedra. De hecho, muchas de aquellas mercaderías eran para Laín una pregunta más que hacerle al gascón, porque apenas sabía poner nombre a unas cuantas. Había incluso una judería con su fosal, y por allí se movían

los hebreos, inconfundibles con sus caftanes negros y los sombreros de ala ancha bajo los que asomaban los rizos de sus patillas. Pero no eran los únicos que resultaban extraños. La ciudad era grande y vibrante, eje de paso en el camino a Compostela y heredera de la cultura muladí que la había subvencionado durante tantos años, manteniéndola como bisagra entre el impulso de los cristianos que reclamaban las tierras perdidas y los sarracenos que se iban retirando de lo que sus bisabuelos habían conquistado. También pasaron delante de unos titiriteros vestidos con jubones teñidos de colores brillantes y mangas acuchilladas, y Laín vio por primera vez a un malabarista hacer bailar sus pelotas entre dedos borrosos que se movían a velocidades endemoniadas. En los vestidos, en el aspecto, en los peinados, en los retazos de conversación que captaba, en las maldiciones que oía y en las bendiciones que escuchaba. Del sur y del norte, de todo el levante, había allí gentes de toda condición y, en los años que vinieron, Laín siempre recordaría que había sido allí, en la Navarrería, el primer lugar en el que se había topado con un númida, con la piel tan negra como el azabache, cabellos prietos y ensortijados y una dentadura tan blanca como la leche recién ordeñada.

Pero tantas sorpresas no le hicieron olvidar sus responsabilidades.

En tanto Guy y toda la partida de San Paio cumplían con las diplomacias de palacio, aún con el pasmo pintado en el rostro Laín había estado toda la tarde atendiendo a las monturas en las caballerizas, cumpliendo con el papel que se le suponía desde que había sido admitido en el grupo. Y, para esa misma noche, el gascón había trazado un plan a fin de que, sin levantar sospechas entre el resto de la compañía, pudieran acercarse a visitar al viejo conocido que tenía en la villa. Por eso estaba allí esperando, porque era lo que Guy de Tarba le había mandado. Se lo había dicho con un cuchicheo, disimulando mientras aparentaba inspeccionar el manto de su yegua Fatana, y le había hecho repetir las órdenes.

Y eso hacía, aunque a Laín no le cabía en la cabeza cómo iban a abandonar las murallas de la Navarrería, sortear el barranco y colarse en el burgo de San Cernin sin que alguna ronda les diera el alto.

—¿Crees que tardará mucho? —le preguntó entonces al perro.

En su corta vida, el muchacho había pasado tanto tiempo solo, sin otra compañía que la de sus animales, que, irremediablemente, se había acostumbrado a hablarles de igual a igual.

Y, aunque en el último par de meses las cosas habían cambiado mucho, no había perdido el hábito; de hecho, esa costumbre le acompañaría de por vida. Además, en esa ocasión, hablarle a su amigo le ayudaba a combatir el nerviosismo que se iba apoderando de él a medida que la madrugada se acercaba.

Guy había sido muy preciso con las instrucciones dadas. Si no lo alcanzaba antes de la medianoche, algo habría salido rematadamente mal y Laín debía recoger sus cosas.

Si el gascón no se presentaba, muy a su pesar, el muchacho había jurado que se

pondría rumbo a Compostela para encontrarse con Egeria.

Y, por el momento, no se había presentado.

Cada vez más nervioso, Laín miró al cielo sobre los tejados de pizarra y, preocupado, descubrió que la luna seguía moviéndose en el firmamento nocturno.

—Es casi la hora —dijo, lleno de inquietud al comprobar que la esquirla de cuarto creciente estaba cerca de su cénit.

Pero el perro estaba cansado de tanto ajetreo y, como no podía comprender a qué esperaban, se había echado a dormitar, acurrucado a los pies del muchacho.

—Desde luego, ¿qué maneras son ésas? Contigo de guardián no se pierde un reino, ¿eh?

Lume sólo abrió el ojo por un instante, sabedor de que el enfado de Laín no era asunto del que preocuparse.

El muchacho se inclinó, doblando la cintura y sacando un dedo para seguir con su farsa, pretendiendo el aire de un padre enfadado con un chicuelo tras una travesura.

—¿Acaso no te dije que estuvieses aten…?

No acabó la pregunta porque sintió el inconfundible tacto frío del hierro en la nuca.

La punta de una espada bien afilada pesaba en su piel. Notaba el pellizco del peso tirando de los pelillos del cogote. También apareció el miedo, viscoso, recorriendo sus entrañas. Y la vergüenza. Lo habían pillado desprevenido pese a las recurrentes advertencias de Guy de que se mantuviera alerta.

Tomó la resolución firme de que no diría una palabra. Aunque le torturasen. Y cerró los ojos.

—¿No te has dado cuenta de que él no se ha puesto nervioso?

La voz, inconfundible por aquel deje, fue un alivio inmediato. Pero Laín tardó en comprender a qué se refería su mentor.

—Cabeza hueca. Te has dejado llevar por el miedo. Te has quedado petrificado y no te has fijado en que ese pulgoso ha empezado a mover el rabo en cuanto me ha visto —concluyó Guy mientras envainaba su espada y señalaba al chucho con el mentón.

Era cierto. Lume ya se había levantado y se restregaba contra las botas del gascón, levantando los hocicos para recibir un cariño.

Abochornado, el chico no se sintió capaz de contestar; se limitó a volverse e intentó que el rubor que le cubría las mejillas se atenuase.

—No des nada por sentado. No bajes la guardia. Te lo he dicho mil veces —insistió adusto—, y espero que este susto te sirva de escarmiento.

El muchacho alzó la vista para mirar directamente a Guy y respondió:

—Lo hará, no olvidaré la lección —aseguró con firmeza.

Aunque no lo dijo, a Guy le encantó advertir aquella vehemencia. Se había descuidado, pero también se había rehecho con rapidez. Y, como veterano de tantos combates que costaba recordar, el mercenario conocía la importancia decisiva de un error en un lance crucial, pero también sabía que un soldado no se medía por su infalibilidad, sino por su capacidad de levantarse una y otra vez pese a haber mordido

el polvo.

—Eso espero, que no lo olvides —le dijo severo, sin alabar su entereza.

Se observaron mutuamente durante un instante más, mientras Lume se movía entre ellos con nerviosismo.

—Está bien, hay que ponerse en marcha, tenemos prisa —repuso al cabo Guy—. Con algo de suerte se habrán creído la sarta de embustes que les he contado.

Los dos sabían, y lo habían hablado, que, desde el incidente con la partida de embozados, Baños no les quitaba ojo de encima. Y no desestimaban la suspicacia del alcarreño. Pero Guy había decidido que no les quedaba otra opción si querían tener una posibilidad de saber a qué atenerse con todo aquel asunto de la vera cruz y las partidas de templarios dispuestas a matarse unas a otras.

Después de su metedura de pata, Laín se guardó el deseo de preguntar cómo se las había arreglado el gascón para escabullirse y fue al grano:

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—Con prisa —respondió el mercenario—, no puedo ausentarme mucho. Dan por sentado que tú duermes en los establos, pero yo he de estar de vuelta en el tiempo de rondar a una moza.

Eso volvió a traer los colores a las mejillas del muchacho, que había empezado a preguntarse qué clase de magia encerraban las mujeres entre las piernas.

En el tiempo que llevaban de viaje, Laín había comenzado a entrever misterios. Inevitablemente, al compartir camino con hombres curtidos en la vida, las chanzas y las bromas obscenas de los campamentos se repetían a menudo. Y todo aquel ambiente había aumentado la morbosa curiosidad de Laín.

—¡Vamos! —exclamó Guy, sacando al muchacho de sus divagaciones—. No tenemos tiempo que perder.

Se puso en marcha sin volver la vista atrás y sin explicar nada más a Laín, que echó otro vistazo a la muralla y volvió a cuestionarse cómo diantres iban a atravesar aquellas piedras sin usar las puertas.

Guy se encaminó al sur. Evitó la calle principal de la Carbonería y fue moviéndose entre las casas hasta adentrarse en el barrio de la iglesia de San Agustín por callejuelas oscuras entre postigos cerrados y esquinas húmedas. El perro y el chico lo seguían.

—¿Cómo puede salirse de la ciudad? —preguntó entonces, sin detenerse.

Laín supo, por el tono y la situación, que estaba siendo instruido. Así que se esmeró por responder con lógica, porque era consciente de que su maestro no abusaba de la paciencia.

—Ésta es una ciudad amurallada, así que, salvo los pájaros, sólo puede entrarse a través de las puertas. —Como la de los Peregrinos, pensó, por la que ellos habían llegado.

—¿Y cómo estarán las puertas a estas horas?

—Cerradas a cal y canto —dijo Laín sin titubear—, con guardias y

probablemente con un santo y seña del que no tenemos idea.

Guy lo miró por encima del hombro, pero no dejó escapar ningún cumplido.

—O sea que tendríamos que pelear con la guardia e intentar no armar escándalo, porque podríamos despertar a algún entrometido o llamar la atención de una ronda del veguer. Y, además, hacernos con un juego de llaves que tendrá, quién sabe dónde, algún tipo al que le pagan sus buenos pepiones, justamente para que no pierda de vista ese llavero. Muy bien, ¿y qué supondría eso?

—Que correríamos el riesgo de que nos descubriesen. Aunque el asalto saliera bien, antes o después se sabría. Estaríamos dejando a nuestras espaldas heridos o muertos.

—Eso es. Con suerte, tendríamos toda la noche, pero después del amanecer habrá un cambio de guardia. Y, en cuanto se abra la puerta, aparecerá más gente. Entonces, ¿nos arriesgamos?

—No, no creo que sea buena idea. Y tampoco podemos escalar para descolgarnos al otro lado; seguro que también hay rondas por el adarve.

—Muy bien —reconoció el gascón, satisfecho—. De acuerdo, ¿y qué hacemos?

Al muchacho no se le escapaba que Guy ya sabía la respuesta. El problema era que a él no se le ocurría nada.

Siguieron caminando en silencio; en tanto, Laín cavilaba sobre el dilema.

—¿Qué entra y qué sale de la ciudad? —cuestionó el gascón tras un rato.

—Muchas cosas, además de viajeros, recaderos y mensajeros. Mercancías, ganado, cereal, harina…

—Cierto —atajó—, ¿y cómo lo hacen?

—Eh, por las puertas —respondió Laín con cierta inseguridad.

—¿Y no hay nada que no necesite las puertas para salir de las murallas?

Laín lo pensó, pero seguía sin ocurrírsele nada.

—No lo sé.

—Piensa, esfuérzate.

—¡El agua! —dijo exultante—. El agua. Cuando llueve se escurre por los desaguaderos en la muralla.

—¡Cierto! ¿Qué más?

Decepcionado tras haber acertado en balde, Laín se estrujó los sesos, pero no cayó en la cuenta.

—La basura —dijo Guy al cabo.

Y se detuvo al tiempo que señalaba algo.

Había hecho el recorrido por la ciudad tan concentrado, que Laín hubo de esforzarse por comprender dónde estaba. Después de callejear por San Agustín, en algún punto que no recordaba habían girado de nuevo al oeste. Estaban otra vez junto a la muralla, pero mucho más al sur, casi en el extremo de la Navarrería. Y lo que Guy le indicaba era una portañola hecha con tablones ahumados y remiendos de chapa oxidada. Estaba encajada en unos rieles cubiertos de robín que terminaban en

dos poleas por las que corrían cuerdas llenas de mugre que enlazaban contrapesos como piedras de telar. Todo estaba saturado de desperdicios salpicados, trozos de verdura pasada, regueros de viejos estofados que desprendían un olor malsano, algún mendrugo de pan duro como el granito y un hueso grande de pierna de ternera, vacío ya de tuétano, que Lume atrapó entre los dientes de inmediato y se puso a roer. Por allí lanzaban sus desechos los de esa parte de la ciudad, directamente al barranco que separaba los burgos navarros.

Antes de que Laín pudiera preguntar, Guy ya estaba levantando la portañola, lo que removió aquellos hedores a podredumbre y espantó a una rata gorda como un lebrato, tras la que salió corriendo Lume.

—¡Vamos!

Sin atreverse a lanzar una sola queja por tener que revolcarse como un gorrino en aquellas inmundicias, Laín se agachó y pasó por el vano abierto. Sólo perdió el tiempo necesario para lanzarle un silbido quedo al perro.

Al otro lado, en la pequeña arcada que dejaban las gruesas piedras de la muralla, Laín vio que una rampa de porquerías se deslizaba hasta el fondo del barranco, donde se arracimaban las chozas mugrientas de los más pobres, de quienes no tenían otro remedio en la vida que subsistir gracias a lo que otros tiraban. Entre ellas se distinguía la luz vacilante de algún candil, que escapaba por las rendijas de las precarias chabolas.

—No hay más remedio —dijo Guy con disgusto.

Y al instante, saltó sobre aquella enorme pila y empezó a deslizarse. A la escasa luz de la luna, Laín vio al hombre echarse hacia atrás para frenar la velocidad de su caída y se dio cuenta de que, hacia su derecha, si hubieran elegido cualquier otro de aquellos aliviaderos, se hubieran enfrentado a mayores alturas. Guy había escogido bien, pero, aun así, el descenso intimidaba.

—No hay más remedio —repitió el muchacho mirando al perro.

Y también se lanzó hacia aquella alocada caída.

El que mejor lo llevó fue Lume. Con la agilidad de una centella, el chucho brincó de un lado a otro, despreocupado, enterrándose hasta el corvejón en aquella masa informe de basura. Para Laín, que había creído estar a un tris de romperse la crisma en más de una ocasión, el alivio cuando llegó al fondo del barranco fue tal que sintió ganas de gritar.

—Ahora presta atención —le dijo Guy volviéndose hacia él—. Tenemos que caminar hacia el norte. Hay un sendero que lleva hasta la base de la torre de la Galea. Allí tendremos que hacer una señal y esperar.

Calló entonces, dando a entender que, a partir de ese instante, la suerte que corrieran no dependería de ellos y, tras una pausa, añadió:

—Va siendo hora de que uses lo aprendido —dijo tendiendo la mano.

Laín miró y en la palma abierta vio una daga. Sin adornos, filigranas o gavilanes, con empuñadura sencilla de cuero y un recazo pobre. Un arma modesta pero fiable, con unos cuantos años en la memoria y un filo que había pasado por la piedra de amolar cientos de veces. Era la misma que habían utilizado para practicar en los campamentos.

—Ahora es tuya, cuídala —le advirtió Guy—. Recuerda, no aprietes demasiado. Mantén el puño y la muñeca relajados hasta dar la estocada. Y si no te queda otro remedio que emplearla, no dudes, busca la ingle, el sobaco, el cuello o el corazón. Si has de empezar, termina rápido…

Pareció callar, pero agregó una última advertencia:

—Úsala con cabeza. No provoques nunca una pelea, no la enseñes en una taberna. No hagas que cualquier fanfarrón te deje las tripas al aire… No hagas que me arrepienta de habértela dado.

—Gracias —fue lo único que Laín pudo balbucir antes de que el otro se diera la vuelta y echara a andar.

Pese a la mala reputación de un lugar de desesperados como aquél, nadie los encaró. Caminaron por aquel foso natural que separaba los burgos y llegaron sin contratiempos hasta el lugar que Guy buscaba. Un recodo bajo otra de las murallas de la ciudad, la que llamaban de San Cernin y rodeaba el burgo que ocupaban los francos emigrados. Allí, para sorpresa de Laín, en una argolla que sobresalía de una piedra en la primera hilada, había una cadena que ascendía con la torre hasta el hueco de una tronera abierta sobre el barranco.

Sin dudarlo, Guy la cogió y tiró de ella un par de veces. Al momento, el eco lejano y quedo de una campanilla llegó hasta ellos.

—Ahora nos toca esperar —anunció el gascón mientras seguía sacudiéndose porquerías del sayo con palmadas.

A Laín, lo que le apetecía era admirar la daga, tentarla un poco en la mano, pero sabía que al mercenario se lo llevarían los demonios si lo veía hacer algo así. De modo que, sin otra opción, se le ocurrió preguntar algo:

—¿Cómo lo sabías? Lo de llegar hasta aquí, lo de la portañola, lo de la cadena,

todo eso, ¿cómo lo sabías? —inquirió sacándose de un pliegue en la manga una monda de nabo.

Guy, que se pasaba la mano por los cabellos desprendiendo hierbajos resecos y migas duras como grava, parecía haberse perdido en sus propios pensamientos. Tardó en contestar.

—No es la primera vez que la vida me trae hasta aquí —respondió melancólico —. Recuerda que doña Urraca era navarra. Acompañé a don Rodrigo en más de una ocasión cuando se preparó el compromiso.

Con lo poco que sabía de la Corte y los matrimonios concertados entre las casas nobles, Laín no lograba imaginar qué podía tener todo aquello que ver con lo que estaban haciendo. Le costaba creer que el tal Ciriaco fuera un alcahuete de la corona de los navarros o un correveidile del reino de Castilla.

—Pero —insistió Laín—, ¿y ése a quien vamos a ver?, el que me dijiste, ese tal Ciriaco.

Hubo un silencio amargo que el gascón necesitó para remendar sus recuerdos y decidir qué contar.

—Él… Yo… Los dos fuimos niños de Cloyes —respondió, con la mirada de su único ojo perdida entre aquellas chozas que abultaban el foso.

Estaba siendo una noche de sorpresas para Laín.

—¿Los dos? —preguntó de inmediato—. ¿De los que siguieron a aquel pastor a París?, ¿y qué pasó?, ¿qué es eso que dijiste del naufragio? —insistió, acordándose de lo que contaran en Maceda. Espoleado por la curiosidad, no pudo contenerse—. ¿Y llegasteis a Génova? ¿O a Venecia? No, a ultramar, hasta las costas de ultramar… ¿Qué fue lo que pasó en realidad?

Las palabras salían a borbotones.

—¿Qué tiene todo eso que ver con la vera cruz?

En cuanto se dio cuenta de su ímpetu, Laín se sintió cohibido y bajó la mirada con vergoña. Sin embargo, el gascón pareció no darle importancia. Con un aire cansino que le estropeaba la sonrisa, Guy lo observó con indulgencia, comprendiendo el ansia del chico.

—Acabamos topándonos con uno de los hombres que había arrasado Constantinopla cuando el ataque de los venecianos…

Mientras el gascón iba desmenuzando las frases, Laín intentaba atrapar cada retazo. Pero se le escapaban demasiadas cosas. Apenas sabía de los niños de Cloyes lo poco que le había contado el viejo Tomás. Y del legendario descalabro del Imperio de Bizancio aún sabía menos. Sólo que la mítica Constantinopla había caído cuando los cruzados se había hartado de la dinastía de los Alejo, y aquello no era mucho, porque en aquel asunto también se mezclaba la rivalidad entre papas y patriarcas, entre la Iglesia de Occidente y la de Oriente. Demasiadas cosas para que Laín pudiera comprender causas y consecuencias.

—… Alguien que se hacía pasar por caballero de la Provenza, un templario de

Saint Gilles —el acento del gascón se cerró aún más, arrastraba las palabras.

Con una extraña mezcla de melancolía y arrepentimiento, Guy iba desgranando retazos sueltos que Laín apenas entendía.

—Fue uno de los que saqueó Santa Sofía. Uno de los pocos que entró en las catacumbas del templo. Encontraron la lanza de Longino, el santo sudario, la corona de espinas del mismo Cristo, la imagen de Nicopea… Y los maderos que Elena había llevado hasta allí desde Jerusalén, los auténticos travesaños de la vera cruz.

Guy chistó con disgusto y sacudió el mentón negando.

—Y ese condenado tacaño supo sacarle provecho. Vendió buena parte de lo que robó, desde Roma a Nicea. Incluso tenía tratos en Trebisonda —añadió el gascón—. Se hizo rico, jodidamente rico, como jamás podrías imaginarte. Así fue como Ciriaco aprendió el oficio…

Se quedó callado y pensativo, quizá sopesando lo que acababa de decir o, simplemente, envuelto en el peso de sus recuerdos.

—¿Qué pasó?

El único ojo sano del gascón se posó con languidez en el muchacho.

—Lo que tenía que pasar —suspiró con resignación—, que lo mataron. Le abrieron las tripas, se las ataron a un poste y lo obligaron a correr —explicó como si tal cosa—. Se le fueron desmadejando las entrañas con cada paso… Antes de dar media docena, cayó muerto sobre la arena.

La imagen perturbó a Laín. Pero tuvo que tragarse el mar de dudas que le asaltaba, porque, justo cuando abría la boca, un ruido sobre sus cabezas los obligó a alzar la vista.

Del mismo ventanuco del que pendía la cadena cayó una escala de cuerda como las que se usaban para los asedios.

—Veo que los sobornos de Ciriaco siguen manteniendo los engranajes de San Cernin bien engrasados —comentó Guy antes de levantarse para agarrar el primer travesero de esparto—. Vamos, no perdamos tiempo —urgió al chico.

Y, cuando se disponía a seguirlo, se dio cuenta de algo. Se volvió hacia Lume, que se las había apañado para traer hasta allí aquel hueso roñoso que seguía royendo ruidosamente. Volvió a mirar hacia la silueta que ascendía por la pared de la torre Galea, y admitió para sí que no tenía otra opción.

—Tú por ahí no puedes subir, así que tendrás que esperarnos aquí, ¿me has oído?

El perro levantó la mirada hacia su amo. Y por un momento a Laín le asaltó una punzada de dolor, porque aquellos ojos le recordaban vivamente a los de Lúa.

—Espérame aquí —le repitió, echando él también mano a la escala.

Antes de entrar, Guy echó un vistazo preocupado a sus espaldas para ver cómo el cuarto de luna ya pasaba de la espadaña de la iglesia de San Cernin, la que daba nombre al burgo.

—Deberíamos apurarnos —murmuró por lo bajo, al tiempo que traspasaba el umbral.

El lugar era húmedo y oscuro, lleno del profundo olor de las curtidurías que abarrotaban la cercana calle de las Pellejerías. Una estancia alargada que en tiempos había servido de bodega vinatera y que ahora era una suerte de almacén en el que aún permanecía el dejo de los mohos del vino.

El sirviente que les abrió después de que el gascón susurrara su nombre en una rendija oxidada les pidió que esperasen mientras avisaba al señor de la casa.

La luz pobre de un par de viejas lamparillas de aceite descascarilladas no permitía ver más allá de unos pocos pasos, y el eco de las pisadas del hombre se fue atenuando a medida que se alejaba.

—Mantén la boca cerrada —le dijo el mercenario a Laín sin volverse hacia él.

Y cuando el muchacho asentía se oyó una voz que bien podía haber sido de algún oso que aprovechase aquella curiosa gruta como guarida.

—Malnacido hideputa, después de tantos años —se escuchó entre gruñidos—, casi se me caen los calzones cuando me dijeron que eras tú quien llamaba a estas horas de la noche. Desagradecido zampabollos. Seguro que vienes a mendigar favores, ¿por qué si no ibas a acordarte de los viejos amigos?

A medida que la rotunda voz se acercaba por el túnel, una silueta se fue dibujando en la titubeante luz. Y Laín pudo echar, por fin, un vistazo al misterioso Ciriaco.

Resultó ser el hombre más estrafalario que el muchacho se había echado a la cara en su corta vida. Pese a la profunda y ronca voz, tenía rasgos finos y elegantes, con una afectación casi femenina. Sus ojos eran de un verde profundo, iluminados de continuo por una expresión risueña que esculpía hoyuelos en sus mejillas. Sin duda, en cuanto a su aspecto físico, también era el hombre más atractivo con el que jamás se hubiera topado Laín. Especialmente cuando sólo se veía su perfil izquierdo, porque en el derecho estaba el único defecto de aquel armonioso conjunto: una mancha del color del vino joven que se extendía por su mejilla como una polilla que se hubiera posado allí, atraída por la luz que parecía irradiar el animoso personaje.

Iba vestido con una aljuba del más fino cordobán oscuro y en las hombreras resaltaban los mechones de rubio intenso que le caían desde las cinceladas sienes. Llevaba los párpados perfilados con tintura negra de malaquita y estibio, tal y como el viejo Tomás le había contado que hacían los agarenos. Además, desprendía aromas de caros afeites y bálsamos. Tal era su encanto que la mancha que le estropeaba el carrillo se olvidaba pronto, y sólo aquella voz rugiente desentonaba, como si la hubiera tomado prestada de un gigante, porque Ciriaco era grácil y bien proporcionado, pero apenas le sacaba una cabeza al crecido Laín y aquel vozarrón tan poderoso parecía quedarle grande.

—Buenos ojos te vean —bramó risueño el mercader, lanzándose en un abrazo con el que envolvió a Guy—, canalla. ¿Cuántos años han pasado? Quince —se contestó a sí mismo, separándose del gascón pero manteniendo las manos sobre sus hombros y mirándolo con genuino interés—. Por lo menos quince, desde que quedó resuelto el asunto de la dote de esa grulla malcarada con la que se casó tu señor.

Era de esa clase de hombres afables que rozaban las mañas de embaucador. Hablaba como un vendedor de feria, con grandes gestos que remarcaban sus palabras, entonadas siempre como si prometieran acceso a los cielos y permiso del mismo san Pedro para sentarse a la derecha del Padre. Y parecía incapaz de escuchar una respuesta, pues hablaba de corrido. Se bastaba él solo para llenar toda la charla, porque a cada pregunta que hacía le daba por sí mismo una contestación, sin que le importase averiguar si llevaba o no razón.

—¿Y ese muchacho? No me digas que has conseguido hacerte con un escudero… ¿Y tú cómo aguantas a este desagradecido mentecato? —preguntó a Laín, volviendo hacia él su rostro brillante y cubierto de sonrisas—. No, no me lo digas, que te juegas unos verdugazos. Bien lo conozco yo. Capaz de partirle a uno el espinazo por no darle la razón.

Entonces soltó uno de los hombros de Guy y se palmeó la frente.

—¡Cómo he podido ser tan imbécil!, ¿dónde ha quedado mi hospitalidad? Por favor, seguidme, este reencuentro bien se merece un trago en el que ahogarlo. Puede que incluso emborracharse, sí, claro, ¡eso es! Beberemos hasta perder la cabeza y la memoria. Así no habrá ocasión para reclamaciones o deudas en días venideros —dijo, guiñándole un ojo a Laín con picardía—. Seguidme, seguidme hasta mis despachos. Estoy seguro de que tenemos mucho de qué hablar, ¡mucho!

Si la entrada había resultado impactante por lo tétrico, ahora el asombro le vino por lo contrario.

El suelo estaba cubierto por complicados arabescos de enormes alfombras traídas de Oriente. Había muebles de maderas nobles, taraceados con la exquisitez de los mejores mosaicos, y grandes candelabros de larguísimos brazos en los que bailaban las llamas de unos cirios que lo bañaban todo con luz dorada. Desde el primer paso que dio en el interior, el lujo inmenso de aquella habitación, también enorme, atosigó enseguida los sentidos de Laín. Allí predominaban los olores penetrantes de la mirra, el olíbano y el estoraque. Se esparcían por todo el lugar gracias al humo que salía de un platillo donde ardían lentamente resinas de incienso, rodeadas de viejas cenizas que delataban la costumbre. No había rincones vacíos, incluso los huecos más pequeños se habían aprovechado para aquella abundancia de miles de objetos en los que, ante todo, predominaba el poderoso color dorado que Laín asociaba a la Iglesia y al poder de la nobleza. Por todas partes había cruces de variados tamaños, tiradas por doquier sin reverencia alguna. También se veían desperdigadas arquetas de todo tipo, grabadas, orladas, perfiladas, esculpidas. Y trabajos de orfebrería con motivos religiosos como corderos, hojas de palma, vid y olivo, centellas y rayos luminosos, o

con decoraciones menos piadosas, como pequeñas ondulaciones, ajedrezados y cordonaduras. También se distinguía el brillo intenso de las piedras preciosas, salpicadas por todos lados. Había rubíes de rojos intensos, esmeraldas que recordaban a los pozos salmoneros, diamantes que centelleaban como estrellas y montones, cientos de perlas engarzadas en monturas de plata y oro, recorriendo los trabajos de los joyeros. Eran relicarios, de todo tipo y condición imaginable.

—Tranquilo, muchacho, son fruslerías para incautos —dijo Ciriaco a los ojos abiertos de Laín—, engañabobos; la mayoría de lo que ves no tiene valor alguno —le explicó con una sonrisa cautivadora—. Pero puedo conseguir lo que quieras, lo que se te antoje.

Miró al chico, evidentemente divertido por el asombro que lo cohibía.

—Basta con que tengas suficiente oro como para pagarlo —le dijo—. Puedo traerte un saco de las escasas y pequeñas perlas rojas de Ponto Euxino, o las azules de las tierras Xin. ¿Sabías que esos tipos las sacan de los ríos? Sí, de los ríos, ¿puedes imaginar qué clase de inmensos ríos ha de haber en esas tierras dejadas de la mano de Dios? Y también puedo hacerme con los mejores aljófares traídos de Mascate, brillantes como muslos de una virgen, una verdadera delicia —explicó con picardía —. Les ponen los dientes largos a curas y capellanes, si los vieras suspirando por ellas… Son muy demandadas para relicarios y cálices, y puedo asegurarte que, al menos la mitad de las que puedes ver en las iglesias de Castilla, las he conseguido yo. Desde que los mogoles controlan el levante, las rutas de comercio han florecido bajo su paz, y yo tengo amigos hasta en el infierno, créeme, hasta en el mismo infierno. Claro que, si lo prefieres, puedo conseguir preseas más patrias, como antiguas joyas godas recuperadas en las sierras de Jaén; desde que echamos a los infieles de esas montañas se han encontrado muchas piezas… Y las que no se encuentran, pueden inventarse…

Se habían sentado en dos enormes sillas, hechas con arcos de madera labrados y cuero tensado entre riostras que tenían detalles de pan de oro. Ciriaco, que ya había dejado claro su gusto por las costumbres morunas, se repantingó en unos enormes cojines con profusos trabajos de marroquinería. Entre ellos, el sirviente que les había granjeado el paso, silencioso todo el tiempo, colocó una bandeja con vasos y licores varios, además de almendras y altramuces. Todo dispuesto con mucho orden en una mesita baja, tallada al modo bereber, llena de agujerillos que dibujaban intrincados patrones. La bandeja de plata repujada quedó junto a un tablero dividido en escaques, como los escudos de armas, unos del color claro de la madera de haya y otros teñidos con algo como el betún de Judea. Sobre algunos de los espacios había delicadas miniaturas, también de colores alternos, dispuestas de un modo enigmático. Tanto le llamaron la atención al muchacho que, durante un rato, se perdió la conversación.

—… Bueno, ya está bien de cháchara —declaró Ciriaco, girándose hacia Guy—. Porque me huelo que no tenéis un mal maravedí que aportar a mis pobres empresas…, así que, ¿a qué se debe este honor? No me dirás que me has obligado a

salir de mi lecho para interesarte por el negocio. No, no lo creo, mucho tendrías que haber cambiado —se corrigió con aire reflexivo—. Aunque, si es así, si en verdad te has decidido a seguir los pasos de ese malparido Jacques de Lunel que nos acabó criando como ladrones, te diré que hace sólo unos días he recibido una pluma, ¡óyeme bien!, una pluma del glorioso, venerado y maravilloso. De aquél a quien el mismo Padre enviará en nombre de Cristo. —Pese a las piadosas palabras, el tono burlón era inconfundible—. Sí, eso es, una pluma del Espíritu Santo. ¡Eh! ¿Qué me dices? Ni ese gabacho tacaño consiguió jamás un golpe semejante. Y también puedo conseguirte una cabeza de san Juan Bautista. Aunque, claro, si tienes algo limitados los fondos, te juro por lo más sagrado que puedo proporcionarte el índice de san Fructuoso o el cordón con el que san Cucufato se cosió el vientre después de su martirio…

Todo aquello sobrepasaba al pobre Laín en cualquier sentido imaginable. Ya no sabía qué creer al respecto. Joyas falsas. Reliquias imposibles. Mentiras que parecían verdades y juramentos que no valían nada. Pero entonces fue cuando Guy se decidió a hablar.

—Seguro que también tienes en algún frasco el suspiro de san José cuando se enteró de que era un cornudo.

Ante aquella blasfemia, de forma inconsciente, a Laín se le escapó un quejido, pero ninguno de los dos hombres le prestó atención. Sin embargo, el tono serio y rotundo de Guy pareció obrar un cambio en el otro, en cuyo rostro se relajó la sonrisa. De pronto aquellos aires de timador se apagaron como la llama de una vela al soplar.

—Está bien, veo que el ánimo no es el propio de una feria. ¿Qué necesitas?

Y Laín percibió la franqueza de Ciriaco. Eran dos amigos que no se veían desde hacía muchos años y, sin embargo, tanto el uno como el otro parecían dispuestos a confiar ciegamente. Esto también impresionó al muchacho, que, de inmediato, envidió a Guy. El zagal obvió el sufrimiento, las batallas, la perra vida del mercenario hasta haber llegado a la torre de San Paio, y sopesó lo que sabía con el ardor de la adolescencia. Sólo consideró el valor, el honor, la gloria del gascón y de su amigo por contar en su pasado con una historia así, por conservar aquella lealtad idílica de los compañeros de armas.

—Puede que me haya metido en un problema serio con la Orden…

Aquella primera frase arrugó el entrecejo del peculiar comerciante de reliquias, que, tras atusarse los cabellos con la mano, asintió gravemente.

—Antes o después tenía que pasar —gruñó, perdiendo buena parte de aquel humor cálido que había mostrado hasta entonces—. Supongo que estamos hablando de lo mismo, de la muerte de Jacques de Lunel, ¿no es así?

Ahora el que asintió con seriedad fue Guy.

—Ése es un fantasma del que hemos huido demasiado tiempo —reconoció Ciriaco con evidente resignación—. Tú y yo sabíamos que antes o después nos iba a

tocar pagar esa penitencia. —Y se pasó la mano por la mejilla frunciendo un pellizco de piel que cambió el dibujo de la mancha que allí tenía—. Está bien, ¿qué ha pasado?

Consciente de que tenía el tiempo tasado si quería evitar que la cuadrilla de los templarios se oliese que los habían dejado de lado, Guy hizo gala de buenas mañas en su parlamento. Sin dejarse nada de importancia en el tintero, resumió lo sucedido desde que recibieran en San Paio la noticia de que don Rodrigo se había perdido para siempre en los desiertos de la Palestina.

—Hay algo más —añadió el mercenario gascón—, algo extraño que sucedió cuando nos atacaron en Monforte. El que los manda, ese alcarreño que se hace llamar Baños, utilizó uno de los signos secretos después de matar al ballestero.

En ese instante, Laín recordó lo curioso de la escena. El ademán le había llamado la atención, pero los días que siguieron, llenos de emociones y tareas, le habían hecho olvidar el detalle.

Más tarde, cuando tuvo oportunidad de preguntar por ello, el muchacho descubrió que los caballeros de la Orden del Temple habían aprendido de los monjes cistercienses un lenguaje de signos. Una estratagema que empleaban sobre todo los oficiales y maestres. Según le explicaría Guy, aquello les permitía comunicarse en público secretamente, algo muy útil cuando tenían reuniones con obispos, condes o reyes. Y, no por primera vez, Laín pensó que los templarios tenían matices más oscuros bajo aquella supuesta intención de proteger a los peregrinos que acudían a los santos lugares de ultramar.

—¿Cuál? —inquirió Ciriaco interesado, para alivio de Laín, que hervía de curiosidad.

—La de que mantuviesen la boca cerrada —contestó Guy, repitiendo el modo en el que Berenguer Baños había movido su mano aquel día bajo el roble donde Laín había acertado con su honda en la cabeza del ballestero—. Y lo que es más, tuve tiempo de ver como al menos uno de los otros asentía, uno de los hermanos que son sargentos.

De inmediato, Laín se recriminó a sí mismo por no haber advertido aquel otro gesto. Estaba admirado por la perspicacia del gascón.

—Eso sólo puede significar una cosa —asintió el mercader—. Que ya en ese momento él sabía que otros podían andar en busca de lo mismo.

—Eso pienso yo —concordó el gascón.

—Pero ¿cómo? ¿Estaba don Rodrigo al corriente de la verdad?, ¿se lo contaste alguna vez?

Laín no comprendió a qué se refería el comerciante, y la respuesta de Guy sólo le permitió intuir algo de aquel misterio.

—Sí —reconoció—. Él y yo compartimos años, viajes, penas, noches y borracheras. Y también demasiadas batallas. Además, me ayudó a dejar todo atrás —añadió con evidente nostalgia—, me dio una nueva oportunidad. Sí, don Rodrigo lo sabía. Y jamás mostró el más mínimo interés en intentarlo, ni siquiera cuando el rey Teobaldo le pidió que se uniese a su santa misión en ultramar —aclaró a favor del señor de San Paio—. Cuando nos despedimos ni siquiera lo mencionó. Es un hombre

honrado y está por encima de esas especulaciones.

A Laín le gustó mucho oír que hablaban de su padre como si continuase con vida. Pese a las pullas que los hermanos Cagafuego dejaban caer en las noches de campamento, el muchacho seguía creyendo, con firmeza, que el viaje que habían emprendido no sería en balde. Estaba convencido de que don Rodrigo seguía respirando en algún rincón perdido de Gaza.

—Pues entonces —respondió Ciriaco—, a la luz de lo sucedido, hay que suponer que también ese cabroncete de Fruela lo sabe. Al menos eso explicaría una buena parte del asunto.

Con un gruñido de mala gana, Guy le dio la razón a su amigo:

—Supongo que sí, al fin y al cabo son padre e hijo. Es natural suponer que en algún momento hablaran del asunto.

—¡Claro! Claro, cómo no… —Entonces una mueca divertida arrugó la mancha en la mejilla del estrafalario comerciante—. Y, en vista de todo ello, tú has venido a verme a mí —dijo señalándose a sí mismo con aspavientos—. Por si acaso, no fuera a ser que el viejo Ciriaco hubiera escuchado algo, un rumor al respecto, ¿no es así?

Esta vez, el gascón se limitó a asentir fríamente, esperando que su viejo amigo desvelase la respuesta que buscaba.

—Y no has pensado que, si se descubriesen tus intenciones, me pondrías a mí en un aprieto… —dijo Ciriaco en tono burlón—. Si esos malnacidos supieran que ambos estábamos allí aquel día, con Lunel… Por el amor del cielo… Me atarían una soga al cuello y me obligarían a llevarlos hasta aquel condenado lugar a patadas, como a un chucho. —El vozarrón de Ciriaco expresaba quejas, pero, más que ninguna otra cosa, el mercader de reliquias parecía jovial, como si disfrutase de aquel embrollo—. Que, por cierto, es exactamente lo que están haciendo contigo. ¡Eso mismo! Porque supongo que a estas alturas no seguirás pensando que esa patraña de ir a rescatar a don Rodrigo tiene sentido alguno. Tú nunca has sido tan idiota para dejarte emboscar así. —Laín hubo de hacer un esfuerzo por acallar las implicaciones de aquella frase —. Lo sabes, ¿verdad? Te están utilizando para que los lleves hasta allí, porque lo único que quiere ese pequeño mamón de Fruela es hacerse rico y que le deban favores hasta en la misma Roma. ¡Vaya que sí! Eso es lo que quieren todos los de su calaña. Y ese malnacido es una buena pieza; por lo que has contado, ha podido matar a su madre.

Pareció que Guy iba a intervenir en defensa de Fruela, pero se lo pensó mejor y siguió escuchando la cháchara del mercader.

—Pues déjame decirte algo, por si aún no lo tienes claro. Lo conseguirá, puedes apostar tu bolsa por ello —aseguró convencido, después de echar un trago de vino—. ¡No! Puedes apostar ese único ojo que te queda sano. ¡Maldita sea! Nuestro Santo Padre —añadió con evidente cinismo—, el cuarto Inocencio… Ese capón cebado de Roma está buscando a locos que quieran ir de embajadores hasta la tierra de los tártaros, y está muy disgustado con el sacro emperador Federico, pero no me cabe

duda, ni la más mínima… Ese codicioso dejaría que ardiesen las vestiduras de san Pedro y aplaudiría con las orejas si le llegasen noticias semejantes. Me lo imagino babeando como un perro hambriento en cuanto se enterase de que un noble de baja estofa le promete encontrar lo que tú y yo sabemos.

»¿Cómo has podido meterme en esto? ¿Acaso no me debías ya favores suficientes? ¡Qué poco considerado! Es lo último que hubiera esperado. Tú y yo nos conocemos desde que mojabas los calzones cada noche…

Como si supiera que su viejo amigo protestaba en balde, Guy lo atajó:

—Basta —le ordenó, severo aunque sin alzar la voz—. Te has hecho rico usando lo que Lunel nos enseñó, pero jamás has querido volver allí y sacar provecho de lo que dejamos atrás —se mostraba inexorable—, así que no te hagas el mártir. Además, con tus sobornos tienes comprados al sayón, al veguer y a la mitad de la Corte, nadie se atrevería a tocarte aunque esta visita se conociera. Así que abandona tus quejas infantiles y recuerda que yo, que los dos, tenemos prisa —finalizó rotundo—. ¿Sabes algo o no? ¿Qué has oído?

Ciriaco echó otro trago de vino y cargó el puño con almendras. Sin perder aquella sonrisa pícara que hacía hoyuelos en sus mejillas, las fue cogiendo una a una de entre sus dedos cerrados, con parsimonia, y las mordisqueó como si fueran el más exquisito manjar traído desde el lejano imperio de los Xin.

Envuelto en aquel aire de pícaro irredento, pese a la expresión de Guy, que se iba endureciendo como un horizonte que amenaza tormenta, el mercader de reliquias no volvió a hablar hasta que se palmeó las migas que habían caído en su regazo.

—Sí, la verdad es que sí —reconoció el estrafalario personaje con una sonrisa lobuna—. De hecho, te he estado esperando desde que me llegaron rumores de Monzón —dijo divertido—. Se han revolucionado mucho las cosas en la Orden desde que se destapó el secreto de que alguien sabía cómo hacer ricos a muchos… Podría decirse que, en el momento en que a ese desgarramantas se le ocurrió ir al castillo de Ponferrada, se lió parda.

»Otro con más luces hubiera llevado el asunto con más discreción, pero ese inconsciente dejó que el viento llevase la noticia, esperando beneficiarse con las pujas. Fue como lanzar una pedrada a un avispero. Y las avispas ya están zumbando, nerviosas, muy nerviosas… Hay demasiados que quieren quitarle los dulces a Fruela, y buena parte de ellos están deseando hacerse con lo que guardas en tu atolondrada cabeza —añadió señalando hacia Guy—. Lo que Lunel dejó enterrado aquel día en el desierto vale mucho más que un reino. Y hay mucho desaprensivo suelto. Por no hablar de un puñado que aún se la tienen jurada a la sombra de Lunel y a todos sus muertos. No olvides que ese cabrón se hizo rico a costa de que muchos otros acabasen pobres como ratas. Además, ya sabes que el ilustre gran maestre, nuestro querido Armando de Perigórd, hace la vista gorda mientras le llegue su diezmo de los negocios.

Al pobre Laín, confundido, aquel galimatías empezaba a atragantársele. Lo poco

que sabía acerca de los pobres caballeros de Cristo era que, precisamente, debían ser pobres y humildes. Y ahora, para su sorpresa, descubría que muchos de ellos se enriquecían con el comercio de reliquias, cayendo incluso en tropelías, extorsiones, sobornos y fechorías. El muchacho, como cualquier otro de su tiempo, había oído infinidad de historias sobre la Orden, pero ahora empezaba a dudar de las buenas intenciones de aquellos hombres.

Se decía que los óleos de Damasco que los templarios vendían ayudaban a financiar sus campañas contra los infieles, nada más. Pero ahora ya no sabía qué creer.

Pese a notar las tribulaciones de Laín, el gascón no perdía de vista lo que era importante para ellos en ese momento.

—¿Cuántos? —preguntó Guy.

—Ufff… Mi querido amigo —contestó Ciriaco con grandes aspavientos—, casi cualquiera que se entere y tenga mando suficiente como para contar con unos cuantos hombres dispuestos. Yo vigilaría mis espaldas. Un pedazo de la vera cruz de media toesa, como el que escondió Jacques de Lunel aquel maldito día, hace que todo esto parezca inmundicia —dijo abarcando con sus manos los tesoros que inundaban la habitación.

Cogió del platillo las últimas almendras y se levantó para agregar algo más de incienso en el braserillo.

—A estas horas, o mucho me equivoco, o cualquiera con una pizca de poder está dispuesto a despellejarte para que indiques el lugar donde Lunel enterró aquel madero podrido. ¡No! —se corrigió, escandalizado, con una expresión de horror tan exagerada que sólo podía ser fingida—. A despellejarnos a cualquiera de los dos, si es que por tu culpa alguien llega a imaginar que estábamos juntos aquel día y que yo también conozco el lugar.

Volvió a sentarse con pomposidad. Miró al hombre y al muchacho, sin que aquella expresión divertida se borrase de su atractivo rostro. Tentó con los dedos los altramuces, pero parecieron no convencerle tanto como las almendras y, finalmente, abandonó la idea.

—Si yo estuviera en tus calzones, me olvidaría de ese don Rodrigo y de hasta el último grano de arena de esos condenados desiertos. Probablemente está muerto, y más seco que el cagajón de un legionario —dijo sin tapujos—. Y, si no lo está, lo estará antes de que consigáis llegar. En los últimos tiempos los venecianos controlan casi todas las naves, y no son amables con los extranjeros. Desde que cayó Constantinopla, ya no hacen falta turcos para matar a los cristianos. Ahora nos bastamos solos para destriparnos los unos a los otros. Poniente y levante —añadió, alzando las manos alternativamente—, dos iglesias para un solo dios y, lo que es más importante, para un solo saco de diezmos —concluyó con evidente cinismo—. Es lo que suelen hacer el oro y las riquezas: volver a los corderos leones.

Echó un nuevo trago de vino y, como ya había sucedido con las almendras,

terminó con lo que les habían servido.

—Si yo fuera tú, pondría tierra de por medio, tanta como me fuera posible. No lo dudes —dijo entonces Ciriaco en tono burlón—. Vuélvete a Galicia y escóndete en Finisterra. O en alguna gruta de algún puerto dejado de la mano de Dios.

Quedó todo en silencio por unos instantes, y los dos adultos se miraron con intensidad.

—Así que —añadió Ciriaco repantigándose en sus lujosos cojines—, ¿qué vas a hacer?

En ese momento, Laín se giró para observar al gascón. Vio en aquel rostro severo una expresión de disgusto a la que siguió un gruñido, y esperó ansioso la respuesta de su mentor.

Nunca jamás hubiera imaginado lo que sucedió. Porque Guy se volvió hacia él y le habló directamente:

—¿Qué crees tú que debemos hacer?

No supo cómo reaccionar ante aquella responsabilidad depositada en sus manos. Pero la fría mirada del gascón no daba resquicio alguno para la condescendencia. El mercenario quería una respuesta y la quería ya.

Durante las últimas semanas, Guy se había tomado muy en serio el asunto de su instrucción y no era la primera vez que lo llevaba al límite, esperando sacar lo mejor de él, estrujándolo como si escurriese una bayeta sucia después de fregar, hasta la última gota. Así que Laín tragó saliva y dijo lo que le salió del corazón.

—Un hombre vale tanto como su palabra, ni más ni menos.

Y aquello pareció sorprender al baqueteado mercenario, porque, con enorme trabajo, una sonrisa se abrió paso en su rostro, descascarillándose como pintura de un santo mohoso en una capilla húmeda.

Ciriaco estalló en estentóreas carcajadas.

—Tiene cuajo el muchacho, vaya que sí —anunció, encantado con la situación—. ¿De dónde lo has sacado? No, no me lo digas, nos lo jugaremos a los dados… Grandioso, esto es grandioso…

Pero el gascón miraba hacia el muchacho. Lentamente, bajó el mentón y asintió con gravedad, demostrándole por una vez que se sentía orgulloso.

—Muy bien —le dijo al chico—, entonces hay algo de lo que tenemos que ocuparnos. —Se volvió entonces hacia el mercader, que había empezado a aplaudir —. ¿A quién conoces en el palacio?, ¿tienes algún contacto entre los hombres de confianza del rey Teobaldo?

—Puede que sí —contestó Ciriaco con aires enigmáticos—. Depende de para qué.

Aquello volvió a repetir el prodigio de abrir una sonrisa en el rostro del gascón.

—Hoy nos han contado un relato pormenorizado, lleno de bendiciones y loas al señor, bendiciendo la santa campaña del reino de Navarra. Nos han dado todos los detalles imaginables de lo que pasó, y media docena de cartas de recomendación y de privilegios para el feudo de San Paio —explicó el gascón al respecto de su estancia

en el palacio real—. Incluso salvoconductos para ponernos en marcha hacia la Palestina, firmados por el mismo rey Teobaldo, que, por cierto, no ha asomado los hocicos. Sin embargo, me temo que todo eran patrañas.

—Ya, me hago cargo —concedió Ciriaco—. No me cuentes más. Os vais a embarcar en esta locura y quieres saber qué diantres le sucedió de verdad a don Rodrigo en los malditos desiertos de Gaza, ¿no es así?

El gascón asintió con severidad.

—Pues si estáis decididos a seguir con esta condenada chaladura, podéis contar conmigo —aseguró el mercader convencido—. Creo que tengo exactamente al hombre que necesitáis —añadió ensanchando su sonrisa—. Si alguien sabe lo que pasó en esa desastrosa aventura, es él. Puedes jurarlo. Aunque dudo de que vayan a canonizarlo con tantas prisas como al de Padua… Este desgraciado se gana la vida con la lujuria, vende cantárida…

Dicho eso, Ciriaco se echó a reír, divertido por su propia broma. Y el desconcertado Laín se preguntó qué diantres tendría que ver san Antonio de Padua con el hombre al que iban a conocer.

A la tímida pregunta de Laín, el mercader de reliquias le explicó entre bromas que la cantárida era un bichejo que correteaba por los árboles, especialmente en las antiguas taifas de los sarracenos, donde el sol brillaba con más fuerza que en las montañas del norte. Le contó cómo, tras capturar a los escarabajos y secarlos, se hacía con ellos un polvo fino que se podía tomar si un hombre quería asegurarse de cumplir en el lecho con una mujer dispuesta.

—… con la verga tiesa toda la noche —le había dicho, riendo de sus propias palabras.

De inmediato Laín se sintió abochornado, y en su cabeza enseguida se agolparon multitud de nuevas preguntas que ya no se atrevió a formular.

Sin embargo, pese a que pareciera tomarlo todo a chanza, Ciriaco cumplió con lo prometido.

Más aún, no sólo encontró a quien les diera las referencias que buscaban, sino que también le pagó de su propio bolsillo. Y la única condición que puso fue la de estar presente y enterarse también de qué había sucedido exactamente con don Rodrigo. Aunque, visto adonde les había llevado la peripecia, Laín no se hubiera extrañado si el mercader hubiera salido por patas de aquel lugar infecto.

—Claro que lo recuerdo —contestó de inmediato, en cuanto los pepiones que le había entregado el mercader dejaron de tintinear en su bolsa—. Un bigardo…

Carraspeó e intentó una sonrisa beatífica que no sirvió para otra cosa que para cuartear la capa de mugre que le cubría la cara, donde también se anunciaba el destino de los dineros, porque las telarañas rojizas que le tejían las narices delataban una afición desmesurada por el vino barato. Tenía el mismo aspecto desaliñado y miserable que un montón de ropa olvidada en un rincón.

—Un caballero aguerrido —corrigió—, de buenas maneras y mejor planta. Usaba cinco tórtolas sobre fondo azur como blasón…

Laín estuvo a punto de intervenir para corregirlo, porque eran palomas lo que adornaban el escudo de los Seijas. Sin embargo, le bastó pensar en la fría mirada que le hubiera despachado Guy para contenerse y guardar silencio.

—… Le echó coraje, mucho coraje.

No podía saber si lo decía por halagar, incentivado por las monedas, o si hablaba con sinceridad, porque tenía aspecto de rufián venido a menos. Pero le gustó que hablara así de su padre. Aunque no sabía si el juicio de aquel menesteroso tenía algún valor.

El tipo era una desgracia humana. Enteco y revenido, daba la impresión de estar hecho con trozos rescatados de aquel muladar por el que habían pasado Guy y el muchacho. Hasta un puñado de moscas lo rondaba, zumbando alrededor de los escasos mechones grasientos que se desperdigaban despeinados por una cabeza afilada que, sin duda, había sufrido de tiñas persistentes. Le faltaban los dos dedos menores de la mano izquierda, y el trabajo del barbero había sido una chapuza, porque los retorcidos muñones tenían el aspecto de sarmientos recién podados. Sin

embargo, con los que le quedaban se mostraba extremadamente hábil en hurgarse los mocos de sus narices mugrientas. Parecía una escurridiza anguila recién sacada de un pozal de barro.

Según les había dicho Ciriaco, era uno de los escuderos que habían salido con el ejército armado por Teobaldo, y su única virtud a la vista era la de disimularse hasta casi la perfección en la inmunda covacha a la que les había guiado el callado sirviente del mercader, que era quien se había encargado de los arreglos.

—Fue culpa del maldito Papa —dijo, escupiendo por un hueco de entre los muchos que tenía para elegir en una boca donde ya sólo le quedaban media docena de valientes, todos negros y carcomidos—. A Teobaldo le llegó el tufo de la gloria y fue como si le hubieran prendido fuego en los calzones. Lo organizó todo en un abrir y cerrar de ojos, y salió tan rápido como una flecha…

Parecía que el tipo estaba contento de tener quien le escuchase, probablemente porque allí no recibía muchas visitas. El lugar era una zorrera inmunda en aquel laberinto de chozas que se extendía en el barranco entre los burgos de la Navarrería, no lejos de la torre de los Triperos, en un recoveco en la hoya que quedaba al pie de la iglesia de San Jaime. Un cuchitril apestoso en el que sólo Laín era capaz de estar de pie sin verse obligado a torcer el cuello para evitar golpearse con las ramas verdes que servían de travesaños para sostener la mezcolanza de tepe, hierbas y lonas que hacían las veces de techumbre.

—… Sacó de Navarra a muchas tropas de infantería y caballería —siguió explicando aquel desecho que respondía por el nombre de Antonio, y eso era lo único que tenía en común con el santo de Padua—, además de cuatrocientos caballeros de solar conocido y sus armas en blasón para protegerse a sí mismo si había lances arrestados —intentaba darle dignidad a su relato—. Entramos en París en bien cumplido el estío del treinta y nueve, llenos de ilusión, esperanzados. Claro que era porque nos habían mentido como a bellacos. Creímos todas aquellas promesas de gloria y dineros. Y allí nos reunimos con muchos más incautos, de la Champaña, de Bria y de cualquier otro rincón donde valiesen los sueldos que pagaba Teobaldo. Y antes siquiera de empezar, ya se fue todo al carajo —aseguró, volviendo a lanzar un gargajo con tanta habilidad como para acertar a una de aquellas moscas que le servían de escolta.

Les explicó que los malditos genoveses y venecianos andaban a la gresca, malmetidos por la cizaña de los pisanos. Además, el Papa discutía sobre Cerdeña con el emperador Federico. Y, todo a un tiempo, los regentes del joven Balduino pedían auxilio desde Constantinopla, asediados por los búlgaros. Para colmo, las fuerzas del Imperio mogol avanzaban sin freno hacia el Mediterráneo y ya habían atacado el país de los magiares.

De todo aquel lío, Laín sabía poco y le importaba menos. Pero le quedó claro que había cinco lobos disputándose el mismo rebaño de ovejas. El Sacro Imperio del emperador Federico, que dominaba Occidente y, mal que bien, se entendía con Roma.

En Oriente, el Imperio latino, fundado tras la conquista de Constantinopla, que no se entendía con el heredero de Pedro, ni mal ni bien, porque tenían un Papa propio al que llamaban patriarca. Los mogoles, que habían conquistado casi todo el levante y, a cada noticia que llegaba de ellos, más cerca parecían. Los turcos, que ocupaban los santos lugares y que no se dejaban conquistar. Y los ítalos, que se repartían entre pequeños reinos peleados entre sí por el comercio del mar interno, y que, según les conviniese, apoyaban o no a los Estados Pontificios.

Un desbarajuste que, fuera por los motivos que fuese, cosa que a Laín se le escapaba, resultó en la división de las fuerzas del rey Teobaldo. Hubo caballeros que quisieron auxiliar al Santo Padre, mientras que otros prefirieron seguir hacia la Palestina, ya para reconquistar los santos lugares o para echar una mano en el Bósforo.

—Nos dividimos, cada cual por su lado y allá cada cual con su conciencia —explicó el mugriento Antonio hurgándose con una ramilla entre los huecos que le llenaban la boca—. Según le apeteciera a cada caballero congraciarse con Aquisgrán o con los hábitos papales, unos se fueron por tierra, otros por mar y unos cuantos se dieron la vuelta. Que cada chucho se rasca las pulgas como más le conviene.

Aquello le supuso un disgusto a Laín, porque temió que hubieran hecho todo aquel esfuerzo en balde. Quizás este cuitado le había perdido la pista a don Rodrigo y, pese a las suposiciones de Ciriaco, tendrían que seguir buscando a quien les diera referencias de lo que había acaecido al señor de San Paio.

—Y los pobres como yo hicimos lo que nos mandaron, que no teníamos otra opción…

Entonces Ciriaco se hartó de tantas divagaciones y apresuró a aquel desdichado a explicarse.

—Lo que nos interesa es saber qué fue de don Rodrigo —lo exhortó con aquel vozarrón—, ve al grano.

Se siguió un estornudo y un reguero de mocos que acabó estampado en la manga deshilachada.

—Embarcamos en Aguas Muertas y navegamos hacia San Juan de Acre, pero nos recibieron con cajas destempladas —contó con un gruñido—. Los caballeros del Temple estaban enfrentados con los oficiales del emperador Federico, a los que mandaba un tal Rainaldo de Baviera. El tipo tenía una tregua con los sarracenos y no quiso oír hablar de unir fuerzas para atacar a los infieles; al contrario, él y los suyos aprovechaban cualquier ocasión para mandarnos al carajo, porque íbamos con el beneplácito del Papa, y el emperador Federico, para variar, andaba jodiendo con la santa Roma.

Pareció divertirle su crudo relato y sonrió con malicia, enseñando aquella covacha putrefacta que tenía por boca.

—Aun así —añadió con resignación—, Teobaldo tomó la decisión de aliarse con los templarios y desobedecer a los tudescos de Federico. —Paró para sorberse los

mocos ruidosamente—. Nos pusimos en campaña. Y el señor me perdone, incluso a mí me entró el ansia devoradora de la guerra. Teníamos hambre de venganza, queríamos matar a todos los turcos que se nos pusieran por delante.

Por un instante, aquella desgracia humana pareció cobrar algo de orgullo.

—Destruimos el país llano del rey de Damasco y el soldán de Egipto, no dejamos piedra sobre piedra —explicó Antonio con furia—. Resultó que esos dos estaban desavenidos entre sí y fue fácil pagar traiciones. Pero nos pagaron con la misma moneda: plantaron la cizaña entre nosotros y tendieron la mano a los templarios. Si queréis saber más, tendréis que preguntar a ese hideputa de Teobaldo… Acabamos divididos otra vez, cada cual luchando dónde y cómo le parecía. Los del Temple se escaquearon, los de la Champaña dijeron que se volvían, y los que quedamos allí intentamos apoderarnos de Ascalona. Pero no dio resultado, salió rematadamente mal. Pero eso no fue suficiente para el muy noble rey de Navarra, ese avaricioso quería más, quería seguir los pasos del duque de Bretaña. Olía la fama como un chucho a una perra en celo. Estaba empecinado en volver a casa cubierto de gloria —aseguró, asintiendo varias veces—. Le cegaron las ansias y nos condenó. Ese cabrón avaricioso y malparido nos llevó directo a las puertas del averno. Nos lanzamos a la conquista de Gaza, porque ya andábamos cerca de la plaza. Sin descansar durante la noche y sin conocer el terreno, nada más que lo poco oído aquí y allá…

Recordando a su padre, Laín se vio inmerso en aquel viaje. Casi pudo sentir el aire abrasador, la arena bajo los pies. Se imaginó cabalgando por aquel desierto calcinado, siguiendo los pendones de Navarra, llevado por el deber al lado de don Rodrigo de Seijas, señor de San Paio.

Se permitió incluso desear que, en aquellos días de penuria, mientras vagaba por aquellos lugares dejados de la mano de Dios, su padre hubiera hecho algo parecido. Quizá don Rodrigo le habría dedicado un pensamiento. A lo mejor se había acordado de él.

—… Dimos con unos arenales. Una maldita broma, ¡una condena! No lo creeríais, pero los cascos de los jamelgos se hundían hasta el corvejón como en barro blando. Las monturas piafaban asustadas, y todos gritaban órdenes alocadas, cada cual pensando que tenía la solución. Fue un desastre. Ni maniobrar se podía. Y corríamos el riesgo de romper las patas de las pobres bestias.

Una sombra de aquel terror le cruzó los ojos y todos vieron que era sincero.

—Es lo peor que he visto en mi vida —continuó—. Nos enterrábamos en vida en aquellas arenas calientes. No se podía avanzar o retroceder. Cada paso era una condena, ¡un calvario!… Un auténtico viacrucis —dejó escapar un suspiro de resignación—. Y, como suele pasar cuando la mierda te llega a los huevos, antes o después te acaba llegando al gaznate. —Pese a sus esfuerzos por contar el relato con la dignidad de un trovador en la Corte, su condición mandaba y las obscenidades se le caían de los labios, más a medida que avanzaba en la historia—. Nos descubrieron, ¡maldita sea! Nos descubrieron, allí empantanados, como moscas en un plato de miel, y el gobernador de Gaza, que era perro viejo y que sabía de nuestras intenciones, aprovechó la ocasión. ¡Como para no hacerlo! Si se la pintaban calva. Apostó su guarnición de tal manera que no había resquicio por el que retirarse ni otra solución que ahogarse en aquel mar de arena ardiente. Nos encerró como a gorrinos en el establo el día de matanza.

Negó repetidamente, sacudiendo aquellas greñas mugrientas que le bailaban en las sienes. En sus ojos pardos, más allá de las legañas, Laín distinguió un breve destello del horror que le traía aquel recuerdo.

—Estábamos sitiados, y empezaron a pasar las jornadas. Mediodías abrasadores y noches frías, peor que al relente de Burgos en pleno invierno. El agua escaseaba. Los odres estaban vacíos y las gotas que quedaban sabían a pellejo de tenería…

Volvió a suspirar y volvió a negar, pero ninguno de los otros tres lo apremió.

—Alguno murió con la lengua negra e hinchada —dijo sacando la suya, sucia y cuarteada por la escrófula o la peste que fuera que lo aquejaba—. Otros bebimos sangre de los mulos que aún no habían muerto. Unos pocos, el Señor los perdone y los acoja en su gloria, locos de angustia, se rebanaron el pescuezo para no seguir viviendo aquel tormento. Era como haber muerto y estar condenado en los infiernos. Nos asábamos como pan en el horno y al caer el sol tiritábamos tanto que parecía que lleváramos cascabeles. Se nos quemaba la piel, que nos salía a jirones, como si nos

despellejáramos… Los caballos enloquecían y se desbocaban en estampida. Y los hideputas de los turcos nos miraban y se reían. Por las noches los oíamos, os lo juro; la brisa nos traía sus cánticos y sus juergas, ¡malditos hijos de perra!

En el temblor de la voz se percibía la pesadilla que habían vivido aquellos hombres. Ya no había intento alguno por darle dignidad al relato, y tampoco la crudeza obscena de un hombre sin suerte en la vida. Sólo la sinceridad del martirio por el que había pasado.

—Nos dejaron allí, asándonos a fuego lento. Los condenados nobles y los plebeyos por igual. Importaba un bledo el color de la sangre, todas hervían lo mismo. Y nos llegó la hora…

Tragó ruidosamente. Se sorbió los mocos. Laín casi pudo sentir aquella calima hecha de brasas cayendo sobre él. Los días sucediéndose iguales, uno tras otro, sin más diferencia que el número de muertos que empezaban a hincharse y a apestar en cuanto espiraban su último aliento.

—Esperaron hasta que estuvimos maduros y, un amanecer, el cuarto o el quinto desde que habíamos embarrancado, atacaron. Esos perros infieles nos echaron encima cuanto tenían… Luego supimos que se atrevieron porque habían recibido refuerzo de mamelucos venidos de Egipto. Aunque para entonces ya nada importaba. —Volvió a escupir, arrancándose un gargajo espeso y purulento de algún lugar en los pozos de sus entrañas—. Para cuando se abalanzaron sobre nosotros, el hambre, la sed y la vigilia habían mermado nuestras fuerzas y ya no teníamos voluntad. No éramos otra cosa que peleles. Apenas fuimos capaces de ofrecer resistencia.

Laín apretó los ojos. Y Guy, chasqueando la lengua con disgusto, confirmó sin decir nada que cuanto le habían contado en el palacio de la Navarrería era una sarta de mentiras.

Cuando Fruela lo había llamado, después de que partiera de San Paio el mensajero de Teobaldo, las noticias habían sido que en aquellos arenales del desierto se habían perdido unos cuantos hombres. Y eso mismo le habían repetido esa mañana.

Nadie había mencionado el ataque del gobernador de Gaza.

—Fue una masacre…

Necesitó una pausa antes de continuar. Y manoteó espantando las moscas que revoloteaban a su alrededor.

—Fue horrible. Esos infieles desconocen la piedad. Son como zorros rabiosos, y estaban deseando cobrarse venganza. Nos destriparon. Uno a uno. Hasta que ya no podían sostener los alfanjes y nuestra sangre les llegaba a los codos.

Tuvo que detenerse de nuevo y luchar contra un escalofrío que le recorrió el espinazo. Los otros tres se dieron cuenta y Antonio los miró como un cachorro, ensayando una sonrisa avergonzada.

—Al final sólo nos salvamos un puñado —murmuró en cuanto logró continuar—, incluyendo a don Teobaldo y al duque de Borgoña, que mantuvieron la cabeza pegada

al cuerpo porque muchos, ¡muchos!, dieron la vida por ellos, ¡maldita sea! Y miradme ahora, me prometieron el cielo y me llevaron al infierno… Ni tan siquiera me pagaron la soldada prometida. —Eso arrancó otro escupitajo y la mano de Antonio se cerró en un puño del que sacó su pulgar mugriento, maldiciéndolos con el gesto—. Una higa para ellos y todos sus descendientes, ¡malditos sean esos bastardos! Tuvimos que caminar durante dos miserables días con sus noches miserables, hasta que llegamos a Jafa y al campo de Ascalona; otros dos días y dos noches de sed. Íbamos dejando muertos detrás de nosotros como si sementáramos aquella tierra condenada. Pero llegamos… Llegamos y, en cuanto se corrió la noticia entre los cristianos, cundió la preocupación al saber que los mamelucos habían acudido a la llamada del gobernador de Gaza… Eso les hizo apretar el culo a todos ellos, se les subieron las brevas al cogote, porque después de la masacre todos temieron correr el mismo destino. Apenas calmamos la sed, huimos como perros cobardes. Todo el ejército de los soldados de Cristo se puso en camino a San Juan de Acre para encontrar naves con las que regresar y dejar a nuestras espaldas a los turcos, a los santos lugares y a la madre que los fundó a todos. Pero ahí no acabó la cosa, no, claro que no…

Entre los pocos dientes se le escaparon maldiciones que nadie escuchó.

—Para colmo, todo aquel asunto soliviantó a los templarios. En cuanto se enteraron de que el de Navarra quería regresar, supieron que ellos se quedaban solos —aclaró, poniendo los ojos en blanco, como dando a entender que no fue ninguna sorpresa—, sin otro remedio que hacer tratos con los infieles.

»Pero al condenado Teobaldo aquel pandemónium que se montó se la trajo al pairo. Buscó tiempo y ganas para cumplir con las peregrinaciones de ultramar. Visitamos el Santo Sepulcro y ese malparido tuvo la desfachatez de pedir una oración por los caídos, ¡maldito cabrón! Ni siquiera intentó tratar por los prisioneros de los turcos en Gaza, o por los desaparecidos. Sólo se dedicó a aparentar su devoción y piedad.

Negaba con sacudidas rotundas del mentón, sucio de churretones morados que únicamente podían ser vino seco. Y Laín, a quien el gascón le había contado sobre el mensaje entregado en San Paio, apretaba los puños con desesperación.

—Salvó el culo y las apariencias, porque para entonces ya había llegado noticia de que Ricardo de Inglaterra tenía intención de partir hacia la Palestina para luchar contra los infieles. Otro iluminado ansioso por hacerse con la gloria… El caso es que el inglés sirvió en bandeja la excusa a Teobaldo, así pudo volver a casa con el rabo entre las piernas. Al fin y al cabo, ya venía el desgarramantas ése a seguir los pasos de su tío Corazón de León y a ocupar el lugar de Teobaldo. A seguir peleando contra los turcos y los mamelucos para mayor gloria de Cristo. Y ya se ocuparía él de los prisioneros si había ocasión. Y si no se ocupaba, me huelo yo que a nuestro querido rey le importaba un carajo.

Por un momento, sólo se movió Lume, al que habían recogido de camino a casa

del Bicho. Se terminó el hueso que había encontrado en el muladar horas antes y cambió de postura a los pies de Laín, después de dejar escapar un sonoro bostezo.

Al cabo, Ciriaco fue el que habló con aquella voz ronca que gastaba:

—¿Y cuándo fue la última vez que viste a don Rodrigo?

Durante un instante estúpido, Laín albergó la imposible esperanza de que su padre hubiera sido uno de los que se habían marchado en alguna de las confrontaciones de la expedición. Quiso creer que a lo mejor había llegado ya a San Paio. No tenía sentido, pero él quiso creer igualmente.

Por desgracia, la respuesta lo devolvió con un empujón a la cruda realidad.

—En Gaza, cuando nos atacaron. —A Laín se le escapó un lamento entre los labios fruncidos.

Calló entonces el tal Antonio, carraspeó e hizo ademán de hablar, pero le salió la voz ronca y, aunque el muchacho no lo entendió, los otros dos sí comprendieron.

Guy hizo un gesto de asentimiento a Ciriaco y el mercader hurgó en la bolsa para lanzarle dos monedas de vellón a aquella desdicha humana, que las atrapó al vuelo y, después de morderlas con alguno de sus míseros dientes, las hizo desaparecer en algún rincón de sus harapos.

—Había aguantado bien el tal Rodrigo —dijo con admiración—. Para ese día, aún le quedaba media docena de hombres que mandar. En su grupo se había racionado el agua y aún tenían tasajo que masticar durante horas para engañar el hambre. —Al oír aquello, Guy asintió con orgullo, recordando a sus compañeros de San Paio, contento de que se hubieran comportado como debían—. Y entonces llegó ese condenado amanecer y los turcos atacaron.

»Y nosotros nos defendimos, por Dios, por la fe, por la patria, o por lo que a cada uno le salió de sus entendederas.

Poco a poco, su tono se había ido tornando agrio, y a ninguno de los tres les cabía duda ya de que aquel hombrecillo lastimero opinaba que todo aquel asunto era una locura de la que arrepentirse de por vida.

—Bajo el estandarte de las tórtolas. —Laín tampoco intervino esa vez para corregirlo.

—Bajo el estandarte de las palomas, pelearon con rabia. Yo tenía que andar a mis propios asuntos, que no quería acabar degollado en aquel infierno. Pero tuve ocasión de ver a ese don Rodrigo empalando a un turco con la lanza y, después de que se partiera el asta, descabalgar para usar la espada.

»Sus hombres hicieron piña con él. —Estas palabras provocaron un nuevo asentimiento de Guy—. Aguantaron las embestidas de los malditos infieles, que parecían incapaces de desfallecer, como si la batalla, la sangre y aquella carnicería no los fueran a detener jamás. Salían de la arena como alacranes. Tantos que tapaban el sol. Pero los de don Rodrigo aguantaron, ellos y otros cuantos que andaban desperdigados. Nadie hubiera apostado ni el forro de la bolsa, pero aguantaron. Para cuando un grupo de aquellos perros infieles logró separar a Teobaldo de su escolta, a

los vuestros —aclaró, señalándolos con un golpe de mentón— aún les quedaban tres y el tal don Rodrigo, y no lo dudaron, echaron a correr para defender a nuestro querido rey de Navarra y conde de Champaña.

Y movió las manos con prisa, para ilustrar la batalla, persiguiendo la izquierda con la derecha.

—Lo vi con estos ojos que se han de comer los gusanos. Los turcos ya se relamían pensando en el rescate que iban a pedir por Teobaldo, ya sólo quedaba él en pie…, y uno de sus escoltas, y al pobre le rebanaron el pescuezo a la segunda arremetida —explicó, pasándose el dedo por la garganta mugrienta—. Allí estaba Su Majestad, solo, cagado de miedo…, que hasta yo podía oír cómo le castañeteaban los dientes al condenado cobarde. Gritaba y gritaba, llamando a sus caballeros para que lo defendieran, pero los pocos que aún se tenían en pie andaban lejos, peleando con otra piara de turcos. Y los primeros que llegaron fueron los vuestros —continuó, señalando hacia los tres—. Lanzando mandobles a diestro y siniestro, con los cojones bien puestos y un paternóster entre los dientes. Daba gloria verlos —reconoció con un amago de sonrisa—. Iban jodiendo a esos barbudos, dándoles lo que se merecían. Pero de donde no hay, no se puede sacar…

Los miró con complicidad, como si no hiciera falta explicar nada más. Y tanto Ciriaco como Guy asintieron, comprendiendo que les estaban descubriendo una lucha en vano, pues los hombres de San Paio habrían estado superados en número por una proporción impensable de enemigos.

—… Era evidente que iban a acabar con ellos, pero los vuestros dieron tiempo a los caballeros del rey a acudir en su rescate. Apenas un puñado de hombres con jamelgos exhaustos, pero más que suficientes para proteger la huida de un cobarde. —De nuevo se notó el desprecio por el monarca que destilaban sus palabras—. Al final sólo quedaban dos, el tal don Rodrigo y uno de los suyos, con una tajadura en el hombro que sangraba malamente…

En ese momento, Guy le interrumpió:

—¿Qué aspecto tenía el que aún seguía en pie con don Rodrigo?

Por la descripción que les hizo Antonio, el gascón supo que se trataba de Alvar, un joven de Ourense que llevaba ya diez años al servicio de la torre de San Paio. Un hombre de palabra, honrado y serio, como todos los que él había elegido para proteger a la familia Seijas y servir la encomienda del monasterio de Sobrado.

Cuando miró hacia el muchacho, vio que Laín no había apartado los ojos de aquella desgracia con pies y se dio cuenta de que esperaba saber por fin qué le había sucedido a su padre.

—Está bien, continúa —urgió a aquel deshecho maloliente—. Y más vale que cuentes toda la verdad y nada más que la verdad —lo exhortó, con una mano en la empuñadura de su espada—. Ya estoy harto de mentiras, embustes y farsas. ¿Qué le pasó a don Rodrigo?

El otro asintió una vez más, agitando sus guedejas.

—Lo hicieron preso —declaró sin fingir pesadumbre—. Es lo que hacen cuando distinguen a alguien bajo blasón con anillo al dedo. Saben que hay una posibilidad de cobrar un rescate y prefieren un vivo al que cambiar por oro que un muerto que no vale más que lo que puedas robarle de los bolsillos.

—Y el rey Teobaldo, ¿no hizo nada?

Hasta Lume se giró al oír la voz de Laín, que no había podido aguantar callado por más tiempo.

Guy se fijó en que las mejillas del chico estaban encendidas. En sus ojos se veía una furia que nunca antes había mostrado. Ni siquiera durante la paliza que Fruela le había dado en el patio de la torre. Tenía los puños tan apretados que los nudillos aparecían blancos, y estaba tan tenso que todo su cuerpo cimbreaba como una vara de mimbre.

Compungido por la escena, el gascón puso la mano en un hombro al chico y apretó suavemente los dedos, con la intención de reconfortarlo. Pero no sirvió de mucho. El muchacho insistió:

—¿Qué pasó?

Antonio había sobrevivido tantos años sin nada más que ofrecer que los polvos de cantárida con los que contrabandeaba que, a la fuerza, había aprendido a calibrar a los hombres que se le echaban a la cara. Y aunque aquel que tenía enfrente no era más que un chico, ya era más alto que él y de espaldas más anchas. Pero no fue el tamaño lo que lo arredró, sino la determinación que vio más allá de sus inquietantes ojos, del color encapotado de una galerna deshaciéndose en la mar revuelta.

—No hizo nada, sólo huyó para ponerse a salvo —contestó finalmente, dando un tímido paso atrás, temeroso por la reacción del muchacho—. Eso es lo que hacen los reyes, salvar su culo y aparentar. Y el tal don Rodrigo no es el único, de la Palestina apenas volvió un puñado de hombres de todos los que partieron. Puedes apostar a que de todos los que allí quedaron, si tenían tierras y dinero, están ahora en los calabozos de los turcos.

Con un tirón brusco, Laín se deshizo de la mano del gascón y se encaró al borrachín.

—¿Es ésa toda la verdad? —cuestionó poniéndose a un palmo del rostro acongojado del otro—. ¿Toda?

Sorprendido por el arrebato del muchacho, Guy vio al otro asentir, al tiempo que daba pasos atrás y, por un momento, temió que la furia que percibía en Laín se desatara y empezara a sacudir puñetazos a aquel desgraciado. O peor aún, que le diese por estrenar la daga que acababa de regalarle, arreglándole la madeja de las tripas de un tajo.

Lume se había puesto en pie y estaba junto al chico, atento a cualquier señal. Con los belfos retirados y los colmillos brillantes por la baba, el chucho estaba dispuesto a atacar si su amo lo hacía.

Entonces, sobreponiéndose con un esfuerzo sobrehumano, el muchacho se dio la

vuelta. Dudó por un momento y echó a correr. Se apartó de todos a empujones, lleno de prisa enrabietada. Sólo el perro lo siguió.

Ciriaco y Guy se miraron por un instante y el mercader de reliquias se hizo cargo. Pagó al borrachín para que mantuviera la boca cerrada, cosa que dudaba, pero que hizo igualmente, y animó a su amigo a que saliera.

—Vamos, no habrá ido lejos —le dijo.

Para cuando ya estaban fuera, caminando por entre la miseria de aquel lugar en el barranco, volvió a hablar:

—Yo ya había oído rumores de cosas parecidas… ¿Crees que Fruela sabía la verdad?

Sin dejar de mirar por si veía al chico, Guy le contestó pesaroso:

—Todas las piezas están en el tablero, como en ese juego de ajedrez que tanto te gusta —dijo, como si le costase articular cada palabra—. Estoy seguro de que lo sabía, pudo sobornar al mensajero que trajo los recados de Teobaldo…

—O sacar información en Ponferrada de los templarios —lo interrumpió Ciriaco, más dado a soltar la lengua—. Sabes tan bien como yo que no hay descosido en la Corte para el que los de la Orden no tengan el hilo. Puede que hasta lo supieran antes que nadie; quizá ya recibieran mensaje directamente desde la Palestina. Esa ruta que siguieron hacia Gaza los tuyos suena extraña, probablemente el rey Teobaldo quería seguir hacia el sur, hacia las reliquias de Lunel. Seguro que despertaron las sospechas del Temple.

El mercader suspiró con disgusto antes de continuar.

—Siempre están al tanto de todo —repuso, seguro de sí mismo—. Además, por lo que se ve, esto no era más que un secreto a voces. Ya no hay duda, yo tenía razón, por más que me pese —añadió, y alzó las manos como quien suelta una olla caliente—. Estaba en lo cierto, y no vales más que tus recuerdos sobre lo que Jacques encontró. En toda esta locura nunca hubo intención alguna de salvar la vida de don Rodrigo. Y no olvides un último detalle —añadió enigmático—: Me contaste que en Maceda os topasteis con la comitiva del infante Afonso…

Guy se giró hacia su amigo y arqueó las cejas para preguntar, pues no veía qué podía tener que ver el heredero del trono con todo aquel embrollo en el que andaban metidos.

—Ya sé que no es más que un crío —dijo Ciriaco refiriéndose al infante—, pero hace años fue prometido a Blanca de Champaña, que no es otra que la hija del mismísimo rey Teobaldo.

Abrió Guy los labios para decir algo. Podía objetarse que ahora la Corte andaba en tratos para casar al infante de Castilla con la hija del conquistador Jaime de Aragón, pero era evidente que allí había una relación que, hasta entonces, se les había escapado. Y por eso, al cabo, cerró la boca y no dijo nada.

Callaron durante un rato más, sin dejar de mirar a un lado o a otro, buscando al muchacho.

—¿Qué vas a hacer?

En esa ocasión, la respuesta fue casi inmediata. Guy no lo dudó.

—Teobaldo quería las reliquias. Los templarios quieren las reliquias. Del infante Afonso… No tengo idea, puede que sí, puede que no. Pero yo no tengo más remedio…

El mercader arqueó una ceja que tironeó de la mancha en su mejilla.

—… que seguir adelante —contestó el gascón con parquedad.

Ciriaco meditó por un rato aquellas palabras, tasando con cuidado su significado.

—Pues me da en la nariz que sólo tienes una opción —sugirió seguro de sí mismo.

—Lo sé.

ESTROFA

VIII Y ESTRIBILLO
EL JURAMENTO

«En todos los tiempos deben ser alabados los hechos heroicos de los valientes militares que se emplean justamente en la defensa de la sagrada religión de Jesucristo, de su rey y de su patria».

Historia de los Templarios, Santiago López

Más de una vez me he preguntado qué me dirá Simón Pedro cuando llegue mi hora y haya de presentarme ante las cancelas del paraíso. Porque nuestro señor Jesucristo le dio al santo de Betsaida las llaves del Reino de los Cielos, y también le dijo que aquello que atase en la tierra quedaría atado allá arriba, pero cómo se juzgará una vida en la que el pecado ha servido para huir del mismo pecado.

Creo que ya lo he dicho antes: no es que haya sido un santo.

La verdad, a fuer de ser sincero, ni siquiera me ha preocupado buscarme algún plato de pescado durante las vigilias. Y soy incapaz de recordar cuándo fue la última vez que me acogí a confesión, hice sincero acto de contrición o cumplí con una penitencia. Después de lo que hube de vivir, mi fe flaqueó y, válgame el Señor, jamás volvió a recuperarse.

He ido de acá para allá buscando siempre buenas mujeres y buenas historias, sin más preocupación que mantener la cabeza pegada a los hombros y conseguir alguna moneda de vez en cuando.

No me avergüenza reconocer que mi palabra no vale lo que una higa, y que he mentido como un bellaco si olía beneficio. Pero aquella noche, en San Paio, ¡válgame el Señor!, aquella noche descubrí por primera vez en la vida el peso del deber, el mismo del que tantas veces había cantado loas en mis composiciones, el mismo que se le supone a los héroes aguerridos de las gestas.

Con lo poco que escuché antes de que me vencieran el vino y el ajetreo del día, ya supe, sin duda alguna, que aquélla era mi ocasión. Ante mí tenía la historia que podía ser mi gran trova. La historia que llevaba toda una vida buscando.

Si le echaba redaños, si no dejaba que se me escapase, podía escribir algo grandioso, nunca antes visto. Tan inspirador como el *Libro de Alexandre*, un espejo de príncipes a la altura de las letras de Juan Lorenzo, el de Astorga. O tan desgarrador como el *Cantar de los Siete Infantes de Lara*, perdidos por su sed de venganza.

Sería recordado por mis nietos, por los nietos de mis nietos. Por primera vez a lo largo de tantos años en la miseria, estaba seguro; tenía al alcance de mi mano la fama, que es la ramera más esquiva y cara de todas las que jamás ambicioné.

Se trataba de uno de los niños de Cloyes.

Y eso era oro puro.

Una historia que había corrido ya de punta a punta de los condados. Que se cantaba en la Germania y que la habían oído hasta los bereberes.

Un pastorcillo gabacho tuvo visiones de Nuestro Señor Jesucristo y quedó convencido de haber sido llamado a liderar a los hombres que han de desfacer las conquistas de Saladino en las tierras santas. Tal era su fervor, tanta la pasión con que predicaba, que enseguida empezaron a seguirle todos los muchachos del pueblo de Cloyes y, antes de darse cuenta, las lenguas de los campesinos llevaban el prodigio hasta el último rincón de la Provenza, la Gascuña, la Aquitania y el quinto infierno.

En apenas un par de semanas, una procesión de miles de críos marchó hacia París a rogar parlamento con el rey francés. Que al principio se negó a recibirlos y los

mandó a tomar viento, pero, tras milagros increíbles a manos del pastor, con curaciones imposibles y multiplicación de panes, el rey humilló la testa y accedió a la entrevista. Y el tal Esteban, que era el nombre del pastorcillo, ni corto ni perezoso, le ordenó al monarca que, tal y como le había revelado el crucificado, debía iniciar una nueva y gloriosa campaña en ultramar. Sin embargo, el rey gabacho no se dejó engatusar y se negó en redondo a enlodarse en aquella locura. Aunque eso no desanimó a los niños, ni mucho menos, que prosiguieron camino hasta Aguas Muertas a la espera de que algún mercader caritativo les cediese puesto en alguna galera. O quizás a que el mar se abriese ante ellos como se abriera a los pies de Moisés, porque tanta era su fe que no dudaban de que la divina providencia proveería.

Y allí en el puerto rezaron día y noche, durante mareas y mareas, hasta que pasó lo inevitable y la vil naturaleza humana hizo su aparición. Unos hombres malfadados los engañaron.

Los embarcaron en míseras chalupas que iban perdiendo los clavos por falta de calafate, hechas más de astillas y esperanza que de otra cosa. La mayoría se hundieron y las pocas que llegaron a la costa lo hicieron de puro milagro. Embarrancaron por algún lugar no lejos de Ascalona y allí los niños fueron vendidos como esclavos al mejor postor.

Triste destino el de esos mocosos. Esclavos de turcos y bereberes, perdidos para siempre en tierras de infieles. Alguno acabaría de eunuco en el harén de algún agareno. Y más de uno terminaría sodomizado por griegos perversos, que siempre han sido un pueblo aficionado al pecado más nefando.

Años después, aquí y allá, en Mallorca, Cerdeña o Valencia, de tanto en tanto se corría la voz de que alguno se las había apañado para regresar. Se decía que unos pocos habían trabajado como traductores para el soldán de Egipto y que no habían encontrado mala vida, pero de otros se rumoreaba que habían terminado en las minas de sal. Llegó también la historia de uno que había entrado a formar parte de la guardia de los mamelucos.

Los pobres habían quedado desperdigados por doquier, a la buena de Dios y sin más bagaje que su inocencia. A buen seguro cualquiera de sus desgracias hubiera podido construir una buena historia.

Y aún me recorre el espinazo un escalofrío de emoción cuando lo recuerdo. Aquella noche en la taberna de San Paio conocí por fin a alguien que podía relatarme aquellos prodigios que habían vivido los seguidores del pastorcillo de Cloyes.

Y aquello no era más que el principio. Sólo el principio.

Porque, además de uno de los niños de Cloyes, había en la historia reliquias, mentiras, reyes, infantes y conspiraciones. Sólo faltaba una buena mujer con largas piernas y escote generoso, pero estaba seguro de que habría de llegar.

Por eso, cuando desperté al día siguiente, tirado bajo la mesa de la taberna, me llevé un buen coscorrón al levantarme de golpe y estrellar la frente en los maderos

sucios donde los parroquianos pegaban los mocos. Con el traqueteo, cayeron los vasos, se rompió una jarra y de algún rincón llegó la maldición que otro somnoliento echó a mis muertos.

La había encontrado y no estaba dispuesto a perderla, tenía mi gran historia, lo sabía por cómo me palpitaba el corazón. Y, pese a que me perseguía la sombra del tal Julián, pese a que me creía a pies juntillas las amenazas del cornudo de Vigo y pese a cuánto temía las advertencias del *Tres Cantos*, estaba dispuesto a pegarme a aquel misterioso embozado como una lapa.

Grande fue mi desconsuelo, porque, mientras me rascaba con cuidado el chichón que empezaba a abultarme el flequillo, miré de un lado a otro con prisa y no vi por parte alguna al hombre que tenía mi futuro en sus recuerdos.

Cogí mis cosas tan aprisa como pude y, sin preocuparme por la cuenta, porque no recordaba si alguien había pagado o no al hosco tabernero, salí como alma que lleva el diablo para descubrir que no estaba allí la hermosa yegua con ancas de furcia y cara de doncella.

Eché la cabeza al barril con agua de lluvia. Un viejo tonel de duelas oxidadas y sin tapa que quedaba junto a la puerta para que abrevasen las monturas. Y, con el agua escurriéndome por la espalda, me puse a correr de un lado a otro, intentando distinguir la figura del encapuchado, al que, a juzgar por el madrugón, no le había afectado ni una pizca el trasiego de orujo. En tanto que a mí todos los caballos que habían abrevado en aquel tonel me galopaban entre las orejas. Por no mencionar la lengua, tiesa como esparto, y los ojos, que parecían atravesados por agujas de costurera.

Juro, por lo más sagrado, que ni las veces en las que me vi a punto de terminar mis días con un dogal al cuello pasé tanta angustia como en el rato que siguió. Y no fue sólo por lo que me pesaban los espíritus del vino, sino porque no encontraba al encapuchado.

Al cabo, gracias a Dios misericordioso, lo vi de lejos. A punto estuve de ponerme a cantar con la pasión del mismo santo Domingo de Silos por la alegría que se me echó al cuerpo. Allí estaba.

Subía por un monte en la solana de la torre de San Paio, iba a pie y tiraba con suavidad de las riendas de su montura. Junto a él caminaba un fraile corto de talla. Un monje blanco que llevaba la blanca túnica tan sucia que parecía igual de negra que la de los benedictinos.

Era tan temprano que no había modo de que el encapuchado hubiera cabalgado de ida y vuelta a Santa María de Sobrado. Y de allí tenía que venir el frade, porque, guarros o no, tanto la túnica como el escapulario eran de los bernardos del Císter, la orden que gobernaba en Sobrado. Debían haberse citado al amanecer, lo que explicaba el pollino de orejas gachas y lanas tiñosas que iba tras el monje, cabeceando para librarse del bocado. Fuera como fuese el asunto, no había tiempo que perder con elucubraciones. Se me escapaban.

Eché a correr como jamás en mi vida había corrido o volvería a correr.

Distinguirlo allí ya tenía algo de místico.

Entre los campos verdes y la arboleda se colaban harapos de niebla que subían desde los regatos en las veredas. El sol nacía alargando las sombras y, en aquellas brumas, las gotas del rocío parpadeaban como joyas, igual que en el caldero de una bruja. El aire, calmo, anunciaba el calor que llegaría al mediodía. Era la imagen de mi héroe, de mi Alexandre, de mi Cid, de mi Sancho de Castilla.

Con monje o sin monje, no podía dejarlo escapar.

Corrí hasta que los pulmones quisieron estallarme.

—¡Esperadme! —grité como pude, entre resuellos que no encontraba.

Y mi voz llegó lejos, resonando en la humedad de la mañana.

Él se volvió, me miró y continuó su camino sin dedicarme siquiera un segundo vistazo. El frailecillo titubeó, movió la cabeza de un lado a otro, sin saber qué hacer, y al cabo se decidió por seguirle a él e ignorarme a mí.

No me hizo caso alguno, pero tampoco me mandó a tomar viento fresco, así que yo porfié. Seguí caminando tras ellos, a poco más de veinte pasos, sin acercarme demasiado e intentando recuperar el fuelle.

El monje me miraba de vez en cuando con expresión divertida. Era sin duda un tipo curioso. Cada vez que se volvía, yo lo veía hurgarse la nariz sin vergüenza alguna.

Poco después, antes de que la mañana se hubiera desperezado, más allá, distinguí entre la niebla un crucero de piedra que despuntaba contra el horizonte en un alto erizado de rocas. Era inconfundible la silueta del crucificado velando por nosotros sobre un pie robusto de dos varas de alto, chantado en una peana de peldaños hechos escombros.

Como tantos otros en estas tierras que llevo en la sangre, lo habían levantado tiempo atrás, junto a un viejo camino que no se había rozado en años, pero que aún se intuía en cómo crecían la hierba y las zarzas, humilladas en las viejas huellas de los carros. En los alrededores señoreaban robles ancianos que arropaban el lugar y, no muy lejos, sonaba el tarareo rumoroso de un arroyo.

Pasaron junto a unas matas de colleja, cuajadas con flores como pequeñas campanas blancas, y entonces se detuvieron. Lo vi palmear la frente de la yegua mientras se hacía con algo de las alforjas. Luego la dejó libre para que el animal apacentara a su gusto en compañía del pollino y, después, con parsimonia, los dos se acercaron al crucero. El encapuchado cayó de hinojos, como si rezara con la devoción de san Benito. El monje, en pie, me hizo señal de callar con un dedo sucio cruzado sobre sus labios pequeños y finos.

A mí me roía la curiosidad y la impaciencia, pero aguanté el trance. Esperé hasta que él, por fin, volvió a moverse.

Sin despegar las rodillas de la hierba empapada por el sereno, pasó la mano por el lugar. Después abrió la bolsa que había sacado de las alforjas y, rebuscando con cuidado, sacó algo que dejó en su palma.

No vi nada. Pero al fraile, que andaba muy atento, se le escapó un gañido, como el de un perro al que le sueltan un puntapié. Entonces el encapuchado me miró.

No dijo nada, pero era fácil intuir qué esperaba. Y yo, que para entonces ya sabía que a aquel hombre no le iban las guasas, fui sincero:

—Quiero conocer toda la historia del muchacho —reconocí, procurando sonar sereno pese a que seguía sin pizca de aire—. Necesito saber qué le pasó. A él, a su perro, al halcón… ¿Qué sucedió con las reliquias de la vera cruz y con el mercenario gascón? ¿Qué diantres tenía que ver el joven Afonso con todo eso?

Pero él no contestó. Porque, como ya había descubierto la noche antes, era un hombre que porfiaba en sus silencios. Y yo, consciente de lo que me jugaba, rebusqué en mi sesera motivos que le sirvieran para apiadarse de mi causa.

—Podría hacer que fuese eterna —engolé la voz como si cantase mis mejores piezas—, podría componer una gesta que sería recordada por siempre —añadí con

grandilocuencia—. Trovadores y juglares de todos los rincones la repetirían sin cesar. Los nombres, todos vuestros nombres, vivirían para siempre.

No veía sus ojos y sólo intuía las sombras que definían su rostro, anguloso, con barbas entrecanas que necesitaban un afeitado y profundos surcos que rodeaban la boca. No lo distinguía, pero el escalofrío que me recorrió el espinazo me susurró que aquel encapuchado me estaba calibrando como quien pesa mercancía en una balanza.

—También tu nombre —dijo al fin.

El tono frío dejaba claro que no compraba lo que yo vendía. Y yo me apresuré, temiendo perder la oportunidad.

—Sí —admití con un titubeo—, claro. Pero la gloria y la fama os seguirán por siempre. Las hazañas de una historia son las que viven en la memoria. Lo haré bien —le aseguré, lisonjero—. Será el cantar más famoso de todos los tiempos. Dejadme escuchar la historia y no os arrepentiréis. ¡Lo juro!

Tampoco aquello pareció servir de mucho.

—Os lo ruego, dejadme conocer la historia y le haré justicia.

—Lárgate, y no vuelvas.

Ni siquiera esperó a ver si yo obedecía. Dio por sentado que no se me ocurriría contradecirle, y se volvió para seguir atendiendo a sus asuntos con el fraile, que se había mantenido al margen.

Me sentí acorralado.

Como no me moví, pude ver que la cabeza de él giraba levemente y sentí sus ojos observándome.

Yo no podía perder la ocasión.

No otra vez.

Vi que su mano apartaba la capa y se acercaba al pomo de la espada. A él se le estaba acabando la paciencia y a mí el tiempo. Y, por primera vez en mi vida, me olvidé de las apariencias. Espanté los engaños con los que había construido toda mi existencia.

Por primera vez en mi vida, dije la verdad sin tapujos, sin adornos que la hicieran dulce. Sin galanteos para engatusar a las mozas y sin exageraciones para impresionar a los hombres.

La pura y simple verdad.

—No tengo idea de quién fue mi padre —confesé, sin repetir las mentiras en las que siempre me había refugiado—. Y mi madre… Mi madre me dio cuanto pudo darme, pero no era más que una ramera de puerto. —Nunca antes había dicho en voz alta aquellas miserias de las que siempre había escapado—. Nací con la vergüenza colgando del pescuezo y llevo toda mi condenada vida huyendo de lo que fui.

Ni siquiera en un confesionario había revelado aquellos secretos que siempre habían pesado en mi alma. Y quizá los ojos legañosos de aquel monje harapiento fueron el acicate que necesitaba.

No dijeron nada y yo, después de haber despegado algo así de mi conciencia, ya

no podía detenerme. A lo largo de los años había levantado una presa enorme que contenía las desdichas de mi pasado y, por primera vez, se había desbordado. Era imparable, como una riada.

—Me marché cuando apenas era un crío —continué, bajando el rostro, abochornado—, desesperado por espantar las burlas que me habían quemado desde el día en que pude entender lo que otros me gritaban.

La mano se alejó de la espada.

—Aprendí a tocar la cítola con un borracho descastado…

No era fácil, pero tragué la hiel que me subía por el gaznate y continué:

—… un malnacido que me enseñó lo poco que sé. Pero que lo hizo porque le serví como un perro…

Tuve que espantar los recuerdos de aquella infancia empañada de miedos.

—Me sacudía con la vara. Y… Y abusó de mí…

Nunca hasta ese día hubiera imaginado que le revelaría a alguien aquella pesadilla a la que había puesto grilletes de mentiras durante años. Tantas veces había contado tantas otras versiones diferentes de lo que me había sucedido que era reconfortante creer cualquiera de ellas, en lugar de la apestosa verdad de haberme convertido en el agujero donde la metía aquel maldito beodo.

—… hasta que la escrófula se lo llevó entre terribles sufrimientos. En mis pesadillas aún escucho aquellas toses llenas de esputo que le devoraban el bofe. Cuando murió, le devolví una docena de puntapiés, me quedé con las pocas monedas que tenía y me llevé mi única herencia —concluí, alzando la cítola.

El monje se había cubierto la boca con una mano sucia de tierra. Y el encapuchado siguió sin hablar, pero yo percibí que había ganado algo. Así que seguí adelante, porque nada más tenía que perder.

—He pasado todos los años de mi vida refugiándome en cualquier cama donde se abrieran unas piernas, espantando las ánimas de aquellos recuerdos malditos con vino, mujeres y jolgorio. Cantando por unas monedas y buscando una historia que me diera fama, tanta como para alejar por siempre mi pasado.

Tomé aliento para continuar, ya faltaba poco para terminar y nada importaba.

—Pero mi destino es el de un perro pulgoso. Jamás he logrado otra cosa que malvivir. No me quedó otro remedio para salir adelante que embaucar, estafar, mentir, engañar y traicionar. ¡Era mi sino! Y, en tanto me las apañaba como podía, nunca dejé de buscar una ocasión, una oportunidad con la que un desgraciado como yo pudiera por fin arreglar toda una vida de desatinos. Porque uno es pobre como una rata, pero los sueños son baratos y nada hay que dé más consuelo. Sin embargo, jamás la encontré, ¡nunca! Hasta ahora…

Sabía que él me escuchaba. No contestaba. Pero yo podía percibirlo. Algo había cambiado. Y me prestaba atención.

—Nunca jamás nadie confió en mí —admití, olvidándome de las bribonadas que soltaba en las tabernas—. Nací hijo de puta y eso es algo que no podré cambiar. Mi sino ha sido el de un desgraciado sin esperanza, un barco sin velas a merced de la mar embravecida. Ése, ése y no otro, ha sido mi destino…

Aquello hizo que, por fin, dijese algo. Aunque fue lapidario.

—Ésa es la excusa de los débiles y los cobardes —soltó con rotundidad—. Cada cual conduce su destino.

Aquello se acercaba a la teología, y yo de san Agustín no sabía más que el nombre. Podía ser cierto. Yo había esperado que alguien hiciera el trabajo por mí, un golpe de suerte, un roce de la fortuna que me sacara de mi pobre situación. Pero estaba convencido de que la culpa no era mía.

Aunque reconozco que aquellas palabras tambalearon las certezas en las que me había refugiado durante toda una vida.

—No he tenido suerte —empecé a decir—. La miseria ha sido siempre mi…

—Te engañas —me interrumpió de nuevo—. Y deberías saber la verdad —añadió con un cambio en su voz que delató tristeza—. La miseria se lleva dentro, pegada al alma. Es trabajo de cada cual espantarla. Cada cual es responsable de su vida. Tú sólo has buscado excusas en las que esconder tus desgracias. Te has pasado la vida huyendo. Sin mirar atrás. Y eso dice que eres un vago y un cobarde. Ya te salvé la vida ayer, ya tuviste tu pellizco de fortuna. Ahora, lárgate.

Yo me sentía desconcertado. Había vaciado cuanto tenía y no podía creerme que me mandase a tomar viento.

—¡Lárgate! —insistió—. Sigue huyendo a la espera de que la suerte te llueva encima.

Entonces prendió en mí la rabia. Me sentí estafado. Y, aunque lo había visto despachar a los de Julián, olvidé todo el respeto que aquel encapuchado me inspiraba.

—No eres mi señor y yo no soy tu vasallo, no puedes darme órdenes.

Se oyó un suspiro desganado y aquella mano suya se acercó una vez más a la espada. Y el monje, que tenía aires de topo cegato, con la cabeza grande y plana, apenas cuello y manos que mantenía caídas en brazos recogidos, se escandalizó, temiendo un arranque de violencia.

—Puede que sea cierto —continué, pese a la amenaza—. Quizá lleves razón. Pero no aquí y ahora. Vas a contarme lo que queda de la historia —le dije con una decisión que hasta a mí se me hizo nueva—. Y yo la escribiré, porque eso es lo que merece. Vas a contármela y, si no lo haces, ya puedes desenvainar ese hierro y cortarme el pescuezo, porque no volveré a perder una oportunidad. ¡Nunca más! Así que habla o desenvaina, pero no me hagas perder más el tiempo. Porque mi decisión está tomada. Aquí y ahora.

Han pasado muchos años. En aquellos días yo era un mozo bastante bien

parecido, muy lejos del viejo arrugado en que me he convertido, al que le cuesta usar la pluma durante mucho rato porque se le agarrotan los dedos. Sí, los años han ido cayendo, los veo en mis manos, donde no sólo hay rastro de tinta, sino también manchas que delatan mi vejez. Han pasado muchos años, pero recuerdo muy bien aquel instante.

—Pareces muy decidido —dijo al cabo.

—Lo estoy. Rebáname el pescuezo o déjame conocer la historia, pero no me hagas perder el tiempo.

Calló. Calibró mi determinación.

—Está bien, te lo has ganado.

Yo estaba preparado para seguir peleando, y la concesión me cogió por sorpresa.

—¿Cómo?

—Que está bien. Te creo —afirmó él—. Aquí y ahora, quieres cambiar tu sino para siempre. No vas a huir del ayer, sino correr hacia el mañana. Te lo has ganado, conocerás la historia.

Estaba tan desconcertado que me costaba creerlo.

—Pero hay condiciones —aclaró, levantando una mano.

—¿Cuáles?

—Conocerás la historia, pero no la escribirás hasta que muera el rey Afonso. —Creo que la palabra que di aquel día me ha mantenido vivo tantos años—. Y no cambiarás nada, no harás que los que fueron buenos parezcan mejores y los malos malvados, te mantendrás fiel a la verdad, tal y como yo te la cuente. Y lo más importante de todo —añadió sacando una pulgada de filo—: no sacarás otro beneficio de este asunto que el de componer tu cantar, escribir tu gesta o lo que sea que vayas a hacer.

Aguardó mi respuesta y, cuando se dio cuenta de que iba a protestar, no lo permitió.

—O me juras que cumplirás o te marchas.

—Está bien, lo haré como dices.

—En ese caso tenemos mucho de lo que ocuparnos —dijo abriendo la mano y enseñando lo que no parecía más que una astilla vieja, oscurecida, carcomida y podrida—. Mucho.

Entonces al frailuco se le escapó un gritito de mujeruca asustada.

—¿Es ésa? Lo es, ¿verdad? Es la auténtica —farfullaba a toda prisa, visiblemente nervioso y persignándose una vez detrás de otra—. De Constantinopla, la de verdad, la real. ¿Es ésa?, ¿lo es?

El encapuchado suspiró hastiado y su respuesta fue mucho más escueta.

—Sí, lo es.

—Déjamela, déjamela, por favor —insistió el monje.

Seguía arrancando malas hierbas del lugar.

—Es vuestra, para el monasterio, en el nombre de don Rodrigo Seijas. Pero, a

cambio, tenéis que respetar lo acordado.

El monje puso mala cara. Y al encapuchado no debió gustarle.

—Debéis cumplir vuestra parte —dijo en un tono que escocía como la tiña—. Nos conocemos de hace mucho, no me hagas dudar ahora, Sito.

—¡Fray Nicolás! —corrigió el otro, poniéndose severo de pronto—. Está bien, está bien. Pero no será fácil, habrá que hablar con el obispo Juan de Compostela, y con Mondoñedo.

El encapuchado no necesitó hablar para que las renuencias del monje se ablandaran. Le bastó mirarlo.

—Está bien, está bien. Haré todo lo posible. El lugar será consagrado —concedió extendiendo la mano sucia para que el encapuchado dejara caer aquella astilla—. Tienes mi palabra. Pero habrá gastos, más si quieres esas lápidas de las que hablaste.

Entonces intervine yo, porque no entendía un carajo y ya no podía más.

—¿De qué demonios va todo esto? —pregunté, ganándome una mirada admonitoria del fraile—. ¿Qué tenemos que hacer?

El encapuchado empezó a arrancar las malas hierbas al pie del crucero.

—Ponerle fin a la historia —dijo sin dejar de trabajar.

El monje, impaciente también, interrumpió.

—Muchos dineros —insistió.

—¿Qué diantres estáis haciendo? ¿De qué habláis?

No contestó de inmediato, siguió trabajando. Limpió el lugar de todos los hierbajos que pudo arrancar y, una vez satisfecho, sacó otra vez la bolsa de cuero y, de ella, produjo un puñado de viejos besantes de oro.

—Estoy cumpliendo con el primer juramento que hice. Cumpliendo con mi palabra —anunció entregándole aquella fortuna al monje.

—¿Cómo? ¿Qué tiene eso que ver?

El fraile atrapó los dineros con gesto de urraca.

—La tierra consagrada y unas buenas lápidas, ¿está claro? —insistió al monje.

Aquello era un tesoro digno de reyes que bien hubiera querido yo para mí. Y el frailuco lo guardó con asombrosa habilidad en apenas un pestañeo.

—Se hará —aseguró.

—¿Cómo que un primer juramento? —porfié yo para olvidarme de aquellos besantes relucientes.

—El primero, eso es. Para llegar al final de tu historia habrá que cumplir con dos más.

—O sea, tres juramentos. Entendido, y lo siguiente ¿qué es?, ¿hacer desparecer un tonel de piedras preciosas? —dije, todavía enfadado, con sarcasmo.

—No —negó él desde las profundidades de la capucha.

Entonces alzó la mano, en la que se veían trozos de las briznas de hierba que acababa de arrancar. Cerró el puño. Y fue abriendo los dedos de uno en uno hasta tener tres en alto, sujetando el meñique con el pulgar.

—Recuerdo —añadió, apresando el anular.
Y echó un vistazo a la fosa para luego mirar con intensidad al frailuco.
—Redención —continuó, doblando el corazón.
—¿Y el tercero? —pregunté mirando el índice solitario.
—Muerte.
Y quedó la mano hecha un puño cerrado, listo para golpear.
Mientras, el fraile se santiguó una vez más.

ESTROFA

IX

LOS CANALES DE AGUA

«… somos poca compañía, de armas menguados
seremos, si nos vencen, todos descabezados…».

Poema de Fernán González, de autor desconocido

Al mirar hacia arriba se dio cuenta de que era casi la hora sexta, y supo que más le valdría apurarse.

Acercándose al mediodía, el sol brillaba rabioso entre hiladas de nubes blancas que zurcían el cielo. Envuelta en un frío húmedo que calaba los huesos y hacía protestar a los viejos, la luz limpia de la mañana de invierno caía sobre la laguna, que era de aguas verdosas y plácidas, sacudidas tan sólo por las estelas de una miríada de barcos, falúas, chalupas y botes.

Por la bahía circulaba un tráfico constante en todas direcciones, un caos que dibujaba efímeros garabatos entre las suaves olas. Por algún capricho del destino, el Po y el Piave, en lugar de verterse a mar abierto, lo hacían a aquella laguna encerrada entre brazos de tierra, que era como un tazón de vino lleno de migas de pan remojadas. Y por entre aquel centenar de migas iban y venían, desde la costa, hacia el golfo o, simplemente viajando entre los islotes, todas aquellas embarcaciones de cualquier factura imaginable.

A media legua en tierra firme, desde donde estaba, no podía oír las maldiciones, las quejas y las protestas de los patrones, pero estaba seguro de que no faltarían los gritos que se dedicaban unos y otros, porque la sensación que transmitían rayaba la locura. Todo era agitación: se bamboleaban de un lado a otro y se veían puños alzados, gestos obscenos e imprecaciones para las que no hubiera hecho falta traducción. En las idas y venidas, hacia y desde el dédalo de canales, se palpaba el increíble ajetreo que definía el poderío comercial del lugar.

Aunque llevaba meses viendo el mismo trasiego, aquel pandemónium irrefrenable no dejaba de sorprenderle. Criado entre árboles y bosques, sin más compañía que sus animales, aquella inmensidad atareada de gentes, casas, iglesias, palacios, fosos, canales, y quién sabía qué mil cosas más, no dejaba de asombrarlo.

Frente a él, a una distancia que estaba seguro de poder cubrir nadando, estaba la primera de las islas, la que llamaban la Giudecca, donde le habían dicho que estaba la judería y que era uno de los barrios más antiguos. Allende, uno de los canales más amplios de entre la multitud que perfilaban aquel inigualable lugar y, más lejos, como una montonera de lentejas de agua que hubiera podido encontrar en un remanso de su río en San Paio, aquel laberinto de calles, callejuelas, callejones, puentes, pontones y brazos de agua de todos los tamaños que daban forma al abigarrado conjunto de islas e islotes. Era como observar un hormiguero, pero, en lugar de ramillas y hojarasca, allí sobresalían las cúpulas, las torres y las espadañas de los campanarios.

Lume gruñó y el muchacho, desentendiéndose de la asombrosa ciudad, se giró hacia donde estaba el perro.

Con los hocicos levantados, el animal venteaba la copa de un tupido ciprés, entre cuyas raíces habían quedado atrapadas unas piedras viejas y comidas por los años. Quizás en tiempos había sido la villa de algún potentado o algún ara olvidada. Ahora ya sólo se intuían escombros, enredados en madejas de hierbas. Lume, agitado, daba vueltas al tronco, mirando siempre hacia arriba.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó a la vez que se alejaba de la orilla sobre la laguna—. ¿Están ahí?

El animal, encelado, apenas le prestó atención. Contenía sus instintos y hacía bien el trabajo para el que lo habían adiestrado, pero su excitación era evidente. Aun así, se refrenó hasta que su amo estuvo a su lado.

Y, antes de que pudiera darle la orden, las palomas, que se habían refugiado en algún escondrijo entre las frondosas ramas, salieron volando a toda prisa, alejándose por puro reflejo de la amenaza que intuían en los colmillos del perro.

—Buen chico, bien hecho —lo felicitó Laín palmeándole el pescuezo con golpes cariñosos—. Muy bien.

Se volvió para ver a las aves alejarse. Eran rechonchas, de plumas grises que viraban al azul, con ribetes blanquecinos, obispillos claros y unas curiosas franjas que les cruzaban las alas y sólo podían verse cuando las desplegaban para volar.

Como siempre que abundaba la basura, las había por doquier. De hecho, desde que habían llegado a Venecia a Laín no dejaba de asombrarle la cantidad de ellas que aleteaban de un lado a otro de la laguna, acomodándose en los altos edificios y haciendo que cualquier caminante desprevenido acabase con la pucha llena de cagadas si se arrimaba a las fachadas. Además, bastaba llevar un mendrugo de pan en la mano, o cualquier otra cosa que pudieran echarse al pico, para que, al poco, aparecieran, como por encanto, bandadas de ellas pidiendo limosna.

Una salió rápida como una flecha, apuntando hacia San Nicolás y el mercado de pescado, en uno de los extremos de aquella ciudad flotante. La otra, sorprendentemente, se volvió con una acrobacia y pasó por encima del ciprés, adentrándose tierra adentro, sobre un terreno donde crecían matojos desperdigados sin que los árboles lograran hacerse dueños, como si aquel lugar hubiera sido un campo de labranza hasta poco antes.

Laín la observó batir las alas y ganar velocidad mientras se alejaba.

—Ahora no vayas a estropearlo todo —le dijo al perro—. Quédate a mi lado y no armes barullo.

Sin perder de vista a la paloma, se encaminó en la misma dirección en la que se había echado a volar. Y el perro, que respiraba acalorado, con la lengua fuera y grandes resuellos, obedeció. Lo siguió pegado a sus talones, alzando de vez en cuando la cabeza para mirarlo.

—Ya verás —dijo con evidente excitación—. Lo hará bien, estoy seguro.

Empezaba a ganarles distancia, pero la silueta gris ceniza de la paloma seguía siendo perfectamente visible. Desplazándose con rapidez a unos palmos del suelo, sin ganar aire, aleteando frenéticamente.

Entonces el muchacho silbó con fuerza, echando de golpe todo el fuelle de sus pulmones, soplando entre los labios, fruncidos sobre dos dedos con los que sujetaba la lengua doblada hacia el cielo del paladar.

Y miró a las alturas para ver si ella reaccionaba a su llamada.

Iba a ser un lance difícil porque, si la paloma no ascendía, no habría oportunidad de maniobrar. Se corría el riesgo de que todo acabara en una desgracia. Podía estrellarse contra el suelo si marraba, aunque sólo fuera por un pellizco. Pero eso era parte de la emoción de la caza; esos envites eran los que se recordaban durante largo tiempo. Los que servían para contarlos con admiración, manejando las manos encima de una mesa con sus vasos de vino y su jarra terciada.

A partir de ese momento, todo sucedió tan rápido que Laín tuvo que esforzarse por no perder detalle.

—¡Va!, ¡va!, ¡va!, ¡va! —gritó animándola—, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va…!

Una figura afilada cayó en picado desde una altura increíble, como si se hubiera precipitado al vacío desde aquellas puntadas blancas que le hacían un pespunte al cielo.

Sin darse cuenta de que lo hacía, Laín entrecerró los ojos, igual que galopando a más no poder con la brisa obligándolo a lagrimear. Y cuando la rapaz giró para ajustar la trayectoria, él inclinó la cabeza, como si estuviera montando sobre sus alas, sintiendo el viento en la cara.

Hubiera dado cuanto tenía, que no era mucho, para poder imitarla. Cruzar el cielo así, en un suspiro, con aquella elegancia, cortando el aire como el mejor trabajo del herrero, acercándose al suelo en un picado imposible.

—¡Va!, ¡va!, ¡va!, ¡va! —volvió a gritar—, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va…!

Con una precisión difícil de creer, cuando apenas faltaban unos cuantos palmos para que las trayectorias de los dos pájaros se cruzasen, la hembra de halcón movió ligeramente una de sus alas. Laín pudo percibirlo por el cambio en la silueta. Incluso le pareció ver como las largas plumas remeras se curvaban por la tensión, adaptándose a la maniobra, igual que sogas en una polea.

Admirado por el valor de la cazadora, Laín reconoció con recelo que aquél era un lance casi imposible.

Lo más probable era que fallase, y lo que más temía Laín era que el halcón se hiriese al estamparse contra el suelo. Ya lo había visto antes: ciegas por la pasión de la caza, a veces las rapaces tenían un mal final en intentos como aquél.

—¡Va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!

Iba muy justo. Si fallaba por poco, evitaría la tierra, pero la paloma escaparía antes de que tuviera ocasión de volver a ganar altura; y, si fallaba por irse largo, lo más probable era que se rompiese la crisma.

Con el corazón encogido y sin poder hacer otra cosa que aguardar acontecimientos, Laín observaba intentando hacer acopio de esperanzas, porque en el tiempo que habían pasado juntos se habían hecho amigos.

La había criado desde que no era más que un pollo despelucado. Y había sido un esfuerzo considerable ocuparse de ella todos los días. Buscando huecos y tiempos para hacerla volar, para adiestrarla con el fiador, para atraerla con el cimbel, para prepararle las pihuelas y los cascabeles, para enseñarle a acudir a su llamada, para

que atacase con la señal de su silbido.

No había sido fácil. La instrucción de Guy lo mantenía siempre ocupado y, cuando tenía un momento libre, debía atender a las incomodidades del viaje y a los quehaceres a su cargo.

Desde que abandonaran la Navarrería, todo habían sido prisas. Hasta ahora, que llevaban meses estancados en Venecia.

Al tomar la decisión de continuar adelante, y con la sospecha de cuáles eran las intenciones del alcarreño Baños y su grupo, no les había quedado más remedio que aprovecharse de los contactos de Ciriaco para abandonar la capital navarra al amparo de la noche, procurando despistar al grupo de templarios.

Guy de Tarba había advertido al muchacho de que se enzarzaban en una locura de la que sería difícil salir bien parados.

—¿Por qué no te vuelves? Ve a Compostela —le había sugerido—, Egeria te recibirá con los brazos abiertos.

Pero la determinación en el semblante de Laín le había dejado claro al gascón que aquél era un tema que no merecía la pena volver a discutir.

De modo que, sin previo aviso, después de saber la verdad sobre el destino de don Rodrigo, Guy se inventó mentiras que repartió con los de la compañía y, gracias al comerciante de reliquias, desaparecieron.

De hecho, el estrafalario Ciriaco se había unido a ellos.

—Es una oportunidad fantástica para cerrar algunos tratos por ahí —había declarado con aquella voz profunda—. La verdad, hacía tiempo que buscaba una excusa con la que airearme un poco. Lo pasaremos bien.

—Te juegas el cuello —apostilló Guy—. Si vas con nosotros imaginarán que intentas robarles los dichosos maderos —le advirtió—. No les hará falta indagar mucho para saber a qué te dedicas. Y, aunque no sea cierto, atarán cabos.

—Bah, no creo que suelten muchas lenguas por aquí —despreció Ciriaco con tono burlón—. Además, me importa un carajo, llevo demasiado tiempo apoltronado. Con un poco de suerte, podré hacer negocios provechosos. Me han soplado interesantes noticias sobre un griego que comercia en Venecia con quermes de buena calidad, y ya sabes que las tinturas son ligeras y caras, perfectas para hacer dineros viajando —declaró con una sonrisa enorme y radiante.

Tanto Laín como Guy estuvieron de acuerdo en que no estaban en disposición de rechazar la mano que les ofrecían, porque, pese a que no lo dijera abiertamente y se escudase en los negocios, ambos se convencieron de que el mercader pretendía ayudarlos.

Y sus servicios fueron inestimables. Fue Ciriaco el que proporcionó montura para el muchacho y un mulo para los pertrechos, además de que uno de sus contactos les hizo de guía para cruzar el Pirineo.

El tipo tenía las mejillas plagadas de lobanillos. Atildado y redicho, presumía de haber visto con sus propios ojos a las hordas mogolas cuando habían cruzado el Danubio para sembrar de fuego el reino de los polacos. Se daba las maneras de un ricohombre, aunque no fuera nada más que un trapichero de oportunidades, y respondía al nombre de Guillem. Sin embargo, a pesar de la mala espina que despertó en el gascón, cumplió eficazmente, demostrando el buen juicio de Ciriaco al elegirlo.

Los sacó de la Navarrería de noche. Con la familiaridad de quien lo hace habitualmente, sobornó a los guardas que protegían la puerta en las murallas y pagó con exceso a los que cobraban el pontazgo en el puente de la Magdalena, comprando silencios que, sin duda, serían frágiles, pero que les darían algo de ventaja en cuanto los templarios de Baños se dieran cuenta de que el hombre que guardaba el secreto que ansiaban se les había escapado.

Con la práctica de muchas otras noches similares, y encantado de tener la oportunidad de hacer un buen papel con quien era uno de sus mejores patronos, Guillem se esforzó planeando la ruta que seguirían.

Lo habitual, si uno no necesitaba pasar desapercibido, era aprovecharse del mismo camino que usaban los peregrinos que iban y venían de Compostela. O sea, seguir hacia el norte para atravesar la sierra a través del desfiladero de Roncesvalles.

—Ahí es donde murió heroicamente Roldán —le dijo Ciriaco al muchacho, quien, en los últimos tiempos, animado por la instrucción con la espada, se dejaba llevar por las ensoñaciones que despertaban las grandes gestas—. Los vascones se

aliaron con los sarracenos y atacaron la retaguardia del ejército de Carlomagno. En aquel fragor, el aguerrido Roldán quedó solo, pero no se arredró, peleó hasta el final.

En cualquier feria había un trovador dispuesto a cantar alguna versión de la leyenda, y estar tan cerca de aquel lugar impresionó hondamente a Laín, que se llevó una decepción al saber que no tomarían esa ruta.

—Es mejor que vayamos hacia Jaca, por el camino que cruza las tierras del rey don Jaime —había aclarado Guillem—. Seguiremos el valle del Echo hacia el puerto del Palo y, de ahí, a Tolosa.

Aunque no le habían dicho que querían evitar que los siguiesen, su guía se había hecho rápidamente una composición de lugar sin necesidad de que le revelasen la verdad.

—El de los aragoneses es un camino más largo —les había informado Guillem—, pero imagino que nos conviene —supuso con actitud complaciente.

Y era cierto. Las dos rutas, brazos de una horquilla que desembocaban en Puente la Reina, les servirían para llegar a las tierras francas y lo más probable era que, cuando se dieran cuenta de su partida, el grupo de templarios se lanzase al galope hacia Roncesvalles por el ramal más directo, y no hacia el otro lado, que suponía un rodeo.

Así pasaron por lugares que enseguida despertaron la imaginación del muchacho, como el monasterio de San Juan de la Peña. El templo estaba excavado en la misma roca, en la ladera de una montaña plagada de enebros y endrinos, rodeada de nieblas que parecían colgarse como fruta de los árboles achaparrados que crecían en aquellas alturas del monte. Era un lugar donde la mística parecía transpirar de las mismas piedras. El cenobio tenía su origen en una fuente descubierta por un noble que abjuró de todas sus tierras y, junto a su hermano, decidió dedicarse a una vida de ermitaño en la cueva original. Allí, algún maestro cantero de habilidades excepcionales había tallado los capiteles de las columnas del claustro con escenas que impactaron vivamente a Laín; especialmente uno, el que representaba la circuncisión de Jesús niño, algo que le hizo reflexionar por primera vez en el hecho esquivo de que, antes de convertirse en el paladín de toda una iglesia completamente nueva, el Mesías había nacido y había sido educado como judío, como hebreo.

Además, en el increíble lugar había otras sorpresas, porque allí, tal y como le explicó Ciriaco, se guardaba una de las más importantes reliquias del orbe cristiano.

—¿Cuál? —había preguntado al momento Laín.

—Bueno —le había contestado riendo—, el mismísimo cáliz de Cristo, el Santo Grial. —Y lo condujo hasta la capilla en la que se mostraba el cuenco de ágata engarzado en oro y joyas—. La copa con la que nuestro salvador ofició en la Última Cena, la misma en la que José de Arimatea recogió su sangre.

—¿Y cómo llegó hasta aquí? —se había interesado Laín, asombrado por la pieza.

—Ah, ésa es una larga historia en la que hay que invertir mucha fe —le había respondido con una enigmática sonrisa—. Y yo no soy el más adecuado para

contártela. No sabrías qué debes creer —había dicho entonces, echándose a reír.

Y, ante la cara de estupefacción del muchacho, el mercader de reliquias añadió algo más que no ayudó mucho:

—Muchacho, en algún lugar estará el Santo Grial, no lo dudo —comentó con una seriedad que se veía falsa a la legua—. Pero no creo que nadie pueda saber si éste es en verdad el auténtico o no. Porque, sin esforzar la memoria, yo puedo echar cuentas de otro en León y de otro más en manos del emperador Federico.

Tras echarse a reía a carcajadas, prosiguió:

—Y no creas ni una palabra de lo que puedan decirte los imbéciles de los ingleses, que siguen emperrados en sus cuentos sobre Arturo y todos esos caballeros mojigatos. ¡Incautos! Si me pagaran bien, yo les conseguía el Santo Grial antes de que cambiase la luna, pero es que los ingleses son unos asilvestrados sin cultura y sin pasado. Lo mejor que ha podido pasarles es que los normandos y los daneses los estén invadiendo cada verano, porque, si no fuera así, no habrían aprendido nada. —Por el tono se notaba que el discurso le divertía—. El Santo Grial, ¡vaya cosa!… Y lo mismo pasa con las astillas de la vera cruz, no vayas a pensar distinto; si la mitad de las que se supone que lo son, lo fueran, entonces podríamos llenar con ellas el claustro de este lugar y tener leña para cinco inviernos…

Así, con la curiosidad insatisfecha de Laín en el morral y un mar de dudas en su cabeza, siguieron camino. Atravesaron las montañas y Guillem los llevó por las tierras francas hasta la bulliciosa Tolosa, donde Laín comió por primera vez en su vida mejillones, adobados con mantequilla aderezada de hierbas. Un sabor tan intenso y diferente a todo lo que había probado que el muchacho lamentó dejar la ciudad cuando se pusieron rumbo a levante para atravesar la Provenza, cubierta en esos días del final del verano por interminables campos de lavanda, sobre la que Ciriaco dijo que se hacían pobres negocios, porque, aun siendo muy apreciada, era barata.

Allí se dio cuenta Laín del curioso fenómeno por el que, en lugar de toparse continuamente con peregrinos que se cruzaban con ellos para seguir camino a Compostela y visitar los restos de Santiago el Mayor, empezaron a adelantar a quienes viajaban en su misma dirección, una clase diferente de peregrinos que ansiaban visitar los santos lugares por los que Cristo había predicado. Y, entre éstos, había devotos tan auténticos que, por primera vez en su vida, el muchacho vio espaldas marcadas por el flagelo, e incluso a un hombre que tenía las manos y las rodillas desolladas porque había hecho el voto solemne de llegar hasta Jerusalén a gatas, algo que conmocionó a Laín.

Con aquel derrotero abandonaron definitivamente la ruta que Fruela había trazado para ellos en San Paio. El plan original los hubiera llevado a la novísima ciudad de Aguas Muertas, cuyo atareado puerto daba servicio a infinidad de viajeros y mercancías, que confiaban su seguridad a las imponentes murallas y torres que guarnecían el lugar. Sin embargo, como Ciriaco conocía bien la plaza, pues en más de una ocasión había aguardado allí la llegada de envíos de perlas y sedas, sabía que

correrían el riesgo de dejar un rastro que cualquiera podría descubrir invitando a calvados en las tabernas del malecón. Así que desecharon la idea de tomar allí una carraca que los llevase a algún puerto de Tierra Santa.

En lugar de seguir las instrucciones de Fruela, abandonaron la Provenza para internarse en la Lombardía y cruzar un nuevo paso entre montañas, donde Ciriaco le habló al muchacho de Julio César.

—El más grande de los grandes después del mismo Alejandro —le había dicho—. En una ocasión, tras ser secuestrado por piratas bereberes, se enfrentó a ellos asegurándoles que los despellejaría uno a uno.

—Lógico —había repuesto el muchacho—, es lo que cualquiera hubiera hecho.

—Puede, pero lo que a él le molestó no fue el verse secuestrado, sino el bajo precio del rescate que pidieron a su familia —le había repuesto el mercader con una deslumbrante sonrisa que sacudió la mancha en su mejilla.

Abandonaron los picos por una antigua calzada romana a la que llamaban de Brenero, y pasaron por la anárquica Verona. Siguieron hasta la sacrosanta Padua, donde Laín se acordó del borrachín navarro con nombre de santo que comerciaba con cantárida y, finalmente, siguiendo un río impetuoso que se iba ensanchando, llegaron a la desembocadura, que se abría a una enorme laguna donde aguardaba su destino: Venecia.

Tras mucho reflexionar al respecto, Ciriaco y Guy habían llegado a la conclusión de que aquélla era su mejor opción para conseguir, de manera discreta, algún pasaje a San Juan de Acre, Jafa o Ascalona. Porque, desde la caída de Constantinopla, la impresionante urbe flotante se había convertido en la auténtica potencia comercial de todos los mares interiores. Gracias a su apoyo político a la causa del Papa de Occidente y a su contribución en naves y hombres, desde la caída en desgracia del patriarcado de Oriente, la República de Venecia se estaba convirtiendo en un gigante que amenazaba con acaparar hasta el último gramo de oro, el último lingote de plata y el último quilate de perlas que se moviera de un extremo a otro de las rutas comerciales.

El problema al llegar al importantísimo puerto veneciano fue que, por más que porfiaron, no encontraron a ningún patrón dispuesto a embarcarlos, pese a los contactos de Ciriaco. El otoño apuntalaba ya el invierno y la travesía se anunciaba larga. Los rumores de naufragios colmaban los vasos de todas las tabernas y, para cuando el mercader de reliquias había arreglado ya sus compras de quermes y mandado de vuelta a la Navarrería a Guillem, todavía seguían empantanados en Venecia. Allí pasaron un amargo día de la Natividad, aun a pesar de que Ciriaco se gastó sus buenos dineros comprando polluelos de cisne que fueron albardados con tocinos y hierbas, rellenos con ciruelas y piñones, y cocinados en posada al espetón, sobre fuego manso, hasta que la piel quedó churruscada y crujiente.

La espera, entre la impaciencia y la desgana, hasta que llegara la primavera y se organizase una expedición en la que poder embarcarse, la mataban con la instrucción

del muchacho y elucubrando qué harían una vez llegasen a las cercanías de Gaza, decisión que no era baladí. Estarían en territorio donde los turcos les rebanarían el pescuezo si los descubrían. Además, en el caso de Laín, cuando las obligaciones se lo permitían, se llevaba una barcaza hasta tierra firme y aprovechaba para hacer volar su halcón.

Y eso había hecho ese mismo día, a apenas una semana del comienzo de la Cuaresma y la misa de ceniza.

La rapaz había resultado un ave excepcional. Una hembra grande y fuerte, de vivos ojos dorados y plumaje brillante, con un pecho en el que destacaba un precioso jaspeado que parecía una cota de malla de la mejor factura.

Volaba bien y cazaba mejor, pero el desasosiego de Laín estaba más que justificado por lo peligroso del lance, y los ojos del muchacho no se despegaban de la acción.

En un parpadeo, las garras ya apuntaban hacia abajo, listas para sajar la carne. Las alas se curvaron con la tensión y la vertiginosa velocidad disminuyó un ápice. Justo a tiempo para impactar con un golpe sordo.

El choque fue tremendo. El picado de la rapaz se detuvo en seco, partiéndole el pescuezo a la paloma al tiempo que sus aguzadísimos garfios alanceaban las pechugas. Y en el aire quedó el campanilleo metálico del cascabel que la prima llevaba. Además, como si las hubieran soplado, salieron despedidas unas pocas plumas de la bravía.

La euforia le arrancó un grito de felicidad al muchacho, exultante por el espectacular vuelo de su halcón.

—¡Bravo, Landra!, ¡bravo! ¿La has visto?, ¿lo viste? —le preguntó a Lume, como si fuera el juez de una competición en las tierras de un rey aficionado a la cetrería—. ¡Ha sido increíble! ¡Espectacular! ¡Bravo, Landra!

Capturada la paloma, vencida por el peso de la presa y empujada por la inercia de su vuelo, la prima dio unos cuantos aletazos que relajaron la caída y terminó posándose en un hueco entre matas de tomillo.

—Túmbate y espérame aquí, no vayas a ponerla nerviosa —el muchacho señaló a Lume, que obedeció al instante, acostumbrado a que siempre le mandasen quedarse atrás cuando cobraban una pieza.

Cuando Laín llegó hasta donde se había posado la cazadora, la rapaz ya había empezado a desplumar a su congénere con fuertes sacudidas del pico abigarrado.

—Tranquila, preciosa, tranquila —le dijo a la prima en tono cariñoso—. Has estado soberbia, soberbia —la animó, imitando el mismo tono grandilocuente con el que solía hablar Ciriaco—. Anda, ven —la instó.

Al tiempo que le hablaba, acercó el antebrazo, protegido por el largo guante hecho con recio cuero de res. Una pieza que se había hecho él mismo con muchas horas de trabajo y un sinfín de errores. Aprovechando lo que el viejo Tomás le había enseñado cuando reparaban los arreos de los caballos con cordel encerado, había

usado el delantal viejo que Guy le había conseguido en el taller de un herrero con el que se habían topado en el valle del río Eno. El gascón había aprovechado la coincidencia para encargar que reparasen unos herrajes y, sin decirle una sola palabra, se lo había dado esa noche, sabedor de que hacía tiempo que las garras del halcón necesitaban un asidero que no despellejase al chico, que hasta entonces se las había apañado dándole vueltas al antebrazo con los harapos de una túnica vieja.

Haciendo sonar el cascabel que tenía atado en una de las patas, obediente, el ave se encaramó a la percha que el muchacho le ofrecía, y Laín le atusó las plumas con caricias suaves que le hicieron cerrar los ojos. Era tan dócil que el muchacho ni siquiera trabó las pihuelas de cuero de chivo que pendían desde los tobillos del ave. Tenía una argolla preparada en un pespunte del guante para amarrarlas, pero casi nunca la utilizaba. Laín estaba seguro de que la rapaz no escaparía.

—Estás pesada —continuó hablándole mientras palpaba el hueso de la quilla bajo las plumas del pecho, que era la mejor medida para conocerle las gorduras al halcón —; eres una glotona y voy a tener que racionarte la comida.

Se hizo con el cadáver de la paloma y, con la práctica que había ido adquiriendo, desplumó y preparó las pechugas limpias para ofrecérselas a Landra, que no había hecho ni un solo ademán por levantar el vuelo otra vez y que lo miraba con ojos ávidos.

Con grandes bocanadas ansiosas, la rapaz aceptó encantada la carne aún caliente de la paloma.

—Van a reñirnos —dijo entonces Laín mirando cómo el sol había corrido en el cielo—. Se hace tarde, tenemos que irnos —añadió—. ¿Qué pensáis? ¿Tendremos buenas noticias? ¿Le habrá salido bien el asunto a Ciriaco?

Tenía tanta ilusión porque resolvieran por fin el entuerto que no se fijó en las dos amplias chalanas, cargadas de hombres, que bogaban hacia el archipiélago de Venecia.

Se albergaban en un piso de dos piezas en el barrio de Dorsoduro. Se lo había rentado uno de los contactos de Ciriaco en la ciudad y era un lugar estrecho, casi hacinado, porque en Venecia, amenazada de continuo por las inundaciones y sitiada por el agua, la tierra era más escasa que el oro. Pese al ingenio de muchas generaciones intentando robarle unos palmos a la laguna, las construcciones eran, en general, poco más que miniaturas con lo justo para vivir. La única salvedad la constituían las abrumadoras moles de piedra de los *palazzetti* que poseían los ricos comerciantes, los nobles y la todopoderosa Iglesia, que además contaba con templos como el de San Nicolás, el de San Pedro o la inmensa basílica de San Marcos.

Al contrario que esas excepciones, el suyo era un alojamiento humilde, con la única ventaja de que el alquiler incluía la chalupa, necesitada de un nuevo embreado, con la que Laín hacía sus excursiones. Por lo demás, no era otra cosa que la segunda

altura en una de las muchas casas de madera en las que se hacinaban los venecianos: sostenidas con pilotes por encima de las aguas verdosas, apoyadas unas en otras, como dándose consuelo, casi todas pintadas con vivos colores, como si quisieran compensar la falta de lujos con optimismo.

No había muchas comodidades, era difícil acostumbrarse a que hiciera falta ponerse a remar para llegar a casi cualquier parte y, cuando el calor asomaba, por poco que fuese, los ojos lagrimeaban por el olor a pantanal. Aun así, Laín estaba encantado, porque casi cada día descubría un nuevo pedazo del mundo, algo que jamás hubiera soñado en su pequeño chamizo en el alfoz de la torre de San Paio. Además, estaban en camino para salvar a su padre, al hombre que le había dado aquella moneda y que había descosido la cruz de su hombro para dársela. Y nada podía hacerle más feliz.

Antes de que terminase de subir las escaleras, que estaban hechas de viejos maderos sobados capaces de crujir con lástima incluso bajo el peso de Lume, ya escuchó la voz ronca de Guy con aquel inconfundible acento:

—Ya estabas tardando. Apúrate, hemos de salir de inmediato —le llegó la orden como un rugido monocorde, vibrante a través de la puerta.

Y el muchacho entró a toda prisa, sin pensar siquiera en una excusa por el retraso, sabedor de que, dijera lo que dijese, sólo serviría para enfurecer aún más al mercenario gascón, en cuyo rostro baqueteado brillaba el único ojo sano.

—Y adecéntate un poco antes de salir —le ordenó.

Por lo que les había dicho Ciriaco, iban a ver a gente de las altas esferas del comercio de la ciudad, a los dueños de una fraterna compagnia que incluso tenía sucursal en el barrio veneciano que había en Constantinopla. Así que Laín se aseó a toda prisa después de vaciar el aguamanil en la palangana y, pese al frío que le erizaba el vello, se puso sus ropas nuevas sin secarse del todo el pecho y las axilas, bajo la severa mirada de Guy.

A su paso por Bolzano, sabedores de que se acercaba el invierno y, constatado el hecho de que las mangas de Laín ya sólo le cubrían hasta las muñecas, Ciriaco había tenido la idea de tomarse un día de asueto y buscar un sastre que, con algo de buen paño, le hiciera al muchacho alguna cosa que echarse a los hombros que no fuera aquel harapo que llevaba desde que había salido de San Paio. Con una bayeta teñida con cáscara de nuez, lo que le había dado un marrón profundo no tan distinto al de los sayos de los sargentos templarios, el costurero le había confeccionado unos pantalones con dobladillos largos que se pudieran descoser en meses venideros.

—Míralo —había dicho el mercader de reliquias—, salimos de San Cernin con un cervatillo y va camino de hacerse un venado. Va a ser más grande que tú —le había comentado a Guy, lanzándole un codazo cómplice, admirado por la talla del muchacho—. Y habrá que enseñarle también a afeitarse —añadió—, porque esa borrilla que le cubre la cara por parroquias le hace parecer un tiñoso.

Era cierto. El bozo que le poblaba las mejillas había empezado a despuntar poco

antes, pero no daba la impresión de que, por el momento, pudiera presumir como lo había hecho el viejo emperador Federico, al que todos seguían llamando *Barbarroja*. Algo que desilusionaba al muchacho, porque estaba decidido a dejarse bigote y perilla de chivo, como la que había visto siempre en el rostro de su padre.

Para completar el juego, con una lana algo más prieta le habían cosido también una aljuba. Y el mercader, que manejaba los dineros con una soltura que no dejaba de asombrar a Laín, le había comprado además una abrigada pelliza y unas botas, que eran las primeras que estrenaba Laín, quien había andado descalzo desde el día en que diera sus primeros pasos.

—Te gustarán en cuanto llegue la nieve —había augurado Ciriaco con un gesto cómplice ante lo difícil que se le hacía al muchacho cubrirse los pies.

Y había acertado. Porque en cuanto el invierno empezó a recrudecerse, Laín llegó incluso a dormir con ellas puestas, ya que no se detuvieron pese a la amenaza de que los pasos quedasen cerrados, y el frío, hasta cuando dormían en postas, fue un enemigo temible durante el trayecto. A veces, cuando aprovechaban el camino para recoger castañas que luego asaban en el fuego del campamento, cuidando bien de cortarles un pellizco de la dura cáscara parda para que no explotasen, en lugar de comerlas en cuanto se habían cocinado, Laín se las guardaba en los pliegues de la camisa para que le calentasen la barriga y, a la mañana siguiente, las aprovechaba para ir mordisqueándolas mientras caminaba.

Sólo escaparon del frío cuando empezaron a descender hacia el valle del lago Garda, y fue por los pelos que no quedaron atrapados en las abruptas montañas que marcaban la frontera de los venecianos.

—¿Listo? —inquirió Guy cuando vio que el muchacho terminaba de vestirse—. Pues vamos, que hay prisa, Ciriaco ya nos está esperando. Y nada de bichería; el chucho y el pajarraco se quedan aquí.

El tono no daba lugar a protestar, y Laín no lo hizo. Se limitó a despedirse de los animales con unas caricias y, cuando Lume dio un par de vueltas sobre sí mismo para acabar tumbándose con un bostezo, el muchacho salió tras el gascón y cerró la puerta.

Caminaron un par de manzanas por aquellas calles que eran como pantalanes y, en una encrucijada con un amarradero que ya conocían, contrataron los servicios de una de las vistosas barcazas estrechas y de fondo plano a las que los lugareños llamaban góndola. Eran perfectas para moverse por aquel dédalo de canales poco profundos, pero los barqueros solían ser tipos poco fiables; les gustaba apropiarse de lo ajeno, les encantaba estafar a los extranjeros con estrambóticos negocios o con tarifas exageradas.

Laín, que había aprendido a apañárselas en las semanas que llevaban allí, chapurreó como pudo la traducción de las indicaciones que le dio Guy, quien, a su vez, las había recibido del mercader de reliquias. Y el gascón dejó hacer al muchacho, quizá porque era cierto aquello de que a perro viejo le cuesta aprender trucos nuevos, y Guy, para hacerse entender, en lugar de esforzarse por aprender el

idioma del lugar, se dedicaba a repetir una y otra vez lo mismo, subiendo el tono en cada ocasión hasta que los gritos y su imponente figura cuajada de cicatrices convencían a cualquiera pese a no entender una sola palabra.

Laín se tomó la responsabilidad muy en serio y regateó con furia hasta acordar el precio con el remero, un tipo flacucho que calzaba una gorra estrafalaria con la que intentaba calentar las orejas y protegerse del húmedo frío que desprendía la laguna.

Con el chapoteo del único y largo remo acompañándolos, la colorida barquichuela los llevó hasta la parroquia de San Severo, a levante de la imperdible referencia que suponía el inmenso campanario, campanile como le decían los locales, de la basílica de San Marcos.

A través de aquel dédalo de canales en los que flotaban desperdicios de todo tipo, habían cruzado la ciudad entera, de un extremo al otro. Su destino estaba en el barrio donde se situaba el conocido arsenal veneciano, el astillero donde se construían, reparaban y aparejaban la multitud de galeras, galeazas y demás barcos de la importante flota que formaban las naves de guerra de la República y los mercantes de las compañías comerciales. Un lugar al que los venecianos llamaban *sestiere* del Castello, aunque Laín no había logrado averiguar si el nombre se refería al impresionante palacio del dogo que mandaba sobre los venecianos o a alguna fortaleza ya desaparecida. Aunque ése era sólo uno de los muchos misterios que guardaba aquella curiosa villa, donde pobres desgraciados pedían limosna en una esquina por la que pasaban nobles emperifollados con las mejores galas y, poco después, una reata de escandalosas rameras pintarrajeadas a las que seguían devotas monjas de largos hábitos. Era un lugar de contrastes y miserias, donde casi todo aparecía blanco o negro y apenas se intuían grises. En cualquier esquina podía uno encontrarse con uno de los *grossos* de plata que acuñaban como moneda propia, perdido tras una noche de jarana por algún vividor y, casi con las mismas probabilidades, toparse de frente con la punta aguzada de una daga y la amenaza de perder la vida si no se vaciaba la faltriquera.

Para todos esos misterios, la paciencia del mercader de reliquias apenas había aguantado hasta ofrecerle unas pocas respuestas.

—Usan el león como símbolo de la ciudad porque es el león el animal que representa al evangelista Marcos —le había explicado Ciriaco cuando preguntó, cerca del palacio ducal, frente a una enorme columna coronada con una de aquellas bestias, a la que el escultor había añadido alas portentosas—. Es el patrono de la ciudad y la advocación de su catedral. Marcos el león, Juan el águila, Lucas el buey y Mateo la cabeza de un hombre. Así que, aquí, en la Venecia de san Marcos, se han puesto un león por bandera —había terminado haciendo un floreo con las manos.

Aunque para todas esas enseñanzas Guy tenía versiones mucho menos halagüeñas.

—Fue un robo. Vil y malicioso. Un robo, con la excusa de la cruz —le había contado el gascón al muchacho, señalando los cuatro magníficos caballos de bronce

que decoraban la terraza de la basílica de San Marcos—, pero un robo al fin y al cabo.

Y Ciriaco había intentado alegar que eso no les restaba un ápice de belleza, y mucho menos de valor, pues eran piezas de una factura exquisita y tan antiguas como los césares romanos.

—Un robo. No servirán para otra cosa que para que algún imbécil escriba alguna historia llena de elucubraciones propias de imbéciles —había apostillado Guy—. Tú los ves y piensas en lo que podrías sacar vendiéndolos. Y el dogo los puso ahí para demostrar que la República luchó en la toma de Constantinopla. Quizá fueron el símbolo de algo bello alguna vez, pero ahora no son otra cosa que excusas para avariciosos.

Hoy dejaban esa parte de la ciudad tras ellos. Aquel canal y aquella iglesia compartían el nombre de San Severo y, en aquel barrio, en aquel *sestiere*, como decían los locales, se podía respirar el ajetreo del comercio. Los muelles estaban abarrotados de gentes y mercancías que empezaban a prepararse para las expediciones que partirían en la primavera hacia cualquiera de los rincones bajo el gobierno de la Serenísima República de Venecia. Como Negroponte o Candía. O hacia destinos que, si bien no estaban bajo el mando del dogo, sí mantenían una relación comercial con los venecianos, como sucedía con Sicilia, con la costa de Dalmacia o con la ciudad de Nicosia, dominada por la dinastía de los Lusignan desde los tiempos en que Saladino conquistara Jerusalén. Además de la omnipresente Constantinopla, donde el barrio veneciano era de los más importantes de la ciudad, y cualquier punto de los litorales de ultramar, porque, tal y como le había explicado Ciriaco:

—Los venecianos son listos —le había dicho risueño—, les da igual la cruz o la luna, y les va al pairo a quien le rece cada cual. Lo único que les importa es el peso del oro que cada cual lleve en la bolsa.

Bajo el sol de la tarde que nacía, no sólo se percibía la intensa faena de los mercaderes, el ambiente estaba también cargado de un tono festivo palpable en los saludos apasionados y en las sonrisas de aquellos con los que se cruzaban. En todo aquel ajetreo se notaba el optimismo contagioso que provocaba la próxima gran fiesta del carnaval, que ya estaba cerca y que significaba riadas de dinero por los festejos que el propio dogo Jacopo Tiepolo sufragaría con su fortuna personal, tal y como era la tradición.

Y a la llamada de los *dinaros* venecianos acudirían saltimbanquis, prestidigitadores, buhoneros, trovadores y juglares, furcias de toda clase, apostadores de pasado turbio, caballeros venidos a menos que participarían en torneos, ladronzuelos con cuchillos afilados para cortar las cintas de bolsas sujetas al cinto, malnacidos con ganas de jarana, embaucadores, chicuelos con las cabezas llenas de pájaros. Y los nobles de la ciudad aprovecharían la ocasión para, enmascarados y vestidos de tal modo que no se les pudiera reconocer, dejarse llevar por los vicios

terrenales y las pasiones de sus vasallos.

—Es una excusa como cualquier otra para el latrocinio y el desmadre —había explicado Ciriaco con una sonrisa—. Antes de que empiece la Cuaresma y haya que guardar las apariencias, hacer ayuno y pensar en la contrición, se puede uno regalar algo de vino, mujeres y diversión. Por lo que tengo entendido, no hace mucho que se enredan con estas celebraciones, pero cada año, a medida que la ciudad crece al amparo de los dineros que ganan con el comercio, se han ido haciendo más importantes —le guiñó un ojo—. Es una disculpa perfecta para arruinarse y pecar hasta quedar condenado a los infiernos —reconoció con una risotada—. ¡Diantres! Me juego el cuello a que en unos años se va a convertir en una fiesta que atraerá a moscones de cualquier rincón del mundo conocido, ya lo verás. No hay cristiano al que no le guste una juerga de la que luego pueda confesarse. Y estos tipos, que son listos, ya te lo he dicho, harán fortuna con ello.

Y allí, bien abrigado con una pelliza similar a la que había comprado para Laín, los aguardaba el mercader. Sonreía con ese aire indulgente y extravagante que le hacía parecer un gigante después de haber devorado una recua entera de bueyes.

—Menos mal, menuda panda de facinerosos vamos a parecer. —A pesar de las palabras, el tono resultaba, como siempre, divertido, porque Ciriaco era de esos hombres incapaces de tomarse nada en serio—. Es tarde, ¡vamos! Nos están esperando.

Siguiendo al mercader, caminaron unas cuantas varas y se cruzaron con los estibadores del puerto. Cargaban con las últimas corachas que olían a la pimienta oriental, con los pocos rollos de paño de Mosul que aún no habían sido vendidos y con unas cuantas alfombras turcas que salían para sufragar las siguientes travesías.

Al poco, después de atravesar un puente de madera de apenas unos pasos, llegaron a una esquina que servía de atracadero a unos almacenes de altos techos a cuya entrada bullía la actividad de los preparativos para los primeros viajes de la temporada.

El lugar impresionó de inmediato a Laín.

Para tratarse de Venecia, donde todo el espacio parecía tasado con tacañería, era un local enorme. Sito en el extremo de la ciudad que se ofrecía directamente a la laguna, se abría hacia el agua con una fachada de arcadas que sostenían una altura más. Estaba a medio camino entre atarazana y bastimento, con dos enormes galeazas atracadas junto a los pontones, donde circulaban con prisa marineros y mozos de carga que preparaban las naves para los próximos viajes. El interior, despejado excepto por las columnas que mantenían en pie el edificio, estaba casi vacío, a la espera de mercancías. Y, gracias a las ventanas que recorrían los aleros, tenía el aire de una colegiata; invitaba a susurrar plegarias, al menos hasta escuchar los gritos de los trabajadores, que no parecían sentirse intimidados por aquel espacio y despotricaban vivarachos.

Un poco más allá había herramientas de hierro forjado, cabos enrollados, sacos vacíos, toneles, duelas, cajas de bastimentos y bancos de trabajo por entre los que se movían artesanos que se preocupaban de asuntos que Laín no supo interpretar. Al fondo, hacia donde los llevó Ciriaco, se advertían unas separaciones levantadas con tablones cepillados.

Al parecer, servían de oficinas de aquella compañía armadora. Antes de que hubieran llegado hasta ellas, salió de allí un hombre que saludó afablemente a Ciriaco, al tiempo que abría los brazos para acogerle.

—*Mio diletto amico!* —dijo exultante, envolviendo al mercader con un abrazo.

El hombre era la imagen de la opulencia. Rubicundo, coloradote y entrado en carnes. Vestía calzas y aljuba de terciopelo verde oscuro. Espantaba el frío con una capa adornada en las solapas con dos anchas tiras de piel de marta sobre las que destacaba, como una gorguera, el amplio collarín de la camisa de seda blanca. Tenía una nariz aguileña de aires hebreos, unos ojos brillantes bajo la cornisa de unas cejas prominentes y un abundante pelo prácticamente blanco, cortado con pulcritud hasta unirse a la barba que le decoraba el mentón, que ocultaba la colgante papada que delataba su gusto por las buenas mesas y las mejores comidas.

Ciriaco lo presentó como Niccolò, uno de los tres hermanos que dirigían la compañía exportadora de aquella familia de la alcurnia veneciana. Y el hombre se comportó al instante como si todos fueran amigos de largo tiempo. Sin embargo, pese a las ansias que tenía Laín por recibir buenas noticias, en los retazos de conversación

que fue captando se dio cuenta de que las negociaciones sobre su expedición a ultramar ni siquiera habían comenzado.

Estaban hablando de algo que quería enseñarle a Ciriaco y, después de gritarle unas órdenes en un tono mucho menos jovial a un tipo fornido que parecía uno de los capataces de la compañía, les pidió que lo acompañaran con gestos animosos.

Siguieron al hombre, que no cesaba de parlotear, hasta salir del edificio. Atravesaron un arco que les condujo a un anexo donde, de inmediato, los recibió una bofetada de calor que despabiló rápidamente el aire helado de la tarde.

En tanto, sin dejar de sonreír, Ciriaco les iba traduciendo la cháchara del veneciano:

—No me ha dejado decir ni media, ha insistido en que primero teníamos que ver los hornos cristaleros —le dedicó un guiño a Laín y un gesto que pedía paciencia a Guy, menos ducho en el arte de la diplomacia y a punto de estallar por la angustia de ir al grano—. Es evidente que busca algo más que el pago de unos pasajes. Creo que quiere liarme para que le haga una compra y me temo que, hasta que no lleguemos a un acuerdo, no me permitirá mencionar el asunto de nuestro viaje.

Aquella idea reveló un gesto de fastidio en el rostro de Guy, donde las cicatrices se volvieron nacaradas cuando apretó la quijada. Laín había visto aquella misma expresión cuando fallaba en algún lance de su instrucción. Aun así, tanto el hombre como el muchacho se hicieron cargo de la situación; era lógico que el comerciante intentase sacar provecho de su necesidad. Lo que ninguno de los tres imaginaba era que el veneciano sólo intentaba ganar tiempo para hallar el modo de decirle a su viejo conocido que no había un solo armador en la ciudad dispuesto a llevarlos a parte alguna.

Niccolò les señalaba grandes baldes donde había arenas, barrilla y sales, no lejos de una leñera, llena hasta los topes, que daba servicio a un horno abovedado hecho con ladrillos morunos y que era la fuente del calor por el que todos empezaron a aflojarse las ropas. El veneciano, al verlos sofocados, dijo algo que Ciriaco tradujo.

—Comenta que sí, que es un problema que ha causado multitud de incendios en la ciudad —explicó mientras se abanicaba con la mano—. Según Niccolò, muchos piensan que todos los cristaleros deberían ser obligados a trasladarse a un lugar menos abarrotado. Ha mencionado que la isla que puede verse al norte, a la que llaman Murano, está casi vacía por una revuelta de hace unos cuantos años. Él opina que sería el lugar ideal, porque está convencido de que esta industria seguirá creciendo —terminó tomando de manos del veneciano los abalorios que le ofrecía.

Por unos momentos, Laín olvidó que estaban intentando gestionar un pasaje que les diera la oportunidad de rescatar a su padre y quedó embobado por los preciosos cristales.

Sin embargo, lo que más le admiró no fueron las cuentas de múltiples colores y los pequeños frascos que vio fabricar cuando un maestro sacó del crisol vidrio fundido y, con pasmosa habilidad, lo fue dejando caer como un hilo de miel sobre una

varilla que hacía girar con la otra mano. Ni tampoco el cómo usaban cañas para hacer que una burbuja del cristal fundido se hinchara hasta llenar un molde que un ayudante sostenía con grandes trapos empapados mientras, subido a un escabel y manteniendo el tubo hueco lo más recto posible, otro menestral soplaba con fuerza. Lo que más impactó al muchacho fueron los pequeños espejos, pues era la primera vez en su vida que veía un prodigio semejante.

Y el veneciano, ante la cara de éxtasis del muchacho, se deleitó en explicaciones.

—Cuenta que vierten el vidrio fundido en una plancha de bronce y que lo alisan con unos rodillos, luego lo dejan enfriar poco a poco, pasándolo a esos hornos de atrás —tradujo Ciriaco, señalando otras bocachas con los mismos ladrillos—; y cuando están listos cubren uno de los lados con azogue batido.

Ver su propio reflejo, incluso aquellas faltas en su barba incipiente por las que siempre recibía burlas de Ciriaco, dejó anonadado a Laín.

Aunque el pasmo le duró sólo hasta que llegaron los otros dos hermanos del veneciano, acompañados de la criatura más hermosa que el muchacho hubiera visto jamás.

—Son sus hermanos, Marco y Maffeo —presentó Ciriaco haciendo los honores —, y la damita es Bellela, la hija mayor de Maffeo, que, para disgusto de su padre, está aprendiendo el oficio del comercio.

Bajo la mirada divertida del mercader de reliquias, que se percató al instante de lo que sucedía, soportando el arrebol que de repente le quemó las mejillas y las orejas, Laín fue capaz, a duras penas, de articular su mejor saludo.

—*Buonasera damina, oh qual contento!*

A él le sonó de corrido, pero todos le oyeron balbucear y la aludida, sin duda acostumbrada a los galanteos, se dejó llevar por la situación ensayando una sonrisa cautivadora que la volvió aún más bella a ojos del muchacho, incapaz de pensar en otra cosa que en lo apropiado del nombre que llevaba la criatura.

Laín ya rozaba con el flequillo el hombro de Guy y, aunque ella era unos años mayor que él, resultaba una pulgada más baja, lo que consideró una virtud encomiable, como si ella hubiera detenido su crecimiento a propósito para ese momento de su vida.

Tenía espesos rizos trigueños. Y un rostro en forma de corazón donde destacaban dos cosas: unos ojos verdes como esmeraldas y una boca que era una promesa. Sus labios eran carnosos como fruta madura y el inferior, ligeramente abultado, con una gracia femenina inconfundible, bailaba con cada palabra de un modo incitador.

Llevaba un caro vestido de brocado, hecho con sedas orientales y guarniciones del mejor paño de lino. Y el recto escote dejaba adivinar un canal para el que no había en toda la ciudad comparación posible. Además, en donde el cuello perdía el nombre, un lunar refulgía con más fuerza que un mediodía de verano y, aun a riesgo de quedar en ridículo, Laín era incapaz de dejar de mirarlo con ojeadas furtivas.

Tanto se fijó en ella que descubrió el leve rastro de una cicatriz que se le escurría

por la ceja derecha, apenas perceptible, pero suficiente para que el muchacho imaginase enseguida a una niña revoltosa cayéndose de algún andamio al que había trepado sin permiso.

En los últimos tiempos, sus noches habían sido agitadas y calenturientas, llenas de sueños con borrosas imágenes de muslos y pechos descubiertos. Algunas mañanas despertaba empapado en algo más que sudor y, con la cara abochornada, disimulaba como podía intentando borrar el rastro de su lujuria antes de que alguno de los otros dos se diera cuenta.

Completamente embrujado por la muchacha, Laín ni siquiera oyó los primeros gritos.

Desde aquella entrevista en San Cernin con el contrabandista de cantárida, cuando el chico había saltado como un resorte, el mercenario gascón sabía que el muchacho se estaba partiendo en dos.

Uno era un crío amable y bien dispuesto, un zagal que se hacía querer, con el que resultaba fácil convivir y lleno de aquel extraordinario don con el que parecía entenderse con cualquier bestia imaginable.

El otro era un pozo de rencor en el que hervía la bilis que las desgracias de su vida habían hecho aflorar. Un joven perdido que buscaba ansiosamente el modo de reparar lo imposible, lo que ya no tenía arreglo. Y ésa era una lección perdida. Una que el propio Guy había aprendido bien. Los eslabones rotos jamás volvían a formar una cadena, ni en la fragua del mejor herrero.

Y, desde el primer momento, cuando comenzó con la instrucción del muchacho, Guy tuvo la certeza de que estaba obrando mal al alimentar a la fiera despiadada que anidaba en el rincón más oscuro del corazón de Laín. Porque avivar el fuego de aquella forja sólo podía acabar templando a un descastado sin compasión. Pero ser consciente de que no estaba obrando de buena fe no detuvo a Guy a la hora de incitar aquel odio que latía en el alma del chico.

Había derramado demasiada sangre, sabía muy bien a lo que se iban a enfrentar cuando llegasen a Gaza y estaba convencido de que, dado cuanto se traían entre manos, el bien y el mal no importaban lo más mínimo. Lo único que importaba era que el muchacho sobreviviera y, para hacerlo, para poder soñar con regresar algún día, tenía que convertirlo en un desalmado dispuesto a matar o morir.

Había que hacer lo necesario, no lo correcto; eso se decía a sí mismo cuando escuchaba la voz de Egeria recriminándole.

Por eso, cuando vio como el muchacho se interponía entre el tajo de espada y la hija del veneciano, a Guy se le escapó un gruñido de satisfacción que le dio el tiempo justo para meterse de lleno en la refriega.

No sabía si se trataba de un robo a sus nuevos amigos armadores o de una de las legendarias rencillas entre las familias de la ciudad. Ciriaco, que llevaba años comerciando con los venecianos, había oído hablar de la insidiosa tirria que anidaba entre algunos clanes nobles, como los Tiepolo, los Dandolo o los Gradenigo. Y todos habían escuchado hablar de los combates de años antes, que habían asolado lo que allí llamaban *terraferma*. Pero sus dudas sobre la causa no lo retuvieron y, como habían hecho Guy y el muchacho, se dispuso a vender cara su vida.

—Al diablo —maldijo con una sonrisa mefistofélica—, rojos, albos, azules o colorados. Me va una higa quien os mande, pero vais a pagarlo caro.

Y desenfundó, echándose adelante para enfrentarse a los misteriosos atacantes.

Salían del almacén y se apelotonaban en la exigua entrada de los hornos. Habrían arribado al amarradero y quién sabía cuántos más peleaban en el edificio principal. Hasta los talleres de cristalería habían llegado al menos dos docenas, que abarrotaban el lugar. Venían todos armados, cada cual con lo primero que había cogido, y no

había entre todos ellos dos sayos iguales. Al verlo, Guy lanzó un suspiro de alivio, porque ninguno calzaba el hábito templario y no se distinguía por parte alguna el estandarte blanco y negro de la Orden. Fueran quienes fuesen, no se trataba de hombres enviados por el alcarreño Baños.

En medio de la marabunta, un larguirucho, provisto de una clava con manchas de robín, se echó hacia ellos con la clara intención de reventarle los sesos a la muchacha o a su padre, al primero que le cuadrase. Laín, haciendo gala de cuanto había aprendido, saltó como una liebre. Aprovechó el loco impulso del otro y, agachándose para evitar el golpe, estiró la mano, lo agarró de la corva en plena zancada y lo mandó a rodar por el suelo. El grito asustado de la muchacha, difuminado en el follón de la batahola, ni siquiera lo oyó.

Guy se deshizo de otro de los atacantes con un codazo que le desbarató las narices con un crujido de huesos y, escuchando como su atacante se ahogaba en su propia sangre, prestó atención a su pupilo.

Tal y como le había enseñado, lo vio saltar a horcajadas sobre el otro, con la daga ya desenvainada. Pero cuando acercó al pescuezo la hoja afilada, Guy también percibió las dudas que asaltaban al muchacho. Afortunadamente, el de la clava había perdido el conocimiento por el testarazo que se había dado al caer contra el suelo. De no ser así, Laín no lo hubiera contado.

—¡Vamos! —rugió a pleno pulmón—. Remátalo.

Los ojos del muchacho se volvieron hacia él, suplicantes, y Guy actuó de inmediato.

En tres zancadas se puso a su lado, sin más estorbo que un tajo con el que había cortado la muñeca de otro de los atacantes, todavía aferrada a una espada roñosa.

—Las dudas matan a más desgraciados que los turcos —le gritó, echándose encima y poniendo su mano libre sobre la del muchacho—. Él lo haría con los ojos cerrados —añadió refiriéndose al larguirucho inconsciente.

Y empujó lo justo sobre el antebrazo del muchacho. Nada más que lo suficiente para que la punta de la daga se moviese una pulgada, hasta tocar la piel del cuello de aquel hombre, en la que Laín distinguió la mancha terrosa de una salpicadura que se había secado, y también cómo la nuez subía y bajaba cuando respiraba.

—¡Hazlo! —le chilló Guy al oído—, por todos los demonios, ¡hazlo! Y antes de que cualquiera de esos otros nos coja desprevenidos —añadió, señalando la trifulca, en la que ya participaban los trabajadores de los hermanos comerciantes.

Laín escuchó los gritos de dolor, los gruñidos de esfuerzo de las fintas, el reverberar de las armas chocando unas con otras. Entrevió a los hombres luchando con frenesí. Figuras borrosas en las que apenas distinguía amigos de enemigos.

Ensayar con las espadas de madera, bajo las risas de Ciriaco, era una cosa muy distinta a arrebatar una vida humana.

Guy los defendió a ambos de otra embestida.

—¿Acaso crees que Rodrigo hubiera dudado? ¿Piensas que él querría que su hijo

fuera un cobarde?

Mientras lo decía, se odió por ello, pero no calló.

—¿Es esto lo que quieres contarle cuando lo encontremos? Que te faltaron agallas cuando hacían más falta…

Quizás aquellas palabras causaron el efecto deseado, o fue tan sólo un acto reflejo cuando los ojos del otro se abrieron de pronto con expresión de sorpresa. Todo sucedió a la vez, en medio del barullo que llenaba el pequeño espacio de los hornos.

Bajo la mano de Guy, la del muchacho se movió.

La daga entró en la piel delicada de la garganta. Se deslizó con un siseo, cortando pellejo, carne y vida.

—Vamos, no te quedes quieto —le gritó, obligándolo con un empujón a dejar atrás lo que ya era pasado—, hay muchos más.

Sólo dudó un instante, lo justo para ver la sangre que goteaba desde el filo de la hoja. Luego se sacudió como una trucha en el anzuelo y se puso en pie a toda prisa, tomando con la otra mano la clava del primer hombre que había matado.

A partir de ese momento, el mercenario vio al muchacho entregarse de lleno a la lucha. Sin preguntarse nada más, sin detenerse. Sin dudar. Y algo le dolió en el alma al comprobar que estaba consiguiendo lo que buscaba. Pero no pudo pararse a pensar en ello, porque se le echó encima un desharrapado con un cuchillo roñoso en cada mano, dispuesto a quitarle la vida.

De entre todos, el único feliz era Ciriaco, que aullaba con deleite mientras hacía volar su hierro de un lado a otro con rápidos movimientos de muñeca. Parecía encantado de recuperar la acción de su juventud.

Por su parte, los tres hermanos comerciantes no eran hombres de armas, pero habían corrido mundo y no se arredraban fácilmente. Llamaron a los suyos a gritos, y éstos aparecieron desde todos los rincones del lugar con cuchillos para las sogas, atizadores para el fuego, rebenques de las naves e incluso con las pequeñas anclas de los lanchones auxiliares.

Maffeo, en cuyo rostro se percibía la angustia, llegó corriendo de algún otro lugar y protegió a su hija entre sus brazos, pese a que no tenía más armas que las largas pinzas de hierro que había cogido de entre las herramientas desperdigadas de los cristaleros.

El caos comenzó a ceder poco a poco. Entre los marinos y empleados de los comerciantes no tardaron mucho en dominar la situación. Sin embargo, cuando parecía que la suerte se decantaba por ellos, apareció un enemigo mucho más poderoso. El temido fuego del que les había hablado Niccolò.

Quizás algún crisol lleno de vidrio fundido se había caído, o podía ser que alguno de los atacantes, viéndose vencido, hubiera hecho un último esfuerzo por arrastrarse y abrir la portañola que servía para alimentar la cúpula del gran horno. Podía haber sido el tropiezo de cualquiera y nunca lo sabrían.

Deliberadas o no, las llamas comenzaron a extenderse con rapidez y pronto hubo

que preocuparse del incendio. Se propagaba hacia el almacén principal y las preciosas mercancías que aún guardaba.

Aquello despertó la codicia del comerciante Maffeo, que llamó a gritos a sus dos hermanos y, entre los tres, empezaron a chillar órdenes para que algunos de los suyos se ocupasen de baldear agua y detener el desastre.

Entre las llamas y el bullicio, Laín vio que el veneciano se detenía en sus prisas para decirle algo a su hija. De inmediato, marchó en pos de sus hermanos para ayudar a extinguir el fuego, en tanto que Ciriaco terminaba con el último de los atacantes.

Por un momento, a Laín le pareció que todo quedaba en calma. Todos se movían a su alrededor y el fuego no se detenía, pero él sintió una quietud incómoda ahora que el frenesí de la lucha había terminado. Miró a todos lados y vio a Guy rematar a uno que intentaba gatear para salvar la vida, y a Ciriaco, exultante. Y a la preciosa Bellela, que sollozaba haciendo que su escote produjese horizontes montañosos en los que, de repente, tuvo el deseo irrefrenable de perderse.

Pero antes de que pudiera resolver la confusión que lo atenazaba, sucedió lo inevitable.

Pese a los esfuerzos de los empleados de la *fraterna compagnia*, el fuego avanzaba y, en su avaricia, ya lamía la leñera y algunas de las columnas que sostenían la techumbre del taller de los cristaleros.

Con un crujido que sonó como un lamento, parte de todo aquel entramado se derrumbó. Las chispas, las cenizas y las astillas prendieron como yesca y una bocanada de fuego pareció engullirlo todo.

La hija del comerciante veneciano, petrificada por un horror que le demudaba el rostro, se había quedado atrapada junto a los hornos, demasiado cerca de la leñera, que ya ardía con fuerza.

Laín, que estaba junto al depósito de barrilla, lo vio todo entrecortado por las llamas y por el correr ajetreado de quienes intentaban apagar aquel infierno. Y también oyó sus gritos, y los de su padre, Maffeo, que se acercaba a las llamas y volvía a apartarse inmediatamente.

El cerco de fuego se achicaba desde el lado en donde estaba Laín, los cubos de agua y el trabajo de tantos hombres estaban dando resultado. Pero, al otro lado, el calor del horno daba fuerza a las llamas, y la pobre muchacha había retrocedido hasta una esquina abarrotada, entre un banco de trabajo, un tonel cortado donde había restos de cristales y unos cuantos leños caídos. Estaba arrinconada. Fuiscas que se desprendían del incendio chispeaban en el carísimo vestido. Ella, entre sollozos y gemidos, pedía auxilio e intentaba apagarlas con fuertes palmadas.

Laín miró a su alrededor buscando ayuda, pero todos estaban ocupados. Ciriaco contenía al veneciano que, con los ojos en blanco, forcejeaba, dispuesto a lanzarse entre las llamas para rescatar a su hija. Los otros dos hermanos se afanaban con cubos de agua y Guy corría también, cargado con un balde en cada mano.

Estaban dominando el fuego y parecía que pronto lo apagarían. Pero pronto podía

ser tarde. No quedaba mucho tiempo para que las llamas alcanzasen a la muchacha.

Sin pensarlo dos veces, Laín se sacó la pesada pelliza que le había regalado Ciriaco e interceptó a Guy.

—Dame eso —le dijo al gascón en un tono que no admitía réplica.

Y cuando el otro dudó, el muchacho le arrebató uno de los baldes y tiró la pelliza dentro, para empapar el vellón. Sin perder un instante, cogió también el otro cubo y, tras levantarlo por encima de su cabeza, se lo vertió encima, quedando empapado al instante.

—¿Qué demonios crees que vas a hacer? No es asunto nuestro, no merece la pena arriesgarse.

Laín no contestó. Cogió la pelliza, esparciendo agua por doquier, y, cubriéndose con ella, se echó hacia el fuego.

—¡Bravo, muchacho! —se oyó el grito de Ciriaco, que reía como un poseso—. Así se hace.

En ese instante, Guy admitió para sí que quizá nunca lograría hacer del muchacho lo que pretendía.

Las becadas, bien rustidas, rezumaban su relleno de manteca y uvas pasas. Los patos, de piel crujiente, ofrecían sus lenguas exquisitas en los picos abiertos. Un costillar entero de cerdo, limpio de lardos, se había asado con miel y romero hasta ofrecer un aspecto deliciosamente tostado. Peces de san Pedro, abiertos por la raspa, se habían cocinado sobre brasas y lucían en las bandejas, bien untados de aceite en el que se había majado diente de león y colmenillas secas. Humeaba una sopera con un caldo lleno de colorido, hecho con pequeñísimos tropezones de todas las verduras imaginables. Había también una fuente de pequeños nabos horneados con aceite de oliva y la misma pimienta oriental que habían visto en los almacenes. Castañas cocidas en vino y servidas sobre cuajada de leche de oveja. Peras salteadas en grasa y cubiertas de pequeñas lonchas de tocino crocante con trozos de avellana pasada por el almez. Pastel horneado a fuego lento, hecho con huevo y leche, aderezado con trozos de paletilla de cerdo adobada. Un oloroso pan de nueces hecho con harina de tranquillón a la que se le había dejado el salvado. Y gruesas tajadas de hogazas confeccionadas con capas alternas de centeno y trigo.

No recordaba un derroche semejante. Quería probarlo todo y, si no se lanzó como un poseso sobre todas aquellas bandejas, fue por pura vergüenza. Eran tantas las exquisiteces que no supo por qué decantarse, hasta que probó uno de los dulces cuidadosamente colocados sobre una fuente de plata, adornada con tantas filigranas y hojas diminutas que sólo podía ser obra de un orfebre hebreo. Se trataba de pastelillos de muchas capas finísimas, arrolladas unas sobre otras al modo moruno y rellenos de una exquisita mezcla de un requesón local y miel. Después de catar el primero ya no pudo detenerse. Se dejó llevar por la glotonería hasta que, abochornado, y pese a que nadie hizo comentario alguno, se obligó a refrenarse ante el impulso de la gula.

Le habían parecido tal delicia y tanto se había concentrado mientras los saboreaba, que apenas había prestado atención a la larga explicación que Ciriaco había desgranado sobre lo sucedido en el almacén de la *fraterna compagnia*.

Al parecer, según pudo entender Laín, en los últimos años la vieja disputa entre los güelfos y los gibelinos se había pervertido.

Inicialmente, ya antes de los días de Federico *Barbarroja*, las dos facciones habían empezado a luchar para favorecer cada cual a la casa de Welf o a la de Waiblingen en la sucesión al trono del Sacro Imperio. Pero, con el paso del tiempo, muchos facinerosos habían aprovechado las luchas para arreglar cuentas pendientes y, en los últimos años, los que se hacían llamar gibelinos apoyaban las campañas imperiales contra el papado, mientras que quienes se hacían llamar güelfos, como era el caso de los venecianos, se empecinaban en llevarle la contraria al emperador y guardarle las espaldas al cuarto Inocencio, que era quien sentaba sus ilustres posaderas en la cátedra de san Pedro.

A Laín todo aquello se le antojó un embrollo tremendo del que apenas entendió nada, especialmente porque su atención estaba muy ocupada con los pastelillos de la fuente de plata. Además, la conversación que había mantenido con Guy esa misma

tarde, antes de partir hacia la casa de los comerciantes venecianos, todavía le retumbaba en los oídos.

—Ven, hemos de hablar —le había dicho el gascón.

Tumbado en el suelo, frente a un tablero de ajedrez en el que Ciriaco le había planteado un problema, Laín había estado discutiendo las variantes con Lume, como si el perro pudiese comprender la compleja red de movimientos entre los que debía elegir para darle al mercader de reliquias una respuesta acertada.

Dubitativo, con cierta sorpresa por la inesperada invitación del mercenario, el muchacho se había puesto en pie y se había dirigido a la mesa que ocupaba buena parte de aquella pieza.

Ya sentado, con un vaso entre las manos y mirando la percha donde Landra se repasaba el plumaje, Guy tardó en comenzar, pero el huérfano estaba acostumbrado a los silencios de su mentor, así que esperó paciente, procurando no tensar con sus gestos los incómodos vendajes que cubrían las quemaduras.

—Don Rodrigo…

El gascón se detuvo, miró con fijeza al joven, se pasó la lengua por los labios y, mudando el gesto, volvió a empezar:

—Tu padre me salvó la vida en una ocasión.

Como siempre que oía algo sobre el señor de San Paio, el joven prestó toda su atención.

—Nos habíamos conocido poco antes, en Trujillo —calló Guy por un momento y acudió a su memoria el barro de la charca de San Lázaro, ahíto de sangre y vísceras, plagada la orilla de cadáveres—. Vencimos a costa de un alto precio, se perdieron buenos hombres allí…, como siempre.

Había hastío en su voz y, como en otras ocasiones, Laín intuyó el cansancio del gascón. Demasiadas batallas, demasiados amigos perdidos, demasiados purgatorios en los que sufrir.

—Llevar a la muerte por compañera es una mala decisión. Penosa —divagó por un momento, con su único ojo clavado en algún lugar más allá de los muros de aquel sencillo apartamento veneciano—. Tu padre tenía la pierna maltrecha, se había llevado un buen tajo y, durante días, atendimos a los heridos en el patio de la mezquita, que ahora ya se habrá convertido en iglesia. Fue en ese momento cuando me ligó por juramento y yo empeñé mi palabra a su servicio.

Tras acercarse, Lume se sentó junto a la silla de su amo. Inconscientemente, sin dejar de atender a la historia, Laín bajó la mano sana y lo acarició.

—Al principio, yo accedí por la plata prometida —reconoció Guy—. Hasta entonces había servido a varios señores, sin preocuparme de otro asunto que no fuera intentar colocarme siempre con el mejor postor. La sangre, sangre es. Y, con las tripas abiertas por un espadazo, no se distingue al moro del cristiano, ni al pecador del piadoso —resopló, enredado de nuevo en sus recuerdos, y volvió a perder el hilo de su historia—. He visto morir a hombres magníficos, y he visto salir indemnes a

auténticos malnacidos que no merecían ni la mierda que arrastraban en la suela de las botas. Y puedo asegurarte que la muerte puede ser injusta, pero es el auténtico rasero que nos mide a todos, antes o después.

Volvió a guardar silencio durante unos instantes en los que Laín permaneció callado. Lume aprovechó para tumbarse después de bostezar.

—Estaba con nosotros un matasanos que había estudiado en Córdoba, un agareno que había renegado de su fe…, supongo que para salvar el pellejo —dijo con cinismo —. Gracias a él salieron adelante muchos de los heridos, incluyendo tu padre, que apenas un mes después de la batalla estaba listo para partir, cojeando y con la cicatriz aún tierna, pero listo —insistió golpeándose la pierna como si la probase antes de iniciar una caminata—. Así que, igual que otras partidas de rezagados, nos avituallamos, limpiamos las armas y nos pusimos rumbo a Toledo.

»Éramos poco más de una docena y yo apenas los conocía, pero todos habíamos sobrevivido a Trujillo y nos unía la camaradería. —A Laín no le costó comprenderlo —. El problema fue que no teníamos noticias de que grupos de mahometanos escapados de la escabechina de Trujillo se habían atrincherado en el valle del Tajo, como bandoleros. Luego supimos que llevaban tiempo rondando y que causaron muchos problemas durante unos cuantos años, hasta que caballeros de Santiago les dieron caza como a jabalíes.

Landra interrumpió al gascón batiendo las alas y recolocándose en la percha que Laín le había fabricado. Sólo Lume le prestó atención volviéndose hacia ella.

—Nos emboscaron —continuó Guy—, en una vereda retorcida que rodeaba un encinar. Los movía el hambre y no la fe. Si acaso, el ansia de vengar a sus caídos en Trujillo. Aunque, a día de hoy, yo creo que no querían otra cosa que robarnos las provisiones —aventuró con un dejo de tristeza que remarcó su acento—. Desde el primer momento quedó claro que no nos iban a dar cuartel. Se lanzaron como fieras heridas que se revuelven contra el cazador, sin otra cosa que perder que la misma vida…

»Nos superaban en número y estaban rabiosos como perros. Antes de darnos cuenta, ya habían caído varios de los nuestros. Otro hombre y yo nos quedamos rezagados, espalda con espalda, sin otra cosa que hacer que rezar alguna plegaria y morir matando, completamente rodeados. El resto del grupo, incluyendo a tu padre —en ese momento el único ojo del gascón se clavó en Laín—, habían conseguido adelantarse y galopaban a uña de caballo…

Se le escapó un suspiro resignado antes de continuar. Y Laín tuvo tiempo de darse cuenta de que jamás antes lo había escuchado hablar tan largamente, y un pensamiento que le llevó a otro: el de que aquel relato debía ser de suma importancia.

—A veces los asuntos de la guerra se dan mal, sin que sea culpa de una mala decisión. A veces la derrota es inevitable —sentenció Guy—. No queda otro remedio que aceptarla con el mentón arriba y la espada en la mano, espantando la cobardía. Al otro le atravesaron el pescuezo con una estocada de alfanje y, antes de acabar un

paternóster, estaba yo solo, evitando pisar los cuerpos de los caídos, intentando recuperar el resuello y enfrentándome a media docena de infieles mientras el resto de su partida empezaba el saqueo.

»Pensé que no lo contaría. Recé lo que pude y me dispuse a morir. —Su mano se movió como si empuñase su espada, la que colgaba al cinto, con grandes guarniciones y el pomo labrado con una cruz—. Despaché a uno de esos malnacidos, pero cuando me daba la vuelta para evitar la hoja de otro, un tercero me agarró por la espalda e hizo presa. Yo solté un cabezazo y oí sus narices romperse, y sentí en el colodrillo el hueso cediendo —gesticulaba como si estuviera de nuevo peleando—. No sirvió de mucho, enseguida apareció otro más que sustituyó al caído y, antes de que pudiera hacer nada más, me tenían sujeto, maldecían en su idioma, me escupían y el que parecía estar al mando había apoyado el filo de su cimitarra en mi pescuezo. Iba a morir…

Laín se retrepó en su asiento. En su rostro se veía que estaba viviendo el episodio que el gascón narraba. Casi podía sentir el aliento del hombre que lo tenía apresado por la espalda, el peso del hierro mahometano en el cuello.

—Y entonces apareció tu padre —le dijo mirándolo con intensidad—. Habían dado un rodeo y se habían abierto para atacar.

Guy pareció acordarse del vaso que tenía entre las manos y echó un trago.

—Cuando todo terminó, mientras los que quedaban de los nuestros celebraban la victoria y descabellaban a los moros, me acerqué a tu padre y le hablé sin tapujos.

Laín arqueó las cejas, preguntando sin abrir la boca.

—No tenían por qué volver. Lo normal era que hubiera huido, contento por salvar el pellejo, él era… Él es el señor y yo un vasallo. Y yo, que para aquel entonces ya había servido a unos cuantos, sabía muy bien que aquel gesto había sido excepcional.

—¿Y qué contestó? —preguntó Laín sin poder evitarlo.

—Contestó que un señor valía tanto como valen sus vasallos, y le quitó importancia al asunto.

Y el gascón dejó que las palabras calasen en el muchacho, sin explicarle cuánto había significado para él y el cambio que había propiciado en su vida, porque a partir de aquel instante Guy de Tarba había decidido no dejarse llevar por el dinero ofrecido, sino, precisamente, por la palabra dada.

Pero sí hizo algo más, algo que creyó importante.

—Lo que has hecho hoy en el almacén —dijo el mercenario—, quiero que sepas…

Laín lo miraba con ojos francos y a él le costó expresarse, incluso pese a guardarse mucho de lo que pensaba, incluso pese a no admitir que el muchacho le había hecho comprender que se había equivocado al guiarle por ciertos caminos.

—… quiero que sepas que estoy orgulloso de ti.

El muchacho lo recibió como un lance de espada durante su instrucción, sin saber si amagar, contraatacar o asumir la verdad.

—Y, cuando lo sepa, tu padre también lo estará. Muy orgulloso.

Por unos breves instantes, la mirada cenicienta del muchacho se volvió cálida, aun pese al frío color de sus ojos, y Lume, siempre atento a su amo, apoyó la cabeza en sus piernas, alzando las cejas peludas y observándolo con atención.

Tantos manjares había allí que los deliciosos olores del banquete lo abarrotaban todo. Resultaban tantos y tan intrincados en su elaboración, que competían con la profusa decoración y los lujos expuestos en la casa de los venecianos.

Todos hablaban, comían y sonreían. El ambiente era festivo.

Demasiadas emociones y mucho que asimilar. A Laín le bullía la sesera y no se enteró de buena parte de lo que se comentaba a su alrededor. Sin embargo, sí captó la escandalosa noticia de que, pocos días antes, Inocencio IV había excomulgado con grandes alharacas al emperador Federico, nieto de *Barbarroja*, que se había ganado la fama de gastarse la misma mala leche que el abuelo. Llevaban tiempo a la gresca por culpa de las reticencias del emperador a gastarse los dineros en la reconquista de Judea y, harto de aquellos remilgos, el Papa había cortado por lo sano. Aunque, según había dicho Maffeo entre risotadas, al propio Federico no le debía importar mucho la cosa, porque ya era la segunda vez que lo apartaban de los sacramentos de la Santa Madre Iglesia.

Además, en esos días había muchos más rumores jugosos sobre la silla del santo Pedro, en la que parecía haber polillas que roían la tapicería. El papa Inocencio también había anunciado su intención de enviar embajadores ante los tártaros para pedirles ayuda en la conquista de Tierra Santa. Un intento desesperado para que el gran Imperio del este se aviniera a trabajar junto a los cristianos para, como una tenaza, aplastar a los mahometanos. Pero había resultado un sonoro fiasco y causa de chanza en las tabernas. El kan de los mogoles se había tomado todo aquello a chufla y le había respondido al Papa que eran Roma y los cristianos quienes debían rendir pleitesía al señor de las estepas. En aquel momento, a Laín se le atragantó un bocado de los pastelillos por la risa que le entró al escuchar a Ciriaco mofarse así del propio Inocencio.

En resumen, que ya cuando intentaba limpiarse las migas sin éxito, Laín comprendió que en esos tiempos el ambiente estaba muy revuelto en lo político en la Serenísima República de Venecia. Y que, por ende, una pandilla de facinerosos había decidido atacar a una de las compañías ilustres de la ciudad para castigar las economías que ayudaban al papado a mantener su disputa con el emperador y con los tártaros mogoles.

Explicarlo con muchos más detalles había llevado buena parte de la opulenta cena, en la que todo fueron sonrisas y halagos para Laín, que se dedicaba a los pastelillos como si no hubiese comido desde los días en que gateaba y, de tanto en tanto, se tragaba también un quejido por culpa de las quemaduras que, envueltas en cataplasmas de rosas, le cubrían el hombro y el brazo con el que había protegido a la hija del comerciante Maffeo. Para entonces, la conversación ya había tomado otros derroteros menos políticos.

—Dice que se llamará Marco…

Laín volvió a prestar atención. Uno de los hermanos, el coloradote que los había recibido en los almacenes, estaba hablando orgulloso del varón, porque estaba seguro

de que sería varón, que su mujer esperaba en avanzado estado de gravidez.

—Comenta nuestro amigo Niccolò —tradujo Ciriaco las palabras del futuro padre — que en esta expedición que prepara llegarán mucho más allá de Cilicia, y también que su hijo, en cuanto pueda viajar, será el primero de los Polo que llegue hasta las tierras de los mandarines, más allá de la Tartaria.

—¿El primero de los qué? —había preguntado Laín, apañándoselas con dificultad con las pegajosas migas del requesón.

—El primero de los Polo —había repetido el mercader de reliquias—, así es como se apellidan y ése es el nombre de la compañía.

El veneciano asentía orgulloso mientras acariciaba el abultado vientre de su esposa, sentada junto a él ante aquella mesa cubierta de bandejas, fuentes, jarros, cuchillos y copas.

—*Marco appellare si dovrà. Marco Polo…*

—Y será el primero en llegar hasta las tierras de los mandarines —terminó Ciriaco con una amplia sonrisa.

Aquellas palabras produjeron una ternura especial en Laín, que se olvidó del estropicio de los crocantes pastelillos y pensó en don Rodrigo. Sin embargo, Guy, con su habitual impaciencia, intervino en la conversación sin sentirse conmovido por aquel orgullo paterno:

—Bueno, me parece fantástico. Estoy seguro de que el crío va a ser un tipo fenomenal —dijo, señalando con cortesía hacia la mujer del veneciano—. Señora, estoy convencido de que su vida se escribirá para ser espejo de príncipes. Será un muchacho fantástico y tocará las vestiduras del mismísimo kan de los tártaros. Pero para eso faltan unos cuantos años. Y a nosotros nos ocupan asuntos más urgentes. —Se notaba tanto que intentaba contenerse, que daba la impresión de estar masticando arena—. Y no en la Tartaria, sino en Judea. ¿Cuándo piensan partir para esa expedición a Cilicia?, ¿y cuánto va a costarnos que nos lleven?

Niccolò, que, como buen comerciante, chapurreaba más de una lengua, había entendido las palabras del mercenario y su semblante se tornó sombrío.

Le pidió a su mujer que se retirase. También a sus cuñadas y a sus sobrinas, con sonrisas que se veían forzadas. Y ordenó a los criados que no molestaran.

Al cabo, tras algo de ajetreo y unas cuantas despedidas, los tres hermanos quedaron solos con los tres extranjeros. Y el que habló fue Maffeo.

—Dice que nos debe la vida de su hija —el veneciano hablaba con evidente sinceridad, mirando fijamente a Laín, que se ruborizó al instante—. Y que los tres, que la compañía de los hermanos Polo, nos debe su prosperidad. Que no sólo los salvamos de que los…

—*Quei dannati ghibellin…*

Ciriaco sonrió por la interrupción y, después de palmear el antebrazo del veneciano, continuó:

—No sólo los salvamos de que esos gibelinos malnacidos se llevaran lo poco que

quedaba en su almacén —añadió sin perder el buen humor—, sino que también ayudamos a sofocar el incendio.

Los tres hermanos asentían con vehemencia mientras Ciriaco hacía entender a los otros dos las palabras de Maffeo, que entre tanto soltó otra parrafada que transmutó el rostro del mercader.

Como si no hubiese entendido bien, tuvo que hacer un par de preguntas para asegurarse de que había escuchado lo que pensaba.

—Dice que ni ellos ni ningún otro comerciante de Venecia tenían intención de llevarnos a parte alguna.

—¿Cómo? —rabió Guy—. ¿De qué está hablando?

Los tres hermanos pidieron calma y hablaron apresuradamente para que Ciriaco pudiera seguir traduciendo.

—Dicen que podemos estar tranquilos. Que podemos contar con ellos —explicó el mercader intentando calmar a su amigo—. Pero quieren que sepamos que ésa no era su intención cuando fuimos a su almacén. Se lo han prohibido, a ellos o a cualquier otro armador, patrón o navegante de la República.

—¿Cómo que lo han prohibido? ¿Quién lo ha prohibido? ¿Por qué?

Al gascón se le atragantaban las preguntas y el resto de los hombres en la mesa volvieron a pedir calma.

—Dicen que no saben el porqué —tradujo Ciriaco—. Pero que es una orden del dogo. Días antes de que llegásemos, todos los comerciantes de la ciudad recibieron el mandato. Si aparecíamos debían negarnos el embarque, retenernos todo el tiempo posible y dar aviso.

—¿El dogo? Santo cielo, ¿y crees que los del Temple han podido llegar tan lejos? ¿Hasta el mismísimo dogo de Venecia?

Se cruzaron algunas elucubraciones, pero no había manera de dar nada por seguro. Sin embargo, la opinión general de la mesa concluyó que aquello estaba lejos del alcance de la poderosa Orden.

—Pero no de algunos de sus amigos —aclaró Ciriaco—. Quizá Teobaldo de Navarra, o Jaime de Aragón. Ambos tienen buenos tratos con los pobres caballeros de Cristo. Cualquiera de los dos podría querer devolver un favor…

Aun así, no podían saberlo. Su única certeza era que, si permanecían en la ciudad, antes o después los atraparían como a ratas. Porque aun cuando los Polo hubieran guardado silencio, algún otro de los contactos de Ciriaco con los que habían intentado conseguir un pasaje podía haberse ido de la lengua.

Entonces intervino Niccolò:

—Dice que no nos preocupemos. Nos esconderán aquí, en su casa, durante unos pocos días. Y, en cuanto las naves estén listas, embarcaremos con ellos —tradujo Ciriaco—. Dice que nos llevarán a San Juan de Acre; allí tienen conocidos en el barrio veneciano y están seguros de que nos pueden organizar ayuda para sacarnos de la ciudad sin que se sepa que hemos atracado.

—En San Juan de Acre está el cuartel general del Temple —apuntó Guy—; es como meterse de cabeza en la boca del lobo.

Discutieron un poco más sobre el asunto, valorando la situación. Pero se dieron cuenta de que, con el tiempo que llevaban retenidos en Venecia, el mismo mensaje podría haber llegado a Génova, a Constantinopla o a Nicosia.

—En cualquier momento pueden venir a por nosotros si nos quedamos y, desembarquemos donde desembarquemos, puede haber una orden que rece por nuestra captura.

—Pero en San Juan de Acre…, ¡Dios santo! Berenguela vivió allí mientras Corazón de León luchó. Aún quedan aliados del reino de Navarra.

En una feria, tanto tiempo atrás que parecía otra vida, Laín había oído a un trovador contar cómo la infanta navarra había residido en la ciudad, apartada de su esposo, el rey inglés Ricardo, aguardando por él mientras éste combatía a los mahometanos con furia. En la cantiga se hablaba de la pena de la reina por estar separada de su esposo.

—No creo que tengamos muchas más opciones —reconoció Ciriaco—. No tenemos otra que fiarnos de ellos —dijo, haciendo un ademán que abarcaba la mesa —, y ellos dicen que tienen contactos en Acre que nos podrían ayudar.

Guy meditó sobre aquellas palabras. El mercader de reliquias insistió:

—O les dejamos hacer a ellos, o nos damos la vuelta y desaparecemos en las montañas hasta que las aguas se calmen.

Entonces intervino el chico, y Guy vio de nuevo tempestades en los ojos del muchacho.

—Yo me fío de ellos —dijo Laín señalando a los venecianos—. Y yo me voy a Acre.

Ni al gascón ni a su amigo les cupo duda alguna de que lo haría, aunque tuviese que ir nadando. Claro que el muchacho no parecía caer en la cuenta de que ahora tenían otro enemigo más del que preocuparse, aparte de los templarios, un enemigo poderoso.

ESTROFA

X

LAS ARENAS TRAS EL MAR

«¿Por qué los marineros son más atrevidos que otros hombres?
Solución: Ningunos hombres tienen tantas veces miedo
como los marineros».

«De las cuestiones de la marinería»,
en *El árbol de la ciencia*, Ramon Llull

Habían partido el día de san Benito, en una mañana lluviosa y pesada. Dejaron a popa una Venecia triste, cubierta por un crespón de nubes grises que dejaban caer agua mansamente.

Hubo despedidas cariñosas, palabras de ánimo y promesas de volver a encontrarse. Y también resonó la carcajada de Ciriaco, encantado al ver el bochorno que ardía en las mejillas de Laín cuando la joven Bellela se despidió de él con un sonoro beso.

El viento no había ayudado y el esfuerzo de los galeotes debía medirse. Así que, pese a llevar casi un mes de travesía, aún no habían llegado a los derroteros entre las islas que bordeaban el aquilón de Candía. Iban con retraso.

—El lugar donde Dédalo construyó el laberinto que serviría de prisión al minotauro —le había explicado Ciriaco cuando hablaban de la ruta que seguirían.

Y el patrón de la nave, el único a bordo que, además de veneciano o parsi, chapurreaba el suficiente provenzal como para que Guy, Ciriaco o el muchacho lo entendiesen, no se había cohibido al exponerles los peligros del viaje. Era un tipo circunspecto, un griego atezado, de pelo negro y rizo como vellón de carnero. Respondía a un nombre impronunciable lleno de consonantes y siempre miraba a todos lados con suspicacia. Les había advertido de que aquel brazo de mar por el que bordearían Candía era conocido por las tormentas que allí se desataban; borrascas, galernas e incluso temibles mangas que arrastraban a las naos hasta la condena de los bajíos.

Pero la amenaza de tempestades y la demora eran sólo dos entre las muchas cosas que le sucedieron a Laín en esos días.

El viejo Tomás se lo había contado, porque en una ocasión, cuando no era más que un mozuelo, el caballerizo había ido hasta una importante feria de ganado en Crunia y lo había visto. Y le había repetido al muchacho las historias de aquel océano tenebroso, de aquella inmensidad que se extendía más allá de Finisterra y sobre la que cualquier marino podía pasarse horas hablando.

Años más tarde, en Venecia, lo había entrevisto. Aunque la multitud de islas y los brazos de tierra que encerraban la bahía de la laguna no le habían permitido captar el auténtico significado.

Y, unas semanas atrás, mientras finiquitaban los preparativos de la galeaza en los almacenes de los Polo, Ciriaco le había contado sus experiencias a bordo de naves similares.

—Una vez —le había dicho con una de aquellas sonrisas que rebosaban picardía —, a apenas unas leguas de Aguas Muertas, mientras oscurecía, algo surgió de las profundidades y se amuró al barco. —Los ojos de Laín se habían abierto como platos y su imaginación se había desbordado; algo que el mercader captó, y aprovechó para adornar la historia con esa habilidad suya para encadenar exageraciones.

De costados planos y una cresta colorida que le recorría todo el espinazo, una enorme sierpe plateada había nadado torpemente hasta ponerse junto al barco y allí,

bajo el crepúsculo, con todos los hombres asomados por la regala, según le dijo el mercader, aquella bestia de los abismos había permanecido junto a la nave hasta la caída de la noche. Ondulándose en sus más de diez varas de largo, despidiendo reflejos carmesí desde los flecos que le decoraban la cabeza y atrapando en sus flancos la luz de los fanales del barco.

—No puede ser, ¡diez varas!

—Los hay más grandes —había concluido Ciriaco—. Mucho más grandes.

Y en el mapa que le había enseñado el mercader de reliquias para ilustrarle la ruta que seguían por el Adriático, se veían ilustraciones de aquellas enormes sierpes crestadas zambulléndose en las aguas.

Mirando la vitela, dibujada con primor y guardada en la bitácora de la nao de los Polo, recorriendo con su dedo las líneas que dibujaban los perfiles de tierra firme, le explicó que navegaban por un estrecho corredor entre las costas italianas y las de Dalmacia e Iliria, apenas un pedazo del inmenso mar. Pero llegó un momento en el que ni a un lado ni a otro, ni al frente ni a sus espaldas, se distinguía tierra firme, sólo la intuición borrosa de una mancha en el horizonte, y la impresión del muchacho fue tal que no pudo dejar de pensar en aquellas asombrosas criaturas que los estarían acechando en los abismos azules que se deslizaban bajo la proa. Porque al lado de aquella inmensidad, los pozos salmoneros de su río, allá en la torre, no eran más que baldes para fregar la cubierta.

Para colmo, al temor de acabar como Jonás en el vientre de uno de aquellos monstruos, se unieron también náuseas incontenibles que acosaban a Laín a todas horas. Porque en aquél, que sería el primer viaje de toda su vida a bordo de un navío, el muchacho descubrió que se mareaba como una cabra en una nave que cabeceaba continuamente por culpa de que sus bodegas no cargaban nada más que unos cuantos caballos, algo de forraje y el oro y las cartas de pago de los Polo.

—Menos mal que aprendí a nadar —había comentado, luchando contra la necesidad de volver a acercarse a la regala y echar hasta la primera papilla.

Y era cierto. Allá en San Paio había pasado incontables tardes zambulléndose en el río. Sabía hacerlo y lo hacía bien. Sin embargo, sus esperanzas se desvanecieron pronto.

—Muchos marinos no saben. Y tampoco importa demasiado —le había contestado Guy hoscamente—. Al fin y al cabo, serías incapaz de alcanzar tierra firme… Si nos sucede alguna desgracia —había aventurado con aquel dejo escéptico con el que se enfrentaba al mundo—, vendría a ser lo mismo que sepas nadar o que no.

Aquella idea había hecho que un escalofrío le recorriera el espinazo, pero no había dicho nada en voz alta. No sólo por evitar que lo tachasen de cobarde, sino también porque, para divertimento de la tripulación, tuvo que correr a la borda para acodarse y vaciar las tripas. Aunque no salió más que espuma biliosa, porque en los días que llevaba a bordo había sido incapaz de comer otra cosa que un par de

mendrugos de pan duro, una mezcla de centeno propia de los marineros, horneada dos veces para evitar que se malograra.

Pese a todo, en el barco se notaba la prosperidad de la compañía de los hermanos Polo. Además del humilde pan, también cargaban con salazones, encurtidos y cecinas variadas. Y no faltaba un buen surtido de coles, mantecas y otras viandas que mantenían a la tripulación con el ánimo alto. Se veía que estaban todos orgullosos de su nave.

En tiempos, los venecianos habían construido rápidos jabeques de borda baja y amplias velas que usaban para las rápidas maniobras de combate cuando se enfrentaban a gibelinos o a cualquiera que amenazase a la República. Y, de manera muy distinta, conservando una tradición que venía desde los tiempos de la Roma imperial, habían armado también gordas galeras, con mucha obra muerta para dar espacio suficiente a amplias bodegas que garantizasen la prosperidad del comercio. Sin embargo, la suya era una idea novedosa que había salido del arsenal veneciano para aunar lo mejor de ambas naves.

Con tres palos que sostenían el trapo, una cubierta de remeros, castillo y toldilla, la galeaza llevaba el nombre de Bellela, en honor a la hija de Maffeo Polo, y aún olía a la brea que habían empleado los calafates para terminarla justo antes de la partida. Gracias a las velas, resultaba más maniobrable que las pesadas galeras clásicas y, pese a ser más estilizada, sus interiores tenían espacio de sobra para almacenar las fortunas traídas de Oriente que esperaban conseguir los tres venecianos.

—Cuando atraquemos en Acre, ellos —había traducido Ciriaco señalando a Niccolò y a su hermano Maffeo— cerrarán los acuerdos que avanzaron el verano pasado en la ciudad. Y, cuando la nao esté cargada y lista para zarpar, los dos y un par de docenas de sus hombres arreglarán algún trato en el caravasar y montarán una caravana con la que seguirán viaje por tierra hasta los dominios de los tártaros. Irán y volverán a lo largo de dos años y, para entonces, otro cargamento que habrá arreglado Marco —el hermano que se había quedado al cargo de la compañía en Venecia—, los recogerá y volverán a casa. Con suerte, si las dos travesías van bien, será un periplo de tres años; si va mal, ¿quién sabe?

Como tantas otras cosas y aun a pesar de sus mareos, aquello había impresionado a Laín, que había reflexionado largamente sobre lo distinta que veía ahora la vida de los comerciantes, sin aquellos salones esplendorosos de la casa de los Polo y echando a faltar todos los lujos de los que disponían en su hogar.

Y esta idea enseguida se ratificó, porque, a mayores, Laín también conoció el gran problema que suponían los piratas berberiscos. Gracias a los rumores de los marinos y a su veneciano chapurreado, supo que los piratas esperaban al acecho aguas adentro, como lobos vigilando el cercado de los corderos. Dispuestos a abordar cualquier barco que se alejase demasiado de la costa.

Pero los peligrosos berberiscos no eran el único motivo por el que no se alejaban del litoral.

También se mantenían cerca de tierra firme, a pocas millas de la costa, para navegar con la certeza de que no se perderían, porque los mejores portularios y los secretos de las rutas más seguras estaban, al parecer, en manos de la Orden del Temple.

Sin embargo, aun con aquellos miedos e incomodidades, al cabo de casi tres semanas, cuando ya empezaban a costear las playas griegas, una mañana, sin previo aviso, el malestar desapareció y, como por ensalmo, Laín empezó a amar lo que había llegado a odiar.

Olvidados los terribles mareos, el muchacho encontró solaz en el rechinar de los maderos del barco, en el punzante olor salino que le llenaba el bofe, incluso en el ritmo que marcaba el cómitre para que los desdichados remeros mantuviesen la pauta en las bogadas. Y, por encima de todo, más que ninguna otra cosa, quedó encandilado por la sensación de libertad que le transmitía la mar. Algo que enseguida compartió con Lume, que se había mostrado encantado de estar embarcado desde la primera jornada de navegación.

Raro era el día en que, acodado en la regala con el perro a su lado, no disfrutaran un rato de la brisa revolviéndoles los flequillos; el perro con la bocaza abierta y el muchacho mirando hacia el horizonte, al lugar donde estaba el padre que estaba decidido a encontrar.

Desafortunadamente, no le dejaron disfrutar mucho tiempo de aquel relajo. El exigente Guy encontró enseguida un modo de ocupar el tedio de los pasajeros en una nave que, pese a una tripulación bien engrasada, avanzaba lentamente.

—Anda, ve junto a Ciriaco —le había dicho entonces Guy, contento de ver que el muchacho había recuperado el color—. Debes retomar tus lecciones de persa, nos hará buena falta.

Desde antes de llegar a Venecia, sabedores de su destino, el mercader de reliquias se había ofrecido a contribuir en la instrucción del muchacho enseñándole la lengua del antiguo imperio de Jerjes y Darío. Porque aún en esos días, a pesar de que los turcos seljúcidas habían arrasado Ispahán dos siglos antes, el idioma persa seguía siendo común para muchas tribus y lugareños, e incluso los mogoles tártaros lo usaban como lengua franca.

El parsi se había convertido en la jerga del comercio a través de buena parte de las rutas de las especias o la seda, y Laín se aplicaba en las lecciones, especialmente desde que no sentía su cabeza abanearse a todas horas. Sin embargo, aquel alfabeto, en que las letras parecían lombrices apareándose, le estaba costando, especialmente cuando había marejada y trazar aquellos garabatos con el carboncillo se convertía en una tortura.

Aun así, sus dificultades con el parsi tuvieron la ventaja de mantenerlo apartado de las preocupaciones que compartían Guy y Ciriaco, que, de vez en cuando, cuando la mar lo permitía, miraban hacia levante y charlaban con desasosiego sobre lo que les depararía su llegada a San Juan de Acre.

Sumados los mareos de sus primeros días, aquel cúmulo de novedades y los tremendos esfuerzos que le exigía aquel idioma tan extraño, Laín tardó en darse cuenta del peligro que los acechaba.

Aquel griego circunspecto con el nombre lleno de cacofonías demostró que conocía bien su trabajo.

No sólo porque acertó al pronosticar que corrían el riesgo de toparse con una tormenta, sino también porque, cuando se desató la furia del mar, se manejó con una sangre fría envidiable, incluso después de que una enorme ola que arrasó la cubierta de la *Bellela* se llevase en sus entrañas a dos de los mozos que hacían de gavieros.

La mar les hizo pagar muy caro su atrevimiento. Sintieron toda su fuerza implacable. El viento rugió, las drizas chirriaron como plañideras, las cuadernas crujieron. La lluvia, en lugar de caer desde las alturas, fue un juguete en manos de la galerna y, por primera vez en su vida, muchos vieron cómo las gotas corrían de un lado a otro en las ráfagas del vendaval.

En un embate, el artimón crujió como un árbol bajo el hacha del leñador. Salieron astillas disparadas y una de ellas dejó tuerto a un ilirio cenceño que aulló a todo pulmón, presa del dolor. En un abrir y cerrar de ojos, el enorme mástil se desplomó, aplastando a otros dos hombres, rompiendo la regala y haciendo añicos la toldilla. Los cabos quedaron sueltos como culebras y, en medio del rugido del mar, las protestas del viento y los golpes de las olas, todo fue caos y muchos a bordo pidieron perdón por sus pecados e intentaron ponerse a bien con su dios.

Sin embargo, el griego de pelo ensortijado se mantuvo firme, gritó hasta despellejarse la gorja y los obligó a aguantar.

Maltrechos, desaparejados, con una vía de agua y una docena de remeros de menos, consiguieron atracar, por puro milagro, en el puerto de Famagusta, al levante de la isla de Chipre.

—Un par de semanas, tres a lo sumo —dijo Ciriaco en cuanto cruzó el umbral.

La mala noticia le arrancó a Guy un gruñido, pero ni siquiera levantó la cabeza de su tarea.

—¿Eso ha dicho el griego? —insistió mientras pasaba la gamuza aceitada por el filo de la espada.

—Eso mismo. Me ha dado un montón de detalles de los que no he entendido ni la mitad, pero sí, eso ha dicho.

—¿Y los hermanos?

—Los Polo dicen que el griego es el que sabe y que ellos se fían, que no zarparemos hasta que el patrón dé el visto bueno a los arreglos. La verdad, hablan más de lo que les van a costar las reparaciones que del retraso que llevamos —dijo el mercader tomando asiento a la mesa donde estaban el muchacho y el gascón.

Era la única habitación de una pequeña casa que habían alquilado a la viuda de un marinero, dispuesta a irse con su hermana y ganar unos cuantos dineros por la renta mientras los carpinteros de ribera se afanaban en la *Bellela*.

—No me gusta, no me gusta un pelo —comentó Guy, dando por finalizada su labor y envainando el hierro—. Les hemos dado todo el tiempo del mundo.

Landra gañó desde su percha, con sus intensos ojos dorados fijos en los hombres.

Y Lume, que dormitaba junto a los pies de Laín, alzó la cabezota con pereza para mirar al halcón. Entre tanto, el muchacho, que prestaba atención, pretendió seguir esforzándose en copiar las palabras que Ciriaco le había dictado antes de salir hacia la atarazana del puerto donde estaban laborando en la galeaza.

—Lo sé —concordó Ciriaco—. Pero eso no cambia nada. Siempre lo hemos sabido. ¿Acaso hubieras hecho tú algo distinto?

Guy resopló con disgusto y se limpió las manos en un trapo que había sobre la mesa, junto a la tablilla donde el muchacho garabateaba las incomprensibles letras del farsi.

—No les hacía falta seguirnos mientras cruzábamos la Provenza. Era mucho más fácil esperarnos en destino.

—Ahí le has dado —concedió el mercader ensayando una de sus sonrisas—. ¿Para qué iban a esforzarse? Les bastaba esperarnos en San Juan de Acre, a dónde íbamos a ir, si no. En esa maldita costa, lo que no está en manos de los turcos, está amenazado por los mogoles. Lo único que queda es lo poco que consiguió Corazón de León y, te guste o no, eso es Acre.

Laín comprendió a qué se refería Ciriaco. Lo que en tiempos había sido reconquistado por los cristianos estaba de nuevo en manos de los mahometanos. Tras la rendición, el rey inglés había llegado a un acuerdo con Saladino para mantener la cruz en la ciudad, pero era prácticamente el único lugar donde desembarcar para un cristiano.

—Allí está el cuartel de los templarios —dijo Guy sombrío.

—Y el de los teutónicos y el de los hospitalarios —repuso Ciriaco con retintín—. Y también el de los pisanos y los genoveses. —Fue abriendo la mano y, con gestos exagerados, estiró los dedos como si estuviese intentando contar los granos en un saco de trigo—. Y un montón de gentes más: hebreos, persas, dálmatas…

Como un gato enfadado, Guy bufó.

—Ya lo hemos hablado, una y cien veces —dijo entonces Ciriaco ensayando un aire más solemne—. Antes de llegar a Venecia, en Venecia y una vez embarcados. Y tienes toda la razón —admitió—. Vamos a una ratonera. Y cada día que pasa más posibilidades les damos para que estén aguardándonos —concedió con un mohín—, pero nada podemos hacer por el momento.

Laín había dejado ya de disimular, y ni siquiera sujetaba el carboncillo. En ese momento sólo sus animales permanecían ajenos a lo que se estaba tratando. La prima miraba hacia el seco exterior a través del único postigo de la pieza, que estaba abierto hacia un paisaje de rocas rojizas, arbustos encogidos y tierra seca, un pobre pastizal en el que Fatana y sus demás monturas buscaban alguna sombra y algo de hierba que pacer. Lume proseguía con su siesta, sin darle importancia a su cogote, tiznado de hollín cuando el muchacho le había rascado detrás de las orejas con los dedos manchados de carboncillo.

—Pues maldita sea la gracia que me hace —dijo Guy entonces—. ¿Qué vamos a

hacer si nos están esperando?

Ciriaco se manoseó el mentón reflexivo.

—He estado pensando mucho. Si me preguntas mi opinión —contestó, engolando la voz como un abacero en feria—, lo mejor sería olvidarse de todo y dar media vuelta. Si esa proposición no te convence, entonces yo me inclinaría por desenterrar de una vez los maderos de Jacques de Lunel y hacernos asquerosamente ricos…

La fría expresión en el único ojo del gascón dejaba claro que el horno no estaba para bollos, y el mercader se puso serio; al menos, tan serio como pudo.

—Entonces, creo que nuestra solución es el preste Juan.

Aquello dibujó una sorpresa en el rostro severo de Guy, y una aún mayor en el de Laín.

—No me vengas con cuentos. Eso es una patraña —repuso el gascón conteniendo el enfado.

Aunque vagamente, Laín sabía de qué hablaba el mercader y entendía las dudas del gascón. Según se contaba, en algún lugar entre Bagdad y Qara Qorum, un rey que también era sacerdote había logrado sobrevivir al asedio de mogoles, tártaros, rus, eslavos y turcos. En algún lugar perdido en la inmensidad de aquellas tierras al norte de las rutas de la seda había instaurado un reino piadoso en el que se adoraba a Cristo y que era refugio de todo cristiano. Pero el muchacho no tenía ni idea de si era leyenda o realidad. Desde que saliera de San Paio había visto tal cantidad de prodigios que casi podía creer cualquier cosa.

—Probablemente. Estoy seguro de que das en el clavo de nuevo —concordó Ciriaco—. No he tenido ocasión de tratar con los mogoles, pero, teniendo en cuenta que han mandado al mismísimo Papa a freír espárragos y que le han ordenado que les rinda pleitesía, me cuesta creer que uno de sus kanes permitiera un reino así en las tierras de su vasto imperio. Cierto. Pero la idea sigue siendo buena.

—Más vale que te expliques y que lo que digas tenga sentido —amenazó Guy.

Los hoyuelos del mercader volvieron a aparecer en sus mejillas y pidió calma con un gesto de la mano.

Se fijó en las manchas negras que adornaban el cogote del perro y su sonrisa se agrandó. Luego observó durante un instante al dueño. De espaldas, cualquiera lo hubiera tomado ya por un hombre, pues había crecido hasta tener los hombros anchos y una buena estatura. Aunque en cuanto se le miraba de frente se veían la nariz demasiado grande y los rasgos desproporcionados de un adolescente, una imagen bisoña que acentuaba el corte en el mentón que se había hecho un par de días antes al intentar rasurarse. Sin embargo, aquellos ojos de color tan perturbador contaban las historias de un viejo, no las de un niño.

Era un buen rapaz, y Ciriaco pensó que lo mejor sería darle una última oportunidad de abandonar aquella locura en la que se habían metido de cabeza.

—Muchacho —le dijo entonces a Laín—, hazme el favor, ve al pozo y trae algo de agua fresca. Este condenado calor me está matando, esta maldita isla parece que

sólo sirve para las lagartijas.

Con pesar, pero sin atreverse a protestar, Laín se levantó y fue a cumplir con el recado mientras el mercader desgranaba sus ideas con Guy.

Cuando regresó, lo primero que le oyó decir fue:

—Está bien. Llevas razón. En cuanto al resto —pareció dudar por un momento—, puede funcionar. Son como los hebreos —añadió el mercenario razonando sobre ello —, son reservados. Y se mantienen fieles a los suyos. Pero eso no resuelve todos nuestros problemas. ¿Qué haremos si al llegar a puerto descubrimos que esa recua de malnacidos nos está esperando? Desembarcar sin más…

—No, eso no sería buena idea. Ya sé que, si por ti fuera, saltaríamos a tierra con el puñal entre los dientes, la espada en la mano y la furia espoleando los riñones —reconoció el otro con una amplia y sardónica sonrisa—. Sangre y fuego, ¿verdad? Así es como lo solucionarías. Si por ti fuera, te lanzarías solo a la conquista de Tierra Santa.

Gruñó de nuevo el mercenario y Lume levantó las orejas por un momento.

—¿Qué haremos? —insistió cortando las pullas del mercader.

—Pues creo que para eso también puedo tener la solución, aunque necesitaremos la ayuda de los Polo, y puede que también de ese griego malcarado.

El pesado calor del día aún se desprendía de los ladrillos de adobe y los roquedales, como si le costase apartarse de aquello a lo que ya había tomado cariño.

Olía a esa mezcla inconfundible en la que se distingue el salitre, las algas abandonadas en la línea de pleamar, el hedor a restos de pescado y el penetrante tufo de la brea.

Cerca de la medianoche, una luna casi llena rielaba en el horizonte y, sobre el mar en calma, parecía un disco de plata bruñida, colocado en las almenas de la que llamaban torre de las Moscas. Una mole fortificada, hecha con sillares rojizos de la arenisca que tanto abundaba en aquella costa, construida a conveniencia sobre un peñasco que despuntaba entre las mansas olas. Era la primera línea de defensa del puerto.

Como la marea era alta, había apenas unos palmos de agua oscura entre el roquedal que servía de cimiento a la atalaya y los espigones que protegían los amarraderos para las naves.

A partir de ahí, siguiendo hacia el norte, se extendía la ciudad, donde predominaba aquella misma arenisca que lo ocupaba todo. Bien pegados al malecón principal estaban el arsenal, la atarazana y los que llamaban cuarteles de venecianos, pisanos y genoveses, que eran quienes movían las mercancías y los dineros. Después, estaba todo rodeado por una inmensa muralla cuajada de torres y garitas defensivas; la de san Nicolás, la del rey Hugo, la de los teutones, la del legado y otra media docena más. Intramuros, con el caos propio de haberse levantado a prisa y corriendo, se entrecruzaban las calles típicas de una ciudad marinera, amplias calzadas que daban servicio al puerto y estrechos callejones que se perdían en laberintos cuyo centro ocultaba tugurios donde los navegantes se gastaban el jornal dejándose atrapar por los vicios terrenales.

Además de las casas cubiertas de tejas, el palacete del patriarcado, las tienduchas, los puestos, el caravasar y alguna mansión de los comerciantes más pudientes, destacaban los campanarios de la iglesia de san Andrés y de otros templos menores, desperdigados por todos los rincones con arquitecturas variopintas, porque, además de santuarios occidentales, había en la ciudad muchos otros con la recargada inspiración del cristianismo oriental, como el de los armenios, huidos de su país tras la invasión de los turcos, y cuyos párrocos, además de casarse, llevaban largas barbas y estrambóticos tocados.

Y lo más llamativo eran los rotundos cuarteles de las órdenes de caballería. Entre ellos destacaba la mole de los templarios, enclavada en el cabo de tierra que ponía fin a la ciudad por el sur y separada del puerto únicamente por el barrio de los pisanos. Era una alcazaba inmensa, erizada con sus propias torres y garitas. Una mezcla entre monasterio y castillo, con espacio para refectorio, celdas, capilla, enormes almacenes, establos, amplio patio de armas y barbacana. El muro exterior se fundía con las murallas que rodeaban la ciudad y, sobre ella, ondulaba el inconfundible estandarte de la Orden, el baussant blanco y negro.

Era San Juan de Acre, y los siglos de continuas luchas la habían fortificado hasta el extremo de parecer una tortuga varada en las arenas de las playas palestinas.

Y, como cualquier ciudad regida por la actividad de un puerto comercial, era fácil encontrar en qué entretenerse a esas horas de la madrugada. Por eso, con un chasquido de fastidio, Rui Trillo, más conocido como uno de los hermanos *Cagafuego*, le arreó un puntapié a un guijo que se topó en su camino mientras hacía la ronda por el espigón.

Llevaban allí todo el invierno, esperando ociosos a que empezasen a llegar las primeras naos de la temporada. Y no lo habían pasado mal. Habían tenido tiempo de conocer los burdeles más limpios, las camas con menos liendres y las bodegas donde no aguaban demasiado el vino. Habían causado unas cuantas refriegas, más de una con sangre de por medio. En una ocasión, durante la víspera de la Natividad, se habían topado con uno de los pocos mahometanos que malvivían en la ciudad gracias a trapicheos de baja estofa y le habían abierto la garganta para abandonarlo a las ratas del puerto.

Pero ni el magistrado, ni los alguaciles del patriarca habían llegado hasta ellos. Al fin y al cabo, eran templarios, y Acre estaba bajo su talón. Además, Baños, el que los mandaba, tenía manga ancha, le venía dando igual cuanto hicieran con tal de que no se les escapase el gascón tuerto cuando llegase el momento. Rui no tenía ni idea de por qué valía tanto la cabeza de aquel mercenario, pero los rumores entre los hermanos y lo que había visto hasta el momento le cuchicheaban al oído que había detrás de aquel asunto algo muy gordo, algo de lo que se ocupaban los maestres, los senescales y los reyes. Pero eso tampoco le preocupaba mucho. Se limitaba a hacer lo que le ordenaban, aparentar que obedecía la regla de la Orden cuando convenía y a intentar vivir la vida, que para los soldados de fortuna como él solía ser corta y preciosa.

Y en Acre lo habían pasado bien. Además, estando en el Oriente se les dispensaba de escuchar maitines y la regla templaria se relajaba, haciendo su vida mucho más placentera. En el inmenso cuartel del Temple se ofrecían rigurosamente dos comidas diarias a los hermanos y carne hasta tres veces a la semana; asimismo, el comandante de Acre era generoso con el vino que ofrecía en las mesas de sus hombres. Así que Rui y su hermano estaban contentos con sus menesteres, sin otro trabajo que el de esperar la llegada de los barcos mercantes para atrapar a aquellos que perseguían desde Navarra.

Ahora sabían que eran tres, porque Baños, con métodos muy expeditivos que tenían que ver con la habilidad de usar un martillo de carpintero con mucha maña, había sonsacado a un tiñoso de San Cernin al que habían encontrado después de unas cuantas preguntas en la barriada de los francos.

Sin embargo, a Rui *Cagafuego* le daba igual si eran tres o veinte, porque estaba convencido de que ya no vendrían. Había pasado demasiado tiempo sin noticias de ellos. Los mensajes que Baños había hecho correr en Génova, Pisa y Aguas Muertas

no habían recibido respuesta, y del puerto de Venecia sólo habían sabido que podían haber llegado hasta allí, pero ninguna novedad sobre que hubieran partido.

De modo que, como tenía la certeza de que estaban en Acre en balde, en esos días se ocupaba con mucho más interés de otros menesteres. Andaba enamoriscado de una mozuela que servía en una posada cerca de la puerta de san Antonio. La muchacha era capaz de hacerle aullar y sólo tenía el defecto de andar algo suelta de cascos, porque tanto le hacía ojitos a él como a su hermano Godino. Así que, mientras paseaba por el espigón sin dejar de echarle continuos vistazos a la última galeaza que había atracado, una veneciana que se veía baqueteada, no podía apartar de la cabeza la idea de que su hermano estaría ahora mismo poniendo a la moza a gatas y disfrutando de la gloriosa visión de aquellas posaderas que parecían cojines de nácar.

Baños había sobornado a los alguaciles del puerto, que andarían jugando a los dados en la garita que había al final del malecón, procurando no entrometerse en los asuntos de los templarios, dueños de la ciudad. A aquellas horas por allí sólo rondaban los gatos, que o bien andaban en peleas de enamorados o bien rebuscaban entre las cajas de pescado intentando encontrar una raspa con la que aplacar el hambre. Acre era en esos días un lugar atestado, lleno a rebosar de los miles de refugiados, exiliados, expatriados y meros desgraciados que escapaban del empuje de los turcos o del ansia conquistadora de los mogoles. De hecho, las luchas internas entre los propios mahometanos también habían propiciado extrañas alianzas entre enemigos, pues en Acre existía incluso un pequeño barrio de comerciantes llegados de Damasco que convivían entre los cristianos vendiéndoles artículos de lujo, y unas cuantas casas de tejedores que habían escapado de Mosul, quienes seguían dedicándose a su ancestral habilidad con los telares. Resultaba que entre los mahometanos coexistían muchas doctrinas diferentes con variopintas interpretaciones sobre las enseñanzas de su profeta y su libro sagrado, el Corán. Los había que incluían el uso de hachís en el culto, y los había que obviaban la prohibición de consumir vino, además de variadas disquisiciones de las leyes incluidas en el Fiqh y los preceptos de la Aqidah. Y no era extraño que las distintas facciones lucharan entre sí con fiereza.

Así que la ciudad se había convertido en el principal refugio de cualquier cristiano de ultramar, de mahometanos que escapaban de sus semejantes y de muchos otros que no tenían donde caerse muertos. Sin embargo, el puerto, de noche, era un lugar vedado. El acceso estaba controlado y se pretendía garantizar la seguridad de los navíos y las mercancías, porque Acre entera tenía muy en cuenta que su supervivencia dependía, en buena medida, de su prosperidad.

Un poco más allá del espigón, donde empezaban a enredarse las madejas de callejuelas, había gente por doquier, incluso de madrugada, pero en el recinto del puerto el único que se movía era Rui.

A excepción del jefe, que mandaba pero no trabajaba, a cada uno de los suyos le tocaba hacer guardia en el puerto una de cada cuatro noches. Por eso, tras tantos

meses, Rui se conocía la rutina. Entre el oficio de vigilia y los largos salmos de maitines, mientras los más piadosos entre los suyos dormían en el enorme monasterio templario que podía distinguir desde donde estaba, sólo aparecerían algunos pescadores que, al amparo de la luna, saldrían con sus chalupas de vela triangular, listos para llegar a los caladeros al amanecer. También había un viejo arrugado que, una de cada dos noches, zarpaba con un facho encendido. Una vez le había preguntado y el pescador le había explicado que le servía para encender un candil a proa, lo que proyectaba en el agua una luz que atraía a los peces, una magia que a Rui le pareció un disparate.

Por lo demás, su hermano, que era quien le había dado el relevo, le había advertido de que ninguna nao había atracado ese día y que en la galeaza veneciana se había visto algo de trajín.

—El armador —le había dicho Godino—, ese gordo colorado como un cochino, ha ido y ha vuelto un par de veces. También han traído unas cuantas barricas a lomos de camellas y las han cargado.

—¿No han bajado nada?

—Nada —había respondido su hermano con rotundidad.

Y los dos se habían sonreído, contentos de que su trabajo estuviera siendo relajado, porque ninguno de los dos era aficionado a las labores pesadas.

Por eso, cuando le tocaron el hombro, cogiéndolo desprevenido por estar pensando en la suerte de su condenado hermano, además de enfadarse consigo mismo, Rui *Cagafuego* se sorprendió.

Al darse la vuelta descubrió a un hombre tan alto como él, pero mucho más delgado; un tipo espigado que parecía un cordel de esparto con el que un grumete hubiera estado practicando nudos marineros. Tenía barba espesa y rizos negros le caían sobre las orejas; lo poco que se veía de las mejillas aparecía curtido como cuero viejo dejado al sol. Tan tieso y salitroso que no dejaba lugar a dudas sobre su profesión.

—Buenas nos dé Dios —le dijo con una amplia sonrisa que mostró unos dientes blancos y bien hechos en el rostro aceitunado—. Me llamo Kyrigiakos y soy el patrón de la Bellela, esa galeaza de ahí —se presentó, al tiempo que señalaba hacia la nao.

Por un momento, a Rui le costó reaccionar. Cuando logró hacerlo, llevó la mano a la espada e, instintivamente, se preparó para luchar. Sacó medio palmo del hierro, dejando ver que era buen acero al estilo de Damasco, con las inconfundibles filigranas azules que dejaba en el temple la mezcla de cenizas y vinagre de sidra.

—¡Calma! Calma, por favor —exclamó el griego alzando las manos en son de paz—. Sólo he venido a proponerte un negocio —aclaró, y alcanzó la bolsa con un tintineo de monedas.

El otro no contestó, pero tampoco abandonó el pomo de su arma. Así que el patrón dudó si debía o no continuar con su parlamento. Sin embargo, poco después, Rui relajó su expresión.

—Llevo unos días fijándome —comenzó tentativo—. Hace un tiempo que hay un negocio que me ronda.

La mano seguía apoyada en el hierro, pero el semblante ya no era amenazante.

—Sin embargo —continuó el griego—, he visto que siempre hay ronda por el puerto. Así que, como zarparemos pronto y se me acaba el tiempo, he pensado que, a lo mejor, podría interesarte participar y mantener la boca cerrada.

Sabiendo que se jugaba terminar en alguno de los míseros calabozos que abundaban en los subterráneos al norte de la ciudad, donde se decía que jamás se volvía a ver la luz del día, el patrón hablaba despacio, intentando calar las reacciones del otro.

Rui contuvo la sonrisa que quiso aflorar a sus labios. Puso los brazos en jarras y, abandonando por fin la espada, animó al otro a continuar sin mediar palabra, sólo con un leve gesto, como fingiendo que aún no estaba convencido.

—Hoy nos han traído un cargamento de barricas. —El *Cagafuego* recordó lo que su hermano le había dicho en el cambio de guardia—. Algunas especias, sobre todo pimienta. Un poco de mirra, otro tanto de incienso y una entera, llena a rebosar, de óleo del Santo Sepulcro —desveló el marino con una sonrisa cómplice.

Al oír aquello, aunque pretendió evitarlo, las cejas del sargento templario se alzaron. Ésa era una de las mercancías más valiosas que se podían encontrar en Oriente; su precio en Toledo, París o la misma Roma alcanzaba el de su peso en oro.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó al fin Rui.

—Bueno, en realidad, no mucho. La mayor parte del trabajo ya está hecho —dijo el griego en un tono que pretendía restarle importancia al asunto—. Un par de mis tripulantes y yo teníamos preparado un juego de tres barricas con doble fondo y hemos hecho algunos cambios…

Dejó las palabras en suspenso, como si ya no hiciera falta explicarse más, pero Rui lo animó a seguir girando los dedos regordetes de su mano.

—Hemos vaciado buena parte del cargamento en esos barriles amañados, para no levantar sospechas, y el resto lo hemos escamoteado. Lo tengo listo para venderse —explicó el patrón—. Yo esperaba hacerlo antes de zarpar. No pueden seguir a bordo cuando salgamos, por si al jefe le da por hacer inventario y no le cuadran las cuentas.

Aquí tengo contactos, un genovés que regenta un negocio cerca de san Sabas. Y ya lleva varias noches esperando el cargamento, sin embargo…

—Quiero un tercio —intervino solemne el *Cagafuego*.

El griego se lamentó profundamente, acudió a la memoria de sus humildes abuelos, pidió clemencia, ofreció un octavo y el otro se negó en redondo.

Tras un buen rato, como era evidente que ambos querían sacar provecho de la ocasión, acordaron un sexto.

—Pero quiero ver las barricas —advirtió Rui—. Si lo conociera, no me fiaría de mi padre.

El griego aceptó y, después de apretarse las muñecas, lo condujo hasta la *Bellela*, donde lo guió a las bodegas.

Había también sacos, corachas y enormes gavillas con corteza de canela atada bien prieta.

—Ábrelas —dijo Rui cuando llegaron hasta las barricas apiladas, donde aguardaban dos marineros de manos callosas y mirada huidiza—, quiero ver la carga.

El susto se pintó en la expresión del griego, que dio de pronto un paso atrás, temeroso. Algo que, de inmediato, puso en alerta a Rui, quien volvió a llevar la mano hasta la empuñadura de la espada.

—Ya te lo he dicho —se explicó en tono frío sacando hierro de la vaina—. Si lo conociese, no me fiaría de mi padre, ya te lo he dicho. Así que ya puedes ir haciendo saltar los tapones si no quieres que te abra las tripas aquí mismo y me invente cualquier historia. ¿O acaso creías que iba a dejar que me estafases?

Aquello sirvió para calmar al griego que, acostumbrado a lidiar con mercaderes, conocía la codicia de los hombres. Dio unas órdenes en veneciano a sus marineros y éstos se hicieron enseguida con herramientas de madera que les permitirían apalancar los tapones sin riesgo de que, al rozar las duelas, se soltase una chispa que prendiese los vapores del aceite.

Cuando se hicieron a un lado, Rui, muy ufano, comprobó el cargamento de cada una de las tres barricas. En cuanto arrimó los hocicos a la primera, le sobrevino un salvaje estornudo que le dejó dos velas colgando de las narices.

—Ése es el de pimienta —dijo el griego.

Y el templario se volvió de inmediato para descubrir la burla en el rostro del otro. Pero no vio el menor asomo: el patrón permanecía expectante y, evidentemente, nervioso. Se notaba que estaba deseando terminar.

En el siguiente, que también desprendía un intenso olor, podían verse trozos de una goma aceitosa.

—Mirra —anunció el patrón, y Rui dio un gruñido aproximándose a la tercera de las barricas, que era un poco más pequeña.

Aprovechó para coger uno de los restos de cordel encerado que habían asegurado las tapas y, cuando se asomó a la última cuba, hundió el bramante en el espacio abierto por los marineros.

Cuando lo sacó y lo pasó entre sus dedos, quedó en ellos un rastro brillante e inconfundible.

—Óleo del Santo Sepulcro —anunció el griego.

Rui gruñó satisfecho.

—Está bien, podéis descargarlos. Yo me encargaré de que los alguaciles del puerto hagan la vista gorda.

—¿Nos ayudarás? —le preguntó el patrón de la *Bellela*.

—Eso es asunto vuestro, el mío es cobrar mi parte de lo que saquéis. Además, no pienso abandonar el malecón. Id hasta donde tengáis que ir, haced lo que tengáis que hacer y mañana al alba me buscas en el Traspié —dijo al griego, refiriéndose al figón donde trabajaba la mozuela por la que bebía los vientos—. Ése que está junto a la puerta de san Antonio, el del cartel roto.

El griego protestó un poco más. Abogó porque redujera su porcentaje si no iba a ayudarlos con las tareas pesadas.

—Aunque sólo sea para descargar las barricas por la rampa y llevarlas rodando hasta el carromato. No quisiera que nos viera algún pescador…

No sirvió de nada.

—Les tengo demasiado aprecio a mis cuadriles para malograrlos con esfuerzos semejantes —adujo Rui—. Allá os apañéis vosotros. Además, del puerto ya te he dicho que no me muevo. Le tengo apego al oro, pero más se lo tengo a mis huevos y, si aparece Baños por aquí y descubre que me he escaqueado, hará que me los trague. Ni hablar, búscame en el Traspié cuando acabe mi turno y dame mi parte.

Dicho lo cual, se marchó muy airado, dando pisotones que retemblaron en la rampa que bajaba desde la nao al amarradero.

Nunca llegó a saber que su vagancia le había salvado la vida.

Los dromedarios tenían mucha menos grasa donde acomodar los traseros. Además, resultaban monturas bamboleantes a las que costaba acostumbrarse. Y eran bestias con costumbres desagradables para los jinetes, como la de morder, o la de cocear igual que mulas ariscas. Aunque el peor de sus hábitos era el de escupir con desdén, asunto en el que se mostraban especialmente habilidosos, pues, mientras rumiaban, moviendo a un lado y a otro sus grotescos labios elásticos, eran capaces de levantar uno de los belfos lo justo para echar un gargajo sucio y maloliente en el que podían distinguirse restos de los brotes secos con los que se alimentaban: tallos de aquellos arbustos sarmentosos y esmirriados que parecían ser los únicos capaces de crecer en aquel erial, por el que pululaban poco más que alacranes.

Sus amplias pezuñas, sin embargo, tenían una gran ventaja sobre los cascos de los caballos. Los camellos apenas se hundían en aquella mezcla horneada de gravilla y arena que semejaba un trozo del mismísimo infierno. Su facilidad en aquel terreno les había permitido llevar un buen ritmo durante la travesía. Con suerte, gracias a que habían apretado el paso tanto como se habían atrevido, llegarían a la pequeña ciudad en un día más.

Y eso a pesar de que limitaban el viaje a las primeras y últimas horas del día. Si lo intentaban al mediodía, corrían el riesgo de caer fulminados bajo aquel sol de justicia que brillaba inclemente en el cielo, donde no se veía ni una sola nube. De noche no osaban probarlo, porque les habían advertido de que, de tanto en tanto, podían toparse con engañosas costras de sal que cederían fácilmente bajo el peso de los zancudos camellos. Y eso podía significar una terrible muerte entre arenas movedizas.

Pasaban sed, que malamente apagaban con el agua recalentada y con sabor a pellejo que transportaban en los odres. Se les habían cuarteado los labios, tenían el rostro despellejado como los lagartos, e incluso las bestias parecían estar sufriendo.

Aun así, Ciriaco era capaz de mantener su habitual buen humor.

—No salió tan mal —dijo durante un descanso.

No corría un soplo de aire y hacía un calor asfixiante, incluso al resguardo del tenderete que habían levantado.

Como si fueran una cabila de beduinos, estaban todos echados sobre esterillas que templaban el calor del suelo, bajo la sombra que les proporcionaba la improvisada jaima. Sólo faltaban los camellos, que pacían cansinamente entre los hierbajos.

Amodorrados como estaban, las respuestas fueron poco animadas. Guy gruñó con disgusto. Laín torció el rostro para mirar hacia el mercader. Y Lume bostezó sonoramente después de pasarse las manos por el hocico intentando librarse de algo de aquella arena.

—Bueno, hombre, podía haber sido peor —le dijo Ciriaco al gascón—, al fin y al cabo sólo hizo falta frotar un poco.

Era ya la vigésima vez que el mercader recordaba el cómico aspecto del infante cuando al fin les habían dejado salir de las barricas. El depósito de aceite que habían preparado bajo la tapa, por si a alguien se le ocurría comprobar el contenido, había

terminado resquebrajándose y, cuando el gigantón salió del tonel igual que un pollo de la cáscara del huevo, también apareció pringoso y empapado por alquitrán rancio, porque Maffeo Polo y su hermano Niccolò habían estado más que dispuestos a echar una mano, incluso a arriesgar sus vidas con todo aquel asunto, pero no a desperdiciar el carísimo óleo del Santo Sepulcro.

Quizás era aquel asfixiante calor. O la incertidumbre de las indicaciones que habían recibido. Si se equivocaban, podían acabar vagando por aquel desierto por el que había errado el mismo Jesucristo. Y a ninguno se le escapaba que no serían capaces de sobrevivir allí cuarenta días. Pero, fuera cual fuese el motivo, Ciriaco notó que el joven Laín no rió la gracia.

Y algo se conmovió en las asaduras del mercader.

Había intentado convencer al muchacho de que volviese a Venecia con el barco de los Polo, pero no había servido de nada. Ahora tenía la impresión de que, a cada día que pasaba, el que había sido un chicuelo alegre se convertía en un hombre taciturno.

Estaba entero y se mostraba duro. En lugar de intentar echar una cabezada, como el gascón, permanecía sentado con las piernas cruzadas, compartiendo unas tiras de tasajo con el perro y el halcón. Igual que Guy, el muchacho se había acostumbrado a hablar poco o nada y parecía preferir la compañía de sus bichos.

—Sigo creyendo que no fue tan terrible —insistió, más para sí que para ninguno de los otros dos, que no le hacían caso.

Y antes de tumbarse para intentar descansar un poco, volvió a reírse al recordar a Guy saliendo de la barrica, pringado de aceite, despelucado y escupiendo maldiciones.

Se oía la brisa, que sonaba rasposa por culpa de la arena. Se escuchaba el rumor de los camellos mientras comían. Y el único olor era el de aquella penetrante sequedad.

Gracias a los contactos de los hermanos Polo, habían abandonado Acre en una caravana que marchaba hacia Jerusalén bajo el mando de un viejo amigo de los venecianos, con el que llevaban años haciendo tratos; un hebreo de nombre Mirdin, enclenque y de nariz ganchuda, que los había guiado y llenado con consejos.

Antes de llegar a la ciudad santa, donde sabían que no serían bien recibidos, el judío les había dado indicaciones para que pudieran alcanzar su destino, insistiendo en lo que ya sabían: que no se les ocurriera acercarse a Gaza.

Y aquélla no era la única trampa. Damasco, Alepo, Mosul, la mismísima Palmira que fundara Salomón, cualquier ciudad en la que pudiera pensarse estaba en manos mahometanas. Desde las campañas de Saladino, había muy pocas opciones, prácticamente ninguna para tres cristianos perdidos por aquellos pagos. Acre y un puñado de asentamientos más a lo largo de la costa era cuanto había podido conseguir el inglés Corazón de León cuando los cristianos habían tomado la cruz por última vez para recuperar Tierra Santa.

De ahí que, pese a que pareciese un callejón sin salida, hubiesen decidido adentrarse en el desierto del Neguev, el mismo por el que había vagado Moisés después de que los suyos atravesasen el mar de los Juncos, tras abandonar Egipto.

Una planicie árida y condenada en la que sólo abundaba la sed, pero en donde estaba su única esperanza: Berseva.

Era un villorrio tan viejo como el tiempo, en el que podían encontrarse con los únicos aliados que aún tenían en aquellas tierras y que, quizá, pudieran ayudarles a encontrar razón de lo que pudo haberles pasado a los hombres perdidos de la expedición del rey Teobaldo II de Navarra.

A apenas ocho leguas al levante de Gaza, no era más que un lugar de paso en la ruta al sur de Jerusalén, sin otra virtud que permitirse los últimos abastos antes de adentrarse aún más en el corazón de aquel condenado desierto en el que no había más agua que la del mar Muerto, tan salada que estropeaba cuanto el Jordán vertía en él. Un lugar maldito a cuyas orillas habían quedado las cenizas de Sodoma y Gomorra.

—No, no es gran cosa —se dijo para sí Ciriaco en un susurro que sólo captó Lume.

Y, ciertamente, Berseva no era gran cosa, pero en ella había un pequeño barrio de mercantes caldeos. Y los caldeos podían no recibirles con los brazos abiertos, pero eran cristianos. Y entre ellos mercadeaban usando las ciudades en las que tenían presencia como postas seguras. Los caldeos conocían las noticias que corrían por las rutas de la seda y las especias. Los caldeos podían serles de utilidad. Ésa había sido la idea que Ciriaco había tenido pensando en el mítico reino del preste Juan, la que había compartido con Guy en la isla de Chipre.

Además, y eso no lo había compartido con su viejo amigo, Berseva no estaba a más que cien leguas del lugar en el que Jacques de Lunel había enterrado los maderos de la vera cruz.

ESTROFA

XI

EL EUNUCO

«Bien valdrá, como creo, un vaso de buen vino».

Vida de santo Domingo de Silos, Gonzalo de Berceo

Llevaba en la piel el color trigueño del cereal maduro.

Y, aunque no era devota, se había preparado para el amor. Untada en afeites, arreglada con aleña, depilada con arsénico y alumbre. Lista para recibirle.

En la base de su espalda, donde las curvas perdían la timidez, se abría un hueco donde él encajaba su mano. Casaba tan bien allí, que aquel surco de carne vibrante parecía hecho a propósito para que él pudiera sujetarla y atraerla, tirar de ella para perderse en sus labios, que se abrieron, ansiosos, entre jadeos.

Era alta, casi tanto como el muchacho. Pero más menuda, fina como juncos de ribera. Sus ojos tenían el mismo tono de la miel que había recogido de niño, allá, lejos, en las colmenas de corcho que el viejo Tomás rodeaba con un coso de piedras para evitar la glotonería de los osos.

Antes de que las bocas se separasen, ella recorrió con la lengua el interior de sus labios y a él se le escapó un gemido quedo, lleno de impaciencia. Algo de lo que ella se regocijó, porque sabía bien lo que hacía y, cuando él quiso acercarse de nuevo, ella sólo le ofreció la mejilla y, en lugar de besarlo, lamió la juntura entre la quijada y la oreja, mordisqueó el lóbulo y, cuando lo dejó ir de entre sus dientes, sopló, provocándole un escalofrío que lo hizo temblar de placer.

Notó que la mano del joven tiraba de ella otra vez, apretando la carne de su espalda. Y se escurrió como una fierecilla asustada para ponerse tras él con una vuelta de bailarina mientras con las uñas le dibujaba arabescos en los hombros, oprimiendo lo justo para evitar arañarle, pero dejando huellas de lascivia.

Sintió bajo las yemas de los dedos que él se agitaba, que reaccionaba a sus caricias con una pasión que luchaba por desbordarse.

Manteniéndose tras él, pasó las manos por los brazos, percibió los músculos, abultados y tensos. Las venas que palpitaban bajo la piel, pintando sombras como ríos descendiendo la montaña. Traviesa, inclinó el rostro y le susurró al oído mientras sus dedos, aleteando como pajarillos, siguieron el contorno de su pecho, donde se detuvieron para palpar la dureza del torso y pellizcar la blandura de los pezones. Continuaron bajando, deslizándose por el vientre, repasando el cuarteado de su abdomen y, en cuanto llegaron a la costura de la única prenda que él aún conservaba puesta, huyeron espantadas.

Escuchó un nuevo gemido. Esta vez lleno de frustración, y, cuando él se volvió hacia ella, lo miró con intensidad. Estaban de nuevo cara a cara. Y había algo en aquellos ojos cenicientos, algo perturbador, pero lo sintió lejos y consintió cuando él la aferró con ambas manos y la sujetó por la cintura, encontrando de nuevo aquel asiento que parecía hecho a la medida para sus dedos fortalecidos por la espada y la ballesta.

Volvió a ofrecerse para un beso largo, lleno de las prisas que lo atormentaban. Y, antes de que volviera a impacientarse, deshizo el nudo y desenredó la tela que había quedado colgando en su hombría, preparada desde hacía tiempo para el fin que se avecinaba. Cuando los calzones cayeron, las manos de ella lo acogieron, lo apretaron,

deslizaron la piel cálida y palpitante. Lo escuchó gruñir y, sin soltar aquella firmeza que había encontrado, lo guió hasta la alfombra y los cojines. Tiró de él como una chicuela traviesa, riendo con risas quedas y coquetas.

Se dejó caer y le pasó los dedos por las corvas. Entonces abrió la boca, dejó salir un ronroneo y le permitió a él entrar.

En cuanto los labios de ella rodearon el glande, él corcoveó instintivamente y ella volvió a usar la lengua con pericia. Sabía manejar las debilidades de los hombres. Le bastó usar su boca unos instantes más para saber que estaba logrando enloquecerlo.

Entonces lamió el miembro por última vez y echó la cabeza hacia atrás para mirarle a través de los encajes de su cabellera negra.

Lo llamó para que acudiera. Con una voz que era una trampa ineludible. Y él se tumbó a su lado, intentando acariciarlo todo y titubeando en cada gesto.

Ella se inclinó y le ofreció sus pechos, que eran pequeños y atrevidos, con areolas oscuras y pezones como bayas dulces que él acertó a probar enseguida. Luego encontró un lunar que se escondía junto al ombligo, y lo cató también. Usó la lengua como una mariposa, libando de su piel. Y, mientras lo hacía, ella le tomó la mano, la apartó de su seno, donde jugueteaba, y la guió a la horquilla entre sus piernas para que él conociese por primera vez los secretos de una mujer. Le enseñó a palpar su humedad, a encontrar la pequeña protuberancia carnosa escondida entre los pliegues de la delicada alcancía y a usar sus dedos para hacerla temblar también.

Fue un buen alumno. Aprendió rápido. No tardó mucho en probar cosas nuevas. Cambió el ritmo, la fuerza con la que acariciaba, los gestos, la cadencia. Y, en breve, ella se ofreció abriendo sus muslos, entre los que él deslizó sus dedos hasta la calidez que ella le brindaba.

Cuando los sacó, ella se los llevó hasta la boca y los lamió, cambiando el brillo con el que relucían en la luz de lamparillas de aceite. Entonces le susurró que se montara sobre ella, y él encontró enseguida su camino y descubrió al fin lo que se sentía.

Corcoveó, empujó con toda el ansia y la frustración que lo habían arrastrado hasta aquel momento. Y ella lo invitó a continuar. Clavó las uñas en su espalda, en las nalgas, atrayéndolo. Y se movió al unísono, haciendo girar levemente las caderas, apretando, sintiendo.

Eran tantas sus ansias que la tomó bajo las axilas y la levantó. Él se puso en pie y ella enroscó las piernas en su cintura para dejarse colgar de su hombría. La sujetó con firmeza por las caderas, y las manos, recias, la movieron adelante y atrás, cada vez con más prisa. Hasta alcanzar un frenesí.

No duró mucho. Aunque ella ya lo había imaginado. Sabía que aquélla era su primera vez.

Él se desbordó con un gruñido en el que pareció liberar mil demonios y la confusión de toda una edad. No sólo descargó dentro de ella lo que no se habían llevado las noches de sueños inquietos, sino también fantasmas del pasado y

espectros del futuro.

Se derrumbaron sobre las alfombras apiladas y los cojines. Se dejó caer encima de ella y ella lo recibió con un abrazo cálido. Estaba haciendo su trabajo, pero le gustaba aquel extranjero.

Por eso no se resistió cuando, al poco, él quiso volver a comenzar. Volvieron a entregarse a las pasiones del sexo, con menos titubeos y más experiencia.

Enredaron sus piernas y permanecieron sobre la alfombra. Y cuando sintió que él se acercaba al fin, lo invitó a salir con palabras de lascivia. Tomó lo que él le ofrecía y agitó la mano. Hasta que él se derramó sobre su pubis depilado y esparció su simiente sobre la piel, morena, suave, brillante por el sudor.

Aún lo hicieron una vez más.

Luego, él se quedó dormido plácidamente, y ella observó el rostro anguloso, el mentón definido, y se dio cuenta de que era mucho más fácil contemplarlo así. Y comprendió que era porque aquellos ojos perturbadores estaban cerrados.

Le acarició la frente y le apartó un mechón rebelde que caía junto a la ceja izquierda.

Antes de que amaneciera, él se había levantado, vestido y marchado. Sin otra palabra que una breve explicación sobre que debía hacer volar a su halcón.

Ella pudo descansar un par de horas más hasta que, entrada la mañana, llamaron a su puerta y no le quedó otro remedio que echarse algo sobre los hombros para atender a su visitante.

—¿Se dio cuenta de algo? —inquirió Ciriaco, mirándola expectante.

—No —repuso ella convencida—. Se dejó llevar en cuanto me mostré zalamera.

El mercader de reliquias dejó que una enorme sonrisa le iluminase el rostro y la mancha de su mejilla bailoteó feliz.

—Bien, bien —dijo sacando unas monedas de la bolsa y depositándolas en la alfombra donde se habían sentado—, mejor así. Estaba más que preparado. Y yo quería asegurarme de que no se topara con hembras de cierta calaña. Supongo que ya me entiendes… Me alegro de que haya salido bien.

—Pues puedes quedarte tranquilo —le dijo segura—. Él sigue creyendo que soy una simple tintorera. Y tú sabes que ésa es casi toda la verdad.

No llevaban mucho tiempo en Berseva, pero Ciriaco ya conocía todos los secretos de la laboriosa aldea y tenía la certeza de que la mujer no le engañaba. Se llamaba Aaliyah, y era cierto que se ganaba la vida con el índigo, ese curioso tinte amarillo que acababa dando telas de un bellísimo azul profundo. El propio Ciriaco había comerciado a menudo con la valiosa pasta, pero seguía sorprendiéndose por el alto valor que podía adquirir aquel mejunje que se conseguía al procesar las hojas de un arbusto de aspecto tan humilde, con pequeñas flores de color mucho más modesto que el que podían dar al trabajar las telas. Hacía falta maña y un cierto aprendizaje para dominar aquellos asuntos y garantizar productos de calidad, y los tintoreros hacían sus ganancias. Sin embargo, una viuda joven como ella no siempre podía salir

adelante sin algo de ayuda y, de tanto en tanto, se socorría de la alcoba para asegurarse un futuro en el que pudiese espantar el hambre. Algo que, además, no le era extraño.

Por lo que Ciriaco sabía, ella misma era fruto del pecado a ojos de dos culturas distintas y un ejemplo unívoco de lo que confluía en Berseva, donde no había ulemas fanáticos ni sacerdotes que quisieran seguir el ejemplo de la Inquisición. Su madre, muerta en el parto, era cristiana caldea. Su padre, asesinado por unos bandoleros que querían robar sus reservas de añil, había sido un mahometano nizarí que había escapado de las montañas del norte, harto del fanatismo. Como resultado, ella vivía su vida sin preocupaciones por la piedad o la devoción.

Y en el pecado la había conocido él. Así se le había ocurrido la idea de encelar a Laín y dejar que se convirtiera en hombre por algo más que el aspecto ganado en los últimos meses.

—Claro —dijo comprensivo mientras rebuscaba entre sus ropas nuevas, teñidas con aquel prodigioso y caro añil, para abrir su bolsa una vez más y dejar otro par de monedas—, desde luego.

Se despidieron como amigos y él abandonó la casita, que estaba rodeada de pozas hechas con ladrillos de adobe en las que la mujer desempeñaba su oficio.

Era un lugar modesto Berseva. Poco más que una aldea que aprovechaba el escaso bien del agua en el desierto en virtud de unos pozos que habían sido excavados en los tiempos del mismo Jesucristo. Como muchas otras poblaciones desperdigadas por aquellos pagos de Tierra Santa, allí rápidamente se despertaba la morriña de los bosques que habían dejado atrás en Navarra y Castilla.

Berseva no ofrecía más ventajas que la de ser paso transitado por caravanas que iban al norte hacia Jerusalén o Acre, al sur hacia Mascate y los aljofares que se extraían del mar de Ormuz, hacia poniente hasta Gaza y a levante hacia las rutas de las sedas y las especias, ahora controladas por los mogoles. Sin embargo, pese a su modestia, era una villa donde se vivía y se dejaba vivir, porque allí había armenios, seljúcidas que habían traicionado a su soldán, suníes y media docena más de mahometanos de diferentes ideologías, gentes de Gazna, beluchistaníes, hebreos que mercadeaban en el pequeño barrio judío, y lo que había llevado a los tres hasta allí: cristianos caldeos, los únicos aliados con los que podían contar en aquellas tierras hostiles.

Además, su pequeño tamaño y escasa importancia la libraban de ser objetivo de las campañas militares de unos u otros. Y casi cumplía a la perfección su papel de oasis en el desierto con unas pocas palmeras datileras, algunos camellos en un menudo caravasar y unas cuantas cabras que apacentaban chicuelos medio desnudos que se tiraban piedras entre risas y correteos.

Estaban bien allí, sin noticias de los templarios y sin rastro de sus perseguidores, y era el lugar donde podrían descubrir algo, porque, de entre todos los que se movían a un lado y a otro por aquellos lares, sólo podían confiar en los hebreos, si es que

conseguían romper el muro con el que se separaban del resto de gentes, o en los más próximos caldeos, con quienes compartían al menos un dios, aunque no las costumbres.

Bajo aquel sol que parecía no cansarse jamás, Ciriaco paseaba entre las apiñadas casas, sintiéndose cómodo entre aquellas gentes que había empezado a conocer, saludando a unos y a otros sin importar la fe que practicaban.

De buen humor, el mercader estaba disfrutando de una plácida caminata en la que intentaba aprovecharse de las mallas de sombreo tendidas entre las estrechas callejuelas.

Se topó con un estrafalario grupo de derviches, monjes musulmanes errantes que andaban de aquí para allí. Como era su costumbre, iban rapados de pies a cabeza, harapientos, con rotundos callos en la frente que daban fe de las cinco veces al día que se postraban para orar. Apestaban a sudor rancio y le hablaron con prisa y deferencia, incluso le ofrecieron unas migas resecas, porque el arcángel Gabriel, el mismo que había revelado las Sagradas Escrituras a Mahoma, también había llevado pan al paraíso para dárselo a Adán.

Ciriaco, escarmentado por el sabor salitroso, rechazó con la mayor humildad el currusco que le ofrecieron, los dejó a un lado y siguió su camino. Tanteaba la idea de, tras las lecciones de parsi, pedirle al muchacho que jugara unas plácidas partidas de ajedrez; empezaba a comprender algunos de los misterios del juego y estaba demostrando que podía llegar a convertirse en un rival digno.

Era un buen plan mientras seguían esperando noticias. Con el ajedrez despistaba las ideas, y el mercader, que estaba librando una lucha en su interior, agradecía alejarse de las tentaciones que le asaltaban en los últimos tiempos.

Sin darse cuenta de ello comenzó a tararear una tonada y, cuando dobló la esquina que bordeaba el taller de un artesano que reparaba arreos para los camellos, apareció ante él su amigo Guy y un acorde se le quedó sin terminar, prendido en los labios.

Venía agitado, con el sudor perlando su frente y la mirada ansiosa. Era evidente que lo había estado buscando. Y en cuanto llegó a su altura le preguntó a borbotones:

—¿Dónde está el muchacho?

Ciriaco pudo haberle contado algo, pero se limitó a disimular.

—Supongo que habrá ido a volar ese halcón suyo —dijo con un encogimiento de hombros.

—Pues hay que encontrarle —tascó Guy con prisas.

—¿Qué sucede?

—Ha llegado una caravana con noticias.

El mercader sabía que, desde su llegada a Berseva, ésa había sido la mayor preocupación del gascón. Interrogar a cualquiera que llegara o partiera desde la villa.

—¿Sobre los hombres de Teobaldo? —inquirió Ciriaco, no sin desear una vez más que su amigo fuera de verbo más fácil.

Y la respuesta fue un mero asentimiento, lo que obligó al mercader a suspirar con

resignación.

—Por el amor de los cielos, no voy a cobrarte si te explicas.

Guy lo miró con su único ojo, con una expresión torva.

—Sí —dijo como si tuviese los labios cerrados con argamasa—, tenemos noticias de lo que sucedió con los hombres que Teobaldo perdió en Gaza.

Aquello era lo que habían estado aguardando. Y Ciriaco se alegraba por el muchacho, porque sabía lo mucho que significaría para él. Sin embargo, también suponía un trastorno para los planes que había comenzado a idear.

—Está bien —dijo el mercader acudiendo de nuevo al disimulo—, buscaré al zagal y nos encontraremos en el caravasar.

Y, sin añadir nada más, Guy se dio la vuelta y se puso en marcha.

Algo del escepticismo descarnado de Guy había calado hondo en el joven Laín.

Pese a los esfuerzos de Ciriaco o a la visión mucho menos espiritual de Aaliyah, con la que también había hablado sobre el asunto, el joven gallego seguía sin entender el jaleo de las iglesias cristianas y sus doctrinas. En San Paio, incluso no siendo más que un pequeño feudo perdido entre los montes verdes en el fin del mundo conocido, Laín había vivido bajo el influjo de la omnipresente Iglesia de Roma. Sin embargo, criado casi como un salvaje, habiendo pasado más tiempo en el bosque que con sus semejantes, su conocimiento de liturgias y teologías era muy limitado. Además, los palos que había recibido en su vida y la indudable referencia del infante gascón habían carcomido su fe.

Lo único que sabía con certeza era que un fraile llamado Nestorio se había convertido en patriarca de Constantinopla y que con sus homilías había sembrado semillas que se convirtieron en discordia. Pero nada más, porque Laín no entendía qué tenía que ver en todo aquello la naturaleza divina o mortal de Jesucristo, o si el crucificado había sido hombre y dios a la vez, o si había sido, además, el Espíritu Santo; menos aún comprendía la sacra maternidad de la virgen María o las regañinas sobre el papel de san José. Ésas y el resto de las diferencias que marcaban la lucha entre los cristianos de Oriente y Occidente suponían asuntos de los que Laín prefería mantenerse alejado.

De ahí que su mayor preocupación con respecto a los cristianos caldeos fuera, precisamente, lo que los había llevado a Berseva.

Desde Edesa a Bujará, desde Merv hasta la mismísima Qara Qorum, partiendo de la enigmática Ormuz hacia Samarcanda. Germanicia, Ispahán, Alepo, Mosul, Petra, Mascate.

Aquélla era una lección más sencilla que la de comprender si María había sido madre únicamente del hombre o también del ser divino, y Laín la había aprendido pronto gracias a Ciriaco: donde no llegaba la fe llegaba el comercio.

De un modo similar a los mercaderes hebreos, los cristianos caldeos iban y venían de todos aquellos lugares vendiendo y comprando todo lo imaginable y, lo que era más importante, escuchando cualquier rumor, pues en aquellos días las caravanas eran la única fuente de noticias en todo el Oriente.

Se llamaba Cosroes y a Laín le gustó desde el primer instante, porque iba siempre acompañado de un cuervo de la Palestina al que había amaestrado. El pájaro, de pecho ceniciento y algo más pequeño que los congéneres gallegos que tantas veces había observado Laín, no abandonaba nunca el hombro del caldeo y parecía contento de obedecerlo, pues se movía de un lado a otro según le indicaba su amo y se mantenía en silencio sin intentar alzar el vuelo.

El cuervo tenía un plumaje lustroso y, sin embargo, su dueño se estaba quedando calvo. El poco pelo que le rondaba las orejas lo llevaba tan recortado como la misma barba, y ambos eran negros como el azabache. Aun así, apenas destacaban en un rostro tan moreno y curtido que parecía un pellejo abandonado al sol de los desiertos

que cruzaba. Sus dientes carcomidos tampoco resaltaban entre los labios finos, y lo único que llamaba la atención eran sus ojos, de un verde claro perturbador en un rostro tan oscuro. Resultado, según él les dijo entre amplias sonrisas, de tener algún antepasado entre las huestes griegas del mismo Alejandro Magno, que había conquistado aquellas tierras tantos siglos atrás, pasando a fuego las ciudades y aprovechándose de las mujeres.

Crecido como estaba, Laín le sacaba una cabeza y no menos de una fanega de peso, porque Cosroes era más bien canijo. Y tanto miraba a todos lados, que tenía el aire de un ratón que, asomado por la boca de la madriguera abierta en la despensa, echase vistazos desconfiados a derecha e izquierda no fuera a aparecer el gato de la casa. Algo que, junto a los andrajos que vestía, le daba un aire de rufián venido a menos.

Sin embargo, aun sin parecerlo, tenía fama de ser uno de los mejores caravaneros que pasaban por Berseva y habían oído sobre él referencias que daban crédito a lo que pudiera contarles.

Tal y como delataba el follón que llegaba desde fuera, estaban en el caravasar, en cuya explanada principal se preparaba una enorme caravana con destino a Qara Qorum compuesta por más de un centenar de camellos, decenas de mulas, acemileros, guías, jinetes, guardias armados y cualquiera que quisiera apuntarse y fuera solvente, porque, en general, la fuerza la daba el número, y cuantos más se enrolasen, más fácil sería evitar acabar en manos de bandoleros, turcos seljúcidas, mogoles o cualquier otro que tuviera la idea de asaltarles.

En el modesto caravasar de Berseva se repartían los almacenes, bastimentos y corrales de media docena de jefes de caravanas y de un buen puñado de comerciantes que ofrecían dátiles, pescado seco, odres, mantas de oración, gualdrapas y casi cualquier cosa que pudiera necesitar un viajero.

Todo estaba envuelto por aquel aire reseco propio del desierto, con el levísimo dejo del estiércol seco y duro de los camellos, únicos bichos que aguantaban el traqueteo por las arenas sin desfallecer. Y además de las voces, los gritos, los insultos y los bramidos de los animales, se escuchaba el enloquecedor tintineo de los cascabeles que adornaban los arreos de muchos de los animales.

Se habían reunido en el almacén de un hebreo de nombre Neftalí ben Jesse, un respetado hombre de la comunidad, amigo personal del rabí que guiaba a la pequeña población judía de la ciudad y referente para todos los que comerciaban en aquel lugar de paso.

Neftalí, de larga barba, nariz aguileña, ojos pardos y largos rizos que colgaban junto a sus patillas, al uso en los hombres de sus tribus, hacía tratos con Cosroes. Y había sido el judío quien avisara a Guy de que había llegado al caravasar de Berseva quien podía darles razones a sus cuitas.

Sentados en unas corachas de mijo, entre los rayos de sol que parecían sostener el polvo y la arena que nunca faltaban en aquella ciudad, era Ciriaco el que llevaba el

hilo de las presentaciones y diplomacias. Y el menudo Cosroes respondía con susurros apresurados. Pero hasta el momento no habían sacado mucho en claro, poco más que vaguedades, algún comentario sobre las rutas, el tiempo, y el comercio a un lado y a otro del golfo Pérsico.

—Hemos pasado casi un año de viaje —explicó el caldeo—. Venimos de Mascate y hemos atravesado el reino de Ormuz, donde compramos un poco de esto y un poco de aquello. —El tono neutro daba a entender que callaba más de lo que decía—. También hicimos una última escala en Hira, donde sacamos partido de unos intercambios —aclaró, dándole poca importancia al asunto—. Ha sido una expedición modesta. Una caravana pequeña, de apenas media docena de camellos.

El hebreo, dándose cuenta de los recelos de ambas partes, intervino en la conversación para mediar con algunos elogios.

—Cuando se trata de perlas —dijo Neftalí, al tiempo que enredaba los dedos en las largas barbas que le llegaban al pecho—, lo más habitual son las grandes caravanas, con mercenarios contratados y gente de sobra para asegurar el destino. Sin embargo —aclaró levantando una mano—, nuestro amigo Cosroes prefiere moverse rápido y en silencio, sin llamar la atención. Le gusta hacerse pasar por un simple mercader de pescados secos o de mijo —terminó. Y palmeó uno de los sacos en los que habían tomado asiento, del que salieron despedidos unos cuantos pelos de camello.

Laín supuso que aquello explicaba el aire zarrapastroso del hombre. No podía negarse que el curioso personaje tenía la virtud de camuflar más que bien las riquezas que manejaba. Porque después del tiempo que habían pasado mezclados con la intensa actividad comercial de Berseva, el joven era consciente de que los aljofares de aquel golfo eran las mercaderías más valiosas que pasaban por aquel lugar.

Mientras observaban a Cosroes y valoraban las palabras del judío, el aludido se rascó la coronilla como si tuviese piojos, sin que ninguno de los tres llegase a saber si era parte del papel que interpretaba y, acto seguido, extrajo de la faja con la que sujetaba la cintura de su chilaba una gumía herrumbrosa con la que descosió la coracha en la que estaba sentado, metió la mano, sacó el puño lleno de mijo y empezó a darle granos a su cuervo, dejando que Neftalí terminase con las presentaciones.

—Ellos no tienen otra intención que encontrar a los suyos —le dijo entonces el hebreo a Cosroes—. No han venido siguiendo a ningún rey loco de los cristianos, no buscan gloria y no quieren conquistas. De hecho, estoy convencido de que se esconden de hombres peores —añadió para dejarles entrever que había intuido buena parte de la verdad que escondían a sus espaldas.

Dejó por unos instantes que el silencio ayudase a que sus palabras calasen y, al cabo, sentenció:

—Podéis fiaros de él —dijo dirigiéndose a los tres—. Y tú de ellos —insistió volviéndose hacia el otro.

Tras oír aquello, Guy soltó un gruñido que podía significar cualquier cosa, pues,

al fin y al cabo, su dominio del farsi seguía siendo muy rudimentario. Sin embargo, Ciriaco captó mucho mejor las peculiaridades del asunto.

De su bolsa sacó un *grosso* veneciano que apoyó en uno de los sacos de mijo.

El cuervo y el hombre miraron el brillo de la plata con idéntica expresión de codicia.

—Muy bien —dijo Ciriaco entornando los ojos—, sea.

Era una muestra de buena voluntad y Cosroes, después de asentir, dejó que su cuervo picotease los últimos granos que tenía en la palma de la mano y, una vez vacía, la metió de nuevo en el saco, hurgando entre el mijo.

Al poco, extrajo del saco de cereal otro más pequeño de gamuza, usó la misma gumía para cortar el cordel de esparto que la cerraba y, con sus magros dientes, tiró del cabo hasta descoser todo el pespunte y abrirla.

De su interior surgió enseguida el inconfundible brillo de las perlas. Los pequeños orbes de nácar variaban en tamaño y color, pero Ciriaco se dio cuenta enseguida de que aquel andrajoso comerciaba con lo mejor de lo mejor. Porque entre la mercancía vislumbró el oriente de una magnífica perla negra del tamaño de un huevo de petirrojo, casi con la misma forma ovalada. Una joya así, en cualquier Corte europea alcanzaría precios capaces de arruinar un feudo.

Cosroes dejó entonces el saquito junto a la moneda de plata y volvió a atrapar otro puñado de mijo con el que alimentar a su cuervo.

—Habla —le dijo a Ciriaco.

—¿Sabes algo de los hombres del rey Teobaldo de Navarra?, ¿de los que se perdieron en Gaza?

Se habían terminado los rodeos. Todos estaban hartos de las formalidades y las pérdidas de tiempo.

—Puede que haya oído algo, pero no estoy seguro.

Ciriaco miró a Neftalí, que hizo un gesto de aquiescencia sacudiendo aquella nariz no tan distinta al pico del halcón de Laín, y el mercader de reliquias puso otras dos piezas de plata junto a la que ya había sacado antes. Gesto ante el que el hebreo añadió un aspaviento dirigido hacia Cosroes, para animarle a hablar sin tapujos.

—Los tiene el eunuco Wasif —dijo con aire sombrío.

Aquello no sirvió de mucho para ninguno de los tres extranjeros. Sin embargo, a Neftalí se le escapó un gemido pesimista. Estaban en problemas.

Bajo el cielo estrellado, a la luz de las hogueras, que servían para espantar a los malvados *djinn*, los nómadas, los beduinos, los caravaneros y cualquiera que no tuviera otra cosa que hacer tras haber atendido a sus camellos y haber asegurado su jaima, contaban historias.

Esas noches de campamento, en las que se compartía la hospitalidad obligada de los hombres que sobrevivían en las arenas, se confabulaban para que las leyendas corrieran por el desierto más veloces que los zorros fenecos.

Y cuando el mito tenía un matiz tan morboso como el del eunuco Wasif, las leyendas no sólo corrían, sino que también crecían. Tanto que costaba distinguir la realidad de la exageración.

Aun así, hubo unas cuantas cosas entre las que escucharon aquella mañana que parecían fuera de toda duda.

Según les dijeron, alternándose entre Cosroes y Neftalí, los eunucos eran esclavos sumamente apreciados para los harenes de los más pudientes.

—Un método expeditivo para evitarse los cuernos —comentó Ciriaco con su habitual chanza.

Algunos sonrieron con la broma, pero Laín no, porque lo que escuchó le hizo considerar con gravedad las circunstancias de su propia vida, pues de repente comprendió que, de haber nacido en otro lugar del inmenso mundo que empezaba a descubrir, su suerte podía haber sido bien distinta.

Normalmente se trataba de muchachos huérfanos o bastardos, aunque, en ocasiones, las familias más humildes acudían a los tratantes esclavistas, como los del reino de Ormuz, para vender a los hijos más pequeños, algo que no era extraño los años de sequía o hambruna. Podían castrarlos como a un caballo, quitándoles sólo las criadillas, y normalmente se buscaba convertirlos en tipos fornidos que sirvieran para guardar las puertas y asegurarse de mantener lejos del harén a libidinosos intrusos. Pero cuando se trataba de servir en el interior de las habitaciones que ocupaban las mujeres, el tajo no sólo se llevaba los testículos, sino también el pene, obligando a los pobres desdichados a llevar con ellos, para el resto de sus días, un cañón de pluma con el que poder orinar.

Entre estos últimos, se apreciaban además las deformidades. Muchos de ellos habían recibido brutales palizas para desfigurar el rostro, porque cuanto más grotesco fuera su aspecto más alto era su valor, pues menos posibilidades tendrían de encandilar a las esposas de su amo. Sin embargo, pese al vandalismo físico, a este tipo de eunucos se les formaba en escuelas especiales. La más prestigiosa, sita en la populosa Bagdad, suponía la mejor muestra de la excelencia que se pretendía en esa clase de esclavos. En aquellos centros aprendían gran cantidad de tareas domésticas, generalidades contables, nociones sobre la *sharia*, el *fiqh* y demás puntales de la vida islámica y, lo que era más apreciado, poesía, canto, música, las habilidades para tocar diferentes instrumentos y demás artes que pudieran servir de entretenimiento a las ocupantes del harén. Tras años de arduos estudios se convertían en sirvientes

sumisos, deformes, generalmente obesos y con voces atipladas, pero con la capacidad de recitar las compilaciones de Abu'l-Faraj, entonar los poemas de Imru'l Qays o extraer las más bellas notas del *arghul* o el *bendir*.

—Nadie está seguro de dónde nació Wasif —explicó el caravanero hebreo—. Se rumorea que en Bujará, pero también he oído que en Amán, aunque hay quien dice que es heredero de los antiguos *shas* de la dinastía samaní, caída en desgracia después de que los seljúcidas arrasaran Ispahán…

—Paparruchas —interrumpió Cosroes—, es hijo de una zorra del desierto y del mismo Satán —concluyó ufano, dándole algo más de mijo a su cuervo e ignorando la mirada de fastidio del judío.

—Nadie lo sabe —repuso Neftalí, sin querer enzarzarse en discusiones inútiles—. Lo que sí sabemos es que fue vendido como esclavo, convertido en eunuco y educado en la escuela de Shiraz, donde fue comprado por un rico comerciante de tapices de La Meca.

Parte de la historia eran elucubraciones, y había en ella contradicciones, pero las habladurías daban la razón al hebreo.

Según se contaba, Wasif se ganó pronto la confianza de su amo. Era el esclavo ideal, bien dispuesto, habilidoso, con mano para tratar celos y rencillas en el harén, con una voz deliciosa que podía entretener a los invitados más ilustres y con un rostro tan horrendo que jamás despertaría el más mínimo interés entre las mujeres, de modo que no tardó mucho en desempeñar papeles importantes en el hogar de su dueño.

—A los pocos años —explicaba Neftalí rascándose su nariz de halcón—, ya no sólo era el jefe de los esclavos del harén, sino que también ayudaba a su señor con los negocios de tapices y alfombras. Al principio, poco a poco —aclaró—, pero ganando cada vez más importancia.

—Y durante todo ese tiempo se comportó como el perro más fiel —apostilló Cosroes—, sin un mal gesto, sin una protesta. Siempre obediente, siempre vertiendo miel con sus labios.

—Efectivamente —el hebreo asintió con agitar de sus barbas—. Tan bien lo hacía y tanto presumía su amo, que pronto se despertaron envidias entre otros nobles de la alta sociedad mequí. Se ofrecieron cantidades astronómicas por él, pero su dueño, orgulloso, se negó a venderlo.

—¡Pobre imbécil! —apuntó el caldeo mientras acariciaba al cuervo—. El altísimo castigó su vanidad.

Y Neftalí dudó entre darle la razón o no, incertidumbre que sopesó repasando el formidable puente de sus narices. Al cabo, tras encogerse de hombros y mirar por un momento al cielo, quizá para pedir perdón por mezclar a Dios con asuntos terrenales, continuó con la historia.

—Tan pagado estaba de sí mismo el tratante de tapices, tan seguro, que no se dio cuenta de que, en secreto, pese a sus deformidades y a su falta de hombría, el eunuco Wasif se había quedado prendado de una de las esposas encerradas en el harén.

Se llamaba Despina y era tan bella que, incluso cubierta con su velo, despertaba la lujuria de cualquiera que pudiese verla en las escasas ocasiones que su marido la permitía salir por la fastuosa ciudad de La Meca. Y ella, ansiosa por vivir fuera de los muros que la encerraban, se aprovechó del amor de Wasif.

—Lo usó para su propio beneficio —explicó el hebreo—. El pobre iluso debía estar asombrado al verse correspondido por semejante hembra. No pudo intuir que se trataba de una vulgar Lilith, una meretriz del mismísimo Samael, una pérfida sin corazón.

Apabullado por los encantos de Despina. El embobado Wasif había accedido a robar parte de los beneficios en los negocios de alfombras de su amo. A favorecerla en el trato del harén. Y, por último, incluso a organizar a la guardia y a los demás sirvientes para permitir el paso hasta el harén de un amante de la caprichosa mujer. Al parecer, un prestigioso médico de la ciudad que se dejó embaucar por el adulterio y por ella estaba dispuesto a cometer asesinato envenenando al tratante de tapices a la próxima ocasión en que solicitase un sanador por las frecuentes molestias que le ocasionaba su dispepsia matinal.

—Como no podía ser de otro modo, el escándalo estalló —contó Neftalí—. Al matasanos le abrieron las tripas, a ella la decapitaron y, cuando el tratante de alfombras decidió ajusticiar por su cuenta al eunuco, se encontró con una daga que le abrió el pecho, empuñada por el propio Wasif.

Antes de que los ulemas condenasen el sangriento crimen, el asesino ya había escapado con las alforjas llenas del oro de su amo muerto. Y también con el pecho lleno de odio, a todo y a todos, pues no sólo se había convertido en prófugo a ojos de una ley islámica que lo condenaría a muerte, sino que también había perdido a la mujer que amaba y lo poco, bueno o malo, que le garantizaba servir en la casa de un comerciante acaudalado.

—Dicen que, en su huida, mató a otros tres esclavos y a dos de los hombres del *kelonter* cuando intentaron apresarlo —contó el hebreo—. Salió de la ciudad una noche sin luna…

—Y a partir de ahí comienza la leyenda, porque no cabe otra explicación que acudir al maligno —puntualizó Cosroes.

Al parecer, sin que hubiese explicación posible a tal hazaña, en su loca fuga el eunuco Wasif se dirigió hacia el sur. Dejó atrás a sus perseguidores a base de cabalgar sin descanso, reventando un camello tras otro. Y se adentró en el peligroso desierto de Rub al-Jali.

—Es un auténtico páramo donde no hay más que arena y sol —aseguró entonces el caldeo—. Las caravanas lo cruzan únicamente a través de rutas que duran unos pocos días, acortando por alguno de sus extremos. No se sabe de nadie que haya sido capaz de atravesarlo. ¡Jamás! Es el infierno en la tierra, un lugar de muerte. —Por cómo hablaba se notaba el miedo que le inspiraba la sola idea de perderse en aquel desierto—. Allí, en ese páramo calcinado, es donde se alzaba la ciudad maldita de

Ubar.

Aaliyah le había contado aquella historia a Laín, la «ciudad de las columnas», una joya en las arenas que había pagado caro el orgullo de sus riquezas. Había sido castigada por el mismo Allah a ser enterrada en el desierto. Una historia que a Laín le había parecido muy similar a la de Sodoma y Gomorra.

—No hay explicación posible. Ese malnacido tuvo que aliarse con alacranes y víboras —siguió Cosroes—, tuvo que vender su alma al mismo diablo…

Neftalí, más cachazudo que el nervioso caldeo, lo interrumpió para acercar el relato a lo terrenal:

—Explicable o no… Los prodigios están sólo en manos del altísimo. Wasif salió de las arenas de Rub al-Jali. De algún modo se las apañó para llegar a la costa del golfo, no lejos de Mascate.

A partir de ese punto las versiones también daban lugar a especulaciones. El hebreo y Cosroes divagaron por un rato sobre ellas. Sin embargo, quedó claro que había hechos consumados que despejaban buena parte de las dudas.

El eunuco Wasif se había apoderado de un antiguo monasterio caldeo al norte de Dammam, abandonado después de que el empuje de la hégira mahometana vaciara buena parte de los lugares cristianos de aquellas tierras.

Instalado en un cuartel que pronto atrincheró y, gracias a los dineros robados, Wasif fundó un imperio basado en el comercio de perlas y esclavos. Proeza a la que contribuyeron dos cualidades: una astucia demostrada en cientos de ocasiones en sus tratos con cualquiera que se atreviera a comerciar con él, y un desprecio absoluto por cualquier vida que no fuera la suya propia.

De una crueldad probada, el eunuco mantenía un pequeño ejército de mercenarios, una flotilla de barcas y un número indeterminado de esclavos a los que obligaba a jugarse la vida, un día tras otro, zambulléndose y pescando para él las ostras que se refugiaban en los fondos marinos de la costa al norte del estrecho de Ormuz, en el angosto brazo de océano que separaba las tierras de los beduinos del Beluchistán.

—No es el mejor tramo para las ostras, más abundantes cerca de Mascate, pero aquello son tierras inhóspitas en las que nadie le disputa su dominio —aclaró Neftalí.

Se rumoreaba que, a los esclavos, para obligarlos a trabajar, los amenazaba con irles cortando un dedo tras otro, empezando por los de los pies; y, si no obedecían, les abría un tajo en el vientre y los arrojaba a las aguas del golfo para que fueran pasto de los tiburones. O buceaban para que Wasif se enriqueciese o morían, descarnados en vida entre las terribles dentelladas de los escualos.

—Si quieres perlas, él es tu hombre —aseguró Cosroes—, y si tienes esclavos que vender, él los comprará. Por eso vuestros amigos han acabado en ese condenado lugar —explicó con evidente tristeza—. El gobernador de Gaza sabía bien lo que hacía. Podía haberlos ejecutado, pero prefirió condenarlos a una vida de penurias que acabaría con ellos sin remisión.

El silencio que siguió lo rompió Ciriaco:

—De lo que no cabe duda es de que ese tipo es un hideputa de cuidado.

Y por primera vez, el cuervo del caldeo graznó, como si quisiera darle la razón al mercader de reliquias.

Antes de que la ola del Islam barriese buena parte de Asia, mucho antes de que desde Roma y París se preocupasen por reconquistar las tierras que ocuparon los discípulos de Mahoma, los cristianos caldeos habían tenido tiempo de llevar la cruz hasta los lugares más remotos, incluso a muchos de los desiertos que proliferaban por aquellos países.

Con pocos medios y con el recuerdo de las persecuciones a las que los había sometido Roma antes de que el emperador Constantino decidiese abrazar el cristianismo, los caldeos había aprovechado para su culto muchas construcciones abandonadas y escombros de fortalezas que habían dejado atrás las conquistas y reconquistas de las múltiples guerras que habían asolado aquellas tierras desde los tiempos bíblicos.

Y eso era lo que estaban viendo ahora, después de la terrible marcha en la que los habían guiado Cosroes y su cuervo. Unas ruinas inmensas. Una mole enorme que recordaba a una pirámide truncada por unos zarpazos. Estaba construida con aquella piedra blanquecina que tenía el mismo color de las arenas que rodeaban la costa. Y aparecía cubierta por un costillar de gruesos contrafuertes que habían visto tiempos mejores, pues recordaba a la osamenta lironda de una de las míticas criaturas marinas de las que le había hablado Ciriaco, como si la bestia de los abismos hubiera llegado hasta la playa para vararse en la línea de pleamar y descomponerse bajo el sol de justicia. Castigada sin misericordia por el viento, incansable en aquel lugar, los restos de las viejas torres de vigilancia aparecían muy sobados, como piezas envejecidas del juego de ajedrez al que tan aficionado era el mercader de reliquias.

Lleno del espíritu aventurero que, sin duda, lo había llevado a convertirse en caravanero, a Cosroes no le había costado lo más mínimo aceptar la oferta que le hiciera Ciriaco.

Habían partido de Berseva con diez hombres de confianza del caravanero, una docena de camellos desgarbados, tres mulas para cargar los bastimentos, abundante provisión de agua y la confianza de los tres europeos depositada en el pequeño caldeo. Les había llevado mes y medio llegar hasta allí, sin otra parada digna de mención que la de Basora, principal ciudad en el extremo norte del golfo, donde se encontraban los míticos Tigris y Éufrates, dándole al ajetreado lugar el aire de una Venecia en sequía.

Desde la distancia a la que estaban no podían distinguir grandes detalles, pero el aspecto del edificio hacía fácil suponer que se debió tratar, en tiempos, de alguna fortaleza que bien hubieran podido construir las fuerzas del mismo Alejandro Magno, pues por aquel lugar inhóspito hubiera podido trazarse la frontera de su enorme imperio.

Rodeada por depresiones salitrosas, la construcción estaba, además, asentada en una estrecha bahía que rompía la línea de la costa y que servía de puerto seguro al que podía accederse desde la entrada principal.

—Están saliendo —señaló Cosroes.

Del mamotreto de piedra surgieron las pequeñas figuras de hombres mal vestidos que arrastraban los pies bajo la atenta mirada de otros que los flanqueaban con actitud desafiante.

—¿Reconocéis a los vuestros? —preguntó el caldeo mientras acariciaba el cogote del cuervo.

Laín entornó los ojos y se hizo sombra sujetando una mano sobre las cejas. Se tomó su tiempo. Distinguía a los esclavos de los guardias, veía como se iban repartiendo unos y otros en lanchones atracados en amarraderos hechos con grandes piedras.

—Salen todas las mañanas y los tienen durante el día zambulléndose una vez tras otra —comentó Cosroes mientras seguía esperando respuestas.

—¿Y el eunuco? —intervino Guy desoyendo al caldeo.

Cosroes le dio unos cuantos mimos a su cuervo antes de contestar.

—Según se dice, no abandona jamás el interior del monasterio. Se queda a la fresca.

—Puedo contar cuarenta y dos esclavos y veinticuatro guardias. ¿Sabes cuántos más quedan en el interior? —cuestionó el gascón.

—No tengo la menor idea. Habrá algún sirviente, otros esclavos que no sean capaces de mantenerse en pie y unos cuantos guardas escogidos para velar por la seguridad de Wasif. Pero son sólo conjeturas.

Entonces, mientras Laín seguía esforzándose por reconocer a su padre entre los hombres que remaban alejándose de la costa, habló Ciriaco:

—Tú has estado ahí abajo —le dijo al caldeo con premura.

Y como si se arrepintiese por haberse dejado llevar por su codicia hasta el extremo de hacer negocios con el eunuco, a Cosroes le costó responder con algo más que un susurro:

—Sí, pero nunca he visto a Wasif. Siempre que he comprado perlas he tratado con su hombre de confianza, un gigantón nubio, de piel negra como el carbón y cuajado de cicatrices que responde al nombre de Silko —explicó el caravanero—. Jamás regatea: pide un precio, que supongo que le ha dado Wasif, y si no aceptas el trato te despide cerrándote las puertas en las narices.

Siguieron preguntándole, pidiéndole que recordase cualquier detalle que les pudiera ser útil, pero los tratos se cerraban en el zaguán que seguía a la puerta principal y, en las pocas ocasiones que Cosroes había estado en el antiguo monasterio, apenas había visto algo más de lo que veían en ese momento.

Finalmente, llegaron a la conclusión que debía tener a su servicio a unos cuarenta guardias en total, que tenía armas de sobra para mantener un pequeño ejército y que, demostrando su poder y su inteligencia, Wasif dejaba crecer la leyenda bajo sus pies.

—Hay quien dice que paga a los beduinos para que cuenten las atrocidades que lleva a cabo —comentó Cosroes.

—Cría fama y échate a dormir —repuso Ciriaco con cinismo.

—¿Y no hay quien le haya plantado cara? —preguntó entonces Guy.

—No, ¿quién iba a hacerlo? —se sorprendió el caldeo—. Esto es tierra de nadie —señaló con un ademán la costa desértica, carcomida por las ciénagas salitrosas que se hundían bajo el nivel del mar—. Y Wasif es avispado. No interfiere con los negocios de esclavos del puerto de Ormuz y se mantiene al margen de las luchas. Trata con cristianos occidentales, con caldeos, con hebreos, con mahometanos y con los tártaros, cuando alguno llega hasta aquí. Además, siempre ofrece los mejores precios.

—Y a nadie con poder le interesa que deje de ser así —terminó Ciriaco, haciéndose cargo de la situación.

A lo lejos, las lanchas con los esclavos ya se habían repartido por diferentes puntos de la costa; algunas fondeaban y otras seguían remando.

—¿Y cómo diantres vamos a entrar ahí? —se preguntó Guy observando la antigua fortaleza.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de sitiarlos? —aventuró Ciriaco.

—Con un ejército de unos cuantos camellos, un chucho, un halcón y cuatro hombres… —contó el gascón con sorna—. No, no lo creo. Incluso si conseguimos engañarlos de buen principio, el embuste caería pronto por su propio peso.

Entonces intervino Laín.

—Llévame hasta allí —le pidió a Cosroes, ignorando las dudas de Ciriaco y el gascón.

Todos lo miraron con asombro.

—¿En qué estás pensando? —Fue el caldeo quien preguntó.

—En que sólo sabremos algo más si logramos colarnos ahí dentro —dijo, apuntando hacia el mazacote de piedra—. Y ahí dentro sólo hay esclavos y guardias. Así que es sencillo —aseguró sorprendiéndolos aún más—. Dudo que nos aceptase si nos ofrecemos como guardias. De modo que sólo hay una solución.

Los otros tres lo miraron entonces fijamente.

—Llévame hasta allí y véndeme como esclavo.

Cuando oyó el repicar de la campana, Silko dejó escapar un gruñido de enfado y tuvo que luchar contra la tentación de ignorar la llamada del deber.

Maldijo por lo bajo, negó sacudiendo la cabeza, se preguntó qué querría el gordo y, sabiendo que no le quedaba otro remedio, se apartó de la muchachita que se debatía bajo su enorme corpulencia.

En cuanto empezó a incorporarse, la joven se escurrió a toda prisa hasta acurrucarse en una esquina de la antigua celda.

—¡Qué pena! —dijo el gigantesco nubio—. Aún no habíamos llegado a lo mejor.

La cría se abrazó las rodillas y se apretó contra el rincón. Entre la maraña de cabellos que le caían por la frente se distinguían dos ojos pardos, enormes y asustados, húmedos por lágrimas de terror. Tenía convulsiones y, de entre sus nalgas, fluía un líquido rojizo que manchaba el suelo de piedra a la luz escasa que entraba por el estrecho ventanuco, apenas una rendija que atravesaba el muro de piedra.

El nubio se puso en pie y se regocijó cuando la muchacha miró con horror el miembro desmesurado que ahora, desbaratada la emoción, colgaba entre sus piernas.

—No te enfríes, pequeña —le dijo con una sonrisa en la que brillaron dos filas de dientes blanquísimos y bien formados—, volveré pronto.

La muchacha se encogió aún más y pegó el rostro aterrorizado a la pared.

Atándose el turbante a toda prisa, vestido sólo con unas calzas de lino que sujetó en los tobillos con polainas, Silko salió de la habitación, cerró con la pesada llave y echó a andar. Mientras caminaba, iba también arreglándose el cinturón y colocando los tahalíes de las dos pesadas cimitarras que siempre llevaba consigo.

Resonó entonces el agudo tintineo de la campana y, sin darse cuenta de ello, el nubio apretó el paso. Sus sandalias de cuero repicaron con cada pisada en el inmenso vacío de la nave central. Y Silko se internó en aquel laberinto de piedra.

A lo largo de los años aquel lugar había pasado por muchas manos. Con un sentido u otro, se habían hecho reformas que habían ido cambiando su aspecto y su utilidad. Y todas aquellas iniciativas habían terminado por dejar un batiburrillo de tabiques hechos de piedra, maderos de barcos o simples tapices que convertían el interior en un auténtico dédalo en el que, a la antigua celda de uno de los monjes desaparecidos, le seguía una armería, y después un socavón que se abría hasta los cimientos del edificio, empantanados por un lodo salino que se filtraba a conveniencia de las mareas, inundaciones de las que ni siquiera se salvaba el profundísimo pozo que alimentaba el lugar y que, de tanto en tanto, quedaba contaminado por el salitre, arruinando el suministro de agua dulce por una larga temporada. Deficiencia que obligaba a los hombres a almacenar grandes tinas que se ocupaban de llenar con baldes del mismo pozo cuando el agua era potable.

Las desconfianzas de Wasif habían convertido la plaza en un auténtico laberinto. Había puertas que se abrían a boquetes tapiados y columnas tras las que se había practicado un pasadizo. Los esclavos habían cavado túneles entre los pozos bajo la fortaleza. Incluso había un par de trampillas disimuladas que podían hacer caer a

algún desprevenido, y una trampa de contrapeso antes de la subida a la torre. Y podía ser que hubiera más de las que Silko no tuviera idea, porque Wasif no se fiaba ni de sus hombres. Probablemente el único capaz de moverse por todos aquellos lugares completamente a salvo era la rata de Melik. El nubio y los demás guardias se limitaban a usar rutas conocidas, pero el caos era tal que, como siempre le sucedía cuando iba distraído, Silko tropezó con unos escombros.

Se golpeó los dedos del pie y acabó trastabillando a la pata coja mientras maldecía en las pocas palabras que recordaba de su propio idioma, que no había vuelto a oír desde que lo capturaran en su poblado y se lo llevaran al mercado esclavista de Ormuz.

Había dado unos cuantos tumbos el nubio, pero, tras muchos sufrimientos, había logrado por fin una situación ventajosa. En la fortaleza de Wasif era el jefe, el lugarteniente del eunuco. Disfrutaba de poder, de respeto, de un buen surtido de muchachas que podía elegir entre las esclavas y, pese al yermo entorno, Silko sentía que había logrado algo. Sólo había un inconveniente, el propio Wasif, al que incluso el gigantesco nubio temía.

Sorteó la esquina en la que un portón de hierro guardaba el falso tesoro que Wasif había dejado allí años atrás, para saciar las ansias de cualquiera que asaltase la fortaleza antes de que siguiera buscando por las entrañas del lugar. Y se aproximó al recoveco que daba acceso a las escaleras que servían de única entrada a las estancias del eunuco, bien disimuladas por unas piedras colocadas estratégicamente y un viejo tapiz ruinoso que, en tiempos, había mostrado coloridas escenas del culto caldeo.

Cuando traspasó el umbral, lo encontró comiendo, como siempre.

La estancia dominaba todo un piso de la torre que mejor se conservaba de entre las que habían erigido la antigua fortaleza. Estaba abarrotada de cuanto al eunuco se le pudiera antojar o desear, porque Wasif se había convertido en un grotesco ermitaño que apenas salía de sus aposentos, entre otros motivos, porque renegaba de sus semejantes y porque sentía un odio cerval por casi cualquiera que no fuera él mismo, quizá con la excepción del pequeño Melik; pero también porque su obesidad era tal que el mero hecho de dar un paso le suponía un esfuerzo enorme y, para hacerlo, debía ayudarse de dos gruesos bastones tallados con filigranas en carísima madera de ébano.

Gracias a la altura y a la ventilación de las troneras que en tiempos habrían usado los arqueros al mando del gran Alejandro, la pieza era la más fresca de todo el edificio. Sin embargo, resultaba opresiva. Había cofres y arcones, sacos, atados, corachas, alforjas. Bolsas de gamuza de escroto llenas de perlas, tinajas rebosantes de especias, delicadas alfombras lo cubrían todo, y había tantas que algunas permanecían enrolladas y desperdigadas como ramas caídas en el suelo del bosque. Tapices, plata, oro, jarras con vino, bandejas con comida que se hacía traer en las caravanas y también pescado del que se encargaban sus hombres. La profusión de colores y formas, el revoltijo de cosas y la inmensa presencia del eunuco provocaban

que toda aquella fortuna respirase desasosiego.

Un niñito al que le faltaban tres dedos de la mano derecha, hijo de alguna de las esclavas y fruto de la violación de algún guardia, manejaba con nerviosa torpeza un pesado abanico de plumas de avestruz. Intentaba ventilar la habitación, en la que, pese a los caros inciensos, siempre se percibía el dejo rancio del sudor que chorreaba del obeso a todas horas. Incluso había, encadenadas y sujetas por un cáncamo prendido en la pared, dos esclavas que estaban allí para untar de aceite el cuerpo inflado y evitar las llagas a las que era propenso.

Y aun a pesar de que era incapaz de beneficiarse del amor carnal, las mujeres eran bellas, porque le gustaba contemplarlas y relamerse, como si mirase uno de los múltiples banquetes que engullía cada día. A una de ellas le faltaba el pulgar de la mano derecha, a la otra los dos meñiques de ambos pies. En sus rostros se veía la mezcla de miedo y asco que despertaba en ellas su señor, al que no se atrevían más que a mirar de soslayo.

En el centro, dominándolo todo como un rey en el salón del trono, estaba el eunuco Wasif.

Comiendo.

Aunque Silko no guardaba muchos recuerdos de su niñez en Nubia, sí tenía presente la imagen de un viejo de la tribu al que habían matado un enjambre de abejas enfurecidas cuando había intentado saquear sus panales. Esa misma sensación, de mirar a un cuerpo deformado por bultos inflamados y a punto de estallar, era la que le producía el eunuco Wasif. Sin duda alguna, la aberración más grande con la que el nubio se había encontrado jamás.

Apoltronado en su grotesca humanidad, entre gigantescos cojines de plumón, acaparaba un desproporcionado triclinio hecho con las cuadernas de un naufragio. Por toda ropa, llevaba una túnica que hubiera servido para jaima de una familia beduina. La tela, del mejor algodón indio, estaba teñida con púrpura de Tiro y, rellena por aquel corpachón, tenía el aspecto de una gorda berenjena persa. Por la abertura del cuello surgían las carnes abultadas del grueso pescuezo, que sostenía una cabeza desproporcionadamente pequeña en la que, desde el primer vistazo, se percibían las anormalidades. Uno de los ijares había sido fracturado muchos años antes y la mejilla se hundía de forma grosera, algo que también pasaba con la sien derecha, ahuecada y cubierta por una cicatriz áspera que desvirtuaba la línea de crecimiento del cabello. Entre toda aquella masa de abultadas arrugas, brillantes por la eterna y abundante transpiración, destacaban dos ojillos porcinos, tan oscuros como el ébano de los bastones que tenía a su alcance.

Con grandes ademanes, Wasif engullía codornices estofadas con dátiles a una velocidad asombrosa, mientras se relamía y soltaba portentosos eructos y estruendosos cuescos. La bandeja era tan grande como para albergar un ternero asado y, si lo hubiera hecho, no hubiese sido la primera vez, porque cuando estaba especialmente contento, el eunuco pedía en sus cocinas que preparasen su plato favorito: el capricho del *sha*.

La leyenda decía que los soberanos persas hacían gala de aquella pantagruélica exquisitez cuando organizaban las grandes bacanales que los habían condenado a ojos de los *mullahs* islámicos. Un huevo se introducía en un pajarillo, éste en un pollo, el pollo dentro de un faisán, el faisán en un cordero, el cordero en una cabra, la cabra en un venado, el venado en un ternero y el ternero dentro de un camello. Toda la mezcla se untaba con manteca, se albardaba, se especiaba y se asaba a fuego lento durante varios días en un enorme pozo excavado en el suelo. El auténtico acierto de los cocineros del *sha* del Imperio persa se lograba cuando el huevo en el interior de todas las carnes quedaba justo en su punto, con la yema aún líquida y untuosa, al capricho del monarca. En la excentricidad de aquellos tiempos pasados, se suponía que el soberano tan sólo comía el huevo y que el resto de carnes se utilizaban únicamente para darle un sabor incomparable. Sin embargo, a Wasif le encantaba comer trozos de cada una de las piezas y regodearse en la abundancia.

Además de no separarse de la bandeja de codornices, también al alcance de su mano derecha había una mesilla labrada con arabescos y hecha con rojiza madera de cedro; en ella, enrollado como una víbora a la espera de un cuitado sobre el que saltar

para hincar su veneno, descansaba un poderoso látigo de piel de camello.

—¿Llamabas? —preguntó Silko, solícito, evitando mirar fijamente cómo el obeso engullía una codorniz con la misma ansia de un marrajo despedazando vísceras.

Wasif tragó entre ruidos grotescos. Se chupó los dedos grasientos y, tras inspeccionar satisfecho la bandeja, donde todavía quedaban otra media docena de aves, habló:

—¿Cuál es el recuento de ayer?

Sin perder tiempo, Silko pasó a relatar los pormenores de la pesca del día anterior, sabiendo que los resultados mantendrían al eunuco de buen humor, lo que siempre redundaba en la salud de todos, porque nadie estaba a salvo de la crueldad de Wasif, como daba fe la red de cicatrices que cosían la espalda del nubio. Todo por culpa del dichoso látigo, arma que el eunuco usaba con una habilidad endemoniada y que le daba un alcance que suplía su falta de movilidad.

Confiando en regresar pronto junto a la esclava que había dejado en su alcoba, Silko hablaba de corrido, pero se calló de pronto cuando vio aparecer, emergiendo de un hueco en las grietas de la pared, al correveidile del eunuco.

Aquel ser despreciable, aquella rata escasamente humana era los ojos y los oídos de Wasif. Se trataba de Melik, un enano maltrecho, con un cráneo enorme, brazos arqueados y una cadera retorcida que arrastraba de un lado a otro de la fortaleza. Un ser deforme con una lealtad inquebrantable, porque nadie jamás le había mostrado comprensión o afecto, a excepción del propio Wasif, que lo mimaba como a un niño caprichoso. Le regalaba alhajas y perlas que el enano atesoraba en los rincones más secretos de la fortaleza. Le permitía comer cualquiera de los exquisitos manjares que se hacía traer. E incluso lo acariciaba de tanto en tanto, como si fuera un perro afectuoso.

Y Melik lo observaba todo, lo tasaba todo, lo escuchaba todo y, lo que era más peligroso, se lo chivaba todo al eunuco.

Ésa era una de las razones por las que un ser que apenas podía moverse continuaba ejerciendo su implacable tiranía sobre todos los hombres del lugar. La otra, el simple hecho de que los guardias eran perros dispuestos a matarse entre ellos si la paga era buena. Así que nadie se atrevía a disputarle el liderazgo a Wasif.

En el tiempo que llevaba en aquella fortaleza, Silko había tenido ocasión de ver a hombres morir enloquecidos de sed, atados a una roca o simplemente enterrados hasta el cuello en alguna duna. A otros los había visto padecer el tormento de ser prendidos justo en la línea de pleamar, con el cuerpo lleno de cortes que atraerían a los cangrejos para que se los comieran poco a poco. Últimamente, el eunuco solía ordenar que los sospechosos de traición o los esclavos remolones fueran arrojados como pasto de tiburones.

Evitando un escalofrío que le reptó por el espinazo, el nubio intentó mantener la compostura mientras veía como la masa informe de Melik trepaba trabajosamente al triclinio y se afanaba entre los cojines para acercarse, como una sanguijuela, al

hombro enorme y redondo del eunuco.

Wasif escuchó, sin desaprovechar la oportunidad de engullir otra codorniz mientras le prestaba atención. Inmediatamente el rostro del eunuco se transformó en la peor pesadilla que un niño pudiera imaginar acechando en la oscuridad, y Silko clavó los ojos en la mano derecha de su señor, esperando el momento en que los dedos gruesos como maromas se hicieran con el látigo. Mentalmente, el nubio repasó todas las acciones de sus últimos días, temiendo haber hecho algo que hubiera podido enfadar al eunuco. No cayó en nada susceptible de despertar su ira, pero no por eso dejó de apretar las nalgas y tensar las corvas, porque había probado demasiadas veces el cuero de aquel condenado látigo como para olvidarse del terrible dolor que le aguardaba.

—Una barca se aproxima —anunció finalmente Wasif dando palmaditas en el cogote del enano.

El tono no daba lugar a dudas, y la noticia, de por sí, tampoco. Los guardias tenían orden de aguantar en la mar hasta la tarde, incluso aunque se hubieran topado con la perla más maravillosa de todos los tiempos. De modo que el regreso de uno de los lanchones sólo podía significar problemas.

—Ve a ver qué ha sucedido y vuelve de inmediato, ya sabes qué hacer.

Y Silko sabía que, casi con toda seguridad, esa noche servirían la cena a los marrajos.

ESTROFA

XII

EL LÁTIGO Y LA PLUMA

«… si se retiraba al desierto, ofendería a Dios,
pues abandonaría a cuantos vasallos y gentes vivían
en su reino […] habría desórdenes y guerras civiles…».

El conde Lucanor, don Juan Manuel

Con un reniego de disgusto, Silko comprobó que la rata de Melik tenía razón.

Se acercaba uno de los lanchones. Forzando la vista bajo el sol de justicia, el nubio podía distinguir la proa, el vaivén de los remos, la vela auxiliar y a un hombre que agitaba los brazos.

—¡Por todo el marfil de Kush! —se le escapó en un susurro.

Apenas había pasado el mediodía, llegaba con muchas horas de adelanto y Silko lamentó reconocer a Karim apoyado en la roda y haciendo la señal convenida. El nubio no era dado a los afectos, nadie allí lo era; sin embargo, había acabado tomando cierto apego a sus hombres y no le cabía duda de que, fuera cual fuese la excusa para el pronto regreso, Karim y los otros tres guardias de la barcaza morirían. Wasif no titubearía.

Silko se ajustó el turbante, que empezaba a resbalar por culpa del sudor, y pateó un montículo de arena que el capricho del viento había dejado en las piedras del embarcadero.

Con él estaban Fadil, un ispahaní descastado que todavía llevaba en la nariz el anillo que delataba su pasado como esclavo, y también Samuel, un hebreo armenio que había huido de su país y de su tribu, y ninguno de los dos dijo una sola palabra, pero compartían el mismo humor sombrío del nubio.

Sobre los tres planeaba la misma pregunta, porque ninguno podía entender cómo Karim se había atrevido a desobedecer las órdenes del eunuco. Aunque murieran todos los esclavos, aunque encontrasen la mayor de las perlas, incluso si por pura casualidad abordaban la nao de la mismísima reina de Saba y se hacían con todos sus tesoros, las barcazas no debían regresar hasta la hora a la que se hubiera hecho la llamada a la oración de la tarde; y todo pese a que allí había pocos devotos que hubieran respondido al *ikindi*, porque en aquel rincón perdido de la costa del estrecho los que no habían perdido la fe habían renunciado a ella.

No fue hasta que faltaban unos cincuenta codos para que la chalana atracase que Silko se dio cuenta de que algo no iba bien.

Los remos se movían. Seguía viendo cómo Karim agitaba los brazos. Sin embargo, no distinguía a los otros guardias que debían estar a bordo y tampoco se oían los habituales saludos y bromas que siempre se lanzaban unos a otros en momentos como aquél.

Desconfiado por obligación, el nubio bajó las manos hasta las empuñaduras de sus cimitarras gemelas. Pero ya era demasiado tarde.

En la proa del lanchón asomó un joven que se puso en pie con rapidez y, asombrosamente, se llevó los dedos a los labios para emitir un largo silbido. Junto a él, un hombre corpulento apareció a espaldas de Karim, como si hubiera estado agachado tras él y, con un rápido empellón, atravesó el pecho del guardia de la fortaleza con una espada. A la vez que el hierro salió entre las costillas del pobre Karim, muchos más aparecieron por la borda; algunos eran esclavos a los que Silko conocía; otros, desconocidos armados a los que no había visto en la vida. Aunque aún

faltaban más de veinte codos, alguno de ellos se tiró por la borda para echarse a nadar rumbo al atracadero.

En un parpadeo, el nubio se dio cuenta de que no saldrían con bien del ataque. Necesitaban al resto de guardias en la fortaleza, y lo mejor era que se atrincherasen.

Iba a ordenarlo con un grito, ya con las cimitarras desenfundadas, cuando aquel joven de la lancha braceó moviendo algo que parecía una honda y empezó a gritar en un idioma que no conocía.

—¡Va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!

Casi al mismo tiempo, a su lado, Fadil cayó desplomado después de que una piedra le hubiera saltado la ceja con un crujido.

Ni tan siquiera había sido capaz de volverse cuando una sombra cayó sobre él como una centella y, de pronto, Silko sintió un lacerante dolor en el rostro. No vio otra cosa que un remolino ante sus ojos. El golpe fue tal que tuvo que dar un paso atrás, incluso pese a su corpulencia. Y antes de poder siquiera acercar las manos a su cara, donde uno de los globos oculares ya había reventado, derramando sus humores sobre la mejilla de piel negra, notó el inconfundible frío del metal que le atravesaba las entrañas.

—¡Aprisa! Que no se escape ese malnacido —gritó Guy mientras sacaba su espada de las tripas del nubio y, con la otra mano, señalaba al guardia que corría como alma que llevase el diablo hacia la fortaleza.

El pequeño Cosroes salió tras él a todo correr con una gumía lista. Ciriaco ya organizaba el desembarco del resto de los hombres, ladrando órdenes de que ocupasen rápidamente la entrada a la fortaleza, donde aún se veían los portones abiertos. Y no sólo los que habían venido en la caravana de Cosroes, sino incluso los esclavos, malnutridos y físicamente derrotados por el cautiverio, se lanzaron tras el caldeo hacia el antiguo monasterio. Los primeros, ansiosos por la recompensa ofrecida; los segundos, movidos por la venganza.

Se le escapaba la vida por el tajo que Guy había abierto en sus entrañas. Aun así, el nubio oyó los chapoteos y las pisadas, pero no vio nada. Pegado a su rostro, cegándolo, seguía aquel amasijo de plumas y garras insaciables que le desbarataban la carne. Lo último que fue capaz de vislumbrar fue un aleteo que barrió los humores derramados en su carrillo.

En tanto el nubio espiraba su último aliento, Laín recogía a la hembra de halcón en su mano izquierda, vestida con el recio guante de cuero. En la derecha sostenía una espada y al cinto pendía la daga que le había regalado el gascón; la honda con la que había acertado a golpear a uno de los guardias la llevaba al cinto.

—No, es una locura —había dicho Ciriaco tras oír al muchacho ofrecerse a ser vendido como esclavo.

Guy, sin embargo, lo había meditado por un momento, mientras el mercader de reliquias lo miraba lleno de apremio, instándolo a rechazar la idea de inmediato.

Y el gascón había tenido que luchar consigo mismo. Porque, pese a que le doliese

reconocerlo, le parecía una gran ocurrencia. Antes de llegar a Venecia le hubiera dicho al muchacho que adelante, que podían intentarlo. Sin embargo, después de lo sucedido en el almacén de los Polo, ya no estaba tan seguro de que le diera igual lo que le sucediese al rapaz.

—Pueden matarlo —había dicho Ciriaco.

—Es el mejor modo —había insistido Laín.

Entonces había intervenido Cosroes, moviendo su nariz como un topo buscando lombrices.

—Yo tengo un conocido en Dammam que se dedica a la pesca —había dicho con aires enigmáticos.

—Y yo una tía en Cuenca —le había repuesto Ciriaco de mala leche, sin apartar la mirada de la expresión dubitativa que cuajaba el rostro de Guy.

—Lo digo porque una barca podría venirnos bien —sugirió el caldeo con el tono meloso de una amante.

Y por una vez fue el gascón el que se encargó de los negocios, porque después de dirigir un gesto tranquilizador a Ciriaco, habló primero a Laín y luego a Cosroes.

—No, no te venderemos como esclavo. Hay demasiadas cosas que pueden salir mal, y ni siquiera sabemos aún si merecería la pena —dijo, sin querer mencionar explícitamente que no tenían la certeza de que don Rodrigo siguiera vivo—. Y tú —añadió volviéndose hacia el caldeo—, ya sé lo que pretendes, y no es una idea mucho mejor, pero es lo único que tenemos. Pero no vas a hacerlo gratis. —Cosroes fingió malamente sorpresa o indignación—. No me vengas con ésas…

Ciriaco los interrumpió en ese momento.

—¿De qué estáis hablando?

Guy lo miró con su único ojo y se explicó:

—No podíamos saberlo hasta llegar aquí. Pero es evidente que todo este tinglado que tiene montado el eunuco está muy bien pensado para controlar a los esclavos. Sin embargo, confía demasiado en que el terreno, el lugar y la fortaleza lo protegerán de un ataque. Y tiene razón, le basta encerrarse a cal y canto para que no quede otra solución que el asedio, lo que sería una locura en un lugar como éste.

—En eso llevas toda la razón —intervino Ciriaco.

—Lo sé, sin embargo, su solución es buena —dijo Guy señalando al caldeo—. Si consiguiéramos una lancha podríamos abordar una de las suyas en el mar y regresar a la fortaleza como si fuéramos uno de ellos —continuó—. Si el primer asalto sale bien, luego no tenemos más que esperar a que las barcazas vayan regresando. —Hizo un gesto como si barriese las migas de una mesa hasta su regazo—. De ese modo, en el primer envite estaríamos más o menos a la par en número de hombres y, para los siguientes, tendríamos superioridad.

—¿Pero cómo diantres piensas encontrar una de sus barcazas para abordarla? —inquirió Ciriaco.

—No será fácil, pero esto es un estrecho, la otra orilla es el Beluchistán y, si lo

que hemos oído es cierto, no puede estar a más de cincuenta leguas —razonó Guy—. Y ellos —añadió refiriéndose a la flota del eunuco—, por lo que sabemos, van y vuelven en la jornada, no cubren grandes distancias. Puede que tardemos unos cuantos días, pero antes o después nos toparemos con uno de los lanchones.

El mercader de reliquias se quedó pensativo y Laín, emocionado, intervino.

—Puede funcionar —dijo exaltado.

—Sí, claro que puede —reconoció Guy—, pero este avaro quiere más…

Entonces Ciriaco se hizo cargo.

—Accediste a venir a cambio de la mitad de los aljofares que tuviera Wasif, ése era el trato. La mitad —aseguró tajante.

Y Cosroes adujo que tendrían que alargar el viaje hasta Dammam, que sería necesario pagar por el alquiler del barco de sus amigos, que el asunto podía dilatarse. Y, lo que era más importante, ya que no todos podrían ir en la barca alquilada y, además, llevar todos sus pertrechos y animales, habría que montar un campamento donde harían guardia parte de los hombres.

—Y habrá que pagarles bien —había dicho—. Si no lo hacemos, podría ser que nos dejasen en la estacada.

Finalmente, acordaron que Cosroes se podría llevar dos tercios de cuanto contuvieran los almacenes de Wasif y, tres semanas después de haberse dado la mano, el pequeño caldeo remataba al carcelero al que Laín había abatido rebanándole el pescuezo con su gumía.

En tanto, la refriega se concentraba en el umbral de los portones de la fortaleza, donde otros guardias habían aparecido y la lucha se recrudecía.

Pero en la cara ratonil del caldeo apareció pronto una sonrisa codiciosa. Parecía que tenían todas las de ganar.

Por un lado, el plan había salido a la perfección. Según caía la tarde, los lanchones del eunuco se fueron acercando uno a uno.

Se aprovecharon de uno de los guardias, al que Guy convenció con sus mejores mañas, y fueron emboscando a cada una de las barcazas sin que se presentase el más mínimo inconveniente. Ni siquiera tuvieron la mala fortuna de que dos de ellas arribasen a un tiempo. Además, gracias a los esclavos, que conocían buena parte de la fortaleza, habían conseguido rescatar a unos cuantos cautivos más que estaban en las mazmorras. Y, si bien era innegable que el estado de cualquiera de ellos era, como poco, lamentable, ahora, unidos a los de Cosroes, su fuerza constaba de casi cincuenta hombres, más que suficientes para dominar la fortaleza.

Como remate, ahora que ya caía la noche y gracias de nuevo a las poco sutiles habilidades de Guy para los interrogatorios, sabían que en el antiguo monasterio tan sólo quedaban dos enemigos. Tras un recuento de los guardias muertos y apresados, únicamente se habían escapado el propio Wasif y un tal Melik, que no debía ser gran

cosa. Y, según sus conjeturas, estarían escondidos en algún recóndito recoveco del caos de piedra que era el interior de aquel lugar.

La situación estaba bajo control. Tanto Ciriaco como Cosroes habían partido a lomos de sendos caballos de los establos de la fortaleza para reunirse con los demás y guiar a la recua de camellos hasta allí. Vendrían además el cuervo y Lume, que, muy a disgusto, había obedecido a Laín cuando se había embarcado en Dammam. El perro se había quedado con el retén de hombres que viajaría al norte siguiendo la línea de la costa hasta montar un campamento a tiro de piedra del antiguo monasterio.

Incluso habían descubierto los tesoros de Wasif. Primero en una de las salas, cerrada a cal y canto. Habían tenido que abrirla usando la basa de una columna como ariete, y allí había encontrado Cosroes un magro botín consistente en un cofre con perlas y otro con abundantes monedas de distintas procedencias. Rápidamente, habían deducido que debía tratarse de una engañifa. Y, después de seguir con el registro durante un buen rato, habían hallado un paso disimulado por un roído tapiz: un retorcido pasadizo por el que subieron a lo que quedaba de una de las torres. Allí se dieron de bruces con una habitación llena de lujos en la que todavía ardía incienso en un platillo. El eunuco se les había escapado, pero Cosroes estaba feliz como un chicuelo con zapatos nuevos, porque tenía cuanto había venido a buscar, probablemente más de lo que podrían cargar todos los camellos de su partida.

Por otro lado, desafortunadamente, no había señales de don Rodrigo.

Sus preguntas no estaban ayudando mucho, porque los pocos esclavos con los que fueron capaces de entenderse en cualquiera de las lenguas que manejaban entre todos sólo supieron explicarles que apenas se veían unos a otros, y que, salvo los que compartían la misma barcaza, rara vez se cruzaban.

Enseguida comprendieron que el aislamiento de las tripulaciones de cada lanchón era una ingeniosa solución del eunuco para evitar que los esclavos unieran fuerzas para organizar una rebelión. Aunque eso no les sirvió de consuelo.

Afuera ya empezaba a disponerse una gran fiesta en la que pensaba derrocharse la comida de las despensas del eunuco. Se preparaban hogueras aprovechando los quemaderos para la brea, se oían cánticos y, a excepción de los que eran mahometanos piadosos, todos habían empezado a beber el vino que habían encontrado. Además, para disgusto de Ciriaco, al que tan sólo habían permitido quedarse con un puñado de las más grandes y mejores perlas, el resto del tercio que les correspondía después del cobro de Cosroes lo habían repartido entre los esclavos. Ni Guy ni Laín habían querido quedarse con nada. Lo que ansiaban era averiguar qué había sido del señor de San Paio.

—Tendremos que preguntar a los guardias que hemos apresado —dijo entonces el gascón con un gruñido.

Y eso sirvió para avivar el aliento de Laín, porque tenían al menos a dos docenas de hombres maniatados, sentados en una fila junto a los amarraderos. La mayoría, tipos hoscos y renegados, pues hacía falta no tener nada que perder para acabar allí.

Casi todos aparecían cabizbajos, resignados, como si supieran que la crueldad que habían dispensado a lo largo de los años los había alcanzado. Había armenios, beluchistaníes, persas e incluso un indio. Y casi todos tenían alguna herida o un ojo a la funerala.

Decididos, Guy y el joven gallego se encaminaron hacia ellos.

Estaban preparados para asumir la muerte de don Rodrigo, pero lo que descubrieron los dejó epatados.

—No puede ser —protestó el gascón.

—Lo juro por lo más sagrado.

Guy sopesó la respuesta y temió que el guardia, un afgano de ojos asustados, les estuviera dando falsas esperanzas para evitarse una paliza. Tenía en la nariz la marca de haber llevado el anillo de los esclavos y nada sabían de la truculenta historia que explicaría más tarde sobre cómo había acabado con sus huesos en aquel lugar maldito. Era fornido, con un rostro de niño en un cuerpo de hombre. Tenía los labios hinchados y partidos, además de un buen rasguño en el hombro.

—Cuéntamelo otra vez.

El otro, sólo unos años mayor que Laín, dejó escapar un barboteo rápido y repitió, casi palabra por palabra, lo que ya había dicho.

—¡Fugados! Es increíble, fugados —dijo Guy, aún incrédulo después de oírlo por segunda vez.

—Eso es, fugados —confirmó—. Encontramos la lancha al otro lado del estrecho, a dos parasangas al sur de Beh Ardasher, y tuvimos que remolcarla hasta aquí. —Se apresuró a concluir, locuaz, el afgano, que, sin duda, había visto a Guy manejarse con sus compañeros y estaba más que deseoso de evitar el mismo tratamiento a base de golpes—. Allah, el único, el inefable, guía mis palabras, efendi. Ni rastro de los esclavos, ni rastro de los otros guardias. Tienes mi palabra, por todas las huríes del paraíso anunciado, por nuestro bendecido profeta Mahoma. No había nadie allí. Y no pudieron ahogarse —aclaró, atragantándose con las palabras—: los remos, la vela, todo estaba en su lugar. Y la chalana, en perfecto estado. —Los miraba con la misma devoción con la que debía contemplar la mihrab cuando oraba y la verdad que sintieron en él les hizo creerlo—. No naufragaron, estoy seguro, atracaron en un playón. Ésa es la verdad, tan cierto como las azoras del Corán.

Con una belleza macabra, punteada por moscardones que ya rondaban los cadáveres, el sol pintaba de rojo sangre el horizonte. Y, bajo el ocaso, el desierto quedaba coloreado de forma ominosa. Mientras, la fiesta empezaba a degenerar con cánticos, risas y algarabía. Para entonces, quedó claro que la noche llegaría antes de que Cosroes y Ciriaco consiguieran regresar.

Pero en aquel momento, tanto Guy como el huérfano tenían asuntos más apremiantes que atender y no le dieron importancia al retraso.

—Quizás el eunuco sepa algo más —aventuró Laín.

—Puede —reconoció Guy dubitativo—, pero habrá que encontrarlo primero.

Dejaron a los guardias maniatados, sin preocuparse por si algún esclavo decidía tomarse la justicia por su mano, y regresaron a la fortaleza.

Pasaron junto al gentío alborotado que bebía, comía y bailaba entre hogueras en las que ardían los mejores muebles de Wasif y buena parte de los maderos de la fortaleza. Escucharon de refilón que algunos esclavos ya se organizaban para hacerse con una lancha en la que viajar hasta Mascate, desde donde pretendían regresar a sus hogares en algún punto en el golfo de Omán.

—Quizá no exista. A lo mejor murió hace tiempo y el nubio ha seguido con el negocio —sugirió Laín—. Nadie lo ha visto en años.

El gascón sopesó la idea.

—No creo —negó después de un rato—, algo como esto sólo puede seguir adelante gracias al odio y al miedo que inspira un tirano —repuso mientras se acercaban al enorme umbral del antiguo monasterio—. De todos modos, puede que no importe, ya sabemos cuanto necesitamos saber. Tenemos que ir al otro lado del estrecho —concluyó, echando el pulgar hacia sus espaldas y señalando el brazo de mar que los separaba del Beluchistán y leguas de tierras extrañas.

Siguieron caminando en silencio y atravesaron el revoltijo de piedras sembradas en el zaguán de la entrada, dejando atrás la bulla de la fiesta.

—¿Crees que lo encontraremos?

Sus pasos resonaban entre los ecos del enorme edificio, ahora desierto. Guy miró de reojo al joven y trató de animarlo.

—Seguro que sí —dijo animoso—. Si don Rodrigo ha sido capaz de salir de este infierno, lo más probable es que siga vivo.

El caos del interior de la nave se había incrementado con la lucha y el registro ansioso de Cosroes, de modo que iban sorteando los obstáculos y seguían caminando en la penumbra, ambos taciturnos.

Cuando ya no tenían más espacio para avanzar, enfrentados a un viejo derrumbe, tomaron asiento en unos escombros. Laín aprovechó para dejar a Landra en una percha improvisada con un tablero y sacarse el guante de la mano izquierda, recocida y sudada por culpa del calor que proporcionaba el cuero. La prima aleteó un par de veces y chilló satisfecha en su asiento antes de empezar a acicalarse las plumas con diligencia. El huérfano, recordando lo bien que se había portado, acarició suavemente el cogote de la rapaz, justo como a ella le gustaba.

Con un suspiro, Guy se echó hacia atrás y apoyó la espalda en la pared, cubierta por los andrajos de un viejo tapiz en el que se veían símbolos caldeos. Quizás había sido parte importante de algún ritual de aquellos cristianos perdidos en tierras que devoraba el Islam. Había cruces de brazos iguales, no tan distintas a los símbolos templarios; areolas desvaídas de colores dorados y restos más oscuros que parecían trazar las penalidades de un viacrucis. Raído, era el hogar de generaciones de polillas que se habían alimentado con sus carnes de hilo.

—Me estoy haciendo viejo para esto, chico —dijo con aire cansado,

masajeándose la pierna, en la que había recibido un golpe durante las refriegas del día.

Laín atendía a la prima, que se dejaba hacer encantada. Pero oyó que el gascón hablaba a sus espaldas y sonrió. Era un hombre rudo, hosco, poco dado a las muestras de cariño y con escasa habilidad para conversar, y aun así era lo más cercano a un padre que jamás había tenido.

—Pues más vale que te cures pronto, porque aún tenemos mucho que hacer —respondió sin volverse—. Debemos cruzar el estrecho y seguir pateando.

Por toda respuesta escuchó un gruñido, como tantas otras veces. Por desgracia, no se volvió hasta que fue demasiado tarde.

Los restos del tapiz se movían frenéticos, las escenas del viacrucis cobraban vida de un modo grotesco. Los brazos de Guy forcejeaban con un bulto informe que se debatía. Los viejos puntos del tejido saltaban con el ruido de remiendos al desgarrarse. Sus piernas intentaban hacer fuerza, pero las botas del gascón resbalaban en la arena que cubría las losas del suelo.

Laín reaccionó tan rápido como pudo. En un parpadeo estaba en posición y el puño encerraba su daga. Pero cuando asestó la primera de las puñaladas al bulto entre los pliegues del tapiz, ya no encontró más resistencia que la de la propia urdimbre. Llevado por la furia, a horcajadas sobre el gascón, apartó de un tirón aquellos andrajos y vio que escondían un pasadizo. Metió la cabeza por el hueco polvoriento, arrastrando telarañas, y descubrió algo parecido a un niño. Algo grotesco que gateaba a toda prisa, alejándose hacia las entrañas de la fortaleza.

Sin pensarlo dos veces, se alzó sobre las piedras para seguir al asesino y darle caza.

—¡Laín!

Se quedó paralizado. Estaba seguro de que aquélla era la primera vez que lo llamaba por su nombre.

—Laín…

Sonaba casi igual que siempre, con aquel dejo que jamás había sido capaz de perder, aquel tono que delataba su lugar de nacimiento en tierras francas. Hubiera reconocido aquella voz en cualquier parte. La misma que le había gritado que sostuviera la guardia, que no se quejase tras recibir un golpe, que aguantase el dolor, que cumpliera su palabra. Sonaba casi igual, pero más débil.

Laín se dejó caer, se giró. Y al instante vio la mancha roja que se extendía por la pechera de Guy de Tarba.

Las celebraciones continuaban. Aquellos hombres que habían sufrido durante años penurias indecibles estaban ahora eufóricos y nada podía detenerlos. Se dejaban llevar por la efervescente sensación de la libertad reconquistada. Más que cantar, bailar, comer o beber, sobre todo reían. Sus carcajadas se escuchaban por encima del rumor de las olas y del chisporroteo de las hogueras.

Mientras tanto, el cielo empezaba a oscurecerse y la fortaleza se arropaba en las tinieblas. En la fachada danzaban los reflejos dorados que desprendían las llamas de los fuegos. Y entre los grandes bloques de piedra las sombras de los esclavos liberados se deformaban, escurriéndose por las grietas.

Dentro, los ánimos eran muy diferentes.

—¿Guy? —preguntó Laín.

Oyó un sonido sibilante. Y las pequeñas burbujas en los labios de la herida. El punzón afilado había entrado junto a la paletilla y había atravesado el pulmón. Era el trabajo de alguien que sabía lo que hacía. El aguzadísimo hierro se había usado con la fuerza y pericia necesarias para atravesar el sayo, el chaleco y la cota. Y a Laín le entristeció reconocer que el propio Guy le había hablado de cómo los infieles habían aprendido a usar ese tipo de armas contra las protecciones que vestían los caballeros cristianos.

Transido de dolor, el gascón tosió. De entre sus labios salieron despedidas gotas de sangre, y más burbujas atrapadas en el líquido viscoso.

—Aguanta —reaccionó Laín—, voy a…

Intentó recordar lo que Egeria le había enseñado. Se devanó los sesos y negó lo evidente.

—No —repuso Guy sujetándolo débilmente—. Es tarde… No hay nada que hacer, estoy condenado.

Le habló sin emoción. Después de tantos años bregando, sabía la verdad y la aceptaba.

—Quédate conmigo, he de…

Le sacudió un nuevo ataque de tos. La mancha carmesí se extendió hasta su regazo.

—He de hablarte —le dijo Guy.

Laín se acuclilló junto al hombre y le sujetó las manos entre las suyas.

Apagándose como un candil sin aceite, el gascón le reveló el secreto que a tantos había llevado a la tumba. Le explicó cómo llegar al lugar donde Jacques de Lunel, templario de Saint Gilles, había enterrado los maderos de la vera cruz expoliados de Constantinopla.

Después lo obligó a que repitiese, palabra por palabra, cuanto le había confesado.

—¿Satisfecho? Pues déjame marchar a buscar agua y un hierro que poner al rojo, aún podemos…

Guy volvió a interrumpir al muchacho con una orden seca.

—Estoy muerto, no hay nada que puedas hacer —le aseguró sin asomo de duda

—. Pero aún hay algo más…

Incapaz de hacer otra cosa que obedecer, Laín permaneció a su lado.

—Hay algo…

Tosió otra vez.

—Egeria —susurró.

Hasta ese preciso momento, la realidad había eludido a Laín. No había asimilado lo que estaba sucediendo. Sin embargo, al oír aquello, la verdad lo golpeó como un mazo.

Su pecho también se sacudió y, pese a que luchó con todas sus fuerzas, las lágrimas asomaron a sus ojos.

Sin poder evitarlo, aunque se había jurado que no volvería a hacerlo, Laín comenzó a llorar. Mansamente.

Acudieron a él mil recuerdos. Cuando le había enseñado a usar el eslabón y el pedernal. Los nudos de la camisola. La mañana en la que le había dejado usar su propia espada.

El gascón alzó una mano temblorosa y con sus dedos ásperos secó la mejilla de Laín, en la que se escurría una lágrima solitaria.

—Está bien —dijo con aire cansado—. Llevaba mucho tiempo de prestado.

Su voz era un suspiro al final del camino; se oía en ella el alivio de llegar a destino.

La sangre ya le empapaba las perneras. En su rostro ceniciento el color había huido y las cicatrices destacaban. Su único ojo ya no brillaba con la furia de siempre.

Se apagaba. Un poco más cada vez que respiraba.

—Lo harás por mí. Júralo —añadió Guy entre carraspeos—. Debes jurármelo.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Laín. Se las apañó para asentir.

—Tienes mi palabra, sea lo que sea —logró decir.

El gascón buscó la mano de su pupilo y la apretó entre las suyas. El calor de la sangre quedó entre los dedos.

—Has de regresar.

Cada palabra era un suplicio y Guy necesitó un instante para continuar:

—Tienes que volver. A Compostela…

Calló un instante y su único ojo se cerró.

—Egeria, debes verla…

Volvió a quedar en silencio, pero consiguió abrir los párpados.

Laín tragó con dificultad.

—Asegúrate de que esté bien. Que no le falte de nada… Cuídala.

La mano del gascón apretó más fuerte, ansiosa por saber que las últimas palabras eran escuchadas.

—Tranquilo. Lo haré, lo haré —pudo contestar conteniendo un sollozo.

Los dedos se relajaron.

—Y dile…

No le quedaban fuerzas.

—Dile que lo siento. Que me equivoqué —tosió—. Dile que lo siento mucho. Que la amo…

Ya no volvió a hablar.

El silencio los envolvió. Con un último hálito de vida, llevó una de las manos de Laín hasta el pomo de su espada.

El niño al que había ido a buscar junto al crucero de San Paio se quedó a su lado.

Lejanos llegaban los gritos y la diversión de otros. La noche era un crespón negro sobre el desierto. La marea alta lamía las piedras de los atracaderos.

En su pecho tinto de sangre siguió trabajando el fuelle de sus pulmones. Perdía fuerza con cada inspiración.

Laín ya no tenía lágrimas. Sólo pena. Dolor.

Guy apretó la mano sobre la empuñadura de la espada, débilmente, una última vez. Y dejó de respirar.

Laín se quedó donde estaba. Veló a su mentor. Su amigo. Su maestro. Estuvo con él, ignorando los rotos de su alma. Junto al cuerpo sin vida, atesoró recuerdos. Sonrió. Sintió la más honda melancolía.

No lo abandonó hasta que la luna apareció, bien alta, y vertió su luz de plata sobre la costa del mar de Omán.

—Adiós…

No perdió el tiempo. Sorteó a los borrachos e inconscientes, evitó una vomitona que hedía a vinagre y se hizo con dos maderos largos en cuyos extremos enrolló trozos de aquel tapiz, decorado con cruces no tan distintas a las de los templarios. Eran los restos que habían quedado después de preparar la mortaja.

Encontró brea para calafatear en una tina y la aprovechó para finiquitar las dos antorchas. Robó un morral abandonado y lo llenó con cuanto le pareció oportuno. Saqueó a un guardia muerto para hacerse con un cinturón nuevo, del que prendió el tiracol que sujetaba la vaina de la espada de Guy. La única cota de malla era la del gascón y, visto lo visto, tampoco le dio importancia, se la dejó puesta y se recordó a sí mismo que, en cuanto cumpliera con su deber, tendría que darle sepultura.

Taciturno, se vistió con un gambesón que le robó a uno de los muertos.

Alguno de los esclavos liberados le habló, y uno de los guardias maniatados, al verlo, le pidió merced. Pero él no respondió a ninguno.

Cuando se consideró preparado, arrimó una de las antorchas a una de las hogueras y echó a andar hasta el lugar al que hubiera preferido no llegar jamás.

La sangre, aún fresca, se extendía por el suelo, y se distinguían las marcas que delataban por donde lo había arrastrado, pero no se fijó en ellas. Arrimó el hachón al agujero en la pared y observó cómo las llamas oscilaban por la corriente.

Sin darse la oportunidad de recapacitar sobre ello, se dispuso a cazar.

El pasadizo era estrecho, mucho para alguien de la corpulencia de Laín, pero no se arredró y, siguiendo la luz escasa del hachón, avanzó. Se arrastró con los codos y se ayudó empujando con los pies.

No duró mucho. Pronto la angostura se abrió a unos escombros que se amontonaban en una pequeña estancia tapiada. Las piedras del vano de entrada, irregulares y mal dispuestas, eran muy distintas a las originales del monasterio, y le dijeron dos cosas: llevaban tiempo allí, a juzgar por el polvo y las telarañas, y había sido un trabajo apresurado.

Ésa fue la primera de las engañifas con las que se topó. Y le llevó un buen rato darse cuenta de que, de modo similar a como había hecho el tapiz, los propios escombros disimulaban otro paso que descendía en la tierra misma.

Terminó en un pozo en cuyo fondo rezumaba agua salitrosa. Allí, el resplandor de la antorcha le mostró las huellas de un camino trillado. El rastro llevaba hasta una pared excavada en la misma roca que debía servir de cimiento al enorme edificio. Quién sabía cuándo, algún artesano había labrado hábilmente mechinales como los que servían para sostener los andamios en las grandes obras de las catedrales.

Las muescas estaban sobadas, lo supo enseguida; se habían usado como una escalera de mano para trepar pared arriba.

A base de pulso y fuerza, usando sólo una mano y las punteras de las botas, sin soltar el hachón, Laín se aupó hasta el repecho donde terminaba el ascenso y se encontró con un pasillo que, intuyó, estaba a espaldas de las celdas donde Wasif había mantenido a los esclavos en grupos incomunicados.

Allí también había muestras de uso abundante y, gracias a ellas, desconfió.

No se dio cuenta de que, poco después de su paso, también cruzó por la abertura Landra, que, en una muestra de lealtad excepcional, había abandonado su percha y había seguido a Laín hasta las entrañas de la fortaleza.

La luz apenas se filtraba por las grietas entre las grandes piedras y el ambiente estaba cargado de un penetrante olor salino.

Más adelante en la galería, escondido en un hueco desde el que solía espiar a los guardias mientras abusaban de las esclavas, estaba el asesino de Guy de Tarba.

Melik había llevado la más perra de las vidas hasta que había encontrado el amparo del eunuco.

Enano, deforme, cojitranco y pobre como una rata, la desgracia se había cebado en él desde el mismo momento de su nacimiento en los lejanos suburbios de El Cairo, pero junto a Wasif había conocido el poder que otorga el miedo y lo había disfrutado hasta la última gota.

Como bien hubieran podido atestiguar los desdichados que habían terminado en la fortaleza, Melik se había cobrado con creces las burlas, los desplantes y las palizas que había recibido a lo largo de su vida. Había matado, conspirado y torturado por el mero placer de ver sufrir. Especialmente si eran altos, fuertes y bien dotados. Incluso guardias inocentes habían muerto bajo el látigo de Wasif porque el enano había sabido susurrarle las palabras adecuadas. Pero nunca había perdido de vista la realidad, y siempre había tenido la certeza de que más le valía apurarse hasta atragantarse de gloria, porque su fin estaría cerca y sería terrible.

Ese temido fin había llegado, y él estaba dispuesto a morir matando.

Escondido en uno de los muchos recovecos que había ido preparando a lo largo de los años, escuchó las pisadas del joven cristiano. Melik se frotó las manos con ansiedad. Le faltaban unos pocos pasos para llegar a la trampa.

El enano, que conocía aquellas galerías como la palma de su mano, empezó a imaginarlo todo. Le bastaba seguir el compás de los tacones de las botas.

Seis, cinco, cuatro.

Tres pasos más y pisaría la laja suelta que desprendía la cuña. La dovela se soltaría y las piedras caerían sobre su cabeza. Probablemente no lo matarían, pero sería suficiente para que él tuviera tiempo de rajarle el pescuezo con su cuchillo.

Dos, uno.

Se oyó el derrumbe. El suelo retembló. El eco dispersó el sonido de los cascotes y Melik salió como un rayo, impulsándose con los brazos y arrastrando sus inútiles y deformes piernas. Llevaba la hoja entre los dientes y reía como un *djinn* maligno, seguro de que encontraría al cristiano atrapado entre los escombros.

Distinguió la antorcha tirada en el suelo. En su luz parpadeaba el polvo.

Una pila de piedras se asentaba con crujidos, bloqueando buena parte del paso, y Melik se apresuró.

Estaba a punto de alcanzarlas. Ya había cogido el cuchillo con la derecha y usaba

la izquierda para impulsarse, pero una garra lo aferró por los pelos.

Eran dedos fuertes como hierros y el brazo tras ellos lo alzó sin problema. Melik reaccionó rápidamente y utilizó su cuchillo. Cortó carne, no oyó un solo lamento. Enseguida sintió el brutal golpe de un puñetazo que se estrelló en su rostro como una embestida del mismísimo Amón.

—¿Qué clase de engendro eres tú?

Muchas habían sido las tardes que había pasado en el bosque siguiendo a los zorros o a los lobos. Tras el rastro de los tejones para regalarle al viejo Tomás unos mechones con los que atar sus anzuelos para pescar salmones. Y en el bosque había aprendido mucho.

Laín había visto las huellas en la galería, el desvío a un lado, claramente marcado, y de inmediato fue consciente de que había gato encerrado.

Una vez sobre aviso, todo había sido fácil, y había tomado una decisión rápidamente. Usaría la trampa en contra de quien la había ideado.

Le bastó sacrificar la antorcha que había traído de sobra para empujar la losa suelta y luego no había tenido más que esperar a que apareciera el culpable.

—¿Por qué lo mataste? —preguntó Laín.

Melik había perdido su arma con el puñetazo y se debatía como una trucha en el anzuelo, agitándose de un lado a otro.

Lo miró. No con disgusto o repugnancia por la cadera deforme o las piernas terminadas en muñones en los que los dedos de los pies se apelotonaban como las escamas de una piña. Pero sí con odio por lo que había hecho.

—Tú lo asesinaste.

El enano no dijo una sola palabra, pero cejó en sus empeños por liberarse y le escupió. En su rostro grotesco no se veía asomo alguno de arrepentimiento o duda; como mucho, la resignación de quien sabe que el fin que se ha buscado le ha alcanzado.

Aquella expresión taimada fue la que realmente enfureció a Laín.

Del morral, sacó el punzón, manchado aún con la sangre de Guy.

Con la misma fuerza que había empleado al golpearlo poco antes, usó todo su cuerpo para impulsar el hierro afilado y se lo clavó en el mentón al enano.

La aguja entró con un siseo por la carne blanda de la papada, crujió cuando hizo estallar el paladar y atravesó los sesos de Melik como si fueran manteca. Al instante aquel cuerpo diminuto se relajó, vencido, y Laín lo estampó contra la pared, rompiendo buena parte de aquellos huesos deformes.

No le dedicó un solo pensamiento más. Sabía que no era ese triste despojo a quien buscaba. Aquél no era más que el cadáver de un recadero.

Así que se volvió y siguió caminando. En sus manos, en sus ropas, había sangre de media docena de hombres, incluyendo la de quien le había enseñado cuanto sabía.

Hacía mucho tiempo ya que Laín no acudía a plegarias o jaculatorias. No había tenido muchas oportunidades de alimentar su fe. Pero allí mismo, mientras daba el

primer paso de su búsqueda, juró por lo más sagrado que sólo saldría de las entrañas de la fortaleza después de haber dado muerte al eunuco Wasif.

—Te encontraré —susurró entre dientes apretados a aquel lugar infecto.

Siguió el rastro más reciente entre todos los que fue encontrando. Cruzó espacios abiertos. En una ocasión pasó cerca de las manchas de sangre, que le produjeron una honda sensación de pena. Y en otra tuvo que volver a rodear el mismo montón de escombros de la trampa fallida. Al final, perdió la noción del tiempo.

Sin darse un mínimo descanso, vagó durante toda la noche por los intestinos del inmenso edificio en busca de Wasif.

Pero no lo encontró hasta que dejó que el odio se aquietase y la razón empezara a trabajar.

Si lo que había oído era cierto, el eunuco no podía moverse con rapidez, y ni mucho menos sería capaz de utilizar aquellos angostos pasadizos por los que se había movido su deforme recadero.

Volvió a la estancia de la torre, donde aún resplandecían buena parte de los tesoros que pronto vendría Cosroes a buscar, y lo revolvió todo.

Empujó los arcones, apartó las alfombras, movió los cofres y, cuando estaba a punto de desistir, levantó el nido de cojines donde aún podía percibirse el sudor rancio del eunuco. El gigantesco triclinio era pesadísimo, estaba hecho con grandes maderos que debían haber sido las cuadernas de un barco. Sin embargo, al observarlo durante un rato, se percató de que en el suelo había unas marcas que, hasta entonces, no había visto.

Parecía que lo moviesen a menudo. Tentativo, lo empujó con las dos manos y, fácilmente, el mueble se desplazó. Ansioso, Laín se agachó y palpó las muescas, y enseguida percibió el tacto resbaladizo de la grasa.

Empujó con más fuerza y el triclinio se dejó ir con facilidad hasta el lugar donde el ingenio no estaba lubricado, donde se paró con un chirrido.

Allí estaba la trampilla.

Bien disimulada, estaba preparada con un resorte de carraca, como los de las ballestas, pero sin pestillo que la aguantase. Le bastó soltarla de nuevo para que volviera a su posición, arrastrando un contrapeso que, además, devolvió el triclinio a su lugar.

Por un momento consideró la idea de bloquear de algún modo el mecanismo y, simplemente, cerrar para siempre la trampa, dejando allí encerrado a Wasif. Pero las posibilidades de que hubiera otra salida o de que, de alguna manera, el eunuco pudiera abrirla desde el interior, lo animaron a deslizarse por el agujero.

Ya no tenía antorchas, pero el amanecer comenzaba a despuntar e intuyó que era una habitación gemela, el piso inferior de la misma torre, con la misma hilada de estrechas troneras por las que se colaba la misma cantidad de luz mortecina.

Dudó sobre cuál sería el mejor modo de actuar en aquellas circunstancias. Entre la apertura de la trampilla y las escaleras que descendían no veía bien, y no podía saber qué le aguardaba más abajo.

—¡Al demonio! —se dijo a sí mismo con un gruñido, sin percatarse de que sonó parecido a las maldiciones del propio Guy.

Y se descolgó por el hueco.

Eran peldaños amplios. La escalera bajaba con poca pendiente, ceñida a la pared de la torre. Laín supuso que se había construido así para que resultase útil al gordo Wasif.

Un trallazo lo golpeó. Sintió la tarascada cruzándole la espalda. Perdió el equilibrio y cayó rodando, chocando con las piedras y braceando para intentar encontrar algún asidero en el que frenarse.

Cuando lo consiguió, aturdido, intentó ponerse en pie y, antes de poder hacerlo, llegó otra sacudida brutal que le abrasó el torso. Fue entonces cuando lo vio, tan grotesco, obeso y deforme como las peores versiones de Cosroes.

Ayudándose con uno de sus bastones de ébano, en un esfuerzo evidente por aguantar su propio peso, el eunuco Wasif blandía un látigo que hacía ondular, preparándose para el siguiente golpe.

Laín tuvo el tiempo justo de agradecer la calidad del gambesón. De no habérselo puesto, el cuero hubiera atravesado la carne y llegado a las costillas.

Echó a correr, esquivando por menos de un palmo el nuevo latigazo, que restalló llenando la vacía estancia de ecos sordos.

Como un gato jugando con un ratón, se sucedieron varios intentos más, pero la juventud y la agilidad de Laín estaban a su favor. Corrió de un lado a otro, cambiando bruscamente la dirección de la marcha, agachándose, girando sobre sí mismo y escuchando, cada vez, el endemoniado estallido del cordel que ponía fin al larguísimo látigo.

No cabía duda de que el eunuco rozaba la maestría con el condenado chisme y, pese a los esfuerzos de Laín, lo alcanzó otras dos veces. Una en la pierna y otra con una vuelta que se enredó en el brazo y que Wasif aprovechó para tirar de él y hacerle caer de nuevo. A la siguiente, el látigo golpeó con una fuerza inmensa el espacio donde, un instante antes, había estado la cabeza del joven.

Al cabo, el esfuerzo condenó al eunuco, que, sin aliento y resollando igual que un enorme buey, se dejó despatarrado.

Laín intentó aprovecharse, pero en cuanto dio el primer paso, el maldito cuero se desenrolló con furia a menos de un palmo de su pecho.

A partir de ese instante, empezaron a tantearse.

Incluso sentado y sin aliento, el eunuco se mantenía alerta y manejaba el látigo con una habilidad y rapidez endemoniadas. Así que Laín comenzó a caminar de costado, rodeando a su enemigo y calibrando la distancia. La justa para permanecer a salvo del peligroso rebenque. Igual que un perro de presa azuzando a un oso atado a un poste. Laín se mantenía justo al límite del alcance del látigo y, para su desconsuelo, se dio cuenta de que el otro había sido más espabilado que él, porque la ruta hacia las escaleras era imposible. Si lo intentaba, acabaría muerto a latigazos, de eso no le cabía duda.

—Voy a matarte —le dijo a Wasif.

El eunuco acomodó el látigo haciéndolo ondular y repasó el agarre. Sólo entonces le devolvió la mirada.

—Eso ya me lo han dicho muchas veces —repuso empleando también el parsi—. Ven e inténtalo.

Trazando un arco de un extremo a otro del espacio disponible, Laín amagó en un par de ocasiones y el eunuco tentó la suerte haciendo restallar el cuero. Pero pronto les quedó claro a ambos que estaban, simplemente, atascados.

Recordando los consejos de Guy, el gallego decidió regalarse un momento para pensar y, bajo la mirada penetrante del eunuco, que no lo perdía de vista, tuvo una ocurrencia.

Como si se diese por vencido, resopló y tomó también asiento. Dobló las rodillas y, sin más, se dejó caer.

Wasif usó el látigo una última vez y el pellejo de camello de la punta silbó en el aire a apenas un par de palmos de donde Laín se había sentado.

—No saldrás de aquí con vida —amenazó, convencido.

Y el eunuco rió con carcajadas estruendosas.

—Eso ya lo sé. Pero ten por seguro que tú tampoco.

Entonces, sorprendiendo a Wasif, la daga de Laín salió disparada de su mano con el mismo gesto que había aprendido gracias a Fortum Acenarez.

La hoja voló girando sobre sí misma y se clavó certera en las gorduras del eunuco, que dejó escapar un alarido, pero cuando Laín se puso rápidamente en pie y echó a correr, un nuevo latigazo lo detuvo en seco, esta vez abriendo el gambesón y cruzándole el pecho con una fea herida que empezó a sangrar de inmediato.

Las abundantes carnes de Wasif hacían ridícula la pequeña herida que había causado el puñal, apenas un rasguño. Y Laín retrocedió. Volvió a sentarse, sin prestar atención al dolor o al cansancio.

Ambos estaban agotados y heridos. Ambos habían comprendido que, a partir de entonces, sólo les cabía una opción: esperar a que el contrario cometiera un error o quedase vencido por el cansancio.

Laín reconsideró su situación y se acomodó lo mejor que pudo. Dejó a un lado la espada, apoyada en su propia vaina, suelta del cinturón, que también se quitó y enrolló. Se despojó del gambesón y lo usó como cojín. Se ajustó la camisola y usó parte de una de las mangas, que desgarró para restañar la herida abierta en el pecho. Intuyó que, por ahora, el dolor era soportable, pero si había un mañana, el tormento por los latigazos recibidos sería un auténtico martirio.

Al poco, Laín se dio cuenta de que, pese a lo que pudiera parecer, todo estaba de su parte, porque Cosroes y Ciriaco volverían pronto y, sin duda, los oiría trastear en el piso superior, desvalijando los tesoros del eunuco. Bastaría con gritarles.

Laín no podía saber que era una esperanza vana.

El tiempo pasó sin apenas cambios. Cada cual lamió sus heridas y procuró estar lo más cómodo posible. Llegaron a parecer dos estatuas y lo único en torno suyo que

mudó fueron los rayos de luz que se colaban por las troneras, jugando con las sombras que barrían el suelo.

Sobre las piedras correteó un grillo de larguísimas patas que le ayudaban a espantar el calor de las arenas del desierto y fue a detenerse, justamente, en el centro de uno de los recuadros de luz que arrojaban los vanos de las aspilleras.

Laín lo observó con atención. A medida que el sol se movía en su arco por el horizonte, aquel rectángulo dorado se fue achicando e, igual que él se mantenía al límite del alcance del látigo de Wasif, el grillo se fue moviendo poco a poco, quedándose justo en el límite que dibujaba el comienzo de las sombras.

Anunciando lo que debía ser el mediodía, la peregrinación del bichejo lo llevó hasta el borde de las vestiduras de Wasif y el eunuco, con un gesto rapidísimo, impropio de su corpulencia, lo atrapó y se lo llevó a la boca, donde lo masticó sin mostrar el más mínimo asomo de asco.

—¿Fue así como te las apañaste para cruzar el desierto de Rub al-Jali? —inquirió Laín por mero impulso.

El eunuco rió complacido, con carcajadas que hubieran encajado a la perfección en los relatos sobre monstruosas criaturas marinas que Ciriaco le había contado en su viaje desde Venecia.

—Estoy seguro de que sabes que el problema no es la comida, sino el agua.

—¿Cómo lo hiciste?

Wasif pareció tomarse unos instantes para calibrar a su enemigo y, finalmente, con un encogimiento de hombros que fue igual que ver moverse a dos montañas, se animó a hablar:

—El secreto se lo saqué a un caravanero de olíbano —reconoció el eunuco—. Hacía tratos con el perro de mi señor. Y siempre conseguía el mejor precio porque era el que empleaba menos días en el viaje…

En tanto el eunuco explicaba cómo se había ganado la confianza de aquel hombre para que le desvelase su secreto, Laín dejó de prestar atención por un momento y miró hacia el techo. Lo hizo cuidándose de que el otro no se diera cuenta, con mucho disimulo, y enseguida retomó el hilo de lo que Wasif le decía.

—… el secreto estaba en Ubar —desveló al fin con una sonrisa lobuna.

—¿La ciudad maldita? —preguntó Laín con interés.

—Veo que conoces la leyenda, cristiano.

Los ojos de Laín lo traicionaron al buscar una vez más las alturas, y no supo si el eunuco lo había advertido. Obligado como estaba a dejarse llevar, se esforzó por no volver a alzar la vista.

—Algo he oído —le dijo al eunuco.

Wasif se pasó la lengua por los labios, gruesos y deformes por culpa de su quijada rota y mal recompuesta. Sus ojos oscuros brillaron por un momento y, después de limpiarse el sudor de su frente abollada con la mano obesa, tomó de nuevo el mango de su látigo.

—Pues es una leyenda cierta; Ubar existe.

Para ese instante, los dos se habían dado cuenta de que algo había cambiado y ambos sabían que la conversación era una farsa. Pero cada cual siguió con su juego, esperando descubrir cuánto sabía el otro.

Ubar había caído por culpa de su propia ambición. El lago subterráneo que proporcionaba agua a la ciudad supuso una fuente de prosperidad y riqueza en la inmensidad de las arenas del desierto de Rub al-Jali. La ciudad se convirtió en la única posta de cualquier caravana que quisiera viajar desde la costa del mar de los Juncos hasta Ormuz o cualquier otro lugar del golfo de Omán. Así, Ubar fue creciendo y poblándose hasta que el lago que la abastecía no pudo atender a tantas almas como habitaban la ciudad y, cuando su única fuente de agua se secó, la muerte barrió el lugar.

—El viento y el sol convirtieron la soberbia ciudad en ruinas y escombros. El tiempo la olvidó y se convirtió en leyenda.

—Pero tú la encontraste —dijo entonces Laín en tono adulador.

—Sí, yo la encontré, y lo que el caravanero me había contado resultó ser cierto: el lago volvía a tener agua dulce…

Mientras Wasif se regodeaba, Laín silbó con fuerza.

Al principio sólo había visto la silueta de su sombra pintada en el suelo. El inconfundible perfil cuando ella se había girado. Landra estaba encaramada a una de las troneras, observando el interior de la estancia. Y cuando Laín chifló, la hembra de halcón respondió al entrenamiento.

—¡Va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!

Laín se había puesto en pie y gritaba a todo pulmón.

—¡Va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!

La prima se descolgó desde las alturas. Se precipitó en un veloz picado. En sus ojos dorados brillaba la emoción de la caza.

Volaba, recta como una flecha, hacia el gordo eunuco.

Al tiempo, habiendo reunido todo su coraje, todo su odio, toda su voluntad, Laín también se lanzaba al ataque.

Después de haber visto la sombra de Landra, se había abierto en él un hueco a la esperanza.

Mientras le daba conversación al eunuco, procurando evitar que también se percatase de que la hembra de halcón estaba apostada en una de las troneras, Laín había valorado sus opciones cuidadosamente.

Había llegado a la conclusión de que, gracias a la prima, tenía la posibilidad de plantear un ataque simultáneo desde dos direcciones, lo que debería servir para inutilizar el peligroso látigo de Wasif, que no daría abasto para repeler ambas amenazas.

—¡Va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!

Al mismo tiempo que gritaba a todo pulmón, Laín corría con la espada de Guy, desenfundada y lista.

Sin embargo, Wasif no había levantado su estéril imperio en aquel lugar dejado de la mano de Dios con la única ayuda de la fortuna. Era cruel, despiadado, codicioso y estaba movido por un odio hirviente, pero también era inteligente.

No se había dejado engañar y, para cuando Laín puso en marcha su emboscada, el eunuco estaba preparado.

Pese al intento de distracción del joven, Wasif también había visto la sombra del halcón y había intuido lo que sucedería. El fiel Melik le había informado de cuál había sido el destino de Silko y, además, el amo del eunuco en La Meca, como muchos otros señores de aquellas tierras desérticas, tenía unos cuantos peregrinos con los que practicaba la cetrería, un arte de caza que los beduinos y otras tribus de aquellos lugares habían ejercido durante generaciones hasta convertirse en maestros. De hecho, su amo le había confesado entre risas que valoraba mucho más a sus halcones que a sus esposas. Y el propio Wasif había dispensado cantidades ingentes de plata para que los baharíes de su amo disfrutasen de todas las comodidades.

—¡Va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!, ¡va!…

Sin detener su carrera, Laín movió las manos y llevó la empuñadura de la espada hasta su hombro derecho, manteniendo la hoja bien recta, como un estandarte. Se preparaba para descargar un golpe brutal.

Con una precisión increíble, el látigo restalló.

En los años que vendrían, cuando Laín recordase aquel momento, siempre habría dos sentimientos que acudirían. Uno sería el remordimiento. Otro, la admiración.

Guy había sido un mentor riguroso, poco dado a los cumplidos, y siempre le había insistido en que no cometiese el error de menospreciar las virtudes de sus enemigos por despecho.

—Si es mejor que tú con la espada, admítelo y escoge la ballesta para vencerle —le decía siempre—. Los camposantos están llenos de hijos de perra orgullosos y demasiado tontos. Conoce sus fortalezas y sus debilidades y piensa, ésa es tu mejor arma —le insistía, lanzándole un coscorrón en la coronilla—. Piensa.

Y Laín creía que había sopesado sus opciones con acierto. Pero se había

equivocado. Y se arrepentiría toda su vida.

No hubo un solo chillido, ni una queja. El cuero de camello impactó a una velocidad endiablada y manojos de plumas salieron en todas direcciones cuando Landra quedó prácticamente partida por la mitad y cayó sobre el suelo bajo una lluvia de su propia sangre.

Ya no podría regalársela a su padre.

En los años que vendrían, el remordimiento siempre perseguiría a Laín por haberse aprovechado de la lealtad incondicional de la peregrina. Ella se había entregado, confiando ciegamente en él, y ahora estaba muerta.

Los restos de la hembra de halcón quedaron desperdigados en aquel juego de sombras, atrapados en una fina niebla de polvo, pequeñas arenas que titilaban y caían grácilmente sobre las plumas, rotas, ahora manchadas de carmesí.

Pero no tuvo tiempo de asimilarlo, porque, con una habilidad impensable, impropia para aquella montaña de grasa bamboleante, Wasif volvió a tender el látigo con un giro de muñeca y lo usó para lanzar un nuevo trueno que se abatió sobre Laín.

En los años que vendrían, Laín no dejaría jamás de odiar al eunuco por haber causado la muerte de Landra y por haber sido el responsable de que Melik hubiese matado a Guy, pero también guardaría por siempre admiración por su habilidad con aquel condenado látigo.

El cuero de camello mordió la camisa y trabó la carne, abriendo un nuevo desgarrón que le cruzó el antebrazo y el hombro izquierdos.

Cayó de mala manera.

Antes de que tuviera tiempo de reincorporarse, el rebenque lo azotó de nuevo con un estallido y, como un cuchillo caliente atravesando mantequilla, le cruzó la espalda con un tajo que dejaría una cicatriz igual a las que había visto en el torso desnudo del nubio Silko.

Cuando consiguió ponerse a gatear con la intención de recuperar la espada, que había caído al suelo dejando tras de sí el ruido de campanadas que sonaron a toque de difuntos, llegó otro latigazo.

Con el nuevo trallazo, Laín se dio cuenta de que sólo tenía una oportunidad para salir de allí con vida: ponerse a toda prisa fuera del alcance de Wasif. Sin embargo, darse cuenta de ello no era suficiente, había que hacerlo. Y antes de que pudiera siquiera intentarlo aquella bestia volvió a atacar, acompañada del tronar que retemblaba en los oídos, y de nuevo mordió su espalda con saña, con tanta fuerza que lo echó hacia delante como si le hubieran dado un puntapié en las costillas.

Abandonó la idea de recuperar la espada y, sin otra idea que huir, reunió cuanta fuerza de voluntad le quedaba para arrastrarse.

Oyó muy lejos las risas del eunuco, tan enormes como él mismo. Y el látigo volvió a resonar, alcanzándole ahora las corvas, abriendo llagas en ambas piernas.

A punto de desfallecer, desarmado, herido y sin esperanza, logró seguir, un poco más, un impulso más.

Y, por fin, el siguiente latigazo se estrelló en las piedras del suelo, justo tras las punteras de sus botas.

Laín alcanzó el gambesón y se abrazó a él igual que un nadador exhausto que consigue llegar a la orilla. Tras él resonó un último trallazo y las risotadas estridentes del eunuco.

Allí perdió la conciencia.

Era de noche cuando despertó.

Tras la confusión inicial, el recuerdo de las plumas de Landra lo sacudió. Caían igual que copos en una tarde perezosa de invierno. Una nevada manchada de sangre, de sangre derramada por su culpa. Un sacrificio al altar dedicado a su gesta, a la búsqueda de un padre al que apenas conocía, cuando, el único al que sí había conocido, el que le había curado las heridas, el que le había enseñado el valor de la palabra, estaba amortajado con los jirones de un descolorido tapiz. Sin una tumba siquiera.

Resopló. Abrió los ojos lentamente y comenzó a ver los detalles ya conocidos de aquel piso bajo la torre del antiguo monasterio.

Con manos inciertas, intentó incorporarse y su cuerpo maltratado protestó. Todas y cada una de sus heridas parecían chillar con voz propia, recordándole el tremendo castigo. Pero no dejó escapar un solo lamento, porque el recuerdo de Landra le había advertido: allí estaba también su enemigo.

—Eres duro, cristiano —oyó que decía el eunuco a sus espaldas—. Pensé que morirías desangrado. He tenido buceadores a los que he matado con menos latigazos.

Laín no contestó. Lo único que hizo fue esforzarse por tomar asiento de nuevo, procurando no darle el gusto a Wasif de escuchar una queja.

El gambesón hacía un poco más cómodo su precario asiento, pero las heridas de los muslos volvieron a abrirse y a sangrar en abundancia. Estaba rodeado de un charco pegajoso y oscuro, casi negro en aquella penumbra.

—Los perros de tus amigos han estado aquí —siguió hablando el eunuco.

En el tono de voz había una insinuación que Laín no logró identificar. No hasta que, en la siguiente frase, llegó la burla.

—Y ya se han ido —terminó riendo por lo bajo.

Laín intentó cambiar de postura para buscar alivio, pero no le sirvió de mucho.

—Los escuché robarme, a los condenados —dijo después Wasif—. Reían, se gritaban unos a otros. Yo diría que estaban muy contentos. Los malditos se llevaron todo lo que encontraron. ¡Perros! Les costó rendirse —siguió hablando—. Uno de ellos estuvo trasteando con la trampilla durante un buen rato —añadió señalando hacia la cima de la escalera.

Eran noticias desalentadoras. Y, para su desgracia, Laín no reflexionó sobre cuanto había oído.

Sabía que el eunuco únicamente hablaba para hacerle perder toda esperanza de salir de allí con vida. Sin embargo, su vida ya no le preocupaba, sólo le preocupaba la de Wasif. Porque estaba decidido a encontrar el modo de matar a ese condenado gordo malnacido.

Con pausa, intentando no hacerse más daño, se acomodó lo mejor que pudo y volvió a recordar las palabras de Guy, que, incluso muerto, volvía para ayudarle.

Estaba desarmado, había perdido la ocasión de alertar a Ciriaco para que le ayudase y, como siempre le había dicho el gascón, le quedaba un único recurso: él

mismo.

—Piensa —murmuró para sí.

No era fácil, el dolor nublaba su mente.

Obligado por la disciplina, Laín desgarró los andrajos de la camisa y atendió sus heridas lo mejor que pudo. Con mucho esfuerzo, moviéndose con tino, logró una postura confortable. Pero no duró mucho.

A la luz de las estrellas y la luna, que se colaba por aquellas troneras, llegó el último mazazo. De algún lugar de sus inmensas ropas, Wasif sacó un pequeño odre y bebió, lentamente, con ostentación, para restregarle que su disposición era mucho mejor.

No le hizo falta hablar, la sentencia resultaba evidente.

El eunuco no había recibido más que una pequeña herida, tenía reservas de grasa como un camello con la joroba bien llena y disponía de agua. Además, dominaba la única salida de aquel lugar y había demostrado una admirable habilidad con su maldito látigo.

Poca o ninguna esperanza podía alimentar Laín.

—Piensa —se repitió con un susurro, sintiendo el peso de Guy en su memoria—, piensa, maldito gusano imberbe.

No era fácil. Pero el gascón acudió de nuevo en su ayuda, porque no le hacía falta esforzarse para escuchar al de Tarba gritándole que se levantase, que espabilase, que no se rindiese.

Y funcionó.

De niño, en los bosques de San Paio, había aprendido mucho observando.

En el río la garza se quedaba muy quieta, en algún tronco hundido o en alguna piedra, esperando a que una trucha despistada pasara justo frente a su pico, que entonces descargaba como una lanza. También las arañas tejían con diligencia sus trampas entre las ramas de los sauces, y esperaban. O el cárabo, encaramado en algún castaño, hasta que un topillo despistado levantaba la hojarasca. O los lobos, que cercaban a los ciervos desde la contra de una loma y aguardaban a que el rebaño pasase sin darse cuenta de la emboscada.

De niño había aprendido a tener paciencia.

Y Ciriaco, años más tarde, le había enseñado a ejercitarla delante de un tablero de ajedrez, donde muchas veces no había más que encelar al enemigo y esperar a que se condenase por sí mismo. Igual que la trucha, igual que las moscas de la piedra, igual que los ratones, igual que los venados.

Sólo tenía que aguantar.

Debía ser paciente, aguardar a que el sueño, el hambre o la sed vencieran al eunuco. Ser más duro que él. Soportar la espera mejor que él. No debía arriesgarse con otro ataque. Le bastaba esperar.

Y eso fue lo que hizo.

Igual que había pasado durante el día, el barrer de luces en el suelo contó que el tiempo transcurría inexorable. Como la sombra del gnomon reptando en la esfera de un reloj de sol.

En las primeras horas, el eunuco echaba furtivos vistazos de soslayo a las paredes y a la trampilla. Al principio, con disimulo; más tarde, con apremio. Y Laín comprendió que, pese al dolor y al esfuerzo sobrehumano, ahí estaba su primera recompensa. La primera oportunidad de hacer flaquear al eunuco.

—No vendrá —logró decirle con la lengua pastosa y los labios agrietados.

Aquello captó la atención de Wasif. De pronto, no parecía tan animado.

—Estás esperando que ese engendro deforme venga a salvarte, ¿verdad? Pues será mejor que sepas que está muerto. —Hablar era un auténtico suplicio, y la sed resultaba abrumadora, pero estaba convencido de que tenía que aprovechar la ocasión para minar la moral del eunuco—. Intentó que cayera en una de las trampas que habéis instalado en este condenado laberinto, pero se confió demasiado. Lo maté. —Se pasó la lengua por los labios resecos—. Como voy a matarte a ti.

Wasif aparentó tomarse la noticia con indiferencia, pero Laín vio más allá de los ojos porcinos, encerrados entre mofletes y grasa. Supo que había conseguido una pequeña victoria.

—Está muerto y nada puede hacer por salvar tu gordo culo —porfió.

A partir de ese momento, sin necesidad de hablar sobre ello, resultó patente que Wasif había comprendido de qué se trataba el juego. Casi de inmediato, sin sentir el apremio de la necesidad, volvió a echarse un trago de agua al coleto, con más ostentación incluso que la vez anterior.

Ambos sabían que se jugaban la vida, y ambos sabían que el primero que desfalleciese caería en manos del otro.

Pasaron las horas. Y el frío se convirtió en un enemigo inesperado que se añadió a la larga lista.

Wasif, enorme como una montaña, se mantenía muy quieto y, salvo en las ocasiones en las que se llevaba el odre a los labios, parecía la estatua de un dios grotesco al que rezasen desconocidos paganos.

Llegó el amanecer y, en cuanto el calor comenzó a sentirse, aparecieron las moscas que, para disgusto de Laín, se cebaron en los restos de la peregrina.

El hambre era dura. La sed, terrible. El tormento de sus heridas, insufrible. Y sus miembros agarrotados, una auténtica penitencia. Aun así, pese a todo, Laín se mantenía alerta.

Sucedió por la tarde, en algún momento entre sexta y nona. Contaba con agua y tenía reservas de sobra, pero no era un joven al que la instrucción militar y la marcha de un largo viaje hubieran fortalecido. Durante apenas un parpadeo, Wasif cabeceó, atrapado por el cansancio.

No volvió a repetirse hasta que llegó una vez más la noche. La segunda ya. Para cuando la sed que acometía a Laín le hacía sentir la lengua hinchada y los labios

como corcho. Más aún, le parecía que por sus venas corría melaza y no sangre.

Laín sabía que no aguantaría mucho más, pero para cuando llegó completas, las varias papadas de Wasif retemblaron y el mentón escondido entre sus gorduras cayó vencido.

Duró un poco más que la otra vez. No mucho, pero fue tiempo suficiente para que Laín aprovechase el momento parar estirar las piernas entumecidas y repasar los vendajes.

En cuanto se despabiló de nuevo, echó otro trago de agua y, aunque intentó aparentar lo contrario, Wasif apuró hasta la última gota. Con ese buche el odre quedó vacío.

El eunuco siempre había sabido que moriría por culpa de la vida que había elegido. El Corán que tanto se había empeñado en olvidar seguía prendido a su memoria, y en sus azores se prevenía contra el orgullo, la vanidad y la codicia. Siempre había sabido que algún *djinn*, o incluso el mismísimo *saitán*, vendrían a buscarle para rendir cuentas. Aunque no pensaba entregarse fácilmente.

El problema era que, desde hacía años, apenas lograba dormir más que unas pocas horas seguidas. Siempre se despertaba angustiado y con la sensación de que el aire le faltaba. Y por culpa de sus noches inquietas, en sus días dormitaba a ratos, sin siquiera darse cuenta de que el sueño lo vencía. Muchos habían sido azotados por hablar de ello.

De pronto abrió los ojos y vio la luz del amanecer.

Estaba de nuevo en La Meca, enamorado, perdido por el pecado. Empezaba la mañana y el muecín llamaba a la primera oración mientras el sol tendía sus rayos sobre la ciudad santa. Incluso olió las especias que escapaban de las cocinas. Sintió el ábaco entre sus dedos y la pluma del recado de escribir. Era una mañana como cualquier otra, en la que trabajaba para su amo y codiciaba el amor de una de sus esposas, de la más hermosa: Despina.

Era bello, pero, cuando parpadeó, todo desapareció. Estaba de nuevo en la torre.

—Me alegro de que hayas despertado —dijo aquella voz que estropeaba la armonía del parsi con un acento duro—. Te estaba esperando.

Una mano ensangrentada cruzó ante sus ojos para sujetarle la barbilla con fuerza y, antes de que pudiera reaccionar, otra mano encontró el puñal enterrado en sus carnes y lo liberó. Casi al instante, sintió el filo contra su oreja.

Con aquellas gorduras protegiéndole el cuello, podía fallar si intentaba rajarlo. O si buscaba el corazón, o la ingle. Tras meditarlo, Laín había decidido que tendría que atravesarle los sesos.

—Vas a morir. Ponte a bien con tu dios.

—Hace mucho que eso ya no importa, cristiano.

No fue glorioso. Y no sirvió para devolverle la vida a Guy. O a Landra. O a Lúa. Tampoco encontró a su padre.

Sólo fue triste y sucio.

Un empujón y la hoja se deslizó con un siseo. Un pataleo convulso del eunuco y todo acabó.

Se quedó allí, junto al cadáver del eunuco, a punto de desfallecer. Durante toda una eternidad. Sintiéndose vacío. Con el rostro contraído por un rictus de agonía. En una soledad infinita.

Cuando al fin logró rehacerse, cada paso fue una tortura y, aunque no prestó atención, sangre fresca de sus heridas empezó a manar por varios lugares de su castigado cuerpo.

Probó el odre, para confirmar que estaba vacío. Arrancó un trozo de aquella lujosa túnica de calicó, tan enorme como una tienda beduina, y cubrió los restos de Landra, sin poder evitar que una rápida sucesión de recuerdos galopase por su frente.

Luego, no supo qué más hacer. Se quedó allí donde estaba, sin más. Tan derruido como el achacoso monasterio caldeo.

Al cabo, fue una vez más Guy el que acudió a su rescate.

—¡Levántate!, ¡arriba! Aún no hemos acabado.

Al girarse, casi pudo verlo, con una de las espadas de madera que usaban en las prácticas. Mirándolo con aquel único ojo que parecía arder. Con el semblante cosido por las cicatrices.

Ni siquiera se dio cuenta, pero asintió como había hecho tantas veces antes y, sobreponiéndose al terrible dolor, empezó a ascender por las escaleras. Del mismo modo en que tantas otras veces se había puesto en pie al oír los gruñidos del gascón. Sin importar el cansancio.

—Aprende de tus errores, no te concedas cuartel. ¡Tú!, tú eres tu peor enemigo.

No sabía qué podía aprender de aquel error, sólo que lo embargaba una pena honda y amarga.

—La derrota siempre empieza por uno mismo.

—Lo sé —contestó a sus recuerdos.

Se pasó la lengua por los labios agrietados. Asintió para sí, o para el recuerdo del gascón.

Recompuso sus pertenencias, registró a fondo el inmenso cadáver, encontró lo que había supuesto que encontraría y se marchó sin volver la vista atrás.

Intentó subir los peldaños. Uno a uno, sin prisas, convencido de que podía haber alguna otra salida, aquélla por la que Wasif había esperado que regresase el repugnante Melik, pero seguro también de que no merecía la pena buscarla.

Forcejeó con la trampilla un buen rato. Le fallaban las fuerzas y la sed le nublaba el juicio. Para cuando logró abrirla y salir, encontró el caos.

Lo que no estaba revuelto, estaba roto. Nada parecía quedar de los esplendores y lujos que Wasif había despilfarrado. La estancia era un revoltijo de andrajos, añicos y piezas sueltas. Incluso uno de los maderos del enorme triclinio estaba roto y astillado.

—Un pellizco de fortuna —se dijo a sí mismo al comprender que podía haber quedado atrapado en el piso inferior si el mecanismo se hubiera bloqueado.

Ya nada quedaba del imperio de terror y miedo que el eunuco había levantado allí. Pateó el mango roto de un enorme abanico de plumas de avestruz.

Y se puso a buscar algo de agua o comida.

Tan exhausto que no pudo hacer otra cosa que gatear entre los restos, levantó los pisoteados cojines con exquisitos brocados. Se lastimó la mano con una astilla de cedro y, cuando apretaba el pulpejo del pulgar con los dientes, para quitársela, algo se abalanzó sobre él.

Se vio vencido por el impulso, tanteó a ciegas buscando la daga que se había quedado incrustada en la calaverna de Wasif, la misma que Guy le había regalado y que, más tarde, había sido retocada por un herrero de la Provenza para poder usarla como Fortum Acenarez le había enseñado.

Rodó por el suelo, a merced de su improvisado enemigo. En cada golpe revivió las heridas que había abierto el látigo del eunuco y, cuando al fin intentó incorporarse para luchar, algo húmedo le empapó el rostro, despelucándole las barbas y el flequillo.

—¡Lume! —gritó cuando comprendió lo que sucedía.

El perro sacudía el rabo con tanta fuerza que parecía a punto de dislocárselo y con amplios lengüetazos le limpiaba las mejillas. Tras el revoltijo de pelambrera pajiza, los dos ojos, como abalorios de ámbar, lo miraban con adoración. Gañidos de puro nerviosismo sacudían la gorja del animal, que le había puesto las patas encima y no dejaba de mimarlo.

—¡Lume! —gritó emocionado, correspondiendo como podía a aquella efusividad incontenible—, ¿qué haces tú aquí?, ¿eras tú el que hacía ruido en la trampilla?

Hasta mucho tiempo después, en la lejana Toledo, Laín no sabría toda la verdad. Sin embargo, a medida que paseaba por las ruinas del antiguo monasterio caldeo, con el perro pegado a sus talones, intuyó retazos de la historia que se había perdido mientras se jugaba la vida en su particular duelo con el eunuco.

Le quedó claro que allí ya sólo había cadáveres, caos y destrucción, además del terrible hedor que emanaba de la corrupción de los muertos, para la mayoría de los cuales nadie había perdido un instante concediéndoles la última gracia de una sepultura en las blandas arenas que rodeaban el lugar.

Estaba desierto. No quedaban esclavos, ni guardias. A excepción de la prueba indiscutible de que los alijos de perlas habían desparecido y de que Lume estaba allí, no había ninguna otra evidencia que le dijese adónde se habían dirigido Ciriaco y el nervioso Cosroes.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Lume.

Y, como el perro no le supo responder, Laín no pudo saber quién los había traicionado. Se figuró su propia versión en tanto procuraba rehacerse.

Durante un par de días se cobijó en aquel lugar maldito, huyendo siempre de los cadáveres, y no sólo por el tufo y las moscardas, sino porque, especialmente por la noche, los chacales acudían a disputarse los restos entre peleas llenas de gruñidos.

—Eso explica ese feo tajo que tienes ahí —le dijo a Lume mirando la herida que lucía en el anca—. Tuviste que defenderte de esos condenados —añadió, señalando

una pequeña manada que despedazaba lo que aún quedaba de la osamenta de algún desdichado—. ¿Y por qué te dejó Ciriaco aquí?, ¿qué pasó?

Se le ocurrieron muchas respuestas, pero resultó un ejercicio inútil, porque nada de cuanto encontró le sirvió para saber qué había pasado.

Se bañó en el mar, apretando los ojos para luchar contra el escozor que provocó la sal en sus heridas. Abusó de lo que pudo rapiñar en las maltrechas despensas, se las apañó con el pozo del antiguo monasterio y bebió hasta saciarse, espantando el terrible recuerdo de la sed. Una experiencia que le provocaría pesadillas en los años venideros.

Había pasado la mayor parte de su vida solo, sin más compañía que sus animales, y esa soledad era una amante conocida con la que se encontraba cómodo.

—¿Qué haremos? —le preguntó una tarde a Lume, mientras observaban desde el adarve del murallón el sereno juego de las olas sobre la playa—. El desierto o el mar, ¿adónde vamos?

No era muy difícil tomar esa decisión. No tenía camellos u otra montura y, aunque recordaba algunas de las indicaciones de Cosroes a lo largo de la travesía, dudaba de que fuera capaz de recorrer aquella costa maldita y adentrarse en el desierto en busca de alguna posta, y mucho menos alcanzar Berseva.

—Seguramente Ciriaco me dio por muerto —le explicó a Lume, señalando algunas de las tumbas que alguien había cavado a un lado del monasterio—. Eso es lo que debió suceder —pensó para zanjar el asunto.

Sólo media docena de cuerpos habían recibido sepultura. Todos ellos habían sido cubiertos con cascotes, y cruces improvisadas se habían alzado en los extremos de las tumbas.

—Seguramente dejaron a los guardias y a los esclavos muertos a merced de los chacales, pero enterraron a los nuestros —le comentó al perro, convenciéndose a sí mismo de que el cuerpo amortajado de Guy no había terminado entre las fauces de aquellas bestias.

Al menos, no había visto restos de aquel tapiz con el que había amortajado al gascón. Y allí mismo se ocupó de Landra.

—¿Sabes remar? —le preguntó al terminar a Lume, alejándose de aquel patíbulo.

Se había dado cuenta de que sólo tenía un camino: seguir tras la débil pista de su padre.

Seis días después de haber matado a Wasif, todavía maltrecho, Laín subió a su perro a la más pequeña de las chalanas, en la que se había preocupado de almacenar agua, víveres y bastimentos.

Con poca práctica y rígido por culpa de sus heridas, aún sin curar, Laín empezó a remar sobre aquellas aguas de azul intenso en una mañana radiante, bajo un sol encaramado a un cielo impecable.

La mar, calma, no le puso dificultades. Apenas con unas pocas paladas pudo sobrepasar la línea de las rompientes.

Aunque iba ganando profundidad a medida que él bogaba, el fondo seguía siendo visible. No tardó mucho en distinguir las siluetas de muchas criaturas que poblaban aquel mar cálido y angosto, incluyendo las afiladas líneas de tiburones de tres varas de largo y el impresionante contorno de una manta casi tan grande como la barquichuela. El fantástico animal hacía ondular sus enormes aletas y daba la sensación de volar bajo las aguas; junto a ella, nadaban también pececillos que la rodeaban, incluyendo una rémora que llevaba pegada al lomo. Tan poderosa era que no se asustó lo más mínimo cuando la quilla le pasó por encima.

Dejaron tras de sí el vagabundear del increíble animal y pusieron rumbo al levante, esperando que la mar les concediese una tregua y pudiesen llegar al otro lado del estrecho, sanos y salvos.

ESTROFA

XIII Y ESTRIBILLO

LA CIUDAD DE LAS PIEDRAS

«… vuelan las piedras, las flechas y los dardos sobre el altar y se producen combates sacrílegos. Los perversos atacantes le prenden fuego a la iglesia de Santiago…».

Historia Compostelana, lib. 1, cap. 114
[sobre los disturbios compostelanos del siglo XII]

Maldita sea mi estampa. Ni cerca he estado de la universidad de Salamanca y no tengo más estudios que los robados en plazas y burdeles. El misericordioso Altísimo me perdone. Pero yo, Martín Códax, conozco la verdad, por más que duela.

Mi historia, la de mi propia vida, era basura.

Y yo lo sabía bien. Al fin y al cabo, soy el que más tratos ha tenido con el protagonista.

Mendicidad, latrocinio, sodomía, estafas, cornamentas y más de un robo. Lo sabía y lo sé. Incluso a pesar de estos últimos años más piadosos. Y qué es eso comparado con lo que dejaron otros. Cómo ponerlo a la altura de los espejos de Berceo, o con lo escrito por Martín Dumio para el rey Miro.

Era y es basura, porque lo único bueno que dejo tras de mí son las pocas promesas que cumplí, las que le hice a aquel encapuchado que me topé en San Paio.

Sin embargo, aun siendo basura, mi historia sirvió para ablandarle el corazón. Y desde luego se hizo cierto aquello de que los caminos del Señor en este valle de lágrimas son tortuosos.

Abandonamos aquel viejo crucero perdido en los montes y yo, pobre pecador, lo seguí como un perrillo faldero. Necesitaba saber qué había pasado con el niño que se había caído de un nido.

—¿Adónde vamos? —le pregunté con un último vistazo al crucero—. ¿Adónde vamos? —repetí cuando no contestó.

—A Compostela —respondió al fin sin volverse.

Recuerdo que sonreí, porque iban a hacerse verdad mis mentiras. Al fin iba a conocer la ciudad de Santiago.

—¿Y qué vamos a hacer allí?

—Lo sabrás en su momento —me dijo él, apretando el paso y tironeando de las riendas de su montura.

Antes de partir, nos detuvimos de nuevo en las casuchas del alfoz de San Paio, que sin duda habían visto tiempos mejores. Después de preguntar un poco, encontramos a un desgraciado que nos vendió una mula vieja de dientes gastados. Una bestia lamentable que el encapuchado puso a mi cargo. No era un jumento grácil y mis pies colgaban casi a ras de suelo, pero nunca en toda mi vida había poseído yo jaco, jamelgo o bicho semejante, así que abandonamos aquel valle bajo la torre rumbo a poniente. Él montado en su impresionante yegua; yo, en mi pobre mula.

Y no era un compañero de fatigas que dispensase conversación, porque no hablaba más que para dar indicaciones sobre el camino o para pedirme que callase. Cosa que hacía con harta frecuencia, porque pronto me quedó claro que le gustaba el silencio.

Sin embargo, al segundo día de viaje, después de dejar atrás el miliario romano que dicen da nombre al lugar, acordamos con un posadero de Melide dos jergones para pasar la noche. Y, mientras nos servía la cena una moza de buenas delanteras y mejores caderas, siguió con su historia donde la había dejado, en Navarra.

—Pero, entonces…

Yo dudaba. Porque no me salían las cuentas. Y a mí no me entraba en la mollera quién era cada cual y cuándo había pasado cada cosa.

Fue en aquel momento, después de escuchar cómo un joven y un perro se embarcaban para cruzar el estrecho de Ormuz, cuando comprendí que había estado equivocado. Había errado en todas mis suposiciones.

—Si el gascón… Entonces tú eres…

Una moza, que para mi desgracia no me echó ni un mal vistazo porque sólo parecía tener ojos para mi rudo amigo, tan gallardo, pero sin el menor interés en corresponderla, nos había traído algo para manducar. Un plato con costilla de vaca vieja, bien cocida en caldero hasta quedar tierna, acompañada de nabos y hierbas de anís. Además de una jarra de vino que no era tan bueno como los de Monforte, pero que se dejaba tragar sin rascar demasiado, quizá porque lo habían aguado.

—Tú eres el chico.

El hombre se quitó la capucha y pude ver, por primera vez, unos ojos grises como ceniza vieja. Dos. Fríos como una mañana de helada que arruina la cosecha.

—No estás tuerto —dije yo embobado.

—Guy murió en el monasterio caldeo y yo no tengo acento franco.

Era cierto.

—Pero… Pero vistes como un caballero… Trataste con el monje… Un bastardo no…

Callé al instante, temeroso de ofender, pero él no se lo tomó a mal.

—Soy Laín de San Paio, hijo ilegítimo del señor don Rodrigo de Seijas, encomendero de Santa María de Sobrado, y va para veinte años que no pisaba las tierras de mi padre.

Tenía al héroe regresado al hogar.

Una epopeya como en los clásicos griegos.

Lugares exóticos, enemigos implacables, traiciones, venganzas.

Una historia tan buena como la de la espada *Caliburnus* y los caballeros ingleses del tal Arturo, aquella que contó Godofredo de Gales mezclando el honor, el grial y los torneos de justas que tienen allá en sazón, donde no andan zafando sus fronteras de moros enfebrecidos y tienen tiempo para jugar a la guerra en lugar de practicarla.

Ya me bullían en la sesera estrofas y rimas.

Al fin, después de tantos años miserables, había encontrado una historia por la que jugarme el pescuezo, una por la que olvidarme del *Tres Cantos*, del cornudo de Vigo y del tal Julián. Y eso fue lo que tuve que hacer, pero ya habrá ocasión de contarlo.

Sólo faltaba una cosa. Un detalle imprescindible. No había bella dama. Faltaba el amor del héroe pródigo.

Aunque eso se resolvería pronto.

Ni entonces ni ahora, no hubo, no hay y no habrá versos que le hagan justicia. Era bonita como un recuerdo de infancia. En cuanto abrió la puerta se me cayó la quijada hasta los pies; bobo me quedé con sólo mirarle los rizos.

Pero me estoy adelantando otra vez. Igual que galgo que echa a correr antes de ver la liebre. Apareció la dama y yo tuve que arriesgar el pescuezo, es cierto; sin embargo, antes hubo que atender otros asuntos.

Aquella noche en Melide escuché un pedazo más de la historia de Laín de San Paio. Palabras al amor de una jarra de vino, un blanco afelpado que se agarraba a la lengua. Lo recuerdo, y también recuerdo que fue entonces cuando comprendí que la historia en verdad merecía la pena. Porque poetas, trovadores y juglares ansiamos todos contar gestas que sirvan de espejo a reyes, pero la pura verdad es que en la Corte no se sabe lo que vale una historia. Las buenas, las que no se olvidan, las que se siguen contando durante años, son justamente aquellas que apadrinan una larga noche al calor del vino en una taberna cualquiera. Ésas son las historias que merecen la pena.

Llegamos a Compostela dos días más tarde, a la par de un puñado de peregrinos que descendían desde Lavacolla después de adecentarse con el agua de la fuente para pisar tan piadoso lugar.

Y algo tengo que contar yo de la Compostela de aquellos tiempos, porque hoy en día las cosas son bien distintas.

Compostela ha crecido mucho y se ha convertido en ciudad de tanta enjundia como la misma Jerusalén, pero en los años de mi juventud las aguas bajaban revueltas.

En aquellos tiempos, los curas no se intimidaban y los ricos iban de bravucones, queriendo mandar donde ordenaba la Iglesia. Nobles y obispado andaban a la gresca. Ya se sabe que, cuanto más se tiene, más se quiere.

Los rumores decían por las esquinas que habían saqueado la capilla de santa Susana y la de san Félix, pero el rey no se metía en esos asuntos y el obispo Juan, señor de la villa en aquel entonces, hacía oídos sordos, empecinado como estaba en adecentarse el palacio, ampliar la basílica y desmontar Antealtares para albergar un inmenso cementerio, que es el camposanto al que hoy todos llaman de la Quintana, conocido por sus historias de ánimas en pena.

Y no sólo andaban las cosas revueltas en la propia Compostela, sino también en todo el reino. De los normandos hacía mucho que no se sabía y los moros tenían las barbas a remojar en Granada, sin embargo, a falta de enemigos extranjeros, en Vizcaya se sublevaron los nobles, acaudillados por los de Haro y acompañados, para colmo, por el mismo hermano del rey, el infante Enrique, que se había despertado levantisco y les había seguido el ejemplo. Escaparon todos a los fueros de Jaime de Aragón y más de uno en la Corte echaba sierpes por la boca.

Además, eran los días en que habían llegado las primeras noticias de la embajada de Pisa, y había a quien le dolían los callos, porque los ricoshombres y señores de toda Castilla tenían temblando los bolsillos, pues se olían que el rey Afonso iba a pedirles los dineros para irse a Aquisgrán y reclamar el trono.

No se me olvida: los mentideros no callaban. En aquellos tiempos no estaba el horno para bollos, ni en Castilla, ni en Compostela.

A las afueras nos topamos con las barracas de los menesterosos y con las chozas de los ladronzuelos de navaja afilada, prestos a cortar los cordones de las faltriqueras de los muchos que por allí pasaban.

Atravesamos las murallas que construyera Sisnando para defender la ciudad de los normandos por la puerta que llaman «del camino», en la travesía de San Pedro, y enseguida nos envolvió una marabunta de gentes que todo lo atestaba, porque ya en aquel entonces, según las malas lenguas, en la villa se apacentaban veinte miles de almas a la sombra de las diez iglesias con las que contaba Compostela.

Por allí, como era entrada popular en la ciudad, abundaban los concheros, que se ganaban el pan vendiendo a los romeros las vieiras que daban fe de su peregrinaje, y yo quise hacerme con una, pero Laín no me dio ocasión.

Sin detenernos, nos cruzamos con hebreos, flamencos, magiares, eslavos, genoveses, pisanos, caballeros, buhoneros, mercaderes, sillas de mano, carros, carretas y, más que nada, mucha mierda, porque no hay ciudad grande a la que no le sobren dos cosas: randas y porquería.

Era todo ajetreo, pero él sabía bien adónde íbamos o, si no lo sabía, fingía mejor.

Atravesamos la que llamaban plaza do Campo y dejamos atrás los restos del último auto de fe. Dos pilas de carbones y cenizas que me arrancaron un intenso deseo de persignarme y pedir perdón por mis pecados. Aún tengo escalofríos al recordarlo.

Pasamos junto a san Benito y embocamos hacia el mediodía la calle de los Selleiros, donde, a la entrada de sus negocios, tenían puesta a envejecer la madera de

sus toneles y barricas. Aquél era el primero de los barrios artesanos; siguiendo hacia el sur había herreros, zapateros y, sobre todo, picapedreros, a los que no les faltaba trabajo en Compostela.

Después entramos en la barriada de los caldereros, cerca de donde se dan los pregones, que allí le dicen Preguntoiro, y entre ellos había muchos que se dedicaban al estaño, gentes de fama en la comarca, pues eran típicos los vasos, bandejas, jarras y platos que hacían estos picheleros.

También pasamos junto al negocio de un maestre gaitero, que, sentado en un escabel, trabajaba con herramientas como las de vaciar los zuecos para ahuecar un tocho de boj que se convertía, a ojos vista, en un puntero. Había, además, arcos de viola recién encerados, cuerpos de organistros bien labrados y tacos sueltos de cerezo, de castaño e incluso de cedro traído de Oriente.

Y yo quise detenerme para interesarme por las cítolas, pero Laín me urgió de mala manera.

Yo enfurruñado y él impaciente, fuimos bordeando la muralla para acabar volviendo hacia el norte por la ajetreada rúa Vilar, que no abandonamos hasta que Laín, sin mostrar dudas, embocó por la esquina que le convino.

Nos adentramos en el barrio al que decían de los francos, porque había allí occitanos, provenzales, gascones y aquitanos que, después de peregrinar al Santo Sepulcro, se quedaban en la ciudad para hacer fortuna.

Y allí, en un auténtico amasijo de casuchas, casas y caserones, escogió él un callejón tan estrecho que apenas daba para cruzarse con otro que viniera de frente, hasta que nos detuvimos en una cantina en cuya puerta colgaba un cartel desvencijado que rezaba La Guyenne, lo que confesaba que era el negocio de un aquitano.

En tiempos podía haber sido una posada respetable, pues incluso contaba con lo que parecían amplios establos, pero era evidente que aquellos días de dicha habían quedado atrás.

—Espérame aquí.

Eso fue lo que me dijo y, cuando iba a protestar, me miró con aquellos ojos que parecían granito de iglesia.

—He de averiguar algo —me soltó enigmático—. Espérame aquí.

Y me tendió las riendas al tiempo que desmontaba.

Cuando él cruzó la puerta, salió un parroquiano. Y, mientras empezaba a lloviznar, caí en la cuenta de los tipos que frecuentaban aquel lugar infecto.

Yo había corrido lo mío. Sabía dónde me metía cuando asomaba las narices, porque facinerosos, prestamistas, pendencieros y jaques había conocido unos cuantos. Y allí no se reunían las monjitas de ningún convento.

Mientras me iba empapando a pocos, como parece que siempre le pasa a uno en Compostela, vi a algunos que entraban o salían y no albergué dudas. Allí, además de vino y mujeres de poca reputación, se manejaban asuntos turbios. Nada me hubiera

extrañado si algún alma cándida, al verme allí parado, me hubiera advertido de que mejor me hubiera sido seguir mi camino. Ya en Vigo había oído yo contar que, durante las revueltas, algún desgarramantas le había prendido fuego a la mismísima iglesia de Santiago. Y a mí no me costó imaginarme que allí mismo se estuvieran tramando planes igual de descabellados.

El agua me calaba hasta los huesos y todo aquello me olía a chamusquina, pero, ya lo he dicho, las buenas historias han sido mi perdición.

Además, no había otra cosa que pudiera hacer que no fuera esperarle. Aunque no sabía si quería templarme el carácter y se disponía a matar el tiempo con unos tragos de vino o si de verdad alguien en aquel tugurio tenía respuestas para él.

Yo esperé, aguantando el orvallo y el frío, sin más calor que el de la mula, que de tanto en tanto rezongaba para expresar su enfado por estar a pelo bajo el aguacero. El pobre animal debía sentirse tan aburrido como yo, porque, a falta de otra tarea, recuerdo bien que, entre horribles ventosidades que debían presagiar un ataque de lombrices, levantó el rabo y aportó su caritativa contribución a la porquería de la ciudad.

Haciéndome mil preguntas, aguardé hasta que volvió a aparecer y me tendió la mano para que le pasase las riendas de la yegua.

—¿Y bien?

Me miró con desdén.

—Me parece a mí que la mojadura podría merecer una explicación.

Aun hoy en día no sé cómo me atreví a espetarle semejante frase. Pero, para mi sorpresa, él reaccionó con una sonrisa que se abrió en su cara igual que una grieta en la roca cuando hiela.

—Tenía que hacerme pasar por ladrón —me respondió con una mueca que daba miedo.

Yo me saqué de la frente el agua que tenía por flequillo y rezongué alguna maldición, tentado ya de mandarlo todo al carajo.

Aunque me duela reconocerlo, no era más que una bravuconada. Hubiera aguantado que me hicieran pasar por una ordalía.

—Ahora ya sé dónde se ha metido ese desgraciado —me dijo antes de que yo pudiera seguir protestando.

—¿Él?, ¿quién es él? —Cambié el enfado por curiosidad. No sé para qué me esforcé. Sirvió de bien poco.

—No llegará hasta mañana. Ésos —añadió señalando hacia el tugurio— se han creído que quiero robarle hasta los dientes. Por unas cuantas monedas, los del gremio me han dicho cuanto necesitaba.

Quedó pensativo durante largo rato, sin despejar mis dudas ansiosas. Y yo hube de tragarme las ganas de saber a qué venían aquellas zarandajas.

—Y no está solo…

Tampoco contestó a mi nueva ristra de preguntas.

—Pero no llegarán hasta mañana, y mañana nos ocuparemos de ellos. De los dos. Mientras tanto, iremos a verla, a ella.

Ni siquiera se molestó en esperar a ver si le seguía, sólo sacudió las riendas.

Lo único bueno fue que dejamos atrás la fetidez que había salido de las tripas de mi mula, porque a esas alturas yo estaba convencido de que algo había comido la pobre bestia que le estaba pudriendo los menudos.

Iba yo refunfuñando como un chicuelo a disgusto con las gachas del desayuno. Y la mojadura no hacía más que empeorar las cosas, porque pronto empecé a estornudar como un jabalí mientras hocica castañas.

Pero él no me prestaba atención. Seguía guiando a su montura, eligiendo cuidadosamente el camino en cada esquina, hasta que desembocamos de nuevo en la rúa Vilar, donde bajos con soportales mantenían negocios variados que daban servicio a lugareños y peregrinos. Había tienduchas de todo calaje, asentadas donde habían caído y fuera de la influencia de los gremios. Estaban los que trabajaban el cordobán y cueros finos, unas cuantas abacerías de paños, otras de quesos y mantecas, un puesto de miel, dos que se dedicaban a las velas y los cirios, e incluso una platería judía que mostraba en la puerta sus piezas.

Olía a ese inconfundible caer de la lluvia mansa que lava el granito y la pizarra. Las gentes iban y venían, resguardándose con sombreros e incluso con trajes de esos que se hacen lazando gavillas de heno y que yo había visto usar a los pastores.

Llegamos a una pequeña ermita con una virgen modesta labrada en la fachada y, junto al templo, había una travesera que cruzaba hasta la rúa Nova, un pasaje angosto de los que tanto abundan en Compostela. Y había allí un negocio que, a salvo de la lluvia con un escaso toldo, mostraba una colección de hierbas que ofrecía a la venta. Una botica.

—¿A quién vamos a ver? —pregunté entre estornudos cuando detuvo la yegua frente al negocio.

Me miró bajo la capucha que le defendía del agua y, por una vez, me respondió sin ambages.

—A Egeria —dijo ya cerca de los postigos de la casa.

La puerta estaba partida en dos, como es costumbre. La mitad inferior cerrada y la de arriba abierta, dejando ver un interior donde parecía seguir la colección de hierbas, salpicada de tarros, jarras y toda clase de potes, entre los que no faltaban los de estaño.

Había un aldabón sencillo, de esos que son poco más que un badajo, y Laín llamó.

—Ya va —llegó desde dentro.

Al poco apareció ella, saliendo de las sombras del interior y revelándose como una aparición divina.

Nunca antes y nunca después vi a Laín de San Paio perder la compostura. Aquélla fue la única vez.

Yo estornudaba, la mula volvía a levantar el rabo y a él se le transfiguró el rostro.

—Buen día, ¿en qué puedo serviros? —se ofreció ella con una sonrisa radiante como un gajo de luna.

Abrió el postigo de abajo, invitándonos a entrar y, lo que era mucho mejor, mostrándose para que pudiéramos verla bien.

Llevaba ropa sencilla. Falda de bayeta negra con mandil atado a la cintura, camisa

amplia y un chal como el de los moros echado sobre los hombros, también negro. Tenía el rostro prometedor de una fuente borboteando con el deshielo de primavera, blanco como el nácar, para que destacaran las ciruelas maduras de sus labios. Los ojos eran del color de la mies crecida y los cabellos, ondulados, iban a la par, porque parecían un campo listo para la siega. Trigueña fue la primera rima que se me ocurrió al verla. No podía tener más de veinte temporadas, y era la plenitud misma. Las curvas que se dibujaban tras la tela eran encarnación de la lujuria.

Era una reina a la que sólo le faltaba la corona. Y yo creo que empecé a babear.

Un gato, abundante en gorduras y casi todo blanco, menos una mancha parda en la nariz, como si hubiera estado hocicando en la comida y hubiera descuidado el aseo, se arrulló en el ruedo de la falda, levantando el rabo y restregándose contra sus tobillos.

—¿En qué puedo serviros? —volvió a preguntar sin perder un ápice de aquella sonrisa que invitaba a jugarse la vida.

—No puede ser…

Oí farfullar a Laín y decidí intervenir:

—Mi señora —dije yo bajando de la mula para hacer una reverencia—, debéis disculparnos, el camino ha sido largo y el cansancio nos ha devorado —le expliqué con la más galante de mis voces—. Estoy seguro de que tenéis el mejor triturado de zarzamora, hojas de llantén y corteza de sauce bien molida. —En realidad, ni sabía ni sé mucho de las ciencias de la curación, pero yo seguí recitando para aparentar que era hombre de provecho, incluso me incliné un poco más para que se viera la cítola que llevaba a la espalda por la correa—. Y no dudo de que vuestro surtido es el más completo y de mejor factura de toda esta santa ciudad. Sin embargo, me temo, no venimos a comprar vuestras maravillas; venimos buscando a Egeria, la que fue manceba de Guy de Tarba —terminé con una floritura de las manos que era muy cumplida y que tenía bien ensayada.

Enseguida algo se apagó en su rostro. Algo tan profundo que yo sentí la más honda de las penas de mi vida, porque verla así, sumida en aquella tristeza repentina, era como ver los pétalos de una rosa cayendo con la helada.

Algo se le rompió dentro.

Pero era una mujer fuerte y se recompuso rápido.

Nos miró a los dos de hito en hito, se fijó en la espada que Laín llevaba en su tiracol, calibró hasta la última pulgada de nuestras ropas y monturas y, finalmente, con la voz tomada, nos habló:

—Os llevo esperando toda mi vida —dijo haciéndose a un lado para invitarnos a pasar—, y me temo que llegáis tarde.

En cuanto atravesamos el umbral, ella recogió sus muestrarios y el toldo que los protegía de la lluvia. Cerró los postigos. Y el negocio, que parecía próspero, quedó clausurado por cuanto restaba del día.

Y no dio la impresión de que le doliese lo más mínimo.

Yo fui a decir algo, pero ella me mandó callar.

—Cuando nos hayamos acomodado —susurró.

Pasamos las monturas al establo, que ocupaba parte de la planta baja y que, como sigue siendo costumbre, debía ayudar a templar las noches de invierno gracias al calor de los animales y su estiércol. Dejamos a los jumentos con una vaca. Un bicho de pelambreras hirsutas, grandes cuernos y con una capa del mismo color de la paja; masticaba perezosa bocados de heno.

Seguimos sus indicaciones. Y, siempre en silencio, nos acompañó al otro extremo del piso inferior, donde estaba el hogar, cuyo tiro también ayudaba a templar los dormitorios del piso superior.

En un rincón, sobre las piedras del lar, ardía un fuego tímido, junto a una trébede donde un caldero mantenía tibio un potaje de habas que dejaba en el aire un aroma que abría el apetito. El pote y las piezas de granito estaban cubiertos de un negro rastro de hollín que daba fe de que en aquel lugar no faltaba leña para el invierno ni comida que llevarse a la boca.

Con todo el trasiego, Laín tuvo tiempo de recomponerse y, para cuando nos habíamos sentado junto a la lumbre, apareció otra vez el cazador de ratones. El michino nos miró con curiosidad felina durante un rato y, al cabo, se enredó en las piernas de mi nuevo amigo, como buscando quien le diera mimos.

Ella atendió el fuego con otro leño, se alisó el mandil y se sentó en otro banco frente a nosotros. Luego tomó aire y, ensayando una sonrisa, nos volvió a hablar:

—Egeria, mi madre —dijo con evidente pesar—, murió el día de san Silvano, el invierno pasado, por culpa de unos bultos en el pecho que le consumieron los humores.

No era difícil darse cuenta de que, dedicándose a la sanación, la enfermedad y la muerte habían afectado mucho a la joven. Sin embargo, tenía presencia de ánimo y carácter afable por naturaleza, pues enseguida recobró la buena disposición que había mostrado al vernos en la puerta.

—Me llamo Almodís —anunció con un amago de reverencia cortesana—, tal y como me dijeron que se llamaba mi abuela, que era de Narbona. Y supongo que traéis malas noticias, porque tú eres demasiado joven para ser mi padre —terminó, mirando fijamente a Laín.

Él, que ya se había hecho amigo del gato, pareció necesitar su tiempo y, mientras le dispensaba caricias al minino, permaneció callado. Sin embargo, ella, mucho más delicada, volvió a hablar. Para entonces, algo del color que se había escurrido de sus mejillas volvía a pintarle el rostro.

—Responde por Lisco —le dijo Almodís, a la vez que señalaba hacia el animal.

Aquella revelación consiguió que los hombros de él brincasen.

La sonrisa de ella era un cuento lleno de ternura.

—Lo sé, ya lo sé, mi madre me lo contó —añadió entonces—. Por eso mismo escogimos ese nombre para él.

Aquellas palabras hicieron que Laín asintiera, y ambos comprendieron que había mucho que los unía, más de lo que habían pensado.

—Cuéntame, ¿qué pasó?, ¿cómo murió mi padre?

—Me pidió que le dijera a tu madre que lo sentía.

Aquello volvió a robar el color de las mejillas de la muchacha. Y era tan bello su rostro que era lo mismo que mirar un rosal agostarse cuando le faltan las lluvias en la canícula del verano.

—Que lamentaba en el alma no haber cumplido su palabra de regresar. Me rogó que solicitase su perdón y me pidió que trajera esto —explicó Laín, sacando una faltriquera de cuero sobado que no era la que ya había visto en el crucero días antes —. Para ella.

Más tarde supe que aquél era el alijo personal del eunuco Wasif, las mejores y más brillantes perlas de todos sus aljofares, las más excepcionales. Una fortuna suficiente para vivir varias vidas. Sin embargo, ella rechazó semejante regalo.

Detuvo su gesto con las manos, cerró los puños de él en torno a la bolsa e insistió.

—¿Qué pasó?

Llevaba toda la vida esperando conocer a su padre y era comprensible que desdeñase el prodigioso regalo que le tendían. Aunque a mí se me iban los ojos por el saquito que Laín sostenía en sus manos. Y al propio Laín se le iba la mirada una y otra vez hacia ella, con dudas que nunca volví a ver en su rostro, pues, según me explicaría tiempo después, Almodís era el vivo retrato de su madre Egeria.

Indeciso, dejó en el suelo aquella fortuna. Se desentendió de ella como si no valiese un cobre, y el gato lo agradeció de inmediato, porque se puso a jugar con los cordones que cerraban la bolsa.

Laín suspiró.

Había dicho que nada teníamos que hacer hasta el día siguiente. Claro que, en aquel momento, él no sabía cuánto iba a salir mal al día siguiente, cuando se enfrentase a su viejo enemigo.

Pero me estoy adelantando de nuevo.

Así que, con la compañía del michino, junto a la lumbre de aquel hogar, Laín contó su historia.

La miraba a ella a los ojos. Y le hablaba a ella. Yo escuchaba, pero Laín no se dirigía a mí. Dejó escapar toda su pena. Y ella la fue recogiendo.

Para cuando Almodís acercó el pote a las brasas a fin de cenar caliente, escuchamos qué había sido de él cuando abandonó la lancha robada, en una playa que bien podía haber sido la misma en la que desembarcaran los hombres fugados del antiguo monasterio caldeo.

ESTROFA

XIV

EL LEOPARDO ENCARAMADO EN LAS MONTAÑAS

«En el lugar de Argol, en Persia, san Benjamín […]
consumó su martirio con cañas agudas entre las uñas…».

Martirologio romano

El cabrito triscaba de peña en peña con equilibrios impensables. No prestaba la menor atención a la caída bajo sus pezuñas, completamente ajeno a que se jugaba la vida en cada brinco.

De vez en cuando, mientras arrancaba matojos prendidos de milagro en la rocalla, sus aspavientos hacían caer guijarros, piedras y gravilla que se despeñaban con ruidos de cascabeleo hasta el valle, cientos de varas más abajo.

El resto de las cabras del rebaño y el imponente macho de enorme cornamenta se repartían por la escabrosa cañada. Los pequeños, recién paridos, estaban cubiertos por la borra tupida de antes de la primera muda. Y el bucardo, con su enorme y dura cabeza, estaba cubierto de largas lanas doradas; vigilaba, sintiéndose señor de harén y amo de aquel territorio de duros peñascos. Rumiaban aquí y allá en busca de algún hierbajo que echarse a la boca. Eran unas veinte en total y disfrutaban del buen tiempo de los primeros días del deshielo.

Se había acostumbrado a observarlos largo rato, y disfrutaba de las inconscientes cabriolas con las que se manejaban por aquel paisaje de auténtica locura en el que, por culpa de un paso en falso, se podía acabar estampado contra las rocas.

Llevaba un buen rato admirando la habilidad, o la insensatez, de aquellos bichos, cuando distinguió a la fiera. Un poco más arriba, sobre un repecho, a la distancia de una pedrada, advirtió la poderosa figura del leopardo.

Agazapada, la pantera preparaba su emboscada. Había que prestar mucha atención para acertar con ella mientras permanecía inmóvil. La bestia se aprovechaba de su manto grisáceo y, gracias a las manchas que le cubrían el pellejo, pasaba prácticamente desapercibida, porque su color y el patrón de su piel la hacían parecer una roca más, con sus parches de liquen, musgo y polvo.

Lo único que la delataba, el único fallo gracias al que pudo descubrirla fue que, de tanto en tanto, presa de la excitación al ver al cabrito descarriado, movía la punta del rabo, grueso y peludo, que terminaba en un mechón más oscuro. Lo sacudía de un lado a otro, anticipándose a la carrera que emprendería en cualquier momento.

Alejándose aún más del rebaño, el chivito siguió descendiendo con brincos habilidosos, buscando un arbusto prometedor al que echarle las muelas.

Más abajo, quedaba el valle pedregoso y retorcido por el que corría un arroyuelo miserable. Más arriba, cumbres que aún no se habían desprendido de toda la nieve.

A esas alturas, el cielo, limpio de nubes, tenía un matiz especial, el azul parecía desvaído y el sol brillaba con fuerza. Aun así, y pese a que no corría brisa alguna, el tiempo era fresco, porque, en aquel lugar tan lejano de sus bosques gallegos, uno podía elegir entre achicharrarse en los páramos desérticos o helarse en las montañas. Poco más.

Cuando volvió a mirar hacia el cabritillo, le sorprendió ver que había continuado su goloso descenso. Ahora mordisqueaba felizmente una especie de zarza espinosa que bien podría haber sido la misma que ardiera frente a Moisés.

Para aprovechar los brotes, el animalito se dio la vuelta, ofreciendo sus cuartos

traseros al depredador que acechaba. Y el ataque ocurrió en ese mismo instante.

Como una flecha, el leopardo salió disparado, empujándose con sus poderosas ancas. Cayó una lluvia de guijos que se despeñó por la ladera y, en una maniobra imposible, con dos saltos en los que sus garras rastrillaron la roca, se precipitó sobre el indefenso cabrito antes de que éste pudiera hacer otra cosa que lanzar un balido lastimero.

El resto del rebaño salió en estampida. La madre fue la única que venció el miedo y evitó echarse monte arriba, presa del pánico. Cuando vio al enorme felino echar los dientes en el tierno cuello y apretar hasta que su cría dejó de respirar, soltó un balido que sonó triste y, a la vez que el leopardo arrastraba su presa hasta algún escondrijo, ella siguió al resto de los suyos, aceptando la inmisericorde verdad de la vida.

—A ese gato me parece a mí que no ibas a perseguirlo a la carrera —le dijo Laín al perro, acariciándolo tras las orejas.

Lume, que miraba hacia el otro lado de la cañada, por donde se alejaba la pantera con su comida, soltó un ladrido quedo que podía significar cualquier cosa. Pero su amo lo interpretó como una bravuconada.

—No te hagas el valiente, si yo tampoco me atrevería —admitió entonces.

Ya no quedaba rastro del rebaño, y tampoco de la fiera. Sólo las montañas, una tras otra.

—Habrá que ponerse en marcha, ¿no te parece?

Recogió en un paño los restos de su magro desayuno: unas tortas de pan ácimo que le había comprado a un pastor, algo de cuajada y unas cebollas silvestres. Y se incorporó, sacudiéndose con las manos la arena pegada a las posaderas y a las perneras, además de las migas prendidas entre los pliegues del recio caftán que le había vendido un mercader judío. Estaba dispuesto a seguir peregrinando por aquel condenado paisaje, que parecía una vieja tabla de carnicero, hecho a base de tajos y contratajos.

Agotado, había varado la lancha en una playa amplia y desierta, sin tener idea de dónde se encontraba o de si estaba o no más cerca de su padre.

La pena por la muerte de Guy le pesaba como una losa cosida al corazón, pero continuaba adelante, más por inercia que por voluntad.

Lo recibió una tierra hostil y arisca. Apenas una franja de costa en la que no encontró un alma y que, de pronto, se levantaba con prisa para formar montes inabarcables que se extendían en todas direcciones.

Sólo una semana después de haber abandonado la lancha, ya se había hartado de subir y bajar por aquellos pedregales.

Pero el duro entorno se complicó mucho más, porque, al llegar el invierno, el frío y las ventiscas arreciaron. Los neveros se desbordaron, los pasos quedaron bloqueados. Y permanecerían así hasta la llegada de la primavera.

—Ya ves —le había dicho a Lume, con quien se había acostumbrado a hablar largamente—, hemos pasado de achicharrarnos a congelarnos hasta el tuétano.

Y lo cierto era que, durante aquellos días, la morriña acudía a él muchas noches para recordarle las amables montañas de su tierra, donde el agua nunca escaseaba, el calor era siempre soportable y el frío se podía combatir con una pelliza y un buen fuego.

Fueron semanas de nostalgia y melancolía en las que pensó a menudo en Guy, en Ciriaco, en Lúa, en Landra. También en Egeria, y en el travieso Lisco. Y en el viejo Tomás. En todos los que trabajaban en la torre de San Paio.

Sobrevivió de milagro. Aprendió a cazar liebres, a la par que se escurría de las zonas marcadas con el almizcle de las panteras y se aprovechaba de los bulbos de hinojo que recogía en las orillas de los regatos.

Y no sólo su humor fue cambiando, según lo cerca que sintiera sus esperanzas, también su cuerpo. Seguía practicando con la espada a menudo, caminaba de sol a sol y debía ocuparse de su propia supervivencia. El continuo ejercicio asentó las desmañadas extremidades del adolescente. Y la talla que había heredado de su padre se fue rellenando de músculo y carnes magras. Los hombros se ensancharon, el torso se amplió, los antebrazos engrosaron. La barba ya le salía prieta y, muchas noches, la falta de mujeres le llevaba a tener movidos sueños en los que aparecía el cuerpo pintado de aleña de la habilidosa Aaliyah.

Vagabundeó durante largos meses por aquellas montañas sin más compañía que el perro. Cuando se topaba con alguien, un pastor, comerciantes hebreos, un peregrino de paso, preguntaba siempre por el cristiano escapado de las garras de Wasif, pero no siempre conseguía hacerse entender. Porque aquellas gentes taciturnas que se cubrían con ropas gruesas tenían ojos que, a veces, eran tan claros como los suyos, pero hablaban sus propios dialectos y tan sólo a veces chapurreaban el parsi.

Con los judíos era más fácil. Solían hablar algo más que su propia lengua hebrea y viajaban para ganarse la vida, comerciando con cualquier cosa, desde pirita hasta marfil de los elefantes indios, así que podían hacer que la voz corriese. Aunque no había obtenido resultados.

Y, en las pocas ciudades con las que se topó, aprendió a andarse con tino. En todas ellas, ahora alicaídas, las glorias del viejo Imperio persa levantado por Jerjes y Darío habían palidecido por la decadencia del férreo control de los seljúcidas. En Shiraz vendió pieles que le permitieron ganar algún dinero y dejó caer sus preguntas en el caravasar y en el zoco, pero no consiguió nada. Más que ningún otro grupo de mahometanos, los seljúcidas se aferraban a su fe con ferocidad ciega, promovida por sus severos *mullahs* y, tal y como inspiraba el Corán, lleno de frases injuriosas a cristianos y hebreos, se mostraban recelosos con los extranjeros.

Justamente, en la ciudad de Shiraz descubrió que las lapidaciones, los desmembramientos, las decapitaciones y otras barbaridades eran castigos habituales que los seljúcidas practicaban para castigar el hurto, el adulterio o la blasfemia. Y Laín no había olvidado el miedo que la sola mención de los tribunales de la Santa Madre Iglesia podía provocar, pero aquello iba más allá. Pronto llegó a la conclusión

de que moverse por una ciudad bajo el control de los seljúcidas, que eran quienes habían hecho caer el Imperio de los *shas* persas y dominaban todo el Oriente hasta las fronteras mogolas, podía resultar peligroso para alguien como él, incluso pese a afanarse por parecer un vagabundo y guardarse de los severos ulemas de túnica negra, encargados de velar porque la vida siguiera estrictamente los preceptos islámicos.

No era el único europeo que se había adentrado en aquellas montañas. No se topó con ningún otro, pero, gracias a sus preguntas, descubrió que le habían precedido algunos monjes con el deseo de llevar la palabra de Dios a los infieles, también aventureros que buscaban fortuna en el comercio de materias exóticas, y, por supuesto, hombres llamados por la piadosa misión de reconquistar las santas tierras bíblicas, algunos con buenas intenciones, otros simples desertores. Pero no ser el primero no lo hacía más fácil. Así que evitó las aglomeraciones siempre que pudo y porfió con nómadas, pastores y mercaderes hebreos.

Por desgracia, para cuando ya hacía más de un año que llegara a aquellas tierras, seguía sin tener noticias de su padre.

Así que vagaba por aquellas montañas, moviéndose de un lado a otro siempre que oía algún rumor sobre europeos, todo para descubrir que se trataba de monjes peregrinos, o legados papales que llevaban mensajes a los kanes mogoles. Nada que le fuera de utilidad. Aunque el nombre del gran Gengis, el «señor del mar de hierba», fue uno que aprendió a reconocer rápidamente en variados dialectos.

Pero no desfallecía. Seguía insistiendo y, en los últimos tiempos, había decidido avanzar hacia el nordeste. Estaba resuelto a proseguir hasta toparse con la ruta de la seda y las especias, pues había llegado a la conclusión de que aquella misma decisión habría tomado su padre. Unirse a una gran caravana que tuviera Constantinopla por destino, o alguna otra ciudad intermedia, era el mejor modo de regresar al hogar y, para eso, tenía que llegar a las vías comerciales.

Lo que no comprendió, hasta mucho después, fue que su persistencia por preguntar a todos aquellos con los que se encontraba tenía también un oscuro reverso por el que habría de pagar.

Lume no era ladrador. Rara vez ladraba. Y quizás eso fue lo que salvó la vida de Laín.

Despertó en cuanto oyó al perro y, por puro instinto, estaba ya de pie, con la espada en la mano, antes de que el chucho ladrase por segunda vez.

Ahora que el tiempo se había vuelto bonancible, era fácil encontrar donde vivaquear, porque ya no se corría el riesgo de morir congelado durante la noche. En su accidentado camino al nordeste en busca de algún sendero comercial que lo llevara hasta el oasis de Merv, la víspera había decidido resguardarse al cobijo de unos alfóncigos raquíticos por donde se había escurrido un asustadizo puercoespín.

Cuando se perdían de vista los riscos más elevados y se descendía por las laderas, los bosques cubrían buena parte del paisaje. Había nogales, olmos, pistacheros, y también robles. Resultaban umbríos y, tras la sed del desierto, un alivio, porque eran húmedos y frescos. Eran menos frondosos que los de su hogar, pero allí se sentía a gusto, en su elemento. Reconocía buena parte de las plantas, sabía distinguir los rastros de liebres y topillos y podía tender lazos o usar su honda para asegurarse la comida.

Y bajo las ramas en las que empezaban a cuajar los pistachos, se había echado a dormir al lado de una fogata, después de cenar a base de nueces y cuajada compradas a un pastor de cabras dos días antes.

En el este, por entre las ramas de los pistacheros, se distinguía la siguiente montaña, porque en aquel lugar a cada cima le seguía otra y los montes parecían no acabarse.

Sobre las rocas empezaba a clarear el día con timidez, tiñendo de ocres el horizonte. Y allí, recortada contra la luz naciente, había una figura en pie.

Lume había recogido los belfos y gruñía. Y Laín sabía que, si se lo ordenaba, se lanzaría al ataque. Pero eso era lo último que quería hacer.

—¿Quién vive? —preguntó, sin saber si debía mantenerse hostil o no.

Le respondió un barboteo de palabras en una jerga de la que no entendió nada en absoluto. Sólo entonces se dio cuenta de que había hablado en su propia lengua.

—¿Qué quieres? —insistió, ahora en parsi.

A contraluz, pese a entornar los ojos, no distinguía a su oponente, pero era indudable que llevaba un alfanje desenvainado y, aunque el arma apuntaba al suelo, Laín no se confió.

—Podría haberte matado —oyó que le contestaban en persa, pero con un acento ceñido que nunca antes había oído—. Te he sorprendido trayendo el sol a mi espalda, y a ese chucho que te acompaña también; bastó con esperar a que el viento me favoreciese —hablaba muy rápido, como si no necesitase tomar aire entre las frases, y sonaba a cascajo—. ¿Eres uno de ellos?

Laín quedó desconcertado. Lume no las tenía todas consigo; seguía gruñendo, con la pelambre del lomo erizada.

—Si tan seguro estás de que podrías haberme matado, ¿por qué no lo has hecho?

—preguntó.

—Porque te necesito con vida para que contestes a mis preguntas —le respondió el otro después de una risilla floja—. ¿Eres uno de ellos?, ¿sí o no?

—No sé de qué estás hablando.

—No eres muy listo tú —aseguró la figura con cinismo—. ¿Eres o no eres un hombre de la cruz?

Laín consideró aquellas palabras durante un instante, sin cambiar de postura, manteniendo un ojo sobre Lume, que había dejado de gruñir pero mantenía los colmillos asomados.

Aún llevaba consigo la cruz escarlata que don Rodrigo le había dado tantos años atrás. Y aunque su fe se había resquebrajado, podía considerarse cristiano, pero intuyó a qué se refería su inesperado visitante, porque ya había escuchado esa expresión antes, en sus viajes por aquella cordillera, cuando preguntaba a todo con el que se topaba por el paradero de su padre.

—No, no lo soy. No pertenezco a ninguna de las hermandades.

Había aprendido a explicarse así, para dejar claro que no estaba con los hospitalarios, los teutónicos y, ni mucho menos, con los templarios. Pues sabía bien que, por aquellas tierras, debía cuidarse de que no lo tomasen por un caballero de cualquiera de las órdenes, porque todos ellos despertaban un odio irrefrenable entre los rudos habitantes de las montañas. Gentes hoscas y desconfiadas que vivían bajo la continua amenaza de los seljúcidas por el oeste y de los mogoles por el este.

—¿Estás seguro? Porque lo pareces. Hueles igual —comentó, venteando el aire como hubiera hecho Lume—. Caminas tan mal como ellos y eres igual de torpe. Todos os movéis como osos enfurecidos, hasta un niño podría seguir vuestros rastros.

Aquello se tornaba castaño oscuro, pero Lume ya no parecía preocupado, sólo miraba hacia el desconocido con curiosidad. Y Laín se fiaba de la intuición del animal.

—Sí, estoy muy seguro. De hecho, los templarios son también mis enemigos. —Se había acostumbrado a decir algo parecido siempre que le preguntaban al respecto, y era habitual que aquello le granjeara hospitalidad.

Al cabo, era cierto, las conspiraciones de Baños y los suyos le habían llevado hasta donde estaba. Sin embargo, nunca hubiera esperado la delirante risotada de su visitante, que, tras envainar su arma, comenzó a acercarse.

A los pocos pasos, Laín se llevó una gran sorpresa. Al salir del contraluz descubrió a un viejo enclenque y revenido. Un anciano achacoso que, de inmediato, le recordó a Tomás de San Paio.

—Muchacho, entonces tú eres a quien estaba buscando. No creía que el profeta me bendeciría con esta fortuna, pero has de ser tú.

Confundido, Laín iba a preguntarle de qué demonios estaba hablando, pero el curioso personaje no le dio tiempo:

—Enfunda ya esa espada, si no quieres que te desarme y te dé una azotaina. ¿Qué

clase de modales son ésos? Si eres enemigo de los hombres de la cruz, entonces eres mi amigo. Te perdono la vida. Bueno, el *sheik* Mohammed te ha perdonado la vida y yo, pobre pulga en el pellejo de un camello, cumplo la voluntad de mi señor.

Lo dijo con tal seguridad en sí mismo que el gallego quedó convencido de que a aquel viejuco no le cabía duda de que podía matarlo cuando le viniera en gana. Y creyó que no merecía la pena corregirle. Estaba arrugado como una ciruela pasa, vestido con roñosos andrajos que algún día fueran ropajes de calidad y caminaba con un evidente problema en la cadera. Era como el resto de un ajuar funerario. Tenía el aspecto de lo que uno se hubiera encontrado al abrir una tumba milenaria.

—Allah, el inefable, esté contigo, extranjero —le dijo entonces llevándose la mano al mentón y alzándola luego hacia el cielo.

—Y contigo —le respondió Laín en un acto reflejo.

—Yo soy Buzurg, esclavo de Allah e hijo de Tugril, que era hijo de aquél al que decían Sabbah, quien era descendiente de Alí, nacido en la calle del primer imán de Bujará, famoso por conseguir su fortuna mercando con granadas y cuyos ancestros llegaron a estas tierras bendecidas por el profeta desde la mítica Iskandar —se presentó muy compuesto, como un rey cuando se digna a hablar como un vasallo—. Y soy uno de los últimos nizaríes verdaderos. Mis manos han levantado imperios y han destruido reinos, he forjado el destino de cobardes y he hecho llorar a los valientes. Los míos han dado muerte a los tuyos, los míos le quitaron la vida a Conrado, al que llamabais rey de Jerusalén. Y vuestro Ricardo, el inglish, quiso pagar por nuestros servicios. Yo soy Buzurg —insistió con grandilocuencia, consiguiendo que su túnica, de un blanco roñoso con el polvo de millas de caminos diferentes, revolease con olores a sudor rancio—. Mis enemigos me temen y me llaman hashshashin, ¡porque lo soy! Uno de los auténticos hijos de la montaña —explicó señalando con un dedo hacia el cielo en un gesto admonitorio y exagerado—. Soy Buzurg ibn Tugril abd Allah, uno de los verdaderos hombres de Alamut.

Laín contuvo una sonrisa, porque no deseaba ofender al anciano, al que, sin duda, se le habían achicharrado los caletres bajo la calima de las montañas. Y, componiéndose lo mejor que pudo e intentando adoptar el mismo aire reverencial, le espetó lo primero que se le ocurrió:

—Yo soy Laín, de la muy segura fortaleza de San Paio en las tierras del fin del mundo, de allá donde el sol se acuesta sobre el océano desconocido.

Aquello pareció impresionar al viejuco, que, con una mano de junturas hinchadas y cubierta de manchas, se rascó la coronilla descolocándose el andrajoso turbante, de un rojo desvaído que había visto tiempos mejores. Lo hizo con tanta ansia que Laín vio saltar a los piojos.

—Pues el venerable Allah y su profeta Mahoma bendigan a tus hijos y a los hijos de tus hijos hasta la décima generación. Aunque, la verdad —dijo abandonando a las liendres—, tu nombre y tu linaje me importan menos que los minúsculos excrementos de los escarabajos que se meriendan las bostas de los camellos. Ahora debes

acompañarme, y recuerda que, si quisiera, te rebanaría el pescuezo en cuanto me viniera en gana.

Lo único que parecía haber sobrellevado la avanzada edad eran los ojos, tan oscuros que parecían negros. Brillaban fieros, con una fuerza impropia en un vejestorio así, que parecía en todo momento a punto de quebrarse, igual que una ramilla seca.

—¿Acompañarte?

—¡Vaya! Venga a verme Gabriel como acudió a inspirar al santo profeta Mahoma. ¿Qué sucede?, ¿es que además de un infiel descreído, torpe y maloliente, eres también estúpido?, ¿o es cuestión de una sordera que va y viene? Sí, acompañarme. Tengo mucho que aprender si quiero acabar con todos los vuestros y debes señalarme cómo distinguir a quién los manda, quién los sirve, las armas que ocultan. Y tú me ayudarás, porque, si no lo haces, lo pagarás con la vida. En Alamut llevamos tiempo esperando un golpe de suerte así, y no voy a dejarte escapar, ¿te queda claro? O vienes conmigo y me ayudas, o morirás despellejado.

Tan vital y arrollador, vestido con harapos y comido por las liendres, caminando con aquella cojera y arrastrando tal montonera de años, rayaba lo cómico. Y Laín, divertido, decidió tomarle un poco de aquel pelo grasiento y lleno de piojos.

—Pues no lo sé, a lo mejor resulta que soy estúpido —dijo Laín con sorna—. A mí me parece, oh, venerable anciano, que el sol te ha recocido los sesos y que te has perdido. Si es así, si acaso estás en apuros, será un placer llevarte hasta tu hogar, oh, venerable anciano. Yo seré tu samaritano si lo precisas.

El tono a retranca despertó una sonrisa en el rostro repleto de arrugas. La larga barba, gris y sucia con restos de comida, se abanicó bajo los labios.

—Pues has saber que a un estúpido se le puede perdonar su ignorancia, pero deberá pagar muy cara su soberbia si empieza a creerse listo —rebatió el tal Burzug después de soltar una de sus risillas estridentes.

Lume los miró a los dos alternativamente, inclinando la cabeza de un lado a otro, de forma tan cómica que la sonrisa de Laín se ensanchó, pues era incapaz de tomar en serio las amenazas del viejuco. Había pasado de estar preparado para luchar a sentirse pletórico y de buen humor. Procuró mantener la calma. No quería que el viejo se diera cuenta, pero un asomo de esperanza había aparecido al fin. Entre todas aquellas naderías, amenazas, el interminable linaje y más boberías, el viejo había dicho algo que podía resultar útil.

—Basta de cháchara —le espetó de pronto Burzug, haciendo aspavientos exagerados con sus manos correosas—, no somos dos comadres en el mercado hablando de partos complicados. ¡Acompáñame! Y no olvides que puedo matarte cuando me venga en gana. Te conviene hacer lo que digo.

Y, antes incluso de decir la última palabra, ya se había dado la vuelta y puesto en marcha. Muy resuelto, se alejaba cojeando, con la seguridad de que el cristiano infiel no se atrevería a desobedecerle.

El muchacho miró a Lume, pero el animal no tenía respuestas. Se limitó a rascarse con fruición tras una oreja, soltar un largo bostezo y, después de dar un par de vueltas sobre sí mismo, tumbarse con estrépito, con aparentes ganas de recuperar el sueño interrumpido.

—Eres un poco tonto tú —le dijo entonces al perro, imitando el rasposo hablar del anciano con bastante acierto—. No has comprendido que nos conviene seguirle, ¿verdad? Ni siquiera has caído en la cuenta. —Lume sólo lo miraba de reojo, con una expresión de hastío casi humana—. ¿Acaso no ves que esos hombres de la cruz de los que habla ese loco podrían ser don Rodrigo y sus fugados? No hay tantos europeos por aquí. Aun así, no te hagas ilusiones, hay que mantener la cabeza fría —apostilló, recordando las lecciones de Guy.

Aquello no hizo que el perro se animase, pues se limitó a soltar un resuello y apoyar la cabeza en las manos. Pero Laín se permitió un tímido brillo de esperanza.

—Anda, vamos, cojea tanto que no creo que se escape, pero no deberíamos perder el tiempo.

No, no eran los suyos. Aunque sí los conocía.

Como tantas veces le había advertido el gascón, lo peor de los errores era que uno no se daba cuenta de haber metido la pata hasta que era demasiado tarde.

Allí abajo estaban los hermanos Cagafuego, desmontando su propio campamento y gritándose el uno al otro con verdadero deleite, como si no estuvieran haciendo otra cosa que disfrutar de una alegre excursión campestre. Iban acompañados de otros dos, también vestidos con el inconfundible sayo negro de los sargentos templarios. Había cuatro caballos y ni rastro de Berenguer Baños, el alcarreño. Sin embargo, a Laín no le cupo duda de que él habría dado las órdenes, porque en ese mismo instante, mientras observaba a los templarios darse codazos y gritarse pullas, comprendió que sus continuas preguntas eran las que habían servido para delatarle. De un modo u otro, los rumores de un cristiano vagabundo que preguntaba por el paradero de don Rodrigo de San Paio habían llegado hasta Jerusalén. Al fin y al cabo, la hermandad de los pobres caballeros de Cristo era poderosa y tenía oídos y ojos en muchos lugares, incluso pagaba espías entre los propios seljúcidas. Quizá su estancia en Shiraz había hecho correr la noticia.

Probablemente, ellos no sabrían qué había sido de Ciriaco o de Guy, pero Laín no creyó que les importase, porque lo único que querían los del Temple era sacarle a cualquiera de ellos tres el secreto de dónde había enterrado Jacques de Lunel una fortuna impensable en supuestos maderos de la vera cruz. Por eso habrían seguido la frágil pista de un mero rumor sobre un europeo joven que cruzaba las montañas del antiguo Imperio de los persas preguntando a todo aquel con quien se topaba por un esclavo fugado.

—¡Maldita sea mi estampa!

Y, si antes había imitado la voz del viejo, ahora la maldición le salió casi como al propio Guy.

—Debes hablar en una lengua culta —le recriminó Burzug—; no uses esa jerigonza de mico de las selvas o te rebano el pescuezo. Y ahora, dime, ¿son hombres de la cruz?

Estaban agazapados en un alto de entre los que rodeaban el bajío donde los templarios habían vivaqueado. Y ambos observaban el trajín de los sargentos.

—Sí, lo son.

—¿Y son del templo?

—Sí, lo son —repitió el gallego pensativo.

—Perfecto, perfecto. Otros hermanos me habían hablado de ellos, al fin les pongo cara a esos perros infieles. ¿Y qué están haciendo aquí?

Laín rumió sus dudas. Estaba casi seguro del motivo que había traído a los *Cagafuego* hasta las montañas del antiguo Imperio persa.

—Deben estar buscando la ruta a la fortaleza de Alamut —aventuró Burzug—. Nos han llegado rumores de que han enviado exploradores y espías. Hace tiempo que intentan cobrarse venganza, esos descreídos excrementos de chacal con las tripas

comidas por las lombrices.

Laín apenas escuchó las palabras del anciano.

—No. No están buscando tu fortaleza —reconoció finalmente el gallego—. Me están buscando a mí.

Las arrugas de Burzug se contorsionaron en una mueca de asombro.

—¿A ti?, ¿estás seguro? Si lo es, si es cierto, entonces, tú eres aquel a quien mi *sheik* quería encontrar.

El tono con que habló dejó claro que aquella revelación mudaba el concepto que el viejo tenía del cristiano.

—Veo en ti las tinieblas, muchacho —le dijo—. Y los míos conocemos bien esos pozos. Nuestra tribu nació de los ismailíes y siempre hemos valorado la intuición, lo oculto, la verdad que está más allá. Aunque eso no importa ahora. Nosotros somos los *hashshashin*, temidos de un extremo a otro del Oriente. Tenemos muchas cuentas pendientes con los tuyos, especialmente con ellos, con los hombres de la cruz. Y mi *sheik* Mohammed estará encantado de saber que al fin te hemos encontrado.

Se miraron largo rato, sin hablar.

—Hace unos años, los corasmios, que no son otra cosa que los perros de los seljúcidas, nos pagaron para que les ayudáramos en su lucha contra los cristianos infieles. —Una ceja llena de largas canas, abrupta como un cepillo viejo, se alzó con ironía—. Nos pagaron a nosotros, a los *hashshashin*, para que nos deshiciéramos del gran maestre del Temple —contó el viejuco—, eso les ayudaría a ganar. Y lo hicimos, los *hashshashin* siempre cumplimos. Aprovechamos la confusión de la batalla en las planicies de Gaza para matarlo. Pero los corasmios nos traicionaron, revelaron la verdad a los hombres de la cruz y, desde entonces, esos perros descreídos han estado intentando encontrar nuestra fortaleza de Alamut. Están rabiosos de venganza —se le escapó otra de aquellas risas—, y ni siquiera saben que los seljúcidas también nos han pagado para que matemos al sucesor, sea quien sea.

Laín sabía a qué se refería. A Berseva habían llegado noticias de que el rey Luis de los francos había iniciado una nueva cruzada bajo la bendición papal. Miles de hombres habían dejado sus hogares para unirse a la lucha en las costas del antiguo Egipto de los faraones. Se había guerreado en Daimieta y, cruzando el mar de los Juncos, las batallas entre mahometanos y cristianos habían llegado a la Palestina. Sin duda, el viejo hablaba de la batalla que los europeos llamaban de Forbie, en la que Armando de Perigórd, gran maestre del Temple, de quien Ciriaco hablaba con desprecio, había desparecido, sin que se supiera si había sido capturado o muerto.

Lo nuevo para él era la intervención de la tribu de los *hashshashin*, de los que jamás había oído hablar.

—No, no creo que mandasen a cuatro sargentos para eso —dijo después de un rato, convencido de que los delirios de grandeza del tal Burzug poco tenían que ver en aquel asunto—. Me buscan a mí.

Mantuvieron silencio mientras observaban a los templarios organizarse para

comenzar el día. No podían oírlos, sólo vagos rumores que bailaban al capricho del viento, pero a Laín no le costaba imaginar las bromas habituales de los hermanos, sus quejas por la comida y las protestas por estar lejos de cualquier burdel.

—¿Mataste también a uno de los suyos? —preguntó de repente el viejuco.

Aquello sorprendió a Laín, que meditó sobre la respuesta.

—No, no se trata de eso. Buscan algo. Algo muy valioso —dijo sin querer dar más detalles.

—Y tú sabes dónde deben buscar, ¿no es así?

El gallego asintió, asombrado por la perspicacia del otro.

—Te creo. Guardas algo oscuro y peligroso. Hay secretos en tus ojos. Lo presiento —añadió con el tono místico de una homilía—. Pero yo debo estar seguro de cuál es la verdad. Porque, si no lo hago, mi *sheik* podría ordenarme que me lanzase al vacío desde una de las torres de Alamut y yo tendría que obedecer, porque he jurado lealtad. ¿Y qué sería de mí?, ¿alcanzaría el paraíso? Yo, que no soy más que un pobre pecador… No sé si estás en lo cierto o no —dijo rascándose la coronilla con fuerza—. Sin embargo, salir de dudas es fácil —se puso en pie—. Basta con que les preguntemos a ellos. Son sólo cuatro, y estoy seguro de que serán tan incompetentes como tú. Sí —dijo claramente para él mismo—, se lo preguntaremos. Es necesario saber la verdad. No puedo correr el riesgo de equivocarme.

Antes de que Laín comprendiera a qué se refería el viejo, el *hashshashin* se echó monte abajo y, sin molestarse en ocultar su posición, se encaminó al campamento de los sargentos templarios con aquella cojera inconfundible.

No tardó mucho en hacerse notar, porque empezó a bracear ostensiblemente y a gritar.

—Eh, vosotros, ¡los de ahí abajo!, malditos hijos bastardos de una camella.

Los cuatro sargentos se giraron hacia el viejo. Laín vio a uno de los *Cagafuego*, Rui, creyó; señalaba hacia el anciano y se reía ostensiblemente.

—Sí, vosotros, perros infieles —volvió a gritar Burzug—. ¿A quién buscáis?, ¿qué hacéis aquí?

Para entonces, los templarios habían abandonado sus quehaceres y observaban con escepticismo al viejuco que los encaraba desde la loma.

Fue entonces Laín el que se rascó la coronilla, incrédulo una vez más en esa mañana que deparaba una sorpresa tras otra. Miró hacia Lume, tumbado a su lado. El perro también observaba el griterío, pero no parecía tan asombrado como su amo. De hecho, prestó toda su atención a sus ancas, donde empezó a mordisquearse el pellejo como si tuviera pulgas de las que ocuparse.

—Va a conseguir que lo maten —insistió Laín—, está como una cabra ese viejo.

El comentario sólo mereció un resoplido desganado de Lume.

Para ese instante, pese a su cojera, el viejo ya casi había alcanzado a los sargentos del Temple. Y mostraba sus manos desarmadas, con los brazos abiertos a los costados como si hiciese una ofrenda.

No era más que una hoja seca de otoño, tan frágil como para quebrarla entre dos dedos sin el menor esfuerzo, y Laín tuvo la certeza de que bastaría uno sólo de los sargentos para aniquilarlo. El viejo cojitranco no era rival para hombres con veinte años menos, acostumbrados a luchar guerras de un extremo al otro del mundo. Además de los *Cagafuego*, los otros dos tendrían sus propias historias y, desde que el papa Inocencio llamara a la primera cruzada en Claramonte, había pasado ya más de un siglo en el que miles de hombres como aquéllos se habían fogueado en cientos de lances, sin otro propósito en la vida que la lucha contra los mahometanos.

—Quizás deberíamos ayudarlo —le dijo a Lume sin convencimiento.

Pero antes de que pudiera pensarlo, ya era tarde.

Godino Trillo, más conocido como uno de los hermanos *Cagafuego*, de buen comer y mejor diente, siempre bravucones, orgullosos de mear claro, peer fuerte y cagar duro, era famoso por hacer gala de poca paciencia. Y antes de que el viejo diera tres pasos más, empezó a increparlo.

El templario desenvainó, listo para abrirle las asaduras al anciano.

Sin embargo, Burzug no se arredró. Siguió avanzando y, por toda defensa, se limitó a preguntar algo que Laín no pudo oír.

Como respuesta, llegó en la brisa una estentórea carcajada del sargento del Temple.

Aún en su sitio, Laín vio que el viejo insistía, y también cómo levantaba un dedo, tal y como había hecho poco antes con él mismo para advertirle. Pero la amenaza no surtió efecto, porque el Cagafuego dio dos pasos al frente, armando el brazo para descargar el primer tajo.

—¡Vamos! —urgió a Lume—. No podemos dejarlo solo, lo van a despedazar.

No hizo falta. Antes de que Laín hubiera dado dos zancadas, Burzug se había servido de una finta, había girado sobre sí mismo y había clavado una daga en la nuca del cristiano, en cuyos ojos se dibujó primero la sorpresa y, luego, la muerte.

En tanto empezaba a negociar la pendiente, a dos de los tres sargentos les dio tiempo a reaccionar. Se lanzaron como buitres a por la carnaza, ciegos de furia.

Sin embargo, para pasmo de Laín, aquel viejuco enclenque y cojo demostró una agilidad envidiable. Antes de que cualquiera de los tres templarios se percatara de lo que sucedía, Burzug se había echado a un lado y, con dos palmadas en la grupa, había espantado a los caballos, con lo que logró desbaratar el ataque.

—¿Qué buscáis en estas tierras, perros infieles?

Ahora que estaba más cerca, pese al barullo y a los relinchos, Laín escuchaba las preguntas del anciano y, aunque le costaba creerlo, hubiera jurado que el loco de Burzug reía encantado con aquel jugarse la vida.

Aprovechando la polvareda del caballo, el viejuco emboscó a otro de los sargentos y, con un rápido movimiento, impensable para aquellas manos en las que Laín había visto las articulaciones de los dedos hinchadas por la edad, cercenó el antebrazo que sostenía la espada. Y, apenas el hombre había dado el primer grito

mientras intentaba sujetarse el muñón y evitar la sangría, otro tajo del alfanje del *hashshashin* le rebanó el cuello. Algo que Burzug hizo con un movimiento de acróbata, terminando el envite del hierro y girándose sobre sí mismo con la defensa preparada para repeler cualquier ataque.

—¿Qué hacéis aquí?, ¿qué buscáis? ¿Acaso estáis pensando que podéis encontrar la fortaleza de mi gente? —Asombrosamente, al viejo no le faltaba el resuello y era capaz de batallar y gritar todo a un tiempo.

Aunque no parecía que su peculiar interrogatorio fuese a dar frutos, porque Burzug no daba tiempo a sus enemigos, no ya para que respondiesen, sino siquiera para que lo escuchasen. Se había lanzado sobre ellos como una de las diez plagas.

Dispuesto a todo, Lume ya había adelantado a su amo. Corría con las orejas echadas hacia atrás y los colmillos asomados entre los belfos, preparado para atacar a cualquiera que osase amenazar a Laín, que iba tras él con la espada desenvainada.

Burzug seguía aullando mientras buscaba un nuevo objetivo.

—¿Qué hacéis aquí?, ¿eh?

Desplegaba una energía impropia de un hombre que debería estar pensando en sus últimas voluntades.

—Perros infieles, descreídos, pichas cristianas, ¡sois peor que las ratas!

Y en aquel torbellino, envuelto en la polvareda que habían levantado los caballos, el viejo encontró al otro de los sargentos, al que Laín no conocía. Apenas duró un suspiro, incluso pese a estar sobre aviso respecto a las innegables destrezas del anciano.

El templario adoptó su guardia, precavido. Laín, a punto de alcanzar la refriega, se percató de los abalorios de sudor que le brillaban en la frente, mientras observaba a Burzug danzar ante él sobre las puntas de los pies, moviendo su alfanje con la misma rapidez con la que había visto a Wasif manejar el látigo.

El sargento cometió el error de echar una mirada de reojo hacia Lume, que corría hacia él para embestirlo, y fue todo lo que el viejuco necesitó para dar dos pasos y dejar en el aire un mandoble que se enterró en la mandíbula del sargento con crujir de huesos.

Entonces intervino Rui *Cagafuego*, que hasta entonces se había mantenido al margen, abrazado al cadáver aún caliente de su hermano.

Llevado en volandas por su anhelo de venganza, se abalanzó sobre el viejo, al tiempo que Laín también llegaba junto a él.

Y el templario reconoció al muchacho.

Con la sorpresa pintada en el rostro, los ojos muy abiertos del Cagafuego miraron a Laín y la mano sin espada se alzó para señalarlo. Una distracción que Burzug aprovechó con tanta maña como acababa de usar justo antes con el otro sargento.

—¿Lo conoces? ¿Es él a quien buscas?

Pero el viejo no necesitaba respuesta, porque había visto la verdad en el semblante del *Cagafuego*.

Sin darle tiempo a Lume o a su amo a hacer siquiera el amago de interponerse, Burzug se echó encima del templario.

—¿Y qué quieres de él? Tú, escoria bajo la pezuña de un macho cabrío, ¿qué quieres?

El alfanje siseó en el aire y todo terminó.

Boquiabierto, sin comprender cómo aquel viejo achacoso se había movido con tanta celeridad, Laín vio que Rui Trillo expiraba.

Lume y él mismo se quedaron donde estaban, sin saber qué hacer.

—No mentías, no eres uno de ellos. Ellos te buscaban, a ti —dijo de pronto el viejo—. Muy bien, pero aún hay algo que no entiendo, ¿qué buscas tú?

Los caballos, indecisos y agitados, se habían detenido junto a unos arbustos raquíticos, entre los que piafaban y desde donde lanzaban miradas desconfiadas al lugar donde yacían los cuerpos. El polvo empezaba a asentarse y el ambiente estaba cargado por el dejo metálico de la sangre.

—Yo busco a mi padre —respondió Laín, que miraba alternativamente los cadáveres de los hermanos Trillo.

—¿Tu padre?

No le reveló que era un bastardo. Tampoco los juramentos que había hecho. No le habló de Guy. Tampoco de lo mucho que había dejado atrás. Sin entrar en detalles, en pocas palabras, Laín le contó al hashshashin parte de lo que sabía y casi todo lo que sospechaba sobre dónde podía estar don Rodrigo. Y le explicó su intención de seguir camino hacia Merv, o hacia cualquiera de las encrucijadas de las rutas comerciales, donde esperaba hallar una pista sobre el paradero del señor de San Paio.

—Entiendo —respondió Burzug entornando los ojos—. Pues debes dar gracias a tu dios, infiel descreído.

Aún más desconcertado, Laín miró fijamente al viejo.

—Sí, debes darle las gracias, porque nosotros, los temidos *hashshashin*, conocemos los secretos del alma.

Rebuscando entre sus ropas, el anciano le hizo señas con la mano libre y se dirigieron hacia los restos de la fogata que había servido al campamento de los templarios.

—Toma asiento —le ordenó mientras desenterraba de algún lugar de su túnica un saquito—. Ahora muchas cosas han cambiado, pero, en los viejos tiempos, mis gentes seguían los ritos de Ismael, primogénito del imán Ya’far. ¿Entiendes?

Laín no supo qué responder. Sabía que los mahometanos estaban divididos en

distintas corrientes ideológicas, de las que Ciriaco le había hablado, pero no conocía los detalles. Sin embargo, sentía curiosidad, de modo que asintió.

—No, no creo que entiendas nada —adivinó Burzug—, pero no importa —recalcó con un suspiro—. Las cosas han cambiado mucho en los últimos años. Hoy en día mi pueblo ya no comprende su historia, pero la verdad única es que Allah, en su infinita sabiduría, nos iluminó.

En tanto hablaba, el viejo preparaba las ascuas e intentaba reavivar la fogata, y sus gestos volvían a ser los propios de un anciano. De hecho, volvía a evocar imágenes de Tomás, a un mundo y a una vida de distancia, arañando la melancolía de Laín.

—Y aún quedamos unos cuantos que tan sólo reconocemos a los siete primeros imanes —siguió hablando Burzug—. Unos pocos que mantenemos con vida las doctrinas del león de Ismael. Y nosotros creemos en el profeta, en sus escritos y la ley revelada: el *zahirí* —dijo, alzando una mano en la que guardaba algo que había sacado de la bolsa—. Pero también en el imán y su interpretación de las revelaciones de Mahoma: el *batiní* —añadió levantando la otra mano, en la que sostenía una rama que usaba como atizador—. Sin embargo —aclaró juntando las manos—, la verdad está más allá.

»Las escrituras, las revelaciones y las enseñanzas son sólo la primera posta en el camino, porque no son otra cosa que la alegoría de un mensaje oculto. Aunque descubrir ese mensaje y comprenderlo es sólo vislumbrar el camino. La verdad suprema está más allá, escondida a su vez tras ese mensaje oculto. —Usó el palo para señalar los peldaños de una escalera imaginaria—. Uno, dos, tres… Hasta siete son los niveles esotéricos que los iniciados deben atravesar para llegar a la verdad suprema.

En aquel lugar de muerte, rodeados por los cadáveres de los templarios, aquella discusión filosófica parecía fuera de lugar, pero Laín se dejó llevar por el magnetismo del viejo Burzug.

El viejo cogió una de las escudillas que habían quedado abandonadas y, ayudándose con la rama, la llenó con las ascuas reavivadas. Luego, para evitar quemarse cuando el estaño se calentase, empleó las mangas para salvaguardar los dedos y, mientras hablaba, sopló sobre las brasas hasta que adquirieron un color rojo intenso y pequeñas llamas danzaron entre los carbones.

—Nosotros somos los elegidos del profeta, hafices de sus secretos. Buscadores de la verdad —continuó en tono solemne—. Y, para llegar a lo oculto, a lo que está más allá de lo natural, a lo escondido, mi pueblo ha usado el *hashis*.

Aaliyah le había hablado de aquello. Algunas corrientes mahometanas usaban el cáñamo, para consumirlo, beberlo o inspirar sus humos. Y, ante sus ojos, vio cómo Burzug cubría las brasas con una capa de ceniza y, después, con un trozo de resina de color pardo verdoso del tamaño de una cereza.

Al poco, en la cama caliente de cenizas, pero sin contacto con el calor intenso de

las ascuas, igual que el benjuí y que el incienso, el cáñamo empezó a consumirse, desprendiendo un hilo de humo intenso con un olor fragante. Un aroma tan dulzón, que consiguió espantar el tufo de la sangre recién derramada.

Lume, echado junto a su amo, estornudó, y provocó una lluvia de chispas que salieron despedidas de la hoguera. Y el viejo, con una sonrisa pícara en su pellejo cuarteado, acercó la escudilla al rostro de Laín para que pudiera respirar los vapores del cáñamo, que se consumía lentamente en la patera.

—Sé que escondes algo, descreído cristiano —le soltó ensanchando la sonrisa hasta dejar ver sus dientes maltrechos—. Y ha llegado el momento de que conozcamos tu verdad, podrido extranjero infiel.

No hubiera servido de nada protestar por la retahíla de improperios. Además, el tono chivaba a Laín que el viejo lo decía por pura costumbre.

—Deja que el camino se abra ante ti —sugirió Burzug, volviendo a pasear la escudilla bajo las narices del gallego—. Buscas a tu padre…

De nuevo acercó el cáñamo ardiendo al rostro del joven y dejó que las volutas de humo le rodearan las mejillas.

—Pero no lo buscas para encontrarlo a él…

Las pupilas de Laín se ensancharon y abrió la boca para decir algo, pero no emitió sonido alguno. Su lengua parecía de trapo. Sentía que los dedos hormigueaban.

—Lo buscas para encontrarte a ti mismo…

El olor era embriagador. Y la voz de Burzug sonaba lejos.

—Ésa es la verdad oculta tras la verdad.

Desde tiempos inmemoriales, había campesinos que usaban mandiles de cuero para caminar entre las plantas de cáñamo indio y recoger en los delantales la resina que desprendían las matas. Luego la raspaban cuidadosamente hasta obtener una pasta. Tras amasarla y secarla, se conservaba para usarla en los ritos.

La escudilla humeante volvió a pasar bajo las narices de Laín.

—Ése es sólo el primer peldaño, sólo el primero.

Laín se sintió borracho, embargado por una dulce confusión en la que no le apetecía otra cosa que arroparse.

Para cuando el viejuco acercó de nuevo la patera con las brasas, sus ideas se habían enmarañado. Los miedos del presente, los errores del pasado y los sueños del futuro se habían hecho un ovillo. Incluso Lume, después de volver a estornudar, se vio atrapado en aquella laxitud y se derrumbó sobre un costado, despatarrado.

—¿A qué has venido a estas montañas, cristiano?

Laín oyó la pregunta, lejos.

—¿Has venido a buscar a tu padre?

Le daba la sensación de tener la boca llena de virutas de corcho. La mente, embotada. Se sentía eufórico y nostálgico a la vez. Confuso. Y el perro no le andaba a la zaga: ofrecía el vientre sumiso y dejaba escapar gemidos quedos.

—¿O has venido buscando el perdón de tu padre?

Algo en la pregunta encendió un recuerdo, pero no supo ponerle voz.

—Háblame, cristiano.

El cáñamo ardía lentamente. Su humo se desenrollaba con parsimonia, dejando volutas en el aire que desaparecían en un parpadeo.

—Cuéntame la verdad.

Al principio, sólo Lume contestó, con otro gañido lánguido.

Laín se debatía. No tenía el menor deseo de contar su historia. No quería dejar su destino al juicio del viejuco. Se daba cuenta de que le flaqueaban las fuerzas y de que, como en los cuentos de meigas que le había relatado Egeria tantos años atrás, algo en aquel incienso lo estaba embotando.

—Háblame —insistió Burzug.

Se sintió incapaz de articular palabra.

—Cuéntame.

El braserillo improvisado volvió a circular y aquel penetrante olor dulzón se le metió hasta el cogote.

Fue fácil e inevitable, como caer por un precipicio.

Sin poder hacer otra cosa, pese a que en su mente no había más que ideas borrosas, las palabras fueron saliendo.

Tenía tanta hambre como una manada de lobos en lo más crudo del invierno. Pero lo primero fue apaciguar la sed, pues se sentía igual que después de haber acabado con el eunuco Wasif, con la garganta descascarillada. Y también el perro, que metió los hocicos en el arroyo y bebió con avidez, chapoteando ruidosamente y tragando con el ansia de un camello.

—Pero ¿dónde diantres estamos?, ¿qué ha pasado?

Lume no se dio por enterado de que le estaban preguntando y, después de alzar la cabezota para mirar a su amo, volvió a beber largamente.

—Estamos donde se tendió la piel de toro —dijo la voz de Burzug a sus espaldas.

Laín no podía recordar lo que había pasado el día anterior. A partir del momento en el que se había sentado junto al viejuco, todo se volvía borroso.

No había rastro de los templarios. Estaban en otro bosque más, en una ladera más de una más de las montañas que cubrían aquel país de montes. Había unos cuantos pistacheros, también cedros altísimos y espigados, algunos arbustos que se sacudieron cuando unos pájaros echaron a volar asustados, y el rápido arroyo de aguas claras. Burzug estaba sentado en un tronco caído, revolviendo los restos de una fogata, prendida en un círculo de piedras y cuya mera visión hizo que a Laín se le escapase un mohín. Tras él estaban los cuatro caballos que habían pertenecido a los sargentos del Temple y, rodeando el fuego, igual que en el campamento de los *Cagafuego*, dos lechos.

Aunque era incapaz de recordarlo, habían cabalgado hasta allí mismo. Y allí habían pasado la noche.

—Te he traído a mi casa —le dijo el vejancón, señalando a la cima que tenían más allá—. Al lugar que tomó el primero de los nuestros, el primer sheik, el venerable Hassan ibn Sabbah.

Cuando siguió la dirección que marcaba el dedo ajado de Burzug, descubrió por qué el lugar, según las palabras del viejo, se llamaba «nido de águilas». Era una fortaleza que hacía empequeñecer a la torre de San Paio; una enorme construcción colgada en el escarpado pico de la montaña y que parecía inexpugnable. Para llegar hasta ella, un camino en el que se habían incrustado baldosas de piedra serpenteaba entre las rocas. A medida que ganaba altura, iba dejando atrás los árboles, luego los arbustos y rastrojos y, finalmente, alcanzaba las tierras baldías de la cumbre, donde el baluarte de los *hashshashin* amenazaba con todo su poder y su historia.

—Éste es el lugar donde el *sheik* Hassan extendió la piel de toro —insistió Burzug—. Cuenta la leyenda que hizo un trato —le guiñó un ojo, logrando que las patas de gallo que le hacían cornisa a sus párpados se enredasen—. Juró que tan sólo se apoderaría de aquel terreno que pudiese cubrir con el pellejo de una res que llevaba consigo para tumbarse por las noches. ¿No parece mucho?

Llenando la ambuesta de sus manos en el regato, Laín se echó agua fría por el cogote. Le acometió un escalofrío, pero sirvió para despejarlo y logró contestar.

—No, no lo parece.

—Ah, pero cuando el pacto fue aceptado —repuso de inmediato el viejuco alzando uno de sus dedos nudoso—, el astuto Hassan se sentó, tomó su gumía y empezó a cortar tiras finas y largas de la piel de toro. Fabricó cordeles…

No siguió hablando porque le asaltó uno de sus ataques de risillas nerviosas, y Laín aprovechó la mezcla de toses y carcajadas para levantarse e intentar caminar. Lume, sin embargo, se echó allí donde estaba, junto al arroyo.

—Los unió, uno detrás de otro, y consiguió una cinta de miles de codos de largo con la que rodeó la cima de la montaña y la antigua fortaleza abandonada —terminó de explicar, hipando por la risa y señalando de nuevo hacia Alamut.

Cuanto más tiempo pasaba con Burzug, más le recordaba al viejo Tomás, que también había llenado su infancia con historias cubiertas de enseñanzas y abundantes parábolas, buena parte de ellas cargadas de retranca. Sin embargo, aquel personaje tenía algo de siniestro y oscuro, algo que le hacía desconfiar. Le recordaba al palafrenero, pero aquel anciano era, más bien, como la otra cara de la moneda.

—Desde hace dos siglos, ése es el hogar de los míos, los temidos *hashshashin* —añadió el viejuco con evidente orgullo.

No sin ciertos titubeos, Laín logró sentarse junto a él, que había empezado a atusar su barba con fruición, haciendo saltar algunas de entre las cientos de liendres que allí habitaban.

Arrastrado bajo la pesada influencia del cáñamo, el muchacho hizo finalmente la inevitable pregunta.

—¿Qué hago aquí?

El vejancón abandonó la barba y se dedicó a las sienes, logrando que el turbante quedase cómicamente inclinado sobre su frente, donde las arrugas llenas de roña parecían tierras de labrantío.

—Me caes bien, cristiano. Y, por el momento, he decidido mantenerte con vida.

Al contrario que el día anterior, después de haber visto lo que aquel débil anciano podía hacer con las armas que portaba, Laín no se tomó a broma la amenaza latente.

—¿Y para qué me has traído hasta aquí?

Aprisionándolo entre las sucias uñas del pulgar y el índice, Burzug aplastó con un crujido uno de los piojos capturado en los aledaños del turbante.

—Oh, no es necesario que me lo agradezcas. Sigues con vida, pero eso puede acabarse en cualquier momento, no te confíes —advirtió, al tiempo que echaba el cadáver del insecto en la hoguera—. Pero yo también quiero hacer un trato contigo, igual que el *sheik* Hassan.

Viendo el hilillo de humo que salió del piojo muerto mientras se socarraba encima de una brasa, la frente de Laín palpitó. A la fuerza había aprendido a desconfiar.

—¿Qué clase de trato?

Burzug soltó una de sus risillas.

—Al este pacen los mogoles, que son perros descreídos e ignorantes, pero unos guerreros imparables cuya sed de sangre jamás se sacia —contestó con un tono de

desprecio evidente—. Al norte, los seljúcidas, que repudian a los nuestros porque no les gusta nuestro camino hacia la verdad del profeta y su libro revelado —añadió con mayor asco—. También al norte quedan los escombros del califato de Bagdad. Al sur, los mamelucos, que son como chacales y vienen hacia aquí desde las tierras de Egipto con el afán de apoderarse de cualquier carroña. Y hacia el oeste, los tuyos, los cristianos…

Otro piojo espachurrado acabó en la hoguera, y le siguió un escupitajo que salió de la boca del viejo por uno de los huecos entre sus dientes estropeados. Con sorprendente puntería, le acertó al lugar donde ardían las cenizas del bichejo.

—Somos un pueblo asediado, y debemos mantenernos alerta, siempre alerta. Enviamos a nuestros misioneros *da'i* a recorrer el mundo y a atraer más creyentes a la verdadera fe, a la única y cierta interpretación del Corán. Aguardamos por el regreso de nuestro venerado *mahdi* Ismael, que volverá para liberarnos. Pero, hasta entonces, hasta que la gloria se alce sobre la tierra, debemos seguir con vida para propagar su mensaje divino. Y para eso hemos de ser útiles.

Laín recordó vagamente lo que había contado el día anterior. Los *hashshashin* se vendían al mejor postor para dar muerte a cualquiera, fuera cual fuese la raza, la religión, la costumbre o la creencia, tanto de la víctima como del verdugo que contrataba los peculiares servicios de los hombres de Alamut.

—A todos les gusta vilipendiarnos y acosarnos. Somos blanco de muchos odios, pero cuando quieren deshacerse de un rey incómodo, de un imán severo, o de un monarca extranjero, entonces recurren a nosotros. —No había en su tono rastro alguno de resentimiento, simplemente exponía la que era su verdad—. Sin embargo, no podemos bajar la guardia, debemos seguir ocupándonos de cuidar de nosotros mismos.

Laín no sabía adónde quería llegar el viejo, pero le dejó seguir hablando.

—Los míos te ayudarán, si tú nos ayudas —reveló al fin, tras tanta palabrería.

Aquello hizo que el gallego alzase los ojos de la fogata y los fijara en los del viejo, tan despiertos como si aún fuera adolescente. Laín sabía que el anciano intentaba embaucarle como un mercachifle de feria.

Aun así, decidió que debía escuchar la propuesta.

Le escamaba la posibilidad de que fuera un corredor sin salida, pero la alternativa de seguir vagando durante meses por aquellas montañas le atraía aún menos.

—Los *hashshashin* tenemos espías en todos lados. Incluso tenemos hombres infiltrados en los harenes de Bagdad…

No era difícil entender la conveniencia de una buena red de informantes, dada la naturaleza de los negocios a los que se dedicaban los hombres de Burzug.

—… Tenemos ojos y oídos en todas partes. Si alguien puede encontrar a tu padre, somos nosotros. Esté donde esté.

Eso hizo que Laín devolviese la mirada hacia las brasas. Algo olía mal en todo aquello, pero no quería seguir dando pasos de ciego en aquel condenado lugar en el

que a una montaña le seguía otra.

—¿A cambio de qué?

Entonces llegó otra de aquellas risas sardónicas del viejo Burzug, que siguió y siguió hasta que pareció a punto de sufrir una apoplejía.

—Lo sabrás, no te preocupes, lo sabrás.

Y Laín tuvo la sensación de que estaba haciendo un pacto con el mismo diablo.

ESTROFA

XV

LA VUELTA AL NIDO

«… Yo me he hecho viejo viviendo en el bosque y nunca he oído una cueva que hable…».

«Cuento del chacal y el león»,
Panchatantra, Visnu Sharma

Lume ya había dejado atrás los inquietos años de cachorro. Ya no se pasaba el día corriendo de un lado a otro tras las moscas. Pero no se había vuelto perezoso y, como siempre, lideró la marcha, dejando que Laín fuera detrás, con los caballos y el viejo Burzug.

El perro fue el primero en alcanzar la cima y plantarse ante las inmensas puertas de la fortaleza de Alamut.

Inmerso en sus propios pensamientos, el joven no habló durante el ascenso. Seguía escamado por la propuesta del estrafalario *hashshashin*. Aunque tampoco se le ocurría qué otra cosa hacer.

Cuando Lume se sentó muy solemne ante los portalones de entrada, los hombres y los caballos jadeaban por el esfuerzo, pero Burzug rompió el silencio con evidente alegría.

—No hay nada como volver al hogar. —Entonces abrió los brazos, como queriendo abarcar los altos muros—. Los míos controlan muchas fortificaciones a lo largo y ancho de estas montañas, pero Alamut es la más importante. Es nuestro baluarte. Y no es habitual que se permita la entrada a los descreídos infieles como tú, así que debes comportarte. Recuerda que tu vida depende de mi capricho, pulgoso cristiano. No hables si no te preguntan. Y permanece a mi lado.

Sin mucha convicción, Laín asintió con una sacudida del mentón y, tras ponerse a la altura del chucho y rascarle el cogote, observó la plaza.

Mucho mayor incluso que el antiguo monasterio caldeo donde Wasif había instaurado su reino de terror, el hogar de los *hashshashin* hacía honor a su nombre. Sito allí, en la cumbre, los vientos barrían el lugar y, bajo el cielo despejado, podía ver en la lejanía otras cimas en las que aún quedaba nieve. Era una construcción mastodóntica, tan grande como el cuartel de los templarios en Acre. Y, sin la menor duda, se había concebido para resultar inexpugnable.

Levantado con pequeños bloques de una piedra gris y escamosa que le recordaba a la pizarra de los montes gallegos, el castillo aprovechaba los caprichos de la cumbre para completar sus muros y particiones, como si llevara tanto tiempo allí como para que la montaña hubiera ido creciendo en derredor suyo, igual que un lugar desatendido que se cubre de maleza.

—Vamos, cristiano andrajoso, hay mucho que hacer —urgió el viejo—. Debemos ver al *sheik* Mohammed. Estará más que complacido cuando sepa que he encontrado lo que buscaba.

—¿De qué estás hablando?

—Oh, lo sabrás, ya lo sabrás, purulenta picha cristiana. A su debido momento, lo sabrás. Pero no perdamos más tiempo, se hace tarde.

Dicho lo cual, pasó de largo y se acercó a la muralla, como si pretendiera rodearla siguiendo un estrecho desfiladero que llegara hasta la primera de las torres de flanqueo.

El día era soleado; sin embargo, allí, en las alturas, se estaba fresco y el viento

batía con fuerza. La figura desgarbada y cojitranca parecía a cada paso a punto de perder el equilibrio y despeñarse por una caída mortal. De hecho, el viejo tuvo que emplear todas sus mañas y las más dulces palabras, en un idioma que Laín no reconoció, para convencer a la recua de caballos de que avanzase por el angosto sendero al borde del precipicio, mientras las pobres bestias miraban con ojos desorbitados hacia el despeñadero.

—Las puertas principales son falsas —le gritó Burzug—, están tapiadas por dentro. Son sólo un engaño para los sitiadores.

Aquella explicación dejaba más preguntas que respuestas. Si era tal y como contaba el viejo, Laín no comprendía cómo llegaban los suministros al castillo y de qué modo podían los hombres del interior lanzarse a un ataque contundente con el que repeler un asedio.

—No los has visto, pero hay arqueros dispuestos. Si no vinieras conmigo, infiel desdichado, ya estarías muerto —le chilló para hacerse oír en el viento—. Y ahora, apúrate, cristiano.

Después de observar los muros, Laín se dio cuenta de que había troneras, pero estaban tan altas que nada podía distinguir en el interior, sólo penumbra, donde se habían guardado de encender candiles que estropeasen el efecto.

Había dudado de que las exageraciones del viejo tuvieran fundamento, pero a la sombra de aquellos impresionantes murallones no le quedó otra que admitir la verdad. Los nizaríes eran, en efecto, gentes poderosas.

—¡Vamos, cristiano!

El perro y el hombre se miraron, cada cual con sus dudas, pero caminaron por donde había pasado Burzug. Con la mano izquierda podía notar las piedras de la muralla y, poco más allá de su derecha, el vacío de la caída.

—¡Vamos!

Rodearon el pie de la torre de flanqueo y, en el lado opuesto, el que no podía verse desde la entrada tapiada, encontraron postigos reforzados. El espacio era estrecho y no quedaba otro remedio que mantenerse en fila. En un lugar como aquél no habría fuerza enemiga capaz de disponerse para el ataque o usar un ariete.

Con una aldaba que pendía de un remache, el viejuco llamó, haciendo que el metal resonase como una campana tocando a rebato.

—Abrid, soy Burzug ibn Tugril —gritó—. Y le traigo una sorpresa al *sheik*.

Aparecieron unos guardias malcarados que, tras echarle a él y al perro un vistazo despectivo, hablaron a las carreras con el viejuco en una lengua que Laín no conocía.

A partir de ese momento, las cosas se precipitaron.

Desde la garita intramuros, Laín apenas tuvo tiempo de echar un vistazo a la explanada que servía de barbacana. Un gran patio interior cercado por los murallones y los resaltes de la propia montaña, donde se veía ajetreo de hombres con alfanjes y dagas, todos vestidos como Burzug, con túnicas blancas ceñidas por fajines oscuros y turbantes de color rojo. También había pebeteros, estantes con cuerdas y cadenas,

algo similar a un patíbulo, algunas carretas cargadas con sacos y unos cuantos caballos a los que enseguida se unieron los que ellos robaran a los templarios. Más allá, se intuían los muros de otras construcciones, incluyendo algo parecido a una torre del homenaje, pequeñas dependencias anejas y una alargada que debía servir de establo. También vio a mujeres, que se cubrían con el velo riguroso de las mahometanas, y a dos chiquillos que corrían alocadamente. Fue suficiente para que comprendiese que la fortaleza albergaba tantas almas como una ciudad. Y razonó que tenía que haber otras entradas y salidas.

Pero poco más pudo ver de las entrañas de Alamut. Con rudas maneras, le vendaron los ojos y lo obligaron a caminar, sin otro consuelo que el roce de la pelambrera de Lume contra sus pantorrillas.

Los dados giraban y las apuestas estaban hechas. Tuvo que hacer un esfuerzo para no arrepentirse de la decisión tomada. Y se dijo a sí mismo que, mientras el perro se mostrase tranquilo, él también podía estarlo.

Así que, aun a disgusto, se dejó conducir al interior de la fortaleza de los *hashshashin*.

En alguna de las posadas en las que habían gastado aquel invierno en las estribaciones alpinas, camino a Venecia, probablemente mientras jugaban una larga partida de ajedrez, había oído comentar a Ciriaco que, en Granada, los moros estaban construyendo una magnífica alcazaba que serviría de palacio para su rey.

El mercader de reliquias le había hablado con entusiasmo de aquella nueva fortaleza que, por las noticias llegadas a Navarra, tenía visos de excepcional, y Laín, que poco o nada había visto por aquel entonces de la arquitectura que manejaban los agarenos, no había podido imaginar lo que Ciriaco le describía hasta haber llegado a Tierra Santa, donde había descubierto espléndidos palacios que ponían de manifiesto las mañas de los arquitectos califales. Pero, de entre todo cuanto había visto, nada se acercaba siquiera a lo que contempló en Alamut, tan espectacular y grandioso como sería algún día la alcazaba de Granada de la que tanto le hablara Ciriaco.

En cuanto le quitaron la venda y sus ojos se acostumbraron a la luz, descubrió unos jardines que podrían haber pasado por el mismo Edén.

—Espera aquí —oyó que le decía Burzug a sus espaldas, al tiempo que deshacía el nudo del trapo.

Ante él se abrían arriates de flores cuidados con exquisitez, podados con mimo en formas variadas. Había rosales trepadores, cuajados de diminutos capullos de un rojo carmesí brillante. Jazmines que parecían constelaciones en un cielo estrellado. Delicados pies de león. Y unas especialmente bellas flores de tallo largo y hojas amplias, con delicadas copas de grandes pétalos como cálices dispuestos para un banquete real. Tiempo después, Laín descubriría que recibían el nombre de dulband, el mismo vocablo que los persas usaban para «turbante», y también que, prodigiosamente, no nacían de una semilla, sino de un bulbo similar a un pequeño nabo de color oscuro.

También había matas de arrayán, recortadas diligentemente para rodear albercas cercadas con piedras que habían sido labradas para rezar aleyas escogidas del Corán. Y no faltaban los árboles. Entre cedros, olivos, alfóncigos, albaricoqueros, higueras y muchos otros de los que no sabía el nombre, se dibujaban pasillos de grava tan finamente triturada, que pisarla era como susurrar con los pies. Aquí y allá, fuentes de amplios platos dejaban salir por sus bocales agua limpia que canturreaba en su caída hasta pozas donde nadaban pececillos y croaban ranas.

Las formas eran suaves y redondeadas, con cúpulas aguzadas y dependencias cuyas columnas dejaban anchurosos vanos para que la luz tuviera el paso franco. Era una arquitectura liviana, mucho más ligera que la de las amazacotadas catedrales europeas.

—Conmigo —le murmuró a Lume para que estuviera a su lado.

El perro, tentado por todos aquellos olores, gañó para expresar su disgusto, ya que era evidente que se moría de ganas por echarse a corretear por los alrededores a marcar nuevos territorios. Sin embargo, obedeció. Presentía la desconfianza de su amo hacia todo aquello que les cercaba.

—Los hombres, pobres incautos, debemos cuidarnos siempre de las mujeres más bellas —le había dicho Ciriaco—. Nos quedamos embobados y no percibimos la traición.

El increíble panorama que lo abrazaba, tan hermoso, le trajo el recuerdo de aquella advertencia, y también una frase que Guy había repetido hasta la saciedad:

—Mantente con vida un instante más, siempre un poco más. Aunque te parezca que todo está perdido —no le costaba revivir la expresión severa—, sigue con vida hasta que aparezca la oportunidad. No lo olvides, zoquete —con un dedo levantado para remarcar la amonestación—. Sigue con vida.

Le habían permitido conservar las armas y, sin darse cuenta siquiera, Laín echó la mano a la empuñadura de la espada que, precisamente, había heredado de Guy de Tarba.

—Veo el pasmo en tu mirada, infiel —dijo una voz a su derecha.

Con el rabillo del ojo, captó que Burzug se inclinaba con devoción para hacer una reverencia.

—Mi señor Mohammed, el altísimo te proteja hasta el fin de los días, no soy digno de estar ante ti —soltó el viejo en una letanía bien aprendida.

Cuando Laín se giró hacia el ruido de hojas, descubrió a un hombre que se acercaba. Era casi tan alto y corpulento como él mismo, algo que no era habitual y que, de inmediato, puso a Laín en guardia, porque no le gustaba perder la ventaja que suponía saberse más fuerte que el oponente.

De rostro franco y barba tupida, tenía un mirar sereno y los gestos de alguien cargado de confianza. Iba vestido como todos los otros hashshashin, con el inconfundible turbante rojo y la modesta túnica blanca, quizás un poco más limpios y algo menos desastrados, pero iguales a todos los demás. Y no fue hasta un poco después, mientras terminaba de calibrar a aquel hombre, que Laín advirtió que le había hablado en su propio idioma. Algo que se reflejó en su rostro y que alivió el rígido gesto del otro con una sonrisa equina que mostró grandes dientes cuadrados y blancos como la leche.

—Bienvenido a Alamut, la joya más bella de cuantas poseemos los nizaríes.

El *sheik* le tendió la mano para que pudieran estrecharse las muñecas y Laín, sin perder la desconfianza, correspondió el gesto.

—Sí, hablo tu lengua. Yo y muchos otros entre los míos. Y también conocemos el hebreo, incluso el barboteo de los ojos rasgados del este. Además de mogol, keraíta, luro, jergas egipcias y decenas de otros dialectos.

Calló por un momento, midiendo también al cristiano.

—Aquí aprendemos el manejo de las armas, el estudio de los venenos, las prácticas del asedio. Nos empeñamos en convertirnos en soldados preparados para llevar las enseñanzas de Allah hasta rincones insospechados —explicó—. Pero también disponemos el alma. Somos hombres cultos. Los nizaríes —dijo, renunciando una vez más al término *hashshashin* que había empleado Burzug— nos

esforzamos por cultivar la poesía, y el álgebra de Al-Jwarizmi o de Omar Jayyam, además de la música de numerosos maestros. Tenemos varios *hakim* y un par de cirujanos a nuestro servicio. Incluso un puñado de astrólogos. Alabamos el conocimiento, porque el conocimiento nos permite ver más allá del Corán y comprender el significado oculto de las enseñanzas de Mahoma.

Y después de un momento de silencio, añadió algo más perturbador:

—El conocimiento nos hace más eficientes en nuestro trabajo que, como ya sabrás a estas alturas, es el de la muerte.

Echó entonces a andar para adentrarse en los jardines y, tras inclinar la cabeza, animó a Laín a seguirle. Y el gallego se fijó en que los ojos del hombre no se habían apartado de los suyos, pese al gesto.

—Soy Mohammed, hijo de Haman y nieto de Mohammed, señor de Alamut y sheik de mi gente —anunció con solemnidad—. Y tú debes ser el cristiano al que hemos estado buscando.

Antes de que Laín pudiera decir nada, intervino Burzug:

—Lo es, mi señor, lo es. —En el tono se notaba el extremo deseo de complacer, y se intuía también el miedo reverencial que parecía suscitar en él su superior.

El tal Mohammed desoyó la impaciencia del viejuco con una mueca, dando a entender que ya estaba al tanto de los detalles, y miró con curiosidad al muchacho. Pasó junto a un bancal donde crecían filas de *dulband* de color naranja intenso y, torciendo el rostro ligeramente, volvió a hablar:

—Éstos, cristiano, son los renombrados jardines de la fortaleza de Alamut, uno de los mayores orgullos para nosotros, los nizaríes.

Girándose sólo un instante, evitando darle la espalda a aquel hombre, Laín echó un vistazo de soslayo en derredor. Tras ellos quedaban los adarves de la muralla y las almenas. Estaban en un recoveco de la montaña, un pequeño valle a espaldas de la porción principal de la fortaleza, rodeada de precipicios. Los riscos y la propia fortificación lo protegían de los vientos y algún arroyo escondido serviría para el regadío. Una especie de cámara secreta dentro de la guarida.

—Aquí es donde traemos a nuestros cachorros —le dijo mientras lo invitaba a seguir caminando por uno de los senderos—. En este paraíso en la tierra les enseñamos lo que les aguarda si cumplen la voluntad de Allah. Si obedecen las órdenes de su *sheik* —añadió con marcada intención.

A los pocos pasos se toparon con un dosel por el que trepaban hiedras que conformaban un amplio espacio cubierto de alfombras, pebeteros para las brasas, cojines bien acolchados y bajas mesillas taraceadas.

—Aquí pueden catar los manjares más exquisitos —continuó con convencimiento —, probar los más dulces labios de vírgenes tan bellas como las huríes prometidas por nuestro profeta Mahoma, deleitarse con todos los placeres y, ante todo, descubrir que su obediencia y lealtad merecen la pena.

Entonces aplaudió y aparecieron las mujeres que había prometido. Cubiertas por

velos y envueltas con tules vaporosos, sin dejar ver más que las manos y los pies, decorados con filigranas de aleña. Tenían andares felinos, sensuales. Pese a estar tapadas, se intuía de tanto en tanto la curva de un pecho o de un muslo que se abrazaba a la tela ligera de sus vestidos.

Traían bandejas con dátiles, higos y frutos secos, además de distintas variedades de *pilaf*, al que Laín no había logrado acostumbrarse, porque seguía echando de menos el pan recio y pesado de su tierra natal. Los cuencos eran de la mejor plata repujada, y aparecían llenos a rebosar de aquel arroz fino y alargado que constituía el mayor porcentaje de la dieta de aquel país; unos estaban aderezados con yogur y menta, o con grasa de cordero e hinojo, otros con acedía y cebollitas silvestres. También había bandejas de carnes adobadas con abundante cardamomo, y pescados de agua dulce con carnes blancas y prietas que Laín no reconoció.

Con movimientos gráciles, las mujeres dispusieron aquellos manjares bajo el dosel, apoyándolos en las mesitas. Bajo sus velos, ellas reían y cuchicheaban con excitación y, sobre ellos, echaban miradas descaradas hacia Laín. En sus expresiones se adivinaba la curiosidad que despertaba el extranjero.

Muy diligente, una preparó un platillo donde puso a arder una bola de aquella resina parduzca que había utilizado Burzug y que tan aciagos recuerdos le traía a Laín.

—Ya sé lo que buscas —dijo el *sheik* Mohammed invitándolo a tomar asiento entre los cojines—. Yo mismo me encargaré de que hasta el último de nuestros espías sepa que debe prestar atención a cualquier noticia que hable de un noble cristiano perdido en estas tierras. —Las palabras y el tono eran amables, pero Laín no le creyó —. Mientras tanto, la hospitalidad de los nizaríes te hará sentir en el paraíso — terminó con una sonrisa que era la del lobo ante el cordero.

El viejuco asentía con tanta fuerza que los piojos le resbalaban por la frente, incapaces de aguantarse bajo el turbante. Una de las jóvenes había servido para él un líquido claro en una copa trabajada profusamente. Como la otra vez, el humo empezaba a extenderse desde la resina en el braserillo. El fuerte olor hacía que el aire pesase y Lume estornudó ruidosamente, expresando su disgusto.

En esa ocasión, Laín no estaba dispuesto a seguir el juego a los *hashshashin*.

—Serás nuestro invitado —añadió el *sheik*, al tiempo que convidaba con un gesto a que tomara lo que le apeteciese, incluyendo las muchachas.

Laín supo que aquel hombre mentía como un bellaco. Y decidió jugarse el todo por el todo.

Con un rápido movimiento de la mano, volcó el platillo donde se consumía la penetrante resina de cáñamo.

El gesto fue tan brusco que espantó a las muchachas. Salieron corriendo como gacelas en estampida. Y Burzug se lanzó sobre él inmediatamente. Pero, en esa ocasión, el viejo no llevaba la ventaja de que Laín estuviera durmiendo.

Antes de que el *hashshashin* pudiera atacar, la afilada punta de la espada que había pertenecido al gascón ya le apretaba la garganta llena de mugre. Sin perder un solo instante, la mano del gallego había desenvainado después de volcar el brasero, y ahora un hilillo de sangre se escurría como una lágrima por el pescuezo arrugado.

—A lo mejor no soy una presa tan fácil como imaginabas —se dirigió al anciano sin dejar de mirar al *sheik*, manteniendo la presión justa para no rebanarle la garganta.

Mohammed, compuesto, no se alteró lo más mínimo.

—Hubiera sido demasiado fácil —reconoció con resignación, como lamentando la oportunidad perdida—. Está bien, ¿por qué no dejas que Burzug apague ese fuego? —inquirió, señalando uno de los cojines, que había empezado a arder tras recibir la lluvia de brasas del platillo.

Laín era consciente de que lo suyo no era más que una bravuconada. A su lado, Lume enseñaba los colmillos, gruñía desde lo más hondo de su pecho y esperaba la orden de atacar. Pero el joven intuía la situación y lo único que quería eran respuestas.

No se le escapaba que, incluso si mataba a aquellos dos, cientos de hombres se abalanzarían sobre él y lo aniquilarían en un santiamén. El ataque era sólo una baladronada, una tentativa por demostrar que no se dejaría vencer fácilmente y, a la vez, un alocado intento por comprender.

Asintió lentamente y alivió la presión del hierro. De inmediato, Burzug se apresuró a vaciar un cuenco de *pilaf* para rellenarlo con agua de una de las fuentes y extinguir el conato de incendio.

—De acuerdo, cristiano, ¿quieres saber la verdad? —preguntó Mohammed.

Contento de ver que el *sheik* se hacía cargo de la situación, Laín habló:

—¿Qué hago aquí?

El patrono de Alamut afirmó con el mentón, dando a entender que comprendía las tribulaciones del gallego.

—Serás nuestro prisionero —reconoció.

Laín evitó que en su rostro se reflejase el disgusto.

—Lo de mi padre, ¿era una mentira?

Cachazudo, confiado en que sus hombres despedazarían al extranjero si se le ocurría una locura, Mohammed, líder de los hashshashin, tomó un trozo de pescado entre los dedos de su mano derecha, la de comer, y lo masticó lentamente antes de contestar, deleitándose con las especias y la grasa de mantequilla clarificada.

—Oh, no, ni mucho menos. Hace tiempo que lo buscamos y hemos oído un puñado de noticias interesantes —dijo, y barrió con la lengua las comisuras de los

labios y se limpió las barbas con una de las manos—. Los últimos rumores que nos han llegado dicen que tu padre, don Rodrigo de San Paio —al pronunciar el nombre su acento desveló, por única vez, que no hablaba su lengua natal—, puede estar en la Corte de los mogoles, en la fastuosa ciudad del árbol de plata, en Qara Qorum.

Aquella franqueza desconcertó a Laín.

—Y hace mucho que también te buscábamos a ti, cristiano —añadió Mohammed, terminando de asear sus barbas—. Ha sido una suerte inesperada el encontrarte viniendo hacia nosotros. Es sin duda obra de Allah, cuyos actos divinos están envueltos de misterios que los mortales no podemos comprender.

Burzug hacía ruidos y palmeaba la tela estragada del cojín. Laín lo escuchó lamentarse por el estropicio. Lume resopló, decepcionado por la falta de acción.

—De hecho —añadió el *sheik*, abandonando las expresiones piadosas—, temíamos que alguien se nos adelantase. —Aquello preocupó a Laín, que se preguntó cuántos estaban interesados en atraparlo—. Hubiera sido una auténtica desgracia que privasen a los nizaríes de cobrar lo que ofrecen por tu cabeza.

—Si me quisierais muerto, ya lo estaría —dijo el gallego desafiante.

—Es cierto, es cierto —concedió el otro—. Cristiano, a mí me da igual que mueras o vivas —añadió con un resoplido—, ni siquiera eres un creyente. Sin embargo —continuó, dejando de acicalarse y mirándolo fijamente—, el pago prometido incluye la condición de que sigas moviendo esa lengua blasfema. Es cierto, te quieren vivo.

Las respuestas del persa no aclaraban mucho.

—Pero él —rebatió señalando al viejuco— mató a los sargentos templarios.

Aquello era lo que había confundido al muchacho. Lo que le había hecho confiar en Burzug. Los hombres del Temple eran a quienes habían tenido que evitar desde Navarra, los pobres caballeros de Cristo eran los enemigos de los que habían intentado escapar todo ese tiempo. Y aquel viejo mugriento, aquel sarcástico y estrafalario *hashshashin* había matado a los cuatro hombres que, sin duda, le habían estado buscando.

—Ellos son los que han pagado por mí —añadió Laín, convencido—. Son los templarios los que me buscan, ¿no?

Aquello devolvió la siniestra sonrisa al *sheik*.

—Cristiano, hay muchas cosas que no entiendes —respondió, claramente divertido—. Hemos trabajado para los hombres de la cruz, los templarios como tú los llamas. Y también contra ellos. De hecho, hemos matado a muchos de ellos, ¡muchos! Si el precio es bueno, a nosotros nos da igual quién sea el patrón. Pero no son ellos los que han pagado a los nizaríes para que os encontrásemos a ti y a tu padre —aclaró con expresión bromista—. Aunque nos habían advertido que ellos también os estarían buscando.

—¿También?

En ese instante recordó lo que había pasado en Venecia, cuando los gibelinos

habían atacado el almacén de los Polo, y lo que más tarde les habían revelado los hermanos mercaderes, al reconocer que, al principio, se habían negado a coordinar un transporte a Acre porque las órdenes del dogo de la ciudad prohibían que se ayudase al grupo escapado de la Navarrería.

El persa lo miró divertido y asintió.

—Sí, también.

—Pero ¿quién es vuestro patrón?, ¿quién hizo el encargo? —insistió Laín.

—Eso ya no puedo contártelo, cristiano. Me temo que va en el precio. Además, ni siquiera yo lo sé —reconoció sin tapujos—. Pero el creyente no tiene que conocer al Altísimo, sólo tener fe.

Aquello acrecentó de nuevo la sombra del incidente de Venecia. Con la boca pequeña, los Polo habían hablado de que las órdenes habían llegado de las más altas instancias.

—Aunque debe de ser alguien muy poderoso —continuó el *sheik*, abandonando el catecismo—. Muy poderoso. Cristiano, no te quepa duda de que te las has apañado para enemistarte con quien no debías. —Era evidente que encontraba el asunto divertido—. Quizá, si Allah lo dispone, algún día lo descubrirás. Quién sabe, los misterios del Altísimo son insondables. Por el momento —añadió poniéndose en pie y dando por zanjado el tema—, serás nuestro prisionero hasta que vengan a por ti.

Lume, como si hubiera entendido, volvió a resoplar.

Alamut era sólo la punta de lanza de una nación desperdigada por las montañas de la antigua y gloriosa Persia, el equivalente a una capital para un pueblo que vivía dividido en fortalezas similares, todas sembradas en los riscos de los montes, aisladas y vigilantes.

Igual que las guaridas de los leopardos de las nieves, señores de aquellas cordilleras, las alcazabas de los *hashshashin* estaban distanciadas entre sí para que cada cual tuviera su propio territorio, y todas ellas en conjunto le daban fuerza a aquella nación particular que carecía de industrias, artesanos o mercaderes.

Los nizaríes comerciaban con la muerte.

Y eran los mejores en lo que hacían.

Por eso eran igual de temidos que odiados. Y por eso mismo lograban mantenerse con vida en un territorio que, desde hacía siglos, era cuna de guerras constantes. Porque, pese al temor que despertaban en templarios, hospitalarios, mamelucos, seljúcidas o mogoles, cualquiera de ellos estaba también dispuesto a contratarlos.

Laín recelaba de ellos. Desconfiaba incluso de su sombra y, desde el amanecer hasta la puesta de sol, temía que las tornas cambiasen y que su suerte se viera, de un momento a otro, maldita. Así que se conducía con extremo cuidado y mantenía una actitud vigilante.

Era su prisionero. Y no podía obviar esa verdad. Sin embargo, el *sheik* Mohammed le había concedido relativas comodidades en su cautiverio. Sin duda porque la recompensa tenía por condición que Laín fuese entregado con vida.

Y él sabía por qué. Lo que no sabía era a quién.

Motivo por el que, aprovechando su permiso para moverse por la fortaleza, Laín mantenía los ojos bien abiertos y los oídos aún más, procurando captar algún retazo de conversación, un detalle cualquiera que lo acercase la verdad.

—Conoce a tu enemigo, aprende de él. Y nunca lo menosprecies.

Los consejos de Guy de Tarba seguían muy presentes.

Así que procuró conocerlos, aprender de ellos y, ni por un solo instante, los menospreció.

Como musulmanes devotos, los hombres de Alamut regían sus vidas por las cinco llamadas a la oración que dividían todas y cada una de sus jornadas. Y a Laín no dejaba de sorprenderle que se respirase tal piedad y devoción entre hombres para los que el negocio de matar era el pan de cada día.

Pese a los continuos entrenamientos con todas las armas imaginables, la instrucción en el uso de ponzoñas, las agotadoras marchas por los riscos circundantes, la inmensa sombra de la violencia inminente y todo el entrenamiento al que se sometían los ejecutores de los *hashshashin*, el Corán y su profeta eran una presencia continua de la que resultaba imposible desprenderse.

Una confirmación de que la fe era una excusa fácil para los pobres de espíritu.

—¿Qué hicieron los cruzados papales al conquistar estas tierras, antes de que Saladino los mandase a casa de una patada en el culo? —le había preguntado Ciriaco

en los apacibles días de Berseva—. Fundaron nuevos reinos, se dieron grandes títulos y se dejaron llevar por el poder ganado —le había respondido el mercader de reliquias.

Aunque, igual que sucedía con los cristianos, los *hashshashin* no se veían a sí mismos como fanáticos. Los hombres de Alamut se preciaban de que su culto los había llevado a cotas mayores de fe gracias a su avenencia por lo esotérico. En cada ocasión que Laín tenía la oportunidad de charlar con cualquiera de ellos, descubría que los significados ocultos de su propia doctrina y los mensajes escondidos en las suras del Corán eran el máximo anhelo de todos ellos.

Y también la excusa perfecta para perfeccionar las artes de la muerte que los habían hecho famosos. Creían ciegamente que se habían convertido en los guardianes de su propia fe.

En los meses que siguieron, mientras el verano se desenrollaba como un tapiz, desvelando nuevos y más impresionantes colores en las matas de *dulband* que cubrían los arriates de los jardines, muy a su pesar, Laín aprendió a admirarlos.

Su habilidad con las gumías, o la capacidad para hacerse pasar por hombres de casi cualquier cultura, eran envidiables. A menudo, el joven recordaba las enseñanzas de Guy de Tarba, seguro de que su mentor hubiera disfrutado aprendiendo las variadas técnicas que proliferaban en Alamut.

Para divertimento del *sheik* y siempre procurando mantener la distancia justa, Laín practicó esgrima con algunos de los *fida'i* de la fortaleza, y descubrió cómo fortalecer sus muñecas para usar los afilados puñales que favorecían allí. Los *hashshashin* empleaban hojas del mejor acero de Damasco. Con el canto reforzado por una gruesa espina, las llamaban *socha* y eran tan resistentes y aguzadas como para perforar las mejores armaduras de templarios y teutónicos. Además, eran armas fáciles de esconder y sigilosas. Descubrió arneses para el antebrazo que escamoteaban las dagas y las convertían en inapreciables durante un registro. Con la práctica, aprendió a usarlas con la mortífera rapidez con la que las usaban los hombres de la fortaleza, entre los que el desastrado Burzug resultó ser uno de los mejores.

El viejuco, con el permiso de Mohammed, tomó bajo su ala al cristiano extranjero.

—Nos pagan para que te entreguemos entero y de una pieza —le dijo en una ocasión, mientras practicaban con las gumías en la explanada de la barbacana—, pero nada han dicho de que no podamos enseñarte cómo cobrar tu propia venganza.

Laín llegó a sospechar que el *sheik*, de hecho, alentaba aquellos asuntos porque acariciaba la idea de que el propio Laín causase estragos entre quienes habían pagado por su captura. Al fin y al cabo, para los *hashshashin* cualquiera que no fuera de los suyos era un enemigo, y el fornido señor de Alamut a menudo sembraba cizaña.

—Cuando vengan a por ti —le decía Mohammed—, podrás despacharlos sin ni siquiera despeinarte.

Aprendió también a usar el garrote. Y Burzug le explicó que no sólo se trataba de apretar con fuerza el lazo alrededor del pescuezo del enemigo, sino que también debía conocer cómo caminar para sorprender a alguien por la espalda antes de ahogarlo con el recio cordón de cuero trenzado.

Incluso discutió con los boticarios y el *hakim* de Alamut sobre las mezclas de adormidera y cicuta que empleaban para los encargos en los que se decidían por el uso de ponzoñas.

Así llegó el noveno día del mes de Rayab del año 653 de la Hégira, y en Alamut se celebró piadosamente el onomástico de la batalla de Tabouk, la última en la que había participado el profeta Mahoma. Gracias a eso descubrió que faltaba poco para el mes de ayuno, el del Ramadán, aunque también cayó en la cuenta de algo que le dolió profundamente.

—Hace ya nueve veranos, nueve —susurró Laín.

Los meses de los mahometanos se regían por la luna y no se podía hacer una equivalencia, pero, para ese año, por lo que veía en su entorno, Laín calculó que el Ramadán caería para poco después de lo que, allá, en casa, hubiera sido la vendimia. En el valle de San Paio, las castañas cubrirían ya el suelo y las gentes de la torre las estarían recogiendo para secarlas y guardarlas. Y celebrarían una fiesta en la que asarían grandes cantidades de ellas. El viejo Tomás, al calor de la lumbre, bajo el aroma dulzón de los frutos al fuego, contaría las historias de siempre. Casilda cocería unas cuantas en leche, con unas pocas semillas de anís, tal y como a ella le gustaba.

Ya se habrían recolectado todas las moras de las zarzas. Los campos se estarían preparando para las coles y los nabos, capaces de aguantar el invierno sin que el frío los estropease. Ya habría pasado la matanza de los cerdos y se habrían preparado filloas con la sangre, y cocidos con las asaduras, que no se conservaban más que unos pocos días; los embutidos ya se estarían oreando y los jamones ya se habrían cubierto con su salazón, para evitar que se pudriesen. Los almiares rebosarían de hierba segada, almacenada para que el ganado tuviera qué comer durante el invierno. Habría empezado la berrea de los venados y se oiría a los machos barruntar en las laderas, presumiendo de cornamenta, dispuestos a luchar entre ellos, con la sangre hirviendo por la lujuria. Pronto las truchas empezarían a saltar por las presas de los molinos y remontarían las corrientes para frezar aguas arriba, donde los manantiales hacían nacer el río.

—Puede que Antón y Teresa se hayan casado —comentó con aire soñador—. Quizás ya tienen algún chiquillo correteando por ahí. A lo mejor el pequeño Sito ya ha conseguido hacerse fraile.

Sentía el peso de la morriña y, en su soledad, la nostalgia le pesaba. Pero el único que le escuchaba era el fiel Lume, tumbado a su lado en una de las torres de flanqueo que pespunteaba la muralla de Alamut.

El perro levantó la cabeza, bostezó, se rascó una oreja con la pata trasera y, después de mirar a su amo, apoyó la cabezota en el muslo, mirándolo. No comprendía

lo dicho, pero intuía el ánimo sombrío de Laín y, como siempre, le demostraba lealtad.

—¿No has echado la cuenta? —le preguntó al animal mientras le rascaba el cogote—. Sabes, creo que ya he pasado más tiempo lejos de casa que en casa.

Estaba sentado en aquellas piedras que se alzaban en las montañas, y en la mano que no estaba ocupada acariciando al perro tenía una vieja pieza de arcilla. La había encontrado en sus paseos por la fortaleza, cerca de un extremo de la barbacana, donde algunos esportilleros reparaban uno de los desaguaderos antes de que la nieve lo cubriera todo. La había visto entre el montón de tierra recién removida. Del tamaño justo para caber en el puño, la tablilla tenía las esquinas rotas y un par de grietas. Por lo sobada y maltrecha, se notaba que era antigua. Pero no era eso lo que había llamado su atención. La había cogido porque en el color terroso se veían renglones de una escritura hecha con muescas afiladas en forma de cuña. Y ninguno de los hombres a los que preguntó pudo decirle quién la había confeccionado o cuándo. Aunque le sugirieron que podía datar de los tiempos en que aquella parte se llamaba Babilonia, pues le dijeron que sus ancestros habían hablado idiomas diferentes y habían usado cañas para escribir en la arcilla fresca, igual que los romanos en la cera.

Desde que se había topado con ella, había tomado la costumbre de llevarla consigo y examinarla de tanto en tanto, pese a que no comprendía los extraños símbolos que la cubrían.

Aun así, se había vuelto importante para él. Porque la tablilla era un síntoma de que, pese a lo que podía pensar el sheik Mohammed, la verdad era que la fortaleza seguía ocultando sus secretos. Y en esos secretos Laín rebuscaba esperanzas.

—Tranquilo, encontraremos la forma de escaparnos.

Tan a gusto estaba Lume que apenas abrió los ojos.

—Aún hay mucho de este lugar que no conocemos.

Y, bajo un cielo cuajado de nubes grises que ya anunciaba la llegada del invierno, Laín se quedó mirando hacia el interior de la alcazaba de los *hashshashin*. Buscaba algún punto débil, algún recoveco por el que escabullirse.

—Al fin y al cabo, esto se construyó para evitar que los enemigos entren, no para evitar que alguien se fugue.

ESTROFA

XVI

EL AMANECER DEL DESTINO

«Lo hemos revelado en la Noche del Destino,
y ¿cómo sabrás que es la Noche del Destino?
La Noche del Destino vale más que mil meses».

La sura al-Qadr, El Corán

Lo tenía difícil para salir con vida. Un mal paso y todo habría terminado.

Desafortunadamente, los acontecimientos se habían precipitado. Se había visto obligado a tomar una decisión arriesgada. Y ahora se hallaba metido en un aprieto. Pero ya no había marcha atrás. Y tampoco pensaba rendirse.

Todo había empezado la primera noche del mes de Ramadán.

Profesar la fe revelada por su profeta, peregrinar al menos una vez en su vida a la ciudad santa de La Meca, rezar cinco veces al día, pagar el azaque que se destinaba a limosna y ayunar durante los días del mes de Ramadán, ésos eran los cinco pilares en la religión de los mahometanos. Y, aunque en Alamut el culto tenía sus particularidades, como el uso de la resina de cáñamo o su búsqueda frenética de la verdad oculta en lo esotérico, la devoción era firme y las liturgias se respetaban a rajatabla.

De ahí que, para su segundo mes de ayuno en la fortaleza, Laín ya estuviera advertido de cómo se desarrollarían los acontecimientos. No sólo por el tiempo que llevaba retenido en la alcazaba, sino también porque hacía aún más años que vagaba por aquellas tierras de ultramar, lo que le había dado tiempo a conocer las costumbres de los mahometanos.

Durante el Ramadán, desde la salida del sol hasta el ocaso, el mandato era la abstinencia. No se comía, no se bebía y no se podían mantener relaciones sexuales. Los días debían dedicarse a la contrición y a buscar la iluminación del espíritu, lo que daba como resultado un período de ánimos contradictoriamente sombríos.

—No hay otro dios sino Allah, y Mahoma es su profeta…

Ésa era una frase que había escuchado hasta el hartazgo en sus días de cautiverio en Alamut.

Pero las costumbres que le eran ajenas o la moralidad de los hombres de la fortaleza no le suponían un problema. Su problema era lo que le había dicho el *sheik* Mohammed la primera noche del Ramadán.

Después de la puesta de sol y antes de la última oración del día, que siempre rondaba la media noche, el señor de la fortaleza lo había hecho llamar.

En la construcción que ocupaba el centro de la barbacana, semejante a la torre del homenaje de cualquier castillo europeo, la planta baja estaba también dedicada a un gran salón donde, rompiendo el ayuno del día, se servía un abundante festín de proporciones pantagruélicas.

Cuando lo acompañaron al interior, de inmediato sintió la bofetada de las especias con las que se habían aderezado los corderos y las abundantes fuentes de pilaf. Y, con el ajetreo, resultó evidente que aquellos hombres se lanzaban a la comilona con el ansia de una larga jornada de hambre reprimida. Además, sonaba música de timbales y címbalos que tocaban los esclavos del servicio doméstico; una melodía pegadiza al son de la cual bailarinas cubiertas con vaporosos vestidos de surá danzaban haciendo tintinear cinturones en los que pendían monedas brillantes. Laín había aprendido el año anterior que aquellos festines tenían visos de acabar en auténticos desenfrenos de

glotonería que, a menudo, resbalaban hasta bacanales al más puro estilo de las orgías romanas.

Se le antojaba contradictorio y le recordaba las bromas que Ciriaco gastaba sobre obispos y abades que mantenían queridas a la vez que predicaban con furia contra los pecados carnales. No le gustaba.

—Cristiano —le había dicho el *sheik* Mohammed—, te alegrará saber que saldrás pronto de aquí.

Laín había estado haciendo sus planes y, por un momento, temió que hubieran descubierto lo que pretendía. Guardó silencio, sin embargo, para no delatarse en balde. E hizo un esfuerzo por contener sus preocupaciones. Lo malo era el opresivo ambiente, cargado de fuertes olores y agobiante por el calor que desprendían los braseros y la música repetitiva.

—Ha llegado un mensaje interesante a través de las rutas comerciales. Hemos recibido contestación en nuestra fortaleza de Merv —le contó tras tomar un puñado de arroz cocinado con pistachos y paloma—. Vendrán a por ti antes de que la nieve cierre los pasos.

Supuso un alivio comprender que no habían averiguado sus intenciones, aunque ponía de manifiesto que el tiempo se le terminaba. No podía arriesgarse. Tenía que dar por finiquitados los preparativos cuanto antes.

Con la mano reluciente de grasa, el sheik lo despidió con un ademán despectivo que lanzó unos cuantos granos de arroz sobre la lujosa alfombra. Y, rumiando sus problemas, Laín fue devuelto al cuartucho que le obligaban a ocupar por las noches.

Con ánimo preocupado, dedicó los días siguientes a apurar el plan que había ideado. Hizo acopio de vituallas y herramientas. Resolvió que, para no levantar sospechas, no recuperaría las armas de las que había sido despojado hasta la misma noche de la fuga. Y, lo que era más importante, se pasó las noches en vela, sin echar más que una cabezada ocasional, trenzando la cuerda y preparando el arnés.

Fueron veinte días de nervios y tensión, en los que, mientras los hombres de Alamut pretendían enfrascarse en su devoción, él se cargaba de disimulos y practicaba pequeños hurtos en distintas dependencias de la alcazaba, cuidándose de no ser avaricioso, de no levantar sospechas que lo delatasen.

Hacia el final del Ramadán se celebraba la «noche del destino», en la que se conmemoraba el aniversario de la madrugada en la que Allah había hecho descender el Corán de los cielos para entregárselo a su único profeta verdadero. Y ésa fue la fecha elegida.

Se suponía que aquélla era, de todas las del mes, la noche más sobria y contemplativa, la noche en la que los mahometanos debían plantearse sus propósitos como creyentes y agradecer profundamente las sagradas enseñanzas recibidas.

No sabía de cuánto tiempo disponía hasta que vinieran a buscarle. Mohammed no le había dicho mucho y sus preguntas al viejo Burzug tampoco habían servido de nada. Sólo sabía que vendrían a por él.

Así había acabado colgando sobre el vacío.

Caer significaría matarse. Un solo descuido bastaría para despeñarse. Y, dadas las prisas de las últimas preparaciones, había muchas posibilidades de que algo saliera mal.

No le había quedado otro remedio.

Aquella tablilla de arcilla le había mostrado el lugar, y el recuerdo de su escapada de la Navarrería con Ciriaco le había enseñado el modo.

Los trabajos en los desaguaderos de Alamut le habían brindado la ocasión.

Era la «noche del destino» y suponía su mejor oportunidad, quizá la única para llevar a cabo la huida. Aunque mirando hacia el oscuro precipicio, donde el resplandor de la luna hacía brillar la mica que salpicaba las rocas, su determinación flaqueaba. Ya no se sentía tan seguro de su trabajo como soguero improvisado.

—Si salimos de ésta sin rompernos la crisma, tendremos una buena historia que contar —le dijo a Lume con un murmullo, entre resoplidos de esfuerzo.

Asustado hasta la médula, el perro sólo emitió un gañido quedo.

Hubiera sido mucho más fácil afrontar aquella locura solo. Hubiera bastado con abandonar al chucho en la fortaleza, pero, desde el primer momento, Laín había decidido que escaparían los dos o ninguno, porque no había considerado, ni por un solo instante, dejar atrás a su único amigo.

Con viejas mantas de oración que pudo robar, Laín había cosido bastamente un petate con agujeros para las patas y asas que podían lazarse a un arnés que le rodeaba los hombros y la cintura. Así que, aguantando todo el peso de Lume, agradecido por haber heredado la fuerza y el tamaño de su padre, Laín asía la precaria cuerda que había trenzado con retales y el perro colgaba a una vara de sus pies en el improvisado artilugio.

—Pesas mucho —susurró a Lume, notando las gotas de sudor que le perlaban la frente.

Dentro de la fortaleza de Alamut quedaban dos hombres degollados y la puerta de uno de los armeros forzada. Mientras en el salón principal se rompía el ayuno del largo día, en un rincón de la muralla, por el hueco abierto de un desaguadero que vertía por un conducto anejo a una de las torres de flanqueo, se veía una cuerda tensa que chirriaba sobre un madero calzado en el agujero entre las piedras. Al final de la maroma estaba Laín, con los hombros agarrotados y el temor revoloteando en torno suyo; y, colgando de aquel muchacho que se había caído de un nido, el peso muerto de Lume, que miraba hacia el precipicio con aprehensión, pero que no profería ni el más mínimo sonido, como si comprendiese que les iba en ello la vida.

Bastaba que un centinela usase el filo de su gumía, un tajo a una pobre cuerda trenzada, y todo habría acabado.

Cuando Laín logró mirar hacia abajo, sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y, más allá de Lume, distinguió el repecho que había visto al asomarse a la muralla.

Reuniendo toda su fuerza de voluntad, sintiendo que la cuerda se le trababa en los muslos, por donde la había pasado para ayudarse a controlar el descenso, Laín obligó a sus hombros ardientes a seguir trabajando. Obligó a los dedos doloridos a aliviar la tensión.

Una mano en alto, sobre la cabeza, la otra por debajo de la cadera y la cuerda trabándose en su carne.

Se deslizó unas cuartas hacia abajo.

Había visto a los *fida'i* de Alamut hacerlo. Como entrenamiento para sus crímenes, se descolgaban de los adarves de la muralla hasta la barbacana enrollando las maromas en sus piernas como sierpes en el bastón de un galeno. Y él iba a hacer lo mismo, con la diferencia de que no descendería unas cuantas varas, sino todo un precipicio.

Sentía la soga mordiendo su piel a través de las ropas y, cada vez que se detenía para tomar aire, la lazada que le pasaba bajo el trasero le mordía con la fuerza de un cepo para osos. No aguantaba únicamente su propio peso, sino también el de Lume y el del hatillo que había preparado, donde había metido un odre repleto de agua. Pese a la noche fresca, empezaron a picarle los ojos por culpa del sudor.

—No sé si lo conseguiremos —confesó al perro entre jadeos—. Me voy a descoyuntar los hombros.

Su meta era un repecho que aún estaba quince varas más abajo, y la única alegría que pudo llevarse fue vislumbrar el final de la cuerda retorciéndose sobre la piedra como una culebra.

Había calculado la longitud necesaria cuidadosamente, asomándose a los trabajos de reparación y echando vistazos casuales mientras paseaba inocentemente por la muralla. Sin embargo, no había tenido oportunidad de confirmarlo hasta ese mismo momento. Resultó un alivio.

Las prisas le habían obligado a asumir riesgos, pero no le había quedado otro remedio.

Aun así, disponer de soga suficiente no resolvía todos sus desvelos. Alguno de los *hashshashin* podía abandonar sus meditaciones, el festín nocturno o lo que estuviera haciendo, y decidirse a dar un paseo refrescante por la barbacana de la plaza.

Sabía que su tiempo era escaso y descendía tan rápido como se lo permitían sus hombros quejosos y su pecho jadeante.

Aún faltaban diez varas cuando Lume volvió a gañir.

—Tranquilo, tranquilo —susurró Laín intentando reconfortarlo—. Poco a poco.

Las palmas de las manos le ardían. Las partes de su cuerpo por donde pasaban las lazadas de cuerda palpitaban de dolor. Y todos los músculos de su torso y sus brazos amenazaban con fallar mientras su corazón latía desbocado.

Pestañeó, sacudió la cabeza. Gotas de sudor cayeron desde sus cejas y se precipitaron en el vacío del desfiladero.

Si lo lograba, tendría que improvisar para seguir descendiendo. En aquellos vistazos desde la muralla sólo había podido intuir una posible ruta, que iba a exigirle la destreza de una cabra montesa.

Ya sólo faltaban cinco varas.

Intentó espantar el tormento pensando en lo que le había dicho el *sheik*. Al poco de salir de San Paio ya habían averiguado que los templarios iban tras ellos; de hecho, a juzgar por lo que había sucedido en aquel bosque cerca de Monforte, distintas facciones dentro de la Orden parecían dispuestas a pelear entre sí. Sin embargo, ahora, además se confirmaba la sospecha que había nacido con el ataque de Venecia: tenía más enemigos que los hombres del Temple.

Alguien más, alguien poderoso y con medios, andaba tras el secreto que Guy y Ciriaco habían guardado tantos años.

Algo se rompió en su hombro izquierdo y un suplicio terrible lo atravesó de parte a parte, obligándole a reprimir un grito.

Intuyendo el problema, Lume miró enseguida hacia arriba, clavando sus ojos ambarinos en el hombre.

—Estoy bien —logró balbucir—, tranquilo. Ya sólo faltan tres varas —le dijo.

Mintió, no porque el animal necesitase consuelo, sino porque él lo necesitaba.

Apretó los dientes, soltó la mano izquierda y aguantó con la derecha. Buscó acomodo para los pies, apoyados en la pared de roca, e intentó aliviar algo el peso.

Estiró y flexionó los dedos libres, hizo rotar el brazo para comprobar el juego del hombro y acabó tragándose un quejido.

De no ser porque temía herir a Lume, se hubiera descolgado sin más, con la esperanza de ser capaz de controlar la caída y quedarse en la cornisa que formaba el repecho. Pero el riesgo de que el perro se golpeara o de que cayese después de no hacer pie lo retuvo.

Sentía que una aguja al rojo le hurgaba en el hombro y el cansancio no ayudaba, ¡pero faltaba tan poco! Un esfuerzo más y lo conseguiría.

Sacó fuerzas de flaqueza.

—No te rindas, ¡nunca te rindas!

El único ojo mirándolo desde aquel rostro curtido y cubierto de cicatrices. Siempre se podía mejorar. Nunca había halagos, sólo exigencias.

Lo recordaba bien, muy bien. Y ni siquiera comprendía cuánto lo había cambiado.

Volvió a asirse con fuerza y mordió el dolor apretando las quijadas. Le rechinaron las muelas y algo más se desgarró en su hombro.

—Podemos hacerlo —se dijo entre gemidos de esfuerzo.

Faltaba poco más de una vara. Lume, inquieto, movía sus patas como si pudiera apoyarlas en la piedra y, en cuanto lo hiciese, Laín sabía que sentiría el alivio de todo aquel peso.

Un poco más.

Fue entonces cuando la cuerda se movió. Pensó que su hombro dolorido le jugaba malas pasadas. Pero en cuanto volvió a concentrarse para seguir descendiendo, lo sintió de nuevo.

Una sola vara.

Estaba casi hecho cuando la maroma cimbreó y se dio cuenta de que alguien tiraba del otro extremo.

Oyó los gritos de alarma. Creyó reconocer la voz del viejo Burzug. Percibió en las lazadas la fuerza con la que jalaban desde el desaguadero abierto. Se alejaba del repecho, y Lume ladró con alarma.

Dos varas.

Trasteó buscando su daga. Cortaría las tiras del arnés, liberaría al perro y luego se dejaría caer, confiando en no lastimarse. Pero jalaron con fuerza. Un tirón tras otro. Había más de un hombre esforzándose allá arriba.

Lo habían descubierto.

Ya estaba a más de tres varas. Y, para cuando consiguió hacerse con el puñal, no se atrevió a cortar los amarres que sujetaban el petate de Lume. Estaban demasiado altos. Era tarde.

Cada vez que arriba tiraban de la cuerda, la sentía apretarse dolorosamente contra su muslo. Lume ladraba con furia, debatiéndose en su prisión de tela, haciendo que los fatigados músculos de su amo se resintiesen.

Fueron sólo unos momentos, pero para él significaron una eternidad en el

purgatorio. De un instante al siguiente, su plan se había convertido en un fiasco.

Empujada por la resignación, su barbilla se hundió. Su cuerpo se sacudía con cada tirón y las voces de los *hashshashin* se acercaban.

Por encima de su cabeza pululaban luces vacilantes en lámparas de aceite, ruido de pasos, gritos de ánimo, gruñidos de esfuerzo.

Lo inevitable llegó. Sintió que su costado se deslizaba en las piedras que habían sido erosionadas por años de lluvia, las que estaban justo debajo del desaguadero. Se le hizo interminable.

—Picha cristiana, descreído, malnacido, ¿así pagas nuestra hospitalidad?

Era la voz de Burzug.

—Todos los *djinn* de todos los desiertos de sal te persigan a ti y a tus hijos, ¡y a los hijos de tus hijos!

Una mano que no era la del viejo lo agarró del antebrazo y otra lo tomó por la axila. Dos de los *hashshashin* de Alamut tiraban de él para que pasase por el agujero abierto en la base de la muralla.

—Tienes suerte de que sólo nos sirvas con vida —Burzug continuaba despotricando—, escarabajo que se alimenta de las bostas de los camellos con el vientre suelto. Mameluco traidor. Cristiano estúpido. Debería haberte rajado las tripas cuando te encontré.

Lume seguía ladrando.

Su única esperanza se había desvanecido. Toda su vida parecía un rosario de oportunidades malogradas. Lo había perdido todo y a todos, y ahora era un prisionero a la espera de que viniesen a ajusticiarlo por el único pecado de haber intentado ganarse el respeto de su padre. Sin embargo, pese a la terrible desazón que lo asaltó, Laín no sabía que las cosas estaban a punto de empeorar.

Ya sólo sus pies restaban fuera de la muralla. Las cinchas del arnés que sostenía a Lume se le clavaban en la piel mientras su peso seguía colgando en el vacío. Y el pobre animal no dejaba de ladrar enfurecido, deseando verse libre para atacar a los que estaban haciendo daño a su amo.

—A ti te necesitamos con vida, maldito cristiano, pero no nos van a pagar nada por tu chucho de mierda.

Las palabras tardaron en calar. Estaba demasiado ocupado lamentando su suerte. Por eso no se dio cuenta de lo que Burzug pretendía cuando se agachó junto a sus piernas, que ya salían del desagüe.

A la luz de la luna brilló la hoja de metal. Laín la vio con el rabillo del ojo y la comprensión lo golpeó.

—¡Noooooooo!

Había gritado en su propia lengua. Pero nada que pudiera decir hubiese evitado lo que sucedió.

—¡Noooooooooo!, ¡no!, ¡nooooo!

Uno de los otros le dio una patada que le sacudió la cabeza. Otras manos le

sujetaron los hombros.

Lume ladraba desesperado. Intuyendo que algo iba mal, quería liberarse para estar junto a Laín.

—Cristiano malnacido —gritó Burzug, y bajó su alfanje igual que el verdugo dejando caer la hoja sobre el pescuezo del condenado a muerte.

Como un hacha en el cepo, el arma del *hashshashin* cortó las cinchas del petate y chispeó al golpear con las piedras que había debajo.

Cabalgando sobre nubes cargadas de nieve llegó el invierno sin noticias de quienes habían pagado por la cabeza de Laín.

En los montes de la antigua Persia, los mismos que habían caído bajo el poder del gran Alejandro, los rebaños de cabras montesas descendieron de las alturas para resguardarse del frío y los leopardos dejaron sus grandes huellas en las rocas nevadas. Algunos árboles perdieron sus hojas mientras los cedros, con sus recias agujas, aguantaron estoicamente las ventiscas y heladas. Los ratones buscaban los huecos en los graneros y los zorros, que empezaban a darse arrumacos que traerían cachorros con la primavera, intentaban emboscarlos.

Los pasos quedaron cortados y los campos, a la espera de labranza. Los neveros engordaron, acumulando reservas con avaricia para poder aguantar sus hielos incluso cuando llegase el calor del verano.

Y en la fortaleza de Alamut la vida se ralentizó a medida que los días se achicaron. Los *fida'i* empezaron a pasar más tiempo con los médicos y los boticarios, discutiendo venenos con los que cumplir sus encargos. Se pospusieron las prácticas de esgrima, porque la barbacana de la plaza quedaba oculta bajo un manto de más de dos pies de nieve y nadie se ofrecía a pasar la penuria de cruzarla si quedaba otro remedio.

Las mujeres contaban historias a sus hijos al calor de la lumbre. Los hombres hablaban de glorias pasadas mientras intentaban espantar el miedo de ser una nación acorralada entre la codicia de los seljúcidas y el arrojo imparable de los mogoles.

A excepción del fuego en la forja del herrero, que seguía trabajando a destajo, y de los jardineros, que cuidaban los impresionantes parterres de la alcazaba, la vida se volvió una espera. Un largo aguardo en el que cada cual sobrellevaba las incomodidades como podía. La única excepción a aquella desidia invernal fueron los pocos días que duraron las reparaciones después de que una fuerte borrasca estropeara las tejas y reventara cañerías heladas durante la noche.

El frío, las pocas horas de luz y el mal tiempo hacían de aquellos días una época miserable. Pero de todos los que vivían en Alamut, uno fue el más desdichado.

En un rincón de las murallas, junto a los portones que llevaban a los jardines, había una torre de flanqueo en cuyo piso inferior, ya en tiempos anteriores a que los *hashshashin* ocuparan el lugar, se habían instalado unas mazmorras medio excavadas en la piedra, integradas en los cimientos. Eran habitaciones pequeñas y oscuras, llenas del frío y la humedad que ascendían desde el corazón de roca de la montaña.

Con apenas dos zancadas en cualquier dirección podía tocarse una pared, y alguien tan alto como Laín no podía estar de pie si no era inclinando la cabeza. Para dormir en el jergón mohoso del que disponía, se veía obligado a atravesarlo de esquina a esquina si quería estirarse por completo, cosa que tampoco hacía a menudo, porque, si se tumbaba cuan largo era, tenía que dejar los pies fuera del magro acolchado y el contacto gélido con las losas se los dejaba insensibles.

Le daban una sola comida al día. Normalmente una escudilla desportillada con

algo de pilaf grasiento en el que escaseaban restos de carne que había empezado a verdear, especiado hasta la saciedad para enmascarar la podredumbre. Tenía un cubo para hacer sus necesidades, que sólo vaciaban cuando se acordaban. Un jarra cubierta de robín contenía el agua, que renovaban un día sí y otro no, obligándole a aprovecharse de los copos que se colaban por el único ventanuco, de apenas una cuarta, por el que entraba algo de luz en aquella celda infecta.

Poca cosa, pero un auténtico aliviadero para la desesperación de su cautiverio. A su través podía dejar pasar las largas horas contemplando las montañas persas e imaginando cómo recuperar la libertad.

De no ser por la pequeña rendija, se habría vuelto loco semanas atrás.

Desgraciadamente, el pequeño ventanuco no servía para planificar una huida. Para escapar, o encontraba el modo de desmantelar un murallón grueso como una carreta, o adivinaba cómo perforar la roca viva del suelo, lo que dejaba como única opción atrapar en un descuido a alguno de los guardas que traía la comida o vaciaba el cubo de desperdicios. Y aquélla era una elección peligrosa. Su celda estaba en un corredor en la parte baja de la torre, donde habría más hombres. Y, si lograba salir, se encontraría en la barbacana, en el centro de la fortaleza de Alamut.

Aunque Laín no pensaba mucho en escapar, tenía demasiado que lamentar.

Pasaba los días apático, reflexionando sobre las oportunidades perdidas y alimentando un odio que, en los últimos tiempos, había comenzado a burbujear en su interior con fuerzas inusitadas. Un odio ciego que pensaba despachar contra quienquiera que viniese a por él al llegar la primavera.

Gracias al mísero ventanuco, su único consuelo, vio al tiempo dejar su huella en el paisaje y, gracias al mísero ventanuco, hubo recuerdos a los que acudir como solaz en su cautiverio.

Su cuerpo fuerte lo fue librando a duras penas de los sabañones y otros rigores. Pero su mente, desde el momento en que lo habían encerrado allí, había sufrido un durísimo castigo que él mismo se había impuesto.

Con razón o sin ella, Laín se sentía responsable de todos los males vividos, responsable por las vidas perdidas por su culpa. Y en su alma pesaba una bilis correosa que lo convirtió en un hombre taciturno.

Sobre el sobado jergón, en una de las esquinas de la celda, permanecía sentado con la cabeza gacha y los ojos alzados, mirando el pedacito de cielo gris más allá del ventanuco, contemplando las manchas cenicientas de las panzas de las nubes. Sin darse cuenta, evitaba el frío abrazándose las rodillas contra el pecho.

Oyó un ruido metálico y ni siquiera se volvió cuando una trampilla en la puerta se abrió y una mano atezada cogió el cuenco vacío para, tras rellenarlo de *pilaf*, volver a deslizarlo sobre el suelo húmedo.

Para cuando se cerró la portañola, Laín no se había movido.

Se miró las manos, marcadas por pequeñas cicatrices, callos que delataban el entrenamiento con la espada o el uso de las riendas para guiar el caballo, pieles

agrietadas por culpa del frío y la humedad de la celda. Cerró los puños con las muñecas apoyadas sobre las rodillas.

Eran las mismas manos que le habían partido el pescuezo a Burzug.

Fue un instante de furia incontenible.

Algo se había roto en su interior y, antes de que los *hashshashin* pudieran hacer nada, Laín se había abalanzado sobre el viejuco y lo había desnucado como a una gallina. Luego había cogido el alfanje y otros cuatro habían muerto antes de pestañear.

Se había convertido en la misma parca, dispuesto a segar una vida tras otra hasta el fin de los tiempos.

Salvó el cuello únicamente porque el *sheik* Mohammed gritó a sus hombres que sólo valía algo si aún respiraba, pero hicieron falta media docena de aguerridos *fida'i* de Alamut para retenerlo y encerrarlo en aquella mazmorra helada de la que no había salido en meses.

En la fortaleza de los *hashshashin* sus manos se habían convertido en las de un asesino.

Ya no era un huérfano bastardo queriendo ganarse el amor de su padre. En sus ojos grises se distinguía un odio templado.

Como había soñado Guy de Tarba, el niño que había recogido se había hecho un hombre, con el corazón de pedernal y el alma marchita.

Exactamente lo que le había inculcado el gascón.

—Averiguaré la verdad.

Habló en un susurro, como si Lume pudiera oírle, o el mercenario tuerto, o Ciriaco, o Lúa, o Landra, o su madre. O cualquiera de los que habían quedado atrás y de los que nada sabía, como Egeria, como el viejo Tomás, como Casilda.

Habló para sí porque nadie le quedaba con quien hablar y así evitaba tontear con la locura.

—Averiguaré la verdad y los mataré a todos.

Y sus puños se apretaron hasta que las uñas se clavaron en las palmas de sus manos.

Y sus ojos del color de la ceniza prendieron igual que brasas sobre las que se sopla.

—Los mataré a todos. Pagarán por lo que han hecho.

Lo que no sabía era que, para esa primavera, antes de que los hombres que habían pagado por su cabeza llegasen a Alamut, la fortaleza recibiría una inesperada visita.

El destino, una vez más, se alejaba de su alcance, y su propia vida, una vez más, estaría en manos de otros.

El poni era bajo y greñudo, robusto. Un bayo desvaído con manchas más oscuras en el interior de las patas y la barriga redondeada. Un animal sin gracia si se comparaba con los espléndidos animales de los califatos, pero con una envidiable resistencia para trotar durante horas a lo largo de las inmensas llanuras de hierba. Y duro. Capaz de aguantar el invierno, la nieve y el hielo sin más que mordisquear que líquenes, musgo o hierba seca. Era un caballo de las estepas.

El amanecer era apenas una promesa anaranjada y la noche aún ocultaba la silueta del caballo que, sacudiendo la cabeza, esperaba por su jinete.

Tras unas matas de murta, donde había tirado de las riendas para refrenar la montura y descabalgar a toda prisa, el hombre estaba de espaldas al caballo, de pie junto al tronco de un cedro. Terminó de aliviar la vejiga, se sacudió ostentosamente, orgulloso de su virilidad, dejó escapar un largo cuesco y estiró la espalda entumecida por los largos días de cabalgata y rastreo. Los huesos de su espinazo crujieron igual que un costurón que se rompe. Dejó escapar un suspiro de alivio.

Llevaba una recia túnica, bien acolchada con capas de fieltro prieto, de la mejor calidad. Ni armadura ni espada visible. El arco y las flechas estaban bien escondidos en los pertrechos que colgaban de los flancos del animal, junto a la manta y las alforjas.

Se había despertado con la luna llena todavía en el cielo y había obligado al jamelgo a trotar por aquellos vericuetos entre las montañas durante un buen rato, para alejarse del improvisado campamento en el que había pasado la noche anterior, sin más comodidades que una escasa fogata de excrementos secos de oveja, prendida entre unas piedras y bajo un palio de ramas verdes, todo dispuesto con mucho cuidado para que ni el humo ni la luz fueran visibles.

Era un hombre fornido, de hombros cargados por las largas horas de práctica con el arco. Más bien bajo. De rostro redondo, piel atezada y manos callosas. Sus ojos, casi negros, eran sesgados, de párpados pequeños, y todo en él anunciaba que, como su caballo, era uno de los hijos de las estepas.

Miró en derredor asegurándose de que no le seguían la pista y, tras deshacer unos nudos en la cuerda trenzada que sujetaba la silla, levantó el arzón para sacar algo de la carne que él mismo había ablandado al cabalgar sentado sobre ella.

Ese cordero, seco y especiado, además de un trozo de queso de cabra, duro como una piedra, fueron su magro desayuno. No tenía airag, ni modo de calentarlo; tampoco té, o sal para condimentarlo. Y el día anterior había terminado el agua de su odre, pero, mientras roía el queso, sacó su cuchillo de entre los pliegues de la túnica y, palmeando el cuello de la bestia para calmarla, hizo un tajo ligero en una de las venas que bajaba por la paletilla.

El pellejo del poni retembló como si espantase un tábano y, de inmediato, empezó a manar sangre. El hombre acercó los labios a la herida y bebió hasta saciarse con el líquido tibio. Al terminar, presionó con los dedos el corte, se limpió en la manga de su *deel* y escupió en su mano libre, donde se las apañó para recoger algo de tierra del

camino e improvisar un emplasto con el que selló el tajo para evitar que continuase sangrando sin necesidad.

Reconfortado y satisfecho, sabedor de que nadie lo observaba, dejó escapar otra ventosidad y un mohín de desgana ante la tarea que aún tenía por delante. Pero era un hombre disciplinado, así que volvió a asegurar la cincha de la panza, acarició las crines del pequeño caballo y montó de nuevo con la soltura de quien hace muchos años que dejó de ser atado a la silla. Y era cierto, casi los mismos que hacía que no andaba a gatas.

Estaba cansado y los días de viaje pesaban, aunque jamás se hubiera quejado ante ninguno de sus superiores, como tampoco hubiera demostrado la ilusión que tenía depositada en convertirse en el rastreador que volvería al campamento tras encontrar el lugar que su gente buscaba.

Era un honor haber recibido aquella confianza y, en su fuero interno, estaba convencido de que tendría suerte y sería él quien llevaría la gran noticia de vuelta.

Aquel paisaje agreste de bosques y montañas no le gustaba. Se sentía a gusto en los mares de hierba, donde el horizonte despejado hacía que uno pudiera soñar con la libertad. Al fin y al cabo, su sangre era la de los nómadas de las praderas, y eso pesaba. Pesaba casi tanto como las tradiciones y leyendas de su pueblo.

Ojo avizor, siempre pendiente de no toparse con quien pudiera levantar la liebre, siguió su camino. De tanto en tanto daba un rodeo y buscaba algún desnivel que le permitiera vigilar sus espaldas. O, simplemente, se detenía, se escondía entre los arbustos, obligaba al caballo a tumbarse a su lado y esperaba durante un rato, pendiente del más mínimo ruido.

En ocasiones, como el deshielo dejaba barros abundantes en la vereda, cortaba unas ramas de arrayán y barría sus huellas cuidadosamente.

No se detuvo hasta bien pasado el mediodía, junto a un arroyo en el que se permitió un pequeño descanso y rellenó el odre.

Para cuando la tarde caía la vio por fin, y le costó creer que los dioses habían colmado sus ruegos. La había encontrado.

Colgada en la cima de la montaña, dispuesta como una corona de piedras sobre la testa del monte, hacía honor a su nombre, igual que el nido de un águila. El lugar que buscaban. No le cupo duda.

Era la fortaleza de Alamut. Una sonrisa lobuna le cambió el rostro. Allí, como mujeres asustadas, en un recoveco entre las rocas, sin dar la cara, estaban los escurridizos *hashshashin*. Los malnacidos nizaríes que se habían atrevido a dar caza y muerte al mismísimo Chagatai, hijo del más grande, vástago del inmenso Gengis. Ellos lo habían asesinado. Utilizando sus mañas arteras y sus métodos sibilinos. Pagados por algún ser indigno y rastrero al que despellejarían. Lo habían matado e iban a pagar por ello, con su sangre y su vida.

Ya habían arrasado otras de sus alcazabas, ya habían cobrado su venganza con cientos de aquellos miserables *hashshashin* pero aún faltaba su baluarte, su más

preciada fortaleza, el lugar del que se habían apoderado con la artimaña de la piel de toro.

Ellos iban a ser borrados de la faz de las tierras bajo el Padre Cielo por haberse atrevido a tal desfachatez.

Él lo había jurado.

Se llamaba Kachiun. Era un orgulloso miembro del clan de lobos, el auténtico, el mismo que había visto nacer entre los suyos al gran señor Temujin, el que había conquistado el mundo para su pueblo, el que había unificado a todas las tribus. Y se jactaba de ello.

Era un mogol. Y, tras él, vendrían miles. Decenas de miles. Ésas habían sido las órdenes: uno de cada diez hombres disponibles bajo el ojo del Padre Cielo, uno de cada diez habían partido desde todos los rincones del Imperio para someter las provincias de poniente y acabar con los mahometanos. Habían cruzado el Oxus sedientos de sangre y conquista. Y todos eran guerreros que, desde su nacimiento, no habían conocido otra cosa que la más férrea disciplina. Entrenados con el arco y la espada hasta la saciedad antes incluso de que sus cabezas pasasen por encima de las pezoneras de los carros, eran los mismos que habían hecho huir como chotos a los keraítas, a los yurkanos, a los uiguros, a los naimanos, a los merkitas, a los ongutos e incluso a los chin, cuya gigantesca muralla no era más que una piedra en el camino ante las hordas mogolas.

Nadie tenía la fuerza o la voluntad necesarias para oponerse a quienes cabalgaban bajo la sombra del gran Gengis.

Y en ese año de la serpiente que recién había comenzado, Alamut caería. El Imperio legado por el kan de los océanos de hierba sería aún más grande. El mayor que conocerían los hombres. Mayor que el de los faraones de Egipto, mayor que el del mismo Alejandro, mayor que el esplendor de Roma. El más grande.

Durante dos días, ocultándose, observó y aprendió hasta el último de los detalles de la inmensa fortaleza. Mantuvo las distancias, pero llegó incluso a adivinar los cambios de guardia en las torres. Y, cuando se dio por satisfecho, cuando estuvo seguro de que no podía averiguar nada más sin delatarse, volvió grupas y cabalgó hacia levante para llevar las noticias.

Su pueblo borraría de la faz de la tierra a los *hashshashin*. Y en eso, estaba seguro, no se equivocaba.

Después caerían los luros. Luego Bagdad, la gran capital sería reducida a escombros. Más tarde, el mundo entero. Nada bajo el sol escaparía al talón de las botas mogolas. Si el Padre Cielo lo permitía, sus hijos, los señores de las grandes praderas de hierba, dominarían el horizonte.

Todos los horizontes.

No le cabía duda alguna.

Lo que no sabía era que, pocos días después, iba a deberle su vida a un hombre llegado desde el otro extremo del mundo.

ESTROFA

XVII

EL NIDO EN LLAMAS

«… habéis hecho pedazos la roca más consistente,
arremetido contra el acantilado, hendido las
aguas profundas allá donde os he mandado…».

Historia secreta de los mongoles,
frase atribuida a Gengis Kan

Las carreras y las voces nerviosas de los guardias le habían brindado algunas pistas. La reducción de sus magras raciones había avivado sus sospechas. Hubo ocasiones en que el sobado cuenco quedó vacío por días y, azuzado por el hambre, se había visto obligado a lamer la grasa enranciada y a aprovechar hasta el último grano de *pilaf* prendido en los bordes. Durante semanas percibió la tensión creciente y, en su soledad, elucubró cientos de explicaciones.

La confirmación le llegó muchos días después, cuando los gritos fueron evidentes.

Más allá de la puerta de su celda el caos subía de volumen. Hasta la mazmorra llegaba el eco de golpes, tajos, puñetazos. Y Laín comprendió que Alamut estaba siendo atacada tras un largo asedio que se había prolongado durante toda la primavera.

Oyó una serie de porrazos que resonaron en el corredor de los calabozos. También el inconfundible retemblar de espadas entrechocando. Gruñidos ahogados. Y gritos. Algunos de ánimo y coraje, otros de inconfundible agonía.

No le cupo duda. En la fortaleza se estaba luchando a vida o muerte.

Y, allí encerrado, a la espera de acontecimientos, se sintió como un oso encadenado para un azuzamiento. No le costaba imaginar a los perros a punto de abalanzarse sobre él, dispuestos a despedazarlo a dentelladas.

Cabía la posibilidad de que entrasen en tromba y lo despedazasen entre muchos. O de que lo dejasen allí encerrado hasta que muriese de hambre y miseria.

Poco podía hacer para cambiar su destino.

La luz limpia de la mañana se colaba por el único ventanuco de la miserable estancia. Iluminaba un recuadro en las piedras mohosas y sobadas. A lo largo del día, se iría desplazando, poco a poco. Reptaría por el suelo hasta subir un par de cuartas por la pared opuesta como una lagartija tímida. Laín conocía bien aquel recorrido; había tenido meses para aprendérselo. Cada arenilla, las grietas en las losas, los parches de liquen, las hiladas de musgo en las juntas y cómo cada elemento iba cambiando según la luz jugaba con ellos.

Algo golpeó con fuerza contra la puerta de la celda. Si hubiera tenido que jurarlo, Laín hubiera dicho que eran las espaldas de un hombre que estaba recibiendo una paliza.

Luego resonó algo metálico. Y no le costó imaginar hierro atravesando carne, abriendo un costillar y reventando un corazón. Clavándose en los maderos. Después el susurro del cuerpo se deslizó contra la tablazón. Un estertor ahogado y el último taconear de una bota contra el suelo.

Y más carreras. Más gritos.

No tenía otra cosa que lo puesto. El jergón, una manta raída. Y el cuenco grasiento. Tendría que utilizar sus propias manos y cuanto acertase a ahorrar de su ingenio.

Entonces se acordó de la cuchara. Tallada en raíz de arrayán, sobada y vieja,

curtida por capas y capas de grasa.

Resuelto, dio unos pasos y la cogió. La examinó con calma, atento a las vetas en el mango y, poniéndola bajo la suela de su bota, ejerció la presión justa, hasta que oyó cómo se astillaba. Tenía un pedazo de madera que terminaba en un extremo roto. Ésa era su única arma.

—Tendrá que servir —se dijo con un resoplido.

Y se pegó a la pared, a dos palmos del quicio de la puerta, preparado.

Oyó más ajetreo, órdenes que no entendió. El inconfundible sonido de la guerra y la muerte. Y esperó.

El recuadro de luz avanzaba, ladeándose a medida que el sol descendía sobre las montañas, acercándose a las punteras de sus botas.

No podía hacer otra cosa que contener la ansiedad y aguardar una oportunidad a la que aferrarse con uñas y dientes.

Imaginaba lo que harían los *hashshashin* si temían la derrota. Si comprendían que iban a perder, irían a buscarlo. Lo matarían. No querrían dejar a un viejo enemigo a merced de enemigos nuevos.

Si había ocasión, sería única. Y no podía dejarla escapar.

Se armó de paciencia, azuzado por la sola determinación de salir de Alamut con vida para cobrarse sus propias venganzas y cumplir sus juramentos.

Y, lentamente, aquel recuadro de luz empezó a subir por sus empeines.

A veces oía la lucha al otro lado de la puerta, tan cerca que incluso le parecía oler la sangre derramada. Por momentos, los sonidos llegaban desde muy lejos, apagados pero inconfundibles.

Y Laín esperó, con el mango roto de la cuchara en la mano como única arma.

Para cuando los rayos que se colaban por el ventanuco le rozaron las rodillas, sonó el conocido esquilar metálico del pasador que aseguraba la puerta. La barra de hierro rozaba los aros de cierre hendidos en la jamba.

Como si tamborilease, relajó los dedos uno a uno y los volvió a flexionar en torno al pedazo de madera, empuñándolo como una daga.

Rechinaron las bisagras y la hoja de la puerta comenzó a abrirse.

Laín se tensó.

No era asunto suyo y, si no se entrometía, saldría ganando. Podía aprovechar aquel desbarajuste para desaparecer sin dejar rastro. A esas alturas ya no cabía posibilidad de que los hombres de Alamut se librasen de las hordas que habían caído sobre ellos. Estaban siendo masacrados.

Su mejor opción era escabullirse sin más. Pero no pudo evitarlo: si alguien sabía la verdad, ése era el señor de la fortaleza. Aquél era quien podía darle las respuestas que buscaba.

—Eh, ¡mamarracho!

El altivo *sheik* Mohammed volvió el rostro. Con uno de sus inmensos puños sujetaba a un hombre por la pechera de la larga túnica acolchada. Y en el puño que no aferraba la lana sostenía el alfanje, tinto de sangre que escurría por el filo.

A su alrededor, la fortaleza ardía y buena parte de los espléndidos jardines de la alcazaba eran pasto de las llamas. Un hombre cayó desde la muralla, desgañitándose mientras se esforzaba inútilmente contra el vacío, intentando en vano espantar la muerte que le aguardaba en las rocas. Sonó sobre ellos el zumbido de unas flechas que, con increíble precisión, abatieron a dos centinelas nizaríes apostados en las almenas.

—¡Cristiano! Ah, el profeta me condene. —Tenía las mejillas tiznadas y desgarrones en la ropa, pero sus ojos brillaban—. Debí matarte hace mucho. Me pudo la codicia. —El caos que lo rodeaba no parecía haberle robado los ánimos—. Espera un poco y me ocuparé de ti con gusto.

El hombre al que sujetaba parecía a punto de desvanecerse; tenía el rostro congestionado y señales de haber recibido una golpiza. Aun así, a Laín no le costó identificarlo. Los ojos rasgados y el color cobrizo de su piel confirmaban lo que su ropa anunciaba. Además, el arco caído a sus pies, recurvado y con aspecto de ser capaz de enviar un dardo a trescientos pasos, era inconfundible. No podía ser otra cosa que uno de los hombres de las estepas, un mogol.

Laín tentó el alfanje flexionando la muñeca. Se lo había arrebatado al cadáver despatarrado en el suelo de su celda, uno de los centinelas de los *hashshashin*, tumbado sobre un charco de sangre que aún goteaba desde el mango de madera atravesado en el pescuezo.

—Tengo otros asuntos a los que atender —dijo entonces, alzando el hierro—, será mejor que despachemos nuestras cuentas pronto.

El sheik sonrió con aires de depredador. Le soltó un codazo brutal al mogol, que cayó inconsciente, y se giró para encararse con él, dispuesto a pelear.

Las cenizas volaban de un lado a otro. Las llamas rugían lamiendo las piedras de la fortaleza. Los gritos resonaban. La muerte se abría paso en la cima de la montaña. Y, en los que habían sido los maravillosos jardines de Alamut, dos hombres giraban uno en torno a otro con sus alfanjes dispuestos. Ambos sabían que sólo uno de los dos saldría de allí con vida.

Kachiun abrió los ojos y se sacudió para despejarse. Aquel condenado lo había

cogido desprevenido mientras patrullaba por la fortaleza intentando descubrir sus secretos. Y, por eso mismo, lo primero que sintió no fue el dolor de los golpes recibidos, sino una vergüenza abrumadora. Porque un miembro del clan de los lobos no podía permitirse un error así. Ellos eran los descendientes del mismísimo Gengis y su única opción era la victoria, jamás la derrota.

Intentó incorporarse, pero estaba malherido. Tenía un feo tajo en el hombro. El mero hecho de respirar suponía un tormento y el dolor en su costado le dejó claro que tenía un par de costillas rotas. Había salvado la vida por los pelos. De no ser por la intervención de aquel desconocido, estaría muerto.

Sonó el inconfundible retemblar del acero chocando con acero. Y allí estaba su salvador, cruzando lances con el nizarí que había estado a punto de matarlo.

Era un mogol, orgulloso de su estirpe. De niño le habían hecho correr hasta las cimas de los oteros aguantando un trago de agua en la boca cerrada y le habían obligado a bañarse en los ríos helados donde nadaban los lobos de las corrientes, los tamen. Había empezado a montar casi antes que a caminar. Había tensado su primer arco con apenas cuatro temporadas. Había sido criado para luchar. Y Kachiun reconoció enseguida el valor y la pericia de los dos hombres que combatían frente a él.

Estaban igualados. Ambos eran grandes y fuertes. Los dos manejaban los pesados alfanjes como si no fueran más que puñales y, a una velocidad endiablada, giraban el uno en torno al otro lanzando mandobles, quites y fintas con las que caligrafiaban el aire espeso en el que rondaba el humo.

Los jardines de Alamut eran pasto de las llamas. La noche se alzaba por el este y, a poniente, el sol se refugiaba en las montañas. Todo quedaba envuelto en un largo naranja que vibraba como una manta cubriendo a dos amantes.

Vaharadas de calor revolvían el olor penetrante del fuego. Las hojas verdes chisporroteaban y los troncos de los pistacheros estallaban con quejidos que abrían sus cortezas.

No lo había visto en su vida, pero aquel extranjero había intervenido en el momento justo y Kachiun sentía curiosidad.

Se le veía desastrado. Con ropas raídas, el pelo revuelto y las barbas sin afeitar. El hambre le había dibujado las mejillas. Pero se movía con una furia que no conocía el cansancio. Y era bueno.

Los alfanjes chocaron una vez más.

—¿Quién pagó por mi cabeza? —gritó Laín, al tiempo que esquivaba un envite que le buscaba la garganta.

Saltó por encima de un mirto en llamas y adelantó el cuerpo para descargar su codo en la nuca del nizarí, pero el *sheik*, que se había sometido a la misma disciplina a la que obligaba a sus hombres, se inclinó justo a tiempo, dio media vuelta y lanzó un puñetazo que alcanzó al gallego en un costado, a la altura del riñón.

El golpe le robó el aire, aunque no lo detuvo. Laín bajó de inmediato su hoja y

detuvo justo a tiempo la arremetida que Mohammed enlazó en cuanto retiró el puño.

—Infiel, quieres saber demasiado, y ese pecado se paga con la muerte.

No entendía una palabra de lo que decían, pero a Kachiun le sonaba aquella lengua extranjera. La había oído en labios de los embajadores cubiertos de armiño que enviaban los reyes europeos.

El mogol se retrepó, buscó su espada, la inspeccionó y se aseguró de que podría defenderse cuando todo acabase. Entonces improvisó un vendaje para su hombro rajado y, sosteniendo con la mano ensangrentada su maltrecho costillar, se dispuso a disfrutar del espectáculo. Igual que cuando se celebraban las juntas de todas las tribus con el buen tiempo de los veranos, cuando los hombres cabalgaban, luchaban, disparaban sus arcos o hacían volar sus águilas. Kachiun era hijo de los mares de hierba y sabía apreciar el valor de una buena competición.

—¿Quién pagó? —volvió a preguntar Laín, mientras acertaba a dar una patada en la corva del nizarí.

—Algún día el mismo Satán te responderá, cristiano —logró contestar el otro, acusando el golpe pero rehaciéndose a tiempo de evitar que el alfanje que silbaba en el aire le rebanase el cuello.

Tuvieron ocasión de chocar una vez más los hierros, con un impacto tal que el temblor de las muñecas les llegó hasta las muelas. Y quedaron trabados, con las espadas mordidas, formando una cruz entre ambos. Y cada cual apostó todas sus fuerzas para que su hoja se moviese hacia el cuello del otro. Pero cuando uno ganaba una pulgada, el otro arremetía de nuevo y recuperaba lo perdido. Ninguno quería ceder. Un solo instante de vacilación podía dar al enemigo la oportunidad de soltar el mandoble definitivo.

Sin duda, era un espectáculo digno de verse, pensó Kachiun para sí. Los dos hombres eran excepcionales. Cualquier tribu de las praderas estaría orgullosa de llamarlos hijos. Y el escenario era digno de ser recordado en los poemas junto al fuego de los campamentos, cuando los viejos recitaban la historia del pueblo de las estepas. En cualquier *yurta* los niños estarían encantados de escuchar aquel relato de dos formidables guerreros que se enfrentaron el uno al otro mientras el mundo ardía a su alrededor.

De lejos, mientras el fuego crecía, devastando la fortaleza, le llegaban a Kachiun los primeros vítores de sus hermanos. Los mogoles celebraban la victoria con entusiasmo. Habían aplastado a los nizaríes, a los perros que se habían atrevido a asesinar a Chagatai. Y pronto correría el *airag* negro, que alegraba los espíritus y entorpecía las lenguas. Habría bailes, fanfarronadas, largas charlas en las que se contarían las anécdotas de la batalla.

Los alfanjes volvieron a estrellarse y el sonido sacó al mogol de su ensimismamiento.

Viéndolos batallar entre sudor y gruñidos, Kachiun se preguntó si ganaría su salvador o si vencería el señor de la fortaleza.

Una vez más, bajo el estandarte con las colas de caballo teñidas en todos los colores imaginables, bajo el símbolo que Gengis había ungido para representar la unión de todas las tribus, el pueblo de los nómadas había vencido. Ya no eran simples ganaderos que sobrevivían día a día si el Padre Cielo tenía a bien bendecirlos, ya no estaban desperdigados por los rincones de las estepas rogando por que los chin o los rus no decidieran atacar para robarles hasta el último de sus rebaños de yaks. Ahora eran una nación unificada, grande y poderosa. Orgullosa. Y, como venía siendo desde hacía un siglo, una vez más, sin conocer la derrota. Los mogoles aplastaban a sus enemigos y hacían crecer su Imperio, el más grande en la historia de los hombres.

Los troncos de los árboles se resquebrajaban, las hojas siseaban, el fuego cobraba intensidad. Los jardines ardían y sólo algunos pasillos de entre los que habían sido impresionantes arriates de flores y macizos de arrayán eran practicables. Por ellos aparecieron sus hermanos buscando enemigos a los que rematar. En cuanto los vio, Kachiun levantó la mano para que detuvieran su impulso homicida.

Los dos espadachines, sin embargo, no dedicaron más que una mirada de reojo a los recién llegados. Estaban demasiado ocupados intentando matarse el uno al otro.

Obviando las llamas, el grupo se dispuso alrededor. Todos traían los rostros tiznados, y en sus armaduras, que habían aprendido a hacer gracias a los chin, se veían huellas de la batalla: cordajes rotos, manchas de sangre, escamas sueltas.

—¡Kachiun! Ya has encontrado una excusa para hacer el vago —gritó Guyuk, que era un fanfarrón y tan molesto como un forúnculo en el trasero durante una larga cabalgata—. Qué pensabas, no me digas que querías recoger unas flores…

—Me alegro de verte. Pensé que tendríamos que dejar tu cadáver en alguno de estos montes para que las rapaces esparcieran tus restos a los cuatro vientos.

El que habló ahora era el nervudo y baqueteado Yao Shun, un chin que había jurado lealtad al kan después de que el niño que había sido el emperador de su pueblo se postrase de rodillas ante el propio Gengis, aceptando, además de la vergüenza de la derrota, comprometer su fortuna y miles de hombres como prenda.

Kachiun le tenía estima e, íntimamente, reconocía lo mucho que habían aprendido los suyos de aquel afanoso pueblo que les había enseñado, por ejemplo, el papel. Bajo el mandato del mogol Ogodei, los chin habían levantado la esplendorosa capital de los esteparios: Qara Qorum.

Se veía en ellos el buen humor de la victoria, que ensanchaba sus rostros con grandes sonrisas.

Entre tanto, otro de los hombres, un jovencito de pelo revuelto del que Kachiun no recordaba el nombre, ya tensaba el arco para soltar una flecha que, sin error posible, atravesaría el pecho de uno de los dos combatientes. Era un cachorro deseoso de probarse.

—Déjalos pelear —le instó Kachiun poniéndose en pie—, veamos de qué pasta están hechos.

El infierno desatado a su alrededor no afectaba a uno solo de aquellos mogoles,

que, como Kachiun, se dispusieron a disfrutar del espectáculo.

Sudando por el calor que desprendían las llamas, Kachiun se acercó a los suyos. Se reacomodó el vendaje e hizo la pregunta que, sabía, elevaría los ánimos:

—¿Quién crees que ganará? —preguntó a Yao Shun.

De inmediato corrieron las voces y se cruzaron apuestas.

—Más vale que se apuren, o acabaremos socarrados —renegó Guyuk.

Pero Kachiun no le prestó atención, estaba observando a los espadachines.

Su salvador debía ser europeo, como los misioneros o los legados papales. Desde unos años antes, habían sido numerosos los visitantes lejanos que habían llegado a la Corte de los descendientes del gran Gengis. El poder atraía las peticiones como la miel a las moscas, y no habían faltado interesados dispuestos a cubrir las largas etapas de las rutas comerciales para rogar la venia del kan. Otros habían sido traídos desde las incursiones en las tierras de los magiares, artesanos arrastrados hasta Qara Qorum para aumentar la gloria de las naciones unificadas de las estepas.

Y le constaba que el otro, el que había estado a punto de matarle, era el señor de la fortaleza y líder de los perros *hashshashin*.

Ajeno a cuanto ocurría en torno suyo, Laín decidió que tenía que hacer algo distinto para salir con bien de aquel trance.

—¿Quién pagó por mi cabeza? ¿Fueron los templarios?

Ya no esperaba respuestas, sólo quería distraer al sheik. Simuló que la presión lo vencía y la hoja del nizarí se acercó a su mejilla. Se echó un paso hacia atrás, fingiendo que sus fuerzas le abandonaban y que ya no podía resistir por más tiempo.

Se dio cuenta Kachiun de las artimañas del europeo y las aprobó con una sonrisa, en tanto que le largó un codazo al revenido Yao Shun, que se hurgaba la nariz sin apartar la vista de la lucha.

Laín se dejó ir un poco más hacia atrás, hasta que vio el destello de triunfo en los ojos del *sheik* Mohammed, donde bailaban los reflejos de las llamas. Entonces cruzó las piernas y, con tanta rapidez como pudo, se apartó dejando que su hoja se escurriese sobre la otra igual que una piedra de amolar.

Al hacerse a un lado de repente, el nizarí perdió el punto donde apoyaba todo su peso y trastabilló hacia delante, a punto de caerse. Laín aprovechó el instante para volverse con rapidez y lanzar su hoja contra la nuca desprotegida. Sin embargo, el otro era un *hashshashin* y no se dejó vencer tan fácilmente, sino que convirtió el impulso de la caída en pasos apresurados hacia el frente y se distanció del alfanje de Laín, que cayó sobre su corvejón izquierdo abriendo un tajo allí que inutilizó la pierna.

Los mogoles chillaron con excitación, encantados con el lance.

—Deberíamos irnos —propuso Yao Shun, examinando el fruto de sus trabajos en las yemas de sus dedos—, se nos van a quemar las cejas.

Y el joven arquero miró a Kachiun con el ansia pintada en el rostro, deseoso de recibir permiso para soltar sus flechas.

—Aún tenemos tiempo.

Pese a la herida, que sangraba con abundancia, el *sheik* se volvió con rapidez y reaccionó lanzando su propio ataque, tan furibundo que Laín hubo de retroceder mientras se esforzaba por bloquear los mandobles.

El humo acre y pesado empezaba a irritar los ojos y las gargantas de todos. A lo lejos se oían, sin un momento de calma, los gritos del resto de los mogoles, que campaban por la alcazaba dedicándose al pillaje.

Laín quedó con las espaldas contra un macizo de jazmines trepadores. Envueltos en retorcidas llamas, los arbustos ardían, consumiendo la celosía que los sujetaba. Era un muro de fuego y ramas carbonizadas. Y hacia él, como una avalancha, se dirigía el *sheik*, que ni siquiera cojeaba.

Fue entonces cuando Kachiun quedó boquiabierto. El europeo, sin pensarlo dos veces, saltó hacia aquella inmensa hoguera y se desvaneció entre las llamas. Dejó tras de sí una nube de centellas que se desperdigaron como polillas que volaran y ardiesen, todo a un tiempo. Del fuego salió una bocanada de cenizas.

—¡Por todos los caballos de mi padre! ¿Qué…?

El entramado de maderos que hacía de esqueleto para los jazmines se derrumbó y las llamas se avivaron, moviéndose como lenguas lascivas.

—Qué extrañas costumbres tienen estas gentes.

—¡Está loco!

Kachiun oía lo que decían sus compañeros, pero no les prestaba atención. Miraba embobado el anillo de fuego por el que había pasado el europeo.

Tan patidifuso como el mogol estaba el *sheik*, que se había quedado a unos pasos de las llamas contemplando con incredulidad el fuego que se había tragado a su enemigo.

Como por ensalmo, por un breve instante todo quedó en suspenso, aunque sólo duró un suspiro.

De repente, con un siseo como el de un gato furioso, un alfanje salió de entre el amasijo en llamas y se clavó en el pecho del nizarí. Tan atento estaba Kachiun que incluso pudo ver cómo un mechón de las barbas del *hashshashin* se desprendía, rapado por la hoja de la espada.

Boquiabierto, Mohammed aún tuvo fuerzas para aguantarse en pie un poco más. Pero, para cuando comprendió lo que había pasado, la vida se le escapaba tiñéndole de rojo la túnica blanca de los suyos. Hincó las rodillas y se derrumbó como una res a la que hubieran cortado el cuello.

A su alrededor, se sucedían las preguntas. Y Kachiun no daba crédito.

Entonces, con un crujido lastimero, lo que quedaba de aquella estructura se derrumbó con más chispas. El descalabro desperdigó carbonilla y levantó jirones de humo. Cuando se aquietó, todos comprendieron lo que el *sheik* había entendido justo antes de caer desmadejado como un muñeco de trapo.

Empapado de pies a cabeza, chorreando, con diminutas lentejas de agua

esparcidas por el rostro y las ropas, apareció el europeo entre las llamas, el humo y las centellas.

Estaba en pie, sumergido hasta las rodillas en una alberca decorada con filigranas azules y diminutos baldosines que reproducían frases del Corán. Una de las muchas fuentes y acequias que embellecían los jardines de Alamut. Incongruentemente, los caños seguían manando, vertían chorros de agua que caían con mansedumbre, mojándole las canillas y sacudiendo las plantas palustres, todavía verdes pese al fuego. Los escombros ardientes de la celosía de jazmines se convertían en carbones, brasas encendidas se derrumbaban entre crujidos, caían, se apagaban con un siseo. Frente a él, casi como si rezase, habían quedado sus manos. Entrelazas al final de sus brazos estirados, en el gesto de liberar el mango del alfanje para lanzarlo a través de las llamas.

En su rostro, Kachiun vio la muerte. Era la viva descripción de las leyendas que había escuchado desde niño.

Desvelado el secreto del increíble desenlace, tras un instante de dudas todos los mogoles estallaron en aclamaciones. Incluso los que habían apostado que el europeo perdería.

Laín no les prestó atención. Chapoteando, salió del estanque, pisó los carbones y se acercó hasta el cuerpo del sheik.

—¿Quién pagó por mi cabeza? —volvió a preguntarle, hincando una rodilla contra la montaña derruida en que se había convertido el líder de los *hashshashin*.

Aún respiraba.

—¿Quién?

En los ojos pardos la vida huía a toda prisa. Se cubrían de bruma.

El *sheik* Mohammed, señor de la fortaleza de Alamut, último baluarte de los antaño poderosos *hashshashin*, sonrió y asintió con grandes trabajos.

—*Sh… Sha*…

Fue sólo un balbuceo. Y al principio Laín no lo entendió. Hasta que cayó en la cuenta de que, por primera vez, el nizarí le había hablado en parsi.

—¿El *sha*?

Pero ya no recibió más respuestas. El *sheik* exhaló su último aliento con un estertor poco digno.

A su alrededor los mogoles se palmeaban unos a otros y gesticulaban, imitando lo que acababan de presenciar. Todos parecían de buen ánimo, a excepción de Kachiun, que se preguntaba sobre su salvador.

Los ojos se habían apagado definitivamente y Laín supo que no merecía la pena insistir. Sin embargo, la respuesta obtenida no servía de mucho.

Los seljúcidas habían conquistado Ispahán dos siglos antes. Ya no había ningún *sha* que gobernase el antiguo Imperio persa. De las glorias de Darío y Jerjes sólo quedaban cenizas, como las de los jazmines que terminaban de consumirse a su alrededor. Y aunque hubiese algún rescoldo de aquellas dinastías, nada tenía él que

ver con ellas, ni había motivo alguno para que pusieran un precio por su cabeza.

Sumido en un mar de dudas, Laín no sabía si tomar en serio las últimas palabras del *sheik* Mohammed.

Le sorprendió la mano que apoyaron en su hombro. Cuando se giró, vio un rostro redondo de ojos almendrados que le sonreía y escuchó una parrafada incomprensible en tono amigable.

Kachiun se dio cuenta de que el europeo no le había entendido e insistió en parsi, la lengua franca que había abierto las rutas comerciales de todo el Oriente.

—Te debo la vida, europeo —repitió mostrando una amplia sonrisa.

Laín se encogió de hombros.

—Supongo que ahora soy vuestro prisionero —se limitó a decir.

Los labios del mogol se abrieron aún más y aparecieron dientes grandes como los de un caballo, incluso con el mismo tono amarillento y decorados con pequeñas líneas más oscuras.

—Ya hablaremos de eso —respondió en tono vago, quitándole importancia al asunto—. Por el momento —añadió con una expresión risueña en la que todo eran dientes—, te doy mi palabra de que te llevaré a Samarcanda a buscar el más lujoso lupanar…

Amplió aún más su sonrisa antes de continuar.

—… y encontraré para ti una mujer con pelo negro como ala de cuervo y con el más glorioso par de tetas que puedas imaginar.

El campamento de los mogoles era enorme.

En la cima de la montaña aún se distinguían fumarolas que ascendían desde los escombros de Alamut y, al pie del alcor, en el lugar donde habían levantado sitio durante meses, se desperdigaba la intendencia de los hombres de las estepas. Allí, sobre la tierra endurecida por los miles de pasos, caminatas y cambios de guardia, estaban sembradas sus tiendas.

Algo le había contado Ciriaco de la imparable máquina de guerra de los antiguos legionarios romanos, y Laín imaginó que aquello no era tan distinto de los acuartelamientos que habrían levantado las cohortes de aquellos fieros ejércitos.

En lugar de alargados barracones de lona, los mogoles usaban curiosas yurtas circulares. Se las veía sobadas, usadas durante largo tiempo, y daban fe de la vida nómada de sus dueños. Estaban montadas con un esqueleto de vigas y riostras, de una madera blanca como la de abedul, pero más resistente. Los flancos estaban cubiertos con pesados lienzos de fieltro prieto y abrigado, sobre los que pendían los nudos que sujetaban las telas enceradas que resguardaban de la lluvia, y Laín comprendió que aquellas lazadas debían de tener algún significado oculto. Variaban en complejidad y forma de una yurta a otra, como un auténtico surtido de las habilidades de un marinero. Y algo similar debía suceder con las únicas puertas con las que contaban aquellas tiendas. Pintadas con brillantes colores de significados inaprensibles para él, eran pequeñas, lo que espantaría el frío, pero también forzaría al visitante a agacharse de modo que sólo pudiese traspasar el vano encogido, ofreciéndose desprotegido al interior. Resultaría imposible entrar con la guardia preparada para repeler un ataque.

Sin duda, los mogoles eran algo más que temibles salvajes. Aquella simbología hablaba de una cultura ancestral, describía a un pueblo cuajado de tradiciones.

Expectante y confuso a un tiempo, sin saber a qué atenerse, Laín caminaba por los pasillos entre las tiendas.

Se vio obligado a evitar los excrementos de aquellos que no habían llegado a las letrinas. Se agradecía la brisa que, desde la cima, arrastraba un olor a carbonilla. Sólo unos pocos hombres pululaban de un lado a otro. Apenas había amanecido y miles más dormían; podía ser que decenas de miles, a juzgar por el número de tiendas. Era evidente que la mayoría de los mogoles aún descansaba y que era la disciplina, férrea, la que mantenía a los centinelas, los esportilleros y los sirvientes activos.

Había además abundantes corrales en los que pacían millares de pequeños y aguerridos caballos de hirsutas pelambreras. Bajos en la cruz y anchos de ancas, tenían el aspecto de ser capaces de recorrer, infatigables, leguas y leguas. Eran animales de rostros francos, con mirar sereno y colores variados, aunque predominaban los alazanes y los ruanos, con algún pinto de simpáticas manchas.

Como era habitual en él, Laín se acercó a uno de los vallados y, de inmediato, un picazo de expresión curiosa se acercó para olisquearle, sin que ninguno de los otros mostrase temor alguno ante aquel extraño.

—Da gusto ver una cara amiga —le dijo, extendiendo los dedos y ofreciendo la

palma de la mano a los ollares del jaco.

Poco después, el jamelgo cabeceaba contento y se dejaba acariciar entre las orejas, totalmente confiado. Por primera vez en mucho tiempo, Laín se sintió reconfortado, gracias al calor húmedo de los morros del animal en su piel. Y aspiró el olor inconfundible de los equinos.

No sabía qué esperar de aquella nueva situación.

No sabía si era de nuevo un prisionero.

Lo habían tratado sin violencia. Pero era obvio que, sin montura, víveres o bastimentos, no necesitaban encerrarle para retenerle.

Le habían dejado dormir en una de las yurtas, cerca de la estufa central, entre mantas de buena calidad. Corpulentas mujeres de manos callosas le habían ofrecido una infusión salada a la que habían llamado cha; una bebida extraña, pero reconfortante. Apenas había entendido más que alguna palabra suelta, aunque, con gestos de ánimo, las mismas mujeres de aspecto curtido lo habían conminado a comer algo de cuajada y un estofado frío de una carne que no reconoció.

Desde el mismo instante en que el tal Kachiun lo acompañara hasta allí, todos en el campamento lo habían tratado con deferencia. El mogol había soltado largas parrafadas con cuantos se habían cruzado y Laín, sin entender lo que se decía de él, no supo qué pensar.

Antes de que pudiera preguntar, otros hombres, entre risas y jolgorio, habían venido a buscar a su anfitrión. Y aún no había vuelto a verlo.

Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, bajo el sol de la mañana, se sentía cómodo, por el mero hecho de estar junto a los caballos.

Como le había sucedido desde niño, parecía entenderse mejor con los animales que con sus semejantes. Y, cariñoso, le revolvió el flequillo al jumento, que dejó escapar un suave relincho de contento.

—Te tratan bien aquí, ¿verdad? —le preguntó al poni al reparar en el pelaje lustroso y las crines desenredadas.

Pensativo, asaltado por los recuerdos, abandonó las caricias y rebuscó entre sus ropas.

Después de tantear un poco, extrajo un pedazo de tela sobado y, acodado en la valla, bajo la atenta mirada del picazo, lo extendió en sus manos.

Era la cruz encarnada que su padre se había arrancado para entregársela.

Era lo único que le quedaba.

Aquel remiendo descosido era cuanto tenía para no olvidar quién era y de dónde venía.

El caballo la olisqueó con curiosidad, pero Laín no se dio cuenta. Estaba recordando aquella mañana en la que se había ofrecido a acompañar a los hombres de San Paio en la cruzada a la que llamara el rey Teobaldo de Navarra.

Se sintió vacío.

Las yemas de los dedos acariciaron la urdimbre. Palparon los relieves. Siguieron

los hitos en un mapa, el mapa de su propia vida, contenido en aquel pedazo de tela.

—¿Qué voy a hacer? —le preguntó al caballo.

Miró fijamente cada uno de los brazos de la cruz. En los contornos aún se veían los restos de las puntadas; de algunas todavía colgaban, rotos, los hilos con los que había sido cosida al sayo de don Rodrigo.

—¿Qué…?

A su alrededor, la mañana se iba desgranando y, mientras él seguía junto al corral, el campamento de los mogoles despertó. Al poco, aparecieron más hombres que se afanaron con las tareas del día. En algunos rostros se veían los estragos de la noche anterior, pero el buen ánimo por la victoria sobre los nizaríes podía palparse en las bromas que se oían en aquel idioma extraño, en las palmadas en la espalda, en los saludos efusivos.

Ajena a las tribulaciones de Laín, la vida continuaba.

Pero ni el manso picazo ni la sobada tela tenían las respuestas que él necesitaba.

—¡Europeo!, llevaba un buen rato buscándote…

—¿Te han tratado bien?, ¿has comido?, ¿necesitas algo?

Laín dio una última caricia al picazo y se volvió hacia aquella voz afable.

—¿Soy vuestro prisionero? —preguntó sin tapujos.

El mogol lo miró con expresión de sincero desconcierto. Y algo de su vitalidad de buena mañana pareció apagarse.

—Por el Padre Cielo, no. Claro que no. Me salvaste la vida —le respondió con una amplia sonrisa—. Tú mataste a ese bastardo malnacido. No, europeo. No eres un prisionero. —Y a Laín le pareció que decía la verdad.

Se miraron indecisos durante un instante. El caballo los observaba a ambos con curiosidad.

—Soy Kachiun, del clan de los lobos —volvió a presentarse el mogol—. Mi padre, Kashar, fue uno de los exploradores que el kan Batu envió a las tierras de los magiares y más allá. Fueron espías que descubrieron las rutas de los romanos y desvelaron vuestros secretos viajando hasta el río al que vosotros llamáis Duna…

Hablaba de los ataques sobre los que ya había oído rumores en Venecia, y supuso que se refería al inmenso Danubio. Laín también comprendió que no merecía la pena sacarle de su error y explicarle que poco tenían que ver los campesinos gallegos con el reino de Polonia o con los sanguinarios magiares.

La noche anterior, el fuego les había metido prisas y apenas habían cruzado unas pocas palabras, pero Laín captó que el mogol se estaba presentando formalmente, según sus rituales.

—… Y yo soy rastreador —continuó—. Tengo a mi cargo un *jaghun* de cien hombres que pertenece a la *hordu* al mando del general Guyuk, quien sirve a nuestro kan Hulagu, que es hijo de Tolui, quien fue hijo del señor de los mares de hierba, el gran Gengis.

Lo miró con ojos orgullosos, y el caballo, que no se había despegado de su lado, lo urgió cabeceándole suavemente en la espalda.

—Yo soy Laín, de la torre de San Paio.

La escueta presentación intrigó al mogol, aunque advirtió enseguida que el europeo era hombre de secretos, y Kachiun podía respetar eso.

—Está bien, Laín —logró decir, pronunciando el nombre de manera peculiar—, pues debes saber que tienes la hospitalidad del pueblo de las estepas. ¡Bienvenido!

Bajo la amplia sonrisa de Kachiun, se sujetaron las muñecas.

Dada la expresión adusta de su huésped, el mogol se hizo cargo de la conversación. Y, mientras paseaban por el campamento, como hombre orgulloso de sus raíces, fue desgranando detalles de sus gentes y costumbres. Incluso tuvo el tacto suficiente de hacer pocas preguntas.

—Nuestro señor Hulagu ha partido al amanecer para reconocer el terreno —explicaba—. Llegamos aquí sobrepasando el gran lago de Kaspioi y atravesando el Damavand, y pronto caeremos sobre Bagdad —dijo con entusiasmo—. Llegaremos hasta Judea, tomaremos Alepo, y Damasco. Alcanzaremos las pozas de Goliath.

Se percibía cuánto se enorgullecía de los suyos y, mientras el sol avanzaba hacia su cenit, Kachiun contó innumerables historias de su pueblo. Incluso un somero relato sobre los comienzos de su adorado Gengis, que, en su infancia, había sido abandonado por el clan junto a sus hermanos y a su madre viuda.

—Fueron capaces de sobrevivir al invierno. Sin armas, sin espadas. Ni siquiera un mísero arco les dejaron y, aun así, Gengis y su familia salieron adelante —comentó con admiración—. Hierbas, raíces, y hambre hasta que se las apañaron para cazar marmotas.

Laín asintió, sin prestar demasiada atención al parloteo, ocupado con sus propias tribulaciones.

—Esas tierras, al nordeste, cerca de la Montaña Roja, son duras —recalcó convencido—. En invierno, la nieve lo puede todo, los ríos se convierten en hielo; incluso los suelos se congelan y se vuelven impracticables, como si fueran roca viva. Yo he estado allí —aclaró con aires soñadores—. Por las mañanas, hasta se pueden partir las crines de los ponis, y tus propios cabellos, si no tienes un buen gorro con el que abrigarte —añadió, revolviéndose el oscuro flequillo—. Y el gran Gengis, el que unió a todas las tribus bajo un único estandarte, se las arregló para sobrevivir y para alimentar a los suyos.

El campamento había despertado por completo y, a su alrededor, empezaban a notarse signos de actividad. Como una exhalación, unos chiquillos pasaron corriendo frente a ellos y, tras los zagales, apareció también un perro manchado que movía el rabo, contento. No podían tener más de cinco o seis temporadas, pero ya llevaban con ellos varios puñados de flechas y aquellos curiosos arcos recurvados. Era fácil adivinar que se disponían a buscar algún lugar donde practicar su puntería.

Aquel detalle no era más que una constatación de lo que había visto al abandonar Alamut. Entre los escombros humeantes y las llamas, se intuía el perfil de un acerico. Sobresalían cientos, miles de flechas clavadas en los cadáveres, los maderos y cualquier lugar imaginable. Sin duda, los mogoles habían construido gran parte de su éxito en la guerra gracias a sus potentes arcos.

Durante un rato, con largas preguntas y escuetas respuestas, Kachiun se interesó por su huésped.

—… No muy lejos del lugar en el que se alza la gran iglesia del apóstol Santiago —aclaró Laín al hablar de dónde había venido—. A apenas un par de días de marcha de Finisterra, donde empieza el gran océano.

Para su sorpresa, el mogol asintió como si comprendiera a la perfección.

—Sí, el gran templo de Jacobo. El orfebre Guillaume *el Parisino*, el que alzó el árbol de plata frente al palacio de Qara Qorum, me habló de ello. Tan importante como santa Sofía, o como la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén.

Aquello asombró a Laín, que no esperaba semejante familiaridad tan lejos de su hogar.

Pronto comprendió que los mogoles, al contrario que los mahometanos o que los

propios cristianos, no se mostraban cerriles con los extranjeros. Gracias a lo que Kachiun le explicó de las hordas y el modo en el que se organizaban sus ejércitos, el gallego entendió que en aquel pueblo eran los méritos individuales los que daban valor al hombre, no su lugar de nacimiento o quién era su padre. El gran Gengis había sembrado la semilla, ascendiendo al más alto poder desde la nada, y se había empeñado en fomentar el ejemplo. Y los extranjeros eran admitidos si ofrecían alguna habilidad o conocimiento que fuera de utilidad.

Tocándose las escamas de su armadura, Kachiun le explicó que su pueblo había aprendido a fabricarlas de los chin. Y también, que el orfebre parisino había sido capturado en la «ciudad blanca» de Belgrado y que el kan Mongke le había pagado con generosidad a cambio de que fundiera y tallara, para el atrio de palacio, un árbol de plata con cuatro caños que vertieran, a su elección y para sorpresa de los invitados, leche de yegua, vino, licor o hidromiel de arroz.

Además, en la ciudad de Qara Qorum, según le dijo, había muchos más extranjeros que el platero franco. Había también magiares que habían traicionado a su pueblo, rus que habían aceptado su derrota y mercaderes de todas las nacionalidades, que iban y venían por las rutas de las sedas y las especias.

Laín descubrió que a los mogoles les importaba muy poco a quién rezase cada cual: entre ellos había cristianos caldeos, mahometanos de diferentes tribus, budistas, taoístas e incluso viejos persas que aún adoraban a un tal Zaratustra. Según le contó, en Qara Qorum había mezquitas, pagodas, sinagogas e iglesias cristianas, tanto caldeas como romanas. Y los mogoles no tenían problema alguno en tomar por esposas a mujeres de cualquiera de aquellas confesiones.

—Lo que haces, es lo que vales —le había dicho Kachiun con una sonrisa, como invitándole a quedarse con ellos si así lo deseaba.

Todo aquello reavivó punzadas de un dolor que Laín ya creía olvidado, pero no le trajo las repuestas que había estado buscando. Pensativo, metió de nuevo la mano en su sayo y tocó la cruz encarnada.

Cuando volvieron a la yurta para comer algo antes de la tarde, Kachiun volvió a sacar el tema de los orígenes, pero de un modo peculiar.

—Antes de que cruzáramos el Oxus, nos topamos con un misionero flamenco que había acompañado al rey Luis de los francos a Egipto —dijo con aire casual—. Volvía de la capital igual que otros enviados de vuestro rey de las iglesias…

Laín entendió que se refería al papa Inocencio, e intuyó que hablaba sobre los frailes que habían sido enviados a Oriente como legados que solicitaban ayuda de los mogoles para luchar contra los mahometanos.

—… La respuesta de nuestro señor fue clara: los reyes europeos deben rendir vasallaje al kan, único rey verdadero bajo el Padre Cielo.

Ya le habían puesto un cuenco con cuajada en la mano, y estaba a punto de llevarse la primera cucharada a la boca cuando se quedó a medio camino.

—Nos contó que cerca de Ulus se había encontrado con otro europeo que lo había

acompañado hasta Qara Qorum —relató el mogol—. Un hombre que había llegado en las campañas de los cristianos para conquistar Gaza, y nos dijo que era un noble que venía de las tierras que están junto a la iglesia del santo Jacobo.

Laín dejó la cuchara en la escudilla y la depositó en el suelo, a los pies del escabel donde había tomado asiento.

—¿Un cristiano?

—Sí —contestó Kachiun, comprendiendo de inmediato que el trivial comentario había ganado gravedad de pronto.

—¿Para las campañas de Gaza?

—Así es.

—¿De las tierras donde está la catedral de Compostela?

El mogol dudó un momento y Laín se corrigió de inmediato.

—La gran iglesia de Santiago…, del santo Jacobo.

—Eso fue lo que nos dijo.

—¿Estás seguro?

Aquella pregunta extrañó a Kachiun, pero contestó igualmente:

—Las noticias viajan rápido en las praderas. Somos un pueblo nómada —aclaró con seguridad—. Sí, estoy seguro. Era un misionero flamenco que viajaba en nombre del rey Luis y regresaba con salvoconducto del kan Mongke. No tenía por qué mentir.

Laín se tomó un instante.

—¿Y qué fue del cristiano?

—Ah, estaba enfermo y se quedó en Qara Qorum.

ESTROFA

XVIII

PADRE E HIJO

«… En la entrada del palacio […] el maestro William el Parisino
ha construido un gran árbol de plata, y a sus pies
hay cuatro leones plateados…».

Viaje por la Tartaria,
del misionero franciscano Guillermo de Rubruquis

Un rebaño de nubes altas se movía en los vientos de las alturas. No eran más que unos pocos trazos blancos, como la práctica de caligrafía de un muchacho descuidado con el pincel. Y el sol, de un naranja intenso, se levantaba sobre las montañas, pintaba en ellas encajes de sombras púrpuras.

A aquella hora temprana ya se distinguían los detalles del horizonte. Se percibía, cortando las laderas, la línea sinuosa que marcaba el fin del bosque, la altitud donde los fríos eternos de las cumbres ya no dejaban crecer otra cosa que arbustos. Por encima de esa frontera, los matojos se disputaban el territorio con los roquedales; eran los dominios de los fieros leopardos. Bajo ella, abundaban los robles, viejos, recios y nudosos, con grandes copas que se abrían como los parasoles de las damas chin en la Corte. Más abajo aún, acercándose a los valles, se distinguía el cambio de color en el follaje, porque en las zonas templadas abundaban los pistacheros y los almendros.

El tiempo era bonancible. Se podía adivinar que por la tarde haría calor. Desafortunadamente, el invierno aún estaba lejos.

Faltaban lunas para que comenzasen las nieves, que era la mejor época para la caza, cuando las aves no perdían de vista a sus presas mientras escapaban a través del manto blanco recién cuajado. En lo más duro del año era fácil seguir los rastros y las pieles de las capturas aparecían lustrosas.

No era el momento propicio. Sin embargo, la ocasión merecía una celebración que ya había sido demorada demasiado tiempo. Había llegado la hora de que corriese el *airag*, de hacer oficial la celebración.

Los hombres se lo merecían. Se habían comportado bien durante el asedio. La disciplina se había mantenido férrea, aun a pesar de las largas semanas bajo los muros de Alamut. Y Hulagu, kan de los mogoles, quería recompensar a los guerreros de sus *hordus* con un día de asueto en el que habría luchas, competiciones de tiro con arco, carreras a caballo y, cómo no, cetrería.

Además, estaba de buen humor, pues su incursión en los aledaños de Bagdad le había deparado buenas noticias. La antaño prodigiosa ciudad, con su enorme universidad y su gigantesca biblioteca, había sido un ejemplo de prosperidad, pero los tiempos habían cambiado y la poderosa joya del califato ya no era más que una sombra de sus viejos esplendores. Bagdad caería bajo el puño mogol. Cosa que le satisfacía, porque ni él ni su esposa, que se había criado bajo la fe de los cristianos caldeos, tenían simpatía alguna por los mahometanos.

Aunque su rostro se conservaba terso como el de un bebé, las canas que salpicaban sus cabellos contaban la verdad: Hulagu iba a cumplir cuarenta temporadas en unos meses y, junto a sus hermanos, estaba empecinado en hacerse un digno heredero del legado de su grandioso abuelo Gengis.

Tenía la piel cobriza, los ojos almendrados propios de su raza y, desde hacía años, se dejaba crecer los bigotes, tal y como tenían por costumbre los funcionarios chin, entre los que eran habituales las barbas de chivo. De rasgos finos, en los que se

adivinaba la influencia de su madre, una princesa de los keraítas, Hulagu tenía, sin embargo, la corpulencia propia de su estirpe, con anchos hombros fortalecidos por la práctica de la arquería desde su más tierna infancia. Él mismo era como un arco, tenso, listo para liberar una flecha; y su carácter, voluble, le había granjeado fama de temible. De hecho, en los consejos con sus generales, todos los presentes medían con tino sus palabras para no desatar la ira del kan.

Aunque hoy no había ni el menor asomo de furia en su rostro. La victoria sobre los nizaríes y las buenas perspectivas sobre Bagdad mantenían su ánimo elevado. En los últimos días, todo habían sido buenas nuevas, y lo único que lamentaba era haberle tenido que negar el salvoconducto al cristiano europeo que había sido prisionero en Alamut. Hijo y marido de mujeres que adoraban al crucificado, Hulagu tenía cierto apego por los practicantes de esa fe. Sin embargo, pese a los informes del explorador Kachiun, no podía permitirse que el europeo campase a sus anchas. Sólo había una explicación para que fuera retenido por los perros *hashshashin*, que les hubieran pagado por ello, y esa idea tenía consecuencias sobre las que Hulagu quería meditar antes de tomar una decisión. De modo que, por el momento, el europeo se quedaría con ellos.

El águila desplegó todo el poderío de sus alas que, de punta a punta, tenían una envergadura mayor que la altura de un hombre. Acomodó las garras y apretó el cuero del guante entre las uñas negras y afiladas. Estaba inquieta, deseosa de empezar la cacería, y el ansia del ave alejó las tribulaciones de la mente del kan.

—¿Están listos los batidores?

No se volvió para hacer la pregunta, pero de entre las dos docenas de hombres apostados tras su señor surgió rápida la respuesta:

—Lo están, partieron a la hora del buey y han hecho las señales convenidas. Han encontrado una manada.

Hulagu gruñó satisfecho. Todo parecía preparado y a punto. Y podía notar en su pulso la excitación previa a la caza. Igual que antes de una batalla.

Ésa era la pasión que los definía como pueblo y él se sentía orgulloso de ella.

Montado en el mejor de sus ponis, se mantenía erguido, con la espalda bien recta y el brazo derecho sosteniendo la enorme águila, tan pesada como un bebé en los meses de sus primeros pasos.

Otros hombres usaban horquillas que, sujetas al arzón de la silla, permitían apoyar el antebrazo y descansar del esfuerzo de mantener las grandes rapaces. Eran piezas hermosas, labradas y decoradas; algunas hechas con hueso de yak, otras con ramas de maderas duras, talladas y ahumadas para aumentar su resistencia. Sin embargo, él no quería ese tipo de ayudas. Ante sus tropas, expuesto al juicio de sus hombres, Hulagu permanecía hierático. Su rostro y sus gestos no daban la más mínima muestra del dolor que empezaba a expandirse desde su hombro por el trabajo de mantener al ave en posición.

Así se lo habían inculcado desde pequeño. Ningún mogol podía dejar que sus

debilidades se conocieran, mucho menos un kan y, por supuesto, era impensable que el nieto de Gengis sucumbiese a un ejercicio tan banal.

—Un auténtico mogol puede mirar a los ojos de la muerte y reírse de ella. —Era una de las frases favoritas de su abuelo.

El águila volvió a batir sus alas con ansia. Hulagu sonrió, le acarició las plumas pardas de la garganta y perfiló con los dedos el pico dorado, poderoso y tan afilado como el mejor acero de Damasco.

—Pues si están listos los batidores, ha llegado el momento —dijo sin dirigirse a nadie en concreto.

Soltó las tiras de cuero que la aseguraban con un gesto lleno de práctica y retiró la caperuza que cegaba a la rapaz.

El espléndido animal cabeceó, sorprendido por la luz. Miró en todas direcciones para situarse y comprendió rápidamente que estaba en la cima de un risco desde el que se dominaba un estrecho valle de praderías rodeadas por bosques. Su aguda vista paseó por todos los rincones de la vaguada, grabando en su cabeza los detalles del terreno.

Aleteó, se inclinó hacia delante y levantó la cola para defecar. Se disponía a cazar, y su instinto le había enseñado que era mejor librarse del inútil peso de los excrementos antes de alzar el vuelo. Entonces reconoció una vez más el terreno circundante y Hulagu, que la conocía bien, supo que estaba lista para matar.

El mogol, sonriendo, sacudió el brazo hacia el frente. Y empleó en el gesto toda su fuerza; aprovechó los estribos para asegurar sus pies y obligó a los músculos de sus piernas a colaborar. Con todo su cuerpo trató de ayudar a la rapaz que, con pesadez, alzó el vuelo.

Con un poderoso batir que revolvía todo el aire a su alrededor, sacudiendo los hierbajos y arremolinando la gravilla, el águila avanzó.

Las plumas de los extremos de las alas, largas y recias, del color de la tierra húmeda, se combaban para negociar el viento, que le era favorable, pues trepaba del valle hacia la cima.

Poco a poco fue despegándose del terreno, cobrando altura, y Hulagu se complació al ver que la rapaz, bien dispuesta, no dejaba de aletear. Tenía ya seis años y el kan pronto la dejaría marchar para que disfrutase sus últimas temporadas en libertad. Le había servido bien y se había ganado el retiro. Pero en ese momento su edad no era una traba, sino una prueba de su experiencia en la caza. Otras aves aprovechaban las corrientes de aire y se mostraban perezosas en el ascenso, se dejaban llevar, pero ella no. Batía sus poderosas alas de continuo, dispuesta a elevarse cuanto antes y dominar el cielo sobre el valle.

Todas las cabezas miraban hacia el espectacular animal. Y, espiando a los suyos por encima de su hombro, la sonrisa de Hulagu se amplió al reconocer la admiración en los ojos de sus hombres.

La caza con águilas era una de las grandes tradiciones de los mogoles. Desde

niños se les enseñaba a apreciar el valor de cada ave y las virtudes que definían un buen lance. Buena parte de las fuerzas que habían asediado la fortaleza contemplaban a la rapaz y los ánimos nerviosos podían percibirse fácilmente. Aquél era el primero de los actos del día. Luego vendrían muchos más, y habría ocasión de divertirse.

Todos los presentes querían que la rapaz tuviera éxito. Si conseguía una buena pieza, su señor estaría contento, el airag correría, los oficiales recibirían oro o plata y disfrutarían de un día en el que su negocio no sería la muerte del enemigo.

Por eso, a espaldas de Hulagu, los más aduladores ya comentaban fascinados la impresionante silueta del águila de su kan.

Poco después, cuando el sol ya había logrado zafarse de las montañas y el aliento no se condensaba frente a los labios de los hombres, el águila había alcanzado más de un *li* sobre el valle y empezaba a planear en amplios círculos, vigilante.

—Que den la señal —dijo entonces a su cetrero sin volverse.

Y la orden pasó de boca en boca hasta que, en un extremo de la fila de jinetes, uno de los hombres alzó un estandarte teñido de rojo. Aquella señal les diría a los batidores que había llegado el momento de adentrarse en el bosque.

Entre ecos, los gritos y el ruido de las varas golpeando ramas llegaron hasta la cima donde aguardaban Hulagu y su séquito. Los gastadores intentaban espantar a los gamos para que salieran a descubierto y quedasen a merced de la cazadora.

Y así fue. Apenas habían pasado unos instantes cuando las hojas de unos pequeños robles en el borde del bosque se agitaron y una de las hembras del rebaño apareció.

Era un animal grácil de zancos finos en los que se marcaban los tendones, con grandes orejas que sobresalían a ambos lados de una cabeza delicada. Cubierta por un manto ocre plagado de motas blancas y barrado por una larga línea negra que nacía en el cuello, le recorría el espinazo y moría en la corta cola.

La bestia, confundida y asustada, se detuvo el tiempo justo para mirar en todas direcciones y, antes de arrancar de nuevo, pasaron a su lado otras tres hembras, seguidas de un par de crías de ese mismo año, pues tenían el aspecto de cabritillos.

En último lugar apareció el macho de aquel pequeño harén, más corpulento, luciendo una espléndida cornamenta de gruesos candiles. Se notaba su agitación en el modo en que respiraba apresuradamente y, de tanto en tanto, emitía graves ronquidos de alarma que animaban a sus hembras a huir del barullo que montaban los hombres a sus espaldas.

A toda prisa, el rebaño adelantó a la primera hembra salida del bosque, pero ésta no se movió hasta que su propio gamezno apareció, y quedó claro el porqué del retraso. El pobre animalillo renqueaba por culpa de alguna tara que le impedía usar una de las patas.

Cuando la cría cojitranca la adelantó, ella también se puso en marcha, y todo el rebaño siguió al gran macho, que lideraba a los suyos para atravesar el valle y refugiarse en los bosques del extremo opuesto.

Al poco aparecieron los batidores, agitados y resollando. Se detuvieron en la línea que marcaban los últimos árboles.

Había llegado el momento. Ahora todo dependía del águila, y Hulagu miró al cielo para descubrirla recortada sobre el manto azul.

La rapaz, que no había perdido detalle, inclinó una de las alas y varió su trayectoria.

Los ojos expertos de los mogoles reconocieron de inmediato que la rapaz se estaba preparando para lanzarse en picado sobre la presa más lógica: el gamezno renco que se esforzaba por no quedarse atrás.

Después de acalorarse con una carrera más, a Kachiun no le quedaba otro remedio que admitir, por más que le doliese, que no tenía ni la más remota idea de dónde podía haberse metido el europeo.

Y pensar en lo que le haría el kan Hulagu cuando lo descubriese le sugería tremebundas imágenes de desmembramientos.

—No lo pierdas de vista —le había ordenado en cuanto se había puesto en antecedentes tras regresar de Bagdad—. No podemos dejar que vaya donde le plazca sin saber quién es y quién le busca. Si esos perros lo tenían preso…

—Así se hará —había contestado obediente.

Pero había fallado. El pudor por retener a quien le había salvado la vida le había llevado a confiar en Laín. Incluso le había prometido que intercedería por él cuando tuviera oportunidad.

—Conseguiremos los salvoconductos para viajar a Qara Qorum —había asegurado al cristiano—, no te preocupes. Mi señor comprenderá que sólo deseas ver a tu padre y que no supones ninguna amenaza.

Y el europeo había asentido, como si comprendiese que, por el momento, no podía viajar a la capital.

Sin embargo, esa mañana el jergón de la yurta había amanecido vacío.

—Me va a despellejar —dijo para sí Kachiun en un susurro nervioso—. Me va a despellejar con un cuchillo romo.

El campamento estaba prácticamente desierto, no había más que unos cuantos rezagados y los centinelas estrictamente necesarios. Sólo se veía actividad alrededor del par de tiendas donde los chamanes atendían a los heridos durante la batalla de Alamut.

Todo el mundo presenciaba el comienzo del gran día de celebraciones.

Apremiado por su miedo, Kachiun montó y echó a galopar hacia el valle donde todos se habían reunido, dispuesto a recorrerlo de un extremo a otro. Quería albergar la esperanza de que el europeo estaría entre la multitud que disfrutaba del espectáculo de cetrería.

En cuanto llegó a la ladera abarrotada de gente, descabalgó de un salto. A su alrededor, cientos de hombres señalaban con ansia hacia el cielo, lo que atrajo de inmediato la atención del propio Kachiun, que, por un instante, se olvidó de sus tribulaciones al ver como el águila de su kan se lanzaba en picado.

Mostrando todo el poderío de su inmensa envergadura, la rapaz maniobró. Ajustó su trayectoria y los hombres pudieron intuir que elegía a su presa entre el rebaño en estampida.

En las estepas, con la caída de las primeras nieves, las presas habituales eran los zorros, a veces los lobos y, en rara ocasión, un pequeño ciervo almizclero. Pero allí estaban lejos de los grandes mares de hierba y las crías de los gamos persas tenían buen tamaño para las garras del águila.

Atrapar a uno de los gameznos sería un símbolo del poder de Hulagu, pues sería

su ave la que cobraría una pieza respetable, ya que cualquiera de las crías pesaría al menos dos veces lo que el águila. Sería una demostración palpable de la habilidad del kan como cetrero.

Todos contuvieron el aliento, disfrutando del portentoso espectáculo que suponía el vuelo.

La rapaz recogió sus alas, ajustó suavemente el ángulo de su picado con la cola y se lanzó más rápida que una flecha salida del arco más poderoso.

Como cualquier otro mogol, Kachiun sintió el vello de su nuca erizarse por la pura anticipación del lance.

Todos observaron con admiración cómo la enorme águila abatía a una de las crías de gamo, una pobre bestia con alguna deformidad en una de las ancas.

Cayó sobre ella con total acierto y la derribó a la primera intentona. Pero el gamezno, pese a salir despedido por el impacto, logró zafarse y dar unas zancadas más, espoleado por el miedo.

Aprovechando el impulso, el águila se rehízo, batió las alas y consiguió caer de nuevo sobre la asustada criatura.

No fue rápido, pero sí lo bastante impresionante como para poner de manifiesto lo excepcional del ave del kan, y los mogoles lo celebraron con palmadas en los muslos y comentarios jubilosos.

Se oyeron un par de balidos lastimeros, pero las garras del águila los acallaron pronto, apretando el pescuezo del animal hasta asfixiarlo.

Y todos parecían a punto de estallar en exclamaciones de aprobación. Pero entonces algunos brazos se levantaron hacia el cielo.

Hulagu iba a echarse al galope hacia su águila cuando advirtió el gesto entre sus hombres y alzó la vista hacia lo que cada vez más guerreros señalaban.

Mucho más arriba de lo que había sido capaz de planear su rapaz, una inconfundible silueta cruzaba los cielos con poderío.

Ningún otro de entre sus hombres había recibido permiso para volar sus propios pájaros, de modo que Hulagu supuso, como todos los demás, que se trataba de un ejemplar salvaje que pensaba aprovecharse de la estampida provocada por los batidores.

El kan refrenó su montura y decidió disfrutar del espectáculo. Si se diera el peor de los casos, que el águila recién aparecida atacase a su ejemplar amaestrado, él podría espolear a su caballo y acercarse rápidamente.

Con su espléndida cornamenta, el macho que lideraba el rebaño estaba a punto de ponerse a resguardo en los bosques del extremo opuesto del valle. Y las hembras con sus crías no le iban a la zaga. La más retrasada era la que había perdido a su retoño que, temblando de miedo, miraba indecisa a un lado y a otro, sin saber si podía acudir al auxilio de su pequeño o si debía continuar con la huida.

En tanto, el águila de Hulagu empezaba a despachar a su presa y su congénere, desde una prodigiosa altura que admiró a todos los mogoles, tomó una decisión.

La rapaz giró sobre su propia espalda en una llamativa acrobacia y se lanzó en otro vertiginoso picado, en el que alcanzó rápidamente una velocidad impensable.

Con las alas recogidas, fue acelerando cada vez más hasta que, justo a tiempo para evitar estamparse, las desplegó con total precisión para maniobrar y caer como una lanza contra el cuello del macho.

Esperando por la última de las hembras, la bestia se había rezagado y la nueva amenaza lo había cogido totalmente desprevenido.

Sería una historia que muchos de los presentes contarían durante largos años al calor de las estufas de las yurtas. La presa más grande que jamás habían visto capturar por un águila. Un hito increíble que dejó a todos boquiabiertos.

Aprovechando toda la velocidad del picado, las garras del águila se clavaron en el cuello del gamo con una embestida increíble y, aunque el macho sacudió su cabeza con furia, abanicando sus astas, la muerte ya lo había encontrado, porque las uñas afiladas le habían rebanado las venas palpitantes del pescuezo y, sin saberlo, ya estaba condenado.

Tan asombrado como cualquiera de sus hombres, encantado por haber presenciado aquel prodigio en el que sólo podía ver buenos augurios, Hulagu se sentía satisfecho con el resultado de la cacería.

Los rumores recorrían la multitud igual que olas de una marejada. Las cabezas de las hordas mogolas se movían de un lado a otro, pasando cumplidos de unas orejas a las siguientes.

Mientras tanto, el sol seguía alzándose sobre las montañas y la mañana se desenvolvía dando brillo a los colores del valle. En cualquier momento, cuando se asentase la sorpresa, estallarían los gritos de júbilo.

Confiado, Hulagu estaba a punto de sacudir las riendas para ponerse a trotar hacia su águila, cuando algo captó su atención.

Antes de que su poni diese el primer paso, un jinete apareció. Salió desde el bosque por el que se había perdido el resto del rebaño.

Y, de inmediato, todas las miradas se dirigieron hacia él.

Era el europeo cautivo de los nizaríes.

Laín, manteniendo la calma, muy erguido en su montura, procurando que su rostro no reflejase la más mínima emoción, cabalgaba lentamente.

Era muy consciente de que caminaba por la cuerda floja; debía cuidarse mucho. La línea entre la ofensa y el halago era muy fina, y si el kan malinterpretaba sus acciones podía acabar muerto.

A más de cien pasos, Kachiun se mordía las uñas de la mano derecha, recuperando un hábito que le había costado abandonar siendo un niño. Indefectiblemente, su destino había quedado ligado al del europeo y no pudo quitarle el ojo de encima mientras éste avanzaba.

Al principio, el mogol temió que, por despecho o por simple ignorancia, hiciera alguna locura, como molestar al águila del kan. Y, como él, ninguno de los presentes entendió qué pretendía el extranjero.

Cayó sobre el valle al completo un silencio cargado de excitación. Se anticipaba que iba a suceder algo crucial.

Atento a las reacciones del grupo de Hulagu, el preocupado Kachiun vio con alarma cómo, en el séquito de su kan, un arquero se preparaba a la espera de la orden que segaría la vida del cristiano. Pero apenas tuvo tiempo de reparar en ello, porque a su alrededor se elevó un murmullo.

Cuando volvió a mirar hacia el valle, advirtió que el cristiano no se dirigía hacia el águila que había derribado al gamo cojitranco.

El europeo se detuvo junto al ejemplar salvaje que había abatido al gran macho. Y la rapaz no se asustó, simplemente chilló, reclamando la presa abatida, pero dejó que el hombre se aproximase.

Entonces el cristiano descabalgó y usó la manta de su caballo para envolverse el antebrazo izquierdo y acuclillarse junto al ave.

Para pasmo de todos, el magnífico ejemplar aleteó con fuerza, volvió a chillar y saltó a la percha que el forastero le ofrecía.

—Está adiestrada —dijo alguien tras él en un susurro.

—¡Si no lo veo, no lo creo! —repuso otra voz.

—Es increíble, ¡un macho adulto!

Alrededor de Kachiun la admiración fue creciendo igual que ondas desperdigadas en el agua tras caer una piedra. En los lances de cetrería todos ellos habían visto aves salvajes que intervenían, bien para aprovecharse del trabajo de los batidores bien para pelearse con las rapaces domesticadas, pero nunca hubieran imaginado que aquel increíble ejemplar obedeciese al extranjero.

El águila no accedió con la rapidez de un ave amaestrada, se la notaba inquieta. Pero al fin obedeció.

Y todos vieron cómo aquel brazo firme recibía el enorme peso del pájaro, y las palabras de asombro siguieron extendiéndose por las laderas del valle.

Usando sólo su mano derecha y un cuchillo que Kachiun no sabía de donde habría sacado, el cristiano abrió el pellejo claro que vestía el vientre del gamo y

expuso las asaduras.

Con pericia, después de maniobrar un poco, extrajo el corazón, aún tibio, y, como si cortase rodajas de una manzana, le fue ofreciendo tajos al águila, que los engulló con placer entre chillidos y aleteos.

Los cuchicheos seguían creciendo y la tensión no iba a la zaga. El cristiano se había inmiscuido en la cacería que celebraba la gran victoria de Alamut. Con un pájaro y un lance que menospreciaban a los del mismísimo kan.

El arquero en las filas de Hulagu estaba preparado para disparar. Kachiun contuvo el aliento.

Entonces el forastero se puso en pie sin que nadie pudiera advertir el esfuerzo de alzarse con la rapaz en el brazo, se volvió lentamente hasta encarar la ladera en la que estaba el kan e inclinó la cabeza en una respetuosa reverencia que mantuvo durante un largo rato. Luego alzó el rostro y ofreció el pecho abriendo los hombros.

Ni a Kachiun ni a hombre alguno a su alrededor les cupo duda de que el extranjero veía perfectamente el arco tenso y la flecha que llevaba su nombre.

Pasó el tiempo y nadie vio que el brazo del cristiano temblase por el peso del pájaro. Lo único que siguió fue otro gesto de sumisión.

La mano del europeo señaló el gamo abatido, y para todos resultó evidente que brindaba la pieza al señor de los mogoles. Acto seguido, hincó una rodilla en tierra y volvió a inclinar el rostro para mirar al suelo, ofreciendo entonces su nuca vulnerable. El cristiano ponía su vida en manos del kan.

Durante los calores del verano las tribus se reunían para que los hombres de los clanes luchasen, corriesen con sus caballos, compitiesen con el arco o hicieran volar sus águilas. Así lo habían hecho desde tiempos inmemoriales para mantener sus cuerpos y sus habilidades tan afilados como sus espadas.

Y el europeo había ganado.

Su águila había volado más alto y había capturado la mejor pieza. Sin embargo, en lugar de reclamar la victoria y disputar el liderazgo del kan, a lo que tendría derecho, estaba ofreciendo su vida.

El silencio pesaba como una losa. Nadie sabía cómo reaccionar ante aquello. Estaban embelesados, pero dudaban. Y ni uno solo de los hombres se atrevía a intervenir.

Sólo se oía la brisa, que se paseaba por el valle.

El sudor se le escurría por la frente, resbalaba en las cejas y hacía que le picasen las comisuras de los párpados. El brazo izquierdo empezaba a adormecerse y Laín dudaba de que pudiera aguantar mucho más. Pero no se le ocurría qué otra cosa podía hacer, aparte de seguir esperando a que Hulagu tomara una decisión.

Había hecho su apuesta.

No había vuelta atrás.

Y tampoco sabía si le importaba.

Quería terminar con todo de una vez y sacarse de encima el lastre de sus

penitencias.

Aguantó. Esperó a sentir la aguzada punta de una flecha mogola que le atravesara el pecho.

Mordiéndose las uñas, Kachiun supo, instintivamente, que sólo conservaría su propia vida si el cristiano salía con bien de aquello.

Entonces, sin darse cuenta siquiera, tomó una decisión.

—¡Bravo! —gritó con todas sus fuerzas.

Nadie le siguió. Todos dudaban.

—¡Bravo por el cristiano!

Parecía que nadie iba a secundarle, y Kachiun temió por su vida.

Sin embargo, cuando ya iba a volver a gritar alguna consigna, alguien se le adelantó.

—Su águila es la mejor que he visto en mi vida.

Fue una voz a sus espaldas, y tras ella llegó una auténtica marea que se desató imparable.

—¡Sí!, ¡bravo!

—Nunca había visto algo semejante.

—Mis nietos contarán esta historia…

—¡Bravo!

Los vítores se siguieron y se oyeron gritos de apoyo en los que se percibía admiración por la gesta de Laín.

Funcionó. Ya sólo faltaba la reacción del kan, pero Kachiun estaba seguro de que Hulagu no querría apagar aquel repentino fuego de asombro entre sus hombres. Eran mogoles y habían sido educados para respetar el valor. Para honrar las gestas. Para apreciar la valía de un hombre sin importar el origen.

No, Kachiun no creía que su señor, al menos en público, quisiera menospreciar la hazaña del cristiano.

Y tenía razón. Una orden que fue apenas una sacudida del mentón detuvo al arquero y la cuerda se destensó.

Cuando la flecha volvió al carcaj, Kachiun respiró hondo; mientras, a su alrededor, se desataba la turbamulta. Algunos ya corrían hacia el europeo, en tanto que uno de los hombres del séquito de Halagu se encargaba de recoger el águila del kan, a la que todos habían olvidado ya.

El europeo viviría un día más.

Los dos se habían salvado.

Por el momento.

Afuera se celebraban las primeras rondas de la competición de lucha y, de tanto en tanto, se escuchaban los gritos de ánimo de los espectadores.

En el interior de la yurta, Laín se asombró al comprobar que la austeridad, como en cualquier otra parte del campamento, seguía reinando. Pese a tratarse de la tienda personal del kan, no había lujos. Al contrario que en las cortes europeas, los mogoles no olvidaban su pasado como ganaderos nómadas. Se preciaban de soportar las penalidades con estoicismo.

Comprendió que seguirían siendo un poderoso imperio mientras no cayesen en la tentación de la banalidad. Su austeridad y esa altivez ante lo adverso los mantenían unidos, fuertes. Era la esencia de su pueblo y, si la perdían, el gran reino se desmembraría.

Sólo había un par de sirvientes, dos mujeres entradas en años y cubiertas de arrugas, y un modesto escaño de madera con asiento de cuero, vacío por el momento.

Laín también percibió que, a su lado, Kachiun se esforzaba por ocultar su nerviosismo. Se dio cuenta de que lo miraba con ojos ansiosos, deseando hablarle, pero el protocolo parecía impedírselo y decidió que, si el otro se mantenía en silencio, él haría lo mismo. Más aún, imitaría a su compañero en todo, para demostrar respeto por las costumbres de aquellas gentes peculiares.

Como el mogol, cuando una anciana les tendió una bandeja, tomó el cuenco que le ofrecían. A imagen de Kachiun, usó la mano derecha para la bebida y utilizó la izquierda para sostener el codo contrario antes de sorber un trago de aquella curiosa infusión que, para su sorpresa, empezaba a gustarle pese al contraste entre el amargor y la salazón.

En aquella espera tensa, con el único consuelo del té calentando sus palmas, los mantuvieron un buen rato, hasta que, tras un atronador griterío en el exterior, la puerta de la tienda se abrió y Hulagu apareció escoltado por un par de hombres de su confianza.

Antes de dirigirles la palabra, el kan dejó en un armero casco y espada e hizo un gesto para que le trajesen también algo de beber. Sólo cuando tomó asiento pareció reparar en ellos.

—¿Por qué estabas preso? —inquirió usando un parsi neutro, propio de los comerciantes en las rutas de la seda.

No los conocía mucho, pero a Laín, como le sucedía con el té, empezaba a gustarle que los mogoles no perdieran el tiempo con formalidades inútiles. Aquél era el momento de la entrevista que Laín había temido, y se alegró de que el otro fuera al grano.

—No lo sé.

Como era de esperar, aquella clase de respuesta no satisfizo a Hulagu.

—Los nizaríes eran perros codiciosos. Y despiadados —afirmó el kan con vehemencia—. No conocían la clemencia —empleaba el pasado con desprecio, recalcando el infausto destino de la secta—. No tenían por costumbre hacer

prisioneros. Si te mantuvieron con vida, ha de haber una explicación.

Laín intuyó que el otro sabía más de lo que aparentaba, y tuvo la corazonada de que debía ampararse en la verdad.

—Desde hace años, desde que partimos de la fortaleza de mi padre, han intentado apresarme con vida —dijo, aludiendo a lo sucedido en Venecia, a las emboscadas de los templarios y a lo que le había revelado el *sheik* Mohammed—. Pero no sé quién es el culpable —reconoció, mirando al kan a los ojos—. Sólo sé que pagaron a los nizaríes para que me retuvieran; sin embargo, cuando llegó la primavera y los pasos se abrieron, nadie vino a buscarme. Sólo aparecisteis vosotros.

No intentó adular a Hulagu o a su pueblo. Y no hizo referencias a su victoria en Alamut. Esas gentes no digerían la pedantería.

Entre tanto, el kan tironeó de sus bigotes con aires reflexivos y valoró la expresión del cristiano.

—No sabes quién, pero sabes el porqué…

No era una pregunta, aunque era evidente que Hulagu quería respuestas.

Terminada su taza de té salado, Kachiun la dejó en la bandeja con mimo. Y se cuidó de no hacer ruido, pues la tensión empezaba a crecer en el interior de la yurta.

Mientras, Laín consideró qué debía contestar. Si seguía diciendo la verdad, quizás lo torturarían para sacarle el secreto de Jacques de Lunel. Si mentía y lo averiguaban, lo despellejarían. No eran opciones halagüeñas y él, más que ninguna otra cosa, se sentía harto. Cansado del largo juego del gato y el ratón en el que había vivido durante años.

—La vera cruz —contestó escuetamente—, es por culpa de la vera cruz —escupió como si reventase un forúnculo.

Una de las cejas del kan se alzó con extrañeza. Fue su único gesto.

Y entonces Laín, después de soltar un suspiro de puro hastío, se dejó ir. Le habló de cómo Guy de Tarba había heredado un secreto incalculable, de cómo su padre lo había averiguado, de cómo él mismo se había enterado. Y de cómo ese secreto parecía perseguirle dejando tras de sí un rastro de muerte.

Sin ánimos, resignado, aventándose que le convenía decir la verdad, Laín le contó buena parte de su vida al kan Hulagu. Se puso en sus manos.

—Así que supongo que ahora tú también querrás saber dónde encontrar esas reliquias…

Una vez concluido su relato, dejó otro suspiro en el aire y clavó los ojos en el rostro redondo y atezado del nieto de Gengis.

Expectante, Kachiun se mordisqueaba las uñas. No se había perdido detalle de las peripecias del europeo, y le agradó constatar que el hombre que le salvara la vida en Alamut valía la pena, pero temía el carácter voluble de su kan.

—Has dicho la verdad —aseguró Hulagu en tono neutro, sacando a los presentes de sus meditaciones.

Como antes, no era una pregunta, pero Laín asintió.

—No, cristiano, yo no tengo interés en unos maderos viejos —dijo el líder mogol —. Ni siquiera creo que sean en verdad los que sostuvieron al crucificado.

De hecho, Hulagu conocía bastante bien las tradiciones y liturgias cristianas. Y no lograban calar en él. A sus ojos, un redentor, el salvador de un pueblo, no podía dejarse capturar, torturar y matar sin más. Para él, no tenía sentido.

—Mis hombres y su lealtad, mis caballos, mi arco, mi águila, una tienda en la que dormir, un clan al que llamar hogar y, lo que es más importante, un horizonte de tierras por conquistar. —En su tono se percibía que hablaba con convicción—. Todos los reyes de Europa, todos vuestros papas y obispos, todos deberían rendir pleitesía al linaje del gran Gengis. No, no me interesa saber dónde están esos maderos. Sin embargo —añadió, tironeándose de nuevo de los bigotes—, saber el porqué no nos ha revelado el quién. Aunque sin duda es alguien poderoso… Mandó sus órdenes al duque de Venecia y convenció a los nizaríes para que te mantuvieran preso.

Pese a lo que ya le había contado Kachiun sobre las incursiones más allá del Danubio, a Laín le seguía resultando extraño que allí, tan lejos de todo, el kan hablase con familiaridad de la lejana Europa y que entendiese lo que significaba ostentar el cargo de dogo en la ciudad de los canales.

—Imagino que sí —concedió—, que debe tratarse de alguien poderoso.

Lo cierto era que Laín se había preocupado más por mantenerse con vida que por averiguar la identidad de su hostigador.

—Y no sabes de quién se trata… —porfió Hulagu.

—No, no lo sé.

Volvió a mirarlo intensamente.

—Voy a contarte algo, cristiano.

Y, confirmando las sospechas de Laín, el señor de los mogoles le reveló que sabía mucho más de lo que había dejado entrever.

Según le explicó, el verano anterior, a través de las rutas comerciales, unos frailes misioneros habían preguntado por un grupo de europeos en el que incluían a un joven que no podía ser otro que él mismo.

Ahora, de aquel grupo, ya sólo quedaba el propio Laín.

—Ellos debieron de ser los que avisaron a los nizaríes —concluyó Hulagu, volviendo a atusarse los largos bigotes, en los que se veían largas hebras blancas.

—Yo sólo quiero encontrar a mi padre —murmuró Laín finalmente.

Aquello hizo que Hulagu volviese a mirarlo fijamente, como si quisiera escudriñar el alma del europeo a través de aquellos ojos grises.

—Cristiano, bajo el Padre Cielo sólo la herencia de Gengis tiene valor. El resto son patrañas —aclaró soltándose el mostacho—. Y tu causa me parece noble —le señaló—. Cumples con el deber de un hijo y yo no te lo impediré. Te lo has ganado. A un hombre pueden robarle sus tierras, sus caballos, sus armas, incluso sus esposas. —Aplastó uno de sus puños en la otra mano, como si moliese un grillo que sostuviera en la palma—. El destino, sus enemigos o los traidores pueden despojarlo de cuanto posee. De todo, menos del honor.

Calló durante un instante para dejar que sus palabras calasen.

Seguía mirando al cristiano con intensidad cuando, tras una pausa en la que volvió a oírse el alborozo que despertaban los combates de lucha, le puso coda a su discurso:

—Porque el honor es algo que sólo uno mismo puede robarse.

Y, a un mundo de distancia, años después de escuchar un discurso semejante, aquellas palabras trajeron a Laín el dolor del recuerdo por la muerte del gascón.

El kan estaba a punto de anunciar su decisión, y ése era el momento que más temía Kachiun, porque de la suerte que corriese el europeo dependería la suya propia. Por lo que había oído hasta ese momento, se atrevió a abrigar esperanzas de salir con bien de todo aquello. Sin embargo, quedaron hechas trizas en cuanto Hulagu volvió a hablar:

—Tu causa es justa y tu propósito noble. Pero no te ayudaré. No voy a involucrarme en tu búsqueda, ni yo ni ninguno de los míos. —Laín no agachó la cabeza y no dejó ver su desesperación—. Mis hombres y yo debemos seguir camino. Bagdad debe caer, y también caerá Alepo, y Palmira, y Berseva, y Acre. Hasta La Meca. Todo el horizonte será conquistado bajo los cascos de nuestros caballos…

No sonaba grandilocuente, no era un loco convencido de que aquél era su destino; era sólo un hombre seguro de que nada podía interponerse a las hordas de guerreros mogoles. Y hablaba con sobriedad. Pero Kachiun temió que lo siguiente sería una sentencia de muerte para el cristiano y, quizá, lo mismo para él.

—… Y no puedo permitirme que alguien que conoce mi campamento, mis hombres y mis armas vagabundee por ahí dispuesto a vender al mejor postor cuanto

sabe. No, no puedo dejarte ir. Tu vida es tuya, pero tendrás que quedarte con nosotros hasta que terminemos las campañas.

Kachiun quiso suspirar de alivio. Al menos no había ordenado que los despellejaran.

Sin embargo, Laín no se contentó. Podía ser que, si seguía con vida para entonces, cuando hubiera caído la última ciudad en la última frontera, los mogoles lo dejasen marchar. Pero no estaba dispuesto a esperar.

—Así se hará, mi señor —se atrevió a decir Kachiun, antes de que el cristiano abriese la boca y tuviera que volver a morderse las uñas con nerviosismo.

—No lo conseguiréis —aseguró Laín.

Hulagu le lanzó una mirada cargada de desprecio.

—No hay hombre que pueda detener a nuestras hordas. —El tono de aquellas palabras hizo que Kachiun se quedase sin uñas con las que desfogarse.

Incluso los guardias se pusieron tensos, dispuestos a acatar cualquier orden. Y el explorador mogol tuvo la certeza absoluta de que lo siguiente que ordenaría su líder sería que los encadenasen a cuatro caballos y que los desmembrasen. Ya había visto cómo se hacía.

—No lo harán los hombres —dijo Laín antes de que Hulagu continuase—, lo hará el desierto. Pero yo sé cómo podéis evitarlo y rodear al enemigo —añadió, tentador.

Sus palabras surtieron efecto.

—¿De qué estás hablando?

—Viajé hasta Berseva, y de allí a la costa de Ormuz. Un ejército como el vuestro no atravesará esos páramos…

—Conocemos el desierto, cristiano. Al sur de nuestras tierras hay un lugar que sólo sirve para ser cruzado, lo llamamos Gobi.

—Y no lo teméis precisamente porque lo conocéis —aseguró Laín—. Tenéis rutas de caravanas que lo atraviesan por los hitos en los que pueden abastecerse de agua. Pero no sabéis nada de las planicies de Judea o sobre el desierto de Gaza.

Leve, apenas perceptible, una sombra de duda pasó por el rostro del kan, y Laín la advirtió.

—Pero yo sé cómo podéis sortearlo —aseguró Laín con la compostura de un mercachifle—. Puedo darte una ruta que rodea las ciudades y cruza los grandes desiertos del sur, las temibles arenas de Rub al-Jali.

—Eso es imposible —rebatió Hulagu.

—No, no lo es. Y podríais aparecer en La Meca desde el sur. Nadie pensaría jamás que haríais algo semejante. ¡Los cogeréis por sorpresa!

El cebo estaba en el agua y sólo faltaba que el pez lo mordiese. Pero el pescado, en lugar de lanzarse a por la carnada, se atusaba los bigotes, pensativo, y a Laín le tocó esperar hasta que el kan tomó una decisión.

—Está bien, habla.

No había hecho ninguna promesa, pero Laín no albergó dudas. Lo que conocía de

los mogoles y las propias palabras del kan sobre el honor lo dejaban claro. Para bien o para mal, habían hecho un trato.

—Me lo contó un eunuco maldito en un lugar maldito —dijo Laín—: hay una ruta que pasa por la ciudad perdida de Ubar.

Aquella revelación hizo que la disciplina de todos los mogoles fallase. Desde los guardias hasta el mismo kan, a todos se les escapó un mohín. Les estaban contando que la leyenda era cierta.

Poco a poco, atendiendo con paciencia a la retahíla de preguntas que le fue haciendo Hulagu, Laín desgranó los detalles que Wasif le había dado. Le facilitó hasta el más mínimo de los aspectos que el eunuco había mencionado durante su larga charla en el monasterio caldeo. E insistió en que, desde que la ciudad fuera abandonada, el lago subterráneo de Ubar había tenido tiempo a regenerarse, con lo cual las hordas mogolas tendrían un suministro fiable en el que rellenar sus odres y abrevar a sus bestias.

—Llegaríais por el sur —concluyó Laín—, podríais seguir la costa hacia Acre o incluso cruzar el mar de los Juncos y atacar a los mamelucos. Nadie ha cruzado ese desierto en años. Ya no lo hacen ni las caravanas de olíbano. Llevaréis con vosotros la ventaja de la sorpresa.

Para cuando el gallego terminó, la competición de lucha ya había acabado y se oían los relinchos de los ponis con los que pronto empezarían las carreras.

Al cabo, tras otra sesión en la que el kan a punto estuvo de alargarse los bigotes de tanto estirarlos, Hulagu los miró a los dos con intensa concentración y, antes de hablar, esbozó una sonrisa torcida que levantó sólo una de las puntas del mostacho.

—Te ayudaré. Podrás viajar con mi permiso por las tierras unificadas bajo el estandarte de las colas de caballo, pero —añadió levantando un dedo— los salvoconductos a Qara Qorum tienen un precio.

Llevaba demasiado tiempo compartiendo camino con la miseria. Al escucharlo, ni siquiera se alegró. Lo aceptó como un tirabuzón más en su destino; otro paso que dar en su continuo ir y venir.

Frío, Laín sopesó los ojos castaños del mogol.

—¿Cuál?

Hulagu asintió para sí.

—Te doy mi palabra de que a ella la dejaré tranquila, es tu pájaro —dijo con tono sincero—. Pero quiero saber cómo la conseguiste. ¿De dónde sacaste a tu águila?

Ante aquella pregunta, Laín reaccionó de tal modo que el poco sosiego que había reunido Kachiun quedó hecho pedazos.

—¿Lo juras?, ¿la dejarás tranquila?

A su lado, el atribulado Kachiun volvió a morderse las uñas. Sin embargo, el kan pareció entender, pues contestó afablemente.

—Lo juro.

Aun así, el cristiano tardó en responder.

—De mi celda en Alamut —contestó Laín.

Aquello hizo que el alterado Kachiun se volviese a mirarlo. Pero Hulagu se mantuvo impertérrito, se limitó a revolver el aire con su índice animándolo a continuar.

—Me encerraron en un calabozo en los cimientos de la muralla principal —se explicó el gallego—. Pequeño, húmedo y frío como ropa mojada durante una nevada. En parte excavado en la misma roca y en parte tapiado con las piedras de la fortaleza. —Su tono era neutro, el de un penitente que ha traspasado ya la barrera del dolor y no puede sentir el látigo que le castiga la carne—. Sólo tenía una pequeña ventana por la que entraba algo de luz. Poco más que una rendija, como la tronera de un arquero, era imposible escapar.

Laín se guardó para sí la desesperación y la melancolía. Decidió no compartir con aquellos hombres la agonía sufrida durante su cautiverio, ni los verdaderos motivos por los que se había acercado al ventanuco la primera vez, haciendo equilibrios sobre el cubo de desperdicios. No dijo nada de la cuerda que había tejido arrancando jirones de su ropa, ni del modo en que había planeado usar el asa del balde para asegurarla en el ventanuco.

Había sido en aquel instante, mientras planeaba cómo asentar el pedazo de hierro en el vano, cuando había visto el nido.

No quería que la cuerda se rompiese o que el improvisado cáncamo cediese en cuanto diera la definitiva patada al cubo y quedase colgado. Estaba decidido a hacerlo. E iba a hacerlo bien, sin fallos. A conciencia. Pero al ver a la industriosa madre, una parte de su infancia había venido a salvarle.

—Si me estiraba lo suficiente, si alargaba el brazo a través del ventanuco, podía incluso tocar las ramas rotas y los palos amontonados —continuó explicando Laín.

Era una cornisa en la que apenas se hubiera podido tender un hombre; un pequeño

repecho en la pared de roca que se fundía en las murallas de la fortaleza, en el lado de sotavento y bien protegida de la lluvia por los quiebros de la piedra. Y no era la primera vez que la pareja lo utilizaba para sacar adelante a sus polluelos. Las peñas se veían manchadas de excrementos viejos, sobadas por el roce de las plumas.

—Se fueron acostumbrando a mí —aclaró, sabiendo que un pueblo que conocía tan bien a las rapaces lo comprendería—. Yo no tenía otra cosa que hacer —reconoció—. Y la pareja de águilas se convirtió en compañía a la que hablarle —admitió sin pudor.

Sus palabras calaron en los mogoles. Era una escena parecida a la leyenda que se contaba sobre la vida del joven Temujin, el mejor acero, el chiquillo que había nacido con un coágulo de sangre atrapado en el puño derecho, en el de la espada.

—Cuando mis raciones eran abundantes, las compartía con ellos —siguió contando Laín—. No les gusta demasiado el cordero especiado —aclaró con una sonrisa lánguida—. Luego, durante el asedio, las cosas cambiaron. La comida empezó a escasear. —Al oírlo, el kan asintió complacido—. Al principio, aunque no fuera todos los días, me daban algo de pilaf, sin carne, poca cosa, pero un cuenco que llevarme a la boca al fin y al cabo. —Recordándolo acercó la taza de té salado a los labios y echó un trago—. Luego, cuando traían algo, lo hacían con menos frecuencia y menos cantidad. Hasta que no trajeron nada. Durante días…

Entonces, sin asomo de vergüenza, les contó lo de la carroña. Cuando el hambre se hizo insoportable la necesidad lo llevó a robar restos del nido. Pese al color verdoso, aunque no fueran más que tendones o hebras sueltas.

Se había estirado, haciendo equilibrios en los bordes sucios del cubo y, bajo la mirada curiosa del único pollo que había sobrevivido, había robado el costillar de una marmota gracias al cual aguantó dos días más. Chupeteó los pequeños huesos como un perro callejero tras rebuscar en la basura.

—Me salvaron la vida —añadió sin explicarles que era cierto por muchas más razones que por el mero hecho de hurtar las sobras.

El kan asintió. También la leyenda de Temujin hablaba de roer osamentas para espantar el hambre y el frío cuando el invierno había caído sobre el niño mientras no era más que un paria desterrado.

Íntimamente, Hulagu reconoció para sí que la del europeo era una hazaña increíble.

No sólo se las había arreglado para sobrevivir, o para congeniar con el águila, sino que luego había sido capaz de cazar con ella, con un ave apenas domesticada. Sin el largo adiestramiento al que era necesario dedicarle días y días. Sin fiador, sin cimbel, sin pihuelas, cascabeles o caperuza. Sin otra cosa que harapos para envolver su brazo.

—Y escalaste la pared de roca para llegar al nido…

El tono estaba entre la admiración y la pregunta. También Temujin había escalado la Montaña Roja para conseguir un pollo de águila que regalar a su padre, en los días

antes de que los tártaros lo matasen.

Temujin, el «mejor acero», el niño que saldría con bien del destierro para convertirse en el señor del océano de hierba, Gengis Kan.

Laín contestó sacudiendo el mentón.

—Sí, tuve que escalar, no había modo de acceder al nido desde las ruinas de la fortaleza.

Había hecho algo más que recoger al águila. Escabulléndose de la vigilancia de Kachiun, había empleado tiempo y esfuerzos en registrar los escombros de Alamut hasta encontrar cuanto sospechaba que necesitaría. Pero eso era algo que no quería compartir con el kan.

—¿Por qué la liberaste? —preguntó entonces Hulagu.

Laín sabía que no podría explicar la verdad con palabras.

No podía hablar sobre los que ya habían muerto. Y dudaba de que pudiera hacerlo alguna vez. No quería volver a perder lo que amaba. Jamás. Por eso, antes de entrar en la yurta acompañado por Kachiun y los guardias del kan, se había encarado a la montaña donde anidaba Alamut. Había sacudido el brazo, con fuerza, ayudándola con el primer impulso del vuelo. Y había visto al águila ganar altura, alejándose, ascendiendo hasta los restos de la antigua alcazaba de los hashshashin.

—Porque ya era vieja —mintió—. Éste será su último año de cría, como mucho, el que viene.

De haber tenido más tiempo, si hubieran visto el lustroso plumaje más de cerca, quizá los mogoles hubieran sabido que era un embuste. Quizás algunos se habían dado cuenta. Pero a él no le importó. Mintió, sabedor de que solían recompensar a la fiel cazadora con la libertad después de años de servicio, mientras todavía le quedasen fuerzas para enfrentarse a una nueva vida.

Mintió, y supuso que algo así podrían respetarlo.

El kan asintió levemente al oírlo. Y con eso pareció dar por zanjado el asunto.

Pidió más té salado y, mientras esperaban a las sirvientas, preguntó con interés sobre el viaje de Laín, queriendo conocer detalles de todos los lugares por los que había pasado. Desde aquellas tierras del fin del mundo que miraban al mar, pasando por el Pirineo y las montañas de los Alpes. E insistió largamente en los detalles sobre Venecia, de la que quiso conocer hasta el último resquicio de cuanto guardaba Laín en su memoria.

Sólo cuando hubo terminado otra taza de té y tuvo la certeza de que había exprimido los recuerdos del cristiano al máximo, volvió al tema de los salvoconductos para Qara Qorum.

—Está bien —concedió el kan—, te diré lo que vas a hacer.

Tras la muerte del gran Gengis, la verdad se ocultó.

El gran Gengis, señor de las estepas, el que había unido a los keraítas, a los yurkanos, a los uiguros, a los naimanos, a los merkitas, a los ongutos y a los tártaros bajo un solo nombre, mogol, les había dado también la lengua escrita, había fomentado la ancestral medicina chin y había conquistado para los hijos de sus más de treinta esposas y cientos de concubinas un inabarcable imperio.

Gengis, el señor de los océanos de hierba, era leyenda.

Y, mientras cabalgaba, Laín comprendió enseguida que el astuto mogol se había esforzado porque así fuera.

Bajo el cielo gris de una mañana que no parecía atreverse a cumplir con su amenaza de lluvia, los cascos de sus robustos ponis iban dejando huellas que trazaban un rastro rumbo al nordeste.

Le habían dejado elegir uno de entre los muchos ponis de los corrales, y Laín había escogido al picazo de cara amable que conociera mientras deambulaba por el campamento mogol. Y había demostrado ser una buena elección. Era una bestia dispuesta y agradecida, que hacía divertidos sonidos de contento cuando, cada anochecer, Laín le restregaba los cueros con hierba seca para almohazarlo. Como le solía suceder al gallego, montura y jinete se habían entendido bien desde el primer instante. Sin embargo, no le había puesto más nombre que «Caballo».

Unos pasos más atrás, Kachiun montaba su bayo greñudo y, como el mogol no hablaba mucho, Laín reflexionaba sobre los acontecimientos atropellados de los últimos días.

Gengis había dejado que su historia se contase en los fuegos del campamento y se había esforzado porque los chamanes hablasen de él con devoción. Había sido capaz de los actos más crueles y de la clemencia más piadosa. Además, se había probado como un inigualable guerrero, un brillante estratega y un infatigable soldado. Gengis había sabido ser un avezado político y había demostrado sus habilidades en multitud de ocasiones, incluyendo una de sus más audaces acciones: la última.

Muchos aún creían que seguía vivo, patrullando las estepas de sus conquistas con hombres de confianza, impartiendo justicia. Y otros tantos especulaban sobre si había muerto a manos de una concubina celosa, víctima del tifo o por mor de una caída de caballo, sin que ninguna de las tesis cobrase fuerza sobre las otras.

Fuera como fuese, treinta años después de su última cabalgada, la sombra del gran Gengis seguía cerniéndose sobre la memoria de su pueblo, y era evidente que sería imperecedera, porque se las había arreglado para que su vida fuera recordada y su muerte ignorada.

A mayores, nadie tenía ni la más remota idea de dónde estaba enterrado. Lo que era un impagable abono para los rumores y la excusa perfecta para que un cristiano al que habían puesto precio viajase por las extensas tierras de los mogoles.

—… Y tú le acompañarás —le había dicho el kan Hulagu al nervioso Kachiun para dar por finalizada la azarosa entrevista.

Eso había pasado cinco días antes y, desde entonces, Laín había tenido tiempo de cavilar sobre el asunto.

Si se daba crédito a aquéllos en cuyas habladurías se podía confiar, una vez apagada su vida el deceso se ocultó durante años. Sus hijos y generales siguieron actuando como si nada hubiera pasado, mientras, en secreto, planificaban el mejor modo de cumplir con las últimas voluntades de Gengis.

Se armó una caravana en la que se incluyeron cuarenta de los mejores caballos mogoles y otras tantas doncellas, además de carros con bienes y riquezas de todos los territorios conquistados: seda, perlas, piedras preciosas, porcelanas, oro y plata. Y también de una buena provisión de espadas, escudos y, como no podía ser de otro modo, arcos y flechas.

Para escoltarla se escogió a un nutrido grupo de soldados y, llegado el momento, la expedición se puso en marcha para peregrinar al lugar elegido por el propio Gengis, que era un misterio en sí mismo.

Probablemente, pero sin certeza alguna, el gran kan escogió un páramo de su niñez, un lugar cerca de donde su clan había pastoreado en sus años mozos, no lejos de los bosques en los que había sobrevivido tras ser desterrado, cerca de los territorios de los rus, al sur del gran lago Baikal. Aunque todas las suposiciones eran sólo eso, suposiciones. Y la respuesta más precisa que logró Laín fue que debía tratarse de algún punto en las estribaciones de las montañas Khentii, a las que los mogoles llamaban el «gran tabú», pues eran consideradas sagradas.

La caravana peregrinó durante años para despistar a cualquiera que pensase en descubrir la verdad. Tomó rutas falsas, deshizo el camino y todos y cada uno de los desgraciados que tuvieron la mala suerte de toparse con ella fueron pasados a cuchillo para que jamás pudieran contar lo visto.

Al fin, después de un tiempo prudencial, dieron sepultura a Gengis con todo su ajuar, sus armas, sus caballos y las pobres doncellas, a las que sacrificaron. Cuando terminaron, siguiendo las órdenes dadas, mil caballos pisotearon una y otra vez el terreno para borrar cualquier indicación.

Entonces los guardias de la caravana asesinaron a los desgraciados que se habían deslomado cavando el mausoleo y regresaron sólo para encontrar que, a su vuelta, otro grupo de soldados los aguardaba para asesinarlos y, con sus muertes, callar para siempre el secreto de dónde había sido enterrado el gran señor de los océanos de hierba.

—Algunos de aquellos hombres escaparon —le había aclarado Hulagu en su yurta, mientras afuera comenzaban las primeras carreras de caballos—, sólo unos pocos. Pero uno solo es demasiado.

Y resultó que, pese al tiempo pasado, los hijos y nietos de Gengis seguían empeñados en cumplir la voluntad del patriarca. A esos pocos desesperados que habían huido de una muerte segura como castigo por el único delito de haber cumplido con su deber, aún los seguían persiguiendo con ahínco.

—Uno de esos perros desleales lleva el nombre de Li —le explicó Hulagu—, un chin descarriado que puso tierra de por medio y al que le perdimos la pista —añadió con un lamento—. Pero —puntualizó— durante el sitio de Alamut, recibí, al fin, noticias. —Y al decirlo la sonrisa de su rostro se volvió cruel.

Los espías que el kan había enviado al este para reconocer el terreno de sus futuras conquistas habían vuelto con gratas novedades que nada tenían que ver con las mejores rutas para el avance de las hordas mogolas. Al parecer, por un cúmulo de casualidades, habían dado con un cabo del que tirar y, en el ánimo de complacer a su señor, los adelantados habían descubierto qué había sido del tal Li.

El fugitivo se había instalado en los barrios comerciales de Acre y había envejecido mercadeando entre venecianos, genoveses, hebreos y mahometanos. Y allí seguía, disfrutando de una vida plácida y acomodada entre sus nietos.

—Tú te harás pasar por el hombre al que he contratado para que lo mate —le había explicado Hulagu.

Resultó que eso era precisamente lo que el kan había ordenado y, para aquellos días, un hospitalario codicioso estaría esperando su recompensa por haber acabado con el escapado Li.

—Harás como si hubieras cumplido el encargo. Y se pretenderá que te envío a la capital para llevar la noticia, con discreción pero con rapidez. Eso alejará cualquier sospecha sobre ti y aquietará los rumores, para que sea quien sea el que te busca, no te encuentre. Y eso será lo que pondrá en los salvoconductos. Viajarás bajo la protección de mi propio sello y desde aquí hasta Qara Qorum se te abrirán todas las puertas —le aseguró—. Mi hermano Mongke te recibirá en la Corte y, para él, te entregaré una carta que revelará la verdad.

E hizo una pausa antes de añadir una última orden:

—Y tú le acompañarás —había terminado dirigiéndose a Kachiun.

De modo que, después de haber preparado cuanto necesitaban, se habían puesto en marcha. Ahora cabalgaban rumbo a la primera gran etapa de su camino hasta Qara Qorum, la antigua y mítica Samarcanda, la misma que el propio Gengis había convertido en poco más que un amasijo de cenizas.

La teoría era fácil, pero el agua fría y el poco interés que mostraban sus contrincantes empezaban a minar su moral.

—Son los lobos del río, los *tamen* —le había dicho Kachiun sonriente, señalando la corriente con un dedo de uña mordisqueada—. Son astutos y escurridizos.

No creyó que pudiera hacerlo por mucho más tiempo.

Llevaban más de un mes de viaje y el ánimo del mogol había ido mejorando día a día, en especial desde que se habían internado en el laberinto de montañas que habían sido las tierras de su infancia.

La travesía había empezado con mal pie. Al poco de abandonar el campamento, los sorprendió una seguidilla de implacables tormentas veraniegas que los mantuvo empapados durante días, sin encontrar un mísero rincón en el que prender una hoguera y calentarse. Por eso, y pese a que Hulagu les había recomendado evitar las grandes aglomeraciones, habían continuado por los valles persas hacia el nordeste, rumbo a Samarcanda.

Pero el lugar había resultado una mera sombra, triste y apagada. La gran encrucijada del comercio de especias y seda había quedado arrasada veinte años antes bajo el talón de Gengis, y sus gentes todavía intentaban recuperarse de su poca ventura. No vieron mucho más que una posada y algunas ruinas, pero Laín tuvo tiempo de recibir otra prueba más de lo compleja y enrevesada que era aquella parte del mundo, tan lejos del hogar. En la misma ciudad, a la distancia de un plácido paseo, podían visitarse los extremos de la misma cuerda. En un espléndido camposanto cercano a la muralla, donde abundaban los caserones de los más ricos mercaderes, podían presentarse respetos al mausoleo de Qusam ibn Abbas, mártir para los mahometanos y primo del propio Mahoma, quien supuestamente recogió del suelo su cabeza decapitada y descendió a un pozo en el que siguió viviendo. Y en las afueras de la ciudad, donde aún se distinguían ruinas de un antiguo asentamiento, se topaba uno con peregrinos cristianos y hebreos que visitaban la tumba del deportado Daniel, el profeta del Antiguo Testamento que había interpretado los sueños de los reyes babilónicos y que había escapado del foso de los leones.

Los valles persas los habían llevado cómodamente al nordeste y, después de abandonar Samarcanda, se internaron en las estepas, donde fue sencillo comprender por qué aquella ruta era tan utilizada por los comerciantes. El camino resultaba llevadero, sin una sola cuesta que negociar, con agua abundante y caza a disposición del viajero.

Cubiertos de monotonía, cabalgaron un día tras otro, siempre con el mismo horizonte sobre poniente. Las montañas a su derecha y, al frente, interminables extensiones de hierba ondulante por la que, de tanto en tanto, se veía a lo lejos una manada de unos bichos que tenían un poco de caballo, bastante de cabras con largos cuernos y un pellizco de ciervos; con una carne roja y prieta que Laín apreció desde la primera ocasión en la que asaron unos trozos de pernil en la hoguera del campamento.

Como era de esperar, por aquellas interminables planicies avanzaron con rapidez durante varias semanas, igual que los nómadas con los que, de tanto en tanto, se topaban y, gracias a los cuales, conseguían algo de cuajada, un poco de queso o leche de yegua, de la que Kachiun parecía capaz de beber cántara tras cántara sin saciarse jamás.

Rodearon un lago, al que el mogol le dio el nombre de Baljash, y Laín, para su sorpresa, descubrió que en un extremo el agua era dulce y en el otro salada.

No mucho después, volvieron a aparecer las montañas, y el humor de Kachiun mejoró notablemente. Pasó de ser un compañero de viaje eficiente y menesteroso, pero taciturno, a convertirse en un tipo animado y dispuesto a hablar.

El problema fue que Laín, sin darse cuenta siquiera, ya no era un muchacho alegre y parlanchín, sino que, de algún modo, había heredado aquellos largos silencios de Guy de Tarba. A lo que se unía el hecho de que, por fin, después de tantos años y penurias, la meta estaba al alcance de la mano.

—En una luna podrás beber del árbol de plata de Qara Qorum —le había asegurado una noche en las estribaciones de las montañas.

Y Laín no sabía cómo enfrentarse a lo que sentía. Los años y la vida misma habían erosionado los recuerdos de su padre y, cuando miraba aquel viejo retal encarnado en forma de cruz, ya no galopaban en su pecho las certezas que habían impulsado su juventud.

Por unos días tuvieron que desviarse hacia el sur y, durante un tiempo, viajaron buscando los valles, sorteando altas montañas de picos nevados que entretejían encajes. Salieron después a nuevas estepas, más raquíticas, ventosas y frías, con hierbajos duros y resecos y el aspecto de un océano batido en marejada. Sin duda, daban sentido al nombre que Temujin había elegido para sí: aquéllos eran los «mares de hierba», aquél era el hogar de Gengis.

—Estás pisando la patria de los mogoles —le anunció Kachiun una mañana, mientras desayunaban tasajo y contemplaban aquella extensión en la que hasta la última criatura y la última brizna de hierba parecían tener que labrarse la vida a base de golpes—, las estepas de nuestro hogar.

Y aquel paisaje hacía entender por qué los mogoles eran duros, estoicos y resignados.

—Al sur empieza el desierto de Gobi —le había explicado, señalando hacia mediodía—; más allá, el que fuera reino de los Chin, donde el señor de todos los mogoles, Mognke kan, el hermano de Hulagu, ha empezado a construir su palacio de verano en la más fastuosa ciudad que puedas jamás imaginar, Xanadú.

Subieron hacia el norte y el terreno empezó a arrugarse como si envejeciese a ojos vista. Pequeñas lomas y oteros se encadenaban en racimos que salpicaban el panorama ante ellos, y se toparon con multitud de arroyos, riachuelos, ríos y lagunas. Para entonces, el humor de Kachiun se volvió excelente y, pese a que Laín no las correspondía, el mogol hacía bromas a menudo. La mayor parte de las veces con

alguna referencia a las virtudes de una cortesana chin entrenada desde niña para dar placer al cansado guerrero que vuelve al hogar.

—Preparan baños calientes en los que te sumergen. Dan masajes con manos delicadas como mariposas. Usan aceites y perfumes. Y saben desfogar los calores de un hombre —le decía moviendo aquellas manos de uñas roídas.

Laín lo miraba de reojo y seguía cabalgando.

—Saben usar sus labios, y sus piernas. Perderás el sentido en cuanto sientas el calor de sus muslos —insistía el mogol.

Y el gallego aceleraba un poco el trote, sumido en sus tribulaciones.

—Tienen la piel tersa y blanca como el marfil, bocas dulces como la miel, y saben usarlas, ya lo creo que sí, saben usarlas —porfiaba Kachiun, encantado.

Curiosamente, cuanto más se acercaban a su destino, menos prisa tenía Laín. Parecía mucho más fácil seguir eternamente en el camino que llegar al final. Y no podía dejar de preguntarse qué le diría su padre, cómo le respondería él, cuál sería su vida una vez hubieran regresado a San Paio.

Ya no sabía lo que quería. Por eso, a la mañana siguiente de que Kachiun le anunciara que llegarían a Qara Qorum en poco más de una semana, Laín se había quedado mirando uno de aquellos ríos de aguas cristalinas y había preguntado:

—¿Hay peces ahí?, ¿sabéis pescar?

Había sido un puro acto reflejo; lo primero que se le había ocurrido para retrasar un día más su llegada a la capital de los mogoles.

Y ahora estaba con el agua fría por la cintura, vareando una rama de lo que parecía avellano para manejar una liña en cuyo extremo había un anzuelo cubierto con mechones de pelo de yak.

—Ha de ser como un ratón que nada de una orilla a la otra —le había explicado Kachiun, enseñándole a mover aquel anzuelo con extravagante peluca por la superficie del agua.

Le había dado unas cuantas lecciones. Cómo lanzar, cómo mover la caña para tirar de la liña engrasada y cómo hacer que el engaño provocase una estela que, con imaginación, podía pasar por la de un animalillo nadando. Después, el mogol lo había abandonado y se había marchado río arriba, para buscar algún pozo en el que probar suerte él mismo, contento de tener aquella oportunidad.

Para cuando el sol caía en el cielo desde el mediodía, Laín ya estaba cansado.

La treta no había sido más que un modo de retrasar su llegada, y lo que él quería era pensar, no dedicarse a atrapar un fantástico pez sobre el que circulaban leyendas que decían que podía morder la mano de quien intentara pescarlo o que era capaz de tragarse de un bocado a un patito descuidado.

—El lobo del río —dijo para sí mismo en un susurro burlón, incapaz de creer que una trucha pudiera lanzarle un bocado a aquel esperpento peludo que el mogol había puesto al extremo de su liña.

Movía los brazos por pura inercia. Lanzaba el engaño a través de la corriente,

tiraba de él y levantaba la vara lentamente, acercándolo hacia sí. Y, cuando lo tenía a apenas un par de palmos, aprovechaba para volver a enviarlo lejos.

Mientras, su mente divagaba haciendo el trabajo más difícil al que un hombre ha de enfrentarse en su vida: juzgarse a uno mismo.

Una docena de veces, como si despertara de un mal sueño, había tomado la decisión de salir del agua, secarse al sol y sentarse en la orilla. Y, abstraído, una docena de veces había seguido allí, en medio del agua fría, lanzando y recogiendo aquellos mechones de pelo recio que, con tanto mimo, había elegido Kachiun.

Las montañas acunaban el río. Estaban hechas de una piedra gris que se escurría entre las manchas verdes del follaje. Algún bicho chiscaba entre las hierbas. Una bandada de pardales pasó de largo sobre el cauce, tan claro que incluso en lo más profundo del pozo podían verse los cantos.

El pelo de yak patinaba sobre la superficie del agua, dejando su pequeña estela y, de pronto, una sombra salió disparada desde el resguardo de una roca del fondo.

Con todo el impulso de su velocísimo nadar, una bocaza parda se abrió para tragárselo con un chapoteo y, de inmediato, el pez se dio la vuelta con el cebo en las quijadas, sintiendo al instante la traición del anzuelo.

No tuvo que clavar siquiera; bastante trabajo fue mantener la vara entre las manos ante la arrancada del *tamen* herido, que usó toda su fuerza para volver a su escondrijo bajo el canto rodado.

Pero el viejo Tomás le había enseñado bien cuando peleaban con los salmones, allá en San Paio, y Laín vadeó enseguida en las aguas frías para reducir la tensión en la liña y evitar que el pez rompiera el aparejo.

Aunque ninguno de los salmones que había pescado en su niñez se parecía a aquella bestia que tiraba denodadamente de la liña con poderosos coletazos. Antes de que pudiera darse cuenta, Laín se vio obligado a meterse en el agua hasta el pecho y, con otra carrera del pez, no le quedó más remedio que seguir adentrándose en la zona más profunda, donde resbaló y quedó a merced del agua.

Burbujas plateadas del aire que se le escapaba se le enredaron en los cabellos, se le encogió el bofe por el frío que lo cubrió, y lo único que pareció seguir funcionando fue el ímpetu de aquel lobo del río, que continuaba luchando por su vida con toda la fuerza que los años le habían dado.

Lo vio al extremo de la línea, y no le cupo duda de que pasaba de largo de una arroba. Era tan grande como una de sus piernas. Tenía las formas de un salmón, pero era más oscuro, con el aspecto del nogal aceitado de las truchas y con pintas claras como ellas. En los carrillos tenía manchas rojizas y las enormes mandíbulas sí parecían capaces de cortar los dedos de una mano descuidada. La pelambrera de yak se sacudía en la comisura y el pez, inagotable, tiraba de la liña.

Consiguió apoyar los pies en un canto y, dándose impulso, sacó la cabeza y tomó una bocanada de aire. Para entonces, habían ido río abajo y la corriente atrapó al hombre y al animal, empujándolos mientras seguían aherrojados por la línea tensa.

Ya le dolía todo el brazo y el agua fría le robaba las fuerzas, pero Laín no soltó la flexible vara, que no paraba de cimbrearse, transmitiéndole las ansias de recuperar la libertad de aquel formidable pez.

Llegó un momento en que la misma corriente lo llevó a un trecho de guijarros en los que pudo recobrar pie, asentarse y sujetar con fuerza, sintiendo en cada tendón el desafío del *tamen*.

Había descendido al menos veinte varas desde el punto donde lo había anzolado. Hombre y pez se sacudían, gotas de agua salían despedidas y el sol, radiante, las convertía en perlas que se disolvían en las aguas del río.

No había nada más allí. Sólo los dos contendientes, ambos luchando con toda su voluntad desde extremos opuestos de la línea. Unidos por la fuerza. Los dos presos de sus propios anzuelos. El hombre se había servido de la traición. El animal se servía de su entorno. Y el río era su juez.

El lobo del río flaqueó un momento y Laín levantó la vara ejerciendo más presión. Después, sintió que, por primera vez, su oponente se dejaba arrastrar.

Pensó que ya lo tenía y dio unos pasos atrás, para acercarse a la orilla, mirando a ambos lados, buscando un lugar donde varar al formidable pez.

Parecía entregarse, tumbado sobre un costado, deslizándose tras la liña a medida que Laín retrocedía con la caña en alto, flexionada en un arco que ponía a prueba la madera.

Estaban los dos agotados, pero el hombre tuvo la impresión de que la victoria era suya. Entonces el enorme pez reunió los últimos redaños y saltó con todas sus fuerzas, coleando, brillando al sol, enseñando aquellos matices bermellón que eran como las cruces que los caballeros se cosían al hombro para marchar a Tierra Santa.

Brincó fuera del agua y cimbreó como un junco al viento.

Y el anzuelo se soltó.

Salió disparado y el *tamen* quedó en suspenso sobre los rizos cristalinos. Sus escamas húmedas destellaron y el tierno blanco de su boca se vio por última vez antes de que cayera con estrépito.

Laín aún pudo verlo allí, en la corriente, quieto y confuso. Era una enorme mancha gris. Boqueaba y las agallas se abrían y cerraban, dándole vida. Un suspiro después, coleó y la corriente lo recibió como a un hijo pródigo, ocultándolo en sus remolinos.

Por un rato, resollando, empezando a sentir de nuevo el frío que el viento le ponía encima del agua que lo empapaba, Laín se quedó allí, quieto.

Revivió cada instante de la pelea. Repasó cada recuerdo y, mientras su corazón lograba volver al trote, sonrió.

Por un breve instante, volvió a ser un niño feliz.

Por un solo instante, miraba al viejo Tomás. Estaban en el río de San Paio. El viejuco contaba mentiras sobre los grandes peces que había pescado, mientras señalaba al pozo donde los salmones descansaban en su largo remonte desde el mar.

El bosque los arropaba. Unos arrendajos graznaban escandalosos entre las ramas de los fresnos, probablemente asustados porque algún ratonero tenía cerca su percha. Un martín pescador pasaba raudo en busca de un apostadero, como una flecha azul. Lúa olisqueaba el rastro de maese raposo en los senderos de la orilla. En las cocinas de la torre, con dulces de miel y castañas recién horneadas, mamá esperaba a que su hijo volviese.

Por un solo y bendito instante, recobró algo.

Tibio, cálido, reconfortante.

Y sintió en su pecho el consuelo que sólo un niño puede sentir cuando se acuesta con la certeza de que, a la mañana siguiente, todo sería igual. Antes de que los años le enseñen la dura lección de que sus esperanzas no son otra cosa que mentiras.

Por un solo y bendito instante, volvió al hogar.

Luego cayó en la cuenta. En unos días vería a su padre.

ESTROFA

XIX Y ESTRIBILLO
LA CUENTA PENDIENTE

«… El razonamiento nos lleva a una conclusión […],
pero no hace que la conclusión sea cierta…».

Opus Maius, Roger Bacon

El tiempo es buen consejero, pero nunca regala nada. Pasa inexorable burlándose de nosotros, pobres pecadores descarriados.

Recuerdo el sabor del potaje de habas, el olor intenso a hierbas medicinales, el chisporrotear del fuego en el hogar y el tintineo de la lluvia al otro lado de la puerta, pero, sobre todo, recuerdo su belleza.

Oyó la historia de su padre componiendo un rostro sereno, hasta que, cuando supo de la muerte que lo había sorprendido en aquel monasterio caldeo, lloró mansamente. Y la pena transformó su rostro como el último retoque que debió dar el maestre Mateo en el pórtico de la Gloria. La amargura estropea siempre el semblante, afeando las facciones. Pero cuando las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas, su belleza se hizo radiante. Nunca jamás vi una virgen, una talla y, ni mucho menos, otra mujer que deslumbrara los espíritus de hombre alguno con el solo hecho de llorar.

El gato acabó en el regazo de Laín. Y buena parte de su relato pareció dedicárselo al minino, que ronroneaba complacido.

Y yo, por una vez en mi vida, no sólo iba a conocer la historia, sino a vivirla. Me sentí como aquel pastor Martín que guió con calaveras de vaca a los ejércitos del octavo de los Afonsos cuando vencimos a los almohades en las Navas de Tolosa. Era el mío un papel de refilón, pero de importancia capital, pues de mí iba a depender la vida del héroe.

Pero me estoy adelantando una vez más al contar este entuerto.

Para cuando nos reveló cómo había salido con vida de la fortaleza de Alamut, la luna intentaba ya asomarse entre las nubes que seguían descargando su agua sobre Compostela y la noche nos aconsejó que dejáramos aquellos asuntos para el día siguiente.

Sin embargo, al despertar por la mañana, Laín ya se había marchado. Y, hasta que regresó, bien pasado el mediodía, no supimos adónde había ido.

—Está aquí, lo he visto —anunció nada más entrar.

No había clientes en la botica. Almodís, el gato y yo compartíamos unas escudillas de caldo.

—¿Quién? —se interesó ella.

Laín se deshizo del capote que traía terciado al hombro, se acercó hasta donde estábamos, junto al hogar, nos miró a ambos con aquellos ojos que eran como una helada y dijo una sola palabra:

—Fruela.

Pronto comprendí que aquél era el asunto que lo había llevado a La Guyenne, y por eso mismo se había hecho pasar por ladrón. Con los sobornos adecuados, era el lugar para obtener información de un noble al que desplumar, aunque, obviamente, la intención de Laín era bien distinta.

—¿El hijo de don Rodrigo? —pregunté por impulso.

Él se sentó en uno de los bancos junto al hogar y se limitó a asentir. El gato se le

arrimó enseguida, incluso a pesar del aire taciturno. Almodís se afanó sirviéndole una ración del caldero.

—¿Es a él a quien buscabas en San Paio? —quise saber yo.

Y Laín volvió a asentir, a la vez que tomaba el cuenco caliente entre las manos.

—¿Para qué?

Él suspiró antes de hablar, se revolvió los cabellos y dio una caricia al gato.

—Me juré a mí mismo que no olvidaría quién era y de dónde venía…

Yo pensé en la visita al crucero y a sus tumbas en el alfoz de la torre de San Paio.

—… Le juré a Guy de Tarba que volvería y que me encargaría de que a Egeria no le faltase de nada, y…

Calló un momento.

—… y que supiera que lo sentía…

Comprendí sus palabras del día anterior, lo que había visto en sus ojos cuando hablaba con Almodís. Y reparé una vez más en la bolsa repleta de perlas que seguía donde había quedado, sin que nadie, aparte del gato, le hubiera hecho caso.

—… Y le juré a mi padre que lo vengaría.

Recuerdo. Redención. Muerte.

Tres juramentos.

Eso era lo que había dicho junto al crucero.

—¿Vas a matarlo? —le pregunté por impulso.

Antes de que Laín pudiera contestar, lo hizo Almodís:

—Eso no va a traer a mi padre de vuelta —se apresuró a decir—. No te va a devolver lo que perdiste —aseguró en tono calmo.

Recuerdo bien que él la miró con aquellos ojos que parecían cinceles capaces de labrar piedra. Ojos que eran una helada arrasando la cosecha.

—Voy a matarlos a todos —respondió en tono firme.

—¿A todos? —salté yo, comido por la curiosidad—, ¿a quién?

Pero él no me contestó y ella volvió a intervenir:

—Escúchame —le dijo mientras se acercaba hasta donde él se había sentado—. No sigas castigándote. —Y yo supe que no hablaba de condenar su alma a ojos de la Iglesia—. Has vuelto, vive tu propia vida. No dejes que el pasado te venza, eso fue…

Almodís necesitó un instante para continuar.

—Eso fue lo que le pasó a mi padre y murió lejos, sin que yo pudiera conocerle.

Negó Laín con fuerza, sacudiendo el mentón.

—No merece la pena —insistió ella—, nada volverá a ser lo que fue. Recuerda lo que te dijo antes de morir, que lamentaba…, que se arrepentía…

Con calma, sin aspavientos, él se levantó. Recogió el capote.

—Úsalas como más te convenga —dijo señalando la bolsa con las perlas—, tuyas son.

Se fue al establo y preparó la yegua, en tanto en el rostro de Almodís se veía una tristeza que rampaba con crueldad. Y yo, que no sabía qué hacer, me di cuenta de que

se me acababa el tiempo. Él se disponía a marcharse.

—Sólo te pido que guardes el secreto hasta mañana —le dijo encarando la puerta con las riendas en la mano—. Después de esta noche puedes contárselo al sayón, al obispo o al veguer. Para entonces ya me habré marchado y poco importará que me busquen.

Y salió sin mirar atrás.

Finalmente, la idea de que se iba y se escapaba mi historia caló. A toda prisa, abandoné el cuenco de caldo, salí corriendo —no pisé al gato de puro milagro— y recogí a mi mula echando vistazos por la puerta que daba a la calle, mientras lo veía alejarse.

Antes de salir yo también la miré una última vez. Parecía una virgen en un retablo. Tan triste que sólo podía ser una piedad.

Toda aquella sangre. Por el amor del cielo.

No fue la primera vez en mi vida en la que mi bocaza me traía perdiciones, pero fue la última. Lo juro por lo más sagrado. Aquella madrugada aprendí la lección.

Pese a todas mis noches de ronda, nunca había visto algo así. Me asusté. Y, para mi vergüenza, por desgracia, he de reconocer que el miedo que sentí fue, más que nada, por temor a perder mi historia.

Ya lo he mencionado antes, no soy un santo. Menos aún en aquellos años en los que la lujuria y la codicia me podían.

Temía perder mi historia.

Pero me estoy adelantando una vez más.

Salió mal.

Si los caminos de nuestro buen Señor son tortuosos, mucho más lo son los del mismo diablo.

No pudo resultar peor. Y la culpa fue mía.

Nos alejamos de la botica y, antes de doblar la esquina de la rúa Nova, eché un último vistazo atrás, pero ella no se había acercado al umbral para vernos marchar. Nos dejó ir sin despedirse.

Y él no me dijo una palabra en toda aquella tarde, sólo me obligó a seguirlo mientras callejeamos por Compostela.

Hasta horas después, cuando llegó la noche, no supimos que ésa fue nuestra condena, porque en tanto deambulábamos mis palabras nos alcanzaron.

Fue culpa mía.

Tras mucho merodear, abandonamos Compostela por la puerta de la Trinidad, la que lleva a Finisterra. Nos alejamos hacia poniente junto a quienes marchaban de la villa después de haber hecho negocio en los mercados, y continuamos hasta que encontramos un recodo en el camino por el que nos adentramos en el bosque. En un claro pisoteado, aguardamos a que cayera la noche sin otra palabra que las de la piedra de amolar afinando el hierro de la espada.

Para cuando pasaba de nona, yo no podía aguantar más. Era incapaz siquiera de sacarle unas notas a mi cítola, estaba demasiado intranquilo. Y a Laín le había dado tiempo a afilar incluso sus dos puñales, aceitar los filos y repasar hasta el último de los aros de su cota. Así que le pregunté qué pensaba hacer. Cómo iba a hacerlo. A quién más pensaba matar además de a Fruela.

Pero no dijo nada. Miró hacia el sol poniente y se levantó. En un santiamén estaba sobre su yegua, de vuelta a Compostela.

Y supongo que, de no ser por lo que le rondaba por la cabeza, se hubiera dado cuenta de que nos seguían. Pero no lo advirtió, y yo tampoco, que aquéllos no eran menesteres de un pobre trovador como yo.

Empezó a llover de nuevo, con fuerza. El agua caía con el ímpetu de haberse estado reservando desde el orvallo del día anterior. Pronto quedó todo anegado. Las piedras de Compostela lloraban. Por los adoquines de las calles había escorrentías

que se llevaban los meados de los perros y las bostas de las caballerizas.

No tardamos mucho en acabar empapados.

El chivatazo de La Guyenne nos llevó hasta una de las esquinas del palacio que se construyera el obispo Gelmírez.

Y resultó que la pista que saliera de aquel antro era cierta.

Para bien entrada la noche ya estábamos tan mojados como náufragos. Y, a esas horas de vigilia en las que los monjes de san Martín Pinario estarían cantando sus oficios, apareció un grupo. Tres que venían de la rúa Maior. Vestían capas amplias y se oía el tintineo de sus armas mientras caminaban. Uno de ellos silbaba con tino una canción marinera que yo conocía bien de los muelles de Vigo.

No cabía duda de que iban camino del palacio, que en aquel entonces ocupaba el prelado Juan. No sé qué negocios los llevaban allí a aquellas horas intempestivas, pero era fácil oler que nada bueno. Bastaba verlos.

A mí se me aferraron los nervios al espinazo. Era la primera vez en mi vida en la que, en lugar de alejarme de una pelea, me iba a meter en ella de cabeza. Me bastó ver que Laín desenvainaba para saber que se avecinaban problemas que me quedaban grandes.

No hubo preámbulos.

Salió de la esquina desde donde espiábamos y se plantó en la calle, bajo la lluvia. Yo asomé los hocicos a tiempo de ver cómo los otros se detenían y llevaban la mano a los hierros. Al abrirse las capas, me fijé en que dos de ellos vestían el sayo de los sargentos templarios.

—¿Me recuerdas? —preguntó Laín aferrando su propia espada.

Los tres jaques echaron las capuchas atrás.

La sorpresa apenas duró. Se la llevó la lluvia. Todos tenían el colmillo retorcido por lances similares, y no perdieron el tiempo.

En el medio, mandándolos, estaba Fruela Rodríguez, hijo del señor de la torre de San Paio. Lo reconocí de inmediato. Se daban un aire los dos; era casi tan alto como el propio Laín, algo más espigado y con un rostro fino y hermoso que yo envidié al instante. Era de esas caras que levantan las faldas y bajan los escotes. A un lado, el que dejó de silbar no podía ser otro que el alcarreño Berenguer Baños; grueso y con aires de leño recién cortado, las grasas se le apelotonaban en el cuello como una bufanda. Al otro lado, también con el sayo negro y la cruz encarnada cosida, el último, del que nunca supe el nombre. También se lo llevó la lluvia.

—Traicionaste a padre —anunció Laín con una voz que fue apenas un susurro por encima del rumor del aguacero.

Todo eran sombras. La calle semejaba carbones apagados. De poco servía la luna en aquella madrugada cubierta de nubes negras. No había cerca postigos abiertos, ni luces de candil que se colaran por las rendijas de alguna puerta.

Estaban ellos cuatro, tres a uno. Estaba la noche oscura. Y yo para contarlo. Nada más.

—Chico —saltó el alcarreño Baños con una voz que sonó a óxido—, saliste con vida de ultramar, ¿quién lo hubiera dicho? Tantas leguas de viaje para que te saque las tripas al aire a dos pasos de casa. Debiste quedarte allí —le dijo apuntándolo con su espada.

Laín dio un paso hacia ellos. Sólo miraba a su hermanastro. La punta de su propio hierro rozaba los adoquines empapados, dejaba en el aire un chirrido que daba dentera.

—Traicionaste a padre, y a ti mismo. En San Paio la gente pasa hambre y, mientras los tuyos se mueren cada invierno, tú te enriqueces con tratos sucios en compañía de estos malnacidos. Eres una desgracia para tu casa. Has olvidado el rostro de tu padre.

El señorío había visto tiempos mejores, de eso no cabía duda. En el poco tiempo que pasé en el alfoz de la torre, se advertía que era aquél un lugar donde los impuestos ahogaban y el hambre sobraba. Pero Fruela siguió callado. Era Berenguer Baños el que tenía mucho que decir.

—Debiste dejar que te matasen los moros, como a ese gascón de mierda. Ahora será peor. —El desprecio pesaba en cada palabra; el alcarreño escupía su discurso—. Nos hicisteis perder una fortuna cuando os escabullisteis en Acre. Y no sirvió de nada, otros se hicieron con el premio. —Aquella confesión me hizo preguntarme por el asunto de los maderos de la vera cruz de los que Guy de Tarba sabía, pero no tuve tiempo de pensar en ello—. Aunque me alegro de que hayas aparecido. Te la tenía jurada y la pagarás.

Laín hizo caso omiso.

—He venido a buscarte para cumplir mi palabra —anunció mirando fijamente a su hermanastro—. Reza lo que sepas, porque será la última vez que lo hagas.

Entonces Fruela reaccionó. No me hizo falta más luz de la que había. En su rostro brillaba la sed de sangre.

—Bastardo.

Fue odio en un susurro al compás de la lluvia.

Y la lluvia arreció. Dio la impresión de que, igual que hacía con la mierda de caballo, quería lavar Compostela de aquel rencor que crispaba la noche.

—Eres tan iluso como padre —dijo Fruela—. Y de nada servirá la embajada, ya hemos hecho tratos con el obispo y llegará hasta el Papa. Nos pagarán bien la información. Ricardo ya va camino de Aquisgrán. Ya está hecho. No puedes impedir nada. Nos ganaron por la mano para conseguir los maderos, pero la información vale casi lo mismo. Y ya se ha vendido —aclaró señalando al palacio del obispo.

Yo quería seguir escuchando. Demonios, quería hacerles preguntas, saber qué había sido de las reliquias, qué bando del Temple las había conseguido y por qué. Quería conocer hasta el último detalle de la historia que pensaba contar. Pero ellos no tenían ánimo de colaborar. Sólo pensaban en matarse.

—Eres un imbécil y un bastardo —insistió Fruela—, un maldito bastardo. ¡Tu

madre era una fulana!, una cualquiera que se dejó preñar —echaba espumarajos por la boca igual que un perro—. ¡Y tú no eres más que un bastardo! No hay nada que puedas hacer ya.

Ni por un solo instante me pareció que la voluntad de Laín flaquease. No vaciló lo más mínimo.

—Ya es tarde —porfió Fruela—. Nos ganaron una batalla, pero no ganarán la guerra. Y yo tendré el beneplácito del mismo Papa. En cuanto acabe contigo, bastardo, recibiré lo que merezco, ¡todo lo que merezco! Eres un iluso si crees lo contrario. Morirás, Afonso caerá, Ricardo se coronará y Roma me pagará. Cobraré lo que se me debe.

Respiró, acalorado, después de verter todo aquello, y añadió una cosa más:

—¡Voy a matarte!

—Adelante —le respondió su medio hermano.

Y se echó al frente levantando la espada.

Yo permanecí a resguardo en mi esquina, apoyando las manos en la cantonera de granito, asomando la cabeza nada más. Laín no parecía rezar; yo sí, para que no me vieran.

Seguía lloviendo, con fuerza.

A mí empezaron a castañetearme los dientes. Estaba muerto de frío, pero a los otros tres y a Laín no les afectó la madrugada o la lluvia. En un abrir y cerrar de ojos empezaron a volar los mandobles y las espadas entrechocaron. Sonaban a campana repicando, como la llamada a difuntos de una vieja iglesia.

Me pareció grandioso. Allí había versos que merecían la pena. El resonar de los metales se abría paso en el rumor del aguacero. El héroe pródigo saldaba viejas deudas. La traición de su hermano. La alianza de sus enemigos. Tenía que ser muy torpe para no componer una buena historia con todos aquellos mimbres. Claro que no tenía idea de que estaba a un tris de convertirse en tragedia.

No estábamos solos. Y yo andaba tan abstraído imaginando los versos que compondría…

Me tomaron por sorpresa.

De improviso, unas manos de hierro me arrancaron de la esquina.

—Bienaventurados los ojos, pescadito.

Entonces sí que tuve frío. Más frío que nunca antes en mi vida. El agua que empapaba mis pelos se coló por el cogote y se escurrió hasta la rabadilla. Pero ésa no fue la causa de que se me encogiera la hombría: fue mi miedo.

Y había sido mi miedo el culpable. Aquel día en el que acabé colgado como una chacina, aquel día yo les había dicho a aquellos malparidos que iba camino a Compostela. Una más de mis muchas mentiras; sólo otra más en la larga cadena que llevaba por penitencia. Cómo iba a saber yo que acabaría precisamente en la villa de Santiago. Lo había dicho para evitar reconocer que había escapado de los muelles de Vigo con la honra de una casada y un puñado de deudas. Podía argüir mil excusas, pero lo había hecho, se lo había dicho. Y ahora ellos estaban allí.

—Al fin te encontramos. —Era la voz del bizco Julián.

Y no faltaba ninguno, porque escuché el gruñido de oso del tal Perico. Y el filo que me apoyaron en los riñones tenía que ser del otro tipejo. Seguro que nos habían avistado durante la tarde mientras callejeábamos sin rumbo fijo.

Probablemente habían estado esperando el momento oportuno. La noche siempre ha sido cómplice de tropelías y mi compañero de viaje estaba demasiado ocupado para ayudarme. Eligieron bien los malparidos.

—Pescadito, el Tres Cantos va a saltar de alegría con el regalo que le llevaremos —oí que decía el barbudo, al tiempo que la hoja de mis riñones se apretaba contra mis carnes tiernas.

Se oyó un grito ahogado a la vuelta de la esquina. Alguien había tragado hierro hasta las entrañas y la refriega empezaba a decantarse, pero yo no podía saber qué estaba pasando.

—Vámonos ya —sugirió el que empuñaba la daga que amenazaba mis cuadriles —. ¡Átalo!, y nos lo llevamos adonde convenga.

La pelea seguía unos pasos más allá. Por encima de la lluvia se oían los gruñidos, las maldiciones y el trabajo del metal, como en la forja de un herrero martillando.

—Espera —intervino el tal Perico, demostrando que no era mudo—. Quiero ver si lo matan.

—Es buena idea —dijo Julián—. Fue tu amigo el que nos zurró la badana el otro día. Puede que tengamos oportunidad de rematarlo —añadió con ilusión.

Yo intenté hablar, pero la daga apretó más y el dolor me hizo callar. Pude sentir algo nuevo y cálido escurriéndose por mi piel. Estaba sangrando.

Entonces el tal Perico, que era como un oso antes de echarse a dormir para el invierno, me sujetó por el pescuezo con una de sus manazas y me obligó a moverme con él hacia la esquina. Y fue mejor así, porque si hubieran llegado a atarme no sé cómo hubiera salido de aquel entuerto.

Se conocía que tenían ganas de revancha y, a empujones, doblamos la esquina para ver el espectáculo.

Fruela y el otro sargento yacían en el suelo. Sólo quedaba en pie el alcarreño y, para mi desgracia, parecía llevar las de ganar.

Yo había alimentado la loca esperanza de que, una vez despachados aquellos indeseables, Laín acudiera a rescatarme. Pero pintaban negras.

Estaba herido. En algún momento, mientras a mí me exprimían a la vuelta de la esquina, alguno de los tres que se había echado a la cara había logrado hacerle daño. Cojeaba. Llevaba un tajo en la pantorrilla y más de un golpe.

La lluvia no cejó, pero las nubes se abrieron y la luna vertió su luz. Cientos de abalorios brillaron en el granito de los sillares. Los edificios se cernían sobre los dos combatientes. Las sombras se alargaron a sus pies, dispuestas a bailar con la muerte en el filo del acero. La noche ya no era de carbón, se había vuelto de plata y pintaba sus siluetas. Se rondaban el uno al otro en un círculo. Indecisos.

El robusto alcarreño se había llevado lo suyo. Tenía el brazo izquierdo inútil y había perdido la espada. Pero en la mano buena balanceaba un mangual, un arma terrible, con la cadena muy larga y una bola erizada que parecía pesar como un becerro. Daba pavor mirarla. Y, cuando vi a Laín agarrarse el costado, imaginé que aquel diabólico instrumento le había desbaratado el costillar en algún momento.

—Te voy a abrir la sesera —amenazó Baños sin detenerse.

No creo que ninguno de los dos se diera cuenta de que habíamos aparecido por la esquina.

Laín no dijo nada, giró el rostro y escupió lo que no podía ser otra cosa que un gargajo de sangre. Él tampoco se detuvo.

Giraban, como unidos por los radios de una rueda. Y estuvieron así un rato más. Ambos maltrechos, les costaba decidir quién sería el primero en atreverse a acortar la guardia. Los dos eran conscientes de que un error acabaría con su vida.

—Vamos, chico —lo instó Baños, burlón—, o es que te falta cuajo… ¿No te atreves?

Yo no apoyaba en los adoquines mojados más que la punta de los dedos de los pies. Estaba empapado, pero tenía la boca seca. Y me costaba llenar el buche de aire,

porque la mano de Perico me sujetaba como si tuviera la intención de desnucarme igual que a un pollo. Y entre los otros, empezaron enseguida a cuchichear, haciendo cábalas sobre cómo se sucedería el combate.

Al final, comprendiendo que podían eternizarse en aquel girar y girar, se detuvieron. Como moviéndose en lodo espeso. Muy despacio. Y a mis espaldas calló toda la palabrería, porque todos supimos que era aquél el instante definitivo.

En el telón del agua, los veía de perfil, mirándose el uno al otro. Las sombras pintaban líneas oscuras en las mejillas, el pescuezo y las narices. Sus rostros recordaban a calaveras y a mi cabeza acudieron historias de ánimas en pena, vagando sin rumbo noche tras noche para cumplir su condena.

Laín volvió a escupir, alzó un hombro para estirar el costado herido, acomodó los pies y se preparó para el final. El alcarreño hizo lo propio.

—¿Qué, chico, te has decidido? ¿Ya te has puesto a bien con Dios?

No le contestó. Sólo asintió con un gesto rotundo. Y, como una exhalación, dio tres zancadas al frente, cortando por la mitad la distancia que los separaba.

Con una agilidad sorprendente para alguien con aquellas gorduras, Baños reaccionó haciéndose a un lado y levantando el mangual en un arco pesado.

La bola atravesada de púas ganó una velocidad endemoniada. Silbaba cortando el aire. Y eso era lo que Laín debía haber estado esperando, porque dio la vuelta sobre sí mismo acercándose hacia el alcarreño, muy dentro del alcance del mangual.

La pesada cabeza con pinchos cayó en el empedrado con un trallazo. Chispas salieron disparadas en todas direcciones, esquirlas de piedra saltaron, la cadena tintineó sobre los adoquines. Y Baños estuvo rápido, pues, antes incluso de que las centellas se apagasen, ya había empezado a recoger.

Sigo convencido de que sabía lo que se le venía encima, pero no se rindió. Intentó lanzar otro ataque, incluso a pesar de que Laín estaba tan cerca de él como para que tuviera que usar el mangual igual que una porra, con el brazo recogido y empuñándolo por la misma cadena.

Lo intentó. No tuvo tiempo. Antes de que la bola pudiera coger otra vez impulso, Laín había completado su vuelta y, usando la mano izquierda para asegurar el pomo de la espada, hundió el hierro en la papada del alcarreño.

El puño de Berenguer Baños quedó firme durante un suspiro, con el cabo del mangual prieto entre los dedos. Entonces Laín hizo girar la espada y el alcarreño se desmontó como un espantapájaros.

Se había terminado y Laín, exhausto, cayó de rodillas.

—¡Es nuestro! —gritó Julián, lanzándose hacia delante.

Se quedó conmigo el oso de Perico, que no estaba dispuesto a soltarme, y los otros se abalanzaron sobre Laín.

Aunque el problema no fue despacharlos, pese a las heridas y al costado maltrecho.

El mal llegó después.

Maltrecho como estaba, dolorido, bulléndole en la cabeza cuanto se traía entre manos, parecía presa fácil. Pero Laín no tuvo que esforzarse mucho para acabar con aquellos jaques.

No eran hombres dedicados a la guerra, sólo matones de tres al cuarto que habían hecho porvenir cobrando deudas en los atracaderos de Vigo. Una mano le hubiera bastado para despacharlos.

Cuando se le acercaron a toda prisa, lo vi renegar con aires cansinos, harto. No les dijo nada, ni siquiera los conminó a olvidarse de aquel asunto. Sólo se dejó llevar por sus años de experiencia, por cuanto había aprendido arriesgando el gaznate en correrías por miles de leguas.

En la primera embestida, el brazo de Julián Núñez acabó en el suelo de un tajo limpio, y a los otros dos los ensartó sin más dificultades.

En apenas un suspiro, ya sólo quedaba Perico, que seguía agarrándome del pescuezo, mientras que yo no tenía otra que mantenerme de puntillas para respirar malamente.

Se volvió hacia nosotros y levantó la espada hasta que apuntó por encima de mi hombro, hacia mi captor. Era una advertencia clara. Y yo me sentí aliviado de inmediato. Parecía que, una vez más, iba a salir del lío con el pellejo entero.

Lo recuerdo bien. Con los años, mi memoria se ha hecho frágil. Me cuesta acordarme de lo que pasó ayer, o anteayer. Diantres, me cuesta acordarme de lo que pasó esta mañana en el refectorio, pero no olvido aquellos años, aquellos días. Aquella noche de lluvia en Compostela sigue viva, brillando como fuego.

Al norte de la catedral estaba el palacio de Gelmírez y el mercado que usaban los peregrinos, al que llamaban «del Paraíso»; entremedias, rodeando la inmensa iglesia, unas pocas calles que iban y venían a la sombra de aquellos grandes edificios. Era una barriada pequeña, apretada entre la seo y las antiguas murallas. Algunos la llamaban Sofrades, que era también como le decían a la puerta que daba, precisamente, al monasterio de los frades de San Martín Pinario.

Y allí estábamos. A la vuelta de una esquina hecha de granitos viejos. La lluvia volvió a arreciar. Se levantó un viento que aulló en los callejones.

Mal sembrados a su alrededor estaban los cuerpos, sobre las losas cubiertas de agua. Él, en pie, amenazaba con su espada.

Yo sentía la garra de Perico apretándome el gaznate. Y, justo cuando había empezado a alimentar esperanzas de que Laín me sacaría de allí entero, lo vi.

A sus espaldas, uno de los muertos se movió.

Al principio pensé que era sólo un estertor, quizás un último acto de contrición piadosa ante la agonía de la muerte. Pero entonces la mano del cadáver buscó el pomo de una espada que había cerca, empapada en las piedras bañadas de agua.

Cuando el muerto aferró el arma, no sólo yo me di cuenta de lo que pretendía, también Perico, que gruñó, apretó su presa y dio un paso atrás, tentando a Laín.

Fue una danza. Él, con la espada en alto, también avanzó y, en su expresión, se

advertía que no le quedaba paciencia.

—Suéltalo —dijo—, suéltalo y marcha en paz.

Entonces fue cuando intenté avisarle. Y Perico tendió su trampa. Dio otro paso atrás, arrastrándome. Apretó aún más, haciendo que cada vez que yo respiraba me saliera de la gorja un silbido angustioso.

Forcejeé para zafarme, pero el antebrazo de aquel oso era como hierro forjado; de nada servían mis golpes y mis arañazos y no era capaz de gritar para advertir a Laín. Intenté señalar con mi mano temblorosa, pero no funcionó.

Me vio, pero debió tomarlo como súplica, como la de un mendigo pidiendo limosna.

Intenté gritar otra vez. Fui incapaz.

Perico lo veía tan bien como yo. Estaba intentando atraer a Laín, encelarlo, darle una oportunidad al otro, que ya se había puesto a gatas, con la espada en la mano.

Era Fruela. No estaba muerto.

Yo hacía cuantos aspavientos podía, intentaba gritar, pero nada funcionaba. La lluvia, la engañifa de Perico, que seguía retrocediendo, quizá también su cansancio y sus heridas… Laín no se percató de que su enemigo se preparaba para atacarle por la espalda.

Propio de aquel hideputa cobarde y malparido.

También estaba herido, sangre oscura, negra en aquella penumbra, manaba de un tajo que le había atravesado las entrañas, y la lluvia se la llevaba como queriendo limpiar la ofensa. Pero el odio le daba ánimos. Fruela se tambaleó, logró afianzar los pies, equilibró la espada en su mano y dio un paso más hacia las espaldas de Laín.

Por primera vez en mi vida reuní el valor de hacer algo más que quejarme de mi mala suerte. Lo juro. Y no en vano. Sentí la obligación de hacer algo para evitar la desgracia. Sentí el peso de la conciencia.

Un hierro afilado apuntaba ya hacia el cuello de Laín y, no sé de dónde, lo juro por lo más sagrado, no lo sé, pero saqué fuerzas de flaqueza.

Levanté el pie derecho tan arriba como pude, y descargué, con toda mi alma, un pisotón en los juanetes de Perico.

Era un tipo enorme, baqueteado por cientos de peleas de taberna, y seguro que no le hizo mucho daño, pero lo tomó por sorpresa. Soltó un alarido y su brazo se relajó.

—¡Detrás de ti! —ronco, grité a todo pulmón mientras me revolvía para escapar.

Me dolió en el alma hacer algo así, pero no pude evitarlo; al escabullirme me di la vuelta y, con el acierto que da la costumbre, cogí la cítola que llevaba al hombro.

Qué pena. Me había acompañado muchos años y con ella había compuesto muchas tonadas.

Se la estampé a Perico en los morros. Y me dolió tanto a mí como a él. Sonaron por última vez las cuerdas al desaparejarse, como maullidos lastimeros. Saltaron astillas, se quebró el mástil. Y yo volví a gritar.

—¡Cuidado! ¡A tu espalda!

No sé qué hubiera pasado si yo no hubiera encontrado mis agallas. Mientras Perico se tambaleaba, acusando el golpe con el que yo había destrozado mi querida cítola, tuve tiempo de ver cómo Laín recibía en el hombro el tajo que iba para su cuello. Cayó de rodillas y temí que Fruela tuviera tiempo de intentarlo de nuevo. Pero yo tampoco tenía ocasión que perder. Las maderas de mi pobre cítola no eran rival para el gigante Perico y me escurrí como pude hasta una daga perdida que había visto brillar en el suelo. Dispuesto a seguir peleando con mi valor recién descubierto.

De no ser porque llevaba de ventaja el golpe de la cítola, no hubiera podido hacerme con él.

La suerte me acompañó y, cuando echaba los brazos hacia delante para atraparme en un abrazo con el que me hubiera quebrado el espinazo, aproveché la diferencia de estaturas. Le clavé el puñal en el sobaco y, en cuanto lo retiré, salió tanta sangre como jamás había visto en mi vida. A borbotones, tan rápido que su rostro congestionado se volvió ceniciento.

Aquel matasiete de Perico, de poco seso y mucho tiro, es el único hombre al que he quitado la vida. Y, pese a haberme confesado y haber sido absuelto, sigo sintiendo remordimientos. La excusa de saber que no tenía otro remedio, que luchaba por mi vida, nunca me ha servido de consuelo. Yo lo maté, y el peso de ese pecado atroz es el que me ha terminado llevando a este monasterio de Carboeiro desde el que, muerto el rey Afonso, cumplo por fin mi palabra y escribo la historia que viví junto a Laín de San Paio.

Tan terrible es quitar una vida que nunca he podido comprender cómo los caballeros, los soldados y los hombres de la guerra pueden siquiera conciliar el sueño. Cuántos tormentos y pesadillas deben perseguirles cada noche.

Perico se derrumbó sin decir una sola palabra, mirándome con aquellos ojos grandes y oscuros.

Cuando me pude dar la vuelta, descubrí a los dos hermanos tendidos en el suelo anegado. Y yo temí que ambos estuvieran muertos.

Dentro de mí sentí el impulso irrefrenable de salir por piernas, de alejarme de aquel desaguisado y no volver la vista atrás. Bien sabe el Señor que siempre he huido de los problemas. Y la tentación fue grande.

Ninguno de los dos se movía. Parecía que tampoco respiraban.

Una parte de mí quería marcharse a toda prisa y olvidar aquel condenado asunto para siempre.

—¿Cómo demonios he acabado yo metido en esto?

Me lo pregunté a mí mismo y no supe responderme. En cualquier momento vendrían los guardias del obispado o algún caballero. Acabaría preso o muerto. Nadie iba a creer a un pobre trovador.

—Las buenas mujeres y las buenas historias…

Tomé la decisión de inmediato.

—A tomar viento…

Pero no pude hacerlo. Uno de ellos se movió con un lamento. Seguía vivo. Y, por primera vez en mi vida, hice lo correcto.

Cuanto más se negaba, más bella me parecía.

Sacudía su cabeza y repetía una y otra vez:

—No, imposible, ni hablar, no, no. No.

En algún momento de aquella retahíla yo solté mi primer estornudo y aquello pareció preocuparla, porque me miró con ojos llenos de conmiseración.

—¡No! —repitió con firmeza, recomponiéndose.

Y me cerró la puerta en las narices, dejándome abandonado bajo la lluvia, cubierto de frío, estornudando.

Laín había levantado su mano hacia mí. Estaba vivo.

Resultó evidente que lo mío no era la guerra: por segunda vez aquella noche había dado por muerto a quien no lo estaba.

Yo no reaccioné hasta que intentó incorporarse. Había recibido otra herida en el pecho, tenía la mitad de la cara magullada por algún codazo y aferraba la espada en la mano izquierda con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Era el hierro de Guy de Tarba, el mismo que había recuperado en Alamut rebuscando entre las cenizas después de que los mogoles arrasaran el lugar.

La sujetaba como si fuera la soga que lo unía a la vida que le quedaba.

Estaba vivo, pero se moría. No me cupo duda.

Por unos instantes sentí la imperiosa necesidad de lavarme las manos como el mismo Pilatos. Era mucho más fácil salir corriendo. Sin embargo, igual que había encontrado los redaños para enfrentarme a Perico, en algún lugar desconocido de mis tripas surgió la conciencia.

Lo malo fue que pensarlo era muy distinto a hacerlo. Laín me sacaba más de dos palmos, y yo pesaba tanto como una sola de sus piernas. Peor aún con el sayo empapado, la cota de maya, las armas y toda la pena que cargaba. Cuando intenté alzarlo, fue imposible.

Fue entonces cuando apareció la yegua. De la mula nunca más se volvió a saber; probablemente salió espantada y terminó por encontrar una esquina donde vaciar el vientre podrido que tenía. Pero la yegua se acercó a su jinete haciendo sonar los cascos en la piedra. Resoplaba por los ollares y traía la cabeza gacha, arrastrando las riendas por charcos en los que la lluvia pintaba espirales. No se dignó a mirarme siquiera y olisqueó el pecho de Laín sin asustarse por el tufo de la sangre.

El agua le caía por las crines y le deslustraba el manto, pero lo que daba pena eran los ojos, en los que se veía el miedo que sentía por la pobre condición de su amo. Laín volvió a levantar la mano y le acarició la frente, y ella resopló con calidez.

Entonces tuve la idea.

—Tú me ayudarás —hablé a la yegua.

Ella tirando, yo empujando y Laín amarrado a las riendas. Tras mucho porfiar, conseguimos ponerlo en pie y luego, tras otra tanda de resoplidos y, gracias a que el animal aguantó en el sitio con paciencia y entendimiento, se consiguió echarlo encima de la silla como un fardo.

Después vino la decisión que tomar.

Y lo único que se me ocurrió fue presentarme en aquella puerta de la botica, la que acababan de cerrarme en las narices.

Seguía lloviendo, porque en Compostela, cuando no orvalla, es que diluvia, y yo estaba allí parado, sin saber qué hacer, estornudando y sintiendo las primeras fiebres subirme desde la riñonada. Él estaba herido, yo enfermo. La fortuna que cargaba, la que había recuperado de Alamut junto con la espada, se la había regalado a ella y no teníamos un mísero cobre.

Estaba empezando a arrepentirme de haber obrado de buena conciencia cuando la puerta se abrió otra vez y, de nuevo, asomó la luz de un candil.

—¿Y la mula? —preguntó Almodís.

—Cagándose por alguna esquina —respondí atontado.

Vi más luz en su rostro al sonreír que la que había en aquel pobre fanal de grasa rancia que ardía lastimero.

—Pasa —me dijo sin más, recogiéndose un mechón caído detrás de la oreja.

Crucé el umbral echando un último vistazo a la espalda. Por puro milagro no vi a ninguno de los hombres del obispo. Estábamos a salvo.

A partir de entonces, loado sea el Señor misericordioso, ella se hizo cargo de todo.

Arrimó leña al fuego, puso agua a hervir, sacó trapos limpios, aguja e hilo de sutura, preparó tinturas y emplastos, y sólo me obligó a seguir entero para que la ayudase a desvestir a Laín.

Recuerdo que la cabeza ya no me regía como era debido. Entre los estornudos y la fiebre galopante, apenas me tenía en pie. Sin embargo, a mí se me encogió el corazón y a ella se le escapó un suspiro cuando vimos las cicatrices.

No tenía aún treinta años, y además de los requiebros de sus músculos, tenía la piel cubierta de cicatrices. La vida lo había hecho viejo antes de tiempo.

Lo tumbamos junto al fuego del hogar y el gato vino enseguida a hacerle arrumacos. Él estaba ido.

Me dio una infusión amarga, me dijo que me sacara la ropa empapada y que usara una vieja manta de lana para taparme.

Me durmieron las fiebres y, antes de ponerme a soñar con la fama que lograría gracias a aquella historia, lo último que vi fue a Almodís remendando las heridas de Laín al contraluz del fuego.

Hace ya muchos años que no bebo otro vino que no sea el dulce de la misa, pero en mi alocada juventud pasé por más de una buena borrachera, de esas que le dan a uno fuerzas de mentira y voluntad firme como grasa caliente. Así me sentí por unos días.

Las fiebres me consumieron. Tosía, estornudaba, dormitaba. De tanto en tanto sorbía caldos que ella me ofrecía con paciencia y, cuando podía, echaba un vistazo al otro paciente de la botica.

Estaba peor que yo. Mucho peor.

Todo magullado. Apenas consciente. Las heridas enrojecidas abultaban los puntos, cosidos con largos cabellos de las muchachas de mala vida que ejercían cerca de la puerta de Mazarelos, pues, cuando les faltaban clientes, vendían mechones a boticarios y cirujanos para que remendasen a los cristianos que peleaban con el moro en el sur.

Recuerdo bien que todo olía a ajo y a romero porque, machacados con unto de ciervo, de eso estaban hechos los emplastos que Almodís usaba para luchar contra la muerte, que campaba por la casa esperando su oportunidad de llevarse al bastardo de San Paio.

No sé cuántos días pasé en aquel duermevela inquieto y bochornoso de las fiebres, y tampoco le pregunté. Pero cuando una noche desperté sintiéndome con nervio para incorporarme, me la encontré allí. No nos había abandonado ni un solo instante; quién sabe por mor de qué lealtades. Estaba sentada en un taburete y le cambiaba los trapos empapados de la frente, los que usaba para combatir las calenturas que, también a él, le estaban royendo las carnes.

—¿Estás mejor?

Mi cabeza seguía sin regirme como Dios manda, pero sentía en el cuerpo que las fuerzas habían regresado, al menos en parte. Iba camino de salir del trance.

—Creo que sí.

Recuerdo que tenía la boca como si hubiera metido la lengua en cera de abeja derretida.

—Cambia las compresas cuando se calienten y, si despierta, intenta que coma algo de caldo —añadió señalando el pote junto a las brasas—. Yo voy a descansar un poco.

Ni las ojeras ni el mal color la estropeaban en lo más mínimo. Pero no tenía yo el cuerpo para galanteos y asentí levantándome.

Ella se arrebujó en el mantón que tenía echado sobre los hombros y nos dejó a Lisco y a mí la tarea de velar por Laín.

Una parte de mí volvió a gritarme que debía marchar, que ya tenía lo que buscaba. Mi historia. Una buena historia. Sin embargo, inexplicablemente, había nacido en mí la necesidad de comportarme como era debido.

Ahora que los años me han regalado juicio me doy cuenta. De no ser porque aquel encapuchado apareció para salvarme de los matones del *Tres Cantos*, me hubiera acabado condenando a los infiernos. Hasta entonces la mía había sido una

vida descarriada y mísera, llena de pecado, vacía de arrepentimiento.

Menos mal que la providencia me dio otra oportunidad.

Pasé una larga noche cambiando las compresas por otras recién remojadas en cuanto el calor que salía de su cuerpo las destemplaba. Sólo se oía su respirar trabajoso, el laborar del fuego en las brasas y, de vez en cuando, un maullido lastimero, al que la yegua contestaba desde los establos con un resoplido.

Fueron pasando los días y yo me recuperé. Gané aplomo y pude dar pequeños paseos por la casa. Los estornudos fueron a menos; la tos se quedó en una molesta carraspera que me dejó la voz ronca. Fue entonces cuando me preocupé por mis habilidades para cantar, y caí dolorosamente en la cuenta de que había perdido para siempre mi cítola.

Me había acompañado tantos años y sería tan difícil reunir vellón suficiente para comprar otra…

En aquellas cuitas estaba unos días después, junto a Laín y al dichoso gato, que no se había separado de él, y, aún sin tener cuerdas que rasgar, empecé a tararear para probar mi voz, que aún sentía quebradiza, con el romance de los infantes.

Saliendo de Canicosa
por el val de Arabiana,
donde don Rodrigo espera
a los hijos de la su hermana,
por campo de Palomares
vio venir muy gran compaña…

Fui entonando con mimo. Aún tenía la garganta rasposa.

… muchas armas reluciendo,
mucha adarga bien labrada,
mucho caballo ligero,
mucha lanza relumbraba,
mucho estandarte y bandera
por los aires revolaba…

Vi que Almodís se paraba en sus tareas. Andaba barriendo con un hatillo de ramas de retama y se detuvo para mirarme. Para mi consuelo, en sus ojos no sólo había sorpresa, sino también encanto. Y descubrí aliviado que la enfermedad no me había robado mi única virtud.

Fue maravilloso verla sonreír de nuevo.

—No, no pares, por favor, nos conviene algo de alegría —me dijo, poniéndose de nuevo a la faena, con la cabeza inclinada para oír mejor.

—¡Mueran, mueran —van diciendo—
los siete infantes de Lara!
¡Venguemos a don Rodrigo,
pues que tiene de ellos saña!
Allí está Nuño Salido,
el ayo que los criara;

Desde que nos había acogido como fugitivos se había mantenido taciturna y seria. Tasaba las palabras y parecía luchar con el impulso de echarnos a patadas de su casa y librarse de todos los problemas. La botica permanecía cerrada, pero yo no creía, y sigo sin creer, que el problema de ella fuera la falta de clientes y de sus dineros. No le gustábamos. Quizá fuera mejor decir que no le gustaba lo que representábamos, o lo que le recordábamos. Y era fácil entenderlo. Laín le traía al presente el fantasma de un padre al que no conoció, de un padre que había abandonado a su familia por culpa de un deber que ella no podía comprender.

Yo cantaba y me iba gustando tanto a mí mismo que ni siquiera me di cuenta de que subía el volumen a medida que ganaba confianza en mi propia voz, aún frágil. Seguía el compás taconeando y movía los dedos como si tuviera la cítola entre mis manos.

… como ve la gran morisma
de esta manera les habla:
—¡Oh los mis amados hijos!
¡Quién vivo no se hallara
por no ver tan gran dolor
como agora se esperaba!
Si no os hubiera criado,

no sintiera tanta rabia;
mas quiéroos tanto, mis hijos,
que se me arrancaba el alma.
¡Ciertamente nuestra muerte
está bien aparejada!

Entonces fue cuando lo vi. Sus ojos, abiertos, eran como esquirlas de pizarra.

—Almodís —dejé de cantar y la llamé, pues era ella quien ejercía de sanadora.

Al notar que callaba ya se había vuelto hacia donde estábamos.

Laín no quedó desconcertado. Como casi todo en la vida, se tomó su despertar con cachazuda resignación. Nos miró, miró en derredor, miró al gato y pidió agua.

Se la dio Almodís, fresca de la fuente que había en la rúa Nova.

Y no fue tan fácil como lo había sido para mí; claro que lo mío era una mojadura y lo suyo tajos, heridas de espada y una golpiza, pero se fue recuperando poco a poco. Cada día permanecía más tiempo despierto y con la cabeza despejada.

Lo que no mejoraba era el humor de Almodís. Yo temía que se hartase de nosotros y nos mandase a tomar viento con dos puntapiés en salva sea la parte.

—En cuanto se tenga en pie, os vais —repetía de tanto en tanto mirándonos muy severa a los dos.

Y Laín ponía toda su voluntad en complacerla, pero la herida de la pierna seguía tierna y sus fuerzas estaban mermadas.

Pese a su convalecer, hablábamos de vez en cuando. Bueno, yo hablaba y él asentía o negaba usando tan pocas palabras que, tal y como me había contado sobre el infante Guy de Tarba, parecía que le salieran caras.

Para cuando el otoño estaba bien asentado y de la calle llegaban noticias de vendimia, yo ya había empezado a componer esta historia y, una tarde, mientras Lisco ronroneaba en su regazo, le hablé de ello.

—Recuerda, no hasta que el rey muera —me insistió—; no puedes contarla antes.

Yo seguía sin entender a qué venía aquel empecinamiento. Afonso, el décimo, llevaba con la corona en la testa unos pocos años por aquel entonces, cuatro o cinco si no recuerdo mal. Era aún hombre joven y fuerte, gallardo. Había ya conquistado Jerez, Morón y Lebrija, aunque los moros seguían resistiendo en el reino de Niebla. Se rumoreaba que tenía el ímpetu de su padre por cruzar el estrecho y conquistar África en una cruzada contra los agarenos.

Además, en esos días se hablaba mucho de los últimos fueros publicados por el rey, de la pobre Cristina de Noruega, a la que había traído para casar con ella, pero que tenía abandonada en algún convento de Burgos. Se comentaba también el asunto de Teobaldo de Navarra, que le había rendido vasallaje a cambio de San Sebastián y Fuenterrabía.

Y, más que de ninguna otra cosa, se charlaba sobre la embajada llegada de Pisa y el asunto del trono imperial. Muchos mentideros aseguraban ya que la cosa estaba hecha, que nuestro rey Afonso iba a llevarse la corona del Sacro Imperio Germánico.

Vamos, que le faltaban años de quehaceres terrenales al rey Afonso antes de verse la cara con san Pedro a las cancelas del cielo. Y yo, tonto de mí, no entendía aquel empecinamiento de Laín. Sin embargo, estaba dispuesto a cumplir mi palabra.

—Descuida, así lo haré —le aseguré con toda honestidad.

Entonces, como todo parecía zanjado, se me ocurrió preguntarle:

—¿Y qué harás tú? Ahora que ya ha terminado todo.

Recuerdo muy bien el escalofrío que me subió por el espinazo cuando se volvió hacia mí. Mirarlo era como mirar una galerna acercarse desde un falucho desvencijado al que se le han caído los remos.

—No ha terminado.

No entendí.

—Pero ya consagraste las tumbas —dije yo, alzando un dedo—, ya diste el recado —continué, alzando dos y señalando con el mentón a Almodís, que nos miraba mientras atendía con el cucharón el pote del trébede—, y acabaste con Fruela —terminé con tres dedos en el aire, como sus juramentos.

Él me miró con aires cansados.

—Fruela no era el único, hay otro.

—¿El templario? ¿Baños? También murió —le dije yo.

Pero él negó e insistió.

—Aún no ha terminado.

Su voz fue un lamento, como el más lúgubre tono de una gaita perdiéndose entre las piedras mojadas de la ciudad.

—Hay algo más que debo contarte…

ESTROFA

XX

PERDER LO ENCONTRADO

«No queda memoria de las cosas pasadas: mas tampoco de las que están por venir habrá memoria entre aquellos que vendrán después al último».

Eclesiastés 1, 11

Al contárselo Kachiun, había pensado que se trataba de una exageración. Pero allí estaba, en la amplia plaza que daba entrada al palacio del kan. El árbol de plata.

Nunca antes y nunca después pisaría Laín un lugar como Qara Qorum. Oyó a dos europeos hablar igual que Guy de Tarba, vio a inconfundibles hebreos, escuchó los regateos de comerciantes musulmanes y pasó junto a iglesias caldeas, sinagogas y mezquitas. La ciudad era un auténtico prodigio, una increíble mixtura de gentes y culturas que parecían convivir en armonía, mercadeando a lo largo de las rutas de las especias y la seda al amparo de la paz que habían instaurado los mogoles.

Las calles, amplias y limpias, los habían llevado con facilidad hasta el corazón mismo del lugar y ahora, asombrado, Laín contemplaba los infinitos detalles que el orfebre había añadido a su obra.

Estaba tan bien hecho que daba la impresión de que las hojas se moverían con tal de que soplara el viento.

El árbol de plata era, sin duda, un auténtico prodigio y también una demostración palpable del poder y la riqueza que los mogoles habían conseguido desde que Gengis despertara a los demonios de la guerra.

—Vamos —lo instó Kachiun con una sonrisa indulgente—, hemos de anunciarnos para que nos reciban.

A partir de ese instante, todo fue fácil. Los salvoconductos que les había proporcionado Hulagu todo lo abrían y animaban al más fiero de los guardias a mostrarse servicial.

Al poco de haber traspasado las puertas, lacadas de rojo y cubiertas de enrevesados adornos, se les presentó un espigado mayordomo chin de larga coleta, vestido con amplias ropas de seda en la que habían sido bordados dragones alargados de vivos colores.

—Fíjate en las garras —le susurró Kachiun, señalando el cosido con un dedo cuya uña empezaba a sanar—. Son de cuatro dedos porque es servidor de palacio. Si fueran tres sería un comerciante, y los dragones de cinco dedos son sólo para la casa imperial. Estos chin son muy picajosos con sus tradiciones —concluyó con un amago de carcajada.

Aparte de la curiosa vestimenta, el sirviente se tocaba con un peculiar bonete, alto y refinado, con una visera de la que pendían rosarios de cuentas. A Laín le pareció el hombre más ridículo y afectado con el que se había topado jamás, pero su cabeza bullía con mil preguntas para su padre, y apenas le dedicó atención, a él o a los comentarios de Kachiun.

—Mi nombre es Xen Ye y me aseguraré de que seáis atendidos como es debido —les dijo con una sonrisa, obviando los cuchicheos despectivos del mogol.

Batió palmas, haciendo aletear las amplias mangas de su extravagante vestido, y de inmediato apareció una docena de cortesanas de mirada gacha, boca tímida y andar apresurado.

Por los recovecos del palacio, en donde cada galería y cada sala parecía más

opulenta que la anterior, recorrieron estancias cargadas de remaches dorados, celosías, piezas de jade y porcelanas. Y fueron conducidos hasta amplios baños en los que, educadamente, les hicieron notar que los meses de viaje por las estepas habían prendido en ellos el olor de sus caballos.

Descarado, Kachiun dejó caer su *deel* y le dio un sonoro palmetazo en el trasero a una de las muchachas, que inclinó la cabeza con una reverencia y le ayudó a quitarse la ropa interior.

—¿Te lo dije o no te lo dije? Vas a conocer el paraíso terrenal cristiano.

En breve estaban sumergidos en agua caliente y perfumada, mientras las cortesanas restregaban su pecho usando guantes tejidos con crin de caballo. Y el mogol, incorregible, hacía comentarios obscenos, pellizcaba un pequeño pecho puntiagudo que asomaba entre los pliegues de una bata o pedía una bebida enfriada con hielo picado de los neveros.

—Es una costumbre persa. Le llaman *servet* —explicó sin apartar los ojos de los tobillos de una de las muchachas.

Era toda una experiencia, aunque Laín empezaba a hartarse de aquellos preámbulos. Aun impaciente por ver a su padre, la prudencia le aconsejaba dejarse llevar por las costumbres, para no resultar grosero, y todavía tuvo que esperar buena parte del día.

Con las mejores y más amables palabras que pudo rescatar de su parsi, rechazó las evidentes invitaciones sexuales de las cortesanas. Sin embargo, hubo de aguardar pacientemente mientras escuchaba cómo, en una sala anexa, el masaje que Kachiun había pedido se convertía en un frenesí obsceno en el que el enjuto mogol se desfogó con tres de las muchachas, que salieron corriendo de allí una hora más tarde, entre risas nerviosas y miradas cómplices.

Un buen rato después, también Kachiun cruzó la puerta. Se le veía resplandeciente, con ropas nuevas y limpias, sin rastro del polvo del viaje y con una sonrisa pícara de oreja a oreja.

—Una de las chicas me ha avisado de que Xen Ye vendrá a buscarnos a la hora del perro.

Y, a partir del momento en el que se presentó otra vez el atildado mayordomo, todo fue muy rápido.

—¿Es cierto?

Fueron las únicas palabras que le dirigió Mongke.

El kan tenía un aspecto mucho más rudo que su hermano y cargaba con el aire curtido de quien ha visto tanto como para no querer ver más. Y no parecía un hombre de paciencia. Era un mogol de pura cepa. Su aspecto, sus maneras y sus ropas no parecían cuadrar en aquella exageración que había construido al gusto delicado de los conquistados chin. Resaltaba como blanco sobre negro en aquel entorno recargado de abalorios, lacados, adornos y mil naderías.

Al principio, Laín quedó desconcertado por la pregunta, pero comprendió

enseguida a qué se refería.

—Lo es, la ruta de las antiguas caravanas de olíbano puede usarse; el lago de Ubar asegura el suministro de agua.

Y a su respuesta le siguió un gruñido de asentimiento y un gesto que sirvió para que el mayordomo Xen Ye se hiciera cargo del asunto.

Lo guió por diferentes corredores del intrincado palacio.

—Mi señor Mongke está complacido. Tu padre le ha servido bien. Le ha traducido importantes mensajes llegados de vuestro jefe de sacerdotes. —A Laín le pareció que era una manera tan buena como cualquier otra de referirse al Papa—. Y sus conocimientos nos han enseñado qué podemos encontrarnos cuando lancemos nuestros ejércitos allende el río Duna.

Viendo que la decadencia del lujo ya había prendido en el aguerrido pueblo de nómadas, Laín dudó de que el empuje del abuelo Gengis perdurase en los mogoles. Sin mencionarlo, pensó más bien que pronto empezarían las luchas internas entre los herederos y que el gran legado se desmembraría.

—Por eso está siendo atendido por los mejores médicos de la Corte. Mi señor espera que se recupere pronto, pero debo advertirte de que, por lo que me han comentado —el tono del mayordomo era sutil y educado, incluso fingió preocupación —, está muy débil.

Se detuvo y abrió la puerta de una cámara en la que olía a incienso. Se hizo a un lado e invitó a Laín a pasar con un gesto.

Cuando la hoja se cerró a sus espaldas, apenas pudo ver nada.

La luz era tenue. Brillaban piezas labradas con cabezas rugientes de míticos dragones, lacadas de un rojo intenso. Se distinguían jarrones abarrotados de complicados dibujos. Un braserillo quemaba resinas aromáticas y lo llenaba todo con intensos humos de moxa.

Distinguió movimiento y se encontró con un viejo arrugado de larga barba de chivo y uñas sin recortar que recogía las ventosas que había estado aplicando a alguien tumbado sobre una cama aparatosa.

El sanador inclinó la cabeza con respeto, terminó de apañar sus trastos y salió, pasando junto a Laín con un murmullo de ropas y unas palabras que él no entendió.

Por primera vez en casi veinte años, Laín vio el rostro de su padre.

Estaba demacrado. Ya no era más que la sombra del hombre fornido que Laín había visto por última vez en San Paio.

Se había convertido en un mero recuerdo de sí mismo.

Los ojos, hundidos, amoratados, estaban cerrados.

Era un despojo. Sobre la piel del torso, ajada, cerúlea, se distinguía al contraluz el vello, encanecido y frágil, escaso. El único color lo ponían las huellas del tratamiento del médico chin, rojizas e inflamadas. Las costillas, como un manojo de ramas secas, sobresalían y, con cada inspiración, parecían a punto de quebrarse.

Daba la impresión de estar a punto de romperse.

Laín se sintió de nuevo un niño en la explanada, tras la torre, viendo a su padre prepararse para partir hacia ultramar. Se quedó clavado donde estaba, a unos pasos del lecho, incapaz de hacer otra cosa que rebuscar lo único que aún quedaba de aquel día en el que había reunido el valor de presentarse ante él.

En su mano tenía la cruz de tela encarnada.

El enfermo tosió. Crujió como heno aplastado. Se convulsionó. Y en el rostro cadavérico apareció una mueca de sufrimiento.

Se abrieron los ojos, que miraron sin ver, perdidos.

Algo se desgarró en el corazón de Laín y, para su desconsuelo, sintió el irrefrenable impulso de salir de allí y no volver la vista atrás.

Carraspeó de nuevo. Como hojarasca en manos del viento. Y el sonido delató el burbujeo. Egeria le había enseñado lo que aquello significaba: algún humor indeseable rebosaba los pulmones.

Reuniendo toda su fuerza de voluntad, Laín se acercó a la cama y se sentó en el escabel que el sanador había dejado allí.

—¿Padre?

Fue apenas un susurro. Tenía la voz tomada por la emoción y la palabra salió de sus labios como un murmullo tembloroso ante el que don Rodrigo, señor de San Paio, encomendero del monasterio de Santa María de Sobrado, ni siquiera reaccionó.

Laín le tomó la mano y se asustó al sentirla como una gavilla de paja. Le pareció que podía quebrarla con sólo cerrar los dedos. Ya no era la misma, fuerte, poderosa, encallecida por la espada, que le había revuelto el flequillo aquel día en la feria, antes de tenderle una moneda.

—¿Padre?

El rostro descompuesto se giró hacia él. Le hacía falta un afeitado; los caños de la barba de varios días despuntaban en las mejillas, marchitas, céreas, hundidas.

—¿Padre?

Algo brilló en aquellos ojos. Reapareció una expresión vagamente familiar. Como el recuerdo de un sueño al despertar de una noche inquieta.

Los labios, cuarteados, se abrieron, y la nuez se movió lentamente en el cuello de piel tirante como pergamino viejo. Ansioso, comprendiendo que su padre intentaba hablar, Laín se inclinó hacia el lecho y percibió el olor agrio de la enfermedad que lo

consumía.

Al principio fue sólo un soplo con el que salieron gotas de saliva, y el hijo se acercó aún más al padre.

Un susurro.

—¿Fruela?

Algo se desplomó en las entrañas de Laín. Un dolor azul y frío lo atravesó, llevándose con él esperanzas alimentadas durante años.

—¿Eres tú…?

Laín tragó. Bilis, pena, dolor.

—Hijo, ¿eres tú?

No eran más que palabras. Murmullos de un moribundo. Y, sin embargo, hacían más daño que cualquier espada. Traspasaron su alma y rompieron los pocos remiendos que aún quedaban.

Las lágrimas que había pensado perdidas volvieron a sus ojos y, sin poder evitarlo, nacieron entre sus párpados.

—¿Hijo?

Vio una chispa de vida en el rostro ajado. Se dio cuenta de la felicidad que pugnaba por asomar. Comprendió. Y aquellas agujas al rojo que sentía se retorcieron en su interior, descuartizándolo.

Pero supo lo que debía hacer. Supo cuál era su obligación.

Tragó de nuevo, guardándose la hiel que manaba en sus adentros, y le habló al moribundo:

—Sí, padre, soy yo.

Ni siquiera la felicidad que transformó aquel rostro fue recompensa suficiente.

—Soy yo —logró repetir, conteniendo un sollozo.

Con todo el dolor de su corazón, arrugó el pedazo de tela y lo tiró en el brasero. La cruz, sobada, deshilachada, envejecida, marchita como su dueño, ardió con un suspiro.

—Soy yo, Fruela.

Y, durante aquella hora del perro, que se hizo eterna y efímera a la vez, el padre habló con su hijo, y el hijo escuchó a su padre.

Para uno de ellos fue el consuelo de saber que podía desahogar su alma en tierra extraña, una última confesión en la que desprenderse de los terrores que germinaban ante la certeza de que la vida terminaba.

Para el otro, fue un acto de misericordia obligado por el amor.

Durante la mayor parte del tiempo, don Rodrigo sólo divagó, hilando frases que tenían poco o ningún sentido, porque el mal que le estaba robando la vida le había carcomido también los sesos.

Pero hubo también retazos sueltos de lucidez que, para mayor desgracia de Laín, le hicieron comprender por qué y a qué había dedicado toda su vida.

Al fin, tras tantos años, las piezas encajaron y la verdad salió a la luz. De pronto,

gracias a los balbuceos del moribundo, atisbó los recovecos del misterio que lo había perseguido durante miles de leguas, de un confín al otro del mundo conocido.

Entendió lo que había sucedido en Monforte, lo que había escuchado en Maceda, los reveses que había encontrado en Navarra, la lucha en Venecia. Y cuanto siguió. Con aquel ramillete de frases deslavazadas, todo cobró sentido. Incluso la huida de su padre.

—Tenía que seguir al misionero… Por culpa del garañón, ¿entiendes? El rey Luis, debía volver con él…

Laín dudó de que el francés hubiera hecho algo al respecto, pero entendió.

—… no te fíes del infante…

Lo había repetido una y otra vez.

—… fue el infante…

A ratos se le entendía con claridad, pero en su mayoría eran balbuceos incomprensibles entre toses ásperas que no lograban espantar los humos del incienso y la moxa.

—No quedamos vendidos en Gaza por culpa de los moros. —Don Rodrigo soltaba escenas deslavazadas de su memoria, pero Laín comprendía—. Fueron los hombres de Teobaldo, había que recoger la uva, por orden del infante…

Laín asintió, complaciendo al moribundo.

—Querían la cruz, las reliquias… Y todo el vino que encontró santa Elena.

Dolido, Laín entendió. El secreto de Jacques de Lunel había condenado a muchos hombres. Y la lista seguía creciendo.

—No fueron los moros… ¿Y tu madre?, ¿cómo está?

Pasó entonces un rato en que los ojos, gastados, se cerraron para descansar, y Laín rumió lo que había escuchado.

—¡La monta! Tomás debe vigilar la monta. El garañón, tiene que cruzar al garañón —lo dijo con urgencia, como si estuvieran allí mismo, en los establos de San Paio, junto al viejo palafrenero—. Esos potros serán magníficos, hazme caso, magníficos…

Luego siguió otro silencio. Un farfullar en el que nada se adivinaba. Pareció dormirse, agotado por el mero trabajo de respirar.

Un rato después salió del trance con gran sobresalto.

—No te olvides de decírselo a Tomás… Y los templarios —empezó otra vez, gritando tanto como podía—, los templarios nos atacaron, la quieren, también la quieren. —Se le acabaron las fuerzas y volvió a susurrar—: Para negociar. Esos perros quieren sacar provecho… La venderían al mejor postor… Este año el vino será bueno, ya lo verás, muy bueno.

Aquélla tenía que ser la mano de Fruela, él era el traidor. Él. De ahí su correría hasta Ponferrada. Había llegado a algún acuerdo con el Temple. Quizá Rodrigo había decidido revelarle a su hijo el secreto de Guy de Tarba antes de marchar a la cruzada y Fruela se había apresurado a sacarle provecho; podía ser que incluso antes de la

partida a ultramar.

Cuanto más sabía de todo aquello, más apestaba.

—Querían saber el lugar… Todos, los unos y los otros. ¡Todos!

Su padre sonrió entonces con picardía y susurró, como si compartiera un divertido secreto:

—Pero si lo desvelábamos, nos matarían. No podía saberse que la habíamos encontrado. —Cruzó el índice sobre los labios y mandó callar—. ¿Comprendes? Nos hubieran pasado a cuchillo. Tuvimos que huir —explicó con un sollozo—. Perdí a mis hombres, buenos hombres —se le escapó entonces un largo suspiro—. Ese condenado desierto nos devoró.

Laín comprendía. No todo, porque el discurso desordenado e incompleto no ayudaba, pero sí lo suficiente.

—Las perlas, las perlas, las perlas…

Aquello obligó al hijo a entrecerrar los ojos. Podía imaginar buena parte del tormento en los demoníacos dominios del eunuco Wasif. Allí habían muerto más hombres. De la expedición de su padre no quedaba más que él mismo, hecho apenas una raspa de lo que había sido.

—Yo encargué para Urraca encajes ingleses adornados con perlas de Mascate; una fortuna, hijo, una fortuna. Podrás incluirlas en la dote cuando llegue el momento, claro que sí. —Había migajas de orgullo en la expresión y el semblante, restos de lo que debía haber sido.

Entonces su padre apuró la copa. Se tragó de un sorbo cuanto le quedaba de lucidez y vomitó su odio por los que habían causado su desgracia.

—Fruela, hijo…

No le quedó otro remedio que ofrecerse, pese a cuánto le dolió escuchar de nuevo aquel nombre.

—Fruela…

—Dime…

Dudó, dudó mientras recordaba al gascón tuerto y gruñón.

—Dime, padre.

Había jurado junto a la tumba de su madre. Había dado su palabra al niño de Cloyes. Y ahora tenía que empeñar su honor una vez más, ante el hombre que era su padre, pero al que apenas conocía.

—¡Mátalos!

La moxa siseó en el braserillo. De la cruz encarnada sólo quedaban cenizas.

—Mátalos, a todos…

Y, una vez más, con la muerte como único testigo, él juró que lo haría.

Kachiun le había contado lo que podía esperar.

Si continuaba hacia levante, en poco más de dos meses alcanzaría un nuevo mar. Allí, la isla de Saghalien y el archipiélago de Nihon, donde los ávidos mogoles ya habían puesto sus ojos de conquistadores. Y, más allá, sólo el océano, un inmenso piélago desconocido en el que perderse. Allí jamás lo encontrarían. Allí ni siquiera su pasado lo perseguiría.

Y era tentador.

Había recorrido buena parte del mundo conocido. Había pasado la mayor parte de su vida en el camino, tras un ideal desvanecido en el aire. A sus espaldas no había más que miseria. La terrible obligación de cumplir con su juramento. Y la horrible ocasión de confirmar la traición que las palabras de su padre le hacían sospechar.

Seguir hacia el este ofrecía un horizonte de peligros e incógnitas. Una muerte casi segura a manos de salvajes desconocidos o de aguas embravecidas y, sin embargo, resultaba más tentador que el camino hacia el oeste, donde no quedaba otra cosa que cenizas.

Laín permaneció en Qara Qorum hasta que la parca vino a hacerle compañía una vez más para llevarse a su padre. Lo que no sucedió hasta que el invierno llenó la ciudad de nieve y del cuerpo del pobre viejo no quedó otra cosa que restos agostados que contaban la historia de mil penurias.

A Laín le quedó como herencia cuanto Rodrigo Seijas, señor de San Paio, había logrado llevar consigo hasta la capital de los mogoles. Un hatillo de ropas viejas, una cota de malla de la mejor factura, una silla de montar cuarteada y un cinto con dos docenas de besantes de oro engastados en muescas del cuero para quedar ocultos al vestirlo. Y nada de todo eso le sirvió de consuelo.

La primavera llegó a lomos del último suspiro gélido que bajó de las montañas con el deshielo. El calor se fue abriendo paso, despertando brotes y yemas. En los parterres nacieron flores y los arbustos cuidadosamente podados tuvieron que ser atendidos por los jardineros chin. Sólo el espléndido árbol de plata frente al palacio permaneció inmutable, y Laín lo contemplaba largas horas, viendo como la luz jugaba con el trabajo del orfebre.

El tiempo pasaba inexorable y Laín era incapaz de decidir qué camino seguir.

—Las reliquias… Aquisgrán.

Las palabras de su padre resonaban en sus oídos y, por más que se esforzase en olvidarlas, no lo conseguía. El consejo de príncipes era algo distante. Sin embargo, las consecuencias de todo aquello en lo que se había visto involucrado resultarían mucho más cercanas. Habría revueltas. Hasta el último hijodalgo de cualquier rincón de Castilla se opondría al expolio.

—… quiere el trono…

La Corte de Castilla, todas las Cortes, no eran otra cosa que pudrideros. De eso ya no le cabía duda. Y lo que sucediese con la herencia de Guillermo de Holanda y del maldito Imperio le importaba un bledo. Pero había dado su palabra. A su madre, a

Guy de Tarba, a su padre.

Ése era el problema. Había empeñado su palabra.

Y se resignó.

En pago por la información que les había proporcionado, los mogoles le dejaron llevarse al picazo y lo abastecieron de víveres y agua para el viaje. Le dieron también el consejo de que se uniera a las grandes caravanas de especias y seda. Pero Laín hizo caso omiso, porque en su largo camino de regreso hacia el oeste debía hacer una parada más. Una que no estaba en las rutas comerciales.

No fue fácil, aunque los salvoconductos que había refrendado el kan Mongke hicieron las cosas mucho más sencillas. Fue al sur hasta la Ciudad Dorada, donde se quedó asombrado al ver la gigantesca muralla que los chin habían levantado en tiempos perdidos en la memoria. Luego, pese a sus ansias de soledad, se unió a una modesta caravana para atravesar el desierto de Takla Makan, páramo maldito donde entendió por qué los uiguros lo llamaban «el lugar donde entrarás pero no saldrás». Y se repuso de la sed y el calor en el oasis de Cascar, que había sido convertido en una ciudad de paso.

Su destino estaba mucho más al sur, no lejos de la ruta que había desvelado para los mogoles, de modo que, en lugar de viajar hacia Samarcanda, se desvió hacia Balj, donde descubrió que tenían un mesías de nombre Zoroastro. Un predicador iluminado que incluso contaba con su propio libro sagrado, al que llamaban Avesta.

Después volvieron las montañas, en las que se sintió a gusto porque le traían recuerdos más amables, donde el único contratiempo fue la muerte del pobre picazo, para el que el viaje se había hecho demasiado largo y los años habían pesado demasiado. Lamentó la pérdida del animal, pero siguió adelante, a pie, resuelto a cumplir con sus juramentos, que ardían con fuerza en su interior, convirtiéndolo en el hideputa desalmado que Guy de Tarba había pretendido conseguir de aquel niño al pie de un crucero.

Llegó al estrecho para el siguiente invierno, que allí era suave y templado, y cruzó la franja de mar hasta el puerto fortificado de la isla de Ormuz, donde se comerciaba con esclavos, asunto en el que no se inmiscuyó porque nada le iba en ello, y con perlas, algo que le trajo a la memoria terribles recuerdos que llenaron sus noches de pesadillas en las que viejas cruces caldeas, tejidas en un tapiz deshilachado, aparecían una y otra vez, tintas de sangre.

Un año después de haber abandonado Qara Qorum, perdió la protección que le habían brindado los mogoles cuando abandonó la costa del estrecho, y se internó en los eriales desolados de la península donde campaban las tribus alarbes. Todo volvió a ser arena y sol, y su única compañía una camella malcarada que tenía tendencia a morderle en cuanto se descuidaba. Era un bicho zanquilargo de trote incómodo, pero apenas bebía y comía cualquier rastrojo, por muchas espinas que tuviera, lo más adecuado para la travesía que tenía por delante.

El secreto de Jacques de Lunel de Saint Gilles había pasado a dos muchachos

despistados que compartieron la maldición de aquel prodigio. Uno de aquellos criajos se convirtió en un hombre que cedió a Laín las instrucciones para llegar hasta allí; el otro se había convertido en un traidor.

—Fue Ciriaco —le dijo a la camella.

Era poco más que un pozo, unas piedras sobadas por la arena hacían de brocal, y estaba medio derruido. Dos palmeras raquíticas, a una docena de pasos, marcaban el lugar.

Los escombros de una casucha de ladrillos de adobe ofrecían una salvaguarda contra los curiosos. Pero ya era tarde.

Habían pasado al menos dos años, pero las cicatrices del expolio todavía estaban presentes en el revoltijo.

No era más que un oasis miserable en algún lugar perdido entre La Meca y Medina, un hito donde los nómadas apostaban sus tiendas de tanto en tanto y hacían aguada. Un escondrijo donde la vida de un cristiano no valía ni lo que llevaba en los bolsillos, porque desde hacía siglos aquello era dominio de los musulmanes, de una u otra facción. El último lugar donde buscar las reliquias de la vera cruz expoliadas de Constantinopla.

Pero allí ya sólo quedaba un hoyo revuelto entre lo poco que aún se mantenía de las paredes de aquella choza derruida.

Lo que allí había enterrado Jacques de Lunel se lo habían llevado.

—Tuvo que ser Ciriaco —le dijo a la camella, que movía las mandíbulas rumiando su bolo de rastrojos, ignorando por completo aquellos comentarios.

No había otra cosa que arena y trozos de adobe. Un hoyo miserable en medio de un desierto miserable. Seguramente lo habían excavado los hombres de Cosroes bajo la atenta supervisión de Ciriaco. No le importó descubrirlo, ni siquiera se preguntó a sí mismo a qué postor lo venderían.

Sin embargo, mientras estaba allí sentado, reflexionando, con los pies colgando sobre lo excavado, vio algo.

Una forma en la arena, un pedazo oscuro. Se agachó, lo recogió, sopló los granos y descubrió en su mano una astilla en forma de cuña. Un pedazo de aquellos condenados maderos.

Lo observó entre el polvo que teñía las líneas en la palma de su mano. Incapaz de creer que aquel miserable trocito de madera carcomida y reseca pudiera significar tanto como para que la vida de tantos valiera tan poco.

Criado en el bosque, huérfano, bastardo, sin más familia que aquella perra mestiza y el viejo Tomás, la fe de Laín nunca había sido fuerte. Y los años no le habían ayudado a albergar creencias más piadosas. Si de verdad aquél era un trozo de la cruz donde habían ajusticiado al nazareno los hombres de Pilatos, a él no le pareció nada extraordinario.

—No es más que un tarugo —le dijo a la camella—, sólo eso. No vale una vida.

Ya nada le quedaba por hacer allí.

Miró hacia el oeste, donde el sol se acostaba sobre el horizonte, apretó la muestra de la vera cruz en el puño y tomó la decisión de seguir su camino.

A poniente le aguardaba su destino.

—Lo más difícil va a ser acabar con el infante —le explicó a la camella.

El animal se limitó a soltar entre sus labios gruesos un salivazo que quedó en la arena. Y, de mala gana, respondió a los talones de su jinete y se echó a trotar hacia el ocaso.

ESTROFA

XXI Y ESTRIBILLO

LA DEUDA

«La ventura del rey, que quería guiarlo
antes de partir de este mundo,
lo quiso colmar con el poder del mundo,
pero muy poco tiempo duró en ese estado».

Libro de Alexandre, de autor desconocido

Si dijera que se me cayeron los palos del sombrajo, diría poco y mal. Después de escuchar el relato, necesité un buen rato para asimilar cuanto acababa de oír.

Cuando reaccioné, tuve que cerrar la quijada antes de poder articular palabra.

—¿Afonso? —pregunté espantado—, ¿Afonso de Castilla?, ¿nuestro Afonso?

No contestó.

—Era él, ¿verdad? Afonso es el infante del que te habló tu padre.

Siguió mudo.

—¡Maldita sea mi estampa! ¡Afonso! Ahora lo entiendo. Por eso no querías que lo contase. Cuando partisteis a Judea él no era más que un infante, un infante ambicioso si me ha entrado en la mollera la mitad de este condenado embrollo, pero sólo un infante. Y ahora… Por todos los demonios… Por eso no querías que lo contase ¡hasta que muriese el rey Afonso! —exclamé, comprendiendo al fin—. Ahora es el rey, el condenado rey, y tú vas a matarlo.

Él se encogió de hombros, como si no le fuera un bledo en todo aquello. Le daba lo mismo una cosa que la contraria.

Estaba decidido. Iba a hacerlo. Se veía en sus ojos.

—Como si matar al infante de Castilla fuera una nadería, ¡por todos los santos! —continué yo, incrédulo, dándole vueltas—. Pues ya no lo es —le espeté con retintín —. Ahora es el rey. Nuestro rey. Rey de Castilla, de Toledo, de León… Rey de Galicia y no sé de qué más. ¡Rey! ¡El rey! No, ¡ojalá sólo fuera eso!, ojalá —continué apresurado, al darme cuenta de algo más—: también es el futuro emperador del Sacro Imperio. ¿Acaso no sabes que ha llegado embajada de Pisa para proponerlo como heredero por ser hijo de su madre? —Era la comidilla de la ciudad; sobre aquello había gritado Fruela—. Los electores tudescos tienen que decidir, pero será Afonso o Ricardo de Cornualles. Uno de los dos se sentará en el trono de *Barbarroja*. Y tú quieres matarlo, al rey de Castilla, al heredero a la corona del Imperio. ¿Has perdido los cabales? ¡Es el rey! No puedes hacerlo.

Almodís se acercó hasta nosotros. En su rostro estaba pintado el mismo horror. Incluso el gato maulló con preocupación.

Pero él callaba y yo solo, sin necesidad de que Laín se explicase, caí en la cuenta.

—¡Por todos los demonios! ¡Claro! Por eso el empeño en las reliquias para sobornar a los electores. Maderos de la vera cruz. Eso es lo que quería Afonso cuando era infante. Ya entonces aspiraba al trono de *Barbarroja*. —No sabía ni la mitad, pero no era difícil imaginar el resto—. Y ese mal bicho de Fruela se lo aventó todo y quiso traicionarlos. Vendió lo de las reliquias a los templarios y le fue con el cuento al obispo, y el obispo escribió a Roma… Claro, el papa Alejandro no quiere oír hablar de que Afonso sea el próximo emperador… Muchos gallos son ésos para un solo corral.

Todos, de un extremo a otro del reino, sabíamos que, ni Inocencio ni su sucesor en la silla de Pedro veían con buenos ojos el amor del rey Afonso por la astrología y otros asuntos de los cielos. En aquellos años, entre los sabios que el rey había reunido

en su scriptorium de Toledo, había moros y hebreos y se discutían asuntos de medicina y teología. Temas peliagudos para quienes se creían dueños de la única verdad posible.

Rey o no, Afonso no gustaba a prelados y obispos. Incluso se oía que alguno quería excomulgarlo, como habían hecho antes con el emperador Federico.

Y eso no era todo. Ni siquiera hacía falta echar cuentas.

Afonso casó con la hermana de Teobaldo de Navarra, que había sido el que organizara la expedición en la que partiera Rodrigo. Y las dos esposas eran hijas de Jaime de Aragón, que se entendía bien con los templarios y quería medirle los pasos a Castilla, no le fueran a crecer los egos al otro. Era bien sabido que el aragonés echaba pestes cuando le mencionaban que Afonso podía acabar en el trono del Imperio.

O sea, que el secreto de aquel oasis en los desiertos de La Meca que guardaba los maderos de la vera cruz sólo fue secreto hasta que Guy de Tarba se lo contó a su señor. A partir de entonces, se armó un sindiós.

—A saber qué condenados vericuetos se siguieron en toda esta maldita historia. Es un enredo de mil pares —dije entonces, vislumbrando sólo algunas verdades—. Y a mí me has arrastrado hasta aquí… ¡Estás como una chota! No, yo no me meto en esto —aseguré, convencido—. No voy a seguirte, no puedo contar algo así.

Volvió a encogerse de hombros.

—Haz como te plazca, pero no te vayas de la lengua.

Pese a todo por lo que habíamos pasado juntos, vi en sus ojos que la amenaza no iba en balde. No pestañearía si se daba el caso. No me cupo duda alguna. Estaba resuelto a seguir adelante, y yo no iba a ser quién para impedirlo.

A mí me entraron sudores fríos y se me encogió la hombría. Me había metido en muchos líos a lo largo de mi vida, pero aquello se me iba de las manos. Mi mala cabeza me había aconsejado con poco acierto muchas veces, siempre detrás de buenas mujeres y buenas historias. Y, mal que bien, había ido librando. Pero matar a un rey, a todo un rey, al heredero al trono de Federico *Barbarroja,* eso era harina de otro costal. Para eso se bastaban solitos en la Corte, donde las conjuras estaban a la orden del día y el poder era lo único que pesaba, nunca la conciencia.

—Y lo siguiente qué va a ser, ¿el papa Alejandro?

La ironía era tan buen refugio como cualquier otro, pero él siguió callado. Fue entonces cuando Almodís se acercó aún más.

—No van a volver —dijo con un susurro.

Los dos la miramos, sin comprender.

—Tu madre, tu padre, el mío —siguió hablando ella con amargura—. Puedes prender fuego a la ciudad, y bien sabe Dios que no serías el primero en intentarlo, pero no conseguirás nada.

Él la miró antes de contestar.

—Di mi palabra.

Y aquello encendió algo en Almodís que yo no había visto antes, aun a pesar de

que habíamos abusado de su confianza durante días.

—Como mi padre. —Aquello sonó como un chirrido; salió cargado de una furia que llevaba mucho tiempo contenida.

Los dos la miramos sorprendidos.

—¿Y de qué servirá? Eh, ¿de qué? Puedes perderlo todo.

—No tengo nada —fue capaz de decir Laín antes de que ella continuase.

—No seas imbécil. Tienes tu vida. Toda tu vida. Podrías encontrar a alguien con quien compartirla; podrías tener hijos. Por el amor del cielo, podrías meterte a monje en un convento y consagrarte al bien y a Dios. Lo que quieras. Cualquier cosa. Y, sin embargo, vas a arriesgarlo todo, ¡todo!, ¡igual que mi padre!

Estaba junto a nosotros, pegada al lecho; blandía las ramas con las que había estado barriendo, y su voz empezó a temblar.

—Nos abandonó por un ideal estúpido —escupió con resentimiento—. Ni siquiera lo conocí. Y, ¿para qué?, ¿por qué? Nos abandonó…

No creo que esperara una respuesta. Ella ya había pensado en todo aquello, del derecho y del revés.

—Para salvar a quien ya estaba perdido sin remedio, ¡no!, ¡no! Eso es una mentira, cruel e injusta. ¡Una mentira! Fue un egoísta, lo hizo por él mismo. —Extendió un dedo acusador y señaló a Laín; el gato, asustado por el empuje de su ama, saltó y fue a esconderse en algún rincón oscuro—. No fue por salvar a ese don Rodrigo, no, qué va, fue por contentarse a sí mismo. Por decirse a sí mismo que había cumplido con su deber; ¡con su deber!, ¡ja!, valiente cosa el deber, que no da de comer, que no consuela al cansado, que no ayuda al enfermo. El deber, el deber. ¡El honor! Basura…

Yo no sabía qué responder a aquel desahogo de resentimientos, pero Laín sí tuvo el cuajo de decir algo.

—Un hombre vale tanto como su palabra…

Y ella ardió, igual que el fuego en la forja cuando el herrero sopla el fuelle. Saltaron chispas de aquellas brasas. Yo llegué a temer que se liara a escobazos con nosotros y nos echara a patadas de su casa.

—Justo. Sí. Así es, eso era lo que él decía. Eso mismo…

Entonces, antes de continuar, pareció desinflarse, como si aquel arrebato de furia la hubiera llevado más allá de todo su aguante.

—Eso mismo.

Lágrimas furtivas empezaron a temblarle en las comisuras de los ojos y, que el Señor tenga a bien perdonarme, yo pensé que no había visto en mi vida criatura más hermosa. Las mejillas arreboladas le daban una luz a su rostro que ni siquiera toda aquella pena conseguía apagar.

—No sé cómo mi madre pudo perdonarle —reconoció con voz temblorosa—. Siempre me decía que no debía pensar así, que tenía que comprenderlo. Que volvería. Que viviríamos felices. Y mira, tú has traído su maldición a mi hogar. ¡Maldito seas!

Te odio. Y le odio a él por lo que hizo, ¡le odio! Nos abandonó. Y tú eres de la misma calaña. —Apuntaba con el dedo y sus ojos brillaban llenos de furia—. Sois horrendos.

Dicho aquello, se dio la vuelta, dejó caer las retamas y salió de allí con aires desconsolados.

El gato maulló lastimero, llamándola.

Cuando nos quedamos solos, a mí me entró el pánico.

—Va a denunciarnos —le urgí—. Tenemos que irnos, cuanto antes.

Claro que Laín no estaba en condiciones de ponerse en pie, mucho menos de echar a correr. Pero creí entonces, y sigo creyendo ahora, que no lo hubiera hecho, incluso de haber podido.

—No, no nos denunciará —repuso él con una seguridad que yo no sentía.

—Pero sabe lo que pretendes, sabe lo que has hecho y sabe que yo estoy metido en este mierdero hasta el corvejón. —Yo estaba muy agitado; lo mío no era la valentía—. Puede que le den una recompensa. El obispo estará encantado de saber lo que ha sucedido con su lacayo Fruela. Y, si no, puede buscar a hombres del rey. Has conseguido que tengamos enemigos en todos los bandos. Se lo diga a quien se lo diga, estamos condenados.

—Por más que le pese, es hija de su padre, no lo hará —insistió él.

Y, dando por zanjado el asunto, cerró los ojos y pareció dispuesto a echarse un sueñecito. En tanto, a mí se me llevaban los demonios. Debo confesar que, durante buena parte de aquella mañana, pensé que la única salida era salir corriendo yo mismo hasta el palacio del obispo y cantar hasta la última nota de cuanto sabía.

El honor, el deber y la lealtad eran asuntos, siguen siendo asuntos, que quedan bien en los cantares que se componen, en las gestas de los héroes y en los espejos de los príncipes, pero yo no estaba hecho de esa pasta. Aún no sé cómo me contuve.

Y no trato ahora de echarme flores, pero no sólo aguanté porque me seguían picando las entrañas por conocer el final de todo aquel embrollo, no. Después de lo sucedido, por primera vez en mi vida comenzaba a comprender aquellos asuntos de los que cantaba y componía. Además, le debía la vida a aquel hombre. Y, de pronto, para cuando empezó la tarde y el gato había vuelto a su lugar en el regazo de Laín, creí entenderle.

De tanto en tanto me asomaba a la puerta de la botica y miraba arriba y abajo, por entre las piedras de la ciudad. Vi pasar comerciantes, frailes, paisanos con cestas llenas y vacías. Pero no apareció veguer, sayón o soldado dispuesto a aherrojarnos.

Él, tranquilo, dormitó buena parte del tiempo, y ella, al fin, regresó cuando los faroles empezaban a espantar la oscuridad de la noche.

—Hay que cambiar esos vendajes —dijo en cuanto entró, como si nada hubiera pasado.

Y apenas cerró el postigo se puso manos a la obra: calentó vino para limpiar las heridas y escogió trapos limpios de un estante junto al hogar.

Los dos nos quedamos en silencio, viéndola trajinar. Incluso enfadada, con un mohín de disgusto pinzándole las cejas, seguía siendo una beldad.

Arrimó también el pote a las brasas recién arregladas, para preparar algo que echarse al coleto, y se acercó a donde él estaba postrado, dispuesta a hacer las curas.

Mientras, yo seguía intranquilo, temiendo a cada instante que abatieran la puerta a puntapiés y aparecieran alabarderos con el ánimo de ensartarnos como olivas. Pero

nada de eso sucedió. Con el mimo de los días anteriores, atendió al paciente y, para cuando recogía los trastos, Laín le habló en voz baja:

—Perseguí a mi padre hasta los confines del mundo, y allí, para mi desgracia, lo encontré —le dijo vacilante—. Sólo para comprender que ya lo había perdido durante el camino.

Ella apretó con fuerza las vendas que acababa de retirar, retorciéndolas como si las enjugase.

—Ahora lo sé —continuó él—, Guy fue el único padre verdadero que he tenido. Y sé cómo te sientes, lo comprendo. Pero no debes pensar así de él, no se lo merece… Sé que estaría orgulloso de ti, y también sé que nada más hubiera querido en el mundo que estar junto a ti y junto a tu madre hasta el fin de sus días. Créeme. Lo sé.

Ella abrió sus labios, se partieron como una ciruela madura, y quiso decir algo, pero fue incapaz.

—Él me dijo que lo sentía, que se había equivocado. Me pidió que me asegurase de que estaría… de que estaríais bien —insistió Laín—. No se merece que lo odies.

Quiso de nuevo arrancarse a hablar y tampoco fue capaz.

Laín entonces la obligó a dejar caer los trapos y le tomó las manos entre las suyas.

—No se lo merece…

Eran pequeñas y finas, estilizadas, de largos dedos. Parecían frágiles atrapadas en aquel cepo encallecido por la espada y los años.

—Supo que se había equivocado y debes perdonarle.

Empezó a sollozar, quedamente, y la tensión de sus hombros se diluyó, pero era demasiado orgullosa para dar su brazo a torcer y no quería que ninguno de los dos la viésemos llorar otra vez.

—Has de comer algo —dijo con prisa.

Soltó sus manos, recogió las vendas del suelo y, con más alboroto del necesario, se ocupó del pote puesto al fuego para hacer un estofado en el que incluyó las primeras castañas de la temporada y una liebre que tenía adobada.

Había allí, entre ellos dos, mucho dolor y demasiado orgullo. Costó un mundo que ambos se dieran la oportunidad de perdonarse y perdonar. Fue como abrir a la fuerza bisagras oxidadas; chirrió, dio trabajo, pero uno sabe que, antes o después, podrá pasar del quicio y resguardarse del frío tras la puerta.

Se siguieron los días y a mí nunca me abandonó el temor de que, en cualquier momento, aparecieran hombres del obispo, del rey o hasta templarios dispuestos a poner nuestras tripas a orear.

Pero nada de eso sucedió. Las bisagras siguieron chirriando una buena temporada, pero no apareció nadie para llevarnos presos.

Yo estuve pronto plenamente recuperado y, como un regalo inesperado, Laín me dijo que encargara al artesano por el que habíamos pasado al entrar en Compostela una cítola nueva.

Es la misma que tengo aquí, conmigo, mientras cuento al fin esta historia, ahora que el rey Afonso está dándole explicaciones a san Pedro.

Una verdadera delicia. Tiene una exquisita figura de alcuza, con su cintura y su cadera, como una buena mujer. Hecha de un bloque entero de un cerezo viejo, que es sólido y suena delicioso, con una maravillosa tapa de cedro encolada con pez, las clavijas son de recio boj, las cuatro cuerdas de la mejor tripa y el remate del mástil lleva tallada la cabeza de un arroaz que me recuerda al mar de mi Vigo natal. Costó una fortuna y la pagó gastando sus buenos pepiones, partidos de su herencia en besantes de oro.

Y, mientras él recobraba las fuerzas, se nos hizo familiar la costumbre de estar allí, de permanecer juntos, de charlar al amor del hogar y contar recuerdos. Ella era dulce como la miel y, una noche de tormenta, mientras Laín dormitaba, Almodís también escuchó mi historia de penas y maldiciones.

—Pobrecito —me dijo con aquellos ojos cándidos que invitaban a amarla.

La botica volvió a funcionar. Laín y yo permanecíamos en la casa, junto al lar. Yo salía de vez en cuando, para ganar unas piezas cantando en la plaza del Campo, o en el Preguntoiro cuando no se daban los pregones. Paseaba por Compostela, charlaba con sus gentes, veía con asombro cómo llegaban peregrinos desde el último rincón del mundo. Y no volví a cortar los cordones de una faltriquera o a engañar con el juego de las tabas.

El invierno se fue armando a pocos. Las noches se hicieron más largas, las madrugadas más frías, las lluvias aguanieve, las hojas marchitas llenaron las calles, las gentes se reunían para los magostos. Llegó el día de santa Lucía en apenas un suspiro y, para entonces, Laín ya caminaba de un lado a otro de la habitación y se sentía con fuerzas para ayudar en las tareas: menudeaba la leña con el hacha, libraba los desagües e iba haciendo lo que Almodís le pedía.

Ella no dejaba caer la coraza, pero, de tanto en tanto, se cruzaban sus miradas, y yo veía lo que ellos no querían decirse.

Fuimos felices. Los tres, el gato, la vaca y la yegua.

Llegaron las nieves y, un día radiante de cielo despejado, acompañamos sin prisa a Almodís para sus asuntos de la botica. Los tres juntos, bien abrigados, nos llegamos a los altos de Lavacolla para recoger bayas de acebo y de tejo, con las que ella preparaba tisanas y emplastos. Lo recuerdo bien, porque, de regreso a Compostela, escuché reír por primera vez a Laín cuando ella le contó no sé qué anécdota de Guy de Tarba que su madre Egeria le había repetido hasta la saciedad.

—… y se marchó sin decir una sola palabra —relataba ella—. Volvió dos días después con una flor de plata que le había comprado a un hebreo…, pero no dijo una sola palabra.

Y Laín rió, grave y fuerte, como el romperse de un tablón, y asintió sacudiendo la barbilla con aires familiares, dando a entender que aquello le sonaba muy propio.

Nos convertimos en una condenada familia. Y que me perdone el señor mi mala

lengua, pero ésa es la verdad.

Ni antes ni después de la natividad del señor de aquel año de 1256 disfruté de una Nochebuena tan espléndida. Comimos un capón asado con mimo, albardado con su buen tocino y relleno con grasa de pato e higos pasos. Un roscón de almendras por postre. Todo regado con buen vino de Vigo comprado en el mercado de Mazarelos. Yo toqué unas tonadas con mi nueva cítola y, cuando fuimos para oír la misa del gallo en la catedral de Santiago, por un momento, sólo por un momento, vi que sus manos se rozaban.

A ella se le llenó el rostro de arrebol y él carraspeó muy serio, y se apartó un paso, colocándose el cinto, quitándose las arrugas del sayo.

Fuimos una condenada familia.

Ellos empezaron a charlar a menudo, pasando cada vez más tiempo a solas. Cuando Laín se ejercitaba con la espada, ella ponía mala cara y, para recuperarse, en lugar de fingir que guerreaba, él la ayudaba con las tareas de la casa. Cortó leña, adecentó el establo, reparó patas cojas de los bancos. Y yo le ayudaba.

Incluso albergué la esperanza de que Laín olvidase su maldito juramento. Fuimos felices. Hasta el dichoso mico perdió su desconfianza y aprendió a sobarme los tobillos; ronroneaba y pedía mimos levantando sus ojos amarillos con aires desamparados. Nunca volví a vivir una etapa tan dichosa. Nunca, ni en éstas, mis últimas jornadas, entre estas santas paredes de Carboeiro.

Lo echo de menos.

Fuimos felices. Como en un cuento para niños de teta que no quieren dormirse. Felices. Hasta que, para el día de la Anunciación, cuando ya asomaba la primavera pintando de amarillo los tojos, llegó aquella viejuca sarmentosa a la botica. Toda enlutada y enclenque, pidió grasa de oso aderezada de endrinas para aliviar las articulaciones de las manos.

—Dicen que andan los hidalgos revueltos por los gastos del rey Afonso —comentó, envuelta en mandil negro y pañoleta bien apretada.

La buena señora lo aireó por aquello de chismorrear un rato mientras atendía la mañana, igual que podía haber mentado a los de la Orden de Calatrava, que andaban peleando por los alrededores de Granada, o igual que se podía haber callado. Pero lo dijo. Y me bastó ver los ojos asustados de Almodís en cuanto oyó el nombre del rey. Apenas la vieja se limpiaba los perdigones de sus labios hundidos y sin dentadura, ella miró hacia donde estábamos Laín y yo arreglando la puerta del establo con buenos clavos de herrero.

—Estaban escocidos ya por tanta ley, tanta partida y tanta zarandaja —siguió la mujeruca—, y ahora se les atraganta que les quieran hurgar en la bolsa.

Era cierto, yo lo había oído ya en mis paseos por Compostela, aunque a mí no se me había ocurrido mentarlo al regresar a la botica. Los ánimos en la Corte andaban revueltos. Muchos nobles buscaban excusas para ir con el asunto a Jaime de Aragón o al mismo Papa en Roma, a ver si alguien le paraba los pies al rey Afonso.

Pero no fueron las cuitas de los hijosdalgo y ricoshombres de Castilla lo que preocupó a Almodís. Lo que en verdad la inquietó fue el momento en que Laín dudó. Antes de dar el último martillazo para enterrar en los maderos el último clavo, su mano quedó quieta un instante.

Ella y yo nos miramos, y los dos supimos que aquel cuento había terminado.

No pude contenerme. Simplemente, no pude.

Las buenas mujeres y las buenas historias. Gracias debo dar al señor todopoderoso por su clemencia porque, sin duda alguna, me he condenado muchas veces al fuego eterno.

No pude contenerme, me perdieron mis ansias de conocer el final de la historia, y fui tras él.

Cabizbajo y pensativo, Laín no se volvió una sola vez. Y para aquel entonces lo conocía bien. No era sólo su venganza la que le anegaba el alma. Parco en palabras, descastado, resignado a su condena. Laín era todo eso, pero yo también sabía que, una vez más en el rosario de tormentos por los que había pasado, volvía a encontrarse con la desdicha.

Y en la puerta de la botica quedó Almodís. Él no echó la vista atrás, yo sí me volví. Estaba de pie, apoyada en el quicio de granito, con el gato enredado en el ruedo de la falda. No la olvidaré nunca. Sus rizos trigueños aplastados por la lluvia, los brazos cruzados bajo el pecho generoso, el aguacero brillándole en el rostro. No sé si lloró o no. El cielo de Compostela, gris y apretado contra los tejados, empapaba las calles y disimulaba las lágrimas. Nos vio marchar y no dijo nada. Pero en su semblante se leía la pena, estéril, amarga, honda como un pozo.

Los dos estaban destrozados y yo sabía qué atormentaba sus corazones.

Unas noches antes, antes de que apareciera aquella vieja enlutada y condenada que nos empujó a recorrer el viacrucis que nos esperaba, los vi.

Ellos pensaban que yo dormía y se susurraron palabras que nunca había pensado escucharles.

Había estado tocando por las calles que llamaban tendas de ourives, donde abundaban los orfebres hebreos y los dineros se movían. Estaba cansado después de un día de trajín en el que había ganado mis buenas monedas. Y debió parecerles que la modorra me había vencido junto al calor del fuego, pero se oyeron maullidos melancólicos de alguna gata ansiosa que recorría los callejones buscando amoríos, y abrí un ojo.

Se reían. Y la risa de Almodís, que intentaba contener por no despertarme, sonaba como un lindo cascabeleo; era pura alegría. Lisco, ansioso, quería responder a la llamada solitaria que la gata repetía mientras se frotaba contra alguna esquina cercana. El mico corría de un lado a otro de la casa, preso de sus ansias. Buscaba una salida, arañaba las puertas y los postigos, contestaba a la amante vagabunda con largos miaus, muy graves y muy serios.

Estaba el bicho tan agitado en sus idas y venidas que tropezaba hasta con el aire, y Almodís seguía riendo. Rió hasta que cayó en la cuenta de que era la lujuria la que movía al animal y, de pronto, calló, abochornada. Con ojos gachos, miraba a Laín, que sonreía.

En algún lugar entre la vergoña y la carcajada, quedaron el uno frente al otro y, mientras el gato seguía buscando por donde escapar, ellos ya no le hacían caso. Sólo

estaban pendientes el uno del otro.

Sé que estuvo mal. Debí evitarlo. Pude cerrar los ojos, volverme como quien se voltea en sueños. Pero tantas veces en mi vida he dejado de hacer lo que debía… Me pudo la curiosidad.

Estaban trabados en sus miradas. No se dieron cuenta, sus rostros se acercaron, sus bocas se abrieron, sus labios se prepararon. Entonces el condenado gato saltó a la mesa y tiró al suelo los picheles y los platos, armando un escándalo de mil demonios.

Fue el beso que no se dieron.

Pero quedó grabado a fuego en sus corazones.

Yo fingí despertar con la cantinela de estaño repicando, todos nos miramos sobresaltados, el gato maulló estirando el pellejo y Laín, sonriendo como nunca antes, abrió la puerta para dejar que Lisco marchara a desfogarse.

Todos reímos viendo cómo salía disparado hacia la noche de Compostela.

Ya no reíamos.

Quise quedarme con ella, pero fui tras él. Los cascos de la yegua chapoteaban en los charcos, las gentes pasaban, iban, venían. No pude evitarlo. Tenía que conocer el final de la historia. Y no me quedé con ella.

Aunque jamás habría imaginado que acabaría haciéndome pasar por mudo.

Cruzamos las murallas por la puerta de Mazarelos y, tras ella, quedó Compostela y, en Compostela, quedó Almodís. Se me cayó el alma a los pies.

—¿Cómo vas a acercarte al rey Afonso? —le pregunté con la garganta anudada.

Él me miró de reojo y del borde de la capucha cayó una cortina de agua.

—Él vendrá a mí, no te apures.

Y ni siquiera cuando llegamos a Toledo había imaginado yo qué clase de artimaña había ideado Laín para tener al rey al alcance de su espada. El señor me perdone por tantas mentiras; me dejé llevar. No pude resistirme.

En el camino, paramos en Astorga un día entero y, mientras yo aguardaba en una taberna, Laín se ausentó.

—Volveré para la cena, espérame aquí. —Fue cuanto me dijo.

Y yo aguardé hasta que apareció con un hato prieto del que no dijo una palabra. Dos días después llegamos al cruce para seguir hacia Mérida o continuar hacia Aragón. Podíamos haber elegido cualquiera de los dos caminos, pero Laín decidió que seguiríamos hacia el sur por la que desde los tiempos de César Augusto llamaban «ruta de la plata» Y, en cuanto tomamos el desvío, detuvo la montura y nos hicimos a un lado del camino.

—Desnúdate —me dijo, empezando él también a despojarse de sus ropas.

Estaban limpios y no parecían usados. Eran de lana basta, suelta, teñidos con agalla de roble. Nunca me lo explicó y prefiero no saberlo, pero la verdad es que llegamos a Astorga como un caballero seguido por un trovador que le hacía de escudero y continuamos camino como un fraile franciscano con su asistente oblato. E íbamos de buena guisa, porque después, afeitándonos el uno al otro, nos hicimos la

tonsura y seguimos cabalgando con las coronillas escocidas.

Aunque ésas no fueron las únicas sorpresas que me aguardaba en esos días de locura.

Llegamos a Toledo remontando el Tajo. Pasamos por los huertos y cigarrales concedidos después de arrebatarles la ciudad a los moros. Rodeamos los cementerios de mudéjares y de mozárabes y dimos un cuarto de vuelta a la muralla hasta estar a la par de la isla de Antolínez, donde vimos un buen molino de grano que le robaba fuerzas al río. Entramos en la ciudad por la puerta del Vado, dejando atrás la que decían de la Bisagra, porque andaban esos días reparándola.

Y es que de eso vimos mucho en Toledo en las semanas que siguieron. Parecía que estuvieran levantando la ciudad entera de nuevo, pues, donde no estaban obrando, iban a empezar o acababan de terminar. Aunque, de entre todos aquellos menesteres, el más grande, sacro e impresionante, era el de la catedral que alzaban entre andamios, cantería y maestres ocupados; alta, espigada y al estilo de los francos, montaban en esos días la girola, piedra a piedra, borrando la mezquita que los agarenos habían santificado en la plaza para sus rezos. Y parecía justo aprovecharse, porque antes que mezquita, el lugar ya había sido iglesia. Allí estaban las tumbas de los godos Recesvinto y Wamba, que habían reinado desde Toledo antes de que los moros la conquistaran para perderla después.

Y a fe que se notaba que los mahometanos habían ocupado la villa durante sus buenos siglos. Estaba llena de callejas estrechas, callejones sin salida y laberintos complicados que nos ocuparon buena parte del día y una docena de preguntas hasta que dimos con lo que Laín buscaba.

Pasamos por donde levantaban de nuevo el alcázar, en el que estaban construyendo grandes torres. También por unas calles enredadas en las que se vendían viandas, vinos y pinchos de carne de cordero adobada al estilo moruno, cocinados sobre ascuas. Y al poco llegamos, al fin, a nuestro destino.

—Ése es, frade —nos contestó un pordiosero cuando preguntamos por enésima vez a ver si nos encontrábamos—, vais bien encaminado. Ahí mismo lo tenéis, santidad. El castillo de san Salvador, y enfrente —añadió moviendo una mano a la que le faltaban dos dedos—, la iglesia de san Salvador.

Para aquellas alturas de la aventura, a mí, la curiosidad me hacía hervir la sangre. No tenía idea de en qué carajal nos metíamos, pero Laín no soltaba prenda y a mí no me daban los caletres para imaginar respuestas por mi cuenta. Me dejé ir hasta que él cogió la aldaba de la puerta y llamó con fuerza.

—De aquí en adelante, eres mudo —me dijo muy serio, con las barbas crecidas, la tonsura y el hábito de franciscano que no lo hacía parecer ni medio santo—, mudo.

—¿Cómo?

No me dio tiempo a hacer más preguntas. Se oyeron los goznes. La puerta se abría. Y yo recibí un codazo en el costillar que me quitó el aliento.

—Mudo —insistió mirándome con aquellos ojos de hielo.

Apareció un tipo enclenque con los dedos manchados de tinta, las mangas cubiertas de borrones y todo envuelto, como harina en un molinero, en una niebla de polvos de las piedras secantes para las vitelas.

—Buen día nos dé el señor —nos saludó, fijándose en los hábitos.

Tenía pecas por doquier, los ojos tan claros que parecían de leche, y hablaba con una matraca que sólo podía ser de origen germano.

—Buen día —respondió Laín con un acento que tenía que ser igual que aquel dejo meloso de Guy de Tarba—, soy Guillermo de Rubruquis, embajador del rey Luis para los tártaros del este.

A mí, igual que a aquel copista, se me salieron los ojos de las órbitas, pero Laín, muy serio, siguió con la impostura.

—Y este pobre desdichado, mudo desde su nacimiento, es mi asistente, Gosset —terminó de anunciar, haciendo un gesto hacia mí.

—Bienvenido —logró balbucir el otro, claramente impresionado.

—A mi regreso desde Cilicia, se tuvo noticia en la Corte de que el buen rey Afonso ha instalado en este buen lugar —yo miraba a Laín sin poder creerme lo bien que fingía aquel acento franco— de san Salvador observatorios en las terrazas, para contemplar sus tablas sobre las estrellas de nuestro firmamento en el octavo cielo.

El copista asentía con la boca abierta, mostrando pocos dientes y mal sembrados.

—Y traigo de mi buen rey, santo como pocos, el noveno de los Luises de todos los reinos francos, el recado de conocer mejor esos trabajos.

Fue como cortar manteca. Se nos abrieron todas las puertas gracias a aquellos embustes descarados.

Nos trataron como a reyes. Enseguida se pusieron a disposición del enviado del rey Luis aposentos en las casas del arzobispo y, tanto en las salas anejas a la catedral como en las propias del castillo de San Salvador, conocimos a más copistas, escribientes, amanuenses y estudiosos de todo color y condición. Ellos eran los de verdad y nosotros meros fingidores, pero Laín se manejaba con disimulo y la cosa pitaba.

El rey Afonso era hombre de peligrosas ideas en aquellos tiempos. Además de sus líos con los casorios, su irredento empeño en hacerse con el trono del Imperio y demás discusiones con Aragón, desde la Corte promovía el estudio de las ciencias y la medicina, algo tan cercano a los moros y a lo esotérico que había muchos en demasiados lugares que le querían tomar medidas para cavarle una fosa. Se rumoreaba que incluso desde la misma Roma lo miraban con el ojo torcido, asunto que no le ayudaba para hacerse con la herencia de Carlomagno y que explicaba la traición de la vera cruz en la que Laín se había visto enredado.

Pero para mí, pese al suplicio que supuso hacerme pasar por mudo, fueron aquellos días en Toledo una sucesión inolvidable de descubrimientos fabulosos.

Por aquellas mismas mesas de los escritorios que visitamos habían pasado grandes como el *magister* Miguel de Escotia, que había traducido al latín obras de Aristóteles. O Juan el Hispalense, y Domingo Gundisalvo, sin olvidarse del gran Salio de Paula. Incluso Germán el Alemán, que había puesto en castellano la *Retórica* de Averroes o la *Ética a Nicómaco*.

Aunque a mí, como me movía el oficio, me hacía mucha más gracia saber del trovador genovés Bonifacio el Calvo. De Cerverí de Girona. Y, por supuesto, conocer cualquier detalle de mis admirados Airas Nunes o Pero da Ponte, que habían llegado a Toledo desde mis tierras gallegas.

A cada paso por aquellos lugares descubría algo que leer o que admirar. Porque se me suponía mudo, sí, pero no ciego y, en aquellos días de Toledo, pude leer los cuentos traducidos del *Calila*.

Me faltaban las horas para ver cuanto allí se hacía y quedé patidifuso cuando me dieron a conocer los himnos que se habían compuesto en aquellas mismas mesas en loor de la santísima Virgen María. Qué dulce maravilla. Incluso aprendí de memoria más de una estrofa.

Pero no todo resultó miel sobre hojuelas.

La pena fue que, como se suponía que recorríamos aquellas calles y bibliotecas por los intereses astrológicos del rey Luis, tuvimos más trato con los hombres de ciencia que, atareados como hormigas, corrían de las terrazas de San Salvador a los escritorios. Así conocimos a la curiosa pareja que formaban Yehudá ben Mosé y Guillén Arremón de Aspa, que andaban trabajando en los que terminarían siendo los *Libros del saber de la astrología*.

Yehudá era hebreo hasta la médula, con su nariz ganchuda, sus labios finos, sus ojos pardos y pequeños, sus rizos colgando en las patillas, sus ropas extravagantes y un saber hacer pausado. Era menudo, ratón de biblioteca hasta la médula, y callado. Por el contrario, Guillén era largo como un día sin pan y parecía hecho de astillas. Llevaba todo el cabello desarreglado y sus barbas valían para nido de chochines. Resultó ser un tipo mucho menos preocupado por los preceptos de su fe y tanto le daba comer conejo que cordero.

El primero era más de tinta y vitela, y andaba siempre preocupado por sus mezclas de alumbres, yesos y cerosas, interesándose por nuevas moliendas de cinabrio, mina o rubia para dar mejores colores a sus iluminaciones. Y tenía a todas horas una queja en los labios por los nuevos pergaminos que se habían empezado a fabricar en Játiva según la receta llegada desde Oriente a través de las rutas comerciales. Al parecer, aprestaban trapos húmedos y los aplastaban entre planchas que les escurrían el agua para producir algo a medio camino entre los papiros de los egipcianos y la buena vitela de toda la vida. Y al atareado Yehudá se lo llevaban los demonios con aquel ingenio.

—Es mucho más barato, pero se descoyunta en cuanto se apoya la pluma y se rompe con sólo mirarlo —repetía una y otra vez.

El segundo era un hombre mucho más práctico, sin otra preocupación en la vida que las nubes. Pasaba la tarde mirando al horizonte, intentando adivinar por dónde pasarían los rebaños descarriados de las malditas, no fuera a ser que le estropearan el trabajo que tenía planeado.

Y ambos tenían la intempestiva costumbre de pasarse despiertos de vigilia a maitines, mirando al cielo y rogando porque fuera luna nueva, porque, si estaba llena, les estropeaba el brillo de las estrellas.

Sin duda, Toledo era una ciudad de prodigios en aquellos días; lo único malo fue que, tanto Yehudá como Guillén nos trataban con la cortesía justa.

Estaban allí pagados con los dineros del rey Afonso, y, como nosotros, presuntamente, andábamos a la búsqueda de los trabajos astrológicos, ellos quedaban escamados. Temían que le fuéramos con el cuento al rey Luis, que tenía sus buenas migas con Jaime de Aragón y mejores aún con el papa Alejandro, ambos con ojeriza hacia Castilla.

Su trato era tan frío y distante que echó a volar los pájaros de mi cabeza. Andaba yo tan metido en mis ilusiones por las cantigas que había visto recién compuestas, por tanto libro del que aprender algo, que tardé en darme cuenta de lo precario de nuestra situación. No éramos más que un par de embusteros que, por ende, habían elegido un mal papel que representar en aquella tragedia.

Como en Compostela, cualquier día podía ser el último. En cualquier momento podían venir a prendernos. Y a mí, en cuanto caí en la cuenta, no me llegaba el pellejo al cuerpo.

Una noche ya no pude aguantar por más tiempo mis temores. Tumbado en mi

jergón de paja a los pies del lecho de Laín, se lo hice notar.

—Todos nos miran con el ojo vuelto. No se atreven a echarnos por si acaso decimos la verdad —mi voz andaba tomada por el poco uso de esos días—, pero no creo que duremos mucho.

Me contestó con pasmosa calma:

—Eso es lo que queremos, que desconfíen.

No me dio más explicaciones, por más que le rogué y, cuando se cansó de callar las respuestas que yo buscaba, se limitó a insistir en lo que le convenía.

—Recuerda que eres mudo, mi buen Gosset —me dijo con una sonrisa cargada de cinismo.

Y yo no comprendí el porqué hasta que llegó el momento de la verdad. Hasta aquella noche de tormenta en Toledo, cuando descubrí el fin de aquella historia que llevaba toda una vida buscando.

Durante años pensé que mi promesa había condenado mi historia. Debía esperar hasta que Afonso muriera. Y hasta el último hijo de su madre ha de saber lo que pasó aquella noche en Toledo. Y poca gracia tenía contar la gesta si, de antemano, se sabía el final.

Fue una noche de tormentas. El cielo se desmoronó. Un rayo tremebundo cayó en una de las torres del alcázar, y la obra se vino abajo.

Sin embargo, ahora, con la sensatez que da el llegar a viejo, comprendo que estaba equivocado. Porque no todo acabó en aquella noche de perros que barrió Toledo.

Ahora lo sé.

El río Deza se revuelve en estos montes. Serpentea entre los bosques, hechos de carvallos, castaños, laureles, alisos y madroños. Sus aguas y sus piedras bañadas envuelven el otero donde se construyó esta bendita abadía de Carboeiro.

Y entre estas paredes acabaré mis días. Eso también lo sé.

Me lo dicen mis manos, llenas de manchas que me ha traído la vejez; mis manos, que ya no son lo que eran. Tocar sólo una tonada en la cítola hace que me duelan todas las junturas, más aún ahora, que paso el día sobre la vitela, escribiendo la historia de Laín de San Paio.

Son tantas horas encorvado que, de tanto en tanto, me levanto. Echo mis viejas manos a los cuadriles para estirarme y, después de oír cómo me crujen los huesos del espinazo, deambulo por entre las mesas de mis hermanos. Veo a los iluminadores con sus cartularios, a los letristas con sus misales, y me piden consejos porque piensan que los años me han hecho sabio. Después me acerco a esas ventanas que ayudan a los cirios para que acometamos nuestros trabajos y miro entre las copas de los árboles.

Puedo ver los cerros llenos de paz en los que trabajan los hombres. Talan árboles con los que industriar el carbón de madera que da nombre a este lugar.

Veo el río. Veo los bosques. Y veo también mis recuerdos. Vienen a mí para que no olvide a aquel encapuchado que me salvó de morir apaleado como una chacina. Para que recuerde lo que sucedió en Toledo.

Han pasado tantos años…

Y he tardado tanto en comprender cuál fue el verdadero final de la historia de Laín…

Que el Señor me perdone, pero fue una noche de mil demonios.

Ya durante nona Laín empezó con sus preparativos, seguro de que todo iba a salir según lo tenía previsto. Y mientras mentíamos, escondíamos y robábamos, el bochorno todo lo podía, haciendo que costase respirar de tanto calor y tanta humedad.

La tormenta crecía y crecía, robando agua del Tajo, arrebatándoles el viento a los montes, preparándose para caer sobre la ciudad.

He tardado tanto en comprender que no todo acabó aquella noche.

Por aquel entonces el rey Afonso era aún joven y gallardo, Teobaldo de Navarra

ya había muerto y Jaime de Aragón miraba hacia la vejez. Fue el año en el que, con boatos y alharacas, se celebraron Cortes en la ciudad para dar el anuncio oficial, político, firmado, rubricado y lacrado de lo que ya era un secreto a voces que conocía hasta el más borracho de la taberna más cochambrosa de todo el reino: el rey de Castilla era heredero al trono del mismo *Barbarroja*. El rey de Castilla, Toledo, Galicia, Sevilla… El rey de todo quería más. Quería reinar sobre toda la cristiandad.

Supongo que eligió Toledo porque le tenía apego al lugar. Había nacido en la ciudad y en ella estaban sus talleres reales. Por eso, después de que terminara el asunto de las Cortes, dio voz a los pregoneros para que el vulgo supiera de su próxima hazaña: partiría hacia Roma una embajada en la que mandaba a su hermano Manuel, acompañado de don Raimundo, prelado de Sevilla, para convencer al papa Alejandro de las virtudes de la candidatura de Afonso al trono. Quizá le llevaban también otro de aquellos condenados pedazos de la vera cruz que tantas muertes habían causado. Aunque eso ya no lo sé, pero imagino que algo había, porque el cuarto de los Alejandros tenía manía al rey Afonso y se decía que era terco como una mula revenida.

Estaba hecho. Había sobornado a los electores, iba camino de sobornar también al mismísimo Papa y, sin embargo, nada era suficiente para Afonso. Su ambición lo carcomía y, mientras atendía aquellos asuntos, se rumoreaba igualmente que, además, el rey tenía puestas sus ansias en la fortaleza que los moros llaman Ribat. Y a saber adónde más apuntaban sus ojos.

En aquellos días parecía que Afonso brillaba con su propia estrella. Lleno de ambición y deseo. Vestido de codicia.

Fue esa ambición la que lo perdió, y no por primera vez.

Tenía razón Laín, y sabía bien lo que se hacía. Con aquella farsa que había ingeniado, el rey no pudo resistir la tentación. Quién sabe en qué diantres pensaba Afonso. El franciscano Guillermo había estado con los mogoles, el Papa quería convencer a los mogoles de que echasen una mano en Tierra Santa, y el rey quería ponerse a bien con el Papa.

Después de tanto anuncio y tantas políticas, hubo una gran cena en el alcázar. Tanto se cocinó y tanto se comió que por toda la ciudad corría el aroma de los cochinos asados, los mejores costillares de buena ternera adobados y las frituras de truchas con almendras.

Ya en el monasterio de Santo Domingo se habrían recogido los frailes después de completas, pero, tras la comilona, guardando las apariencias para que nadie supiera de sus intenciones, el rey se dejó llevar por la semilla de codicia que Laín había plantado.

Afonso llevaba mucho tiempo gastando sus buenos dineros en lustrar su reino. Al modo de los califas, el monarca de Castilla pagaba por conocimientos y sabiduría, para que filósofos, teólogos, matemáticos y médicos trabajasen para la Corona haciendo de su reino un lugar a envidiar. Si Castilla era grande, Afonso era grande. Y

era espabilado, sabía bien que quienes estudian las estrellas tienen horas intempestivas para dedicarse a laborar y, pese al vino de la cena, no pudo dejar de acercarse a San Silvestre para averiguar la verdad de lo que le habían contado.

No había alma en la ciudad que no supiera del enviado del rey de Francia, y aquellas nuevas llevaron a Afonso hasta las terrazas que había mandado instalar para que quienes gastaban de sus mecenas mirasen los astros del cielo.

Y allí lo estaba esperando Laín. Y yo junto a Laín.

Estaba dispuesto a matar o morir, sin importarle el precio.

Se había preparado para agarrar a su sino por lo que cuelga y echarlo barranco abajo. No había en su rostro ni pizca de las sonrisas de Compostela. Era de nuevo aquel encapuchado irredento que no había oído hablar de la clemencia. El mismo que había apaleado a los hombres del *Tres Cantos*, el mismo que había reventado a su hermanastro y despachado al vuelo a un veterano de los templarios. Era el hideputa malnacido que Guy de Tarba se había empeñado en crear.

Lo era.

Y estaba dispuesto.

Le rebanaría el pescuezo a cuantos hiciera falta. A los ayudas, al mayordomo, a los coperos y despenseros, al ayo, a los guardias y, por supuesto, al propio rey Afonso.

Sin embargo, ni Laín ni yo habíamos esperado que también apareciera aquél a quien ya creíamos perdido.

Bastó escuchar aquella risa de oso. Pese a los años, la voz llena de mofas y jarana resultó inconfundible. Se quedó tieso, se le escapó sólo un murmullo.

A mí no me llegaban las uñas para morderme apenas lo oí.

—No puede ser…

Lo miré desconcertado, escupí un pellejo de mis propios dedos mordisqueados hasta el hueso y le pregunté:

—Es…

Prestó atención un momento; se acercaban, se oían las chanzas y el buen humor. Venían unos cuantos, contentos. Como un perrillo, inclinó la cabeza.

—Es Ciriaco —dijo al fin.

Llegaron las primeras nubes. La luna y las estrellas se arroparon con ellas.

Ya no soy más que un viejo monje, blasfemo y pecador. Empieza a fallarme la memoria. No recuerdo si hoy he desayunado gachas o cuál fue el sermón de nuestro abad en la última homilía, pero no para aquellos días, no para aquella noche. Cómo olvidar la oportunidad que perdí. Cómo olvidar que estropeé el propósito de toda una vida.

No, de aquella noche recuerdo hasta el más mínimo detalle.

Aquella noche se convirtió en tinieblas. Ya nada había que mirar en el cielo. Los nubarrones se espesaron como humos sobre el caldero de una meiga. Todo fue oscuridad. Se aventaba la tormenta, que ensortijaba los rizos, que hacía sudar, que apretaba con su calor, pegajoso y húmedo.

La inmensa ciudad dormía a nuestros pies. Junto a las mismas terrazas quedaba a medias la faena del castillo de San Silvestre. Más allá, en la penumbra, se distinguían las torres de las iglesias: la de Santiago del Arrabal, la de San Ginés, la de Santo Tomé. También se adivinaba el contorno de la bóveda de la Sinagoga Mayor, y la más pequeña del Tránsito. Se veía la girola a medio terminar de la catedral, cruzada de riostras y andamiajes. Y, algo más lejos, la modesta mezquita de las Tornerías. El laberinto de todas aquellas calles enmadejadas que habían dejado los moros se llenaba de sombras, y los gatos, que se olían la mojadura, se escurrían por las esquinas buscando refugio.

Éramos cuatro, pero Yehudá y Guillén llevaban maniatados desde nona. Habían aparecido por allí como de costumbre, para dedicar otra noche más a contemplar las estrellas y dar sentido a los libros que traducían. Laín los había reducido haciéndoles el menor daño posible y miraban hacia nosotros con los ojos asustados de dos conejillos. Estaban amordazados. No tenían pajolera idea de lo que pasaba, pero no eran importantes. Acurrucados en un rincón, junto a un desaguadero, no molestarían.

Volvió a oírse aquella risa. Empezó a llover, goterones grandes y tibios. Cayó el primer relámpago y el cielo chispeó como una hoguera humeante. Y, antes de que el trueno se descorriese, aparecieron por las escaleras los primeros hombres del rey.

Plantaron sus botas en los miradores de San Silvestre dos fornidos caballeros que venían de buen humor, contentos por el espíritu del vino en la cena.

La lluvia arreció y eso los distrajo. Siguieron avanzando bajo el aguacero y, tras ellos, media docena más, todos soldados escogidos que habían acompañado al rey en lances contra los moros. Curtidos, baqueteados por la espada, el alfanje y la adarga.

La tormenta volvió a rugir entre las centellas del cielo mientras los hombres del rey Afonso se iban dispersando, dejando sitio para su majestad.

Yo estaba detrás de los bancos que había allí para los estudiosos de los cielos, intentando que no me vieran. Sin perder detalle. Con los humores del vino y la tormenta achuchando, al principio, ninguno de ellos se dio cuenta de que los estaban esperando. Chantado allí, bajo el aguacero, Laín aguardaba espada en mano. Era una locura. Se enfrentaba a una muerte segura. Aunque nadie pareció advertir en él.

Estaba allí, al contraluz de los relámpagos, dispuesto a todo a cambio de nada.

Impertérrito. A mí, en cambio, me podía el miedo, me temblaban hasta las muelas y poco faltó para tragarme la lengua del susto cuando sonó la primera campanada.

Medianoche.

Por toda la ciudad sonaron las campanas en las espadañas y en las torres, pero antes de que los bronces cumplieran la docena, estalló otro relámpago y el trueno lo siguió de inmediato. Teníamos la tormenta encima.

Llegó el rey y con él quien no podía ser otro que Ciriaco. Vi la mancha en su mejilla a la luz de un relámpago, como vino derramado.

Venían riendo, charlando animados, con buen humor pese a la noche de perros. Contentos por todo el asunto de las Cortes y la embajada papal.

El resto de la guardia se fue espaciando por la azotea, acostumbrados a estar sin parecerlo, a guardar las espaldas del rey si era necesario, pero a pasar desapercibidos si no se les necesitaba.

Con el siguiente relámpago uno de ellos se percató de que aquel franciscano en medio de la terraza no era trigo limpio. Quizá vio la espada. No lo sé, pero, a partir de ese momento, todo sucedió, imparable como una avalancha.

La risa de Ciriaco se apagó de golpe y su mano señaló donde aguardaba Laín.

El rey preguntó algo; sus hombres se echaron hacia delante. Ya todos se preparaban y los hierros salían de las vainas. No hacían falta explicaciones.

Afonso y el mercader de reliquias hablaron. El rey ordenó a sus hombres que se quedaran quietos. Laín dio un paso al frente y todo el miedo que él debía haber sentido se quedó conmigo, mientras yo, agazapado, luchaba contra el deseo de salir corriendo.

Un rayo encendió el cielo. Cayó a unas calles, sobre la casa de algún desgraciado.

—Depón la espada y saldrás con vida. Conseguiré merced para ti —le dijo de pronto Ciriaco.

Laín dio otro paso al frente. Dos de los guardias se pusieron nerviosos y miraron a su rey, dispuestos a inmiscuirse a la menor señal de peligro.

—No seas insensato —volvió a hablar Ciriaco—. Es imposible que lo consigas.

Laín dio un paso más y alzó su espada. La que había sacado de las manos frías de Guy de Tarba, la que había rescatado de la fortaleza de Alamut, la que había llevado hasta su padre en la ciudad del árbol de plata.

—¿Fue desde el principio?, ¿desde Navarra?

Ciriaco negó sacudiendo la cabeza.

—¿Qué importa eso?

—Dímelo, ¿cuándo nos traicionaste?

La tormenta zarandeaba Toledo. Otro rayo hizo retemblar las obras de la catedral y los andamios cayeron con estruendo golpeados por cascotes de piedra.

—¡Maldita sea! Todavía puedes salir de aquí con vida, no merece la pena…

—¿Cuándo?

Resopló y se limpió el agua del rostro con la mano. El rey Afonso miraba la

escena; parecía divertido, seguro de sí mismo.

—¿Cuándo? —insistió Laín, alzando la voz por encima de los coletazos de otro trueno.

—Antes de que vinierais a verme —sus labios se contorsionaron—, Teobaldo ya había hablado conmigo —reconoció Ciriaco.

Bien sabe el señor que no he sido un santo. Conocía bien la expresión en el rostro del mercader. Se arrepentía por lo que había hecho. No me cupo duda, se había dejado vencer por la tentación. Le dolía en el alma, pero, igual que yo mismo en mi vida de pecador, él tampoco pudo evitarlo.

—Después del fracaso en Judea, recurrió a mí. —Yo lo conocía bien, el sabor a hiel que aquellas palabras dejaban en su boca me era familiar—. No sabía que yo había sido uno de los niños de Cloyes —había pena y dolor en él—, pero conocía mis negocios. Quería que averiguase lo posible, había hecho un trato con su majestad —señaló con una mano al hombre que llevaba la corona de Castilla—. Lo habían arreglado a conveniencia de ambos a cambio de San Sebastián y Fuenterrabía… Y fue entonces cuando aparecisteis vosotros dos.

Vi al rey Afonso torcer el gesto. Y no me extrañó. No le gustó que le aireasen los trapos sucios de aquel modo. Además, tenía que andar espantando a sus guardias. Los suyos andaban locos de preocupación y querían sacarlo de allí cuanto antes, no fuera a ser que, si se libraba del franciscano loco que lo amenazaba, acabase presa de un relámpago que lo matase. De haber podido, habrían ido allende los mares para traer el cuerpo de santa Bárbara.

—Nos abandonaste —dijo Laín mordiendo cada sílaba, ajeno a las cuitas del rey.

Volvió a negar Ciriaco y otro relámpago prendió en el cielo, arrancando destellos a cada gota. A lo lejos empezó a oírse ajetreo y alarma. Los andamios de la catedral se habían prendido fuego y chisporroteaban, queriendo arder pese al aguacero.

El rey ordenó algo a sus hombres y se dio la vuelta.

—Tenía a los hombres de Cosroes. Era una oportunidad única: podía pagarles con las perlas del eunuco y estaban dispuestos a acompañarme. Rodrigo había desaparecido en las montañas de Persia, no podría volver a tiempo… Sabíamos que los templarios nos buscaban, teníamos que encontrar los maderos antes que ellos. Si lo hacían, hubieran cerrado el trato con Fruela…

Hubo una pausa, y entonces llegó la excusa que siempre necesita el cobarde para convencerse a sí mismo de que no ha hecho mal alguno:

—Y pensé…, pensé que habías muerto. Que los dos habíais muerto.

No hacía falta preguntar el porqué. Había llegado a Toledo en la comitiva real.

El rey había querido con qué pagar por el trono. Los templarios habían querido las reliquias para hacerse aún más ricos. Fruela había aprovechado la ocasión. Ciriaco había hecho lo mismo.

La tormenta no daba tregua y los hombres del rey empezaban a perder la paciencia. Podía leerse en sus caras que se estaban hartando de toda aquella cháchara.

Uno de ellos instó al rey, Afonso chistó, negó y, después de una mirada, asintió.

—¡Pensé que estabais muertos!

Yo sabía cuán fácil era poner excusas para evitar la culpa. Llevaba haciéndolo toda una vida de tabernas, robos, mujerío y timos.

El rey desaparecía por las escaleras y con él se iban sólo un puñado de hombres. Una docena larga se quedó en la terraza y, a la orden de quien los mandaba, cerraron el cerco. Uno de ellos nos rodeó con pasos cautelosos, buscándole la espalda a Laín.

Hasta entonces nadie me había visto y di gracias al Señor, porque estaba claro que iban a matarlos a los dos, al frade loco y al mercader de reliquias. Y a mí, si me encontraban. Ya se sabe que la amistad de un rey dura sólo lo que su paciencia. El poder sobre la vida y la muerte corrompe a cualquiera.

—He esperado toda mi vida una oportunidad como ésa —prosiguió Ciriaco—. Siempre supe que me haría rico. Y era un secreto que valía más que el oro.

Más excusas.

No sé si Laín se percató de que el rey ya se había escapado. Supongo que no. Supongo que en aquel momento le pesaron todos los consejos, las largas horas del camino, las risas compartidas, los regalos, los juegos de ajedrez. Ciriaco había sido para él más que un compañero de travesía. De algún modo, igual que Guy, el mercader había llenado el hueco de un padre al que había echado en falta. Ciriaco los había traicionado, a él y al gascón.

Traicionado.

Cayó otro relámpago y lo siguió un nuevo trueno. En el rostro de Laín, la repentina luz agudizó los ángulos de sus huesos. Tensaban la piel, brillaban bajo el velo de agua.

Lo conocía lo bastante como para comprender que no tendría piedad.

Y tampoco quedaba tiempo.

El guardia del rey, sin previo aviso, se lanzó hacia Laín con la espada dispuesta.

Quizá, pese a estar aturdido por cuanto había averiguado, habría reaccionado a tiempo; nunca vi a nadie tan hábil con el hierro como ese condenado loco. Quizá. Pero no hizo falta, porque Ciriaco, que había tenido la escena de cara todo el tiempo, reaccionó.

Supongo que lo acosaban los remordimientos. Lo más probable es que no lo pensase bien. Se interpuso entre el hierro y el hombre. Se lanzó hacia delante, sin más. Se llevó la estocada.

No vestía cota y la espada lo atravesó de parte a parte. Cayó desmadejado a los pies de Laín. El resto de la guardia se lanzó en tropel, imparable, una masa erizada de hierros afilados.

Cada vez que caía un relámpago yo veía la escena moverse.

Ciriaco estaba en el suelo, malherido. Laín peleaba, pero eran demasiados.

Un nuevo destello.

El traidor intentaba ponerse en pie y ayudar. Había comprendido el mal que había

hecho y pagaba su penitencia. Intentaba redimirse. En tanto, Laín luchaba por su vida. Un tajo le costó dos dedos de la mano izquierda. Un golpe lo llevó al extremo de la terraza y a punto estuvo de caer al vacío.

Otro relámpago.

No sé por qué lo hice, pero salí de mi escondrijo, cogí la primera espada que encontré en el suelo y traté de ayudar.

Temblando de miedo, me lancé entre aquella marabunta.

Volaban los puños y los codos. Los filos segaban el aire. Laín atendía a unos y a otros. Ciriaco trataba de incorporarse.

Estaba entre dos y un tercero se levantaba trastabillando tras una tarascada. Inseguro, fui a por él. La espada era extraña en mi mano, nunca antes había usado un arma como aquélla. Lo mío había sido siempre salir corriendo.

Desdichado de mí, lo intenté, pero fui incapaz.

Cayó otro relámpago que deshizo la noche. Le siguió un trueno que sonó como si se abriesen de pronto las simas del infierno.

Apenas pude acercarme cuando una sombra se me echó encima y me golpeó con el pomo de la espada.

Infeliz, condenado, imbécil. Fue un golpe tan grande que aún hoy en día puede verse la cicatriz atravesándome la tonsura.

No volví a ver otro rayo. Perdí el conocimiento.

Desgraciado de mí.

Me perdí el final de la historia que llevaba buscando toda mi vida.

Quién me mandaría a mí meterme en aquel desaguisado. Había seguido a aquel hombre durante leguas y leguas, movido por el deseo de conocer el final de su historia y, cuando estaba a punto de conseguirlo, fui tan imbécil como para terminar sin sentido.

Desperté con el ruido de pasos en las escaleras. Me asusté. Me llevé las manos a la cabeza y descubrí que sangraba. Me dolía como si me hubiera coceado un caballo con mala baba. Y aún estaba aturdido. La tormenta ya había pasado. Sobre mí se abría el cielo infinito, limpio y renovado, cuajado de miles de estrellas y sueños de poetas.

Pero en cuanto me giré encontré la muerte. Allí estaba Ciriaco, sin vida. Y los guardias del rey Afonso, tiesos. Y otros tantos venían en camino, pues se oía el retumbar de las botas en los peldaños. Ni rastro de Yehudá o de Guillén, a los que algún alma caritativa habría cortado las ataduras.

La cabeza no me regía como era debido, pero me di cuenta de que había algo en mi mano. Y, cuando la abrí, se me escapó un gañido. Besantes, besantes de oro que habían recorrido el mundo por dos veces. Tenían que ser los últimos, cuanto le quedaba de lo que don Rodrigo le había dado en Qara Qorum. Y una cosa más. Un recuerdo que Laín se había traído consigo de aquellos lejanos lugares de la Tartaria.

—Me trae a la memoria al viejo Tomás y a sus mentiras sobre los salmones —me decía siempre con una sonrisa.

A saber por qué diantres me dejó aquello. Lo más seguro, lo cogió al despiste, al tiempo que se hacía con las monedas para dejarlas en mi mano.

Tardé mucho en entenderlo.

Me revolví de inmediato, luchando contra el dolor que me iba del colodrillo a los talones. Me guardé los besantes y aquel carajo. Y entonces lo busqué.

No estaba por ningún lado. Maldije en arameo. Corrí de un lado a otro de la terraza, buscándolo. Agitado, resollando como una mula al trote, lo busqué por todos lados, pero no lo vi. Se había ido. Las pisadas se aproximaban, venían a limpiar lo que quedase del desastre, o a interesarse por sus compañeros. O a mirar las estrellas, qué demonios importaba. Si me encontraban allí, iba a tener problemas.

Y yo no sabía cuál era el final de mi historia. Sí, de mi historia. Porque ya era mía. Mi mayor tesoro. Y no sabía cómo acabarla. Maldije mi estampa y me acordé de todos mis muertos.

Al pensar en ello aún se me eriza el vello de los brazos. Lo perdí. Sólo tenía preguntas y nadie que me respondiera. Y, si me entretenía allí un poco más, la clase de explicaciones que iba a recibir tenían más que ver con despellejarme vivo o con acabar mis días en una mazmorra.

Corrí por la azotea una vez más. Pero no estaba. Desesperado, huí.

Habían sido muchas las madrugadas escapando de maridos cornudos.

Balconadas, pajares, torres. Prófugo de los celos y penitente de las faldas, ése era yo. Había salido por piernas de muchos lechos. Tenía práctica, incluso en precario,

con el hato de ropas en la mano y las vergüenzas al aire.

Me escurrí por los tejados de Toledo.

Me arrebujé en la noche y desaparecí cuando empezaron los gritos de alarma en las terrazas.

Dejé la ciudad sin mirar atrás.

Y tardé mucho en comprender la verdad. Años.

Maldiciendo mi suerte, temiendo estar otra vez donde había empezado, vagué un tiempo de un lado a otro con aquella fortuna en oro tintineando en la bolsa, incapaz de volver a mi antigua vida. No hubo mujeres, no hubo historias. Tampoco estafas, ni faltriqueras descuidadas a las que prestar atención. Ni apuestas, ni borracheras, ni galanteos a las mozas de la posada. Vagué por los amplios campos de Castilla, entre las ovejas y el trigo.

Atravesé el reino; no sé el motivo. Y encontré solaz llegando a los montes gallegos. Rumiaba mi desgracia, pero los verdes de mi infancia me recogieron para calmarme.

Quería dejarlo todo atrás. Empezar de nuevo. Había perdido mi gran oportunidad.

No sabía si estaba vivo o muerto. No hubo noticias de prisioneros. Si los viajeros hablaban de algo, era de la manía del rey por hacerse con el trono del Imperio.

Viajé hasta los pagos de San Paio. Encontré a sus gentes contentas, felices por haberse librado del cruel Fruela Rodríguez. Las tierras pasaban a un pariente lejano por parte de la madre, alguien de Navarra, pero aún no había venido a reclamarlas. Y en los paisanos se advertía la alegría de la libertad, que les aclaraba los rostros.

Tampoco allí lo encontré. Nunca volví a verlo. Y tardé muchos años, muchos, en comprender la verdad. Todo había sucedido ante mis ojos, pero yo no lo entendí. Cuánta verdad hay en aquello de que el demonio sabe por viejo, no por demonio. Me hicieron falta años.

El azar me llevó hasta las tierras del Deza. Pasé por sus fortalezas; la de Cira, la imponente de Rellas y la más modesta de Costela. Y cada una de ellas me recordaba mi mala fortuna, porque cada una de ellas me susurraba el nombre de San Paio.

Una tarde, cuando intentaba cruzar el río en un estrecho entre grandes berruecos de granito, hube de cederle paso a un carro cargado de carbón que ocupaba el único puente que había en leguas. Tirado por dos bueyes de grandes cuernos y flequillos recios, las ruedas se quejaban por el esfuerzo de la carga. Chirriaban sobre su eje y el caso avanzaba con penosa lentitud. Y me senté a esperar en una roca, mientras el boyero se afanaba con la vara, guiando a los animales con toques en las ancas y palabras amables.

En tanto aguardaba, alcé la vista. El río, profundo y azul, tempestuoso. Los berrocales caídos por doquier, como dados olvidados. Los laureles y los madroños colgando de las empinadas laderas. Y arriba, en el cerro, me topé con los impresionantes muros del monasterio.

Y lo supe. Fue como una revelación. Nada quedaba para mí fuera de aquel lugar.

En aquel rincón de paz encontraría fin para mis remordimientos. Tuve la certeza inmediata. Ya no importarían las mujeres, y tampoco las historias. Ni buenas, ni malas. Allí podía empezar una nueva vida lejos de mi pasado y espantando todos mis vicios. Fue como si el mismo san Benito me hubiera susurrado al oído que siguiera el camino de su regla.

No era el primero que se acogía a sagrado para olvidar una vida de pecado. Sabía escribir, sabía de músicas y, ante la generosa dote en besantes, el buen abad me aceptó en su congregación.

Y aquí he visto pasar el tiempo entre maitines y vigilias. Cantando salmos. Rezando. Sin más ambiciones que mi trabajo en el *scriptorium* y, de tanto en tanto, arrancarle unas notas a mi querida cítola. Regidos por la Santa Regla, la vida terrenal transcurre aquí en un aparte; el monasterio se las da y se las sobra para apañárselas.

Algunas veces, un viajero se hospedaba con nosotros. Y yo buscaba su compañía para hacerle preguntas, para saber cómo seguía el mundo más allá de estas paredes. Luego abandoné la costumbre.

Durante muchos años estuve a punto de olvidar la historia de Laín de San Paio.

Hasta que llegaron las noticias de la muerte del rey Afonso. Entonces comprendí. Entonces caí en la cuenta.

Cuando se le caía el rostro a pedazos por la peste que lo iba carcomiendo, cuando se le salió el ojo de la órbita como si fuera un sapo aplastado por una bota, fue atendido por benedictinos como éstos de Carboeiro. Al alcázar de Sevilla, donde pasó sus últimos días, el rey hizo llamar a cualquier matasanos, cirujano o médico; hebreo, moro o, como se dio el caso, monje cristiano.

Y, dentro de la Orden, las noticias viajan rápido.

Pocos días antes de morir, Afonso X recibió la visita de un ánima que lo perturbó mucho.

Nada más escuchar aquel relato, corrí al dormitorio y rebusqué entre mis cosas, hasta encontrar aquel anzuelo despelucado. Aquel carajo que Laín había puesto en mi mano en las azoteas de San Silvestre. Y me reí como un loco cuando lo encontré. Un hierrico en el que habían atado pelambres de res para que pareciera un ratón. Me había contado la historia muchas veces, la de aquel gran pez que se le había escapado cuando lo daba por condenado. Y los salmones del viejo Tomás, allá en San Paio. El camino da para mucho.

Me lo había contado tantas veces…

Y sólo entonces comprendí, y supe que podía escribir al fin la gran historia. Tenía la edad y la sensatez. Los años me habían enseñado.

Lo condenó su ambición.

Su soberbia. No se había atrevido Afonso a decir que, de haber estado él junto a Dios cuando la creación, el mundo iría mejor.

Fue un déspota y eso mismo lo condenó.

Su camino se llenó de desgracias.

Por cada cosa que le salió bien, un ciento se le atravesó.

Su primogénito Fernando cayó muerto en Villa Real, la misma ciudad que el rey Afonso había alzado solamente para romper las costuras de la Orden de Calatrava. Y los caballeros de la cruz le traicionaron.

Su propio hermano, en el que tanto había confiado, el mismo que había enviado para tentar al Papa, lo traicionó. Y los nobles de su reino lo traicionaron. Y su esposa Violante lo traicionó. Y su propio hijo.

Su propio hijo Sancho lo traicionó.

Mientras tanto conquistaba y tanto ansiaba, a su alrededor todo se desmoronó.

Salieron levantiscos hasta de debajo de las piedras. Los mudéjares le plantaron cara. Enfermó, se dijo que se había vuelto demente. Se rumoreó que tenía la lepra.

Entre sombras y dudas, en agonía, a Afonso le arrebataron hasta la última de sus potestades. Como si fuera una chanza, sólo le dejaron el título, para que no muriese de pena.

Ricardo de Cornualles le robó el trono del Sacro Imperio. Y, cuando el inglés murió, fue Rodolfo de Habsburgo el que se sentó en la silla aún caliente.

Triste rey y triste sombra la suya. Afonso repudió a todos. Mató a su hermano Fadrique, y al otro hermano lo condenó a muerte. Desheredó a su hijo, a su propio hijo Sancho.

Y, loco de dolor, con la peste comiéndole la quijada, murió en Sevilla.

Solo.

Desahuciado.

Lo enterraron, casi como quien esconde las basuras, en la misma catedral del Guadalquivir, hace ya dos veranos.

Cayó. Cayó de la gloria al purgatorio.

Y yo he esperado todo este tiempo para contar al fin qué sucedió en Toledo.

La mañana de su muerte el rey despertó agitado, hablando de pesadillas. De un ánima que lo había visitado en la noche.

Los pocos fieles que aún tenía a su lado registraron el alcázar por si algún intruso había entrado hasta los aposentos del rey, pero no encontraron nada. Aun así, el rey porfiaba. Lo habían visitado de madrugada. Un franciscano al que le faltaban dos dedos le había hablado.

Todos creyeron que la locura le había revuelto los sesos. Zanjaron el asunto pensando que había perdido los cabales. Pero yo sé que ésa no es la verdad.

No sé cuándo, no sé cómo.

Yo sé cuál es la verdad. Quizá fue aquella misma noche de tormenta en Toledo, quizá fue años después, en Segovia o en Ribat, quizás esa misma madrugada antes del día de su muerte. Puede que, como yo tardé en comprender, él también tardase en comprender. No sé cuándo y no sé cómo, pero alguien visitó al rey Afonso, alguien que iba vestido de franciscano y que no lo era. Alguien al que yo conocí. Alguien que me salvó la vida mientras colgaba como una chacina.

Y estoy seguro porque ese mediodía, poco antes de que se lo llevara la parca, el rey Afonso cambió su testamento.

Todos se preguntaron por qué. Nadie lo entendió, pero yo sabía la verdad. El rey Afonso conoció la historia del bastardo de San Paio. Y esa historia lo obligó a mudar de opinión.

Lo sé, lo sé porque Laín había escapado. Igual que aquel condenado pez de los ríos tártaros. Laín había comprendido aquella noche en Toledo, tras morir Ciriaco, que no valía la pena. Igual que yo hallé la paz dentro de estos muros de Carboeiro, él la halló en su corazón. Igual que aquel enorme pez, Laín, coleando, luchando con toda su voluntad, había logrado soltarse del maldito engaño que tiraba de él hacia su perdición.

Por eso me dejó aquel carajo despelucado con los besantes. Para que yo entendiera.

Antes de morir, el rey Afonso escuchó la historia del bastardo de San Paio. Y el rey Afonso perdonó. Perdonó a su hijo Sancho, al mismo al que había repudiado y desheredado. Lo perdonó.

—El mejor hombre que hay en mi linaje…

Ésas fueron sus últimas palabras, como rey y como padre.

ESTROFA

FINAL Y CODA

LA NIÑA

«… Y cuando veas a tu enemigo bajo tu poder estima como venganza el hecho de haber podido vengarte.
Entiende que perdonar es un honroso y excelente modo de vengarte…».

Fórmulas para una vida honesta, Martiño de Dumio

Era inquieta y revoltosa.

Y también era grande para sus seis primaveras. Espigada. Con las rodillas llenas de arañazos por culpa de mil aventuras espoleadas por su mente despierta. Ágil y rápida, para rabia de los chicos, era capaz de ganar a muchos de ellos cuando hacían carreras. Tenía espesos rizos trigueños recogidos con un tramo de cáñamo en una coleta que bailaba en su nuca. Las manos las llevaba sucias, de trastear en la tierra. Y sonreía. Sus ojos, grises como la ceniza húmeda, brillaban de emoción ante la perspectiva.

Tras ella, tropezando, despistándose con mariposas y saltamontes, persiguiendo a las rubetas que saltaban en las zarzas, trotaba alegre un cachorro recién destetado. Un cruce de galgo y lobero. De capa casi negra y hocicos afilados.

—¡Vamos, Lusco!, hay que apurarse —gritó con una voz cantarina, llena del contento que sólo pueden tener los niños—, hay que llegar antes de que papá se dé cuenta.

Juntos sorteaban las matas de helechos y silvas. Seguían el sendero que corría por la orilla del río. Era pleno verano y las aguas bajaban cargadas, llenas antes de que empezaran las sequías del otoño. Tenían un dejo oscuro, como de infusión, y cientos de insectos revoloteaban de un lado a otro haciendo enloquecer a las truchas que se cebaban en ellos con cabriolas. En la ribera había malvas, aros, collejas, milenramas, loberas, pies de gavilán, margaritas y majuelos; todos con sus flores al sol. Los herrerillos y los pardales se cantaban sus amores en las ramas, bajo la mañana, limpia de nubes, radiante como la sonrisa de la pequeña.

Iban con prisa hacia una revuelta del río en la que un enorme castaño echaba sus ramas a cruzar el agua. El árbol era viejo y revenido, tenía la copa cuajada de las guirnaldas amarillas hechas con sus pequeñísimas flores y, en el tronco, las cicatrices de los cientos de tormentas que había visto en todos los años que había necesitado para ser tan ancho como para que ni tres hombres juntos pudieran abrazarlo.

—Es allí —le dijo al cachorro, que acababa de atrapar con un mordisco una de las moscas que revoloteaban por la orilla y cruzaba los ojos con expresión extraña—, lo vi trepar.

Conocía bien el lugar. En el otoño recogían allí montones de pinchudos erizos de castañas, los mismos que luego amontonaban para conservar los frutos hasta bien entrado el invierno.

En cuanto llegó al pie del inmenso árbol, lo examinó: las ramas viejas y rotas, ya secas; la corteza, abierta en sitios donde la madera antigua era pasto de carcomas y musgos que colgaban como barbas de viejo; y por alguno de aquellos recovecos se había escurrido el lirón, con su correr asustado.

La niña, pensativa, se arrancó una postilla de una herida en el codo y observó detenidamente todos aquellos escondrijos que plagaban el tronco. Al cabo, llegó a la conclusión de que el más aparente era uno en la horquilla de dos ramas altas, un hueco oscuro por el que se derramaban virutas oscuras de madera estropeada.

—Parece un buen lugar para vivir —le dijo al cachorro con una sonrisa, aunque éste, agotado por el paseo, se había echado a dormir entre grandes bostezos.

También ella se sintió tentada. Se había levantado muy temprano para ayudar a su madre con el pan, pero la emoción de descubrir la madriguera del lirón era demasiado intensa como para renunciar a la aventura por una siesta. Además, le esperaba un día lleno de emociones. Mamá le había dicho mientras amasaba en la artesa que, por la tarde, irían a buscar tomillo para secarlo; tenían que preparar cantidad suficiente para cuando la temporada hiciera aparecer calenturas y rojeces en los pacientes.

Se rascó un poco más las postillas del codo, pensó bien en la ruta de la escalada, dónde apoyar los pies o asegurar las manos y, acto seguido, se puso a la tarea.

El cachorrillo ni siquiera se dio cuenta de que faltaba su ama y la niña, con paciencia, comenzó a ascender laboriosamente.

Era un trayecto de unas cuatro varas y, como la corteza tenía sus caprichos, no pudo hacerlo directamente. Con trabajo, tanteando con las puntas de los pies descalzos, fue girando en torno al tronco, primero en un sentido, luego en el otro, buscando los huecos, los cabos de las ramas.

En las arrugas de la corteza se escondían cochinillas y milpiés que salían espantados a su paso y, al meter la mano en una oquedad, la sacó cubierta de una espesa telaraña, como las que mamá usaba para sanar los cortes.

Le llevó un buen rato, pero, después de muchos esfuerzos, con el pelo revuelto escapando de la coleta, alcanzó la horquilla entre las ramas.

A pulso, quedó colgando con una mano en cada una y se alzó hasta que su cara pasó por encima de aquel escondrijo. Para su enorme felicidad, en el interior oscuro, húmedo y caliente, se agitaban los bigotillos y el morro del lirón, que había retrocedido hasta el fondo de su madriguera y la miraba con ojillos asustados y brillantes.

Aguantó todo lo que pudo, allí colgando. Y disfrutó de cada instante. Sin embargo, cuando ya le temblaban los brazos y empezaba a buscar donde apoyar los pies, se oyó un crujido y sintió que su mano se movía.

Se resquebrajó la rama. Y la niña tuvo el cuajo suficiente para soltarla a tiempo de que no la arrastrase en la caída.

La vio estamparse contra el suelo, romperse en pedazos de madera seca. Y llegó el miedo. Braceó apurada. Intentó usar la mano libre para afianzarse; a la vez, pateaba frenética, buscando apoyar los pies.

Tras unos instantes en los que fue incapaz de hacer una cosa o la otra, llegó el pánico. Y su brazo ya no pudo más.

Cayó, con un grito desconsolado de horror.

Sintió el aire silbar. Agitó los brazos buscando asidero. Cerró los ojos temiendo el impacto. Tuvo miedo, mucho miedo. Ese terror alocado que sólo pertenece a los niños.

En cualquier momento chocaría contra el suelo, igual que la rama seca. Con

suerte, se rompería algún hueso; sin ella, se mataría.

Por un momento, olió de nuevo la harina, el agua y la sal de la masa. Vio la sonrisa de su madre al despedirse de ellos esa mañana.

Apretó con fuerza los ojos, se preparó.

El golpe no fue tan brusco.

Sintió que caía en un almiar rebosante de paja, como en sus juegos de otoño. Algo la había retenido.

Se obligó a abrir los párpados apretados. Se atrevió a mirar. Descubrió que estaba a salvo. En brazos de su padre, que la observaba con el rostro serio y enfadado.

—¡Papá!, ¡papá!

Él no dijo nada y ella, olvidado el miedo por la caída, temió enseguida la regañina.

—He visto al lirón, papá, ¡lo he visto! —le dijo emocionada, mientras él la dejaba en el suelo.

Lo conocía bien. El ceño fruncido y los labios tensos confesaban que estaba enfadado. Mucho.

—Ya sé que me habías dicho que no me separase, pero lo vi —hablaba a toda prisa— y lo seguí. He visto su madriguera. —Así, llena de emociones contrapuestas, empezó a contarle su aventura.

En tanto, él le dio un mimo al cachorro, que zascandileaba a sus pies. Recogió la recia vara de avellano, la liña y el resto de los trastos, evidentemente abandonados a toda prisa mientras corría hacia el viejo castaño para salvar a su hija.

Después de la cháchara agitada llegó el silencio incómodo, y ella, que temía las palabras de su padre, se apresuró a añadir algo más.

—Lo siento, papá, no volveré a hacerlo. —Los dos sabían que ella lo intentaría, pero que no lo conseguiría.

Era inquieta y traviesa. Siempre buscaba aventuras a las que enfrentarse.

—Lo siento —insistió echándose a andar tras él.

Caminaron un rato sin hablar. Sus pisadas retumbaban y ella, admirada de que aquel gigante fuera su padre, le cogió la mano. Él aceptó el gesto, cerrando los tres dedos que le quedaban en torno a la pequeña palma, pero siguió callado.

Preocupada por el enfado que se olía, pícara como era, intentó cambiar de tema.

—¿Has pescado algún salmón?, ¿lo has hecho?

Entonces él la miró directamente. De un vistazo podía saberse que eran padre e hija. Tenían el mismo color de ojos, intenso, gris, azulado, como la pizarra en aquellos montes.

—No, ninguno. He tenido que cazar una ardilla que andaba trepando a los árboles —respondió sin perder un ápice de seriedad.

Al principio ella no cayó en la cuenta, pero enseguida entendió a qué se refería.

—¡No soy una ardilla! Soy una niña —se rebulló enfadadiza—. Una niña.

—Una niña con demasiados pájaros en la cabeza —dijo él con un resoplido,

reconociendo, íntimamente, que él había sido igual de atolondrado.

Pero tampoco tuvo tiempo de seguir reflexionando sobre ello, porque la pequeña, tan vivaracha y atolondrada, cambió otra vez de tema.

—No se lo dirás a mamá, ¿verdad?

Él no contestó y ella lo inspeccionaba de reojo, torciendo la comisura de los labios en un gesto peculiar que había heredado de su madre.

Continuaron caminando. Descendían el río por la orilla, siguiendo el sendero de ribera entre abedules, helechos y hierba alta. Y, tras un rato, ella pareció darse cuenta de la gravedad de lo sucedido.

—Papá…

Lo miró, llenando de súplicas aquellos ojos.

—Papá, tuve miedo.

Una lágrima tímida confesaba que era cierto.

—Gracias por recogerme.

Él se detuvo. La miró largamente. Dejó la vara y los aparejos en el suelo y se agachó para ponerse a su altura. Algo se rompió en aquel rostro severo y la niña percibió que él se ablandaba.

—Estaré siempre ahí, siempre —le dijo con la voz tomada.

Ella no lo sabría hasta muchos años después, cuando escuchara por primera vez la historia de un muchacho que se cayó de un nido. Pero en aquellas palabras había demasiados recuerdos contenidos. Dolor, amarguras y resentimiento. Él no hablaba mucho y ella hubo de hacerse mayor para comprender.

—Y si caes, te ayudaré a levantarte.

Le pareció ver los ojos de su padre empañados, y le costó creerlo. Su padre talaba árboles con dos golpes, levantaba los costales de grano con un solo brazo, era el hombre más fuerte del pueblo, el único que aguantaba los empellones de los bueyes en el arado. Y a él acudían todos cuando necesitaban consejo.

—Estaré ahí cuando me necesites.

Y ella recordaría durante toda su vida aquel torpe abrazo de oso. Uno de los pocos que le daría antes de que la edad lo venciese muchos años después. Su padre era un hombre callado y de pocos gestos. Por eso, aquél y los que vendrían serían para ella recuerdos imborrables.

Ella se dejó envolver en los fuertes y cálidos brazos, sintió la barba cosquillear en la frente, el olor recio a endrinas, bosques y trigo, la tibieza en la mejilla, apoyada en la lana basta que cubría el retumbar del corazón, firme y calmo, el sonido de su respiración, pausada y segura. Y también apretó con fuerza, estirándose para abarcar lo que podía de aquel torso rocoso en el que tantas veces había apoyado la cabeza para quedarse dormida.

Serían los años los maestros que le explicarían la verdad. Aquellos abrazos fueron su verdadero hogar. Las caricias de su madre, las risas junto al fuego, los cuentos en las noches de invierno que él le contaría. Aquél fue su verdadero hogar. Pero eso

vendría después, con la madurez; aquella mañana junto al río, seguía siendo una niña. Avispada, lista, pilla y atolondrada.

—No soy una ardilla —volvió a refunfuñar—. Soy una niña. —Entonces se le volvió a iluminar el rostro; todo había pasado en un instante y la felicidad colmaba el presente—. ¿Cómo se llamaba la abuela? —preguntó en un susurro que contenía risas.

Era una de sus bromas, uno de los juegos que para ellos significaba lo que nadie más podía entender.

—Toda —contestó él con un último apretón antes de separarse, dejándose llevar por aquella vitalidad incontenible.

—¡No! —refutó ella, fingiendo escándalo en tanto se echaban a andar de nuevo.

—Berenguela —probó él con voz tentativa, simulando a su vez no saber la respuesta.

—¡No!, la abuela no se llamaba así. ¡Qué nombre más feo!

—Ah, ya recuerdo. —Una sonrisa cohibida asomaba en la comisura de sus labios —. Beatriz, su nombre era Beatriz.

—¡No!

Y ella lo miró, implorando la respuesta correcta, porque necesitaba que el juego acabase bien. Necesitaba sentirse segura, como cuando él la había abrazado. Tenía que espantar los últimos flecos del terror que la había atenazado.

Se miraron una vez más y el tono de él cambió. Se disipó la broma y volvieron aquellos recuerdos tristes a campar en los ojos de pizarra.

—Se llamaba como tú, Lambra.

La niña, a la que aún le faltaban años para comprender, sonrió de oreja a oreja.

—¡Como yo! La abuela se llamaba como yo…

Y se puso a saltar y a dar vueltas con los brazos abiertos.

El cachorro, tan emocionado como ella, brincaba de un lado a otro y soltaba ladridos contentos.

—Como yo —repetía ella—, igual, ¡nos llamamos igual!

Él la miraba, con la alegría de que nada hubiera pasado, contento por su felicidad, intentando alejar la amarga certeza de que esa inocencia acabaría pronto, que su niña cambiaría.

Y tenía razón. El tiempo, inexorable, fue desgranándose. A veces rápido y a veces despacio.

Hubo desgracias, días mejores y días peores. Los castaños ofrecieron sus frutos cada otoño. Los salmones remontaron el río cada invierno. Los tojos asomaron sus flores amarillas cada primavera. Los campos de centeno maduraron cada verano.

Y él mantuvo su promesa.

Siempre estuvo allí, con ella. Hasta el final.

Cumplió su palabra.

FIN

CUADERNO DE NOTAS

Para esos pozos oscuros que ni las crónicas ni la Historia oficial aclaran, admito que no tuve más remedio que usar la imaginación y dejar que los personajes me susurrasen el camino.

Ahora bien, he intentado ser riguroso. Atrás quedan muchas horas y desvelos para que cada página fuese veraz y plausible; podría decirse, para que cada página respirase el ambiente de aquellos días. Y muchos me han ayudado a hacerlo, bien con sus ánimos, con sus consejos o con sus conocimientos. He contraído deudas y hay paciencias que no podré recompensar, pero, si hay algún error, grande o pequeño, será únicamente mi culpa.

De todos ellos soy enteramente responsable.

A continuación, y sin más orden que el de la propia historia o la simple ocurrencia, se incluyen algunas referencias y aclaraciones que pueden ser de interés al curioso.

* * *

Hay muchos, muchísimos libros, trabajos, ensayos e incluso simples notas que han ayudado a que esta historia fuera posible. Como lector, siempre me ha parecido engorroso encontrarme en una novela con una amplia bibliografía; a mi parecer, ese tipo de listas cuadran mejor en los libros técnicos. Pero, además, no sólo hubo que consultar libros de Historia, también fue necesario ocuparse de la cetrería, de la viticultura, de la herrería, de la orfebrería…; en fin, de cientos de temas. Sin embargo, cualquiera que desee algo de información puede escribirme al respecto y le responderé lo antes posible. Por lo demás, quiero expresar mi deuda sincera con Fernández Navarrete, Sánchez Albornoz, Pérez de Anaya, Williams, Bert, McPhail, Domingo, Casas Rigall o con los extensos trabajos sobre las cruzadas de Oldenbourg. Son sólo unos pocos, pero dan fe de cuantos me han ayudado; tantos que sería imposible nombrarlos a todos.

* * *

El siglo XIII fue, sin duda, apasionante. Y lo fue globalmente, pues, por primera vez, fuerzas y sociedades de todo el mundo conocido se vieron involucradas en tramas políticas y económicas que incluso en el presente nos resultan increíbles.

Los mogoles establecieron un imperio impensable, el Imperio bizantino entabló

legaciones con la actual Rusia, los momentáneos períodos de paz hicieron florecer la conocida como «ruta de la seda» y las cruzadas dominaron el Mediterráneo y plantaron la semilla que germinaría con las grandes exploraciones del Atlántico en los años posteriores.

En aquella España en ciernes las fronteras no eran algo sencillo de determinar. Básicamente, muy básicamente, puede afirmarse que Castilla y León estaban unidas bajo una misma corona y constituían un reino que empezaba a hacerse fuerte, dejando a su lado los territorios portugueses que acabarían por formar una unidad territorial propia. Por su parte, el reino de Aragón se expandió por acuerdos y conquistas, en buena medida gracias al impulso de Jaime I, que asedió y conquistó a los musulmanes en el litoral mediterráneo e incluso en la isla de Mallorca. De la antigua Marca Hispánica seguía teniendo fuerza el condado de Barcelona, pero, sin duda alguna, bajo la ingente sombra de Aragón. Finalmente, Navarra se mantenía firme y la llegada a su trono de la casa de Champaña le dio preeminencia internacional. En el sur de la península Ibérica, ya con muy pocos reductos, quedaban los restos de los califatos y taifas, con el bastión de Granada, el último que habría de caer unos siglos después.

Eran tiempos confusos en los que el continuo guerrear contra los almohades ocupaba buena parte del tiempo y los recursos de los reyes, además, tenían una importante actividad legislativa derivada de las repoblaciones; de esa época datan muchos fueros y cartas de privilegios de las villas.

* * *

Tanto para los antropónimos como para los topónimos, incluso para algunas otras palabras, ha sido muy difícil asumir un criterio que resultase válido para cualquiera de las múltiples fuentes y raíces. Al tener la novela tantas influencias y localizaciones, con referencias a idiomas tan variopintos como el castellano antiguo, el gallego-portugués medieval, el árabe, el mongol o el ruso, ha sido un verdadero reto tomar decisiones. Básicamente, el criterio ha sido el de usar la grafía y forma de las crónicas medievales, pero actualizándolas de tal modo que resultasen cómodas al lector contemporáneo. Por poner un ejemplo, Sigurd podría transformarse en Siegfried, y puede encontrarse con diferentes combinaciones de vocales según la fuente medieval consultada, pero la modernización Sigfrido, a mi entender, no perdía el carácter medieval y era fácilmente legible. Otro ejemplo es el de Jaime I, que en muchas crónicas aparece como Jayme. También estaría Claramonte: a día de hoy nos referimos a ella como la localidad de Clermont Ferrand, y la he encontrado también como Claramont y Clairemont, pero la opción final fue, precisamente, la de Claramonte. Y algo similar sucedía con *khan*, que aparece con esta misma grafía en documentos de toda época, incluso a pesar de que el diccionario recoge «kan», la versión elegida para la novela. Por último, el caso más significativo en la historia es

el del propio rey Alfonso X, para el que se eligió la forma Afonso, en parte, para mantener la incógnita en las primeras páginas de la novela, y, en parte, por las razones ya expuestas. En fin, que me perdonen los lingüistas si me he equivocado en alguna de las opciones. Se buscaba el beneficio para el lector.

* * *

Por cierto, en lo referente a las lenguas, hay una nota interesante que se deja entrever en el texto de la novela: en aquella Galicia medieval se hablaría el gallego-portugués, germen del mirandés, el gallego y el portugués actuales. Y esa lengua comparte lazos cercanos con la del valle de Arán y, además, con el antiguo provenzal del sur de Francia; de ahí se puede explicar, al menos en parte, la importancia de las composiciones poéticas y trovadorescas en esta lengua.

* * *

La representación de Martín Códax que aparece en estas páginas no es más que pura elucubración, porque lo cierto es que del trovador apenas se sabe otra cosa que lo que nos dejó en sus cantigas, incluidas en el famoso pergamino Vindel. De hecho, se le supone de Vigo precisamente por las letras de las mismas, pero nada más se conoce. Así que el personaje se construyó como una amalgama de trovadores de los que sí tenemos más datos, a lo que se añadió la picardía que es fácil imaginar en alguien que escribe sobre amores y amoríos con tanta soltura. Lo cierto es que Martín Códax no aparece en registros reales de aquel siglo XIII, ni en los de Fernando, ni en los de Alfonso, ni en los de Sancho, y muchos otros trovadores y juglares sí aparecen (tal y como se menciona en la novela al llegar a Toledo). En cuanto a su instrumento, la cítola, debo decir que estoy en deuda con Luciano Pérez Díaz, director de la Colección de Instrumentos Musicales y Objetos Sonoros de la Diputación de Lugo, que puso en mi mano violas y cítolas y me sacó de mis errores. En este aspecto, también debo agradecer su inestimable ayuda a los profesores Carreira y Meleiro, que me ayudaron a comprender la vida de un trovador medieval.

* * *

Es cierto que Teobaldo, rey de Navarra, llamó a una cruzada a la sombra de otros llamamientos de sus tierras francesas de origen. Para algunos autores sería ésta una prolongación de la sexta de las guerras de ultramar; para otros, un preludio de la séptima. Y es cierto que sabemos muy pocos detalles al respecto, pero el rey volvió con las manos en los bolsillos. Vivo de puro milagro después de perder la casi totalidad de sus fuerzas y bienes, sufrió un penoso cruce de alguno de los desiertos

palestinos del que salió malamente. Todo vino a suceder de un modo bastante similar a cómo se relata en las páginas de la novela, y no cabe duda de que hubo hombres de la campaña que acabaron presos por las fuerzas musulmanas de Gaza.

* * *

Como decía mi querido Miguel Delibes, la cetrería es una forma de esclavitud en vida. El tiempo y esfuerzos que hay que dedicarle a esta actividad son inconmensurables. Pero, aun así, lo que se muestra en la novela es factible. Un señor con tierras podría mantener unas pocas rapaces gracias a sus fondos y al personal a su servicio. Hay referencias mudéjares sobre el momento de hacerse con los pollos de un halcón y la escena en la novela tiene sentido. Además, en aquellos días, bien por la influencia musulmana, bien por la influencia germánica de siglos antes, la cetrería era una actividad extendida en la Península, y de hecho encontramos abundantes alusiones en las crónicas, algunas de las más famosas en el *Cantar de Mío Cid*, donde se menciona la halconería. En cuanto a los útiles de cetrería, por lo que he podido consultar y aprender, lo cierto es que la mayoría de los que se usan en el presente, excepto los localizadores para las aves, siguen siendo como lo eran en época medieval. Así, en el caso de la caperuza, muchos autores se muestran bastante seguros de que fue Federico II el que trajo a Europa este útil desde Tierra Santa, después de la particular cruzada en la que participó unos años antes del marco temporal de la novela.

* * *

La torre de San Paio se trata de la fortaleza convertida en el Museo Etnográfico de San Paio de Narla, en el ayuntamiento de Friol, en la provincia de Lugo, de donde soy vecino. Por desgracia, su historia es sólo humo en las crónicas y apenas sabemos nada con certeza. Por ejemplo, a día de hoy se pueden apreciar las cocinas junto a las habitaciones, pese a que cualquier historiador está de acuerdo en que esa distribución sería difícil para el siglo XIII, en el que era habitual apartar hornos y cocinas de la vivienda por el riesgo de incendio. Así sucede, de hecho, en la actual Galicia rural, donde en multitud de casas el horno de leña en el que se cuece el pan está fuera de la vivienda (lo que además de evitar fuegos incontrolados permite mejores manejos de leñas y cenizas). Por otro lado, la distribución que se representa en la novela no es la actual, que incluye, por ejemplo, una capilla. Pero debe tenerse en cuenta que, dejando a un lado lo poco que sabemos de su pasado, podemos tener la certeza de que fue remodelada en épocas posteriores a la de esta historia, entre otras cosas porque, en mayor o menor medida, sufrió saqueo y destrucción durante la denominada guerra Irmandiña del siglo XV. En este mismo saco puede meterse el espléndido castillo de

Maceda, convertido hoy en día en un hotel que merece la pena visitar, pero del que apenas sabemos nada con seguridad si nos remontamos a los días de esta novela.

* * *

Alfonso X, que se postuló para hacerse con el trono del Sacro Imperio Romano Germánico, es una de las grandes figuras del siglo XIII español y, en parte, responsable de ese impulso a las guerras de ultramar, por mera casualidad. Precisamente, Teobaldo II también se uniría, poco después, al empeño de Luis IX de Francia, el que habría de ser canonizado y conocido por la historia como san Luis por iniciar una nueva cruzada, la séptima. Y es que las relaciones del rey francés con España eran estrechas y de fuertes vínculos. Su primogénito, que reinaría con el nombre de Felipe III, estaba casado con doña Isabel, hija del rey Jaime I de Aragón, conocido como el Conquistador. Y doña Isabel era, a su vez, hermana de doña Violante, mujer de Alfonso X el Sabio. Además, las dos hijas del rey Luis estaban casadas, a su vez, con Teobaldo II de Navarra y con el heredero a los reinos de Castilla y León, Fernando de la Cerda, hijo de Alfonso X. Así fue como, entre caballeros, infantes, palafreneros, comitivas, damas de compañía y demás ocupaciones, buena parte de la expedición que organizó el rey Luis de Francia terminó, de hecho, formada por españoles y sufragada por 30 000 marcos de plata que donó el propio Jaime I con esperanzas de servir al ánimo de la cruzada.

* * *

Al hilo de Alfonso X hay ríos de tinta por escribir y por estudiar. Es indiscutible que su papel de mecenazgo a las artes y ciencias de aquellos tiempos fue capital (aunque en ese sentido no fue más que un hombre de su tiempo, no debe olvidarse que ese período aparece en muchos textos como «renacimiento medieval» o «pequeño renacimiento», aludiendo al hecho de que la cultura recobra una gran fuerza que no se verá superada hasta, precisamente, el Renacimiento). Ahora bien, su vida política sí que resulta cuestionable. Quizás el apelativo de *el Sabio* ha hecho que desde el presente se mire a este monarca con buenos ojos; sin embargo, no cabe duda alguna de que fue un hombre en extremo ambicioso y capaz de controvertidos manejos políticos con tal de beneficiarse a sí mismo. No son éstas las páginas para extenderse, y es evidente que no todo es blanco o negro, pero el rey Alfonso tuvo que sofocar varias revueltas derivadas de sus políticas, no sólo por parte de los nobles (que no siempre vieron con buenos ojos las legislaciones que impulsó), sino también de gentes humildes, como la de los mudéjares. Se empecinó en la cuestión del Algarve y se empecinó aún más en lo que ha dado en llamarse el «fecho del imperio», incluso pese al perjuicio que causó a los suyos. Tuvo una importante actividad repobladora en

aquella España que empezaba a recomponerse de lo que ha dado en llamarse Reconquista, pero las ideas detrás de las acciones fueron en ocasiones discutibles. Fundó, por ejemplo, Villa Real (la que se convertiría en Ciudad Real), pero lo hizo para restar poder a la Orden de Calatrava, que se había vuelto prácticamente omnipresente en la zona. Reunió enormes sumas para las campañas en el norte de África, lo que pasó a conocerse como el «fecho de allende», pero, sin embargo, no se realizaron más que algunas rapiñas y no se tiene claro qué sucedió con todos aquellos fondos. Su sucesión fue un despropósito de dimes y diretes en la que intervino hasta el apuntador y, para su desgracia y desconsuelo, Alfonso X llegó a ser desposeído de sus títulos y poderes; sólo Sevilla, Murcia y Badajoz se mantuvieron leales. Y el rey, al que no le dolió prenda alguna por aliarse con sus antiguos enemigos, los benimerines, se enfrentó a su propio hijo Sancho, que finalmente acabaría reinando a la muerte de su padre, pese a haber sido desheredado. En fin, sin restarle mérito alguno, y aun teniendo en cuenta que hay muchas lagunas que difícilmente podrán despejarse, el hombre tras el título de Alfonso X fue, sin duda, mucho más controvertido que la idea contemporánea que se tiene de él.

* * *

En relación a Alfonso X también cabe mencionar que es en sus famosas *Siete partidas* donde se hace referencia a «Corte» por primera vez, y que, dada la movilidad de los monarcas de aquel tiempo, queda definida, básicamente, como la reunión de los hombres de interés para el rey a la hora de legislar. Por otro lado, en cuanto a su enfermedad, hay estudios que han afirmado que podría haberse tratado de un cáncer maxilofacial que le provocó graves episodios durante largos años. En cuanto al final de la novela, no hay constancia de una tormenta así en Toledo, aunque las crónicas sí revelan que un episodio similar sucedió en Segovia, donde un rayo cayó en el alcázar y a punto estuvo de costarle la vida al rey. Además, este asunto sería pasto de cotilleos en aquel tiempo, pues alimentó la dudosa fama del rey, de quien se decía que había asegurado, con toda soberbia, que, si él hubiera estado al lado de Dios en la creación del mundo, mejor irían las cosas, de tal modo que hubo muchas gentes que consideraron el episodio del rayo como un castigo divino.

* * *

El mayorazgo, o, dicho de otro modo, el derecho de herencia del primogénito, argumento que ronda siempre en la cabeza de Fruela, atemorizado de perder su papel incluso pese a la bastardía de Laín, no se establecería como tal hasta las reformas que aplicarían siglos más tarde los Reyes Católicos. Sin embargo, era una costumbre bien instaurada en la sociedad.

* * *

De las lápidas e inscripciones en piedra que hay en el fantástico monasterio de Sobrado dos Monxes no hay ninguna de la familia Seijas de San Paio. Sin embargo, es un planteamiento plausible y con abundantes ejemplos en todo el territorio nacional. Además, en el monasterio sí hay una de don Pedro de Trava, que fue ayo de uno de los Alfonsos de Castilla, en la que sí se menciona la peregrinación a Jerusalén. La combinación de ambos factores fue la que ayudó para tomar la decisión.

* * *

La leyenda de los «pequeños ángeles», los llamados aún hoy en día *anxiños*, sigue vigente en los lugares más rurales de la Galicia actual. Para entenderla, debe reflexionarse sobre el hecho cierto de que, hasta bien entrada la modernidad, enterrar en sagrado era un asunto reservado al practicante fiel y, por supuesto, a los bautizados. Se suponía en tiempos que, en el caso de que un niño muriese sin haber recibido el sacramento, o en el caso de quien falleciese en pecado mortal, no podía granjearse su paso al Reino de los Cielos y no podía tampoco recibir sepultura en terreno consagrado, algo que llevó en Galicia a que muchos de los cruceros que adornaban los caminos terminasen convirtiéndose en camposantos improvisados, circunstancia que, según muchos estudiosos, entronca directamente con las costumbres romanas de enterrar a sus muertos a la vera del camino.

* * *

El nombre de Egeria se eligió con mucho cuidado, porque, además de servir al propósito de ser singular y no tener un comienzo parecido al de ningún otro de los personajes (truco propio de las labores de escritor para ayudar a diferenciarlos), tiene un profundo significado. Ése era el nombre de la primera viajera a los santos lugares de la que se tiene constancia. Aunque sus datos biográficos son oscuros, parece ser que esta mujer peregrinó hasta lugares como Belén, Galilea y Samaria. Durante un periplo de tres años, en los que viajó usando la red pública de vías romanas, esta atrevida pionera recorrió buena parte del mundo conocido y lo consignó en un manuscrito que la convierte en la primera escritora gallega que conocemos.

* * *

En cuanto a los templarios y a su Orden, se podría escribir aquí todo un libro, y para eso harían falta conocimientos y estudios. Sin embargo, gracias a los trabajos de otros que les han dedicado largos años a estos curiosos personajes de la Historia, hay un

par de cuestiones que merece la pena mencionar. En primer lugar, pese a la mística que pueda rodearlos, que podría favorecer una visión más benigna, resulta indiscutible que tuvieron aspectos oscuros que dan veracidad a los argumentos de estas páginas. Además, en cuanto a su vestimenta, sabemos que el uso de la cruz patada era quizás el más extendido, pero, sin embargo, hay numerosas referencias al uso de otras formas, no sólo la de las ocho beatitudes que aparece en la novela, sino también otras como la que se ha llamado cruz de tau, asunto sobre el que la mayoría de los expertos asumen criterios más geográficos que de cualquier otro tipo.

* * *

Al hablar del Monforte medieval, habría que extenderse en otras tantas páginas como tiene la novela. Pero cabe advertir que se ha hecho referencia intencionada a la leyenda conocida como «corona de fuego», el asunto de que entre el monasterio y el palacio señorial había un pasadizo para alegría del abad, porque dotaba de cierto color a la visión que el personaje tenía de la villa. Sin embargo, los estudiosos no se ponen de acuerdo en el origen de la leyenda, y no parece posible fijar una fecha. El precioso monasterio de San Vicente del Pino, hoy un Parador Nacional de Turismo, data, en su aspecto actual, de unos siglos más tarde que la trama de la novela. Y el palacio del conde de Lemos vendría también algo más tarde, ya que el condado, como tal, no se instauraría hasta el siglo XIV. Ahora bien, hay antecedentes del monasterio desde el siglo X y, pese a no contar con el título condal, lo cierto es que la importante casa de los Castro ya ostentaba el señorío de Lemos y aledaños en los tiempos reflejados en la novela.

* * *

A colación del párrafo anterior, también merece la pena mencionar que, según los últimos estudios, no hubo una judería como tal en Monforte de Lemos, pese a la creencia popular, sino que la importante presencia hebrea que tuvo la ciudad en tiempos medievales estaría dispersa por distintos lugares intramuros, sin constituir, como tal, un barrio separado dentro de la villa.

* * *

En cuanto a las ciudades que aparecen de marco en la novela, también merece la pena mencionar la curiosa distribución de la Pamplona del siglo XII, dividida en realidad en tres burgos amurallados e independientes que lucharon entre sí. Curiosamente, la semilla de la ciudad la plantó el general romano Pompeyo, al usar el lugar como campamento de larga duración, con importantes consecuencias durante la guerra civil

que lo enfrentó a Julio César (de ahí deriva el nombre de la ciudad, Pompaelo). Sin embargo, la presencia sarracena llevó a la villa hasta la práctica despoblación, y no sería hasta el siglo XI cuando la ciudad comenzaría a florecer. Según parece, el núcleo central sería el llamado de la Navarrería, donde estaría el germen de la catedral y el palacio real, habitado principalmente por locales. Pero, con sus propias murallas y aprovechando el alfoz, estarían también los burgos de San Cernin y de San Nicolás. El primero, principalmente habitado por francos, y el segundo, con una mezcla de extranjeros de diferentes nacionalidades.

* * *

En cuanto al comercio de reliquias, verdadero motor económico y mercantil durante buena parte de la Edad Media, lo cierto es que incluso las expresiones más exageradas que aparecen en la novela están tomadas de la realidad. Dejando a un lado la verdad tras ellas, había reliquias del todo impensables; valgan como ejemplo el prepucio de Jesucristo, la leche de la Virgen o el cordón umbilical de la misma María. Por no mencionar una pluma del Espíritu Santo conservada en Oviedo, las monedas por las que se vendió Judas (de las que hay una media docena de juegos distribuidos por el mundo entero) o incluso un suspiro del mismo san José (custodiado en Blois y, a día de hoy, bajo guarda en el Vaticano). Hay multitud de referencias a su mercadeo, robo y expolio, y no sólo por facinerosos cualesquiera, sino incluso por miembros de la Iglesia. Para los gallegos es muy conocido el caso del obispo Diego Gelmírez (mencionado en la novela en varios momentos), quien, aprovechando el eufemismo de «pío latrocinio», despojó a Braga de las reliquias de san Fructuoso, san Cucufate, san Silvestre y santa Susana, todo a mayor gloria de la catedral que construía en Compostela para albergar las ya archiconocidas, y discutidas, reliquias de Santiago el Mayor. Además, tal y como se refleja en la novela, este increíble comercio de proporciones verdaderamente asombrosas estaba también ligado a un importante mercadeo de plata, oro y joyas (tanto piedras preciosas y semipreciosas como las perlas que aparecen en el texto), pues no sólo se trataba de las reliquias en sí, sino también de los relicarios que se construían para albergarlas. Entre ellos destacan muy especialmente las llamadas «estaurotecas», dedicadas a albergar pedazos de la vera cruz, y que, a su vez, se moldeaban, tallaban o elaboraban con forma de cruz.

* * *

Cuando se hace referencia al inglés Ricardo, cabe aclarar que no se trata de quien pasaría a la historia como Ricardo Corazón de León, pues éste habría muerto unos cincuenta años antes, precisamente regresando de las cruzadas. En el caso de estas páginas, se trata de uno de los hermanos de Enrique III de Inglaterra, hijo de Juan Sin

Tierra, precisamente, hermano de Ricardo Corazón de León.

* * *

El pasado del personaje Guy de Tarba tiene fundamentos muy reales, aunque han sido utilizados para el bien de la trama. A día de hoy los estudiosos no se ponen de acuerdo con respecto a la veracidad de lo que ha dado en llamarse la Cruzada de los Niños, y hay muchos puntos que cuestionar al respecto. Sin embargo, parece evidente que, a principios del siglo XIII, hubo dos grandes llamadas populares para unirse a las campañas cristianas por reconquistar Tierra Santa, una en la actual Francia y otra en la actual Alemania. En ambos casos hay elementos comunes que se mezclan en la leyenda que sembraron, sin que podamos asegurar qué es cierto y qué no. Acorde a la tradición popular y centrándonos en el episodio francés, un joven pastor llamado Stephen, Esteban si se prefiere, imbuido por visiones de Jesucristo, quedó convencido de que había sido llamado a recuperar Jerusalén de manos infieles. En la ciudad de Cloyes y alrededores logró reunir un contingente que pudo rondar las treinta mil personas. A partir de ese instante, hay versiones distintas: o bien marcharon a Niza para esperar una flota en la que embarcarse, o bien aguardaron al prodigio de que las aguas del Mediterráneo se abriesen para permitirles el paso, o bien se plantaron en París para rogarle al rey que iniciara, y los incluyera, en la que sería la Quinta Cruzada. En todos los casos la historia se adorna con milagros varios que habría propiciado el joven pastor para confirmar su inspiración divina. El final de la aventura también se abre a diferentes opciones: o bien volvieron a sus hogares sin conseguir nada, o bien se perdieron para siempre en ultramar, o bien fueron estafados por hombres sin escrúpulos y acabaron esclavizados en algún lugar de Oriente. Por otro lado, hay cronistas que creen que todo tiene su origen en un problema de traducción, pues opinan que el uso del término latino pueri (que podría traducirse como «niño») para designar a estas bandas populares pudo desembocar en una mala interpretación futura, sin que hubiera en realidad niños en dichas campañas. Sin embargo, la imagen caló hondo en el acervo cultural, porque muchos estudiosos creen que estos fenómenos pudieron inspirar cuentos como el del flautista de Hamelin. En cualquier caso, en relación con el argumento de la novela, la presencia de dos niños franceses en alguna de esas campañas, sea cual sea la verdad tras ellas, y su posible desaparición en tierras de Oriente para acabar en manos de un comerciante de reliquias, resultan hechos más que plausibles, pues, aunque no hubieran existido dichas cruzadas protagonizadas por niños, no pueden ponerse en duda campañas populares que protagonizaron gentes de baja escala social y de todas las edades.

* * *

Hay menciones en diferentes páginas a obras medievales que inspiran al personaje de Martín Códax, y podría argüirse que algunas son posteriores, como el caso de *Los siete infantes de Lara*; sin embargo, como sucede en el caso del *Poema de Fernán González*, no se ha podido hasta el momento fecharlos con precisión. De ahí que, aunque podría ser cierto que el personaje no los hubiera leído porque fuesen muy recientes, sin duda pueden considerarse coetáneos, por lo que se ha permitido la licencia de incluirlos entre los recuerdos del trovador.

* * *

Al hablar de musulmanes, cualquiera de las corrientes ideológicas de las que aparecen en la novela y pese a la tendencia actual, lo cierto es que las crónicas de la época no eran tan políticamente correctas como en nuestros días, de modo que se tomó la decisión de buscar un punto medio con cierto equilibrio, usando términos como el de «agarenos», que no resulta tan ofensivo como otros, o simplemente el de «moros» o «moruno», que se empleó sin connotaciones. Aparte de eso, se ha conservado el término «turcos», pese a la imprecisión geográfica, porque es el que aparece mayoritariamente en las crónicas.

* * *

En la representación de los evangelistas se hace referencia a que, en el caso de Mateo, se trata de la cabeza de un hombre, lo que habría de explicarse porque su evangelio comienza con la genealogía de Cristo; sin embargo, con el paso de los años se hizo más habitual el uso de una figura angelical, una representación que puede encontrarse con más asiduidad.

* * *

En cuanto a la controvertida familia Polo y al archiconocido Marco, debe aclararse que no he tenido escrúpulos a la hora de adelantar unos pocos años el embarazo de su madre. Porque si bien es cierto que las crónicas son discutibles (hay estudiosos que dudan de la mera existencia del famoso viajero, de su procedencia o de la veracidad de sus travesías), me pareció una figura que merecía la pena incluir en la trama, aun a pesar de las pegas históricas. Según los datos oficiales, habría nacido en el año 1254, lo que sería algo así como media docena de años después del paso de los protagonistas de esta novela por la incomparable Venecia.

* * *

Las luchas intestinas entre güelfos y gibelinos existieron en el norte de Italia, y lo que se refleja en la novela tiene sentido en el contexto histórico, si bien es cierto que no consta en ninguna crónica ataque alguno en concreto a los almacenes de los hermanos Polo. Por otro lado, en cuanto a la naturaleza del enfrentamiento, no cabe aquí extenderse por lo complejo del embrollo político que supuso, pero merece la pena señalar que lo que comenzó como un problema sucesorio en el que se distinguieron dos bandos que apoyaban a sendas casas aspirantes al trono del Sacro Imperio, acabó sirviendo para hacer bandera de nacionalismos, materias nobiliarias y discusiones varias, como ya había sucedido y volvería a suceder con muchas otras guerras fratricidas.

* * *

Según parece, en el siglo XIII ya había góndolas; de hecho, poco después empiezan a abundar registros al respecto que sitúan su número en miles. Sin embargo, en aquel momento las góndolas no eran tan exclusivas como hoy en día, y los barqueros tenían bastante mala fama. Además, no se tomaría la costumbre de pintarlas de negro hasta el siglo XVI, según algunas versiones, por el luto debido a la plaga de 1562, según otras, para reducir los excesos vanidosos de los más ricos, que convirtieron sus botes en auténticos despropósitos (es probable que ambas razones tengan su parte de verdad).

* * *

La experiencia de la que habla Ciriaco es una de las muchas que se pueden encontrar en las crónicas de los marinos medievales. Resulta curioso la cantidad de testimonios sobre increíbles criaturas que pueden hallarse después de revolver un poco en los archivos. Sin embargo, en este caso, como en otros pocos, aquello que parecen fantasías han venido a demostrarse ciertas con el tiempo. Más conocido puede ser el caso de los calamares gigantes, sobre los cuales la ciencia ha empezado a desvelar multitud de cuestiones. Aun así, para estas míticas sierpes marinas dotadas de crestas multicolores, la ciencia también ha encontrado explicación: se trata de los peces remo o *regalecos*, peces y no reptiles, de los que aún se desconoce casi todo. Sin embargo, no deja de ser admirable el parecido entre la criatura real y algunas representaciones medievales que pueden encontrarse en los toscos mapas y *portularios* de la época, en los que aparecen con frecuencia esbozos de estos impresionantes animales.

* * *

La mención al mítico reino del preste Juan era inevitable en una trama como la de

estas páginas. Y muy poco es lo que yo puedo aclarar aquí, porque nada sabemos con seguridad. Para la mayoría de los expertos, no se trata más que de una leyenda que caló fuertemente en el espíritu medieval. En algún lugar de Oriente vivía un monarca cristiano y piadoso que gobernaba su reino bajo preceptos cristianos. Y aparece mencionado con asiduidad, por ejemplo, el misionero franciscano Odorico de Pordenone, que efectuó uno de los mayores viajes por Asia y regresó a Europa por territorios que afirmó pertenecían al preste Juan. Sin embargo, ni siquiera la localización del misterioso reino es segura; se duda entre Mongolia, el Tíbet, la meseta de Pamir, la India o lo que podría identificarse como Etiopía, o incluso el desierto del Gobi.

* * *

La que fue conocida como plaza del Campo, en Santiago de Compostela, recibe hoy el nombre de plaza de Cervantes, y es rigurosamente cierto que fue quemadero de la Santa Inquisición. Ahora bien, este discutido organismo no se establecería hasta mucho después en el reino de Castilla, a partir de la unión con Aragón, precisamente porque los aragoneses ya la habían instituido en el siglo XIII, siguiendo el ejemplo de otros reinos europeos. Sin embargo, pese a que no conste ningún registro de un auto de fe en los momentos de la novela, sí los hubo poco después, durante aquella efervescencia política y religiosa del siglo XIII en Castilla, todos liderados por los obispos compostelanos y en la ola de represión herética que acabaría suponiendo, precisamente, la instauración de la Santa Inquisición en los reinos de la futura España.

* * *

Para aquellos lectores fieles, la respuesta es sí, la taberna del barrio franco de Compostela con el nombre La Guyenne es la misma que aparecía en Assur. De hecho, hasta escribí un relato que explicara qué había pasado con le petit Duc para que su establecimiento terminase convertido en tugurio semejante.

* * *

Sobre los nizaríes, a los que sus enemigos llamaban hashshashin (la ortografía del vocablo es también discutible) se han vertido ríos de tinta y su leyenda no ha hecho más que crecer desde que, en tiempos modernos, el Aga Kan, su líder contemporáneo, alcanzó las páginas de la prensa rosa y amarilla por circunstancias muy diferentes a las propias de esta curiosa «tribu». Sin embargo, dado que esas mismas leyendas fueron utilizadas por maestros como Umberto Eco, he de reconocer

que no tuve pudor alguno en usarlas para conformar la peculiar idiosincrasia que se les atribuye, aunque de un modo más conservador que en los videojuegos y fantasías de los últimos tiempos, dado que el espíritu de estas páginas era el de resultar un reflejo histórico. Lo innegable es que existieron, que se especializaron como mercenarios, que cometieron magnicidios, que perduraron durante siglos y que, gracias a las crónicas medievales de los europeos, su nombre parece ser la raíz de la palabra «asesino». Aunque el original, hashshashin, tenga raíces discutidas, pues según algunos estudiosos el origen del término estaría en el uso en sentido ofensivo de expresiones del tipo «marginado», «baja estofa» o similar, algo que se atribuiría a su separación de otra rama ismailí durante la caída del imperio Fatimí; mientras que, por el contrario, otros expertos parecen convencidos de que el término derivaría de hashishin, algo que podría traducirse como «consumidores de hachís». De cualquier manera, cabe insistir en que, siempre que ha sido posible, si los datos históricos lo permitían, se han usado esas crónicas para elaborar el personaje de Burzug, la descripción de la fortaleza y los ritos practicados por los nizaríes, y sólo allá donde los textos languidecían se ha dejado volar la imaginación.

* * *

A colación de esta peculiar rama del Islam, cabe aclarar que el uso del hachís y otros derivados del cáñamo, o cáñamo indio, por parte de los nizaríes no está claro. Su leyenda se acrecentó gracias a las más que probables exageraciones de Marco Polo (que insistió en haber visitado la fortaleza de Alamut cuando ésta ya había sido conquistada por las tropas del kan Hulagu) y a los pocos datos que pudieron aportar los mongoles, quienes parecen haber admirado a los nizaríes por sus capacidades bélicas. En cualquier caso, muchos estudiosos opinan que, ya que sabemos con certeza que el uso del hachís estaba extendido en el culto de ciertas ramas del Islam, también es probable que así fuera en algún momento entre los nizaríes, pues tuvieron bastantes fluctuaciones en sus creencias. Si bien empezaron siendo ismaelitas chiíes, terminaron convertidos en suníes con un alocado período en el que renunciaron a toda doctrina oficial (quizá llevados por su afán esotérico) y consintieron incluso en el consumo de alcohol (algo que había sido causa de ejecución en sus primeros tiempos). De todos modos, el método de recolección descrito para la elaboración de la pasta que ha venido en llamarse «costo», se ajusta a la realidad de las mesetas iraníes en la época. De hecho, sigue practicándose.

* * *

Como otros autores y otras obras contemporáneas, se tomó la decisión de usar la grafía Gengis por estar muy extendida y resultar familiar, aunque es cierto que resulta

discutible (en los escritos de Marco Polo aparece como Chinchis, y sea cual sea la grafía es cierto que su nombre era Temujin o Timuyin, pues también en este caso la grafía es discutible), y que el vocablo Gengis se podría traducir como «océano» (aplicado en el sentido presentado en la novela de «mar de hierba»). Además, las especulaciones sobre su tumba, como la de Alejandro Magno y otros grandes de la antigüedad, siguen sirviendo para cientos de artículos, pues parece cierto que el kan se preocupó mucho de que nadie pudiera encontrarla; algo a lo que ha contribuido la legislación mongola que, acorde a su tradición chamanística, considera que una tumba no debe ser perturbada por el bien del alma del muerto. Por otro lado, buena parte de las referencias históricas de la novela en cuanto al pueblo mongol se tomaron de la composición Historia secreta de los mongoles en la traducción del profesor Ramírez Bellerín, que cuenta además con un asombroso, extenso y útil número de acotaciones y aclaraciones.

* * *

Los versos que entona el personaje de Martín Códax durante la convalecencia de Laín son parte de *Los siete infantes de Lara*, pieza clave del romancero y fuente inagotable de documentación para estas páginas. El texto se copió de la selección hecha por Gonzalo Menéndez Pidal para el tomo XXV de la Biblioteca Literaria del Estudiante, dirigida por Ramón Menéndez Pidal.
Y el extracto del *Libro de Alexandre* que aparece en uno de los capítulos se ha tomado de los trabajos del profesor Juan Casas Rigal, cuyas notas y explicaciones fueron muy útiles para comprender a los componedores de historias de aquel siglo.

* * *

Guillermo de Rubruquis, ésa es la forma en que se conoce habitualmente en castellano a Willem Van Ruysbroeck (en holandés) o Guillaume de Roubrouck (en francés), existió realmente y resulta un personaje tan fascinante que ha aparecido en multitud de novelas e historias, entre las que yo destacaría la saga *Los hijos del Grial*, de mi admirado Peter Berling. Se trató de un monje franciscano que fue, ciertamente, enviado hasta el Imperio mongol por Luis IX de Francia. Y es verdad que no se tienen pruebas de que visitase Toledo, tal y como se menciona en la novela, aunque es una hipótesis plausible. Lo que sí se sabe con certeza es que, tras estudiar las obras de Solino e Isidoro de Sevilla, viajó por toda Asia con un asistente llamado Gosset y un intérprete. Llegó hasta la mismísima Karakorum (que en el texto aparece como Qara Qorum) y se entrevistó con el kan Mongke. A su vuelta, escribió un relato de su viaje que se conoce por el nombre abreviado de *Viaje por el Imperio mongol*.

* * *

El monasterio de San Lorenzo de Carboeiro, que merece más de una visita, se fundó en el siglo X y consiguió una enorme relevancia en los dos posteriores. Es un increíble lugar enclavado en las montañas gallegas que, a partir del siglo XIII, quedó envuelto en las brumas del río Deza, que transcurre a sus pies. Pasó de ser una de las abadías de mayor relevancia de toda Galicia a quedar prácticamente en el olvido hasta la reforma de las órdenes religiosas que impulsaron los Reyes Católicos. Era, por tanto, una elección magnífica para que Martín Códax y su manuscrito con la historia de Laín desapareciesen… O para que fueran encontrados mucho después por un tipo al que le gusta ir al Deza a pescar.

* * *

Como última nota, un detalle: la guardas de este libro son reproducción del pergamino Vindel, donde se recogen las verdaderas cantigas del trovador Martín Códax.

* * *

Por lo demás, gracias, de todo corazón, gracias.

FRANCISCO NARLA. Escritor nacido en Lugo en 1978 y comandante de línea aérea. Ha publicado novela, relatos, poesía, ensayos técnicos y artículos.

Polifacético donde los haya, entres sus aficiones y filias se encuentran actividades tan dispares como la cocina, la pesca con mosca, los bonsáis o la moda.

En 2009 publica su primera novela, *Los lobos del centeno*. En noviembre de 2010 ve la luz su segunda obra de ficción, *Caja negra*, reeditada en 2015 y traducida a varios idiomas.

En 2012 nos sorprendió con *Assur*, con la que recibe el aplauso del público y conquista las listas de los más vendidos. Y al año siguiente nos presenta *Ronin*, que le consagró como uno de los más versátiles y talentosos escritores de novela histórica de nuestro país, género que ha continuado en su trabajo más personal: *Donde aúllan las colinas*.

En 2018 gana el I Premio Edhasa de Narrativas Históricas con la obra *Laín*.